

TEMAS

CULTURA IDEOLOGÍA SOCIEDAD

número extraordinario 24-25 / enero-junio 2001

Otra vez la República

VENTURAS Y DESVENTURAS
DE LA NARRATIVA

¿A DÓNDE VA LA CIENCIA?

TRANSITAR LA TRANSICIÓN



no. 24-25, enero-junio de 2001. Número extraordinario. Nueva época.

SUMARIO

- | | |
|--|---|
| ENFOQUE
Otra vez la República | 123 / La Habana republicana:
seis décadas de desarrollo urbano
en la capital de Cuba
<i>Eduardo Luis Rodríguez</i> |
| Eusebio Leal:
«No podríamos entender la Revolución
sin la República» / 4
<i>Pedro Martínez Pérez</i> | 132 / La música cubana en la República
<i>María Teresa Linares</i> |
| El siglo que se fue:
azúcar y economía en Cuba / 10
<i>Oscar Zanetti Lecuona</i> | 138 / El melodrama
en el cine cubano de la República
<i>Nery Sella</i> |
| La <i>barbarie</i> y sus descontentos:
raza y <i>civilización</i> . 1912-1919 / 23
<i>Alejandra Bronfman</i> | 144 / Para una geografía del teatro
<i>Graziella Pogolotti</i> |
| El problemático nacionalismo
de la primera República / 34
<i>Fernando Martínez Heredia</i> | 148 / El último juego
<i>Roberto González Echevarría</i> |
| Los orígenes del trotskismo en Cuba / 45
<i>Rafael Soler Martínez</i> | CONTROVERSIA |
| Política y reformismo en Cuba. 1902-1952 / 56
<i>Marifeli Pérez-Stable</i> | 166 / Venturas y desventuras
de la narrativa cubana actual
<i>Denia García Ronda</i>
<i>Raúl Aguiar</i>
<i>Arturo Arango</i>
<i>Elizabeth Díaz</i>
<i>Daniel García Santos</i>
<i>Miguel Mejides</i>
<i>Héctor Prieto</i>
<i>Rogelio Rodríguez Coronel</i>
<i>Yania Suárez Calleyro</i> |
| Batista: contrarrevolución
y reformismo. 1933-1945 / 66
<i>José A. Tabares del Real</i> | ENTRETEMAS |
| La emigración y la crisis
estructural de la República. 1946-1958 / 83
<i>Lisandro Pérez</i> | 194 / La ciencia y la cultura:
las raíces culturales de la productividad
<i>Agustín Lage Dávila</i> |
| Observaciones sobre el Estado
y la Revolución en Cuba. 1920-1940 / 87
<i>Robert Whitney</i> | 204 / Reflexiones sobre «la transición
democrática»
<i>Carlos Daniel González Torres</i> |
| Cartograma de las ideas filosóficas
en la República / 98
<i>Joaquín Santana Castillo</i> | CORRESPONDIENDO |
| La sociología en Cuba hasta 1959:
un panorama / 109
<i>Rolando Zamora</i> | 217 / <i>María Luisa Fernández</i> |

Eusebio Leal: «No podríamos entender la Revolución sin la República»

Pedro Martínez Pérez

Periodista. Radio Habana Cuba.

Pedro Martínez Pérez: Eusebio, ¿República mediatizada, seudorrepublica o simplemente república, la cubana que nació el 20 de mayo de 1902 y terminó el Primero de enero de 1959?

Eusebio Leal Spengler: Creo que república, y que, además, es una república que nace bajo las circunstancias de no ser la hija legítima de la Revolución, sino su aborto. Quiero decir: se había fundado una república en Guáimaro, ahí está nuestra tradición revolucionaria, democrática. Los principios fundamentales de nuestras esperanzas futuras se sentaron en Guáimaro, en abril de 1869. Si observamos el proceso que vino después, vamos a ver cómo a partir de la creación de ese territorio libre del colonialismo español —el que el Ejército Libertador pudo sostener y donde, querramos o no, estuvo el gobierno revolucionario con todas sus luces y sombras—, nace ese proceso. Y se extingue cuando se declara disuelto el Gobierno Revolucionario,

no el que fenece con la paz de El Zanjón, y ni aun con el Consejo Revolucionario que se crea después de la Protesta de Baraguá, y que persuade a Antonio Maceo de la necesidad de su partida al exterior, convenciéndolo de que no perezca en una reyerta inútil, cuando ya no había esperanzas materiales y solamente quedaba y quedaría el eco y la luz del acto moral de Baraguá; sino el que termina después de los hitos posteriores, aun el de 1895, con la disolución del Ejército Libertador más tarde, y con la del gobierno presidido por Bartolomé Masó.

Podríamos analizar todos y cada uno de estos hitos: la primera república, la cespediana; la que se extingue con el pacto de El Zanjón; la que sobreviene con el Consejo Revolucionario, presidido por el venerable Silverio del Prado, por Manuel Calvar, por Maceo, por Vicente García; la que sobreviene después, en el 95, con posterioridad a la discusión en La Mejorana entre Martí, Gómez y Maceo, en la que se debate la forma de gobierno. Esto queda atrás en el momento en que, de hecho, se declara disuelto el Ejército mambí, se extingue el gobierno revolucionario, y comienza ese lapso oscuro que es la ocupación norteamericana,

El Dr. Eusebio Leal Spengler, historiador de la Ciudad de La Habana, concedió esta entrevista —especialmente para este número de Temas— al periodista Pedro Martínez Pérez, miembro de nuestro Consejo Editorial.

enjuiciada por Máximo Gómez, de forma breve y precisa, en su anotación del 8 de enero de ese año 1899: «tristes se han ido ellos [los españoles] y tristes nos hemos quedado nosotros, porque un poder extranjero los ha sustituido».

Máximo Gómez reconoce implícitamente que había un poder real —el español—, que a lo largo de siglos había privado al pueblo cubano de ejercer, llegado a la madurez de su vida, estando presentes en la sociedad cubana los elementos formativos que la favorecían, una opción independentista —a la que nunca tuvimos en realidad acceso—, fallido primero el intento de que Cuba se incorporase al movimiento de liberación hispanoamericana iniciado en México, y en todo el sur por Bolívar y por los padres fundadores; el resultado del 68 después, y finalmente el desastre de la intervención norteamericana, que Gómez en ese mismo párrafo señala. En esa misma anotación, dice que es una «intervención impuesta por la fuerza». En esta entrevista no podemos explayarnos en criterios diversos sobre el hecho, pero lo cierto es que los norteamericanos llegan, eso es lo histórico; desconocen al gobierno revolucionario; utilizan al Ejército Libertador como unos cargadores, como unas tropas de adelanto que van limpiándoles el camino, hasta que se esfuma la ilusión de que los americanos vienen a Cuba como aliados. El propio Gómez —para volver a citarlo— en su célebre carta de respuesta al Capitán General Ramón Blanco, que le insta a una alianza entre tropas cubanas y españolas para arrojar fuera a los yanquis, le responde: «Me asombra su atrevimiento, al proponerme nuevamente términos de paz, cuando usted sabe que cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba. Usted representa en este Continente una monarquía vieja y desacreditada y nosotros combatimos por un principio americano; el mismo de Bolívar y Washington [...] Yo solo creo en una raza: la Humanidad; y para mí no hay sino naciones buenas y malas; España habiendo sido hasta aquí mala, y cumpliendo los Estados Unidos, hacia Cuba, un deber de humanidad y civilización, en estos momentos»; para, poco después, con aquella agudeza que tenía, y como hombre que conocía demasiado la cuestión cubana por dentro, y había oído tanto a Martí, diga: «No veo el peligro de nuestro exterminio por los Estados Unidos, a que usted se refiere en su carta. Si así fuese: “La Historia los juzgará”». El juicio está montado en la ocupación americana, en ese período de ocupación —1900-1902—, cuando quedan claras todas las intenciones; cuando estas se ponen de manifiesto, con brutalidad absoluta, en la asamblea constituyente de 1901 en el Teatro Martí; cuando se les advierte a los asambleístas que si no hay enmienda no hay República. Y a la constituyente, que tenía como único objetivo

Eusebio Leal: «No podríamos entender la Revolución sin la República»

—para el cual había sido elegida—, preparar una base constitucional para la República futura, le impone el deber de legislar sobre cómo serían las relaciones futuras entre Cuba y los Estados Unidos, y le impone la Enmienda Platt, que no solamente merma, sino mutila todos los atributos de soberanía de la República que nace el 20 de mayo de 1902.

Sí, fue una República, fue reconocida por las grandes potencias, por España, por los Estados Unidos; fue reconocida por Europa, por Japón, por China. Ahí tenemos las cartas de reconocimiento de todas aquellas personalidades. Fue reconocida por todos los pueblos iberoamericanos; pero en realidad la República, como tal, no existió, porque desde el punto de vista jurídico, el gobierno de los Estados Unidos podía intervenir en Cuba sin consultar al Congreso ni al Presidente. Y eso lo ejerció entre 1902 y 1905, en todas las presiones sobre el gobierno de Tomás Estrada Palma, y de una forma brutal cuando ese propio presidente, prevaricando de sus deberes, llama al gobierno norteamericano, en una acción en la cual participa el Ministro de Cuba en Washington, Gonzalo de Quesada, quien pide al presidente de los Estados Unidos la intervención en Cuba. Ambos, Gonzalo de Quesada y Estrada Palma, eran discípulos amados de Martí. Hasta el último momento de su vida está refiriéndose con cariño y con afecto a Estrada, a quien él había llamado «el cenobita de Central Valley». En la carta del Secretario de Estado norteamericano está citado el telegrama de Quesada que dice: «esto aquí nadie lo sabe, solamente el Presidente y yo». Es decir, se hizo a espaldas del Congreso, a espaldas de los sectores de opinión. En medio de un conflicto interno, se solicita la intervención norteamericana. Es un acto de soberbia del presidente Estrada Palma, al no querer reconocer los resultados de unos comicios electorales que estaban viciados, porque la República que se entroniza nació con todos los vicios de corrupción propios del modelo que le había sido propuesto como fórmula de existencia. Dicen que el Presidente norteamericano estaba muy molesto, porque la torpeza de los políticos cubanos venía a deshacer la imagen «grande y generosa» que los Estados Unidos habían dado ante el mundo. La nación norteamericana había cumplido el compromiso solemne de ambas cámaras —expresado en la fórmula de que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre y soberano— al intervenir en Cuba. Esa libertad había sido conculcada por la Enmienda Platt, pero quedaba una formulación pública, un teatro montado, y ese teatro venía a ser disuelto por Tomás Estrada Palma, y eso no convenía a los intereses norteamericanos. Ellos no querían estar aquí, la escena maravillosa había sido la partida, la entrega de la República; pero tuvieron que volver, y cuentan que el

Presidente norteamericano le expresó a Gonzalo de Quesada: «Dígale al presidente Palma que yo puedo enviar ahora mismo los barcos que me pide, pero que piense en la mancha imborrable que caerá sobre su nombre».

P. M. P. : A partir del 20 de mayo de 1902 nace un nuevo Estado, y se crea una república que usted dice que no existió en los primeros años por la vigencia de la Enmienda Platt, pero que ha dejado una historia con luces y sombras, a partir de Estrada Palma, pasando por José Miguel Gómez, Menocal, Zayas, Machado...

E. L. S.: Nosotros podemos explicar la historia; lo que no podemos hacer es borrarla. Cuando no se tiene el valor de explicarla, se acude al expediente de omitirla. Yo pienso que eso es un grave error, que ha costado muy caro a los que la han negado. Varias veces he escuchado decir al compañero Fidel que quienes han negado su historia han desaparecido.

No podemos dejar de pensar que el Secretario de Educación Pública del gobierno interventor, en un período, fue Enrique José Varona. Ya sabemos qué representa Varona en la historia de la evolución del pensamiento cubano. Sabemos que en el momento del voto por la Enmienda o contra la Enmienda se escinde la opinión cubana. Una posición era la de quienes creían necesario rechazarla —recurriendo a un expediente de heroísmo que no tenía convocatoria, porque se habían roto las bases de unidad, y la información que podría haber permitido movilizar a muchos, estaba fragmentada. Otros creían que debíamos tomar lo que se nos daba y luchar por lo que aspirábamos, o por lo que habíamos luchado siempre. Esa es una verdad; y vamos a observar cómo, tanto en el gobierno de Tomás Estrada Palma como en los posteriores, participa un conjunto de figuras de gran relevancia para Cuba que no pueden ser, en forma alguna, borradas y tijeateadas de la historia. Nos quedaríamos sin nadie si no somos capaces de situar lo que usted ha llamado, con razón, la luz y la sombra de un proceso. No hay posibilidad ninguna, es un proceso en el cual se forja un sentimiento antimperialista, en que renacen con fuerza, después de la poda, los más valiosos sentimientos patrióticos. Es un período en el cual figuras como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, por citar solamente algunos nombres, van a librar la batalla por el análisis y la búsqueda de una posición cubana frente a las nuevas amenazas de injerencia norteamericana —que son en muchos casos rechazadas— y contra las relaciones que se han creado en Cuba, precisamente por no haber triunfado la revolución martiana «con todos y para el bien de todos».

No estaba publicada todavía la mayor parte de la obra de Martí; por eso comprendemos la avidez con que Mella, profundamente flechado por el Maestro, busca

testimonios martianos en las figuras sobrevivientes de la gran gesta; por eso el papel del doctor Eusebio Hernández, por ejemplo; una tremenda figura, no solo un gran científico, sino un gran patriota, de primerísima línea, consejero de Maceo, compañero y amigo de casi todos los fundadores. Hay un libro precioso con su correspondencia y con todo lo que significó. Además, Mella lo pondera de forma extraordinaria.

Es la etapa en que nace el movimiento obrero, en que se llevan a cabo las primeras huelgas, en que va surgiendo, precisamente, una conciencia proletaria en medio de las necesarias influencias, que venían de nuestra propia matriz española o europea, como el anarcosindicalismo. Tuvimos hasta la fortuna de tener en esa corriente a hombres de la talla de Alfredo López, a quien Mella reverencia como una verdadera figura de primera línea en el orden humano. Es la etapa en que se forja y nace el primer Partido Comunista de Cuba, con un Primer Secretario que era español y que es deportado poco después; lo cual agrega condimento a que nuestra ruptura con España siempre fue con la España política, pero no con la de la raíz, de la rabia y de la idea de que hablaba García Lorca; porque de ahí nos vienen los fundadores de las organizaciones obreras, de la masonería librepensadora y anticlerical, de las organizaciones culturales iniciales. No olvidemos que sin esa continua relación con la España vital no se comprendería la partida a España, apenas treinta años después, de aquella masa de jóvenes que va a combatir por el sueño democrático de la humanidad, en defensa de la República, y que vaya entre ellos uno de los jóvenes más esclarecidos de su generación, Pablo de la Torriente Brau.

Esto es muy complejo, no admite simplificación, no admite decir que todo ha comenzado con nosotros. El movimiento encabezado por Fidel es, como él mismo lo definió, una continuación de la revolución iniciada por Céspedes. Esa revolución adopta, desde el 68 hasta el 59, distintas etapas, y una de ellas es la de la lucha en el período republicano, proclamado luego de la primera y segunda intervención norteamericana en Cuba, y del terrible amago de intervención que sobreviene a la revolución del 30. Hubo entonces injerencia política, pero ya no pudo haber intervención militar con desembarco, porque ya había cristalizado una conciencia que pone al país al borde de una verdadera y grande revolución.

Tampoco podemos omitir que, en medio de todo eso, hay en la República elementos vitales que luchan, por ejemplo, de una forma patriótica por deshacer la Enmienda Platt, desde el punto de vista jurídico, y lo logran cuando hacen que sea finalmente abolida, no como un acto de generosidad del nuevo trato preconizado por Franklin D. Roosevelt, sino como resultado de una gran lucha nacional, en la cual los embajadores, los

ministros cubanos —entre ellos Cosme de la Torriente— van a desempeñar un papel muy importante para la desarticulación del aparato jurídico de la Enmienda. Ellos logran barrenarla completamente. Además, estaba delante el proceso revolucionario, fallido, inconcluso; pero real, en el cual se paga el altísimo precio del exilio y muerte de Mella, de la partida frustrada y del asesinato de Guiterras, hechos que nos permiten pensar en el precio que paga el pueblo cubano por todo esto.

También hay un movimiento obrero que tiene una significación enorme en este período, con una gran ventaja para Cuba, y es que los grandes dirigentes obreros del país, formados en el seno de aquel primer Partido Comunista, lo fueron de una forma muy flexible. Dirigentes muy originales porque partían de experiencias vividas muy originales, porque cumplían sus deberes de cara a la clase trabajadora; verdaderos dirigentes, extraordinariamente queridos por el pueblo cubano. No se puede concebir la historia de ese movimiento sin hablar, por ejemplo, de Jesús Menéndez, caído en plena juventud y que logró lo que parecía imposible, en una batalla contra las más poderosas transnacionales de aquel momento.

No podemos olvidar —en la Habana Vieja en particular— el papel de Aracelio y de Margarito Iglesias, como no se puede olvidar el de Miguel Fernández Roig o el de José María Pérez, por solamente citar los nombres de los mártires.

P. M. P. : Durante la República se crea también la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), y en la Protesta de los 13 hacen irrupción los intelectuales.

E. L. S. : Claro que sí, un movimiento intelectual muy fuerte que se inicia, precisamente, con aquellos jóvenes libertadores que, al concluir el proceso independentista, quedan inconformes con el destino incierto de Cuba. Entonces se produce un movimiento, y ahí está ese fermento intelectual de hombres de los que hoy estamos conmemorando los centenarios. Con nombres como Don Fernando Ortiz que, ya desde el comienzo, desde su juventud, está buscando las raíces y las claves interpretativas de la sociedad cubana; Emilio Roig de Leuschenring, «el infante terrible», como lo llamaron; aquella generación que está en la Protesta; figuras que conocimos y nos pudieron dar un testimonio tan hermoso de aquellos años como José Zacarías Tallet y Juan Marinello, por citar algunos nombres.

Tenemos a Rubén Martínez Villena, siguiendo la huella de Mella, a quien Neruda, con tanta razón, llama «el discóbolo cubano»; detrás de ellos, Raúl Roa y toda esa gran generación, extraordinariamente elocuente, dotada de la capacidad de la oratoria, de la conversación, que logran en sus tertulias en el Naranjal, en el hotel Ambos

Eusebio Leal: «No podríamos entender la Revolución sin la República»

Mundos, en el Lafayette, en el corazón de La Habana, donde se reúnen con los viejos representantes del pensamiento cubano, con el propio Eusebio Hernández, con Juan Gualberto, con Sanguily, con Varona. Vemos el fin de la vida de Varona; ahí está Roa describiendo en una semblanza lo que significó este para la juventud cubana, y cómo van a buscarlo, y cómo Varona —despojado ya de todo, sin nada material—, se convierte en el abanderado de esa moral, de esa ética cubana, indestructible.

Creo que sí, que hubo un movimiento de cambio, de transformación, una generación que tuvo articulistas brillantes, caricaturistas brillantes como Conrado Massaguer, por ejemplo; revistas espléndidas de pensamiento cubano como *Social*, hasta llegar al momento crucial, ya en el 30, con una generación aún más joven que viene detrás. Por ahí llegaremos a *Nuestro Tiempo*, por ahí llegaremos a *Orígenes*, por ahí llegamos a toda la pintura cubana de esa época; por ahí andamos del brazo de músicos como Amadeo Roldán, de Caturla. Entonces, simple y sencillamente, te diré que esa República fue extraordinariamente fecunda, en todos los aspectos.

P. M. P. : ¿Cuáles son los momentos o facetas de la historia de aquella República que demandan hoy un ejercicio más acuciente de reinterpretación o revalorización?

E. L. S. : Creo que toda la historia republicana es muy importante para su estudio; porque se corre el riesgo siempre de simplificaciones, de reducciones muy mecánicas, en las cuales falta la capacidad de investigar situaciones concretas nacionales e internacionales, el papel de las grandes personalidades en la historia de Cuba, el de las vanguardias políticas y culturales que fueron tan importantes y que borran por completo la imagen del proceso republicano como desierto de virtudes. En él aparecen precisamente los precursores y promotores del proceso revolucionario en su doble vertiente; quiero decir en su vertiente política y en su vertiente cultural. Esta es una coincidencia muy importante en la historia de Cuba, que marca una regularidad de la Revolución, y es la coincidencia de las vanguardias culturales con las vanguardias políticas. Una inclinación a los problemas sociales ha sido determinante, de forma permanente en esas vanguardias cubanas. Las élites han sido, son, se hacen evidentes, pero son intrascendentes. Las que desempeñan un papel importante son las vanguardias, y no se puede confundir lo uno con lo otro. El proceso republicano es riquísimo: en las relaciones internacionales, por ejemplo, la batalla librada por Cuba por la derogación del apéndice constitucional, es decir, de la Enmienda Platt. ¿Cómo se logra esa derogación formal, que fue una victoria jurídica sobre el Departamento de Estado norteamericano? ¿Cómo se logra el reconocimiento de la pertenencia de

Isla de Pinos a Cuba, que era discutida? Y con Isla de Pinos se discutía también la existencia virtual del archipiélago. Se le concedía a Cuba soberanía nada más que sobre la isla grande. Esa batalla fue importantísima. La presencia de Cuba en la fundación de la Liga de las Naciones, la presencia de Cuba en la fundación de la UNESCO, la presencia de Cuba en el Tribunal Internacional de La Haya. El hecho de que haya sido un cubano su presidente —el doctor Bustamante—, el papel que su doctrina jurídica tuvo para los derechos internacionales, y sobre todo el derecho de las pequeñas naciones, particularmente las pequeñas naciones hispanoamericanas. Entonces yo considero que hay que estudiar la República, que no puede ser borrada de un plumazo; hay que ver el papel que desempeñaron las contradicciones, las posiciones de los grupos de batalla en esa época. Por ejemplo, los que aprobaron la Enmienda Platt, bajo qué condiciones. Generalmente no hubo ninguna anuencia, o casi ninguna a favor del carácter real de la Enmienda como elemento de intervención, como elemento de sujeción, como elemento de menoscabo de la soberanía cubana, hasta hacer inviable esa soberanía. No hubo generalmente anuencia a eso. Los que la aceptaron para continuar la lucha consideraban que era necesario tomar en ese momento lo que se nos daba, para buscar y aspirar a lo máximo. Quiero decir que hay que estudiar, estudiar profundamente, y no se puede, de ninguna manera, hablar de la República como de un monstruo inexistente, de algo que no existió. No es posible.

P. M. P. : ¿Cómo evalúa la labor realizada por la historiografía republicana? ¿La obra, por ejemplo, de figuras como Ramiro Guerra, Herminio Portell Vilá, Leví Marrero y Emilio Roig de Leuchsenring?

E. L. S. : Son, a veces, enfoques distintos, distanciados por una actitud fundamental ante la cuestión de la injerencia norteamericana en Cuba. Ramiro Guerra, por ejemplo, es el historiador; es un maestro, un pedagogo. Su Historia es un documento de una eticidad absolutamente inobjetable, y él en sus libros se asoma, se coloca ante el dilema de la injerencia norteamericana en la República, la denuncia; no produce un análisis profundo de las causas y razones, y no desnuda el fenómeno; pero llega hasta el umbral, evidentemente; es hasta ahí donde podía llegar. Y eso está avalado por su conducta, por su vida personal, y por su carácter. Emilio Roig sí entra de lleno en el problema.

Yo te diría, por ejemplo, que para comprender el pensamiento cubano, es indispensable estudiar La expansión territorial de los Estados Unidos, de Ramiro Guerra. Es un libro fundamental para poder entenderlo. Pero también es importante estudiar a Herminio Portell Vilá,

que después, con su vida, se aparta de las que habían sido sus convicciones; pero no olvidemos nunca que es el autor de una obra monumental que se llama Cuba y sus relaciones con Estados Unidos y España. Es un libro esencial para estudiar, para comprender el diferendium cubano-norteamericano; esta obra y otras del profesor Portell Vilá. Tomó un protagonismo importante en los congresos internacionales de historia, convocados por Emilio Roig; estuvo en un círculo de amigos, muy apreciado por Roig; después vino un distanciamiento profundo cuando, llevado por su anticomunismo absoluto, no se da cuenta de las originalidades y de las virtudes que estaban presentes en la Revolución cubana. No la interpreta, y aterrorizado, se va a poner al servicio de los propios intereses que ha combatido. Este es un análisis que hay que hacer, pero sin invalidar la obra. Esto es importantísimo.

P. M. P. : ¿Leví Marrero y Emilio Roig?

E. L. S. : Leví Marrero: una obra monumental. Una obra mo-nu-men-tal, que nadie puede desconocer. Hay que situarlo dentro de esa obra de la geografía política cubana, en que cada cual hace un aporte importantísimo, muy concluyente: es el trabajo de Pedro Cañas Abril, son las investigaciones de Sara Isalgué y de Salvador Massip, son los propios trabajos del joven Núñez Jiménez en su momento. Pero Leví Marrero es un hombre de gran sabiduría y su obra es una obra enciclopédica que tendrá que ser consultada, independientemente de sus posiciones personales. Es algo a lo que se puede aplicar aquello de que «el arte no tiene patria, pero los artistas sí». O sea, podemos enjuiciar las posiciones personales del doctor Leví Marrero; podemos someterlas a debate; pero no su obra.

P. M. P. : ¿Y Emilio Roig?

E. L. S. : Emilio Roig de Leuschenring fue uno de los hombres más completos, a mi juicio. Pero es un hombre que se desenvuelve en otros rangos. Emilito se percató de la importancia de la polémica política y de la prensa; no se perdió nunca en su gabinete a hacer historia, solamente a investigar y a publicar libros, sino que fue un polemista; y además un costumbrista. Se dio cuenta de que las costumbres y el carácter tenían mucho que ver y condicionaban o tipificaban mucho la posición de los cubanos ante la sociedad y la historia; por eso fue un costumbrista, por eso fue un periodista. Advirtió el papel de la ciudad, de las grandes ciudades, y particularmente de La Habana, como lugar que tiene un gran peso en la historia de los acontecimientos. Y por eso fue, además, el historiador de la ciudad. Se dio cuenta de la importancia de los monumentos públicos como resortes de la

memoria, y por eso defendió y creó instituciones. Pero lo más importante de su obra, de su sentido martiano, de su carácter cubano, es que está signada por una comprensión de que el pueblo cubano había luchado y había logrado su independencia por su propio esfuerzo; de que Cuba debía ser libre —como decía Martí— de España y de los Estados Unidos; de que el imperialismo norteamericano había tenido un papel nefasto en sus relaciones con Cuba. No hablo de la cultura norteamericana, no hablo de la nación norteamericana, hablo de la acción imperial desnudada a lo largo de su obra: en su estudio sobre la Enmienda Platt, en su ensayo luminoso «Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos». Él deja claro, muy claro, que hay una diferencia absoluta entre las vanguardias políticas, defensoras de la justicia, defensoras de los inmigrantes, defensoras de los pobres, de los negros, de Cuba, y la élite política plagada de intereses inconfesables que siempre creyó que Cuba era la fruta madura que debía desprenderse del árbol. He ahí la distinción entre Roig y las otras personalidades que hemos mencionado.

P. M. P. : En el Centro Histórico de La Habana hay algunos símbolos de esa República; está el Palacio Presidencial, el Capitolio, y está también el Palacio del Segundo Cabo, que es anterior, pero donde sesionó la primera Legislatura cubana.

E. L. S.: Y acabamos de terminar la restauración de la Cámara de Representantes, construida en 1913, anterior al Capitolio y que hemos conservado; porque el Palacio del Segundo Cabo se transformó, se cambió; pero hemos logrado restaurar la Cámara de Representantes, restituir en ella un busto de Máximo Gómez, cien años después, el mismo día y a la misma hora en que había sido expulsado por una Asamblea Legislativa formada por muchos cubanos de mérito, no solo por oportunistas y traidores. El que se paró allí para decir «si hay que fusilar a Máximo Gómez y hace falta un General para hacerlo, cuenten conmigo», era un patriota imborrable de la historia de Cuba. Tal era la confusión del momento.

El mismo día y a la misma hora, entronizamos su monumento en bronce en el hemicírculo de este primitivo Parlamento, de esta Cámara Baja cubana. En el mismo edificio en el que Raúl Roa realizó su impresionante labor editorial y de divulgación cultural en el Ministerio de Educación, en los tiempos de Aureliano Sánchez Arango. En el mismo lugar a donde llegó Eduardo Chibás, con su denuncia, que era en definitiva un enfrentamiento contra la corrupción conceptual y latente de la República, independientemente de que fuese cierto o no que Aureliano tuviese las fincas que se le atribuían en

Guatemala. El lugar desde donde Armando Hart dirigió la campaña de alfabetización —porque ya era Ministerio de Educación en el momento del triunfo de la Revolución. Ahí estuvimos, y el doctor Hart me dijo, «desde aquí dirigimos el movimiento de la alfabetización en Cuba». Ese lugar está totalmente restaurado, con todos los atributos del Ministerio de Educación y los de la Cámara de Representantes, las condecoraciones de aquella época, las medallas conmemorativas, los documentos, el texto constitucional de 1940. Es decir, no podemos explicar la historia de Cuba, ni amar la historia actual, desconociendo el pasado, ni admitir tampoco una explicación simplista porque, sencillamente, es poco serio.

P. M. P. : ¿Cuál sería a su juicio el balance de la cultura de aquella República y su legado al momento actual?

E. L. S.: Bueno, figúrate. Si nosotros, por ejemplo, no comprendemos el papel desempeñado por el grupo de Avance, o por Orígenes, o por la Sociedad Pro-Arte Musical, no podemos entender la cultura cubana. Fue allí, en Pro-Arte Musical, donde se abrió un espacio a la cultura, un espacio muy democrático, porque las vanguardias políticas cubanas —que eran vanguardias de izquierda, no crípticas, sino confesas— estaban allí; allí fueron a participar en la musicología, en el ballet, en las artes plásticas, en el teatro, pero sobre todo en la música. En ese periodo cristaliza el teatro cubano. ¿Qué pensar del grupo de Avance? Son las ideas, la defensa de las ideas, la organización de la vida cultural, las exposiciones, el trabajo con las personalidades políticas. ¿Qué pensar de Orígenes? Un grupo de meditación, de reflexión, como siempre tiene que haberlo en toda sociedad. No era una élite en una torre de marfil, era una vanguardia. Quizás menos polémica, una vanguardia que estaba en el culto de ciertas cosas, que son indispensables a toda sociedad y que la mezquindad de la vida republicana y de la sociedad —que podríamos llamar política— no permitía generar, y ellos lo hicieron. Y, desde luego, estaban también las grandes individualidades de la cultura cubana. En ese periodo hay una serie de cosas de una importancia tal, que no podríamos entender la Revolución sin la República.

El siglo que se fue: azúcar y economía en Cuba

Oscar Zanetti Lecuona

Historiador. Instituto de Historia de Cuba.

A todas luces, la historia registrará al siglo xx como un tiempo, además de convulso, impreciso. Bajo los imperativos del marketing, en muchos países se le extendió apresurada acta de defunción al son de la duodécima campanada —nocturna— del 31 de diciembre de 1999. Los historiadores tampoco han llegado a un acuerdo sobre los límites de la controvertida centuria. Con evidente percepción europea del asunto, Eric Hobsbawn la ha calificado como «corta», asignándole el período, algo menor de ocho décadas, que se extendería desde el estallido de la I Guerra Mundial hasta la desaparición de la URSS. Pero para los cubanos se trata sin duda de un siglo largo, sobre todo si atendemos a la pertinaz vigencia que en nuestro caso particular tiene ese fenómeno capital de la historia reciente que se dio en llamar «Guerra fría». Aun cuando decidiésemos postergar la polémica

sobre el momento más apropiado para fijar el término de nuestro lapso secular, no sería difícil admitir que en Cuba este se adelanta a la convención cronológica: el siglo cubano comienza exactamente en 1898.

Mucho de lo ocurrido en la Isla durante el siglo que despedimos parece haber tenido su inicio en aquel año. No se trata solo de la influencia que la Guerra de Independencia y su malhadado colofón ejercieron sobre su destino político, sino de que ese conflicto sobrevino también en un minuto de cruciales definiciones para el futuro de la economía insular. Tanto las consecuencias directas de la guerra, como los problemas presentes en la posterior trayectoria económica del país, tienen una diáfana expresión en los avatares del azúcar, protagonista ineludible del acontecer económico en la mayor de las Antillas. El comportamiento de la producción azucarera y el papel que esta ha desempeñado a lo largo de cien años de transformaciones estructurales, cambiantes condiciones comerciales, variaciones en la dotación de factores productivos y otras incidencias, constituye el objeto de las páginas que siguen.

El presente texto se corresponde sustancialmente con la ponencia presentada por el autor a la Conferencia A cien años del 98; España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, celebrada en la Universidad de Salamanca, en octubre de 1999.

La formación de una industria moderna

Al estallar la guerra de 1895, Cuba atravesaba una importante fase en su modernización capitalista. Desde la década anterior, la Isla venía experimentando un serio deterioro de sus posiciones mercantiles, debido sobre todo a la incontenible avalancha de azúcar de remolacha en el mercado internacional. Apoyada en una tecnología industrial más avanzada y en los subsidios de exportación, la remolacha había conseguido superar a la caña como proveedora del dulce, y copaba los mercados europeos. Por otra parte, las propias características del azúcar, como mercancía, se habían modificado. Con la difusión del centrifugado y el envase en sacos podía prolongarse la conservación del producto, lo cual dio pie a las ventas de futuros y otras prácticas mercantiles que dejaron la comercialización al arbitrio de comerciantes y refinadores. Desde Hamburgo, Londres o Nueva York, poderosas firmas manipulaban los precios y especulaban en la bolsa, reduciendo a los distantes productores a una condición subordinada.¹

El efecto más visible de todo ello fue una incontenible caída de los precios. Junto a la desvalorización de su principal producto, Cuba sufrió también la pérdida de los mercados europeos, situación que la condenó a una absoluta dependencia del consumo norteamericano.² La coyuntura no podía resultar más comprometida para los azucareros cubanos. Solo una drástica rebaja del coste de producción les permitiría sobrevivir, pero esta tendría que operarse en una economía aquejada por las secuelas de la primera contienda independentista (1868-1878) y que también, de manera impostergable, debía enfrentarse a la abolición de la esclavitud. Tan formidable reto habría de encararse mediante la llamada centralización, complejo proceso que entrañó tanto una vasta transformación técnico-económica como el cambio radical del sistema de trabajo.

El aumento de la productividad y la obtención de una escala de producción mucho mayor —factores decisivos en la disminución del coste— suponía un fuerte incremento en la capacidad de las unidades productivas. Las nuevas fábricas o centrales, con capacidades desde diez hasta veinte veces superiores a los antiguos ingenios, podían producir entre 4 000 y 10 000 toneladas métricas de azúcar por cosecha y extraer el doble del contenido de sacarosa de las cañas. Pero ello requería no solo la asimilación de una compleja tecnología de procesamiento continuo, sino la inversión imprescindible —e igualmente costosa— en medios complementarios, como almacenes, talleres, vías férreas, etc.

La reestructuración laboral resultaba tan complicada como la transformación tecnológica. El tránsito al trabajo libre era gravoso, y no solo por la ausencia de indemnización a los antiguos amos. Al articularse un mercado laboral, pieza indispensable para el capitalismo insular, los hacendados tuvieron que acostumbrarse a bregar con el salario, una variable de notable influencia sobre el coste de producción, que no siempre conseguirían mantener dentro del rango apetecido.

En la considerable masa de capital fijo y circulante requerido para poner en operación los nuevos centrales, ha de contemplarse, además, el muy acrecentado volumen de materia prima demandado por esas fábricas. Hacia 1890 se estimaba que la zafra de un central promedio necesitaba de unas 1 500 hectáreas de cañaverales. El fomento de semejante plantación bajo el antiguo esquema hubiese potenciado la inversión hasta límites prohibitivos. Esa realidad, unida al cambio en el régimen laboral, terminó por imponer una nueva concepción organizativa que separaba la producción industrial de la agricultura cañera. El cultivo quedó en manos de los colonos, agricultores reclutados entre propietarios de ingenios arruinados, campesinos con fincas cercanas a las fábricas y arrendatarios asentados en tierras del central. Estos colonos venderían sus cañas mediante contratos que estipulaban un pago equivalente a cierta proporción del azúcar obtenido, relación que no tardaría en convertirse en inagotable fuente de conflictos.

Pese al alivio que representaba la fórmula del colonato, el financiamiento constituyó el punto crítico del proceso de centralización. En medio de una desordenada situación monetaria, heredada de la Guerra de los Diez Años y agobiada por las exacciones de la Hacienda colonial, la economía cubana padecía de una crónica escasez de capitales y carecía de un verdadero sistema bancario, lo cual determinaba que los préstamos se obtuviesen regularmente en condiciones onerosas.

Frente a tan complejo panorama, ha de reconocerse que la industrialización azucarera se efectuó con rapidez. En 1894, una zafra superior al millón de toneladas marcaba el récord productivo de Cuba para el siglo XIX. La cosecha fue procesada en unas 400 fábricas, la mitad de estas consideradas centrales. Aunque muchos hacendados quedaron en el camino —en 1881 se registraban 1 170 ingenios—, el proceso había descansado casi por entero en la iniciativa insular, pues el número de unidades en manos extranjeras resultaba relativamente pequeño.³ Sí era notable, en cambio, el grado de endeudamiento de la mayor parte de los propietarios azucareros —principalmente con firmas norteamericanas—, situación que la severa crisis de 1893-1894 se encargó de poner de manifiesto.

El exitoso desarrollo de la centralización afianzó el papel del azúcar en la economía cubana; en 1894, el dulce producto constituía el 71% de los valores exportados, variable dentro de la cual solo el tabaco ocupaba también una proporción significativa. Igualmente ostensible era la dependencia de Cuba respecto al mercado de los Estados Unidos —destino del 85% de las ventas—, país con el cual se había concertado un Tratado de Reciprocidad Comercial de breve vigencia —1891-1894—, pero que proporcionó un impulso decisivo al crecimiento azucarero.⁴

Aunque la Guerra de Independencia y la posterior ocupación militar de la Isla por los Estados Unidos parecen abrir un paréntesis en este proceso, en realidad esos acontecimientos vinieron a acelerar y culminar las transformaciones estructurales que desde años atrás experimentaba la economía cubana.

Las condiciones en que hubo de librarse la guerra iniciada en 1895 tuvieron un devastador impacto económico. Este fue particularmente severo en el sector azucarero, donde el incendio de cañaverales y la destrucción de fábricas redujo la producción en un 70% solo durante el primer año de hostilidades. Es difícil establecer con exactitud el monto de las destrucciones; aunque el primer informe del Gobierno Interventor norteamericano reporta casi 600 fábricas destruidas, probablemente las dos terceras partes de esa cifra la constituían ingenios inactivos o en trance de demolición desde antes de la guerra. El mismo informe cifraba en 217 las unidades en capacidad de moler a un plazo más o menos corto. El hecho de que el potencial productivo total de dichas fábricas se estimase en 1 052 691 toneladas, cantidad muy similar a lo producido en la zafra récord de 1894, indica que las unidades sobrevivientes eran, en su inmensa mayoría, los centrales en que se concentraba la capacidad de procesamiento de la industria. La producción cubana superaría nuevamente el millón de toneladas en 1903, zafra en la cual molieron solo 171 centrales. Desde esta perspectiva resulta claro que la guerra, al propinar el golpe de gracia a gran número de ingenios pequeños e insolventes, había contribuido a rematar el proceso de centralización azucarera.⁵

La transformación del cuadro funcional de la industria, por otra parte, se completaría con los cambios institucionales que Cuba hubo de experimentar bajo la tutela norteamericana. A las medidas de reordenamiento económico dictadas por el Gobierno Interventor, siguió la Enmienda Platt, que reducía casi a la condición de protectorado a la República cubana proclamada en 1902. En ese propio año se concertó un nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial con los Estados Unidos, gracias al cual el azúcar de la Isla quedó definitivamente vinculado a un mercado preferencial. El margen

arancelario de que disfrutaría el dulce —un 20%— representaba una indiscutible ventaja para los productores, pero ello se obtuvo a cambio de una virtual entrega del consumo cubano a las mercaderías estadounidenses. La hegemonía política y económica de los Estados Unidos en Cuba representaría un poderoso atractivo para los capitales nortños; ya durante los años de la Intervención o inmediatamente después, firmas estadounidenses adquirieron siete centrales y fomentaron otros cuatro, en lo que se configuraba como una clara tendencia hacia el control de la producción azucarera cubana.⁶

Expansión y deformidad

Sobre las bases creadas durante la transición intersecular, la industria azucarera experimentó un portentoso crecimiento que apenas en dos décadas le permitiría quintuplicar la producción. Desde el punto de vista de sus factores condicionantes, en el desarrollo de esa tendencia pueden apreciarse tres fases bien diferenciadas. Durante la primera (1904-1913), el movimiento responde, en lo fundamental, a las posibilidades de acceso al mercado norteamericano abiertas por el Tratado de Reciprocidad. Ya en 1913, con la venta de 2,1 millones de toneladas métricas —el 87% de su producción— Cuba había completado el desplazamiento de los restantes abastecedores externos del consumo estadounidense, tras lo cual era de esperar que la progresión productiva moderase su ritmo. Por el contrario, con el estallido de la I Guerra Mundial este tendría un nuevo impulso. Ante el déficit creado por las devastaciones bélicas en la industria remolachera de Europa, la zafra cubana elevó su monto hasta alcanzar 4,18 millones de toneladas métricas en 1919. La tercera y última fase (1920-1925), no responde al estímulo de la demanda. En realidad la situación del mercado se mostraba teñida de incertidumbre; sin embargo, las firmas azucareras estadounidenses, que habían realizado fuertes inversiones durante la guerra, consideraron que el aprovechamiento óptimo de sus capacidades productivas las colocaría en una imbatible posición competitiva y elevaron la producción en otro millón de toneladas. En 1925, ante el declive irrefrenable del precio, el crecimiento tocaba a su fin.⁷

El incremento productivo del primer cuarto de siglo provocó un cambio sustancial en la distribución territorial de la industria. Tradicionalmente asentada en la mitad occidental de la Isla, la producción azucarera se expandió con rapidez a las provincias orientales, las que en 1925 ya aportaban algo más de la mitad del monto de la zafra.⁸ Pero el crecimiento no fue solo en

extensión. Según se aprecia en la siguiente tabla, la producción media por ingenio crece en una magnitud bastante similar a la producción total, de modo que aunque esta última se quintuplica, el número de fábricas aumenta en poco más de un 10%. En tal sentido, estas décadas de auge dieron continuidad al proceso de concentración productiva iniciado con la centralización.

Cantidad de ingenios y producción de azúcar

Año	ingenios	producción (tm)	producción x ingenio
1903	171	1 028 205	6 012
1910	171	2 515 103	14 708
1919	196	4 180 621	21 329
1925	183	5 386 303	29 433

Fuente: Calculado con datos de Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio*, La Habana, 1978, t. III, cuadro III y *Anuario azucarero de Cuba*, 1959, p. 92.

La expansión aportó rasgos definitivos al perfil de la moderna industria azucarera cubana. En primer término, sus dimensiones; en 1925, Cuba poseía las mayores fábricas de azúcar del mundo. La tendencia a la gran fábrica, perceptible ya a finales del siglo XIX, se consolida en las primeras décadas del XX mediante el aprovechamiento de las principales innovaciones en la tecnología azucarera, en particular los tandems o sistemas múltiples de molinos. El medio fundamental escogido por los inversionistas para aumentar la producción fue ampliar la capacidad de molienda, una opción técnica que tenía su fundamento en las peculiaridades de Cuba dentro del conjunto de países productores de azúcar de caña.⁹

Desde el punto de vista de la dotación de factores, la industria cubana se distinguía por una abundancia de tierras fértiles, frente a la relativa escasez de fuerza de trabajo. Aunque dicha limitación fue superada durante los años de crecimiento mediante el empleo masivo de trabajadores inmigrantes —incluyendo la importación de braceros contratados a partir de 1913—, la mano de obra continuó siendo costosa para los propietarios. La disponibilidad de tierras, en cambio, parecía casi ilimitada, sobre todo en la mitad oriental de la isla, donde extensas porciones del territorio habían permanecido vírgenes hasta inicios del siglo XX. Ajustado a esa realidad, el cultivo cañero se desarrolló de modo extensivo y con técnicas bastante rudimentarias, aprovechando la fertilidad del suelo y un clima extraordinariamente favorable a la rápida maduración de la caña para proveer a la industria del mayor volumen de materia prima al menor costo posible. La agricultura cañera cubana se caracterizaría así por rendimientos físicos —caña por área— relativamente bajos, resultado de una prolongada explotación de los retoños, así

como de la escasa fertilización y mínimo riego de las plantaciones. Esta situación sería compensada por el mayor rendimiento en azúcar de las cañas, obtenido gracias a una cuidadosa selección de las cepas, la limpieza de la materia prima y una esmerada organización del proceso productivo.

La fórmula aplicada en Cuba para conseguir las economías de escala más provechosas, descansaba principalmente en la coordinación entre las fases agrícola e industrial del proceso productivo, tarea tanto más compleja por las extensas áreas de plantación que requerían las grandes fábricas y el sistema descentralizado de cultivo predominante en la Isla. Para asegurar el abastecimiento de materia prima, tanto en volumen como en tiempo y calidad, las compañías azucareras apelaron a diversos medios. En primer término, se apropiaron de toda la tierra disponible en las zonas donde instalaban sus fábricas, lo cual dio lugar a la constitución de enormes latifundios, en algunos casos superiores a las 70 000 hectáreas. Por lo general, la cantidad de tierra apropiada excedía las necesidades, pero ello permitía ejercer un completo control sobre los colonos, en su gran mayoría asentados como arrendatarios en tierras del ingenio.¹⁰ No menos importantes, como medio de control, eran los ferrocarriles privados de los centrales, cuyas extensas redes viales —a veces mayores de 400 kilómetros— cubrían toda la zona de cultivo y garantizaban tanto la puntual recepción de la materia prima, como la sujeción de los colonos, quienes solo disponían de esas vías férreas para extraer sus cañas. Aunque estas características prevalecieron sobre todo en las provincias centro orientales, donde concentraron sus inversiones las compañías norteamericanas, el acaparamiento de tierras y el control de la infraestructura por la industria azucarera fueron dos consecuencias generalizadas del crecimiento productivo durante el primer cuarto del siglo XX.

Otro resultado de enorme significación fue el traspaso de propiedades a manos norteamericanas, tendencia ya advertida a principios de siglo, que terminó por adquirir masivas proporciones. En 1924, las compañías estadounidenses poseían 74 centrales, en los cuales se realizaba el 60% de la producción nacional. Este movimiento no solo implicó una trascendental transferencia del control sobre el aparato productivo del país, sino el cambio de un sistema basado en el capitalista individual o la pequeña empresa —el hacendado tradicional— a otro caracterizado por el predominio de las grandes corporaciones de ribetes monopolistas, que controlaban una pluralidad de unidades productivas.¹¹

El saldo global de la expansión azucarera para la economía cubana no es fácil de evaluar. De un lado

está un crecimiento incuestionable, colosal, que en el caso de las exportaciones promedió una tasa de 9,6% anual durante toda esta etapa. Otro ángulo lo ofrece la naturaleza de esa progresión, pues mientras el valor exportado del azúcar y sus subproductos casi se multiplica por diez, el tabaco y los demás productos exportables no llegan siquiera a duplicar sus ventas en estos cinco lustros.¹² Tan monótono panorama tampoco lo modifica el sector interno de la economía; salvo la ganadería y el cultivo cafetalero, en el ramo agropecuario; así como ciertos productos alimenticios y materiales de construcción, en la esfera industrial. Los incrementos registrados en los restantes renglones de dicho sector carecieron de importancia.

Indudablemente, el auge azucarero contribuyó a la modernización de la sociedad cubana mediante la ampliación de la infraestructura, el ensanchamiento del mercado interno, la articulación de redes financieras y comerciales, la introducción de nuevos servicios, etc. Todo ello, en teoría, pudiera haber propiciado un desarrollo multilateral y, ciertamente, algunos renglones productivos lograron sacar partido del incremento de la demanda o de las facilidades del transporte. Pero esa posibilidad se materializó a una escala muy limitada. El cuadro estructural creado por y para el crecimiento de la producción de azúcar cercenó en buena medida los beneficios que pudieran derivarse de este. Los mismos mecanismos comerciales que favorecieron la exportación del dulce volcaban el consumo hacia las importaciones afianzando la dependencia; la superior rentabilidad del cultivo cañero, acrecentada todavía más en tales condiciones, propició el acaparamiento de tierras y la concentración de recursos materiales y humanos en detrimento de otros renglones agrícolas; las remesas de los trabajadores inmigrantes, los capitales extraídos por concepto de rendimiento de inversiones extranjeras, así como otros factores, propiciaron que buena parte del excedente generado durante las «vacas gordas» del azúcar se fugase al exterior.¹³ Lo que se aprecia, en resumen, es el desarrollo de un proceso de especialización extrema que llevó a su máxima expresión el carácter monoprodutor de la economía cubana.

Crisis y reajustes

La fragilidad de los fundamentos económicos del país se puso de manifiesto en la década de 1920, cuando las condiciones de realización del azúcar mostraron un sesgo francamente negativo. El crecimiento del consumo mundial aminoraba, sobre todo en las naciones industriales, no solo como un reflejo de la dinámica demográfica, sino también porque en ellas la demanda se acercaba al nivel de saturación.

Paralelamente, importantes consumidores propendían al autoabastecimiento mediante la implantación de severas medidas proteccionistas, como era el caso de los Estados Unidos cuyo arancel llegaría a extremos prohibitivos en 1929, coincidiendo con el debut de la gran depresión mundial.

La coyuntura colocó a Cuba ante una difícil encrucijada. La posibilidad de presionar sobre el mercado apoyándose en los costos comparativamente bajos de la industria insular se demostraba inviable ante las barreras proteccionistas. La alternativa era tratar de sostener el precio reduciendo la oferta, pero ello requería de una concertación internacional de productores. En 1925, cuando los precios promediaron apenas dos centavos por libra, los intereses mayoritarios en la industria azucarera cubana —corporaciones norteamericanas productoras de crudo y hacendados criollos— se mostraron favorables a restringir la producción. Sin embargo, tanto la consecución de un convenio internacional para estabilizar los mercados, como la organización de la producción en función de los compromisos que se contrayesen, eran medidas que escapaban a la iniciativa individual de los empresarios. Se requería de la intervención del Estado, una entidad que hasta entonces se había mantenido relativamente al margen del negocio azucarero.¹⁴

Cuando, en 1926, el gobierno cubano promulgó la ley Verdeja, que restringía la zafra en un 10%, la principal industria del país entró en una nueva fase de reorganización, que tomaría más de una década. La creciente intervención del Estado fue el componente decisivo de ese proceso; desde la fecha de inicio de la zafra hasta el destino, cuantía y forma de los embarques de azúcar —pasando por cuotas de producción, precios, salarios, etc.— todas las actividades del sector quedarían reguladas por una legislación vasta y minuciosa.

La estabilización del mercado azucarero internacional, tras varios intentos fallidos, pareció conseguirse en 1937, cuando se firmó en Londres un convenio internacional, con amplia participación de productores y consumidores. Pero el estallido de la Segunda Guerra Mundial desactivó ese mecanismo en muy breve plazo, de modo que hasta 1953 no entraría en acción un convenio capaz de regular, con cierta eficacia, el mercado mundial del azúcar. Mucho más rápido y efectivo fue el régimen de cuotas implantado por el gobierno de los Estados Unidos en 1934, mediante el cual ese mercado quedó convertido en un área preferencial con un abastecimiento proporcional prestablecido y precios diferenciados.¹⁵

Cuba había sufrido tremendamente los efectos de la política proteccionista estadounidense —en particular, el arancel Hawley-Smoot de 1929—, que redujo su

Forzoso es entonces constatar el hecho: tras dos siglos de reinado, Su Majestad el Azúcar ha sido destronado. Y no hay restauración a la vista.

participación en aquel mercado de un promedio algo superior al 50% del consumo en la década de los 20, a solo un 24,6%, en 1934. Ese año, Washington reconsideró su política, que no había reportado la ventaja prevista a los azucareros domésticos, y adoptó un sistema de contingentes distribuidos proporcionalmente entre sus abastecedores tradicionales. Aunque la proporción asignada a Cuba —29,4%— resultaba bastante inferior a su participación histórica, representaba la anhelada estabilidad con su principal cliente y, además, la posibilidad de disfrutar de un precio mayor que el prevaleciente en el mercado mundial, pues el nuevo sistema incluía un mecanismo destinado a compensar el más alto costo de los productores domésticos. Vigente durante casi tres décadas —salvo un breve lapso motivado por la Segunda Guerra Mundial—, la cuota norteamericana actuaría como la principal condicionante funcional de la industria azucarera cubana durante toda esta etapa.

En la mayoría de los años comprendidos entre 1926 y 1959, las zafras cubanas debieron ajustarse a un monto previamente definido. La distribución interna de esa producción fue una de las finalidades fundamentales de la intervención estatal. De haberse mantenido el sistema de libre competencia, el proceso de concentración de la producción hubiese continuado su marcha con la desaparición de varias decenas de centrales. En tal situación, los principales perjudicados habrían sido los hacendados cubanos, menos competitivos, y, por supuesto, miles de colonos y decenas de miles de trabajadores que se hubieran visto privados de su fuente de ingresos. Las graves consecuencias de la contracción azucarera en un cuadro de monoproducción como el cubano eran obvias, y la profunda crisis sociopolítica que el país experimentó entre 1930 y 1935 se encargó de ponerlas de manifiesto.

En su función estabilizadora, la regulación estatal perseguiría tanto finalidades económicas como sociales. Desde la formulación inicial del sistema en 1930, se hizo evidente la filosofía de asegurar un espacio a todos los participantes en la producción de azúcar. El monto de la zafra, fijado de antemano por el gobierno, se distribuía entre todos los centrales en activo —desde 1926 se había prohibido la construcción de nuevos ingenios—, mediante un complicado procedimiento que, a la larga, iría concediendo ventajas a las fábricas más pequeñas, que eran también las menos eficientes.

Algo similar ocurrió en el aspecto agrícola; primero, al impedirse que los centrales privilegiasen las «cañas de administración» en detrimento del colonato para su abastecimiento de materia prima; y, más adelante, mediante la ley de «Coordinación azucarera», que reguló del modo más completo las relaciones entre colonos y centrales. Este instrumento legal, promulgado en 1937, afianzó al colono otorgándole la permanencia en las tierras arrendadas, mientras produjesen la cuota de caña asignada y abonasen su renta, e introdujo un procedimiento de pago que amplió la participación del colono en el producto final de sus cañas, aunque mediante una relación proporcional inversa a los rendimientos, que resultaría contraproducente para la calidad de la materia prima. La ley establecía una escala de pagos en correspondencia con el precio del azúcar, principio que se extendió también a los salarios de los trabajadores.¹⁶

La industria tuvo que ajustarse a las nuevas condiciones operativas. Convertida en una producción de rentabilidad comparativamente baja, el azúcar no dispondría ya de abundantes capitales para sustentar su actividad, circunstancia subrayada por el hecho de que la maquinaria importada para la industria, entre 1929 y 1958, totalizó un valor de apenas 45 millones de pesos, frente a una importación total evaluada en 164,2 millones, entre 1916 y 1928. Por otra parte, la intervención estatal actuaba como un factor de presión sobre el coste, tanto por la regulación del pago de la caña favorable a los colonos, como por los sucesivos aumentos salariales conseguidos por los trabajadores, sobre todo en los años de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. Las regulaciones laborales vinieron a contrarrestar así el efecto depresivo que hubiese surtido sobre el salario el creciente desempleo. Solo el factor tierra mantuvo su invariable disponibilidad, pues aunque la presión social consiguió que en la Constitución de 1940 se proscribiese el latifundio, ninguna medida efectiva alteró la intangibilidad de los extensos territorios controlados por las compañías azucareras.

Bloqueada la posibilidad de conseguir incrementos sustanciales en el volumen de la producción, los empresarios azucareros diseñaron una estrategia destinada a controlar los costos valiéndose del carácter estacional de la industria. Gracias al aumento de la productividad, las zafras de los años 50 alcanzarían montos similares o superiores a las de 1925 o 1929

empleando, como promedio, treinta días menos de molienda. La adecuación de la industria a las nuevas condiciones operativas descansó en el aumento de la molida diaria y una fabricación más eficiente, tendencia ya perceptible a finales de la década de los 20, pero que se despliega, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la producción consigue estabilizarse sobre los cinco millones de toneladas. Discretas inversiones encaminadas a acelerar la molida mediante una mejor preparación de la caña, así como a un mayor y más efectivo procesamiento de los jugos —introducción de nuevos filtros y clarificadores—, permitieron que la producción diaria en el quinquenio 1954-1958 superase en un 30% el promedio alcanzado en el quinquenio 1925-1929.¹⁷

La tendencia al incremento de los costos pudo controlarse con la reducción del tiempo de empleo de la fuerza de trabajo —y, consiguientemente, de la masa salarial—, así como mediante un mejor aprovechamiento de la materia prima, la partida más importante de coste variable. Sin embargo, no se enfrentó el encarecimiento de la caña incrementando la productividad a través de una mayor capitalización en la agricultura, sino con el afianzamiento de la conducta tradicional de aprovechar de modo extensivo el recurso «tierra». La disponibilidad de volúmenes de caña superiores a los requeridos por la industria permitió aplazar el corte de plantaciones y obtener mayores rendimientos de esa «caña quedada». Al mismo tiempo, la reducción de la duración de la cosecha hizo posible un óptimo aprovechamiento de las cepas, así como disminuir el tiempo perdido en las operaciones por factores climáticos y organizativos. De tal suerte, mientras los rendimientos físicos de la rudimentaria agricultura cañera cubana retrocedían, la industria obtenía mayores rendimientos en azúcar de las cañas.¹⁸

Con meticulosas medidas de ajuste, la industria azucarera consiguió una situación de equilibrio que le proporcionaba un moderado margen de rentabilidad, pero que difícilmente le permitiría continuar ejerciendo su tradicional papel propulsor en la economía nacional. La producción de azúcar era aún la principal fuente de empleo, pero ya en una condición estacionaria, sustentada incluso en medidas oficiales que obstaculizaban la introducción de tecnologías ahorradoras de mano de obra, o conservaban instalaciones obsoletas en detrimento de la productividad. El país estaba compelido a imprimir un renovado dinamismo a su economía y, agotadas las posibilidades del azúcar, la diversificación productiva, ya fuese para sustituir importaciones o para fomentar nuevos renglones exportables, se presentaba como la fórmula más apropiada.

Sin embargo, no resultaba fácil librarse de las ataduras estructurales de la monoproducción. El régimen de cuotas estadounidense, que ofrecía al azúcar mercado seguro y precios más elevados, tenía como contrapartida un ventajoso tratamiento arancelario a las mercancías norteamericanas, que imponía una dura competencia a cualquier producto local con pretensiones sustitutivas. Incluso en casos de relativo éxito como en el del arroz, el crecimiento de la producción nacional se vio interrumpido ante las amenazas de represalias contra el azúcar por parte de los exportadores estadounidenses.

Por esas relaciones, establecidas desde antaño, más que por las propias condiciones naturales, el azúcar conservaba una aplastante ventaja comparativa en el contexto de la economía cubana, aun en las circunstancias de una rentabilidad declinante. De ahí que los capitales criollos considerasen un excelente negocio adquirir ingenios, cuando en los años 40 y los 50 las corporaciones norteamericanas decidieron deshacerse de sus fábricas menos eficientes. Tal disposición inversionista hizo regresar a manos cubanas el control mayoritario de la producción.¹⁹ Los mismos factores explican la persistencia del latifundio azucarero, pese a mantener ociosa una elevada proporción de sus terrenos. Bajo la exclusiva lógica del mercado, resultaba muy débil la presión para dar a esas tierras otra finalidad productiva; de modo que, salvo limitadas experiencias de fomento ganadero por parte de algunos propietarios de centrales, ese recurso tendió a mantenerse inmovilizado.

Las perspectivas de un crecimiento diversificado se mostraron más halagüeñas en la esfera industrial, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando ciertos bienes de consumo —textiles, productos químicos, calzado, etc.— consolidaron su producción y se amplió la de otros renglones ya establecidos como licores y cerveza, cigarrillos, cemento y productos alimenticios. Sin embargo, ni esta limitada industrialización «sustitutiva», ni el crecimiento de ciertos servicios —en particular los vinculados al turismo— aportaron una modificación sustancial al panorama económico cubano. A finales de los años 50, el azúcar continuaba representando el 80% de los valores exportados, mientras la actividad comercial se mantenía concentrada en los Estados Unidos, destino del 65% de las ventas cubanas y origen del 70% de las importaciones. Aunque la proporción de la producción azucarera dentro del Producto Interno Bruto (PIB) había experimentado un ligero descenso, el débil crecimiento de los indicadores globales resultaba un claro indicio de que la economía continuaba moviéndose al ritmo del azúcar.

El deterioro de las condiciones sociales se hacía palpable, sobre todo en el galopante aumento del desempleo, fenómeno que, en mayor o menor medida, afectaba a un tercio de la fuerza de trabajo, a finales de la década de 1950. Mientras los mecanismos del mercado se mostraban tan lentos como ineficaces para encontrar alternativas al estancamiento azucarero, la presión social acumulada impulsaba al país hacia un cambio radical en su destino.

La reestructuración socialista

Este cambio se produjo en 1959, con el triunfo de una revolución que se proponía superar los obstáculos tradicionales al desarrollo mediante profundas transformaciones estructurales y una amplia movilización social. La Reforma Agraria, primera acción de gran alcance socioeconómico, otorgó la propiedad de la tierra a los campesinos que operaban bajo diversas formas de arriendo, a la vez que traspasó a manos del Estado las grandes explotaciones latifundiaras. Apuntada al corazón de la organización económica tradicional, esa medida desencadenó un agudo enfrentamiento con el gobierno norteamericano y las viejas clases dominantes, a cuyo ritmo vertiginoso se transformaría la realidad cubana. Apenas en dos años, los Estados Unidos cortaron sus vínculos económicos con la Isla —incluyendo la cuota azucarera—, mientras el gobierno cubano nacionalizaba la industria, la banca e importantes sectores del comercio y los servicios.

El proyecto revolucionario apuntaba tanto a la eliminación de las desigualdades en la distribución del ingreso, como a la aceleración del crecimiento económico, propósito para el cual se implementaron programas de diversificación agrícola y desarrollo industrial, no muy alejados del modelo latinoamericano de sustitución de importaciones. En el marco de esa política, se dieron los primeros pasos para la reorganización del sector azucarero. La administración de los ingenios quedó a cargo de la Empresa Consolidada del Azúcar, adscrita al Ministerio de Industria, mientras que las plantaciones expropiadas a los grandes colonos y las compañías azucareras continuaron explotándose de manera indivisa, primero bajo la forma de cooperativas y, finalmente, como granjas estatales bajo la dirección del Instituto Nacional de Reforma Agraria.²⁰ La producción debía acomodarse a las nuevas circunstancias; las tierras baldías podrían dedicarse a otros cultivos, así como desmantelarse algunos pequeños centrales de escasa eficiencia, aprovechando la apertura de nuevas fuentes de empleo. Sin embargo, lo que se propuso como una racionalización del sector azucarero, devino muy pronto

una desordenada demolición de plantaciones. Asociado el azúcar, durante siglos, con el colonialismo y las formas más despiadadas de explotación del trabajo, no ha de sorprender que el movimiento de reivindicación social desatado por la Revolución tomase un cariz anti-azucarero. Apenas en dos años (1961-1963) fueron demolidas más de 200 000 hectáreas de cañaverales y la producción nacional de azúcar se redujo de 6,8 a 3,8 millones de toneladas métricas, sin que se hubiesen fomentado otras producciones capaces de compensar tal desplome.²¹

En medio de las gravosas consecuencias acarreadas por el bloqueo norteamericano, la contracción azucarera amenazaba con dejar al Estado sin recursos financieros para sustentar sus programas de desarrollo. La orientación de la Revolución cubana y sus contradicciones con los Estados Unidos habían conducido, en el contexto de la Guerra fría, al estrechamiento de sus vínculos con la URSS y otros países socialistas. Los convenios firmados por Cuba con la mayor parte de esas naciones, en 1960 y 1961, contrarrestaron el negativo impacto ocasionado por la suspensión de la cuota norteamericana, por lo cual las ventas de azúcar continuaban desempeñando un papel clave para las finanzas del país. Más allá del apoyo político que podían expresar esas relaciones, lo cierto es que la comunidad socialista constituía, además, un sector casi excepcional dentro del mercado internacional azucarero, donde una demanda expansiva se conjugaba con cierta capacidad de pago. A principios de 1964, Cuba firmó con la Unión Soviética un convenio a mediano plazo que le permitiría vender grandes volúmenes de azúcar a un precio estable de 6,11 centavos por libra. Este y otros instrumentos similares concertados con diferentes países socialistas, representaban para el azúcar cubano la articulación de un nuevo mercado preferencial, el cual ofrecía seguridad para la realización de exportaciones crecientes a precios remunerativos. Las condiciones creadas condujeron a un replanteo de la estrategia cubana de desarrollo, con el cual se reafirmó el papel del azúcar como fuerza motriz de la economía. Ahora, en el marco de un sistema de planificación socialista, el dulce debería generar los ingresos necesarios para sustentar la autonomía económica del país y convertirse en el pivote de un crecimiento diversificado.²²

Es así que, a mediados de los años 60, Cuba inicia un nuevo ciclo de expansión azucarera, justo cuando esa producción comenzaba a estancarse o retroceder en casi todo el Caribe. Conseguir los volúmenes productivos requeridos para satisfacer los compromisos comerciales, no resultaría, sin embargo, una empresa sencilla para la industria cubana, sobre todo cuando la Revolución había alterado

profundamente sus condiciones operativas. No se trataba solo de los cambios radicales en el régimen de propiedad y en el sistema de gestión que entrañaba la creación de una economía estatal centralizada, sino que también se había alterado la combinación de los factores productivos. Primeramente, en cuanto a dotación de fuerza de trabajo, pues las nuevas fuentes de empleo abiertas en las ciudades y en el campo generaron de manera casi inmediata, un severo déficit de mano de obra en el sector azucarero. Esta situación, cuantitativamente muy sensible en las labores agrícolas, tenía también una presencia cualitativa en la industria, que perdió buen número de técnicos. La tierra, factor de tradicional abundancia, no desapareció, desde luego; incluso en la nueva fase expansiva se recuperaron plantaciones demolidas y la caña retornó a su proporción habitual —aproximadamente la mitad— dentro de las tierras en cultivo. Pero la creciente y generalmente insatisfecha demanda de alimentos de la población ejercía una presión indudable sobre ese recurso.

Ante las carencias en la dotación de otros factores, el nuevo ciclo expansivo se apoyaría en una mayor capitalización. La oferta de créditos y financiamiento por parte de los países socialistas, aunque por lo general no se materializaba en los medios tecnológicos más apetecibles, constituía un respaldo bastante amplio a la expansión programada. Para disponer de más materia prima no solo se fomentaron nuevas plantaciones, sino que se generalizó la aplicación de fertilizantes químicos y comenzó a extenderse la irrigación. La mecanización en la siembra y el cultivo, pero sobre todo en la cosecha, fue el recurso utilizado para compensar el déficit de fuerza de trabajo. Las tecnologías disponibles, sin embargo, solo permitieron mecanizar en medida apreciable las operaciones de estiba y transporte de la caña, pero no así el corte, que demandó la movilización de decenas de miles de voluntarios, en su mayor parte carentes de experiencia en esas labores.

El Plan Perspectivo para la Industria Azucarera se proponía elevar la producción hasta 10 millones de toneladas, meta que exigía una considerable ampliación y renovación del parque industrial. Para ello, se dispusieron inversiones por algo más de 300 millones de pesos, consistentes principalmente en equipos y maquinarias que debían elevar en un 20% la capacidad de molienda total de los ingenios. La mayor parte de estas inversiones no pudo realizarse en los plazos ni con la calidad prevista, lo que, unido a otras deficiencias y dificultades, determinó que los resultados del programa azucarero 1965-1970 distasen de los objetivos propuestos. En las circunstancias creadas, el crecimiento azucarero, más que una ampliación o incremento cuantitativo, suponía una completa —y compleja—

reestructuración del sector, proceso que no alcanzaría su madurez hasta finales de la década de los 70.

El fracaso de la «Zafra de los diez millones», en 1970, originó notables cambios en la política económica, que en lo sucesivo se ajustaría progresivamente a las fórmulas consagradas por la experiencia de los países socialistas europeos, especialmente la URSS. Como parte de ese proceso, en 1972 Cuba se adhiere al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), organismo de integración, dentro del cual se consolidaría el mercado preferencial para el azúcar, asegurando a dicha producción no solo un mecanismo de precios sumamente ventajoso, sino el abastecimiento de insumos y el respaldo financiero. Entre 1975 y 1979, las inversiones en el sector azucarero —agricultura e industria— promediaron 300 millones de pesos anuales, cifra que casi llegaría a duplicarse durante la década siguiente. Estos recursos permitieron modernizar, en mayor o menor medida, el equipamiento de los centrales azucareros e incrementar la capacidad de cuarenta de ellos, a lo cual debe añadirse la instalación de seis fábricas relativamente grandes en los años 80 —con un potencial productivo cercano a las 100 000 toneladas métricas de azúcar por zafra, cada una—, los primeros centrales construidos en el país en más de medio siglo. Con las inversiones ejecutadas, la capacidad de molienda de la industria se acercaría a las 650 000 toneladas métricas de caña diarias, potencial que superaba en un 15% el existente en 1958. En la agricultura, el esfuerzo se mantuvo concentrado en la elevación de los rendimientos, la obtención de nuevas variedades comerciales de caña y, sobre todo, en la mecanización de la cosecha. Después de importar cosechadoras de diversa procedencia, y diseñar prototipos propios, mediante cooperación cubano-soviética se desarrolló un modelo de combinada que permitiría mecanizar en sus dos terceras partes el corte de cañas a finales de la década de los 80.

Sobre estas bases, la producción azucarera cubana logró superar las grandes fluctuaciones características del decenio 1965-1974, para situar su monto entre 7 y 8 millones de toneladas métricas durante la década de los 80, cifra que representaba un incremento del 35% respecto a la media de los años 50. También se obtuvo un progreso apreciable en los rendimientos cañeros, que alcanzarían un máximo de 64,1 toneladas métricas por hectárea en 1988.²³ Las ventas de azúcar, con un valor promedio de 4 000 millones de pesos anuales, constituían las tres cuartas partes de las exportaciones cubanas, circunstancia que mantenía al dulce en una posición central dentro de la actividad económica del país.

El sector azucarero, por otra parte, había ampliado sus eslabonamientos dentro del conjunto de la

economía. A inicios de los años 80, una docena de plantas fabricaban ya equipos, partes y piezas para la industria; a ese parque se añadiría una fábrica de calderas de vapor, así como otra destinada a la reparación de turbinas y motores. Con estas producciones y la construcción de los primeros sistemas de molinos —tandems— cubanos, se consiguió satisfacer hasta un 75% de las necesidades mecánicas de la industria. Algo similar ocurría con los implementos agrícolas, particularmente a partir de la puesta en marcha de una fábrica de cosechadoras con capacidad para producir 600 de estos equipos al año, mediante el ensamblaje de componentes soviéticos y cubanos. En otro sentido, se hizo notable el aprovechamiento de subproductos del azúcar y la fabricación de derivados. Tradicionalmente limitada a la producción de alcoholes y ron, la industria de derivados había comenzado a desarrollarse a finales de los años 50 con la creación de plantas para la fabricación de papel y tableros, a partir del bagazo. En los 80, no solo se ampliaron —y perfeccionaron— considerablemente esos renglones, sino también la producción de levaduras para la alimentación animal, así como de sorbitol, dextrana y otros derivados químicos.²⁴

Pero esta imagen de progresos incontestables, en modo alguno es completa. Frente al incremento del rendimiento agrícola, se registraba un descenso de casi un 15% en el rendimiento industrial, que prácticamente anulaba el avance anterior, en términos del azúcar obtenido por área cultivada.²⁵ El aumento de la productividad se vio lastrado por la dilatación, en más de 20 días, del período de zafra. De hecho, con una producción promedio de 7,5 kilogramos de azúcar por hora/ hombre en la zafra de 1990 —la mayor del período revolucionario—, Cuba se ubicaba algo por debajo de la productividad media mundial, bastante alejada de los productores más eficientes, quienes duplicaban ese índice.

La caída de los índices de eficiencia en la industria azucarera cubana puede achacarse, en alguna medida, a la mecanización del corte, que incrementa considerablemente la proporción de materias extrañas en la caña molida y torna más compleja la coordinación de operaciones.²⁶ Pero el deterioro de indicadores como el tiempo perdido por la industria —que casi se duplica respecto a la norma de los años 50—, así como las elevadas pérdidas de caña en la cosecha, expresan indiscutibles problemas operativos y funcionales en el sistema de gestión. La agricultura cañera, en particular, se resentía por la excesiva centralización, la fijación de precios incongruentes, la ausencia de correspondencia entre la producción y los ingresos, o la escasa estimulación de los trabajadores, entre otros problemas, algunos de ellos también presentes en la gestión

industrial. La situación se agravaba por la tendencia a escapar de estos problemas incrementando la capitalización, con el consiguiente derroche de recursos.

No se dispone de estudios específicos sobre los efectos de todo esto en el coste de producción. Aunque el ascenso de esa variable constituye una tendencia universal entre los productores azucareros, todo parece indicar que su comportamiento, en el caso cubano, siguió una progresión superior a la media. Diversas estimaciones e informaciones dispersas, ubican a Cuba, con un costo aproximado de diez centavos por libra a finales de los 80, en una posición intermedia dentro de los parámetros mundiales, aunque en desventaja respecto a los principales exportadores de azúcar de caña. Las especiales relaciones comerciales con la Unión Soviética, que comportaban precios cuatro o cinco veces superiores a ese nivel de costo —así como disponer de insumos más baratos—, permitían soslayar las amenazas de la irrentabilidad. Pero tan peligrosa tendencia, consustancial a las producciones protegidas, estaba presente.²⁷

De nuevo en la encrucijada

Las relaciones económicas con la comunidad socialista habían creado para Cuba una suerte de invernadero, en el contexto de la economía mundial. Ellas facilitaron a la Isla el desarrollo de ramas industriales casi inexistentes antes como la metal-mecánica; así como el crecimiento de diversos renglones agrícolas e industriales; sin contar las muy notables realizaciones sociales. El acoplamiento al sistema del llamado «socialismo real», sin embargo, no solo comportó precios tan ventajosos como ajenos a la realidad del mercado, sino también la asimilación de tecnologías relativamente atrasadas, la adopción de esquemas inversionistas lentos y costosos, una marcada dependencia del financiamiento externo —y la acumulación de una cuantiosa deuda—, así como la demanda de múltiples insumos importados para la poco integrada industria nacional, cuyos productos, por lo general, no se correspondían con los parámetros mundiales de competitividad. Los riesgos de esa situación —perceptibles ya en los años 80— se harían evidentes, con todo dramatismo, a inicios de los 90, tras la desintegración de la URSS.

Al cercenarse bruscamente sus principales vínculos económicos, Cuba vio descender el intercambio comercial externo desde 13 500 millones de pesos, en 1989, hasta poco más de 3 000 millones, en 1994; mientras el PIB experimentaba una contracción del 35%, y las condiciones sociales acusaban un franco deterioro. El país enfrentaría la restructuración de sus relaciones

económicas internacionales en medio de muy serias dificultades; en primer término las creadas por un encarnizado bloqueo, cuyas condiciones los Estados Unidos no tardaron en recrudecer.

Carente, por primera vez en el siglo, de mercados preferenciales, la economía cubana tenía que ajustarse a las reglas del mercado mundial. Solo que durante el prolongado paréntesis que representara su integración al sistema socialista, estas se habían tornado bastante más severas. Después de sucesivas y complicadas renovaciones, el Convenio Internacional del Azúcar terminó por naufragar en 1984, tras lo cual el llamado mercado «libre» —único abierto ahora para la Isla— acentuó su carácter residual. Una vez conseguido el autoabastecimiento, la Comunidad Europea ha venido exportando cantidades considerables de dulce subsidiado, mientras grandes productores cañeros, como Australia y Brasil, incrementaron tanto su producción como su eficiencia, a lo cual deben añadirse concurrentes de nueva hornada —Tailandia— que ahora descargan importantes volúmenes en los circuitos mercantiles. El consumo per cápita en las grandes naciones industriales se ha estancado o retrocedido, y, lo que es peor, está siendo abastecido, en medida creciente, por edulcorantes como el jarabe de maíz o sustitutos sintéticos de mayor poder. Hasta donde resulta previsible, el mercado azucarero evolucionará —pese a posibles repuntes coyunturales— bajo el predominio de los bajos precios, de modo que la concurrencia solo será factible a quienes logren reducir sus costos o puedan subvencionar sus exportaciones.

La negativa tendencia, ya advertida, de la industria cubana en materia de costes, no solo se hizo patente en las críticas circunstancias de los 90, sino que ha tendido a agravarse. Carente de suministros esenciales —sobre todo fertilizantes y combustibles— la agricultura cañera redujo a la mitad sus rendimientos, situación que ha colocado a la industria ante un déficit crónico de materia prima. Bajo iguales restricciones financieras, el sector industrial experimentó serias dificultades en sus insumos, con grave perjuicio para el mantenimiento —y reposición— de la maquinaria. Desde un tope de 8,4 millones de toneladas en 1990, la producción descendió a la mitad en 1994 y, tras pequeñas oscilaciones en torno a ese monto, llegó a un nadir de 3,2 millones de toneladas métricas en 1998.²⁸ Agobiado por la penuria financiera, el gobierno trató de aprovechar al máximo las declinantes potencialidades del sector azucarero; en 1996 y 1997 las zafras se prolongaron para cosechar toda la caña disponible, lo que agravó la caída de los índices de eficiencia, así como el déficit de materia prima al molerse cañas que no habían cumplido su ciclo de maduración. Las cuantiosas pérdidas ocasionadas por este conjunto de factores han tenido

que ser asumidas por el Estado, pues no es posible prescindir de un sector que constituye una fuente fundamental de empleo e ingresos para el país.²⁹

Los profundos cambios de principios de los 90 abrieron para la industria azucarera cubana una nueva fase de reorganización, la cuarta en poco más de un siglo. La combinación de factores productivos se ha modificado una vez más, sobre todo por la severa —y a todas luces prolongada— restricción en materia de capitales. La disponibilidad de tierras y fuerza de trabajo también presenta ciertas limitaciones; en el primer caso por las necesidades de ampliación de cultivos de subsistencia y, en el segundo, por el escaso atractivo de algunas labores azucareras para la fuerza de trabajo disponible.

El inicio de la nueva etapa de ajustes puede fijarse en 1993, con la transferencia a las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) del 73% de las tierras dedicadas al cultivo de caña en el país, decisión tras la cual solo el 10% de la superficie cañera ha quedado bajo la administración directa de entidades estatales. A esto siguieron otras decisiones, como la promoción del financiamiento externo de la producción, la implantación de nuevos sistemas de estímulo al trabajo, la paralización de centrales ineficientes, las modificaciones en procesos tecnológicos, así como la modernización de cosechadoras y otras medidas destinadas a enfrentar la caída de la producción y de la eficiencia. Los resultados de dicho proceso no han sido inmediatos. Buena parte de las UBPC cañeras todavía opera con pérdidas, evidencia de lo complejo que resulta el cambio de actitud entre los agentes económicos. La transformación del modelo de gestión no solo requiere de la formulación de un sustituto apropiado, sino de la aplicación efectiva de este, lo cual supone enfrentar esquemas, prejuicios y hasta intereses sólidamente establecidos.

La zafra de 1999, con la recuperación registrada en importantes indicadores, quizás marque el punto de inflexión en la declinante tendencia del azúcar cubano.³⁰ Pero todavía es temprano para vislumbrar el desenlace de una transformación como la que está en curso, pues la experiencia indica que, en procesos anteriores, esta ha tomado de dos a tres lustros. En cualquier caso, las condiciones de un mercado tan competitivo como poco remunerativo, hacen de la reducción del coste —y no del incremento a ultranza de la producción— el quid de la «recuperación azucarera». Si el éxito corona tal esfuerzo, dependerá en mucho de la plena efectividad de inversiones necesariamente limitadas, del incremento de los rendimientos cañeros y la diversificación de variedades, de la ampliación del surtido de productos, y el desarrollo de los derivados; metas todas inalcanzables sin un sistema de gestión eficiente.

Escapando del ámbito de las posibilidades, más importante resulta destacar el hecho de que el final del siglo xx es testigo de un cambio trascendental en la posición del azúcar dentro de la economía cubana. Mientras la «primera industria» ha andado a tropezones, otros renglones como el tabaco, el níquel y el petróleo encontraron fórmulas efectivas de desarrollo. Esta circunstancia, unida a la caída de la producción y el precio del azúcar, no solo han determinado una fuerte reducción del peso del sector azucarero dentro del PIB, sino que, por primera vez en la centuria, el dulce aporta menos de la mitad de los valores exportados. Pese a todo, el azúcar conserva la primacía dentro de la esfera productiva, pero como fuente de ingresos para el país ha sido desplazado por el turismo, renglón que experimenta un vertiginoso desarrollo. Forzoso es entonces constatar el hecho: tras dos siglos de reinado, Su Majestad el Azúcar ha sido destronado. Y no hay restauración a la vista.

Predecir no es labor de historiadores, pero al menos podemos permitirnos una reflexión sobre el futuro, tanto más cuanto un nuevo milenio se ha inaugurado. ¿Que depara el porvenir al azúcar cubano? En el Caribe, las fuerzas del mercado han impuesto un curso a los acontecimientos que hace languidecer al azúcar en las que un día fueran sugar islands, tendencia de la cual Puerto Rico presenta sin duda el caso extremo. Sería este un destino, más que lamentable, absurdo para el azúcar cubano. Por un lado, la caña de azúcar en condiciones adecuadas proporciona mayor cantidad de calorías por unidad sembrada que cualquier otro cultivo, y su principal subproducto, el bagazo, hace autosustentable a la industria en materia energética. Por otro, esta planta de retoño, de alto rendimiento, es probablemente el cultivo que mejor se adapta a las condiciones naturales del país. El parque industrial del azúcar, aunque posee algunas instalaciones obsoletas e insostenibles, representa un capital físico en equipamiento, medios de transporte y almacenaje al cual no tiene sentido económico renunciar. Sobre todo, porque, al igual que con las tierras, no es previsible un uso alternativo.

En larga experiencia multiseccular, los cubanos han conocido las vicisitudes de la monoproducción, pero el abandono del azúcar podría conducirlos al destino no menos riesgoso de las economías de servicio. Si, por ventura, en el siglo que comienza, el sol de Cuba alcanza para más que broncear la piel de los turistas, el azúcar de seguro desempeñará un papel. Aunque ya no reine.

Notas

1. Manuel Moreno Friginals, «Plantaciones en el Caribe: el caso Cuba-Puerto Rico-Santo Domingo (1860-1940)», La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones, Ed. Crítica, Barcelona, 1983, pp. 62-5.

2. Los precios —F.O.B. Hamburgo— descendieron desde un promedio de 4,9 centavos de dólar en 1881, hasta apenas 2 centavos en 1895. Véase Roy G. Blakley, *The United States Beet Sugar Industry and the Tariff*, Nueva York, 1912, pp. 212-3.

3. Los centrales de propiedad extranjera —principalmente norteamericana— en 1895 no pasaban de una docena, pero en este particular las estadísticas de la época resultan engañosas, ya que registraban como norteamericanos cierto número de centrales cuyos propietarios, cubanos o españoles, habían adoptado la ciudadanía de los Estados Unidos.

4. Oscar Zanetti, «El comercio exterior de la república neocolonial», *Anuario de Estudios Cubanos*, n. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, cuadros 2 y 3, pp. 55-6.

5. Véase Fe Iglesias, *Del ingenio al central*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998, cap. XI. Esta obra, de reciente aparición, contiene un valioso caudal de información sobre todo el proceso de centralización.

6. Leland H. Jenks —*Nuestra colonia de Cuba*, ENC, La Habana, 1966, p. 141— apunta que en 1905 había 29 ingenios en manos de ciudadanos norteamericanos, los cuales controlaban ya la quinta parte de la producción cubana; pero esa proporción era en realidad menor, pues al menos nueve de esos ingenios eran propiedad de cubanos con ciudadanía estadounidense.

7. Un excelente análisis de las circunstancias que envolvieron a esta última fase expansiva puede encontrarse en Antonio Santamaría, «La crisis financiera de 1920-1921 y el ajuste al alza de la industria azucarera cubana», *Revista de Historia Industrial*, n. 5, 1994; así como en la tesis inédita de este autor «La industria azucarera y la economía cubana durante los años veinte y treinta», Universidad Complutense, Madrid, 1995.

8. En 1903, el 84% de la producción se realizaba en las provincias centrales y occidentales, veinte años después esa proporción se había reducido a un 44%. Véase Manuel Moreno Friginals, *El ingenio*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, t. III, cuadro V, p. 61.

9. Alan Dye, *Cuban Sugar in the Age of Mass Production*, Stanford University Press, Stanford, 1998, cap. 1.

10. Aunque las compañías azucareras desarrollaron algunas plantaciones propias —las llamadas cañas de administración—, por lo general fomentaron el cultivo mediante el arriendo de tierras a colonos, tanto en pequeños como en grandes lotes. Ello acentuó la diferenciación interna de este sector de productores agrícolas, pues no solo existían colonos propietarios y arrendatarios, sino también pequeños cultivadores que cosechaban apenas 10 000 arrobas de caña por zafra, junto a grandes colonos con producciones superiores al millón.

11. Entre estos casos figuraban verdaderos gigantes como la Cuba Cane Corp., que en 1925 poseía 15 ingenios y controlaba casi 150 000 hectáreas, o la Punta Alegre Sugar Co., con 8 ingenios y más de 120 000 hectáreas de tierra. Véase Oscar Pino Santos, *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, La Habana, Casa de las Américas, 1973, caps. 2 y 3.

12. Las exportaciones de tabaco pasaron de un valor medio de 25,5 millones de pesos anuales en el quinquenio 1900-1904 a 36,9 millones en 1921-1925 y el valor total de los restantes productos exportados creció de 7,3 hasta 13,8 millones, para un incremento proporcional de 44% y 89% respectivamente.

13. Un estimado conservador calcula en 200 millones de dólares el monto de los capitales remitidos por concepto de «rendimiento de

inversiones», solamente en el quinquenio 1921-1925. Henry C. Wallich, Problemas monetarios de una economía de exportación; la experiencia cubana, 1914-1947, Banco Nacional de Cuba, La Habana, 1950, cuadro 18.

14. Salvo transitorias medidas de control durante los años finales de la I Guerra Mundial, para garantizar los compromisos de venta a los Aliados, el Estado cubano apenas se había involucrado en el ordenamiento de la industria azucarera, que funcionaba en un verdadero paraíso de *laissez faire*. Incluso, hasta 1917 la producción azucarera no había sido objeto de contribuciones directas, y el impuesto implantado ese año —10 centavos por cada saco de 325 libras de azúcar crudo— resultaba irrisorio.

15. Marcelo Fernández Font, Cuba y la economía azucarera mundial, Pueblo y Educación, La Habana, 1989, caps. 6 y 10.

16. El funcionamiento del sistema regulador quedó en manos del Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar, órgano que contaba con una representación de hacendados y colonos —en proporción de dos tercios y un tercio, respectivamente— y cuyo presidente era designado por el gobierno. Una imagen bastante completa de la organización y características del sector azucarero como resultado de este proceso puede encontrarse en Ramiro Guerra, La industria azucarera de Cuba, Cultural, S.A., La Habana, 1940.

17. La secular tendencia a la concentración productiva encontró continuidad en este proceso, de manera que en la zafra de 1958 la producción media por central activo era ya de 36 641 toneladas métricas, un 25% más que en 1925. Véase Oscar Zanetti, Dinámica del estancamiento. El cambio tecnológico en la industria azucarera cubana entre 1926 y 1958, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 1996.

18. En los años 50, Cuba obtenía un rendimiento medio de 40 toneladas métricas de caña por hectárea, frente a 206 obtenidas por Hawai, 155 por Perú, 90 por Indonesia y 61 por Puerto Rico. Sin embargo, su rendimiento industrial —base 96°— que promedió 12,89 en los años 1954-1958, figuraba entre los más altos del mundo.

19. Entre 1936 y 1958, las firmas norteamericanas vendieron 26 centrales azucareros; no obstante, las fábricas que conservaron en su poder —que eran las mayores de la industria—, producían algo más de un tercio del azúcar cubano.

20. El grueso de la producción cañera quedó organizada en 621 cooperativas, con un tamaño medio de 1 400 hectáreas. En 1963, esas cooperativas se convirtieron en «granjas del pueblo» y su número tendió a reducirse, a la vez que ampliaban su extensión.

21. En 1961, se ordenó desmontar 130 000 hectáreas de cañaverales, pero en total, entre 1959 y 1963, el área cultivada se redujo en más de 300 000 hectáreas. Véase Sergio Aguirre, «Primer aniversario de las cooperativas cañeras», Cuba Socialista, n. 3, noviembre de 1961, pp. 17-27. En el aspecto industrial, el proceso, mucho más ordenado, condujo al cierre de nueve ingenios con una capacidad total de molida diaria de 15 000 toneladas.

22. El precio acordado se correspondía con las cotizaciones entonces vigentes en el mercado internacional, pero resultó aproximadamente el doble de los precios promedios del azúcar durante los restantes años de la década de los 60. Para el replanteo de la estrategia económica y del papel del azúcar en esta coyuntura, véase José Luis Rodríguez, Estrategia del desarrollo económico en Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 100-12.

23. Los rendimientos de la década de los 80 resultarían, como promedio, superiores en un 40% a los obtenidos en los años 50 (40 tm/ha). Ello fue el resultado de aplicar veinte veces más

fertilizantes (0,67 tm/ha) y poner bajo riego el 20% del área cultivada. Véanse Jorge F. Pérez López, The Economics of Cuban Sugar, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1991, tablas 3 y 4; y Anuario estadístico de Cuba, 1988.

24. G. B. Hagelberg, The Caribbean Sugar Industries: Constraints and Opportunities, New Haven, 1974, pp. 42-7, y Oscar Almazán, «La viabilidad del proyecto azucarero cubano», ponencia presentada al seminario 40 aniversario de la Reforma Agraria, Instituto de Historia de Cuba, 1999.

25. El rendimiento industrial —base 96°— en los años 80 fue de 10,4, frente a un rendimiento promedio de 12,7 en la década de los 50. Calculado con datos de: Comisión Económica para América Latina y el Caribe, La economía cubana: reformas estructurales y desempeño en los 90, México, D.F., 1997, cuadro IV.15, y Anuario azucarero de Cuba, 1959, pp. 92-3.

26. La mecanización de la cosecha constituye toda una revolución dentro del proceso productivo. Ella exige, entre otras cosas, el acondicionamiento de los terrenos y la conversión de las parcelas de cultivo en grandes campos rectangulares, además del adiestramiento de los operadores de equipos y cambios de enfoque en la gestión. Para un análisis de la experiencia cubana véase, Ch. Edquist, Capitalism, Socialism and Technology, Londres, 1985.

27. No es posible dar espacio en este trabajo a la polémica, por otra parte fuertemente ideologizada, sobre la naturaleza de esta relación comercial. Los críticos de la Revolución cubana consideran a este mecanismo de precios como un subsidio sustentado en intereses políticos, y argumentan que la URSS podía satisfacer sus necesidades de azúcar con otros proveedores a un precio mucho más bajo. Esto último es cierto, pero no lo es menos que dado los paupérrimos rendimientos de la remolacha soviética —30 tm/ha— la producción de azúcar en ese Estado se realizaba a un costo superior al precio pagado por el azúcar cubano, por lo cual las compras a Cuba representaban un ahorro frente a la opción de la producción doméstica; tanto más, cuanto en el comercio con Cuba los gastos en azúcar revertían casi enteramente hacia la URSS bajo la forma de cuantiosas importaciones; una situación que difícilmente se hubiese reproducido con otros posibles abastecedores. Véase Jorge F. Pérez López, ob. cit., cap. 9; y Cary Torres Vila, Las exportaciones de azúcar cubano ante la nueva realidad de los mercados «soviéticos», La Habana, 1996, pp. 11-24.

28. G. Llerena, La agroindustria azucarera cubana, evolución y perspectivas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

29. Los subsidios por pérdidas al sector azucarero —agricultura e industria— han rondado como promedio los 1 000 millones de pesos anuales entre 1994 y 1998 y representan más de la mitad de esa partida en el presupuesto, así como el doble del déficit presupuestario. Véase CEPAL, ob. cit., pp. 80-97 y cuadro A-7; y G. B. Hagelberg, «Sobre la pista de los costos de producción de azúcar en Cuba», F. O. Licht International Sugar and Sweetener Report, Yale University Press, 29 de abril de 1998.

30. Tras cruciales decisiones de racionalización, como la paralización de 54 centrales de pobre eficiencia o escasos de materia prima, así como el regreso a la política de «caña quemada», la cosecha de 1999 registró un incremento de casi un 20% en el volumen de producción y notables avances en materia de rendimiento industrial y recobrado, lo cual ha permitido reducir a la mitad el empleo de los subsidios asignados a la industria por el presupuesto estatal. Véase Granma, 24 de agosto de 1999, p. 8.

La *barbarie* y sus descontentos: raza y *civilización*. 1912-1919

Alejandra Bronfman

Profesora. Universidad de la Florida.

Tanto más peligrosa la situación, para blancos y hombres de color, para ambos igualmente, ya que ciertas teorías raciales seudocientíficas, en uso en ciertos países europeos y lanzadas hoy en día para fines políticos con gran astucia [...] podrían revelarse como la más poderosa arma —algo como un boomerang muy poderoso— en las manos del hombre de color en su lucha contra el blanco.

Alejandro Lipschutz
«Sobre el problema del negro», 1938

Cuando, el 21 de mayo de 1912, el Partido de los Independientes de Color (PIC) —el único partido político cubano (y el primero del hemisferio occidental) basado explícitamente en la raza—, inició una rebelión armada, los diarios la calificaron de brote: el comienzo o la aparición de algo nuevo. ¿Pero qué había realmente de nuevo en que el PIC protestara contra la Enmienda Morúa a la Constitución de Cuba, una medida legislativa que, dos años antes, lo había decretado ilegal? Diciendo que actuaba en interés de la unidad del Partido Liberal (PL), Martín Morúa Delgado (1857-1910), presidente del Senado y dirigente del PL, había presentado la

enmienda que inhabilitaba y deslegitimizaba al PIC, cuyos candidatos, de todos modos, nunca habían recibido votos suficientes para ganar unas elecciones.¹ Evaristo Estenoz, el líder del PIC, había objetado pública y frecuentemente la eliminación oficial de su partido. Poco después de la promulgación de la enmienda, defendió al partido desde la cárcel, e insistió en la importancia de su función en la atención de las necesidades de un electorado olvidado:

[N]i conservadores ni liberales, independientes de color solamente, precisamente [...] independientes de color porque al separarnos de los partidos existentes lo hicimos con el convencimiento de que a los fines, intereses y progreso de la raza de color solo así convenía, evitando de una vez para siempre el caer de rodillas unas veces ante los conservadores y otras ante los liberales.²

Pero Estenoz nunca antes había apoyado sus protestas con una amenaza de violencia, y fue el levantamiento sin precedentes, acompañado por demandas de cambio político, lo que inspiró enormes titulares que anunciaban una «erupción racista».³ Después de casi dos meses, durante los cuales bandas armadas vagaron por los campos de Oriente y Santa Clara,

provincias situadas al este y al centro de Cuba, incendiando cañaverales e interrumpiendo líneas de ferrocarril y teléfonos, la rebelión culminó en el incidente tal vez más sombrío de la historia de la República. En Oriente —lugar de la actividad más intensa—, los efectivos oficiales y los grupos paramilitares que se habían formado para ayudar en la represión, asesinaron a Estenoz y a Pedro Ivonnet, otro líder del partido, y dieron muerte a cientos de negros.⁴ Lo que más escandalizó a los testigos fue la naturaleza pública de estos asesinatos; se habla de cadáveres colgados de árboles y de lomas de orejas exhibidas como trofeos por los soldados.

Siete años después de la matanza de 1912, una serie de incidentes incitó otra respuesta violenta. Varios negros fueron acusados de brujería, que en esos casos tomó la forma de secuestro y asesinato de niños blancos para fines rituales. Luego de algunos casos de intento de linchamiento, un grupo de residentes del pueblo de Regla linchó a José Williams, un inmigrante jamaicano. Al día siguiente, en Matanzas, una muchedumbre asaltó una cárcel en busca de otros sospechosos de brujería. En la confusión que se produjo, un hombre resultó muerto y doce fueron heridos por los agentes policiales. Los guardias obligaron entonces a los presos a abandonar sus celdas, los llevaron a una rampa que conducía a otra parte de la cárcel y les dispararon —so pretexto de la «ley de fuga».⁵

Este ensayo se interesa en casos concretos de violencia contra los negros. Su intención, sin embargo, no es explicar esta violencia: las fuentes han hablado mucho en relación con los motivos de agentes individuales y el contexto socioeconómico de Santiago en vísperas de la matanza de 1912, pero no han logrado hacer comprender lo que el historiador norteamericano Thomas Holt ha llamado «la pura incomprendibilidad de los fenómenos racistas».⁶ En lugar de ello, mi propósito, más modesto, es preguntar cómo la violencia y la amenaza de violencia cambiaron la forma en que se entendía la raza.⁷

Los historiadores han usado estos sucesos, sobre todo los de 1912, para hablar del «carácter racista» de la República. Aunque Aline Helg no duda de la fuerza del prejuicio contra los negros, y afirma que las concepciones peyorativas permanentes sobre ellos sirvieron para movilizar la represión y la violencia, Alejandro de la Fuente expone que la matanza fue una aberración. A su modo de ver, el poder de las ideologías que van más allá de la raza fue precisamente un factor operativo de la represión. El desafío que el PIC presentó a la hegemonía de la inclusión rompió la frágil estructura por la que el «mito de la democracia racial» confería poder y limitaba al mismo tiempo a las élites y las no élites. Al final, sin embargo, el «mito de la

democracia racial» se reconstituyó y este siguió conformando la política cubana, como una ideología de liberación y, a la vez, de restricción.⁸ La fuerza de los análisis de Aline Helg y Alejandro de la Fuente está en su comprensión de los complejos vínculos existentes entre ideologías y acciones. Para ambos, sin embargo, el significado de lo blanco o lo negro no cambia en el curso de sus recuentos. Las pruebas indican, no obstante, que en realidad estos momentos de extrema y aguzada violencia animaron intensas reformulaciones de los significados de raza en los cubanos blancos y en los de color.

Los dos primeros decenios de la República vieron la creación de múltiples significados de raza.⁹ Antropólogos y sociólogos cubanos se adhirieron a paradigmas biológicos y evolucionistas que consideraban atávicas y primitivas a las personas de ascendencia africana. Los discursos científico y popular crearon la ambigua categoría de «negro brujo», un tipo especial de ser atávico que se creía desarrollaba prácticas religiosas poco comprendidas, procedentes de África, que incluían la brujería, el asesinato ritual y el canibalismo. Al propio tiempo, tendencias relativamente democratizantes habían hecho legítima la condición de ciudadanos de algunos cubanos de color. Los de ascendencia africana se encontraban a ambos lados de la «línea civilizadora», y ellos mismos participaban en el trazado de esa línea. En lugar de reforzar las divisiones claras entre lo «negro» y lo «blanco», las circunstancias de los primeros tiempos de la República fragmentaron los significados raciales.

Como incidentes de especial violencia, el levantamiento de 1912 y los linchamientos de 1919 provocaron la discusión y el debate. Esta proliferación de escritos permite una mirada más cercana a las formas en que distintos actores desplegaban los conceptos de raza.¹⁰ En esos momentos de conflicto, los cubanos de color desempeñaron un papel decisivo en la definición de «negritud», y sus intervenciones, en 1919, resultaron desafíos críticos a los discursos que vinculaban la «barbarie» con «la negritud».

La definición del peligro

En mayo de 1912 no estaba claro que la revuelta de Santiago de Cuba fuese una «guerra racial». Aunque algunos titulares y la visión retrospectiva de su cruento final indican un consenso de que el levantamiento fue, desde su inicio, una «guerra racial», al principio muchos vacilaron en llamarlo así. A pesar de la insistencia de la prensa en mezclar palabras como «convulsión», «rebelión» y «sublevación de racistas», y en decir que los

líderes del PIC aspiraban a recrear la Revolución de Haití de 1791, varios editoriales ofrecieron interpretaciones más ambiguas. El diario habanero *El Mundo*, reacio a caracterizar el conflicto como centrado en la raza, atribuyó motivos políticos cínicos a los rebeldes. Lo que deseaban en realidad, afirmaba, era acceso a las redes de padrinazgo y a empleos sin tener que trabajar por ellos: «En Hispanoamérica no se hacen revoluciones por realizar ideales políticos o sociales [...] lo único que hay o puede haber es la convulsión. Su objetivo es bien conocido; conquistar el gobierno, el tesoro, los destinos públicos».¹¹

Al naturalizar las desigualdades económicas y culpar a los propios negros por sus bajos niveles de participación en los cargos públicos, *El Mundo* presentaba a los rebeldes solo como a un grupo de insatisfechos de poca monta. Además, el editorial culpaba al gobierno liberal cubano por su incapacidad para mantener el orden, y afirmaba que bajo un régimen estadounidense hubiera sido inconcebible un levantamiento de tales proporciones. En lugar de invocar el peligro de una «guerra racial», a *El Mundo* le preocupaba mucho más la posibilidad de una intervención norteamericana.

Los observadores estaban en desacuerdo no solo en lo tocante a las motivaciones, sino también a los hechos. Junto con historias de hombres armados, a caballo, que interferían las líneas férreas y aterrorizaban a las poblaciones locales, hubo afirmaciones de que los informes de violencia y terror eran muy exagerados. Nadie parecía saber cuántos alzados había ni cómo distinguirlos con precisión de los personajes marginales o sospechosos «corrientes». Cuando un policía desaparecía, los reporteros se preguntaban si se habría convertido en uno de «ellos». Algunos rumores asociaban la brujería y el espiritismo con los rebeldes de Oriente.¹²

De diversos sectores llegaban las recomendaciones de cautela y el énfasis en la unidad. El diario *El Popular*, que se autotitulaba «defensor de las clases productivas y de las libertades patrias», se hizo eco de la posición de algunos comentarios generales, al observar el propósito justo y razonable de la Enmienda Morúa de evitar el incremento de una política racial divisiva, y reunir pruebas científicas e históricas para impugnar las jerarquías raciales. Era posible, pues, tomar una posición que criticara la estrategia de los rebeldes, incluso cuando se reconociese que sus agravios eran legítimos. Al propio tiempo, *El Popular* combatió la tendencia a convertir en demonios a los líderes de la rebelión. El retrato de Pedro Ivonnet lo caracterizaba como un hombre honrado, inteligente, que merecía la simpatía y el respeto por haber luchado con el General Antonio

Maceo en la Guerra de Independencia de 1895 a 1898, y por ser esposo y padre ejemplar.¹³

Un día después del inicio de las protestas armadas, el Secretario de Justicia pidió comedimiento en las acusaciones y el arresto de cubanos de color. No sería aceptable, dijo, arrestar a personas de las que solo hubiese sospechas de conspiración. Los encargados de hacer cumplir la ley debían tener pruebas concluyentes antes de actuar. La mayoría de los negros, que no participaba, debía ser tratada con respeto; no se debía dar pie para que se acusase al gobierno de medidas injustas.¹⁴

La reacción del presidente José Miguel Gómez reveló la necesidad de negociar entre intereses en conflicto. Gran parte de su base popular incluía partidarios negros, entre ellos veteranos de la Guerra de Independencia y de la rebelión de los liberales en 1906, y no podía permitirse distanciarlos con una respuesta demasiado belicosa. Pero la ansiosa vigilancia del gobierno norteamericano y de los magnates azucareros estadounidenses y cubanos le obligaba también a garantizarles a esos intereses que él era capaz de mantener el orden e impedir la amplia destrucción de cañaverales y propiedades.¹⁵ Iniciar un ataque a los rebeldes, con todas las fuerzas, era reconocer ante sus críticos que era incapaz de manejar la oposición y la disensión. Respondió a las descripciones de rebeldes forajidos que empujaban al país hacia un caótico destino equilibrando el reconocimiento de la amenaza con garantías de que estaba en capacidad de controlarla. Con la amenaza de la inminente invasión estadounidense, su legitimidad, tanto en Cuba como en el extranjero, dependía del logro de ese equilibrio. Cuando los norteamericanos ofrecieron enviar quinientos vaqueros para ayudar a matar a los negros, Gómez dio las gracias al Presidente y declinó la oferta, para dejar claro que no necesitaba ayuda extranjera.¹⁶

Como los alarmistas insistían en levantar el espectro de la «guerra racial», voces satíricas se manifestaron en contra de los arrestos en masa y la expansión indiscriminada de la categoría de «alzado», que incluía a todos los negros. En caricaturas y en mordaces, aunque poco sutiles sketches —parecidos a minicomedias de costumbres—, la revista cubana de sátira política *La Política Cómica*, dirigía pullas a la hipocresía de los cubanos mestizos que vilipendiaban a todas las personas de color: indicaba que en muchos hogares cubanos, incluso en la mayoría de ellos, colgaba el retrato de una abuela negra. Y muchos reconocían la contingencia de la fortuna política. En uno de los sketches, marido y mujer eliminaban todos los objetos negros de la casa: botaban un paraguas, la tinta, toda la ropa negra. Cuando la esposa le preguntaba si debían botar también el retrato, el marido respondía: «pero no hablemos de

eso ahora, porque si por alguna casualidad triunfa el partido evarista, siempre nos convendrá tener ese antecedente en la familia».¹⁷

A pesar de su insidioso comentario, la revista evaluaba el tema con algo de sinceridad, al hacerse eco del llamado al raciocinio del Secretario de Justicia:

Bueno es que haya celo y que por todos los medios se combata la algarada de los Independientes de Color, tan reprobada por todos los buenos cubanos, blancos y negros; pero eso de las sospechas, los registros, y otros procedimientos policíacos, puede prestarse a errores y abusos lamentables. Téngase presente que de lo sublime al ridículo solo hay un paso».¹⁸

En las semanas que siguieron, continuaron los reportajes incendiarios en la prensa, y las respuestas se intensificaron según se formaban grupos paramilitares y las familias huían del campo buscando la seguridad de las ciudades. Que muchos de los que ocupaban posiciones de poder interpretaran la rebelión en términos maniqueos y la usaran como excusa para dar rienda suelta al prejuicio, es indiscutiblemente cierto. Pero algunos se negaron a creer que Cuba hubiera caído en una guerra racial en que la mayoría de los negros estuvieran conspirando o apoyaran plenamente la estrategia del PIC para forzar la derogación de la Enmienda Morúa. El levantamiento creó más una desavenencia importante en lo tocante a la interpretación de los sucesos, que una política dividida por líneas raciales.¹⁹

El problema de la civilización había sido, desde el principio, un punto de contención, que el propio Estenoz puso en juego cuando bosquejó por primera vez los propósitos de su movimiento. Como señala Fernández Robaina, las preocupaciones por la civilización informaban las primeras plataformas del partido de Estenoz, redactadas en 1907. El primer punto en la lista de demandas y objetivos lo hace evidente: afirmaba que el partido demostraría «al mundo, la cultura y civilidad de la raza de color». Seguía una serie de exigencias que demostraban, aún más, que Estenoz abogaba por los indicadores de la civilidad. Demandas por la educación libre, incluido el nivel universitario, y asuntos tales como la «creación de penitenciarías que respondan a las necesidades de la civilización moderna», indican que, al menos en su forma de presentarse en público, estaba a tono con muchos de los reformadores sociales cubanos. En una carta de protesta por su encarcelamiento y otras medidas tomadas por el gobierno de Cuba contra su partido, enviada a los Estados Unidos, Estenoz expresó: «quiero con esto demostrar al mundo entero que somos nosotros más capacitados y más civilizados que las propias fuerzas del gobierno que tan malamente nos han venido dirigiendo».²⁰

Diez días después de que comenzara el levantamiento, caracterizó sus acciones como impulsadas por su sostenido interés por la civilidad. Su demanda de que se derogara la Enmienda Morúa no tenía como base, decía, «ningún fin racista, sino la lógica y natural ambición del negro cubano de estar, en ese extremo, igualado a su hermano blanco, como medio de conveniencia [sic] social y general y por el prestigio de la misma Cuba».²¹

No logró persuadir a los políticos negros, quienes se negaron a aceptar el derecho de Estenoz de guiar a «la raza de color» completa hacia la civilización y el progreso. Los debates en la legislatura indican el empleo de delicadas maniobras en un clima potencialmente explosivo. Los senadores Ramiro Cuesta y Nicolás Guillén forjaron un espacio retórico crítico para el PIC, pero también para el statu quo, haciendo malabarismos con sus lealtades como representantes, asumidos o imputados, de los «cubanos de color», y como miembros del grupo gobernante. Distanciándose del PIC con sutiles insultos y abiertas condenas, Cuesta insistió en que «esos no son “cubanos de color”, sino simplemente un grupo de descontentos». Pero el problema era de grados y de medios, y no de desacuerdo radical hacia los motivos de queja del PIC: «no estamos perfectamente satisfechos, hemos tenido días de tristeza también, y hasta de queja, pero nunca serán tantas ni tan graves que pongamos en peligro la libertad y la independencia de Cuba». Si los cubanos de color habían avanzado como ciudadanos útiles —y creían que lo habían hecho—, había sido con la ayuda de los blancos. La unidad era la clave, no solo como signo de gratitud, sino también como estrategia para el mejoramiento. Aunque sus conclusiones diferían radicalmente, sus premisas, basadas en los méritos y no en un concepto igualitario de la ciudadanía, recordaban las de Estenoz.

Del mismo modo, Guillén, evocando a José Martí, el arquitecto de la ideología nacionalista de Cuba, que estaba más allá de las razas, apoyó la idea de que los rebeldes eran racistas y de que el levantamiento conduciría a la desintegración de la sociedad cubana. No era una rebelión de todos los cubanos de color, sino más bien la acción de «los menos preparados de los cubanos de color, los que se han lanzado a esta triste aventura, y que los más, casi todos, vivimos cooperando a la obra de mantener la nacionalidad cubana, su civilización, su estructura, y su progreso».²²

Estenoz y sus rebeldes tampoco lograron persuadir a muchos cubanos de color comunes y corrientes de la justicia del levantamiento armado. Pocas semanas después de que se iniciara la insurrección, un grupo de seiscientos residentes de Camagüey, una ciudad de la región centro-oriental de Cuba, se negó a apoyar lo

En lugar de reforzar las divisiones claras entre lo «negro» y lo «blanco», las circunstancias de los primeros tiempos de la República fragmentaron los significados raciales.

que consideraba una conducta censurable. Invocando la libertad, el progreso y la justicia, los camagüeyanos condenaron la conducta de los rebeldes y la calificaron de amenaza a la República y la nación. Era fanática y racista —afirmaron— y marcaría no solo a los culpables de conspirar realmente contra el gobierno, sino también a los demás negros, que como «víctimas del intenso dolor mismo del paria, anatematizado y perseguido, vagarán por los términos de la tierra en que se abren sus ojos a la luz, arrastrando su existencia que será, ¡ay!, no más que esto: abyección hecha carne, miseria repugnante, cosa vil, escoria nauseabunda, peste».²³ El efecto de su retórica, fuera esta oportunista, engañosa o verdadera, fue contradecir la identificación que se hacía de la civilización con el blanco, y la barbarie con lo negro. Si la República se dividía, no se dividiría en dos, sino más bien se fracturaba en patrones complejos, determinados por jerarquías cada vez más distintas de «raza» y «civilización».

Sin embargo, cualquier exacerbación de la crisis podía volver a unir lo negro con la barbarie. A principios de junio, los rumores de que los rebeldes habían violado a una maestra blanca eliminaron las zonas grises. En el contexto de los debates que se desarrollaron dentro del órgano legislativo nacional en torno a la suspensión de garantías, las noticias de la supuesta violación y muerte llevaron al centro de la escena la ansiedad por la amenaza a la civilización. La cautela juiciosa y la politiquería sutil se desvanecieron ante las dramáticas defensas de los códigos de honor y civilización, que ahora se consideraban atacados: «¿Pueden los cubanos proteger el honor de sus mujeres contra los elementos de color que han empezado a ultrajarlo? Si pueden hacerlo, se salvará en Cuba la civilización cristiana y europea. Si no pueden hacerlo, Cuba será un país inhabitable, infernal, una reproducción terrorífica del África ecuatorial».²⁴

El presidente José Miguel Gómez abandonó su evidente interés por mantener el equilibrio entre su base popular, sus críticos antimperialistas y los propietarios de las colonias azucareras —sobre todo en Oriente—, quienes exigían represalias rápidas, y también proyectó el conflicto como una batalla contra la barbarie:

No puede en manera alguna permitirse que en pleno siglo xx, en un país tan culto como el nuestro, una sociedad como la nuestra, que tiene títulos sobrados para ser respetada y respetable, consienta que turben un momento

más su paz moral y material estas manifestaciones de feroz salvajismo que realizan los que se han colocado, especialmente en la provincia oriental, fuera del radio de la civilización humana.²⁵

Aunque en informes posteriores se afirmó que no había muerto ninguna mujer como resultado de una violación y que todos los informes de atrocidades eran exagerados, la violencia se intensificó después de este incidente. En La Habana estallaron disturbios cuando las noticias de las muertes de alzados a manos de los soldados aparecían en la prensa con frecuencia creciente. El sábado 8 de junio, residentes del poblado de Regla intentaron linchar a uno de sus vecinos, un negro que le había disparado a un blanco, al afirmar este que todos los negros conspiraban contra el gobierno.

Los políticos negros apelaron esta vez directamente al público y no solo a sus iguales y colegas. Publicaron un manifiesto en *El Mundo* en el que proponían «definir, limitar y combatir» el levantamiento, e indicaron que confiaban en que la lucha mediante la palabra y la voluntad era crucial, y todavía no se había acabado. El primer movimiento era alinearse con la historia, la justicia y la razón. No solo habían combatido por estos ideales y ayudado a alcanzarlos, sino que se beneficiaban de su aplicación en la forma de igualdad jurídica y derecho al sufragio. Además, afirmaban que el PIC también se hubiera beneficiado, ya que había conversaciones en curso para abrogar la Enmienda Morúa, lo que con toda probabilidad se realizaría.

De esta posición emanó un ataque doble al concepto de que Cuba tenía problemas raciales. Primeramente, las estructuras institucionales lo impedían: «Nuestra revolución igualitaria le negaba justificación, las instituciones democráticas fundadas por la Constitución de la República le negaban espacio en que operar». El segundo ataque desafiaba, en efecto, el concepto de que los cubanos de color formarían una raza homogénea y cohesionada con objetivos compartidos. En su intento de definir los sucesos que vivían, los autores presentaban a los rebeldes como equivocados y fuera de contacto con todos, salvo con una pequeña minoría de cubanos de color. Al recalcar las múltiples y rebeldes posiciones y convicciones políticas de los cubanos de color, invocaban pruebas estadísticas para demostrar que el PIC disfrutaba solo del 0.5 al 1% del apoyo de los votantes. Por ende, podía entenderse que el partido representaba solo sus propios

peligrosos intereses. En forma algo contradictoria, los autores y firmantes del documento sí decían representar a la mayoría de los cubanos de color: «Porque es hora ya de decirlo: la raza de color no está con, sino contra el movimiento de rebelión».²⁶

Helg ha afirmado que «los políticos negros guardaron silencio por temor a provocar aún más racismo».²⁷ Tal vez mantuvieron mayor silencio que en otras ocasiones, pero sí publicaron esta respuesta, la que hace difícil atribuir una sola identidad colectiva a los cubanos de color en este momento. Si algunos no apoyaron el movimiento, no fue porque hubieran «traicionado» de algún modo su raza, sino más bien porque prevalecieron otras lealtades. El número de firmantes de este documento y sus lealtades diversas —muchas veces en conflicto—, señalan hacia la coexistencia, en ese momento, de múltiples identidades políticas negras; escuetamente: no había «raza» que traicionar.²⁸

Entre los firmantes, algunos habían criticado abiertamente la falta de atención oficial a los problemas de la igualdad racial, como Lino D'Ou, quien había hablado a favor de una mayor representación de los negros en los cargos públicos y presentado una propuesta para prohibir la discriminación en «cualquier partido, asociación o institución política, educacional, religiosa, social o recreacional». Junto con esta voz más radical había conservadores, como Juan Felipe Risquet, quien afirmaba que solo la educación elevaría a los negros a posiciones de igualdad; Risquet dedicaba gran parte de su atención a aplaudir los logros de los negros educados, y colocaba, implícitamente, la responsabilidad del «adelanto» en los propios negros, en lugar de culpar a las implacables estructuras ideológicas o institucionales.²⁹ Los términos en que se proyectaba la rebelión instaban a los cubanos de color a escoger la «civilización» por encima de la «conciencia de clase» y creaban un chivo expiatorio «no civilizado» (racializado). Si, como afirma Louis A. Pérez, la retórica de la «guerra racial» provocó la división de una clase campesina multirracial y la unificación de la élite blanca, también subrayó las divisiones existentes entre los cubanos de color.³⁰

Tras semanas de espera en las costas, los marines norteamericanos desembarcaron y crearon la oportunidad para que los efectivos cubanos se lanzaran a matar a todos los que se les pusieran por delante. Como ya no tenían que defender los cañaverales estadounidenses de las ofensivas del PIC, las fuerzas cubanas pudieron dedicar toda su energía a perseguir a los rebeldes. El viernes 28 de junio, soldados cubanos mataron a Estenoz, ataron su cuerpo a un caballo y lo arrastraron por las calles de Santiago de Cuba durante varias horas. A los pocos días, los oficiales anunciaron

el fin de la rebelión. A partir de lo que los observadores han podido recoger de varias fuentes —incluidas algunas norteamericanas—, se trató de un momento horripilante, pues los negros fueron decapitados, colgados de los árboles y muertos a balazos cuando intentaban escapar de los efectivos cubanos.³¹

Restos de recuerdos

En los años posteriores a 1912, la raza y la nación siguieron preocupando a los cubanos y haciendo surgir preguntas sobre ambas. Había poco consenso. Justo después de los combates de 1912, Gustavo Mustelier publicó un libro en el que predecía, de modo triunfante, la desaparición de los negros en Cuba. La extinción del negro invocó la objetividad científica, para señalar que el problema de la raza se encontraba en proceso de solución. Haciendo uso de pruebas estadísticas, afirmaba que la disminución del número de negros en la Isla era índice de la «absorción» de la raza de ascendencia africana por la raza europea. Siguiendo a influyentes teóricos de la raza, entre ellos a José Ingenieros, José Arturo Gobineau y Nordau, afirmaba que esta absorción era lo mejor que podía producirse. El avance inexorable de la naturaleza borraría literalmente el problema raza. Pero su obra no alcanzó el determinismo biológico absoluto. Haciendo uso de una combinación corriente de ideas darwinistas y lamarckianas sobre la herencia y el cambio, trazó distinciones entre negros urbanos educados y negros rurales carentes de educación, para afirmar que la absorción se produciría no solo por la biología, sino también por medio de la educación.³²

No todos los cubanos de color eran tan pesimistas, ni tenían tanta premura por tomar prestadas fórmulas de otros lugares. Fernando Guerra hizo uso de las contradicciones y luchas por la raza y la identidad, para articular un notable marco de las religiones de base africana. Como secretario y más tarde presidente del Culto Religioso Africano Lucumí «Santa Bárbara», trabajó un estilo retórico que integró el respeto hacia los derechos constitucionales y las instituciones jurídicas, sin sacrificar una desafiante defensa a su religión de base africana y a su derecho de protestar contra los temores infundados hacia la brujería.

En una circular publicada en julio de 1913, hizo explícita su teoría de que una reciente propagación de temores contra la brujería era, en gran medida, creación de la prensa: «CONSIDERANDO que en el hecho fantástico de algunos cubanos en el estudio político que con el problema de la brujería se proponen plantear en el territorio cubano el sistema moral de una nueva esclavitud...».³³

Unos pocos días después, emitió otra circular en la que subrayaba de nuevo su identificación como africano y creyente en la religión de origen lucumí, y su adhesión al proceso legal y a los dictados constitucionales. Al propio tiempo, distanció las creencias y prácticas de su religión de las de la brujería, negó que estuvieran relacionadas y aclaró que él no tenía vínculo alguno con los acusados y sus rituales. Merece la pena citarlo con detenimiento:

Declaramos [...] que somos cubanos nativos, mayores de edad, que desde la infancia profesamos la religión lucumí, sin dejación de la católica; que jamás negamos ni negaremos que nuestros primeros padres fueran africanos; que respetamos la libertad de cultos y las leyes de la República [...] pues hay la necesidad de que hagan respetar con los fueros de la justicia el derecho que por igual tienen en la Constitución todos los habitantes del territorio de la República cubana, y donde parece que algunos cubanos con injustas combinaciones, tratan de trastornar el sincero sentimiento democrático del pueblo cubano independiente, para la libertad del hombre, y no para una burocracia compuesta para una nueva esclavitud, pongamos cuidado los cubanos a los microbios del cuerpo social del pueblo cubano; pensar y estudiar el progreso de los pueblos sin odios ni rencores.

[...] También hacemos saber a las autoridades de la República que el rito religioso africano lucumí, su instrumentación de panderetas que se tocan en sus fiestas religiosas, no guardan analogía con las prácticas de otros ritos de origen africano [...] también rogamos respetuosamente [a todos los que se mencionan arriba] hagan comparecer en audiencia privada y con nosotros, a los señores que con la prensa conocen lo que es brujería y lo que es la religión africana lucumí; de esa manera conocerá el gobierno lo que es una cosa y la otra, de lo contrario, nunca podrá diafanizarse el problema de la brujería y que a pesar de ser nosotros descendientes de africanos, no conocemos la brujería, ni los objetos de que se compone, y sí de que profesamos la religión lucumí para consuelo de nuestros sufrimientos en la tierra.³⁴

Guerra demostró capacidad de movimiento entre las instituciones religiosas afrocubanas, políticas y científicas para intentar defender su asociación, creencias y prácticas. Ya en 1911, cuando trabajaba —como ha observado Stephan Palmié— para «movilizar a la autoridad discursiva académica en [la] lucha contra el Estado»,³⁵ había invitado a Fernando Ortiz a unirse al Culto Religioso Africano Lucumí «Santa Bárbara». Guerra parece haber aprovechado esta oportunidad, según Palmié, para incorporar a Ortiz a su proyecto antihegemónico. A partir de ese momento, Ortiz aminoró sus afirmaciones acerca del peligro que las religiones derivadas de África representaban para el proyecto de la modernidad.³⁶

Guerra representaba una de las muchas formas de comprender la raza. El teatro del período dependía de personajes típicos que incluían al «negro carente de educación», la «mulata promiscua» y el «tendero español

tacaño», a los que se presentaba como miembros de un país multirracial que, aunque reñían entre sí, no se encontraban en oposición mortal. Todo conflicto surgido de las diferencias raciales se veía opacado por la preocupación hacia la corrupción política, fuente de inspiración en una gran parte de la literatura del período.³⁷ Para cuando se celebraron las elecciones de 1918, quienes criticaban a José Miguel Gómez pudieron dañar su campaña de reelección con referencias a la «tragedia de 1912», que seis años antes se había celebrado como un triunfo nacionalista.³⁸ Al propio tiempo, la preocupación de los científicos sociales por el «problema de la raza» fomentó un proyecto eugenésico y la obra de criminólogos de reputación como Castellanos, cuyos textos teorizaban sobre las relaciones existentes entre la brujería, la raza y el delito.³⁹ Cuba Contemporánea, una prominente revista, publicó muchos artículos de escritores europeos y latinoamericanos en apoyo a posiciones similares a las de Mustelier. Para 1919, diversos y potencialmente contradictorios entendimientos sobre la raza, informaban los debates políticos, científicos, periodísticos y literarios; pero una nueva crisis llevaría, una vez más, al centro de atención las afirmaciones que relacionaban el color de la piel con la «civilización y la barbarie».

La mano del brujo

Marzo de 1919 marcó el comienzo de una alarma de brujería que culminaría en la muerte de ocho negros en Matanzas y el linchamiento de uno en Regla, acusados todos de secuestro, asesinato ritual y canibalismo de niños blancos.⁴⁰ Los diarios reaccionaron ante el descubrimiento del cadáver mutilado de Marcelo López, un niño de nueve años de edad, y culparon instantánea e injuriosamente a la brujería: «El crimen parece obra de los brujos, de los nefastos brujos que deshonran a una época y a un pueblo con su furibunda insania, con su sed insaciable de sangre humana y de carne de niño [...] merecen estar en las cárceles y los manicomios como seres peligrosos para la sociedad en que viven».⁴¹ Aunque no había pruebas suficientes para señalar a un individuo, no había dudas en lo tocante a dónde apuntaba la sospecha.

El 22 de abril, en respuesta al intento de secuestro de otro niño, se arrestó a dos «brujos» en el Mariel y se confiscaron sus objetos. A pesar de que no había pruebas contra ellos y del derrumbe de las existentes sobre la teoría de la brujería en el caso de Marcelo, la prensa hizo una campaña a favor de los linchamientos. Un editorial exponía claramente este objetivo: «Lo único que siento es no haber visto el linchamiento de uno o dos de estos

Los cubanos de color radicalizaron este discurso. No solo divorciaron la *barbarie* de lo negro, siguiendo las estrategias de los políticos de 1912, sino que invirtieron por completo las asociaciones, al apuntar los linchamientos para afirmar que los bárbaros eran los blancos.

salvajes brujos que no merecen la compasión de nadie [...] la isla entera está ulcerada de brujos». ⁴²

El 24 de junio, los diarios informaron de la desaparición de Cecilia, una niña de Matanzas. El 28 de junio, José Claro, el brujo del que se sospechaba, confesó el asesinato y canibalismo en ese caso y en el de otros tres niños, aunque las investigaciones policiales no habían encontrado ninguno de los cadáveres. Al llegar a los habitantes del poblado noticias de estas confesiones, una multitud intentó linchar a los presos y no lo logró solo porque los efectivos militares los protegieron cuando eran transportados a la cárcel. ⁴³

Ese mismo día, los legisladores iniciaron discusiones sobre un proyecto de ley contra la brujería que, en teoría, no era ilegal. Mientras tanto, un editorial subrayaba la historia de negligencia o las repuestas ineficaces al problema por parte del Estado y abogaba por el linchamiento como única forma de extirpar el canibalismo ante la incapacidad oficial para contener la brujería y proteger a los niños. Según este comentarista, el problema guardaba relación especial con la imposibilidad de la República de imaginar y controlar los terribles delitos, en contraste con el régimen colonial español, que poseía prácticas policiales más eficaces.

[B]ajo el dominio español no se registraban hechos de esa naturaleza. ¿Cuál era el secreto de la madre patria para contener el canibalismo? [...] debemos declarar que, en ciertos casos como estos, somos partidarios de la terrible ley de Lynch. Los legisladores nunca pensaron, al redactar el código penal, en este género horrible de delitos de sangre. Un hombre que extrae el corazón a una niña y se lo come guisado con ajonjolí, está más allá de todas las lucubraciones lombrosianas, de todos los anales de la policía. ⁴⁴

Al día siguiente, una multitud linchó en Regla a José Williams, un inmigrante jamaicano acusado de secuestrar e intentar violar a una niña blanca de seis años. La policía trató de protegerlo, pero el hombre murió a manos de lo que se calificó como «una furiosa multitud —de todas las clases sociales— compuesta por más de tres mil personas». El 30 de junio, en Matanzas, un grupo de personas asaltó el Castillo de San Severino, donde se encontraban presos los acusados de la muerte de Cecilia. Los guardias abrieron fuego, mataron a un hombre e hirieron a otros doce. Como ya se señaló, los guardias obligaron entonces a los presos a dejar sus

celdas y les dispararon «cuando huían»; con posterioridad dijeron que la «ley de fuga» había dictado sus acciones. ⁴⁵ Después de estos dos incidentes, la multitud intentó linchar a otros presos, los que sobrevivieron gracias a la protección policial. En Matanzas, el ejército ocupó el pueblo e impuso toque de queda en un intento por restaurar el orden.

La policía y los encargados de hacer cumplir la ley renovaron esfuerzos para reprimir todo lo asociado a la cultura «africana»; arrestaron —como cabría esperar—, a personas sospechosas de brujería, y confiscaron sus objetos a la menor provocación. Además, comenzaron también a concentrarse en los curanderos que no emplearan los métodos más ortodoxos. Como admitiendo la mezquindad de los esfuerzos anteriores, los legisladores propusieron una vez más una nueva ley contra la brujería, al tiempo que expresaron admiración por las iniciativas del pueblo y el ejército para defenderse de la «epidemia». Fernando Ortiz, quien estuvo presente y a quien se nombró para redactar la ley, convirtió la obsesión reciente en una promoción de sus metodologías: «No linchemos las teorías de la criminología moderna». ⁴⁶

Los temas de civilización y barbarie figuraron en forma prominente en explicaciones del problema y propuestas de solución. La brujería era amenazante porque se desarrollaba fuera del entendimiento «humano» del Derecho y la Justicia y ocupaba un reino de comportamiento primitivo. Como tal, representaba una amenaza constante a la cultura y la civilización. Según un comentarista, era esencial que los cubanos combatieran los «instintos bárbaros de los degenerados que no retroceden ante el crimen espantoso para saciar pasiones que se explican únicamente en el centro de África, pero que no pueden ni deben ser tolerados en el seno de una sociedad culta y civilizada». ⁴⁷

Por otra parte, muchos se negaron a asociar a todos los negros con estas prácticas nefastas y establecieron una distinción, como en 1912, entre quienes participaban en la maligna conducta y quienes la condenaban:

los hombres de la raza negra en toda la isla, que no compartan las absurdas creencias de un rito execrable y bárbaro, súmanse a la causa de la civilización, que precisamente por una necesidad dolorosa ha tenido que recurrir para su defensa a los medios extremos [...] en la

manifestación [...] vimos negros, muchos negros sinceros que eran los primeros en reclamar los detenidos».⁴⁸

Surgía un contradiscurso que condenaba la brujería, pero al mismo tiempo evitaba una asociación explícitamente racializada de la brujería, la barbarie y lo negro.

Los cubanos de color radicalizaron este discurso. No solo divorciaron la barbarie de lo negro, siguiendo las estrategias de los políticos de 1912, sino que invirtieron por completo las asociaciones, al apuntar los linchamientos para afirmar que los bárbaros eran los blancos.⁴⁹ Juan Felipe Risquet, a quien los historiadores suelen ver como el vocero de los negros de élite no interesados en la movilización política, emitió una mordaz crítica a la práctica del linchamiento: «el linchamiento es la bestia feroz humana que rompe fuego a discreción, hiere por todas partes [...] es el símbolo de la injusticia humana».

Pero su compleja interpretación condenaba también la brujería: «la sociedad cubana, por ejemplo, que condena a los brujos, que excita a los que asesinan niños, condena también a los que linchan hombres a quienes los tribunales no han tenido oportunidad de juzgar». Risquet adoptó una visión degenerativa del problema y propuso la regeneración por medio de la educación para los infelices que secuestraban y devoraban niños y para los que, dando muestras de poco juicio, imitaban a los linchadores de los Estados Unidos.⁵⁰

Los miembros del Club Atenas, la asociación negra más prominente de La Habana, emitieron una declaración cargada de indignación moral. El Club se había fundado dos años antes, como un intento de crear una sociedad «nueva», «moderna» que garantizara lo que su membresía de base, casi toda de clase media, consideraba una representación adecuada ante las autoridades cubanas.⁵¹ Aunque sus fundadores habían pretendido expresar preocupaciones de élite y no de todas las clases sociales, habían ampliado su base en busca de apoyo para su declaración. Entre los firmantes de las declaraciones se encontraban muchos políticos, profesionales, intelectuales prominentes y antiguos miembros o líderes del Ejército Libertador. Pero firmaron también representantes de diversas clases sociales, regiones y organizaciones negras, para un total de sesenta y ocho personas y representantes de treinta y ocho sociedades de las provincias de La Habana, Matanzas, Pinar del Río, Santa Clara, Camagüey y Oriente.

Con apasionada elocuencia y brillante uso de la estrategia retórica, construían una nueva jerarquía moral. Comenzaban con un descargo de responsabilidades insistiendo en que, aunque habían decidido publicar una respuesta a acontecimientos recientes, no lo hacían como representantes de la «raza», igual que, en el caso de los

blancos, nunca se esperaba que representaran su «raza». Entonces pasaban revista a las contribuciones históricas de los esclavos, los ex esclavos y sus descendientes en la formación de la nación cubana, e insistían en que no era posible concebirlos por separado: «la historia de esta clase es colindante con la de esta nación».⁵² La experiencia de la esclavitud había sido un penoso, pero heroico, interludio, del cual surgió la idea de la independencia y la autonomía. La República debía considerarse como un logro de los cubanos de color, cuya presencia era mayoritaria en el Ejército Libertador. Solo después de que establecieron su versión de la indispensable participación negra en la historia nacional, pasaron a los recientes sucesos de Regla y Matanzas.

Negándose a conceder terreno alguno, insistían en que las acusaciones eran todavía infundadas, al no haber pruebas fehacientes: «porque todavía dudamos de la verdad del secuestro en Regla, así como del canibalismo en Matanzas. A nuestro entender, no hay nada claro». Además, independientemente de la verdad o falsedad de las acusaciones, era injusto culpar a muchos por los crímenes de unos pocos:

[Y] como queremos eso, que es noble, y que estimamos merecer, rechazamos sin ira, y hasta sin amargura, pero con firmeza, toda insinuación denigrante, toda sospecha depresiva, toda duda injuriosa respecto a nuestra actitud en relación con los actos de salvajismo que puedan cometerse, sea cualquiera el color del que lo cometa. Entendemos que nos asiste el derecho de ser considerados como hombres civilizados y no como bárbaros».⁵³

Por último, completaban un código moral reconfigurado en que afirmaban su propia posición ética:

[Y] nos han espantado los castigos porque no se avienen, ni en la forma ni en la esencia, con los principios de nuestra civilización. Aun en el supuesto de que el linchamiento de Regla y los acribillados a balazos de San Severino hubieran sido culpables de las atrocidades que se les achacan, no es así como procedía castigarlos. Un historiador ilustre lo ha dicho: «las represalias sangrientas, al igual que los crímenes que las provocan, pertenecen al dominio de la barbarie». Y Cuba, a la que tanto amamos, no debe ser asilo de bárbaros: ni de bárbaros canibales ni de bárbaros linchadores».⁵⁴

El manifiesto articulaba un complejo concepto de identidad, afirmaba el vínculo con un grupo de personas de ascendencia africana, pero al mismo tiempo rechazaba categorizaciones dominantes que los criminalizaban y denigraban. En forma muy similar al manifiesto de 1912, se oponía a una identidad colectiva única y recalca la naturaleza fraccionada de la «raza de color». Pero la diferencia con 1912 es sorprendente. El manifiesto de 1912 recalca la aceptación de las estructuras estatales y reconocía los beneficios de sus pretensiones igualitarias. En 1919, el tono era menos complaciente y ponía mucha menos fe en la buena voluntad de los cubanos blancos. Separaba, en forma

más radical que antes, la asociación de lo blanco con la civilización, al vincular la barbarie a los blancos en el linchamiento, al tiempo que afirmaba la existencia del «negro civilizado». La apropiación de la «barbarie» y su redirección hacia los blancos es índice de un fuerte ímpetu de movilización en oposición a la violencia contra los negros. Este ejemplo señala la capacidad de movilización política que ganaría pertinencia en los decenios siguientes. Hacia 1940, por medio de organizaciones tales como Adelante y con la colaboración de intelectuales y activistas como Gustavo Urrutia y Salvador García Agüero, los cubanos negros politizados tuvieron una voz en la Convención Constituyente. En última instancia, sus demandas de reforma fueron adoptadas en una enmienda constitucional que prohibió la discriminación racial. Pero el consenso que avaló la Constitución de 1940 presenta un momento de profunda ambigüedad. Que fuera necesario prohibir la discriminación señala la persistencia de la desigualdad racial en muchas esferas de la vida cotidiana. Que los cubanos de color se movilizaran contra la desigualdad y persuadieran a sus conciudadanos a reconocer la justicia de sus demandas, señala la presencia vital de la raza de color en la vida política.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Para la organización y la historia del Partido de los Independientes de Color y del levantamiento de 1912, véanse, entre otros, Serafín Portuondo Linares, *Los Independientes de Color*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950; Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958: Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990; Thomas Orum, *The Politics of Color: The Racial Dimension of Cuban Politics During the Early Republican Years, 1900-1912*, tesis de doctorado, Universidad de Nueva York, 1975; Alejandro de la Fuente, *With All and for All: Race, Inequality and Politics in Cuba, 1900-1930*, tesis de doctorado, Universidad de Pittsburgh, 1996; Rafael Fermoselle, *Política y color en Cuba: la guerrilla de 1912*, Editorial Geminis, Montevideo, 1974; Aline Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995; Louis A. Pérez, «Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 "Race War" in Cuba Reconsidered», *Hispanic American Historical Review*, n. 66, agosto de 1986, pp. 509-39.
2. Evaristo Estenoz, citado en Serafín Portuondo Linares, ob. cit., p. 128.
3. Véase, por ejemplo, *La Discusión*, Güines, 21 a 27 de mayo de 1912.
4. El cálculo del número de muertos varía mucho, pero los más prudentes dan un total de 3 000.
5. Véanse Ernesto Chávez Álvarez, *El crimen de la niña Cecilia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991; Stephan Palmié, «Una salación científica: The Work of Witchcraft and Science in Cuban Modernity», en *Wizards and Scientists: Explorations in Afro-Cuban Tradition and Modernity*, Duke University Press, Durham (de próxima aparición); y Reinaldo Román, «An Indignant Public Opinion: The Cuban Press and the Negroes Brujos Scares», en *Conjuring Progress and Divinity: Religion and Conflict in Cuba and Puerto Rico, 1899-1956*, tesis de doctorado, Universidad de California, Los Angeles, 2000.
6. Thomas Holt, «Marking: Race, Race-marking, and the Writing of History», *American Historical Review*, n. 1, febrero de 1995, p. 3.
7. Aunque la represión más violenta se produjo en Oriente, en otras partes de la Isla también se registraron conflictos. En La Habana, cientos fueron arrestados y varias personas murieron según las tensiones fueron convirtiéndose en encuentros violentos. En Cienfuegos, las redes de padrinazgo político pueden haber disminuido y atenuado la violencia contra los negros. De todos modos, una persona fue muerta y varias arrestadas. Para recuentos sobre la rebelión y su represión en diversas regiones de Cuba, véase Louis A. Pérez, ob. cit.; Aline Helg, ob. cit.; Rafael conte y José M. Capmany, *Guerra de razas: negros contra blancos en Cuba*, Imprenta Militar Antonio Pérez, La Habana, 1912.
8. Aline Helg, ob. cit.; Alejandro de la Fuente, «Myths of Racial Democracy: Cuba, 1900-1912», *Latin American Research Review*, a. 34, n. 3, 1999, pp. 39-73.
9. Ada Ferrer, «Rustic Men, Civilized Nation: Race, Culture and Contention on the Eve of Cuban Independence», *Hispanic American Historical Review*, a. 78, n. 4, noviembre de 1998, pp. 663-86.
10. En este ensayo se examinan, en particular, las formas en que los intelectuales y políticos negros respondieron a la violencia, dado que sus intervenciones demostraron ser cruciales para los sucesos y que sus escritos exponen un cambio importante en la forma de entender la raza. La forma en que veo la relación existente entre el lenguaje y la política está influida por las formulaciones de Lynn Hunt en *Politics, Culture and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1984.
11. *El Mundo*, La Habana, 21 de mayo de 1912.
12. *La Discusión*, 21 de mayo de 1912.
13. *El Popular*, a. II, n. 70, 31 de mayo de 1912.
14. *El Mundo*, La Habana, 22 de mayo de 1912.
15. Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Under the Platt Amendment 1902-1934*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1986.
16. Informado en *La Discusión*, Güines, 23 de mayo de 1912.
17. *La Política Cómica*, La Habana, 1912.
18. *La Política Cómica*, n. 337, La Habana, 26 de mayo de 1912.
19. Para una interpretación distinta, véase Aline Helg, ob. cit.
20. Tomás Fernández Robaina, ob. cit., pp. 64-6 y 79. Para un examen amplio sobre el discurso de la civilización entre los cubanos de color en la Cuba del siglo xx, véase Karen Y. Morrison, «Civilization and Citizenship through the Eyes of Afro-Cuban Intellectuals during the First Constitutional Era, 1902-1940», *Cuban Studies*, n. 30, 1999, pp. 76-99.
21. *La Discusión*, Güines, 31 de mayo de 1912, entrevista realizada por el periodista Sixto López.

22. El Mundo, La Habana, 23 de mayo de 1912.
23. El Mundo, La Habana, 26 de mayo de 1912.
24. Editorial, El Mundo, La Habana, 6 de junio de 1912.
25. El Mundo, La Habana, 7 de junio 1912.
26. El Mundo, La Habana, 4 de junio de 1912.
27. Aline Helg, ob. cit., p. 228.
28. Entre los firmantes estaban Nicolás Guillén, senador por Camagüey; y los representantes Francisco Audivert (Oriente); Generoso Campos Marquetti (La Habana); Luis Valdés Carrero (La Habana); Alberto Castellanos (Oriente); Agustín Cebreco (Oriente); Ramiro Cuesta (Matanzas); Manuel Delgado (Santa Clara); Lino D'ou (Oriente); Juan Felipe Risquet (Matanzas); Hermenegildo Ponvert (Santa Clara), y Juan Gualberto Gómez. De ellos, al menos tres eran miembros del Partido Conservador y tres pertenecían al Partido Liberal; muchos habían luchado en las Guerras de Independencia; algunos habían participado en la rebelión de 1906; y otros, como Agustín Cebreco, se opusieron a ella e intentaron negociar una solución pacífica.
29. «A nuestro pueblo», El Mundo, La Habana, 4 de junio de 1912.
30. Véase Louis A. Pérez, «Politics, Peasants, and People of Color...», ob. cit.
31. Para una descripción de la matanza, véanse, por ejemplo, Louis A. Pérez, «Politics, Peasants and People of Color...», ob. cit.; Aline Helg, ob. cit.; Rafael Fermoselle, ob. cit. La matanza exigiría un examen más estrecho de los perpetradores y las víctimas de este incidente, pues no ha sido estudiada lo suficiente en ningún recuento, incluido el mío. Sin ese análisis, solo es posible la especulación sobre cómo o por qué se produjo.
32. Gustavo Enrique Mustelier, La extinción del negro: apuntes político-sociales, Rembla y Bouza, La Habana, 1912.
33. Fernando Guerra, 5 de julio de 1913, Instituto de Literatura y Lingüística [en lo adelante, ILL], Fondo Fernando Ortiz, carpeta 34A.
34. «Manifiesto», Culto Religioso Africano Lucumí «Santa Bárbara», Sociedad «Santa Rita de Casia», y «San Lázaro», Al honorable Presidente, Secretario de Gobernación, Secretario de Justicia, al Sr. Alcalde Municipal de la Ciudad de la Habana y al pueblo en general: »¡La verdad, con cara al sol!«, 19 de julio de 1913, ILL, Fondo Fernando Ortiz, carpeta 34C.
35. Stephan Palmié, ob. cit., p. 47.
36. ILL, Fondo Fernando Ortiz, carpeta 34C.
37. Eduardo Robreño, ed., Teatro Alhambra: Antología, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.
38. Alejandro de la Fuente, «With All and for All», ob. cit., cap. 5.
39. *Ibidem*, cap. 2.
40. Este parece ser un fenómeno singular en la América Latina del siglo xx. Véase David Nirenberg, *Communities of Violence*, Princeton University Press, Princeton, 1996, sobre la persecución de las minorías y la violencia contra ellas, y Rosalind Morris, «Anthropology in the Body Shop: Lords of the Garden, Cannibalism, and the Consuming Desires of Televisual Anthropology», *American Anthropologist*, a. 98, n. 1, pp. 137-50, sobre el temor al canibalismo.
41. El Día, 23 de marzo de 1919.
42. El Día, 22 y 25 de abril de 1919.
43. El Día, 24 y 28 de junio de 1919
44. El Día, 28 de junio de 1919. Resulta interesante que durante el periodo colonial no se produjeran acusaciones de este tipo. Su surgimiento en el periodo moderno se examina en Reinaldo Román, ob. cit., y Stephan Palmié, ob. cit.
45. No está muy claro quiénes eran estos hombres. En *Our Rightful Share*, Aline Helg dice que murieron ocho hombres, pero el diario El Día (29 y 30 de junio de 1919) informa de un muerto y doce heridos.
46. El Día, 3 de julio de 1919.
47. El Día, 29 de junio de 1919.
48. El Día, 3 de julio de 1919.
49. Véase Gail Bederman, *Manliness and Civilization*, University of Chicago Press, Chicago: 1995, cap. 2, para un examen de una estrategia similar desplegada por Ida Wells en las críticas a los linchamientos ocurridos en los Estados Unidos.
50. El Día, 2 de julio de 1919.
51. Alejandro de la Fuente, «With All and for All...», ob. cit., p. 320.
52. Retraducción del texto en inglés; el original en español no está disponible [N. del E].
53. «Manifiesto relativo a los sucesos ocurridos en Regla y Matanzas a consecuencia de las prácticas de brujería y canibalismo», ANC, Fondo Adquisiciones, caja 65, #4201, publicado también en El Día, 2 de agosto de 1919.
54. *Ibidem*.

El problemático nacionalismo de la primera República

Fernando Martínez Heredia

Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

...no escribo para el hoy, sino para el mañana, porque entiendo que la memoria del ayer da impulso y crece al hoy, y que sin las pequeñas corrientes no puede haber caudalosos ríos [...] sin los relatos históricos locales, no puede haber Historia General.

Francisco Moreno
Historial patriótico de los hijos de Mayajigua

Este trabajo tiene dos motivaciones diferentes entre sí, y quizás complementarias.¹ La primera es vivencial: mis recuerdos de niño y adolescente acerca de lo que podría llamarse el arsenal simbólico del nacionalismo. Pasé aquellas etapas en una zona del país que había vivido el florecimiento más tardío de la utilización de esclavos y la dinámica más temprana del capitalismo con trabajo asalariado.² Al mismo tiempo, fue un escenario muy activo de las tres guerras libradas entre 1868 y 1898, con una gran participación de la población y muy fuerte presencia del ejército español.³ Medio siglo después, los niños vivíamos las narraciones de la gesta nacional como parte de nuestra educación básica, ciertamente de manera poco abstracta y muy

ligada a las ideas de ciudadanía e incluso de proyecto nacional.

El nacionalismo cubano de los años 40-50 era realmente diferente al de inicios de siglo,⁴ aunque dentro de una esencial continuidad. Naturalmente, yo lo ignoraba. Junto a la influencia de los acontecimientos y las entidades sociales, y los fuertes ecos de la política del día, nuestra educación cívica se forjaba con ayuda de la narración y la exaltación de las luchas revolucionarias por la independencia; la escuela, las familias, los símbolos nacionales, la imaginación y los juegos infantiles, las efigies, las conmemoraciones, los narradores locales y los medios de comunicación se encargaban de esa tarea. Cada cubano se consideraba heredero de aquella tradición patriótica, que era un timbre de orgullo compartido y una carta de crédito para los proyectos cívicos. En los años 60, ya en La Habana, me pareció que la formación infantil en la gesta nacional de mis coetáneos habaneros quizás no había sido como la mía, pero enseguida la gran revolución en curso promovió un acercamiento muy fuerte y entusiasta a la historia nacional, que niveló bastante a todos los implicados.

Mi otra fuente de motivación es el enorme avance de los estudios historiográficos en las últimas décadas. A su luz, la cuestión de la evolución histórica del nacionalismo cubano se tornó un tema favorecido por los avances del conocimiento, y también ha sido abordado directamente. Hoy es tema de aportes variados y, por fortuna, de debates. Aprovecho esos logros para analizar la cuestión en el marco de mis investigaciones sobre el proceso histórico de las formas de dominación y de resistencia o luchas contra ella en nuestra historia; pero a la vez me asomo otra vez a mis vivencias tempranas, de manera que quiere ser calificada, hasta cierto punto, de «objetiva».

Mi pretensión en este texto es muy limitada: analizar dos libros escritos durante aquel período, aunque sumamente distantes uno del otro, y hacer algunos comentarios sobre el contenido y las funciones, las incongruencias, tensiones y contradicciones afrontadas por el nacionalismo —generalizado y arraigado por la gesta nacional— para ser eficaz como cemento de la construcción nacional en el momento histórico más cercano a aquella: la primera República cubana.⁵

Revolución popular y nación

El nacionalismo en la Cuba del siglo XIX estuvo muy condicionado por dos ámbitos: el colonial y el del sistema de explotación del trabajo. En el último tercio del siglo ambos se complejizaron, y ganaron lugar el régimen neocolonial, las clases y luchas de clases, y las acciones colectivas independentistas. Los procesos prolongados y acumulativos que dan base y especificidad a una comunidad nacional se habían iniciado desde mucho antes. El carácter unificador y exclusivo que tienen la nación y esa exacerbación suya que es el nacionalismo debieron enfrentar numerosos y variados retos y adversarios. No es este texto un lugar para tratar a fondo esos temas, por lo que solo apunto algunas precisiones en la medida en que ayudan a mi exposición. Ellas responden al estado de mis investigaciones y criterios, y guardan relación —más de una vez polémica— con otros estudios sobre esas cuestiones.

La plasmación política del nacionalismo en Cuba no fue el fruto de una elaboración oportunista realizada por un pequeño grupo interesado, ni una elucubración feliz. Ningún hecho social muy abarcador de actitudes masivas y con tendencia a la permanencia puede comprenderse como el fruto de la astucia de un grupo, aun si esta estuviera también presente. Pero en el caso de Cuba, en toda la época que abordamos, existe un gran cúmulo de documentos y otras fuentes valiosas para advertirnos que la cuestión fue tratada —y vivida—

por un número amplísimo de personas, lo que invalidaba que la astucia de un grupo desempeñara un papel decisivo. Y una segunda razón, que es determinante y explica la primera: el nacionalismo en Cuba estuvo ligado a acciones colectivas muy profundas y abarcadoras —las guerras revolucionarias entre 1868 y 1898—, de las cuales la última fue el evento principal de la época para muchos efectos, entre ellos toda la problemática del nacionalismo. La revolución del 95 fue el acontecimiento cultural más trascendental en la formación de la nación y del nacionalismo cubanos.

Lo anterior no debe ocultar el hecho de que todo grupo social activo se representa los problemas fundamentales de la sociedad en que vive desde sus intereses, creencias y cultura propios, a la vez que influido por la acción de otros grupos y por otros eventos y factores significativos. Y actúa a partir de ese complejo. La actuación de cada grupo social, participante como tal, forma parte del hecho histórico, y de su conocimiento. Esto es, por muy unificante que pueda ser la cuestión nacional en la vida de una sociedad, ella no existe —ni puede ser comprendida— sin la dimensión configurada por las clases y otros sectores sociales. Por otra parte, atribuir a determinado grupo social una capacidad o incapacidad permanentes ante la creación, tareas y retos de la nación, sin profundizar en cada situación histórica concreta y en las consecuencias del decurso de ellas, es un prejuicio que puede resultar muy perjudicial para el conocimiento social.

La nación —es decir, sintetizando mucho, la unificación de diversidades sociales, el Estado y demás instituciones, las representaciones y símbolos compartidos— y el nacionalismo tampoco son iguales a sí mismos a lo largo del proceso histórico, aunque los caracteriza una acumulación cultural y una aparente permanencia, muy notables. Por ello es indispensable el análisis de diferentes momentos históricos, en busca de especificidades y continuidades de todos los elementos implicados.

Sin olvidar esas precisiones, considero que las clases dominantes de la Cuba del siglo XIX privilegiaron sus tipos de explotación del trabajo, de la población y de los recursos naturales, sin arriesgarse a promover movimientos políticos y sociales a favor de un capitalismo más «moderno» e independiente, que quedara en manos suyas. No aspiraron nunca, por tanto, a ser «clase nacional», ni en las coyunturas críticas de las décadas de 1810-1820 y de 1868-1898, ni en las demás situaciones del siglo, y se sometieron a los poderes colonial y neocolonial. No es pequeña cuestión la incongruencia entre las dimensiones económica y política de una sociedad que eso supone.⁶ Ante los peligros y la existencia de revoluciones, esas clases dominantes-

dominadas se opusieron a la creación del Estado-nación.⁷ La modernidad de la vida de Cuba en el siglo XIX, la precocidad de su neocolonialismo, los factores geopolíticos y las acciones colectivas de rebeldía cerraron el tiempo histórico que, en una dinámica más lenta o más débil, hubiera podido dar espacio a la formación de un sector burgués nacional capaz de enfrentar sus contradicciones con el capitalismo central y de conducir a las mayorías del país. No lograron entonces generar visiones nacionales propias, mínimamente eficaces en términos políticos y sociales.

Sin embargo, en los años 80-90, algunos sectores muy activos hicieron esfuerzos por desarrollar un medio político e ideológico en que se elaborara una hegemonía modernizada, que cerrara el paso a una revolución independentista y asegurara un rumbo conservador evolutivo. Fracasaron, pero la nueva revolución de 1895, para ser viable, debió partir de la cultura política alcanzada, negar sus fundamentos y superarla. Si le sacó provecho a ese medio creado previamente, fue porque logró ser su antítesis. Una política revolucionaria convocó con gran fuerza y efectividad a la masa del país a una insurrección general, creó un ejército realmente plurirracial y una nueva institucionalidad, promovió la asunción y exaltación masiva de la nacionalidad, transformó el contenido de la política, e hizo avanzar mucho las prácticas y las ideas de ciudadanía y democracia. La gran conmoción cambió las vidas de una parte de la población y afectó sensiblemente a la mayoría.

Los diversos grupos e intereses sociales fueron afectados por la gran condensación de las contradicciones y por los hechos radicales que produjo la revolución. La liquidación del dominio colonial y la emergencia de la nación fueron logros grandiosos, pero no eliminaron lo fundamental de las relaciones sociales de dominación vigentes.⁸ Durante la guerra comenzaron a aparecer actitudes e ideas que aceptaban las nuevas realidades inevitables en busca de una reformulación de la hegemonía, que diera cabida a los cambios sin implicar la sustitución del sistema. En el propio campo de la revolución se produjo un proceso de tensiones y oposición entre concepciones y políticas que tuvo su entidad propia, pero que guardaba relaciones complejas con posiciones clasistas; las de los participantes más populares sufrieron reveses y recortes en el curso de la guerra.⁹ El final de la contienda fue, sin embargo, precipitado y sobredeterminado por la intervención de los Estados Unidos, que alteró decisivamente toda la situación, y las estrategias y actuaciones de los diferentes grupos cubanos.

El carácter neocolonial del sistema vigente hasta 1959 no residió solo en el tipo de relaciones económicas establecidas, sino en la sujeción de clase de la burguesía

cubana, que en vez de buscar un protagonismo en la coyuntura de la gran acción colectiva, temió a sus consecuencias, se acogió a la solución providencial norteamericana y estableció relaciones de subordinación, sistema que registró cambios durante el período, pero al que nunca fue infiel. El carácter burgués de la República no residió solo en el dominio de relaciones económicas capitalistas en la sociedad, sino en que la clase dominante en la economía de Cuba fue capaz de integrarse en una alianza posrevolucionaria para constituir un nuevo poder, un sistema político indispensable a los fines de reformular la hegemonía burguesa bajo una forma política republicana funcional, aunque con soberanía limitada y renuncia a tener proyecto nacional.

Un sagaz burgués cubano mira el nacimiento de la nación

He analizado dos libros que tienen como asunto la Guerra de Independencia. Los separa un cuarto de siglo, pero también a sus autores los distancia la pertenencia de clase social, el oficio, los papeles que desempeñaron en relación con aquella revolución, los propósitos y los contenidos de sus libros, sus ideologías. Me interesan como muestras de dos tratamientos y dos posiciones cubanas muy diferentes respecto a la cuestión nacional, escritas en dos momentos diversos; pero también en otra dimensión: como testimonios, como hechos individuales. No intento postular que tipifican actitudes de grandes grupos, pero en su singularidad ofrecen materiales muy valiosos para el análisis histórico, desde un tipo de aproximación que está ofreciendo resultados fructíferos.

El primero es un texto publicado en Europa en plena guerra, un año antes del desenlace, *Apuntes sobre la cuestión de Cuba*,¹⁰ escrito por el matancero Eliseo Giberga Galí, un notable abogado y dirigente autonomista que en 1896 salió del país. Me parece un intento muy interesante de adecuar el conservadurismo cubano a una política nueva, nacional; a la vez, es un ejemplo sobresaliente del alcance y los límites del pensamiento de la clase dominante cubana de fines de siglo. No le faltaron antes a los dominantes, textos y argumentos de gran interés; lo que destaco de este libro es su vigoroso esfuerzo por asumir la crisis en formulaciones explicativas y positivas que puedan servir para una nueva política de su clase, a pesar de la amargura que confiesa el autor.¹¹ Giberga no trata de torcer hechos ni de forzar valoraciones, ni hace concesiones a la retórica; con gran agudeza muestra la profundidad de la crisis que sufre el orden que ha estado vigente en la Isla, los cambios que ya se han producido

en las personas y los graves peligros perspectivas que afronta la dominación. Su objetivo aparente es criticar las reformas anunciadas por el gobierno español,¹² por ser totalmente insuficientes, y proponer acciones que consigan dar una salida política a la insurrección satisfactoria para los contendientes.

El libro contiene un análisis muy calificado del proceso social y político de la Isla en las décadas inmediatas, que incluye aspectos económicos; pero su centro es el período de guerra iniciado en 1895. Desarrolla el tema de la formación de una nación en Cuba y sus relaciones con las políticas del colonialismo y con la convivencia de las razas, y de cubanos y españoles. Giberga conjuga la ciencia política y el enfoque psicológico en boga para referirse tanto a las grandes líneas de la materia social como a las cuestiones más concretas que aborda. Y su propuesta es radical. En medio de una guerra total en que España utiliza un inmenso ejército y apela al genocidio mediante la política de «reconcentración», pide a la metrópoli dar paso a una reorganización a fondo del país, que conceda el autogobierno a la colonia y satisfaga gran parte de los objetivos de la revolución, para evitar la pérdida del control de las clases dominantes y una ruptura irremediable del orden social. Parte de que ya España no puede ganar la guerra, y sostiene que conceder uno mismo lo que de todas maneras es inevitable dar, antes de que se lo arrebaten, es ser sagaz. Es muy interesante que los cambios sugeridos por Giberga —que muestra su desconfianza en que todavía sea posible una solución desde la metrópoli—, en caso necesario, podían ser un programa para una República conservadora.¹³

Giberga pinta a lo largo del libro la intensificación del «patriotismo local» en Cuba —un producto colonial esperable, que España no supo asimilar como hace Gran Bretaña con el de Canadá—, hijo de la extrema diversidad entre España y Cuba, que nunca fue contrarrestada por lazos más íntimos que los políticos. Afirma que la lenta acumulación espiritual de la nación cubana se exacerbó a partir de las revoluciones. Le atribuye un papel muy notable en su análisis al desarrollo que han alcanzado, mediante la acción, los sectores populares participantes —a los que identifica como «clases sociales inferiores» y «raza de color» o «los negros»—, el carácter que le están dando a la actual revolución y la influencia que ejercen sobre sectores de las «clases superiores», y sobre las mujeres.¹⁴ No muestra enojo ante esa nueva realidad, más bien añade que es necesario tomar contacto con aquellos que militan dentro de la revolución pero no son irremediablemente separatistas.

Aunque al inicio caracteriza a la población blanca como «una de las razas superiores de la humanidad»,¹⁵ se desentiende enseguida del racismo que caracterizó a

su partido y al ambiente cultural de la dominación. Los burgueses de Cuba fueron muy racistas, actitud enmarcada dentro de las complejas secuelas del sistema moderno de explotación masiva del trabajo de esclavos en una sociedad colonial durante el siglo XIX. El racismo se convirtió así en un rasgo estable de la cultura cubana, compartido por muchos y diversos cubanos, incluida una parte de los independentistas. Esto facilitará la adaptación ideológica de los dominantes nativos a uno de los atributos del mainstream occidental del 1900: el racismo colonial imperialista, basado en las ideas sobre razas superiores y en la «misión civilizadora del hombre blanco». Pero Cuba, país plurirracial, era una posesión colonial devenida neocolonia a través de un proceso en que la identidad nacional y la revolución popular fueron determinantes para el origen del Estado en 1902. Por ello, al adecuarse su clase dominante al racismo «civilizatorio», se subordinó a la ideología colonialista, un retroceso que reducía su capacidad de conducción interna y evidenciaba la debilidad de su régimen para hacer valer cualquier pretensión de ser tenido por algo más que socio menor o mandante; y en momentos de desconfianza o crisis, hasta sus dignatarios podían ser vistos como una suerte de «blancos sucios». Como es sabido, ese menosprecio encona las reacciones del colonizado, que suele buscar legitimación en parecerse aún más al modelo colonial.

La revolución desatada debilitó aquel racismo. Giberga comprende que las «soluciones del problema negro» —tan en boga entre los criollos ilustrados de las dos generaciones anteriores— y el racismo científico ya no podrán primar, y se muestra ante la cuestión como un sociólogo que relaciona razas, clases, acción social y nacionalismo, y atiende a sus construcciones sociales. No hay solo contradicciones entre insulares y peninsulares, dice: «en Cuba están y cubanos son los negros, y con ellos hay que contar para todo, plazca o no plazca a estos o aquellos».¹⁶ Por fortuna, las relaciones en que han vivido blancos y negros no han abierto entre ellos «el hondo abismo que en los países sajones los divide». Solo se distinguen por su raza diversa, ya que la escasa cultura la comparten con «los blancos de las clases inferiores», y desde la emancipación «han hecho progresos superiores a cuanto pudo esperarse», sin recibir ayuda del Estado ni de los cubanos blancos. En la práctica —añade—, se les negó participación en la vida política de los 80; mientras que en la vida social eran mantenidos en inferioridad. La separación entre blancos y negros resultaba entonces mayor que entre cubanos y españoles.

En ese capítulo III, Giberga expone claramente las relaciones entre clases sociales, hegemonía y construcciones raciales. La falta de unidad moral y cohesión social entre los habitantes blancos y negros

de Cuba —afirma—, aunque era «provechosa a una política de dominación», resultó funesta para el país, al impedir «la cooperación común [...] para obras comunes», y la creación de un sistema político eficaz, una «vida política, que en defecto de la social hubiera podido reunirlos».¹⁷ Por eso, ante el hecho cumplido de la revolución victoriosa, Giberga habla claro. La «raza de color» no tiene menos cultura que «numerosas clases sociales» de España y de otros países que tienen sufragio universal, ni fue por aquella razón que se les limitó la participación en la vida pública, ni van a aceptar ya nunca más esa exclusión. Por tanto, la primera razón que brinda al proponer el sufragio universal es que no habrá sistema político si no se satisface y atrae a «la raza de color».¹⁸

Giberga enumera otros factores que debilitaron el sistema hegemónico que había existido sobre las «clases inferiores insulares», y que ahondaron el rechazo al sistema colonial. Cuando en 1895 la revolución retó a la metrópoli, aunque «la crisis de la producción azucarera» afectaba «a cuantos concurrían a ella»,¹⁹ respondieron más a los revolucionarios «los grupos sociales por el régimen imperante perjudicados y descontentos, y sobre todo el que se hallaba en inferior grado y más precaria condición».²⁰

Es fundamental entender los impactos de la insurrección —dice— buscando sus sentidos profundos. Toda gran rebeldía colonial, aunque sea vencida, o es un triunfo porque hubo que darle mucho de lo que exigía, o es un paso hacia la futura emancipación. Y deja tras de sí, además de sus rescoldos, un estado de espíritu favorable a su ideal político. La Guerra de los Diez Años dio a Cuba una historia propia, «y la crónica y la leyenda nacidas de los combates, sacerdotisas fueron». El hecho social fue, sin embargo, que en aquella guerra las clases sociales superiores del este del país condujeron tras de sí a sus clientelas e influyeron mucho, pero carecieron de apoyo y de base social en el occidente de Cuba. Este hizo más resistencia que España a la insurrección, y la guerra escindió la Isla en dos regiones distintas.²¹ Mientras que ahora —aduce—, por su extensión y profundidad, la guerra ha incorporado a muy amplios sectores de toda Cuba, y el trabajo que realiza es incomparablemente superior.

Su análisis de la Invasión y sus consecuencias (cap. xiv) es especialmente brillante. De él tomo solo algunos pasajes. Esta guerra —dice— deteriora las costumbres y las ideas de «las gentes de color y de las clases sociales inferiores», pero la Invasión ha producido dos efectos todavía más trascendentes. El regionalismo, que ha sido tan fuerte en Cuba y no pudo ser superado en la Guerra de los Diez Años, desaparecerá, por la empresa que llevó a los orientales a Pinar del Río, y a los cubanos de

todas las regiones a pelear juntos contra España. El hombre que los dirigió fue Maceo, del que se había llegado a creer que quería separar a Oriente, y también que era un racista; la Invasión lo convirtió en ídolo de la juventud blanca. El segundo efecto es que, bajo la influencia de Maceo, los negros de Occidente se han unido a la insurrección. Esto multiplica a escala nacional y hace más profundos los efectos que tuvo la Guerra de 1868-78 sobre el negro de Oriente,²² que desde entonces es «menos humilde, menos respetuoso de la autoridad del blanco», y ha tenido más aspiraciones políticas. Ahora son los negros de toda Cuba los que están rebelados y haciéndose de una conciencia nueva. «No olvidarán los hombres de color que uno de ellos fue Maceo; y no renunciarán —téngase en cuenta— a cobrar en derechos el precio de su sangre».²³

Las transformaciones de la cultura política y la creación de la nación están en el centro de la atención de Giberga. Trata incluso de «verlas»:

No deben olvidarse los efectos que por su valor plástico acompañan a los hechos sobre ciertas imaginaciones, más sensibles a aquel valor que a toda representación ideal [...] Eran los cubanos que a cubanos se dirigían, los cubanos vistos, presentes, palpables [...] ¡Y qué seducción para la muchedumbre inculta, en pueblo de nuestra raza, la del alarde de esfuerzo y de arrogancia que presenciaron los campesinos occidentales! [...] Donde es simpático el bandolero, ¿no había de serlo el rebelde?.²⁴

Y puede ser profético: «la juventud no llegará mañana a la vida pública desde las aulas, las fincas o los talleres: llegará desde la manigua».²⁵

La gran ausencia de este libro es la variante de la intervención norteamericana. ¿Por qué no trata un tema como ese en un análisis tan serio y abarcador? ¿No quiere darle espacio? No tengo respuesta para ese silencio. La única referencia que encontré fue una nota²⁶ en la que cita fragmentos de la carta de ochentiséis «notables» cubanos al presidente Cleveland, de junio de 1896, que el autor presume falsa, o al menos eso comunica a sus lectores. Pero usa la cita para mostrar que, a causa de la Invasión, los ricos de Cuba comprendieron que la guerra sería larga y que ponía en grave riesgo sus intereses, más importantes para ellos que las ideas y los sentimientos, según Giberga.

¿Cómo pueden coincidir un desarrollo tan sobresaliente de la comprensión de aspectos esenciales del propio país con tan meridiana y categórica incapacidad de actuar en él de manera decisiva, o al menos notable? En medio del evento más trágico y trascendente del siglo, la madurez intelectual alcanzada por la cultura burguesa era incongruente con su actuación política y no le servía para aspirar a convertirse en conductora del protagonismo de las clases populares cubanas.

La madurez intelectual alcanzada por la cultura burguesa era incongruente con su actuación política y no le servía para aspirar a convertirse en conductora del protagonismo de las clases populares cubanas.

Aquel era el momento de otras voces: las que venían de la revolución. La mayoría de sus portadores eran ignorados o muy poco conocidos hasta 1895-1898. Utilizaron también argumentos fundados en análisis políticos, económicos y de ideas, y manejaron las teorías usuales, pero lo principal de su mensaje estuvo en el contenido de órdenes, leyes, manifiestos, himnos, acuerdos y arengas. Ellos renombraron al país y designaron con nuevos nombres a las instituciones civiles y militares que crearon, a sus militantes y a la población a su alcance,²⁷ y se apoderaron de facultades que habían estado en manos de una pequeña élite. «El año terrible» le llamó la historiografía tradicional cubana a 1871. Pero el adolescente negro José Isabel Herrera (Mangoché) —mambí que reaparece en la historia 50 años después, convertido en historiador autodidacta— informa que «el año terrible» de esta guerra fue 1897, y aclara que el autor del bautizo ha sido el barbero de su regimiento «Calixto García», «diezmado por la fiebre, la viruela y el soldado».²⁸

El conocimiento de la historia cubana de este período está recibiendo un gran impulso en cuanto a contenido, temas y métodos, y en obras que se han venido publicando o están en trance de serlo. Me permito pasar a comentar una obra valiosísima aparecida un cuarto de siglo después del libro de Giberga, que muestra, prácticamente en todo, las huellas de la nueva época histórica abierta por la Guerra del 95 y los rasgos y avatares de la primera República cubana.

Yo escribiré vuestra historia, a vosotros toca defenderla

Ese lema escogió Francisco Moreno para colocar sobre su retrato en óvalo, en la portadilla de su *Historial patriótico de los hijos de Mayajigua*.²⁹ Mulato oscuro, de edad mediana, bigote poblado; atildado en la foto. Lo poco que sé de él es lo que va diciendo de sí. Ha publicado tres memorias: *Relato de un veterano*, *Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución* y una ponencia al Congreso Espiritista celebrado en La Habana el 31 de marzo de 1920. Evidencia, por tanto, cierto entrenamiento intelectual. Nació en Mayajigua, el barrio más oriental y más grande del municipio de Yaguajay; la cabecera está

a 24 kilómetros de la del Término, sobre el antiguo camino real de Puerto Príncipe a Remedios. Su padre es un propietario rural; Moreno lo ayuda en las labores agrícolas y adquiere alguna escolaridad. En 1895, posee una mina de asfalto y la finca «Veguitas»; tiene al parecer una posición desahogada. Participa desde temprano en la conspiración, y se une a Pío Cervantes³⁰ al inicio del alzamiento. Lo envían como confidente entre los pueblos de la zona y los jefes alzados. Cumple una misión en Matanzas y La Habana, y al regreso se une al brigadier Rafael Castillo. Pide pasar como Secretario a la Prefectura de Cacarratas, cuyo Prefecto fue el capitán Gerónimo Cervantes, y allí sirve toda la guerra. Sus padres y sus cinco hermanas se fueron también al campo de la revolución; una de ellas falleció allí. Los colonialistas les quemaron sus viviendas. De su vida en la República solo sé que al publicar el libro reside en El Baño, Mayajigua, donde tiene el Centro de Estudios Psicológicos «Propagadores de la luz».

De entrada llama la atención un rasgo en la obra de Francisco Moreno: el rigor con que persigue su objetivo y cumple con las normas que se ha impuesto. Se muestra sereno respecto a su circunstancia, sin desesperanza ni optimismo vacío. Obviamente tiene una fuerte posición cívica, crítica, de la situación presente³¹ y proclama la necesidad del patriotismo activo. Desde el inicio, fija la motivación de su trabajo histórico: servir de sostén contra el «desvío en la senda patriótica [...] Sea esta ofrenda el más valioso tesoro, no lo dejéis arrebatarse, ni llegue a entregar la llave a ingerencia [sic] extraña, porque aprovechando oportunidades, tal vez vuestra obra immaculada será mancillada».³² La Historia tiene, pues, una tarea política y moral que cumplir. En otros lugares del texto reaparecerá esa idea central, que no cree necesitar de argumentos para defenderse. Moreno es uno de los que estiman que la Historia es un arma en las mentes de su comunidad, un enlace con la dimensión más amplia y trascendente de la patria, una acción de las personas sobre los tiempos: tomar posesión de la memoria de sus propios hechos, para guiarse y utilizar valores superiores frente al presente, y encontrar el rumbo del futuro. Claro que la Historia es una actividad específica, no confundible con otras, como la poesía o las fábulas; por tanto, debe atenerse a la búsqueda de la verdad y al establecimiento de los hechos.

Moreno es un firme partidario de la historia local y de su papel como base imprescindible de una Historia general. Son muy interesantes sus opiniones acerca de la necesidad de publicar la información civil de la Revolución del 95, en el camino hacia una historia general de ella, y lo que atañe a la información que ha manejado y conserva. Su objetivo en esta obra es «dar una pequeña idea de la administración interior del Gobierno, durante nuestra guerra de independencia [...] en medio de aquella agitación vertiginosa». ³³ Sobre los relatos históricos locales, dice que desde hace mucho tiempo se trabaja por lograrlos, pero se queja de que no se han nombrado «comisiones gestoras minuciosamente locales [...] que investiguen los hechos para que de estos surja el fin que persiguen». En consecuencia, no hay «Historia General, sino con más o menos datos parciales, mencionando los hechos ya conocidos». ³⁴ Su obra trata de constituir un aporte en la dirección que defiende.

El libro comienza por un pequeño capítulo acerca de la Guerra del 68. La narración del historiador se limita a un sobrio relato casi sin adjetivos que ofrece el conocimiento de los hechos. Cuenta el inicio de la insurrección en Mayajigua, identifica por sus nombres y algunos datos a más de cincuenta participantes, entre alzados y deportados, y a otros cincuenta y tres que fueron muertos por la represión. En esta narración, el joven héroe Modesto Pérez no mató al sargento ni a un soldado —como aseguraba la tradición oral cuando yo era niño— antes de caer cosido a bayonetazos dentro del cuartel español: en realidad se le dobló el cuchillo en el intento. Igual es un héroe, aunque sea colgado su cadáver en la plaza. Enumera las dos tomas de Mayajigua y algunos otros combates, y hasta los nombres de los batallones españoles que actuaron. Relaciona cinco veteranos sobrevivientes y diez ya fallecidos, y nombra a veintitrés descendientes directos.

Después de establecer aquel antecedente histórico, la obra se ocupa de la afirmación de la leyenda. En el período que siguió a la Guerra Chiquita, «el pueblo» se reunía, en las noches, en El Baño, la finca arrendada por el veterano teniente coronel Secundino Oquendo; a las Juntas de Campesinos y Cobija invitaban a un vecino que combatió en Camagüey. ³⁵ Allí se contaban los episodios de la guerra y se entonaban sus canciones. «Se encontraba el pueblo impregnado de espíritu de libertad». Menciona más veteranos, un poeta popular, y a otro «que hacía una propaganda continuada ambulante [...] Y celebraban fiestas a menudo, los veteranos [...] ¡Cuántos ratos agradables pasé!». La fiesta, como se sabe, es también un instrumento en la vida de las comunidades, para fines diversos; organizarlas bien es, además, una fuente de prestigio. Moreno alude a su concientización y primeras actividades cívicas. ³⁶

Ahora vienen hasta Los Baños de Mayajigua los antiguos mambises Francisco Carrillo y Pedro Díaz —ambos eran colonos que cultivaban caña para el ingenio Jinaguayabo, según Moreno—; «corría la noticia de boca en boca, siendo recibidos como nuevos redentores o renovadores». Los jóvenes como él logran leer algunos periódicos, ³⁷ dan fiestas y, en 1893, organizan la Asociación Privada «Hermanos de la fe»; muchos de sus directivos y miembros se fueron después a la guerra. Obviamente, era una sociedad de negros y mulatos, porque se ligan «al Directorio Central, del que era presidente Juan Gualberto Gómez, el que era un verdadero foco de propaganda de Libertad, siendo enviado de Yaguajay como representante al Directorio el Comandante José Manuel Delgado». ³⁸ En Yaguajay hacía lo mismo la sociedad San Francisco de Asís, que presidía Benito González, adscrita también al Directorio.

La conspiración continúa, reciben a otros activistas —y también periódicos del extranjero—, se relacionan con jóvenes que se destacan en Jatibonico y Sancti Spíritus y organizan excursiones de propaganda por las sitierías y pueblos en un radio que llega hasta Punta Alegre, en la costa de Morón.

Teníamos organizado un coro de Damas, las que entonaban cantos apropiados, entre ellas la que fue herida por las fuerzas españolas en las altivas montañas de Mayajigua, en un brazo y costado, Concepción López de Varona. La totalidad de todas aquellas gentiles hijas de Cubanacán fueron a ocupar sus puestos de honor al toque del clarín. ³⁹

La señora Victoria Ortiz —dice— sirvió de emisaria entre Juan Gualberto Gómez y Carrillo y Pedro Díaz. En abril de 1895 comenzó la guerra en la región.

He descrito con amplitud esta primera parte por los datos que aporta y para dar una idea de la obra, ya que no puedo exponer aquí ampliamente su contenido, lleno de informaciones sumamente valiosas. Después de presentar las disposiciones legales que regían el sistema de prefecturas, Moreno expone un informe detallado de datos de la Prefectura de Cacarratas en 1897, incluidos los del registro civil que se llevaba. Está inscrita una población total de 2 612 personas, que forman 384 familias, repartidas en las cinco subprefecturas. Son 423 hombres, 608 mujeres, 743 niños y 838 niñas. Ha habido cincuenta y una defunciones y setenta y siete nacimientos, diecinueve casamientos y un divorcio! ⁴⁰ Ofrece otros datos de la situación y de las tareas que llevaba a cabo el Orden Civil, que así se le llamaba durante la revolución. A continuación relaciona los servicios militares prestados por la prefectura en 1896 y 1897, y algunas de sus circulares. Y hace un breve recuento de actividades militares sucedidas en la zona.

Moreno presenta una Relación de los ciudadanos que han contribuido a la santa causa de la libertad, tanto en el orden civil

como militar y confidencial, nativos, residentes en el barrio, con expresión de su prole y punto de residencia. La relación nombra a 266 participantes en la revolución, que están vivos al escribir el libro, y ofrece algunos datos de 1895-1898 y de ese momento, sobre cada uno de ellos. Ciento seis varones son antiguos combatientes de la 1ª División del 4º Cuerpo; cuarenta y nueve mujeres son «veteranas», un concepto que parece agrupar a las que fueron activas en tareas de la guerra; ochenta y seis son varones activistas de la rama civil de la revolución, con expresión de lo que hacían; veintiuna son mujeres que prestaron servicios civiles; y cuatro son confidentes destacados en zonas urbanas. Moreno brinda los nombres de los cónyuges y los hijos de cada uno de los descritos, o aclara si viven solos. Esta parte ocupa la mitad del libro.

La Relación... ayuda también a arrojar más luz, desde la microhistoria, sobre esa fuente monumental que es el Índice, de Roloff. El número 26 598, que ingresó el 20 de mayo de 1895, resulta ser, en el libro de Moreno,

Pío Genetal Genetal, de 90 años de edad, natural de África; durante la Guerra de los Diez Años operó en la jurisdicción de Holguín con Calixto García. En esta de Independencia salió en los primeros momentos con el Cdte. Pío Cervantes y el Brigadier Joaquín Castillo [...] Se vio en los combates de Platero, Yigre y demás sostenidos por las fuerzas a que pertenecía, pues jamás se desviaba de ella.

Este antiguo esclavo, que tanto luchó, ¡terminó de soldado!⁴¹ José Dolores Álvarez, conocido por «Rojas», a los 14 años le quitó el fusil a un soldado en Yaguajay y se unió a Pedro Díaz; Moreno menciona treinta y ocho combates en los que participó, con Díaz, B. Guerra, González Planas y B. Alonso.⁴² Eulogio Carvajal Rodríguez, de Palma Soriano, se unió el 4 de mayo de 1895 a Bartolomé Masó; fue invasor, herido en el pecho en Iguará, y otra vez en Aguada de Pasajeros, en 1897; (jefe, General Pedro Díaz). Moreno menciona otros combates en los que estuvo.⁴³ José Jova era casi un niño cuando se alzó, al comenzar la guerra; estuvo en diversos combates. Se casó con una veterana.⁴⁴ Pedro Damián Brocat, de Baracoa, hijo de Catalina, se alzó con Félix Ruenes, vino a Las Villas con el General Quintín Bandera y terminó en el Regimiento Remedios. Moreno menciona diversos combates en que estuvo.⁴⁵ El cabo Domingo Martínez Martínez, entonces Secretario de la Delegación de Veteranos, sirvió en el Regimiento Martí, y fue herido; se le menciona en varios combates. Pero no aparece en el Índice.⁴⁶ Tampoco aparecen el sargento Ángel González Camejo, que se inició con su padre en la Guerra de los Diez Años, y en el 95 sirvió en la Artillería, con el Coronel Estrampes; ni el cabo Benito Pérez Soto, que peleó en la 3ª compañía del Remedios; ni los soldados Guillermo García Martínez, Miguel Bravo y Martín Jiménez, del

Martí; José Mesa, del Platero, o Emilio Delgado, del Remedios.

Entre otros aspectos de interés, señalo solo uno. Varios de los mambises que dieron los nombres de padre y madre para el Índice, veinte años después solo aparecen con el nombre de la madre en la relación de Moreno, un autor sumamente cuidadoso en anotar familiares. Solo encontré uno que «ganó» el padre en la obra de Moreno. Esto sugiere que durante la República hubo un retroceso en la audacia respecto a la filiación que, muy probablemente, provocó la revolución.

La obra incluye una breve información acerca de la organización veteranista formada en la zona: «al concluirse la Contienda lo primero que hicieron fue el formar una Asociación, hoy Delegación, [...] en el año 1899, antes de estar formada la Asociación Nacional de Veteranos en La Habana».⁴⁷ Explica cómo ha actuado el movimiento en diferentes momentos, y la importancia que atribuye a difundir «la instrucción tanto moral como cívica».⁴⁸ Da cuenta de la existencia de una Comisión Femenina de Veteranas, y de las fiestas patrióticas que organiza junto a la Delegación. Celebra la formación patriótica que imparten a niños y adultos los maestros de instrucción pública del Barrio, y brinda los nombres de diecisiete de ellos. Por último, rinde tributo a Martí y al general González Planas, y «a los ciudadanos muertos en los campos de Mayajigua», y se refiere a un próximo enterramiento solemne —en el Panteón de los caídos de Yaguajay—, de los restos de siete combatientes que permanecían en el campo.

En todo el libro no existe ninguna mención a razas ni a nada derivado de ellas, ni siquiera cuando se refiere al Directorio Central, pues no completa su nombre «de sociedades de color». Se trata de un silencio impresionante, porque el autor y gran parte de los mencionados son negros o mulatos. Puede traslucir el orgullo por la participación de la raza «de color» en la revolución, implícito en lo que se narra de Pedro Díaz, José González Planas, Manuel Delgado y Basilio Guerra, y en el juicio sobre Juan Gualberto Gómez y el papel de las sociedades «de color» en la preparación de la Guerra del 95.⁴⁹ Pero no hay nada que aluda, ni siquiera de pasada, a una misión cívica específica de los no blancos en la República, y la lucha cívica que sí plantea es una lucha de todos, indistintamente. No existe ninguna razón para suponerle aviesas intenciones al silencio de Moreno. Ese silencio constituye un llamado a seguir profundizando en la comprensión de la construcción cultural de lo racial en la primera República y sus relaciones con la hegemonía y con los complejos ideológicos. Entiendo que es necesario precisar más las permanencias y cambios en la cuestión racial en el curso del período de 1899 a la Revolución del 30, y practicar

también aproximaciones a esta desde otros aspectos de las realidades sociales, tanto materiales como ideales.

Las mujeres andan, con gran naturalidad, por todas partes en el libro de Moreno. Son conspiradoras, esposas, veteranas, miembros de las organizaciones revolucionarias, maestras, ciudadanas. Moreno destaca mucho el trabajo de instituciones femeninas como la Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución, y fija las actitudes individuales.⁵⁰ No alaba la maternidad, ni los estereotipos de época: hermanas, esposas e hijas abnegadas, y otros «atributos femeninos». El único giro rebuscado del texto, las «gentiles hijas de Cubanacán», se resuelve en la misma oración: todas «fueron a ocupar sus puestos» en la guerra. En el libro de Giberga, la única mención política a «la mujer» se refería a una abstracción, al decir que fueron las más influidas por los atractivos del éxito de la insurrección. En concreto habla de mujeres de clase media, «lindos labios» que lo critican.⁵¹

La prueba tremenda de la guerra unió en su remolino a muchos miles de personas de ambos sexos de las clases populares, y a numerosos individuos de otras clases que eligieron correr la misma suerte; en sus situaciones límite y su vida cotidiana, hombres y mujeres se aproximaron y valoraron mutuamente, como no podía lograrlo ningún largo período «normal». Qué huellas quedaron de esos impactos, qué nuevas combinaciones de cambios y permanencias se establecieron, son algunas de las preguntas para los temas de género y familia en la primera República. El Historial patriótico... es una fuente valiosa para esa búsqueda.

Moreno no hace ninguna valoración general del transcurso, ni del alcance o los límites de la Revolución del 95. Quizás se abstuvo de hacer los comentarios que eran tan usuales en las memorias de guerra de la época, por considerarlo su deber de historiador. Pero es obvio su criterio de que aquel evento marcó como ninguno las vidas de las personas que lo vivieron; también es obvio que le atribuye una importancia trascendental para la existencia de la República, y para guiar los valores patrióticos y los sentimientos nacionalistas. Sería muy interesante comparar —en lo posible— su discurso con los de los relatos de Ricardo Batrell y Mangoché, aunque estos sean de otro género, y muy distante en el tiempo el segundo. Francisco Moreno no trae un anecdotario ni una narración en primera persona, aunque haya trazos de ambos en algunos pasajes de su libro, sino un relato histórico. Y desde su punto de partida, ha hecho un trabajo historiográfico.

Casi hasta la fecha en que Giberga escribió su libro, eran los doctores, herederos culturales de los patricios, los que dominaban la escritura acerca de la nación y de sus factores y problemas, a pesar del reto popular que

les habían lanzado la Revolución del 68, y la producción radical de pensamiento de las dos últimas décadas. La Revolución del 95 fue la conmoción extraintelectual que cambió al país y desquició aquel predominio. El libro de Giberga es un fruto de la violencia ejercida por la crisis revolucionaria sobre el pensamiento. Veinticinco años después, Francisco Moreno trae en su libro los frutos de la gran revolución que dio paso a la creación de nuevas realidades, a pesar de todos los recortes del proyecto radical y de la reformulación de la hegemonía de la dominación viabilizada por la primera República. Moreno puede mostrar entonces, como en un corte transversal, la vida en la guerra de las clases humildes que la pelearon; y a la vez reivindicar una determinada —y no cualquiera— memoria histórica de ella.

Antes de terminar, me vuelvo una vez más a mis vivencias primeras. Dice un día mi padre, eterno miembro directivo de la Sociedad de Instrucción y Recreo «El Progreso», en su voz baja casi cariñosa: «No lo olvides, los negros hicimos la independencia de Cuba». Bien, se pregunta el muchacho, pero ¿qué quiere decir eso de «los negros»? Poco tiempo después, en el parque Coronel Leoncio Vidal, de Santa Clara, segregado por razas, nos paseamos del brazo unos muchachos de todos los colores, que decimos: «Nosotros somos transparentes». Bien, pregunta un muchacho que me escucha hoy, pero ¿qué quiere decir eso de «transparentes»?

Notas

1. La primera versión de este trabajo fue expuesta en el Taller Sociedad, cultura y vida cotidiana en Cuba, 1878-1917, organizado por el Centro Juan Marinello de La Habana (donde se celebró, entre el 19 y el 21 de junio de 2000), la Universidad de Michigan, su Latin American and Caribbean Studies Program y el Cuban Regional Archives Project. Expusieron también otros ponentes de Alemania, Cuba, los Estados Unidos y Francia.

2. Yaguajay, al extremo nordeste de la provincia de Santa Clara, una llanura costera que se va ampliando al este, con bosque firme y montaña. El pueblo fue fundado en 1847, al ser abierta la zona a la producción azucarera con esclavos, culies chinos y asalariados; en 1861 tenía 108 habitantes, y 30 años después, más de mil. Municipio desde el Primero de enero de 1879. Su central Narcisca (80 000 sacos antes de la guerra) es muy buen ejemplo del proceso capitalista de la época. La Guía Geográfica y Administrativa de la Isla de Cuba, de Pedro J. Imberón, informa de diez ingenios, y de un ferrocarril que va a un embarcadero en el municipio (E. T. La Lucha, 1891, p. 292).

3. Desde el alzamiento del propietario Luis Miguel de Rojas y la toma de Mayajigua, en 1869, hasta el fin de la guerra, se combatió en la región; numerosas unidades españolas actuaron en la guerra y la represión. Durante parte de la contienda, el Distrito de Yaguajay perteneció a la División del Centro. Hubo actividad durante la Guerra Chiquita. Francisco Carrillo y Pedro Díaz animaron a los

conspiradores para la nueva guerra. En abril de 1895, Pedro Díaz, Pío Cervantes y Joaquín Castillo encabezaron los alzamientos. Basilio Guerra se alzó en junio. Díaz y Guerra se fueron en la Invasión. Gran número de vecinos lucharon en la Brigada de Remedios, dirigida por el General José González Planas, que libró numerosos combates, la operación hacia Sagua y la toma de Arroyo Blanco. Otros sirvieron en el Regimiento Martí, Brigada de Sancti Spiritus. Muchos de los pobladores vivieron en el campo como ciudadanos de la República en Armas. Máximo Gómez operó a veces en la zona o utilizó fuerzas de allí; acampó en Narcisa y Boffil desde el 29 de agosto de 1898 hasta el 2 de enero de 1899.

4. Véase Fernando Martínez Heredia, «Nacionalizando la nación. La reformulación de la hegemonía en la segunda república cubana». Anuario del Centro Juan Marinello, n. 1, La Habana, 2000.

5. El orden republicano proveniente de la Intervención de 1899-1902 y de la Revolución del 95 fue tan alterado por las consecuencias de su crisis y de las acciones colectivas que llamamos Revolución del 30 (1930-1935), que el régimen reformulado después de esta dio lugar a una segunda República. Califico a ambas de burguesa neocolonial para denotar dos rasgos comunes principales de su continuidad.

6. «Ningún país puede ser gobernado pacíficamente mucho tiempo por una clase que no sea dueña de los medios de producción, aunque la presencia de la esclavitud como contradicción principal mantenga a los unos y a los otros inmóviles frente al peligro común. En la historia de ningún país ha sido más evidente la lucha de clases que en el nuestro; solo una historia adocenada, escrita para latifundistas satisfechos, ha podido ocultar verdades tan palpables». Juan Pérez de la Riva, Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón, 1834-1836, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1963, p. 95.

7. Mi opinión, en general, sobre esto, en «Nación y sociedad en Cuba», Contracorriente, n. 2, La Habana, octubre-diciembre de 1995.

8. Fernando Martínez Heredia, «Ricardo Batrell empuña la pluma», Espacios, silencios y los sentidos de la libertad: Cuba 1878-1912, Ediciones UNION, La Habana, en proceso editorial.

9. «La revolución pospuesta», de Ramón de Armas, fue un trabajo historiográfico pionero muy notable en el análisis de este tema (Pensamiento Crítico, n. 49-50, La Habana, febrero-marzo de 1971, pp. 7-118)

10. Lo firmó «Un autonomista». Sin datos editoriales, 268 pp. Fue fechado el 9 de abril de 1897; el autor añadió un breve post scriptum el 10 de junio. Debe haberse publicado poco después. Giberga comenta que la edición es de carácter privado y de pocos ejemplares. Fue reproducido en Eliseo Giberga, Obras, Rambla, Bouza y Cia., La Habana, 1931, t. 3.

11. No interesan, al uso que hago de su texto, las motivaciones personales o de grupo de Giberga, ni pretendo evaluar su actuación. Por otra parte, en el pensamiento del campo opuesto se había ido mucho más lejos desde hacía años. Un ejemplo es Juan Gualberto Gómez, «La cuestión de Cuba en 1884», [Madrid, 1885], en Por Cuba Libre. Selección y prólogo de Emilio Roig de Leuchsenring (1954); 2° ed. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 173-242.

12. Proyecto de ampliación de la Ley Abarzuza (4 de febrero de 1897) y Real Decreto de aplicación del proyecto a las cuatro provincias occidentales de Cuba (29 de abril), supuestamente pacificadas.

13. Lo que no significa que el autor considerara apropiada esa solución: «no es una república independiente el mejor gobierno que pueda tener Cuba [...] la profunda revolución social que ha de seguir a la emancipación, si ocurre ahora, y la revolución política que habría de arrancar de cuajo las bases seculares de la sociedad y de su gobierno y remover todo principio tradicional y conservador, ¿no han de traer consigo grandes peligros?». Eliseo Giberga, ob. cit., t. 4, pp. 57-8 (citado en Ramón de Armas, ob. cit., pp. 71-2).

14. Eliseo Giberga, ob. cit., pp. 154 y 163-4.

15. *Ibidem*, p. 1. Casi al final utilizará una descripción diferente: «de sangre española» (p. 264).

16. *Ibidem*, p. 23.

17. *Ibidem*, pp. 23-7. El subrayado es mío, FMH.

18. «Y hay que atraer, además, a los negros y confundirlos con los blancos en el seno de los partidos políticos para evitar el peligro [...] de una organización separada y una acción propia y distinta de la población de color de Cuba» (*Ibidem*, pp. 229-30).

19. *Ibidem*, p. 30.

20. *Ibidem*, p. 31.

21. *Ibidem*, p. 149.

22. «[D]iez años los mantuvo en la independencia de los montes y las sierras y en igualdad con los blancos, en el seno de una democracia castrense» (*Ibidem*, p. 24).

23. *Ibidem*, p. 156.

24. *Ibidem*, pp. 150-1.

25. *Ibidem*, p. 236.

26. *Ibidem*, nota 51, pp. 255-6.

27. El territorio fue nominado, desde República de Cuba hasta las Subprefecturas. Mambi se convirtió en una palabra de uso general y significados amplísimos; ciudadano fue el apelativo legal, y a veces coloquial, del combatiente y del poblador activo de las zonas liberadas o en disputa, y la expresión de sus deberes y derechos. Cuba Libre designaba los espacios, poderes e instituciones. Unos noventa regimientos llevaron nombres geográficos, de jefes y de mártires.

28. «[A]ño terrible, como lo bautizara nuestro barbero, Dionisio Pedroso, que decía: ¡Coronel, esto es terrible!, de donde tomó el nombre el año 1897 de Año Terrible», José Isabel Herrera, Impresiones de la Guerra de Independencia, s/e, La Habana, 1948, pp. 51-2.

29. Francisco Moreno, Historial patriótico de los hijos de Mayajigua. El libro lleva como subtítulo Residentes, Circunvecinos, Relacionados con la Prefectura de Cacarratas, Asociación de Mujeres Protectoras de la Revolución, Colegio de Cuba Libre «Martí», teniendo como apéndice la Constitución de nuestro Gobierno Provisional de Cuba Libre, 108 pp. Incluye diez fotografías. Su plan consta de tres partes; anuncia que la tercera aparecerá en un segundo volumen. El libro no tiene datos editoriales, aunque obviamente proviene de una imprenta; por algunos detalles puede afirmarse que salió en los primeros años de la década de los 20. Ante todo quiero aclarar que me faltan demasiados datos y análisis referente al material y, sobre todo, otros que lo contextualicen o contrasten, por lo que solo me permito hacer esta presentación como una materia intermedia respecto al trabajo concreto en que finalmente se inscribirá. He realizado una gran cantidad de comprobaciones de los datos sobre aproximadamente la mitad de los combatientes que informa Moreno, en el Índice Alfabético y Defunciones..., ob. cit. Como explicaré, este

Fernando Martínez Heredia

suele corroborar los datos de Moreno que, por su carácter, amplían la información, son alternativos o rectifican al Índice. También Moreno informa sobre combatientes omitidos por el Índice.

30. Pío Cervantes Bravo (1853-1895), de Arroyo Blanco y veterano del 68, fue uno de los líderes iniciadores de la guerra en la región. Reconocido comandante por Serafín Sánchez y Carlos Roloff en julio, murió en combate el 26 de noviembre. El Índice de Roloff agrega «quedando su cadáver en poder del enemigo» (Índice Alfabético y Defunciones del Ejército Libertador de Cuba. Datos compilados por Carlos Roloff y Gerardo Forrest, Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1901, p. 50); pero Moreno informa que lo recogieron el cabo José Pérez («Rancaño») y el soldado Amado Escobar («Ortiz»), ambos de Mayajigua; que Máximo Gómez los ascendió al grado inmediato, y les habló así a todas las fuerzas formadas: «Que no debía llorarse la muerte de los héroes que caen en el campo luchando por el acariciado ideal, que procuremos tener más bríos para vengar la muerte de tan digno y valiente Jefe». (Ibidem, p. 34)

31. «Donde todo debía ser paz y armonía en vez de inquina y odio», Francisco Moreno, ob. cit., p. 12.

32. Ibidem, p. 2

33. «Los datos que doy son auténticos, pues aún conservo parte de los originales...» Anuncia que más adelante publicará la memoria La Prefectura de Cacarratas, «donde se verá el funcionamiento práctico detallado del servicio que tenía que prestar el Cuerpo Civil...», ibídem, pp. 12-3.

34. Ibidem, p. 3.

35. «[E]l ha poco fallecido Sargento Pablo Torres Rosado», de la infantería villareña de Máximo Gómez. Contaba combates como Palo Seco y Las Guásimas, «y su vida errante por las montañas, acosado día y noche por los hijos de la metrópoli y nativos; y entonaba lleno de vigor y estimulación patriótica, cantos de aquella época...», Ibidem, p. 7, y ss.

36. «Y me decía: ¿me tocará algún día poder ayudar a una obra tan grande y majestuosa como es la libertad de mi patria, y contar episodios cual estos ciudadanos? [...] Entendí que enseñando al que no sabía, era prepararlo para un caso dado a contribuir a la magna obra de la libertad, yendo niños y mozalbetes de ambos sexos a las reuniones instructivas familiares que daba en la finca de mi padre». Ibidem, p. 8.

37. «[Q]ue con mucha dificultad llegaban a nuestras manos, pues Mayajigua era entonces un pueblo incomunicado». Ibidem.

38. Ibidem, pp. 7-8. Quizás por orgullo, Moreno es aquí anacrónico: el joven Delgado se irá a la guerra en 1895 y llegará a Comandante. Después, orador, primer juez municipal electo y líder del grupo miguellista en Yaguajay, Consejero provincial en 1902, representante a la Cámara y dirigente liberal. Fue Secretario de Agricultura al inicio del machadato. Es muy interesante, sin embargo, que Moreno no le llame «general» a Delgado (un grado de 1906), como era usual llamarle a él y otros alzados de 1906 y 1917.

39. Ibidem, p. 9.

40. Ibidem, pp. 20-3.

41. Índice..., p. 370. Sus apellidos aparecen «Gineta». Moreno agrega que es soltero y no tiene prole; vive al abrigo del sargento Nicasio Salgado (F. Moreno, ob. cit., p. 48).

42. El 57 146 es simplemente el cabo José Rojas, que ingresó el 3 de octubre de 1895 (Ibidem, p. 810).

43. En el Índice... es el 13 875, con el mismo nombre, pero con fecha de ingreso 15 de mayo de 1897, soldado, Regimiento de Infantería Remedios, (Ibidem, p. 184). Moreno también dice que terminó en el Remedios; agrega que solo tiene 42 años y vive en Mayajigua con su esposa y cinco hijos.

44. El soldado Jova es el 31 675, hijo de Caridad, que ingresó el 21 de abril de 1895 (Índice..., ob. cit., p. 452). En Moreno, pp. 42-43.

45. El soldado Broscá, 8 188, hijo de Juan y Catalina, ingresó el 15 de mayo de 1895 (Índice..., ob. cit., p. 109). Moreno informa que tiene 44 años, es soltero y vive en El Baño.

46. Es improbable que sea el 40 629, cabo Santos Martínez Agramonte, hijo de Dolores y Juana, que ingresó el 1 de junio de 1895 (Índice p. 578). Moreno informa también que los padres de Domingo son Rosalío y Juana, que sirvieron durante la guerra en el orden civil (F. Moreno, ob. cit., pp. 44-5).

47. Ibidem, p. 83.

48. «[N]o pasa una fecha histórica que no se le rinda su tributo merecido». Ibidem.

49. Aunque también elogia mucho a Pío Cervantes y Joaquín Castillo, y son favorables sus menciones a Francisco Carrillo, libertadores de piel blanca. Es sugerente que, aunque publica su foto, no mencione nunca al General José Miguel Gómez, jefe de la 1ª División de Las Villas, que sería enseguida Gobernador de la provincia y después una de las figuras cimera de la política de la época y presidente de la República en 1909-1913.

50. Casi siempre identifica a la mujer que menciona por lo que hizo durante la guerra. Elogia sus trabajos y actitudes, o pinta un carácter: «la veterana Benisia Moreno, que por su arrojo y valor le decían la capitana» (Ibidem, p. 63).

51. A los que Giberga escucha «con la indulgencia que ha de tener siempre un caballero para las expansiones femeninas» (Ibidem, p. 154).

© ~~TRINIDAD~~, 2001.

Los orígenes del trotskismo en Cuba

Rafael Soler Martínez

Profesor. Universidad de Oriente.

El trotskismo en Cuba tiene los antecedentes directos de sus orígenes en la existencia de una corriente discrepante dentro del Partido Comunista, que surgió en 1931, y en su desarrollo muy pronto recibió la influencia de la oposición de Izquierda Internacional.¹

A finales de 1930 se inició un reajuste de la línea estratégica y táctica del Partido Comunista de Cuba (PC), sobre la base de los acuerdos del XII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y de las orientaciones recibidas de su Buró del Caribe. Tal reorientación apuntaba a ampliar el radio de acción del Partido a todo el país, orientar su trabajo hacia los sectores más importantes de la clase obrera (especialmente el azucarero), el campesinado y la pequeña burguesía, y a corregir los errores de sectarismo; además, redefinía su concepción sobre el carácter de la revolución, hasta esos momentos calificada como proletaria y que ahora era denominada agraria y antimperialista.

Estando este trabajo en proceso de edición, recibimos la lamentable noticia del fallecimiento de su autor. Sirva su publicación como homenaje al desaparecido investigador santiaguero.

Sin embargo, el joven e inmaduro PC no podía sustraerse de la corriente sectaria de clase contra clase que dominaba en el movimiento comunista internacional por aquellos tiempos.² Desde 1931 comenzaron a manifestarse muestras de discrepancias con la línea del PC por parte de algunos militantes que ocupaban responsabilidades de dirección en sus organizaciones colaterales, fundamentalmente el Ala Izquierda Estudiantil (AIE) y Defensa Obrera Internacional (DOI). Al mismo tiempo, a mediados de ese año, aparecían signos de oposición a la línea sindical del PC en el seno de la Federación Obrera de La Habana (FOH).³

Durante todo el año 1931 y los primeros meses de 1932, la corriente de oposición, que solo se presentaba inicialmente como contraria a la línea del PC en cuestiones de táctica y organización, se fue ampliando y dando nuevas señales de vida. El arribo a Cuba de Sandalio Junco y Juan Ramón Breá la puso en contacto directo con el trotskismo internacional; Sandalio Junco era un dirigente del PC que desde las filas sindicales había participado en la lucha contra Machado y actuado, desde los primeros meses de 1928, junto a Julio Antonio

Mella y otros exiliados cubanos en las actividades revolucionarias en México. Al año siguiente asistió a la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, realizada en Buenos Aires, Argentina, en representación del PC cubano, y a la Primera Conferencia Sindical Latinoamericana de Montevideo, Uruguay, representando a la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC). A inicios de 1930 viajó a la URSS, donde trabajó en la Internacional Sindical Roja (ISR) junto a Rubén Martínez Villena, con quien asistió al Congreso de esa organización, a fines de agosto de 1930, y participó en la Segunda Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina en los primeros días de septiembre de ese mismo año.⁴

En la Unión Soviética entró en contacto con las ideas trotskistas, bajo la influencia del español Andrés Nin, quien había sido dirigente de la ISR, se había vinculado con la oposición de izquierda rusa, y más tarde sería uno de los principales dirigentes del movimiento trotskista en España y una de las figuras más destacadas del trotskismo internacional. De esta forma, cuando en los primeros meses de 1932 Sandalio Junco regresa a Cuba, lo hace como un trotskista convencido.⁵

Por su parte, Juan Ramón Breá había estado vinculado al movimiento estudiantil desde 1929 junto a Raúl Roa y, bajo la orientación de Rubén Martínez Villena, participó en las luchas contra la dictadura machadista. Posteriormente viajó a Francia y a España y en ambos países hizo contactos con los trotskistas europeos, en particular con Andrés Nin, dirigente de la Oposición de Izquierda Internacional y de la Oposición Comunista española. Desde España, Breá envió literatura trotskista a Cuba, y al regresar al país, en 1932, ya era un seguidor de las ideas de Trotsky.⁶

Ambos se vincularon inmediatamente a los elementos descontentos con la línea del PC, y contribuyeron a que el movimiento trotskista cubano tomara fisonomía como tal. El trotskismo en la Isla da sus primeros pasos organizativos con la creación de la Oposición Comunista de Cuba, que surge en agosto de 1932 como una fracción organizada dentro del PC.⁷ La Oposición Comunista no se constituyó como un nuevo partido, sino como una fracción dentro del PC que, si bien en sus primeros tiempos no cuestionaba los principios ideológicos y programáticos del movimiento comunista internacional, se proponía como objetivos generales e inmediatos la lucha contra los métodos de la dirección del PC cubano, por considerarlos sectarios y burocráticos.

La Oposición Comunista se integró con militantes aislados y con miembros de las organizaciones colaterales del Partido, y no pudo contar con la incorporación de células o comités seccionales, excepto

en el caso de Guantánamo, lo que ocurrió meses después de su fundación. Nunca fue un movimiento homogéneo, ni desde el punto de vista de su composición social, ni desde el ideológico, y no llegó a ser un movimiento de masas. Se nutrió de miembros del AIE, del DOI y de la FOH.⁸

Algunos de esos jóvenes estudiantes y obreros, revolucionarios honestos, discrepaban de la línea sectaria del PC, o rechazaban algunas de sus decisiones, como la relacionada con las elecciones de noviembre de 1932, a la que consideraban no revolucionaria, reformista y que hacía el juego a la dictadura.⁹

Del AIE salió el grupo principal de los que engrosaron la Oposición Comunista de Cuba. Desde mediados del año 1932, la dirección nacional del AIE fue controlada por el grupo trotskista que, en el seno de esa organización, encabezaba Marcos García Villarreal. El enfrentamiento abierto con el PC tuvo lugar en octubre de ese año, cuando los trotskistas miembros de la fracción comunista del AIE enviaron al Comité Central del PC una comunicación en la que manifestaban su inconformidad con la expulsión de Gómez Villar (seudónimo de Marcos García Villarreal), secretario de la fracción comunista del AIE, de las filas del Partido y solicitaban una revisión total de los métodos y de la línea sindical y política del PC.¹⁰

En septiembre, habían sido expulsados del PC —además de García Villarreal— Sandalio Junco y otros militantes que habían tomado el camino del trotskismo.¹¹ Junto a los dos últimos, se destacó en la fundación del movimiento trotskista cubano un grupo de miembros del AIE, militantes del PC y de la Liga Juvenil Comunista (LJC), así como otros que sin ser miembros del Ala, estaban vinculados a ella, como Luis Busquet, Roberto Fontanillas, Juan Pérez de la Riva (La Habana), Charles Simeón, Manuel García, Bertha García (Matanzas), Carlos Padrón, Juan Ramón Breá, Carlos González Palacios, Lincoln Larramendy (Santiago de Cuba) y Eusebio Mujal (Guantánamo).¹²

Desde las páginas de Línea, órgano del AIE, del cual era director Marcos García Villarreal, y a través de la estructura organizativa del Ala, la Oposición Comunista logró controlar e influir a esa organización estudiantil en todo el país.

Defensa Obrera Internacional —organización colateral del PC que tenía entre sus tareas principales promover la ayuda a los presos políticos y la solidaridad con los movimientos progresistas— fue, como ya señalamos, otro de los núcleos donde influyó el trotskismo y que nutrió a la Oposición Comunista. Los principales dirigentes de DOI eran, a la vez, militantes de la Oposición Comunista, como Luis Busquet, Juan Pérez de la Riva, Vargas Gómez, Roberto Fontanillas, Gastón Medina y José Antonio Díaz Ortega. Además,

Indudablemente, fueron los norteamericanos y los españoles los que ejercieron una mayor influencia sobre el movimiento trotskista cubano en estos años; y en mayor grado la Oposición de Izquierda española.

algunos eran, al mismo tiempo, dirigentes del AIE como Busquet y Fontanillas, y otros de la FOH como Gastón Medina.¹³ La composición de DOI era heterogénea; una parte de sus integrantes militaban en el PC, otros procedían del Partido aprista, algunos eran estudiantes, intelectuales o empleados y otros obreros; la heterogeneidad se manifestaba también en lo ideológico. Los vínculos de la Oposición Comunista con DOI se establecieron, además de en La Habana, en otros lugares del país como Matanzas, Santiago de Cuba, Guantánamo y el norte de la provincia de Oriente.¹⁴

La otra organización —en este caso propiamente obrera— en que los trotskistas lograron ganar influencia, fue la Federación Obrera de La Habana. En 1932, Sandalio Junco, Pedro Varela, Gastón Medina y otros trotskistas, lograron el control de la Mesa Ejecutiva de la FOH, que en aquellos momentos, según el propio Gastón Medina, «[...] se limitaba a unos pocos pequeños sindicatos supervivientes de la cruzada antiobrera del régimen de Machado».¹⁵ Bajo la dirección de los trotskistas, la FOH rompió con la CNOC y el PC, y trató de ampliar su influencia y su radio de acción sobre el movimiento sindical de La Habana y del resto del país; su mayor influencia se hizo sentir en el Sindicato de Empleados del Comercio, tanto en la capital como en otros lugares de la Isla. Además, hicieron esfuerzos para vertebrar federaciones obreras locales paralelas a las afiliadas a la CNOC, en Matanzas, Santiago de Cuba, Puerto Padre, Victoria de las Tunas y Guantánamo.

Como puede apreciarse, la presencia de la Oposición Comunista se puso de manifiesto en las organizaciones colaterales del Partido (AIE, FOH y DOI) y en varias ciudades del país. Contó con una base social heterogénea integrada por elementos de la pequeña burguesía,¹⁶ intelectuales y estudiantes, algunos de ellos comunistas o apristas, y obreros, fundamentalmente de origen anarcosindicalista. En un informe del partido trotskista cubano a su centro internacional en París se señalaba que «muy pocos de los trabajadores militantes de las fracciones del PC se unieron a la Oposición Comunista».¹⁷ Fue esa heterogénea base social original la raíz de lo que,

junto a otros factores, condujo pocos años más tarde a las disensiones internas en el trotskismo cubano y a su crisis.

La Oposición Comunista de Cuba y el movimiento trotskista internacional

Sandalio Junco y Juan Ramón Breá, que ya poseían una formación trotskista y habían introducido en Cuba literatura con esa orientación, junto a los contactos que ya tenían con los trotskistas europeos —en especial con los españoles—, contribuyeron a que la Oposición Comunista de Cuba tomara un camino definitivamente trotskista y a su afiliación a la Oposición de Izquierda Internacional (OII). Marcos García Villarreal, en su condición de secretario general de la OCC, también contribuyó de manera decisiva en tal sentido.¹⁸

Desde la constitución de la OCC, algunos de sus miembros mantuvieron correspondencia con los trotskistas españoles y norteamericanos y recibieron prensa y literatura que estos enviaban.¹⁹ Según el historiador español Pelai Pagés, la Oposición Comunista de Asturias recibió la aportación de varios militantes cubanos, expulsados por el dictador Machado, que se establecieron allí.²⁰ Es muy probable que estos exiliados enviaran a Cuba literatura trotskista.

Esos contactos aislados, y no oficiales, de los miembros de la OCC con trotskistas del exterior contribuían a mantenerlos actualizados en cuanto a los problemas del trotskismo internacional y a ampliar sus conocimientos teóricos sobre el pensamiento de Trotsky.

La Izquierda Comunista de España (ICE) prestó especial atención al desarrollo del movimiento trotskista latinoamericano. En una carta abierta del Comité Ejecutivo de la ICE, enviada por su dirigente Henri Lacroix «A los grupos de América Latina de la Oposición Comunista de Izquierda», informaba sobre la decisión de su III Conferencia Nacional (26-28 de marzo de 1932) de crear un secretariado encargado de las relaciones con los grupos latinoamericanos, el que tendría, además, las tareas de promover la organización de nuevos grupos, difundir las ideas de la Izquierda Comunista Internacional, enviar literatura y ayudar a los grupos ya existentes a establecer relaciones entre sí; la ICE enviaba a América Latina la revista *Comunismo*,

el Boletín Hispano-americano, así como libros y folletos de Ediciones Comunismo.²¹

Fue precisamente a través de la Izquierda Comunista de España, que los trotskistas cubanos establecieron vínculos con la dirección de la Oposición de Izquierda Internacional, que tenía su sede en París. En carta del 31 de marzo de 1933, dirigida desde La Habana por Juan López a Andrés Nin, principal dirigente de la Izquierda Comunista española, se informaba de la existencia de la Oposición Comunista cubana, de sus principales actividades y se solicitaban materiales teóricos de los trotskistas españoles y de la Oposición de Izquierda Internacional.²² De inmediato, los españoles trasladaron la carta a la dirección de la Oposición de Izquierda Internacional y esta escribió a los trotskistas cubanos comunicándoles que enviarían materiales en francés y en español, e informándoles las vías para mantener una comunicación estable.²³ Fue entonces, solo después de nueve meses de su creación, que se la afilió oficialmente a la OII.

El hecho fue reflejado por la prensa trotskista española y norteamericana. En mayo de 1933, la revista teórica de la Oposición de Izquierda española publicaba una nota en la que expresaba, entre otras cosas:

[H]a quedado constituida en Cuba la Sección de la Oposición Comunista Internacional. Hasta ahora los camaradas cubanos se habían limitado a mantener correspondencia aislada con la Sección española. Pero ahora [...] han constituido ya de una forma orgánica nuestra Sección cubana.²⁴

Pocos días después, aparecía en el periódico de los trotskistas norteamericanos la siguiente información:

En La Habana, Cuba, también se ha constituido, dentro del partido oficial, una Oposición Bolchevique Leninista. Hasta ahora es solo un pequeño grupo, que nos pide literatura y contactos con otras secciones de la Oposición de Izquierda Internacional.²⁵

La correspondencia entre la Oposición Comunista de Cuba, los trotskistas franceses y la dirección de la Oposición de Izquierda Internacional, cursada hasta finales de junio de 1933, refleja la insistencia de los cubanos para que se les envíen materiales teóricos y de propaganda, a la vez que informan el desenvolvimiento de su labor organizativa y de elaboración de proyecciones de estrategia política. Así, por ejemplo, piden a la OII opiniones sobre su folleto programático *En el camino de la Revolución*;²⁶ por su parte, los dirigentes de la OII prometen que mandarán literatura a Cuba y que se esforzarán por estudiar los problemas de América Latina; pero a la vez advierten que dudan poder hacerlo en la medida necesaria.

Expresan, además, que ayudarán a los cubanos a ponerse en contacto con los trotskistas de otros países latinoamericanos para que intercambien experiencias y colaboren entre sí.²⁷

En aquellos momentos, la dirección del movimiento trotskista internacional, aunque mantenía contactos con América Latina, no la tenía como su principal centro de atención; los ojos, tanto de la dirección de la OII como los del propio León Trotsky, estaban dirigidos hacia Europa y fundamentalmente hacia los problemas de Alemania y de Francia. Por esa razón, junto a factores como el idioma común —en el caso de España— y de la cercanía geográfica —en el de los Estados Unidos—, fueron las secciones de la Organización de Izquierda Internacional de esos dos países, especialmente la de España, quienes ejercieron una mayor influencia sobre el movimiento trotskista cubano en sus años iniciales.

Lo anterior no fue óbice para que Trotsky prestara cierta atención a los problemas del movimiento revolucionario latinoamericano. Desde 1931, se inició una aguda disputa entre él y la dirección de la OII, de una parte, y Andrés Nin y la Oposición de Izquierda española, de la otra. La discusión giraba en torno a problemas internos de las secciones francesa y española de la OII.²⁸ Trotsky sabía la influencia que ejercía la I.C. española sobre el movimiento trotskista latinoamericano y esto le preocupaba, pues consideraba que la literatura de los españoles, fundamentalmente Comunismo, pudiera alejar a los trotskistas latinoamericanos de la línea política de la Oposición Internacional de Izquierda; por eso escribió:

[L]os acontecimientos en América del Sur son muy satisfactorios, pero no debemos olvidar que la mayor parte de América del Sur utiliza la literatura española. Debemos atraer la atención de todas nuestras secciones sudamericanas hacia nuestras divergencias con la sección española. Sería bueno enviarles, en español, mi correspondencia con Nin y por lo menos dos cartas sobre las cuestiones españolas.²⁹

Sin embargo, todo parece indicar que los ecos de la polémica de Trotsky vs. Nin no llegaron a Cuba, pues no hemos encontrado ninguna referencia en los documentos ni en la prensa trotskista de la época; tampoco los trotskistas de aquellos años que hemos entrevistado han hecho alusión al respecto.

En el período que estudiamos, es decir hasta 1935, León Trotsky no tuvo contactos directos con los trotskistas cubanos, aunque sí escribió ocasionalmente, como veremos más adelante, sobre los problemas de Cuba. Indudablemente, fueron los norteamericanos y los españoles los que ejercieron una mayor influencia sobre el movimiento trotskista cubano en estos años; y en mayor grado la Oposición de Izquierda española.

Estrategia y táctica

La Oposición Comunista de Cuba no fue, como tampoco lo sería más tarde el Partido Bolchevique Leninista, una fuerza política homogénea, pues en su seno se debatieron diversas tendencias discrepantes por cuestiones de objetivos y de táctica,³⁰ que tenían su origen tanto en sus propias raíces internas como en la influencia del trotskismo internacional, especialmente del español y del norteamericano.

Los trotskistas fueron intensificando su labor de proselitismo en el movimiento obrero y estudiantil, así como dentro de las propias filas del Partido Comunista, y en su propaganda los ataques a la dirección de este último se fueron haciendo cada vez más fuertes.

Entre los últimos meses de 1932 e inicios de 1933, los miembros de la Oposición Comunista fueron expulsados del PC.³¹ A pesar de esto, los trotskistas cubanos se consideraban parte del movimiento comunista internacional y proclamaban que tenían el deber de luchar para la «regeneración» del PC de Cuba y de la Internacional Comunista. De esta forma, siguieron la línea del movimiento trotskista internacional de no constituir organizaciones independientes y de trabajar dentro de los partidos comunistas para llegar a controlarlos; esta línea, que se mantuvo a escala internacional hasta la segunda mitad de 1933, fue seguida en Cuba hasta que, una vez modificada internacionalmente, se constituyó el Partido Bolchevique Leninista en el país, en septiembre de 1933.

Una de las primeras expresiones públicas de la Oposición Comunista que hemos podido localizar es un manifiesto publicado en Santiago de Cuba en enero de 1933, con el título de Partido Comunista de Cuba. Buró de Oposición Comunista. ¿Qué significa el Congreso de la UFON?, en el que se denuncia el carácter pro-patronal, pro-machadista y anti-obrero del congreso convocado por el dirigente sindical reformista Juan Arévalo para llevarse a cabo en la ciudad de Cienfuegos. Además, en el manifiesto se llama a formar el Frente Único de Obreros y Campesinos y se convoca a luchar por la jornada de ocho horas, contra los despidos, por el seguro social para los desocupados y por la expulsión de los dirigentes amarillos de las organizaciones obreras.³² Pero el primer documento publicado por los trotskistas cubanos donde se expresa una proyección política definida, fue el Manifiesto Programático del Buró de Oposición Comunista, dado a conocer en Santiago de Cuba, en enero de 1933.³³

Este Manifiesto, además de En el camino de la Revolución. Cuba. 1933, publicado por el Comité Central de la Oposición Comunista,³⁴ y los Estatutos de la Oposición Comunista de Cuba,³⁵ constituyen los tres documentos de mayor importancia de esa organización,

pues en ellos están plasmados los fundamentos teóricos y organizativos, así como la proyección político-ideológica que servirían de guía a su acción política.

Como ya apuntamos, la Oposición trotskista se consideraba parte del movimiento comunista —de hecho, hubo una serie de casos de sus militantes que al mismo tiempo militaron por un tiempo en el PC o en la Liga Juvenil Comunista, hasta que fueron expulsados de estas organizaciones por su actividad trotskista—; es por eso que el primero de los tres documentos aparece bajo el encabezamiento de «Partido Comunista de Cuba». En el Manifiesto... se bosquejan los principios programáticos que serían desarrollados posteriormente con mayor amplitud en el Programa del Partido Bolchevique Leninista. Después de una breve introducción en la que, entre otras cosas, se expresa que «la Oposición Comunista ha surgido como una necesidad revolucionaria, en momentos en que toda pasividad debe interpretarse como una traición y en que toda actitud indecisa supondría un oportunismo, el peor de todos los crímenes contrarrevolucionarios»,³⁶ y que «es precisamente en estos momentos, en que parece asomar la duda en nuestras filas»,³⁷ se pasa al análisis del devenir histórico cubano a partir de 1868, para tratar de desentrañar la estructura de clases y los intereses sociopolíticos que se mueven en los años 30.

Acertadamente, en el documento se expone cómo después de la última guerra de independencia, tuvo lugar la penetración económica y la injerencia política norteamericana en Cuba, que impidió el desarrollo de una burguesía nativa lo suficientemente fuerte, desde el punto de vista económico y político, como para evitar la subordinación al imperialismo estadounidense, y cómo los gobiernos cubanos habían estado obligados a servir a los intereses de los Estados Unidos, afectando muchas veces a los de la propia burguesía cubana.

Pero, ¿la burguesía nativa estaba solo subordinada a los Estados Unidos, o más bien, sus intereses se fueron relacionando estrechamente con los de la burguesía norteamericana? Lo que no llegaron a comprender los trotskistas cubanos hacia enero de 1933, fue que, además de subordinación, existía una estrecha vinculación de los intereses de la burguesía nativa con los de los Estados Unidos, y de ahí —no solo de su debilidad— se derivaba su carácter antinacional. Algo que tampoco llegaron a comprender fue que el gobierno de Gerardo Machado, al menos durante una buena parte de su existencia y hasta que perdió su base social y se transformó en un gobierno de una camarilla reducida, fue la expresión de los intereses de un sector de la burguesía nativa, a la vez que estaba al servicio de los Estados Unidos. Es decir, no se tiene en cuenta que la burguesía cubana estaba integrada por diversos sectores; aunque sí se expone claramente su incapacidad para

encabezar una verdadera revolución democrático burguesa.

Más adelante, en el Manifiesto... se hace un breve análisis de las distintas fuerzas de oposición a la dictadura machadista y se pronostican tres posibilidades a las que podía conducir el conjunto de contradicciones existentes en el país: 1) una revuelta de la oposición burguesa, 2) un pacto de esta con Machado y 3) la intervención militar de los Estados Unidos. Ante estas tres posibilidades, se traza como línea trabajar para la formación de un frente único, con el objetivo de luchar por la revolución popular, agraria y antimperialista. En caso de que se produjera una revuelta de la oposición burguesa, se propone participar en ella de manera independiente, para transformarla en la revolución agraria y antimperialista que se aspiraba. Si se establecía una conciliación de la oposición burguesa con Machado, la respuesta sería: frente único para la revolución; y si los norteamericanos intervenían: «otra vez la Sierra Maestra y el camarada Máuser tendrían la palabra».³⁸

En el documento se define el carácter de la revolución, al imperialismo norteamericano como el enemigo principal, y a la burguesía nativa como su aliada interna. Las fuerzas motrices de la revolución, que integrarían el frente único, serían obreros industriales y agrícolas, pequeños campesinos, desocupados, estudiantes y empleados. Como puede apreciarse, al menos en el plano teórico, a inicios de 1933 los trotskistas cubanos habían definido con claridad y de manera acertada tanto el carácter que debía tener la revolución antimachadista, como el enemigo principal y los aliados y enemigos de clase.

También se afirma que existían condiciones para iniciar la revolución cuanto antes, pues «la Revolución Popular, Agraria, Anti-imperialista NO es un bello sueño para realizar dentro de 50 años, sino una realidad inminente que debemos acometer enseguida».³⁹

Pocos meses después, en mayo de 1933, se observa un cambio en sus concepciones. Así, En el camino de la Revolución. Cuba. 1933, expresa: «[a]ctualmente no está puesta a la orden del día la Revolución Agraria y Antimperialista, sino las tareas específicas de conquistar a las masas y preparar el terreno para la Revolución».⁴⁰ Y en otra parte del documento: «no existe actualmente una radicalización de las masas ni un crecimiento del movimiento obrero».⁴¹ La consideración de que aún no existían condiciones para la revolución se basaba en que todavía no había tomado auge el movimiento obrero y popular; no se reconocía —solo tres meses antes del derrumbe de la dictadura de Machado— el alza de las luchas populares que, evidentemente, se fortalecían cada vez más.⁴² Por otro lado, se definía el carácter de la revolución como agraria y antimperialista y se eliminaba el calificativo de popular.

En el camino de la Revolución, reconocía que el imperialismo intentaba la transformación pacífica de la situación política, a través de la mediación; que la oposición burguesa hacía el juego a esas maniobras; que existían organizaciones de la pequeña burguesía opuestas a la mediación que continuarían en la lucha; que no era táctico alzar, en aquellos momentos, la consigna de gobierno obrero-campesino, y que aún no existía un partido proletario lo suficientemente fuerte como para lanzarse de inmediato a la conquista del poder.⁴³ Afirmaban con acierto:

Un error que se comete aquí frecuentemente, y que es la base de todos los errores sectarios, consiste en confundir el carácter específico de las clases que luchan actualmente en Cuba, y en calificar y agrupar, bajo una denominación común, a todos los grupos revolucionarios adversos a la línea comunista [...] Presentar el problema de una forma tan llana, denominando «socialfascistas» y lacayos del imperialismo, lo mismo a Menocal que a Mendieta, que a los grupos pequeño-burgueses y estudiantiles, sin tratar de aprovechar prácticamente las divisiones internas de estos núcleos, diferenciar sus orientaciones políticas [...] es aislar a los obreros del resto de la lucha, colocarlos en un plano tal que les sería imposible agrupar en derredor suyo a las masas campesinas y sectores que se sienten oprimidos y descontentos para ocupar el poder.⁴⁴

Lo apuntado hasta aquí muestra que la dirección de la OCC hizo una correcta apreciación teórica de las fuerzas políticas y de clase actuantes en el escenario del momento y de la táctica más consecuente. Sin embargo, aunque aparentemente comprendió el papel de la pequeña burguesía en la sociedad neocolonial cubana de los años 30, en realidad no fue así. Mientras criticaban a la dirección del PC por sus errores de sectarismo y dogmatismo bajo la influencia de la línea de «clase contra clase» emanada de la Internacional Comunista en la época, ellos mismos incurrieron en errores de idéntico signo. En el propio documento demuestran que no llegaron a entender el papel revolucionario de los sectores más avanzados de la pequeña burguesía cubana, y si por una parte —como ya apuntamos— advertían la necesidad de diferenciar la oposición burguesa (Mendieta-Menocal) de los grupos pequeño-burgueses que luchaban contra Machado, por otra expresaban:

Esto no significa que exista un sector pequeño-burgués dispuesto a hacer causa común con el proletariado y sostener los principios de la revolución hasta el fin. Semejante aseveración sería completamente falsa y peligrosa. Los núcleos pequeño-burgueses que se sostienen en la lucha [...] solo aspiran a conquistar mejores posiciones.⁴⁵

La pequeña burguesía para ellos se encontraba excluida del concepto de masas populares. Solo pertenecían a estas los obreros y campesinos, únicas fuerzas que consideraban revolucionarias: «Así, nosotros conquistaremos a las masas populares, y evitaremos

En ocasiones, se ha tratado de presentar el movimiento trotskista cubano de los años 30 como una alternativa marxista consecuente, frente a la línea sectaria del PC. Nada más alejado de la realidad.

que la pequeña burguesía que aún se sostiene en la lucha, se apodere para su beneficio de este momento trascendental e insuperable de la revolución».⁴⁶

En ocasiones, se ha tratado de presentar el movimiento trotskista cubano de los años 30 como una alternativa marxista consecuente, frente a la línea sectaria del PC. Nada más alejado de la realidad. Si bien tuvieron acertadas interpretaciones en algunos casos, en general, desde el punto de vista teórico y práctico, siguieron una política no menos sectaria y dogmática que la del PC. Se trataba de lograr una supuesta unidad, pero no entre iguales; los otros debían reconocer la hegemonía de los trotskistas, su carácter de vanguardia revolucionaria y, como tal, subordinárseles. Así se observa en su línea sindical: en lugar de luchar por una central sindical unitaria, como lo había sido la CNOC en los tiempos de Alfredo López, que agrupara a los obreros de diversas tendencias, para la Oposición Comunista «la tarea de la unificación del movimiento sindical se presenta bajo la forma de una lucha despiadada y cruenta, contra los sectarios (léase: seguidores de la línea del PC) de una parte, y los reformistas, sindicalistas y socialfascistas, de otra».⁴⁷ Su autotitulado carácter de única y exclusiva vanguardia revolucionaria, lo declaraban en sus Estatutos: «La Oposición Comunista de Cuba es la única vanguardia revolucionaria del proletariado, y la única organización capaz de conducir revolucionariamente hasta el fin las luchas de la clase trabajadora de Cuba contra sus explotadores nativos y extranjeros».⁴⁸

A pesar de su relativa lucidez en la comprensión de la realidad nacional del momento, el sectarismo y el dogmatismo que marcaron desde su nacimiento al trotskismo cubano le impidieron —junto a otros factores— una efectiva inserción en el movimiento popular y revolucionario del país, pues lo alejó no solo de la pequeña burguesía, sino de la mayoría de la clase obrera.

Principios organizativos y estructura

Como ya habíamos apuntado antes, la Oposición Comunista de Cuba surge en el seno del PC como un movimiento que se autoproclama renovador,

auténticamente marxista, continuador genuino del leninismo y que persigue el propósito de rescatar al Partido del proletariado cubano de las «nocivas influencias stalinistas del tercer período». Aunque la OC no se propuso inicialmente la creación de un nuevo partido independiente del ya existente PC, como grupo fraccional adoptó una estructura que de hecho constituía todo un aparato organizativo paralelo dentro del PC.

En la práctica, el camino que siguieron solo conducía a la creación de un nuevo partido. Un momento importante en ese tránsito fue el establecimiento de sus propias normas de vida orgánica con la elaboración de los Estatutos de la Oposición Comunista de Cuba,⁴⁹ documento que se dio a conocer dos meses y medio antes de constituirse el Partido Bolchevique Leninista (PBL), que sancionó un hecho ya consumado y lo completó. Fue el punto de transición de la OCC al PBL.

Después de proclamarse «la única vanguardia revolucionaria del proletariado», que nació de las filas del PC y que después de luchar en su seno contra la dirección sectaria y ser expulsada, expresa que «la O.C. se estructura ahora orgánicamente para evitar la destrucción del movimiento comunista en Cuba. Con la aplicación accional de la línea que corresponde a un Partido inspirado en los principios revolucionarios del marxismo».⁵⁰

Los Estatutos de la Oposición Comunista de Cuba establecían la estructura, principios organizativos, disciplina, así como los deberes y derechos de los miembros de la organización. Son similares a los de cualquier partido comunista del mundo por esos años.⁵¹

Según los Estatutos de la Oposición Comunista:

La O.C. tiene como base el centralismo democrático, único modo de mantener la unidad absoluta de la organización desde la base hasta la cima. El centralismo democrático consiste en: a) Elección, tanto de los órganos inferiores como superiores de la O.C. por las juntas de células, conferencias y congresos; b) Obligación de los organismos superiores de rendir cuentas periódicamente de sus actividades entre todos los miembros de la O.C. de Cuba; c) Aceptación obligatoria de las decisiones de los organismos superiores de la O.C. para los organismos inferiores, severa disciplina entre los afiliados, ejecución rápida y puntual de las decisiones del C.C. y demás órganos de la O.C. de Cuba. Las resoluciones tomadas en los Congresos, Conferencias o Juntas de Células de la O.C. deben ser absolutamente ejecutadas, a pesar de que algún

miembro o grupo de miembros del organismo que las ordene o las reciba, no apruebe estas órdenes; d) Todas las cuestiones planteadas en las células o en cualquier otro organismo de la O.C. provocarán discusión libre y durante el mayor tiempo posible, siempre que la discusión se realice en el seno mismo de la organización y que tenga como finalidad principal el mejoramiento de los métodos de trabajo, de la estrategia y táctica de la O.C. Una vez que las Conferencias o Congresos tomen una decisión sobre las cuestiones discutidas, la discusión terminará y la minoría se someterá a la decisión de la mayoría.⁵²

Citamos in extenso los Estatutos en lo relacionado con el centralismo democrático, para que pueda observarse cómo se establece teóricamente la articulación entre la más amplia democracia interna con un estricto centralismo como garantía del mantenimiento de una sólida unidad. Sin embargo, en su actividad práctica, los trotskistas, tanto dentro del PC cuando aún pertenecían a él, como fuera de este —es decir, en el seno de la OC—, no aplicaron consecuentemente esos principios.

Muchas de las orientaciones de los organismos superiores de la OC, o de los acuerdos tomados, no eran cumplidos; muchos de los problemas no se discutían dentro de la organización, sino que se ventilaban públicamente, y esto se refiere —insistimos— no solo a cuando aún los trotskistas se encontraban dentro del PC, sino ya en la época en que habían sido expulsados y actuaban en el seno de la OC y después en el PBL.

Como puede observarse, en los Estatutos no se habla de libertad de tendencias ni de libertad de fracciones; sin embargo, la propia heterogeneidad del movimiento trotskista cubano y las influencias recibidas del internacional condujeron a la aparición —como veremos más adelante— de tendencias que no se ajustaron a la disciplina interna del PBL y actuaron como fuerzas centrífugas que contribuyeron a la crisis de ese partido pocos años más tarde.

Los trotskistas y la lucha contra Machado: valoraciones finales

Lo hasta aquí apuntado muestra claramente que el movimiento trotskista cubano, en sus inicios, a pesar de todas sus inconsecuencias y de su papel disociador dentro del movimiento obrero y popular, se caracterizó por su carácter antimperialista, su orientación revolucionaria, su adscripción al marxismo y la defensa de los intereses nacionales. Estuvo integrado, en su mayoría, por hombres y mujeres muy jóvenes que actuaban honestamente, guiados por el afán de lograr cambios radicales en la sociedad cubana, al margen de los errores que manifestaron en su práctica política, o

de los derroteros que cada uno de ellos seguiría años más tarde.

Los trotskistas consideraban, en mayo de 1933, que la revolución no estaba aún en el orden del día; sin embargo, ¿cuál fue su actitud ante la mediación de Welles y ante la huelga que derrocó, en agosto de ese año, a la dictadura machadista? La respuesta a esta interrogante nos permite acercarnos a la postura que adoptaron ante la injerencia imperialista en Cuba y su fiel servidor nativo.

En el ya citado *En el camino de la Revolución. Cuba. 1933*, de mayo de ese año, la OC desenmascara los objetivos de la mediación y la condena.⁵³ Un mes más tarde, el 28 de junio, los trotskistas, desde el Ala Izquierda Estudiantil, publican un manifiesto en el que rechazan «la mediación y la claudicación que ella encierra».⁵⁴ Ya desde noviembre de 1932, en otro manifiesto del AIE, habían advertido sobre los manejos que fraguaba el gobierno de los Estados Unidos:

La nueva solución que se pretende dar a los problemas de Cuba —una solución impuesta por el imperialismo—, no puede en modo alguno satisfacer las necesidades de los obreros, campesinos y estudiantes de Cuba [...] De llevarse a vías de hecho estos intentos «pacifistas», el Gobierno asesino de Gerardo Machado, garantizada su vida y hacienda por la intervención oficial de los Estados Unidos, abandonará el país, dando paso a nuevos gobernantes, cuyo sometimiento a Wall Street por nadie es ignorado. Esto significa que el imperialismo evita a todo trance el desencadenamiento de un movimiento insurreccional de masas.⁵⁵

La mediación fue combatida desde sus inicios por la OCC y las organizaciones controladas por los trotskistas como el AIE y la FOH.⁵⁶

Desde los primeros días de julio de 1933 se inició una huelga por reivindicaciones inmediatas entre los obreros del transporte en La Habana, que se fue ampliando a otros sectores laborales en todo el país hasta convertirse en una formidable huelga política general contra Machado, y a la que se incorpora no solo la clase obrera, sino todo el pueblo y todas las organizaciones de oposición a la dictadura que no habían aceptado la mediación; el PC, la CNOC, el DEU y otras organizaciones desempeñaron un destacado papel en su dirección desde sus inicios. La Federación Obrera de La Habana, dirigida por los trotskistas, también había convocado a los sindicatos bajo su control a la huelga por sus reivindicaciones inmediatas y contra la dictadura. Cuando la huelga se mostraba en su momento de mayor fuerza, el Comité Central del PC adoptó la decisión de ponerle fin; ocurrió así el llamado «error de agosto». Ante la negativa de las propias organizaciones obreras de la CNOC de abandonar la huelga, el CC del PC reconoció el error y mantuvo la orientación de continuarla hasta la caída de Machado. Tanto en aquellos momentos, como en otros

más recientes, los enemigos del movimiento revolucionario se aprovecharon de este error para atacar al PC, acusándolo de pactar con Machado, y de traición.⁵⁷

Como bien ha señalado Raúl Roa:

Aunque de monta evidente y de adversas implicaciones para el curso del movimiento revolucionario, como hubo de reconocerlo el propio Partido, en desnuda crítica y autocrítica, el «error de agosto» fue eso: una equivocación política fruto de múltiples factores y contingencias. ¿Quién podría aducir, sin faltar deshonestamente a la verdad, que es obra de mala fe o consecuencia de una distorsión moral?⁵⁸

No nos detendremos en el análisis detallado de las circunstancias y causas del «error de agosto», pues nos alejaríamos del objeto de este trabajo.⁵⁹

Como ya señalamos, los trotskistas, desde la FOH, habían llamado a la huelga y mantuvieron, desde el 5 de agosto, la consigna de no detener el paro hasta tanto no fueran satisfechas todas las demandas obreras y se liquidara el régimen político de opresión imperialista. En un manifiesto publicado el 12 de agosto, reiteraron la consigna de «huelga general» y de «abajo Machado», a la vez que atacaban con fuertes invectivas al PC y a la CNOC.⁶⁰

Los trotskistas intentaron capitalizar el error del PC utilizándolo como argumento para presentarse a sí mismos como los principales iniciadores y conductores del formidable movimiento popular que derrocó a la dictadura machadista.

Los ataques mutuos entre trotskistas y comunistas, no solo en torno a la cuestión de la huelga de agosto sino en general, acentuaban las contradicciones en el seno del núcleo políticamente más avanzado de los trabajadores cubanos. Ya la escisión era un hecho y no había posibilidad de retroceso. Si bien el grupo trotskista era pequeño numéricamente —solo logró arrastrar tras de sí a muy pocos militantes del PC y no provocó un cisma en él, sino un desgajamiento de una pequeña porción de su militancia, y tampoco pudo atraerse a grandes sectores populares en el país—, la división que provocó solo serviría a los enemigos de la revolución popular.

Notas

1. Algunos autores, entre los que se destaca Víctor Alba, han sugerido que Mella se mostró partidario de las ideas trotskistas y que de alguna manera estuvo vinculado al movimiento trotskista en México; plantean, además, la hipótesis de que Mella fue asesinado no por agentes del dictador Machado, sino por los propios comunistas con la complicidad directa de Tina Modotti (véase, Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*; Julián Gorkin, *Cómo asesinó Stalin a Trotski*; Bernardo Claraval, *Cuando fui comunista*). Otros se han hecho eco de esas afirmaciones (véase Octavio Paz, «Frida y Tina: vidas no paralelas», y Phillippe Cheron, «Del gusto por la

mistificación: a propósito de Tina Modotti», *Vuelta*, n. 82, México, septiembre de 1983; Jorge García Montes y Alonso Avila, *Historia del Partido Comunista de Cuba*; Alejandro Galves Cancino, «L'auto-absolution de Vidali et la mort de Mella» en *Cahiers Leon Trotsky*, n. 26, París, junio de 1986). Sin embargo, ninguno de estos autores ha podido demostrar una sola de esas afirmaciones y todos han presentado un denominador común: la mitología y la virulencia anticomunista. Mella, desde su llegada a México en 1926, hasta su asesinato en enero de 1929, compartió la lucha contra la dictadura de Machado, desde la ANERC, con las tareas del Partido Comunista Mexicano: fue miembro de su Comité Central y llegó a ser su Secretario General durante los meses de junio a septiembre de 1928, cuando Rafael Carrillo se encontraba en Moscú. Según afirma Arnaldo Martínez Vedugo, fue acusado por Vitorio Codovilla y por Ricardo Martínez de mantener posiciones trotskistas —basándose en las discrepancias de Mella con algunas orientaciones de la Internacional Comunista, por ejemplo las relacionadas con la creación de una tercera central sindical en México, la CESUM—; pero que, una vez analizado el problema en el Comité Central del PCM, este decidió dirigirse a la Internacional Comunista rechazando las acusaciones, por infundadas, y para informarle que el propio Mella había sido el autor de las Tesis del CC en las que definía la postura del PCM contraria al trotskismo. Hasta su muerte, Mella se mantuvo en las filas del PCM. Por otra parte, desde hace mucho tiempo ha quedado totalmente demostrado que los responsables directos del asesinato de Julio Antonio Mella fueron José Magriñat y el pistolero López Valiña, que actuaban al servicio del dictador Machado. Véase Olga Cabrera, «Un crimen político que cobra actualidad», *Nueva Antropología*, n. 27, México, julio de 1988.

2. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, *El Partido Comunista y los problemas de la Revolución en Cuba*, Biblioteca del Instituto de Historia de Cuba, La Habana, pp. 16-8; Lionel Soto, *La Revolución del 33*, Editorial de Ciencias Sociales, t. II, 1977, pp.162-3 y 169-171.

3. *Ibidem*, pp.7-8.

4. Sobre la Segunda Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, efectuada en Moscú, no se ha publicado prácticamente nada; la más estudiada hasta hoy es la Primera, realizada en Buenos Aires en 1929, de la que fueron publicados sus documentos, así como numerosos trabajos en los que se analiza su desarrollo e importancia; y en menor medida la Tercera (Montevideo, 1934). Sobre la Segunda, en Moscú, solo se encuentra una breve referencia en B. Koval, *Movimiento obrero en América Latina. 1917-1959*. La participación de Rubén Martínez Villena y Sandalio Junco en ella hemos podido encontrarla en el libro de Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco* (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982), y en las cartas enviadas por Villena desde la URSS a Cuba, publicadas en Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, t. II, Editorial Letras Cubanas, 1984.

5. Véase Rubén Martínez Villena, *ob. cit.*; Raúl Roa, *ob. cit.*; Comité Central del Partido Comunista de Cuba, «Resolución sobre la oposición en el Partido», 9 de septiembre de 1932, Archivos de la Internacional Comunista, Moscú.

6. Roberto Pérez Santiesteban, «Introducción», en Juan Ramón Breá y Mary Low, *La verdad contemporánea*, pp. 362-364; y carta de Mary Low al autor, 23 de octubre de 1996.

7. Véase Bolshevik-Leninist Party (Cuban Section of the International Communist League), «To The International Secretariat», (La Habana, 20 de marzo de 1935), *The Trotsky Archives*, Houghton Library, Harvard University, 1952.

8. *Ibidem*, y Comité Central del Partido Comunista de Cuba, «Resolución sobre la oposición en el Partido», ob. cit., p. 8.
9. *Ibidem*, pp. 31-5; Lionel Soto, ob. cit., p. 149; «Plataforma electoral del Partido Comunista de Cuba para las elecciones de 1932», en Mirta Rosell, *Luchas obreras contra Machado*, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp. 188-211. Los enemigos del movimiento comunista cubano han tratado de presentar la participación del PC en las elecciones de 1932 como una traición consciente al movimiento popular. El PC explicó, en el documento mencionado, que se trataba de combinar las diversas formas de lucha de manera flexible y utilizar la táctica leninista de la lucha parlamentaria, no con el objetivo de tomar el poder, sino de divulgar los objetivos revolucionarios. Es indudable que no se trató en modo alguno de una traición, pero sí fue un error la consigna de ir a las elecciones con el «voto en la columna en blanco», cuando la dictadura de Machado tenía entronizado un régimen de terror en el país y no existían las mínimas condiciones de «legalidad burguesa» posibles de aprovechar. La decisión no fue comprendida por muchos, y los alejó del PC.
10. Véase Ladislao González Carbajal, *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, pp.78-79; Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit. Fracción Comunista del Ala Izquierda Estudiantil de Cuba, «Al Comité Central del Partido Comunista de Cuba», La Habana, 5 de octubre de 1932, AIH Salvador Vilaseca, D284, octubre, 1932.
11. Ladislao González Carbajal, ob. cit., p. 78. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, «Resolución...», ob. cit.
12. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, «Resolución...», pp. 8-12. Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit.; entrevistas realizadas por el autor a Manuel Tur Lambert, José Antonio Portuondo, Sergio Mateo, Julio Le Riverend, Abelardo Ramas Antúnez, Idalberto Ferrer Acosta (La Habana); Manuel García Suárez, Berta García López (Matanzas); Pedro Verdecie Pérez, Luis Galano Torres (Las Tunas); Luis Miyares, Roberto García Ibáñez, Antonio Ferrer Cabello (Santiago de Cuba); Roberto Mineto y Luciano García (Guantánamo); entrevista de Robert Alexander a Charles Simeón (Nueva Jersey); entrevista realizada por Maricela Vázquez Rodríguez a Ángel Murillo Granjel (La Habana); carta de Carlos Padrón Ferrer al autor, ob. cit.
13. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, «El Partido Comunista...», p. 43.
14. Véase «A los obreros y campesinos. Al pueblo trabajador», Manifiesto del Buró Provincial de Oriente de Defensa Obrera Internacional (Oposición), Santiago de Cuba, 3 de julio de 1933, *Defensa Obrera*, Órgano de la Oposición de Defensa Obrera Internacional, a. I, Puerto Padre, 27 de agosto de 1933; entrevistas a Manuel García, Luis Miyares y Pedro Verdecie.
15. «...was limited to a few small unions, survivors of the anti-labor crusade of the Machado regime». [estaba limitado a unos pocos sindicatos pequeños de la cruzada antilaboral del régimen de Machado]. Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit.
16. En diversos documentos, no solo del PC, sino de los propios trotskistas, se pone de relieve la composición social mayoritariamente pequeñoburguesa de la Oposición Comunista de Cuba. Véase Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit.; y «On the movement of the Fourth International in Latin America [marzo de 1940]. Report to Emergence Conference of the FI by the Latin American Department. Cuba», en *Documents of the Fourth International. The Formative Years (1933-1940)*, Pathfinder Press, Nueva York, 1973.
17. Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit., p. 8.
18. *Ibidem*, p. 9; *Comunismo*, órgano teórico mensual de la izquierda comunista española, Madrid, mayo de 1933; *The Militant*, Nueva York, 10 de junio de 1933.
19. *Comunismo*, ob. cit.; entrevistas a Luis Miyares y Pedro Verdecie. En el archivo de Luis Miyares existen ejemplares de la revista *Comunismo* de los años 1932 y 1933, y en el de Pedro Verdecie se encuentra literatura trotskista editada en España, que él asegura se recibían desde 1932.
20. Pelai Pagés, *El movimiento trotskista en España. (1930-1935)*, p. 83. Pagés indica como fuente la carta que le envió I. Iglesias el 2 de mayo de 1975.
21. Henry Lacroix, Comité Ejecutivo de la Izquierda Comunista Española, «A los grupos de América Latina de la oposición comunista de izquierda», en Bernardo Claraval, *Cuando fui comunista*, pp. 62-63; Pelai Pagés, ob. cit., pp. 100-21.
22. «Carta de Juan López a Andrés Nin», La Habana, 31 de marzo de 1933. Instituto Internacional de Historia Social (IIHS), Amsterdam.
23. «Carta de Opposition de Gauche Internationale [Bolcheviques-leninistas] aux camarades de Habana», s/f., IIHS.
24. *Comunismo*, ob. cit., p.234.
25. *The Militant*, Nueva York, 10 de junio de 1933.
26. *Opposition Comuniste de Cuba. Secretariat General*, «A la Section française de l'Opposition de Gauche Internationale» (La Habana, s/f.), IIHS.
27. *Opposition de Gauche Internationale*, «A l'Opposition Com. de Gauche Cuba» (París, 29 de junio de 1933), IIHS.
28. Según Pelai Pagés, las discrepancias de Trotsky y Nin se iniciaron con la separación de Alfred Rosmer de la dirección de la Liga Comunista francesa, lo que fue apoyado por el primero, pero con lo cual Nin no estuvo de acuerdo; por otra parte, Trotsky apoyaba al grupo encabezado por Lacroix, que constituía una minoría en la Izquierda Comunista de España, de la que había sido separado. Nin y la dirección trotskista española criticaban a Trotsky y al Secretariado Internacional por aplicar métodos incorrectos; por su parte, Trotsky acusaba a Nin de frenar la formación de la Oposición española y de hacer todo lo posible por aislarla de la Oposición Internacional.
29. Leon Trotsky, *Oeuvres*, marzo-julio de 1933, p. 161. [Traducido por el Dr. Hebert Pérez Concepción.]
30. Entrevista de Robert Alexander a Charles Simeón, ob. cit.; Carta del Bolshevik-Leninist Party, ob. cit., pp. 7-9.
31. Comité Central del Partido Comunista de Cuba, ob. cit., pp. 8-10. Lionel Soto, ob. cit., p. 169.
32. Archivo Nacional de Cuba (ANC), Especial, Leg. I, Exp. 194.
33. *Ibidem*, Exp. 193.
34. Comité Central de la Oposición Comunista, *En el camino de la Revolución.. Cuba*. 1933, 10 de mayo de 1933, La Habana, ANC, Especial, Leg. 14, Exp. 141.
35. Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba (AHPSC), Tribunal de Defensa Nacional, Leg. 3, Exp. 30.
36. Partido Comunista de Cuba, *Manifiesto Programático del Buró de Oposición Comunista*, p. 1.
37. *Ibidem*.

38. *Ibíd.*, p. 8.
39. *Ibíd.*, pp. 6-7.
40. Comité Central de la Oposición Comunista, *ob. cit.*, p. 6.
41. *Ibíd.*, p. 3.
42. Véase Rubén Martínez Villena: «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario», en Josefina Meza Paz, Rubén: *antología del pensamiento político*, pp. 437-49.
43. Comité Central de la Oposición Comunista, *ob. cit.*, pp. 3-4.
44. *Ibíd.*, p. 7.
45. *Ibíd.*, p. 3.
46. *Ibíd.*, p. 4.
47. *Ibíd.*, p. 11.
48. Oposición Comunista de Cuba, *Estatutos*, p. 1.
49. *Ibíd.*
50. *Ibíd.*
51. La organización básica era la célula, que podía ser constituida según un criterio laboral o territorial; es decir, en fábricas, talleres, ingenios u otros centros de trabajo; o en pueblos o barrios. Su instancia superior era la junta de células. Los organismos intermedios eran las secciones y los distritos; la sección agrupaba a un cierto número de células y el distrito a varias secciones de un territorio dado. La máxima instancia, en ambos niveles, serían las conferencias seccionales, integradas por delegados de las células, y las conferencias distritales, integradas por delegados de las secciones; entre una conferencia y otra, los órganos dirigentes serían el comité seccional y el comité distrital, respectivamente. El Congreso Nacional debía ser el órgano supremo de la OC, formado por delegados de las células, y se encargaría de elegir el Comité Central, instancia superior de la OC, entre un congreso y otro. A su vez, este sería el encargado de elegir el Buró Político, que dirigiría a la organización en el intervalo de las reuniones del C.C. De no poder efectuarse el Congreso Nacional, se realizarían conferencias nacionales con delegados de todas las secciones de la OC. La Conferencia Nacional tenía facultades para elegir el Comité Central. En los niveles de Comité Central, comités distritales y seccionales, serían creados departamentos subordinados a sus respectivos órganos dirigentes, con el encargo de desarrollar tareas específicas, y dirigidos cada uno por un secretario; serían organizados los siguientes departamentos: organización y finanzas; propaganda y agitación; sindical, agrario y antimperialista. El trabajo de los secretarios de los departamentos sería controlado por el Secretario general.
52. *Ibíd.*, p. 2.
53. Comité Central de la Oposición Comunista, *ob. cit.*, pp. 2-3.
54. «¡Al pueblo de Cuba! ¡A todos los estudiantes!», La Habana, 28 de junio de 1933 [Manifiesto del AIE], *Pensamiento Crítico*, n. 39, La Habana, abril de 1970.
55. Ala Izquierda Estudiantil de Cuba. Comité Central, «A todos los estudiantes de Cuba. A las masas trabajadoras», La Habana, 27 de noviembre de 1932, en Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, t. III, 1973, p. 540.
56. Raúl Roa, *La Revolución del 30 se fue a bolina*, Instituto del Libro, 1969, p. 276.
57. Véase Mario Riera Hernández: *Historial Obrero Cubano*, pp. 80-84; Jorge García Montes y Antonio Alonso Ávila, *ob. cit.*, pp. 123-7.
58. Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, *ob. cit.*, p. 484.
59. El llamado «error de agosto» fue esencialmente el resultado de la aplicación de la línea sectaria de clase contra clase, vigente por aquellos años en el movimiento comunista internacional. Para profundizar sobre este aspecto puede consultarse Lionel Soto, *ob. cit.*, pp. 376-95; Raúl Roa, *El fuego de la semilla en el surco*, *ob. cit.*, pp. 482-92; Comité Central del Partido Comunista, «El papel del Partido en la lucha contra Machado en agosto», en AIHC, *Primer Partido Marxista Leninista*, 1/2:1/1.2/52-59.
60. Federación Obrera de La Habana. Comité de Huelga, «Trabajadores. Continúad el paro por vuestras demandas. Atrás los traidores que ordenan la vuelta al trabajo», La Habana, 12 de agosto de 1933, en Archivo de Evelio Tellería Toca.

©  2001.

Política y reformismo en Cuba. 1902-1952

Marifeli Pérez-Stable

Profesora invitada. Universidad Internacional de la Florida.

El 20 de mayo de 1902 la bandera cubana se izó en el Castillo de El Morro. Treinta y cuatro años después de que la Guerra de los Diez Años convocara a una Cuba libre, la República se inauguraba, aunque no plenamente soberana. En 1898, los Estados Unidos habían intervenido en la Guerra de Independencia y posteriormente ocuparon la Isla hasta 1902. Al principio dudaban si debían permitir la independencia; pero, al quedar incluida la Enmienda Platt en la primera Constitución republicana, accedieron a ella. Las organizaciones que habían formado el movimiento independentista de 1895 prácticamente no tuvieron influencia en el surgimiento de la República: el Partido Revolucionario Cubano había sido disuelto y el Ejército Libertador había sido licenciado en 1899. Dos de los tres líderes principales de la independencia —José Martí y Antonio Maceo— habían muerto. El tercero, Máximo Gómez, ya viejo y solo, había dado su aquiescencia para la disolución del Ejército Libertador. En 1901, la Convención constituyente tuvo que afrontar un dilema desgarrador: aceptar la Enmienda Platt, que constreñía la soberanía nacional de forma tan flagrante, o rechazarla sabiendo que, sin ella, no habría República.

Los constituyentes rechazaron la intransigencia y se conformaron con una soberanía a medias.

La República bajo la Enmienda Platt

La desarticulación social marcó a la joven República. Los hacendados apenas tenían otro recurso que confiar la reconstrucción económica del país al capital extranjero, vinculando así su bienestar al de estas inversiones. La consolidación y expansión de los intereses españoles también limitó las oportunidades cubanas en el comercio, la industria y las actividades profesionales. Las diferencias nacionales y raciales dividieron a las clases populares. La inmigración masiva, principalmente desde España, Haití y Jamaica, aumentaron las filas de las clases trabajadoras para satisfacer las demandas laborales de una industria azucarera en rápida expansión.¹ El desempleo, el subempleo y los bajos salarios acompañaron a la expansión del capital extranjero. El malestar de los trabajadores amenazó el orden, de manera que los primeros gobiernos debieron pasar por la prueba de

fuego de intentar mantener un entorno favorable a las inversiones extranjeras para evitar la intervención norteamericana. Contener a las clases populares se convirtió en la razón sine qua non de la joven República.

Así pues, se hacía indispensable formar gobiernos estables, si Cuba quería salvaguardar un mínimo de independencia. Sin embargo, fueron precisamente las condiciones en las que se fundó la República las que minaron la estabilidad necesaria para evitar la intervención. Aunque la recuperación económica dependía de un clima favorable para las inversiones extranjeras, la expansión económica traía consigo la movilización de los obreros. A su vez, el Estado no podía concertar compromisos; el capital extranjero rechazaba concesiones tales como el establecimiento del salario mínimo y la contratación mayoritaria de mano de obra cubana. Como los extranjeros controlaban la industria y el comercio, el sector estatal se convirtió en el reino exclusivo de los cubanos. El control de las nóminas burocráticas proporcionó acceso a recursos inaccesibles en cualquier otro sector. Las reelecciones presidenciales se convirtieron en focos de controversia a medida que los titulares se manifestaban reacios a entregar el poder.²

Como principio, la clase política intentaba evitar la intervención; la Enmienda Platt era un recordatorio ostensible de la limitada independencia del país. No obstante, se hizo bastante frecuente apelar a los Estados Unidos para dirimir disputas electorales, aunque no eran estas las únicas ocasiones en que se produciría la intromisión norteamericana. Washington insistía en que hubiera honestidad en la administración pública, pero la virtud y el respeto al tesoro público contravenían la lógica de la política republicana. Para la clase política la corrupción era la condición tácita de la estabilidad, en tanto que para los Estados Unidos la mala administración del Estado era evidencia de la capacidad limitada de los cubanos para autogobernarse. En 1921, el gobierno estadounidense envió al general Enoch Crowder a bordo del acorazado Minnesota, con la misión de asegurar la honestidad en la conducción de los asuntos públicos, pero la delegación hubo de marcharse sin cosechar grandes éxitos. Todo lo que sostenía al sistema político cubano iba en contra de las reformas que los Estados Unidos intentaban realizar bajo la Enmienda Platt.

Durante los años 20, los Estados Unidos comenzaron a entrever que los términos en los que se desenvolvían sus relaciones con Cuba causaban cada vez más problemas. Las reiteradas injerencias no daban lugar a gobiernos estables, capaces de mantener el orden y defender el capital extranjero. Los períodos de cambios presidenciales eran casi siempre momentos de agitación, y la amenaza, o las propias intervenciones,

no traían ni paz ni tranquilidad duraderas, sino más bien ponían al descubierto la incompetencia de la clase política y, como resultado, los trabajadores y los sectores reformistas aumentaban sus protestas, de marcado acento nacionalista. La Enmienda Platt, de hecho, corrompía a la élite política cubana. La formulación de una nueva política hacia Cuba, en cambio, ayudaría a mitigar el creciente descontento latinoamericano que traían consigo las intervenciones norteamericanas en México y en el Caribe.³ Además, esta década dio lugar a un despertar de la sociedad civil y de movimientos políticos que pusieron en entredicho a los cimientos de la República.

La elección de Gerardo Machado como presidente, en 1924, ofreció a Washington la oportunidad de establecer una nueva modalidad de relaciones con las élites cubanas. El nuevo presidente logró favorecer los intereses cubanos sin alarmar al gobierno estadounidense, como con la ley de aranceles, de 1927, que incluía casi todas las demandas de la Asociación Nacional de Industriales de Cuba (ANIC) y otros grupos reformistas. La construcción de la Carretera Central acabó con el monopolio extranjero sobre los ferrocarriles, dedicados casi absolutamente a la industria azucarera. El progreso en la educación se hizo evidente con la construcción de escuelas y el crecimiento de matrículas. Al mismo tiempo, Machado reprimía de forma implacable las protestas populares y de ese modo garantizaba al gobierno norteamericano su compromiso de defender el capital foráneo. Cuba, finalmente, tenía un gobierno capaz de asegurar la paz social sin la intervención extranjera; pero el programa machadista pronto comenzó a deshacerse.

La crisis azucarera posterior a 1925 —provocada por el estancamiento de los mercados, la caída de los precios y la tarifa Hawley-Smoot en los Estados Unidos— fue una mala señal para el gobierno: se detuvo el proceso de diversificación, aumentó el desempleo y, por tanto, decrecieron el nivel de vida y el ingreso per cápita. Con los ingresos presupuestarios en declive, las obras públicas tuvieron que suspenderse. Muchos funcionarios del Estado fueron despedidos, y otros vieron sus salarios reducidos en un 60%. Por otro lado, Machado pretendía la reelección, contraviniendo su promesa electoral de permanecer solamente un período en la presidencia. En 1928, los conservadores y los liberales —haciendo caso omiso de una rivalidad de tres décadas— formaron una coalición para apoyar la ampliación del período presidencial de Machado, pues las clases populares continuaban desafiando el status quo, y Machado parecía ser el adecuado para la tarea de contenerlas. El nuevo acuerdo, conocido como cooperativismo, marcó una ruptura en el modelo político cubano.

El cooperativismo provocó una amplia oposición. Los estudiantes de la Universidad de La Habana exigían la autonomía universitaria y, a medida que la economía se deterioraba, la clase obrera se tornaba más combativa. En marzo de 1930, 200 000 trabajadores fueron a la huelga. Se elevaba el número de organizaciones que se oponían al gobierno, a lo que Machado respondía con la intimidación, el acoso y la represión. El ABC, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), el Partido Comunista de Cuba (PCC) y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOOC), a su vez replicaban a la represión oficial con sus propias violentas acciones. Incluso la clase política se dividió: los miembros disidentes formaron la Unión Nacionalista y llevaron a cabo un levantamiento armado que fue un fracaso. Con una oposición que brotaba de todos los ámbitos de la sociedad, el gobierno de Machado se hacía cada vez más intransigente.

Los Estados Unidos no intervinieron activamente en la galopante crisis hasta 1933. El Departamento de Estado había dado la bienvenida al cooperativismo y a la reelección de Machado. Inicialmente, la represión contra los obreros y los estudiantes no preocupaba al gobierno norteamericano: Machado estaba utilizando la fuerza para mantener la paz, y mientras consiguiera su objetivo no había necesidad alguna de intervenir. A pesar de todo, los Estados Unidos se vieron arrastrados por el torbellino, pues la depresión económica convirtió el conflicto político en una crisis social, de manera que los recursos de la política republicana se agotaban y la intervención norteamericana parecía inevitable.

En mayo de 1933, el presidente Franklin Delano Roosevelt nombró al Secretario de Estado Adjunto, Sumner Welles, embajador en Cuba. Durante casi siete semanas, Welles actuó de intermediario entre el gobierno de Machado y los sectores «responsables» de la oposición. Las organizaciones antimachadistas más radicales, como la CNOOC, el Partido Comunista y el Directorio Estudiantil Universitario, no reconocieron el derecho del embajador a ejercer de árbitro, pero la Unión Nacionalista y el ABC sí. Welles perseguía dos objetivos inmediatos: retirar a Machado de la presidencia y forjar un nuevo consenso entre los miembros de la clase política, del ejército y de la oposición «responsable», a fin de evitar la intervención. En un último intento por permanecer en el poder, Machado se resiste a la mediación, denunciando a los Estados Unidos e incluso insinuando que el ejército de la Isla lucharía contra los marines. La alta oficialidad militar se estremeció ante tal perspectiva y se volvió contra el presidente. El 12 de agosto de 1933, Machado huyó en dirección a las Bahamas.

Pero no fue la mediación la causa final de la caída de Machado, sino la huelga general. En La Habana, el

gobierno se había enfrentado violentamente a los choferes de ómnibus que se habían declarado en huelga, lo que fue seguido por una serie de paros en solidaridad, y unos 200 000 trabajadores paralizaron la capital y otras ciudades, mientras que el malestar social se extendía también al campo. Alegando la necesidad de evitar la intervención norteamericana, los comunistas, que controlaban la CNOOC, llegaron a un compromiso de última hora con Machado e intentaron cancelar la huelga, pero los trabajadores no respondieron. Después de la huida de Machado, Welles instala a Carlos Manuel de Céspedes y Quesada en la presidencia, pero su gobierno no sobrevive a la oleada de protestas populares. La mediación, sin embargo, no consiguió sofocar el desafío del pueblo: las clases populares estaban organizadas y movilizadas, y Céspedes resultaba un peón norteamericano demasiado evidente. El machadato y más de tres décadas de plattismo habían agotado a la clase política.

El 4 de septiembre de 1933, algunos sargentos que exigían aumentos de salario y la agilización de las promociones se rebelaron contra el cuerpo de oficiales, de manera que el movimiento civil de oposición desembocó en un golpe militar. Con el apoyo de oficiales insurgentes y del Directorio Estudiantil Universitario se formó una comisión ejecutiva: la llamada Pentarquía.⁴ Una semana más tarde, Ramón Grau San Martín fue nombrado presidente y Antonio Guiteras, joven nacionalista radical, ministro de Gobernación. Sin consultar a los norteamericanos, el gobierno de Grau-Guiteras derogó la Enmienda Platt, desafiando así a los Estados Unidos, a la clase política y a la alta oficialidad del ejército cubano.

Durante cuatro meses, el gobierno de Grau-Guiteras libró una encarnizada lucha en su intento de defender un programa nacionalista y reformista, según el cual se aprobaron decretos sobre el salario mínimo, la jornada laboral de ocho horas, la reducción de las tarifas eléctricas, compensaciones laborales y negociaciones colectivas. Se otorgó a las mujeres el derecho al voto y se concedió la autonomía universitaria. Con la ley del 50% se decretaba que al menos la mitad de los empleados de las empresas debían ser cubanos. Se anunciaron proyectos que promovían la reforma agraria y los derechos de los colonos frente a los centrales, en gran medida propiedad de extranjeros. Cuba para los cubanos retumbaba en la isla entera. El gobierno trató de establecer el control nacional sobre la vida económica y política. No obstante, después de cuatro meses, Grau se vio obligado a renunciar.

La oposición a la administración nacionalista cubrió el espectro político. La reforma no satisfacía las expectativas revolucionarias del Partido Comunista y de la CNOOC. La vieja clase política y los nuevos grupos

que habían aceptado la mediación de Welles temieron quedar fuera de la vida política, amenaza insinuada por el gobierno de Grau-Guiteras. Para los oficiales depuestos no había ningún compromiso tolerable con los sargentos que los habían echado. Las huelgas y otras acciones de la clase obrera inquietaban tanto al capital norteamericano como al cubano. Los huelguistas establecieron soviets, y de esa forma tomaron el control de un número importante de centrales, que molían aproximadamente un 25% de la zafra. Los intereses azucareros y no azucareros se unieron en oposición a un gobierno aparentemente incapaz de restaurar la paz social. Por otra parte, el gobierno norteamericano se negaba a aceptar la soberanía cubana, por lo que la administración Roosevelt demoraba el reconocimiento diplomático y, entretanto, Welles maniobraba para asegurar una alternativa más en concordancia con los intereses que él representaba. Las divisiones en el seno del gobierno de Grau-Guiteras ofrecieron a Welles una gran oportunidad, y Fulgencio Batista sirvió de soporte para neutralizar el movimiento popular.

Habiendo dirigido la revuelta del 4 de septiembre contra la oficialidad del Ejército, el sargento Batista se convirtió en el principal agente de poder en la crisis cubana. Apoyó al gobierno de Grau-Guiteras en dos ocasiones clave: a fines de septiembre, cuando el Ejército dispersó violentamente una manifestación dirigida por los comunistas en La Habana, lo que provocó enfrentamientos con obreros en huelga a lo largo de toda la Isla; y a principios de octubre, cuando los oficiales depuestos intentaron dar un golpe de Estado. En ambas ocasiones, Batista reforzó al gobierno, aislando a la facción radical de Guiteras e incrementando la dependencia de los moderados hacia el Ejército. El embajador Welles tomó cuidadosa nota e inició conversaciones con Batista, quien colaboró con aquel para desplazar a Grau de su cargo, en enero de 1934. Sin embargo, la revolución antimachadista y el gobierno nacionalista habían transformado a Cuba en solo cuatro meses.⁵

Entre 1934 y 1940, se forjó un nuevo consenso para gobernar a Cuba. Después de 1934, cuando la administración Roosevelt abolió la Enmienda Platt, los Estados Unidos renunciaron a intervenir constantemente. Con Batista y el nuevo cuerpo de oficiales, el Ejército dejó de ser un apéndice del gobierno de turno y se convirtió en el árbitro de la política. El cooperativismo había manchado el prestigio de los viejos partidos, y ni siquiera los disidentes de la Unión Nacionalista pudieron mantener un lugar prominente en la Cuba que sucedió a Machado. Hasta 1940, la facción antimachadista de los viejos políticos constituyó gobiernos civiles interinos, pero eran Batista

y las fuerzas armadas los que ejercían el poder real en Cuba. Cuando el presidente Miguel Mariano Gómez se enfrentó al Ejército en el tema del control militar sobre el sistema educativo, el coronel Batista consiguió suficiente apoyo en el Congreso para enjuiciar al presidente. Después de 1936, la vieja clase política nunca más volvió a intentar recuperar el poder.

La pax batistiana, por otro lado, aunó fuerzas en todo el espectro político. Hasta 1935, la CNOG, dirigida por los comunistas, continuó haciéndole frente al capital: durante el año que siguió a la caída del gobierno de Grau-Guiteras se produjeron más de cien huelgas, incluyendo tres generales, de unos 200 000 obreros. Batista respondió con fuerza contundente y logró reducir al movimiento obrero. En mayo de 1935, el Ejército asesinó a Antonio Guiteras cuando, en plan de organizar una expedición armada, trataba de abandonar el país. Con su muerte como símbolo y con la efectividad de la represión, terminó la revolución de 1933. Sin embargo, la clase obrera era ya un elemento que tomar en consideración. Durante los años 30, el Estado continuó aprobando reformas laborales, y Batista permitió que el Partido Comunista reconstruyera el movimiento obrero. En 1939 se fundó, bajo el liderazgo comunista, la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC). La clase obrera comenzaba a desempeñar un papel fundamental en el nuevo consenso político que iba surgiendo.

Del mismo modo, Batista hizo suyas muchas demandas reformistas de los años 20. En 1937, anunció un programa económico y social de tres años que incluía planes para la creación de un Banco Nacional, apoyo a la diversificación agrícola, garantías para la tenencia de tierras, reparto de beneficios entre los hacendados y los colonos, distribución de las tierras públicas entre las familias campesinas, aprobación de una legislación laboral y aplicación de reformas en la educación y la salud pública.⁶ En 1940, convocó a una Asamblea constituyente que incluía a todos los sectores políticos, sentando así las bases para la restauración de la democracia representativa. Bajo la Constitución de 1940, se celebraron elecciones, y Fulgencio Batista devino presidente de Cuba. El sistema político comenzaba a moverse según una nueva lógica.

La República bajo la Constitución de 1940

La elección de Batista implicaba tanto ruptura como continuidad. El propio presidente era parte de la nueva generación de líderes políticos. Nuevos grupos sociales —en especial la clase obrera— se incorporaron a la corriente principal de la política nacional. La Constitución de 1940 restablecía la democracia

representativa y reflejaba un equilibrio social: legitimó los derechos de los trabajadores, prohibió los latifundios y asignó al Estado un papel central en la economía, a la vez que proclamaba la inviolabilidad de la propiedad privada.

No obstante, continuaba existiendo cierta continuidad con la Cuba anterior a 1933. Sin la Enmienda Platt, los Estados Unidos dejaron de entrometerse en cada faceta de la vida cubana, pero la cuota azucarera en el mercado norteamericano fortalecía los lazos de dependencia, y la reciprocidad seguía reafirmando la centralidad del azúcar para la economía nacional. Las consultas informales sustituyeron a la intervención formal, y los políticos cubanos invariablemente visitaban al embajador de los Estados Unidos para saber su opinión sobre una amplia gama de asuntos. Los hacendados y los colonos viajaban de modo habitual a Washington para entrevistarse con funcionarios del Departamento de Agricultura y negociar la cuota azucarera. La vieja clase política se mantenía al margen, pero no estaba ausente de la vida pública. Sus miembros participaron en la Asamblea constituyente de 1940 y entraron a formar alianzas electorales con los nuevos partidos políticos. A finales de los 30, Batista restauró en sus mandos a muchos de los oficiales machadistas depuestos. La corrupción y el soborno sobrevivieron al machadato y a las luchas revolucionarias de esos años, en tanto que los funcionarios públicos seguían considerando el tesoro nacional como su campo de acción privado.

La clase obrera era un aliado potencial del movimiento reformista encabezado por la Asociación Nacional de Industriales de Cuba (ANIC). La diversificación agrícola y la industrialización sustitutiva de importaciones prometían una ampliación del empleo y del mercado nacional que beneficiaría a las clases populares y a los sectores no azucareros de las clases económicas. No obstante, la incipiente alianza reformista tuvo que hacer frente a obstáculos casi insuperables. La preminencia del azúcar y la reciprocidad comercial con los Estados Unidos conformaban un círculo vicioso, y las exigencias del momento casi siempre relegaban las posibilidades futuras a un último plano. Sin embargo, la consolidación del status quo se produjo en el seno de un nuevo equilibrio entre las fuerzas sociales, pues a diferencia de la primera República, la Cuba posterior a 1933 no podía ignorar a la clase obrera.

Aunque los trabajadores no habían ganado las luchas de los años 30, resultaban indispensables para establecer un nuevo orden. Como la Confederación de Trabajadores de Cuba, dirigida por los comunistas, estaba incluida en el consenso que llevó a la institucionalización de la Constitución de 1940, el Estado

cubano se veía ante un dilema. La Gran Depresión del 29 y la Segunda Guerra Mundial habían reforzado la importancia del azúcar, lo que evidentemente oscurecía el panorama de oportunidades de empleo; y llevar a cabo una reforma dentro del status quo ofrecía la posibilidad de una redistribución del ingreso, pero no la posibilidad de un crecimiento sostenido. Sin embargo, la clase obrera estaba organizada, era combativa y exigía que el Estado respondiera a sus demandas y, en esas condiciones, representaba una importante base de apoyo para Fulgencio Batista, Ramón Grau San Martín y Carlos Prío, los tres presidentes elegidos entre 1940 y 1952. La problemática del empleo ilustraba bien la interacción que tenía lugar entre los sindicatos, las clases económicas y el Estado en una economía de monocultivo.

El objetivo primario del movimiento sindical posterior a 1933 era el de salvaguardar el empleo. Sus esfuerzos, por lo general, mostraron ser efectivos, pues a pesar de que no se llegó nunca a aliviar de manera significativa la situación del empleo y del subempleo, sí se logró garantizar la seguridad laboral para aquellos que ya contaban con un puesto de trabajo: a lo largo de los años 40, los sindicatos impidieron la modificación de un decreto sobre cesantías, según el cual los trabajadores solo podían ser echados a la calle después de largos trámites; en tres de cada cinco casos, los tribunales decidían a favor del trabajador y, con cierta regularidad, el poder ejecutivo decretaba incrementos de salarios.⁷ Los sindicatos lograron mantener la posición de los obreros sindicalizados, lo que, por otra parte, impedía que el capital elevara su eficiencia.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las operaciones de los submarinos alemanes en el Caribe obligaron al gobierno cubano a limitar los embarques de azúcar en un número reducido de puertos. Posteriormente, los trabajadores de los puertos que habían caído en desuso, recuperaron sus niveles previos de embarques, aun cuando los hacendados preferían continuar con los puertos utilizados durante la contienda por contar con mayores y más eficientes instalaciones.⁸ En el azúcar, los trabajadores obtuvieron compensaciones por la llamada superproducción: cuando las mejoras técnicas en los centrales reducían el número de días de zafra, los hacendados se veían obligados a desembolsar sueldos por el número de días que el central había funcionado el año previo a la aplicación de la innovación. También se resistieron a los intentos de la industria de poner en práctica la carga del azúcar a granel, pues eso habría reducido el empleo. En el sector del tabaco, la oposición sindical a la modernización de la industria, que había sido aprobada por el gobierno, obligó a este a decretar una compensación para los obreros que

quedaran desplazados. Una compañía de ferrocarriles estimaba que el 40% de su nómina consistía en subsidios y en pagos por trabajos no realizados. Las clases económicas lamentaban el hecho de que las concesiones a los trabajadores se tradujeran en setenta días al año que en realidad eran de asueto: treinta de vacaciones, once por enfermedad y asuntos propios, cuatro libres y veintisiete por la remuneración de la semana laboral de 44 horas como si fuera de 48.⁹

Muchos líderes sindicales reconocían que sus acciones iban en detrimento de las perspectivas del desarrollo a largo plazo. Pero el recuerdo de las condiciones anteriores a 1933 y las luchas revolucionarias que las siguieron estaban aún frescas en la memoria. Por lo tanto, la CTC aprovechó su influencia para defender lo que le correspondía a la clase obrera dentro de la situación reinante. Además, no confiaban en que, aun cuando hicieran algunas concesiones, el capital invirtiera en la economía cubana para crear puestos de trabajo, pues el flujo de la inversión del capital nacional hacia sectores no productivos, y los Estados Unidos ciertamente suscitaban temores y desconfianza entre la dirigencia de la CTC. Por otra parte, aunque el capital desaconsejaba aumentos de salario por el funesto impacto que producía en los negocios, durante los años 40 los beneficios y ahorros se incrementaron de modo sustancial. Sin embargo, entre 1941 y 1947, los salarios reales crecieron en un 25% y la inflación en un 60%.¹⁰

Las negociaciones colectivas casi nunca decidían las disputas entre patronos y obreros. Un decreto de 1934 permitía al Estado intervenir temporalmente en las empresas cuando no se podían resolver tales conflictos. A pesar de haber sido concebidas como un recurso excepcional, las intervenciones estatales ocurrían con frecuencia, y a menudo favorecían a los trabajadores. Las clases económicas solicitaron repetidamente una ley que estableciera tribunales laborales para regular las relaciones obrero-patronales, pero en realidad tales demandas iban en contra de un sistema político dominado por el poder ejecutivo que ni el presidente ni los obreros tenían ningún interés en limitar.¹¹

Los sindicatos preferían los decretos presidenciales y el arbitraje ejecutivo a la regulación legislativa y judicial, ya que la administración ejecutiva era más susceptible de sucumbir a la presión política inmediata que el congreso o los tribunales.

Por las mismas razones, las clases económicas ensalzaban las virtudes de los procedimientos legislativos y judiciales. Los capitalistas cubanos promovieron en vano la promulgación de un código laboral que regulara las relaciones obrero-patronales y minimizara la intromisión ejecutiva; se esforzaron por evitar la aplicación de la legislación social que consideraban «un

tanto quijotesca» para una economía de monocultivo. Las clases económicas contemplaban al Estado como «uno de los mayores riesgos económicos del empresario [...] atropellando los más elementales principios de Economía»; percibían que «el intervencionismo ha sido, y continúa siendo, la enfermedad profesional de nuestros gobernantes» y culpaban al Estado por su incapacidad para restaurar «un ambiente de paz y tranquilidad en lo que se refiere a relaciones entre capital y trabajo después de 1933». ¹² Los intereses azucareros y no azucareros deploraban por igual lo que consideraban como favoritismo gubernamental hacia los sindicatos. Hacendados y colonos condenaban los aumentos de sueldo decretados por el gobierno a los trabajadores azucareros, y se sintieron particularmente ultrajados cuando, en 1948, el gobierno de Grau congeló los salarios, antes de permitir que se redujeran en concordancia con los precios del azúcar. Dos años antes, los hacendados y los colonos habían demandado judicialmente al gobierno, sin gran éxito, por haberse apropiado del diferencial —la diferencia que resultaba del aumento de los precios del azúcar durante el período de la zafra— para utilizarlo, supuestamente, en obras públicas y en subsidios a los precios de los alimentos. Asimismo, los empresarios denunciaron la política estatal: «La agricultura, la industria y el comercio no están catalogadas aún como actividades benéficas, y su razón de ser [...] descansa en el sistema de utilidades y, o estas se producen o el incentivo para el ejercicio de las mismas desaparece». ¹³ Las clases económicas lamentaban la conducción de la política cubana y exigían tener una mayor influencia en los asuntos públicos.

Sin embargo, los industriales tenían una posición más matizada hacia la clase obrera. En 1945, patrocinaron un almuerzo con los dirigentes sindicales para discutir las relaciones obrero-patronales, al que asistieron hacendados, colonos, otros representantes de las clases económicas, y el ministro del Trabajo. ¹⁴ Lázaro Peña, secretario general de la CTC y comunista connotado, fue el orador principal y destacó cuatro objetivos compartidos por los empresarios y los sindicatos: protección de la industria nacional, creación de un banco nacional, reforma fiscal y la modernización, caso por caso, de la producción. ¹⁵ Pero no hubo acuerdo en cuanto a la reducción de las intervenciones estatales y a la liberalización de los despidos. Este almuerzo subrayaba la disposición de la ANIC de establecer una alianza con el movimiento sindical, controlado por los comunistas. De hecho, desde principios de los años 40, la CTC había estado solicitando la cooperación entre los industriales y la clase obrera para lograr «la unidad nacional y la salvación». Pese a la disposición de la ANIC y de la CTC, la alianza reformista nunca se produjo.

Los gobiernos auténticos no lograron consolidar la democracia representativa ni diversificar de manera significativa la economía. Su presencia reforzaba la vieja lógica de la corrupción sin que, paralelamente, se esforzaran por instituir reformas económicas y políticas.

A pesar de ese acercamiento por parte de los empresarios, las clases económicas contemplaban el movimiento sindical con profunda hostilidad y, sin mucho éxito, alentaron la formación de una segunda confederación a fin de dividir el poder de los obreros. Ocasionalmente, sin embargo, los industriales rompían filas con los de su clase en el sector azucarero: en 1946, cuando el gobierno de Grau se apropió del diferencial azucarero, la ANIC permaneció sospechosamente silente ante las protestas de los hacendados y, en cambio, hicieron un llamado a la cooperación nacional para «la magna tarea de la reconstrucción económica de Cuba», la formulación de «una verdadera y sana política económica nacional» y el cambio de la «organización económica típicamente colonial».¹⁶ Sin embargo, la ANIC no podía, o no quería, llegar a un pacto social con los sindicatos si no existía un consenso entre las clases económicas y, por lo general, reconocía que la pujanza de las organizaciones sindicales y el control comunista eran obstáculos serios para el movimiento productivo del capital.

El Partido Comunista —a partir de 1943 renombrado Partido Socialista Popular (PSP)— y la CTC representaban, no obstante, dos de los componentes fundamentales de la paz social ingeniada por Batista y, junto con la mayoría de los partidos conservadores, formaron parte de la coalición batistiana en las elecciones de 1940. En 1944, el PSP llegó a un acuerdo con Grau, poco después de la victoria del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), mediante el cual el nuevo presidente evitó las presiones que ejercían los líderes de los sindicatos auténticos, Eusebio Mujal y Francisco Aguirre, para que se expulsara a los comunistas del Comité Ejecutivo de la CTC. Grau no podía arriesgarse a desplazar a los líderes comunistas de los sindicatos sin incurrir en un alto costo político.

El recuerdo del gobierno nacionalista de 1933-1934 suscitaba gran entusiasmo popular hacia el gobierno auténtico, pero, por otro lado, producía el mismo grado de aprehensión entre las clases económicas y algunos sectores de las Fuerzas Armadas. Es más, los auténticos no habían logrado la mayoría en el Congreso, y una lucha entre facciones por el liderazgo del movimiento sindical les habría dejado un flanco al descubierto, de manera que Grau echó a un lado su desconfianza hacia

los comunistas —que no habían apoyado su gobierno de 1933-1934—, afianzando el control de estos sobre la CTC. El PSP, por su parte, tenía que aceptar a Grau si quería mantener su influencia en la política cubana, ya que la clase obrera era su principal base de poder. La alianza Grau-CTC de 1944 consolidó la práctica de una estrecha colaboración entre el Estado y los sindicatos que habían iniciado Batista y los comunistas a finales de los años 30. En 1945, el presidente le concedió a la CTC, 800 000 pesos para que construyera un Palacio de los Trabajadores y prohibió la organización de una segunda central sindical en cualquier sector donde ya existiera un sindicato.

Pero los resultados de las elecciones de 1946 minaron la base de la alianza Grau-PSP: el Partido Auténtico (PRC-A) obtuvo la mayoría en el Congreso y se apoderó de la mayor parte de los gobiernos provinciales y municipales. Además, dos años en el poder le habían permitido al PRC-A ampliar la burocracia estatal y recompensar generosamente a sus seguidores. Vencer a la dirección comunista de los sindicatos permitiría a los auténticos ejercer pleno control sobre el movimiento sindical y ganar el favor de las clases económicas, así como apaciguar las preocupaciones norteamericanas por la influencia comunista. La Guerra fría, que entonces comenzaba, estaba transformando el contexto internacional, y el gobierno norteamericano ya no contemplaba impasible el dominio del PSP sobre la clase trabajadora. A pesar de que un informe, de 1945, de la Oficina de Servicios Estratégicos subrayaba que la CTC, controlada por los comunistas, no «atacaba las inversiones extranjeras o el capital nacional o la propiedad privada», el Departamento de Estado expresaba su aprehensión.¹⁷ Ese mismo año, algunos representantes de la Federación Americana del Trabajo (AFL) se reunieron en Miami con los líderes obreros auténticos para discutir una estrategia que detuviera la influencia comunista en los movimientos obreros de Cuba y de América Latina.¹⁸

En 1947, el congreso de la CTC proporcionó la ocasión para desplazar a los comunistas de la dirección de la clase obrera. La comisión obrera auténtica puso en tela de juicio las credenciales de los delegados comunistas que representaban a sindicatos locales, recientemente creados por el PSP a fin de controlar el

congreso y relegir a Lázaro Peña en el puesto de Secretario general. Los comunistas rechazaron estas acusaciones y respondieron con alegatos similares. Los dirigentes laborales auténticos solicitaron al ministro del Trabajo que aplazara el congreso y arbitrara en la disputa. Aunque deseosos de buscar un compromiso con los comunistas, los líderes obreros no afiliados, como Ángel Cofiño y Vicente Rubiera, se inclinaron por los auténticos.

Inicialmente, la administración de Grau intentó mediar en la disputa y propuso que los comunistas permanecieran en la dirección de la CTC, mientras se entregaba el control de la mayoría a los auténticos. En respuesta, Lázaro Peña declaró el respaldo comunista a un candidato independiente como Secretario general. Los líderes obreros auténticos también aceptaron el nombramiento de un candidato independiente, pero rehusaron aceptar a los comunistas bajo ninguna condición. Como resultado, los dirigentes comunistas abandonaron las negociaciones, convocaron su propio congreso de la CTC para mayo del 47, y eligieron a Peña con el apoyo de disidentes auténticos y algunos independientes. En julio, los líderes auténticos y la mayoría de los independientes celebraron otro congreso sindical y eligieron a Ángel Cofiño como Secretario general. En septiembre, el ministro del Trabajo, Carlos Prío, reconoció el congreso de julio y su CTC, con lo que los comunistas perdieron el control del movimiento obrero. Un mes más tarde, el PSP retiró su apoyo al gobierno de Grau.

Purgar a los comunistas de la CTC trajo algunas consecuencias esperadas y otras imprevistas. Las luchas y divisiones por el control debilitaron a la CTC: por un lado, la expulsión de los comunistas no eliminó totalmente su influencia entre los obreros de base, en especial los del azúcar, el tabaco y el transporte; y por otro, la coalición entre los independientes y los auténticos resultó ser de corta duración. En 1949, un nuevo congreso de la CTC eligió como Secretario general a Eusebio Mujal y consolidó el mandato auténtico sobre la burocracia sindical. Cofiño y otros independientes formaron otra confederación obrera. La exclusión de los comunistas de la dirección de los sindicatos también redujo la influencia del PSP en la política cubana. Sin los sindicatos, el Partido quedaba a la deriva. El reformismo militante se había agotado.

Sin embargo, la expulsión de los comunistas no debilitó de inmediato la combatividad de los sindicatos ni disminuyó el intervencionismo estatal. Comparados con los comunistas, que habían conducido las luchas obreras durante dos décadas, a los líderes auténticos les faltaba legitimidad entre los trabajadores de base. En consecuencia, los gobiernos auténticos continuaron con la política de intervención y los decretos ejecutivos

para fortalecer las raíces de sus líderes obreros en la base. El gobierno de Prío decretó sesenta y una intervenciones, el doble que Grau; y entre 1948 y 1952 la proporción de los salarios con respecto al ingreso nacional creció a un ritmo constante aproximado de un 60 a un 69%.¹⁹ Por esa razón, en la conferencia de 1948 sobre el progreso económico nacional se observaba:

Decidido Ramón Grau San Martín en los finales de su mandato a romper sus relaciones cordiales con la dirigencia comunista del obrerismo cubano, se dio a improvisar repentinamente líderes llamados anticomunistas, sin experiencia ni proselitismo real y efectivo entre los trabajadores cubanos, que han pretendido conseguir reivindicaciones otorgadas por el gobierno, más radicales, más costosas y más irracionales en general, que las obtenidas por la dirigencia comunista.²⁰

Un hecho muy significativo es que el control auténtico de la CTC impidió que el movimiento obrero contribuyera a dotar al sistema político cubano de una nueva lógica. Asociada muy de cerca a las administraciones de Grau y de Batista, la CTC, bajo la dirección comunista, debía su primera lealtad al PSP, que, aunque nunca había sido un partido muy importante en cuanto a número de miembros, ejercía una influencia considerable en la vida política. Durante los años 40, cerca de un 7% del electorado votó por ese partido; los representantes y senadores comunistas se distinguían por su disciplina, laboriosidad y honestidad; y a pesar de que solo constituían el 5% del Congreso, presentaban el 15% de todos los proyectos de ley.²¹ Más relevante aún era el hecho de que el PSP no estaba en el poder, por lo que la CTC, dirigida por los comunistas, era más autónoma de lo que la CTC auténtica podría ser.

El PSP añadió un nuevo elemento al sistema político: los comunistas eran, por lo general, honestos y más inclinados a la acción colectiva, y buscaban ampliar su poder para defender lo que ellos entendían como intereses de la clase trabajadora. Los comunistas cubanos eran también realistas: en la práctica defendían las reformas radicales y no la revolución. Desde su base de influencias en la CTC, funcionaban dentro de los parámetros políticos establecidos, mientras desafiaban la lógica de corrupción predominante. Con frecuencia, este partido cambiaba de alianzas para mantener su vínculo con el poder, aunque este cambio de posiciones indudablemente mancillara su credencial radical. Sin embargo, su efectividad dentro del proceso político fortalecía a la democracia constitucional como la lógica emergente en el sistema político. Los comunistas y la CTC aceptaban el nuevo consenso, en tanto que rechazaban la tradición de soborno y corrupción. La CTC bajo el control comunista, también constituía un componente esencial de una reforma política. Pero bajo el mando de los auténticos no se resistió al legado de

los viejos políticos: la nueva dirección se apropió de la burocracia sindical como trampolín para acceder a cargos públicos y como fuente de enriquecimiento personal. En 1950, un líder independiente hizo la siguiente observación: «los únicos dirigentes obreros hoy en día con integridad y capacidad son los comunistas». De forma similar, un líder azucarero del PRC-A afirmó: «Solíamos hartarnos de contribuir con un día de paga para las diferentes causas comunistas, pero al menos sabíamos que no iba a parar a sus bolsillos».²²

Durante los años 40, los gobiernos auténticos no lograron consolidar la democracia representativa ni diversificar de manera significativa la economía. Su presencia reforzaba la vieja lógica de la corrupción sin que, paralelamente, se esforzaran por instituir reformas económicas y políticas. Los auténticos habían surgido con la revolución del 33 y su llegada al poder fue, en un inicio, un signo de esperanza; pero habían cedido a la tentación del rápido enriquecimiento personal, dejando a un lado sus anteriores sueños e ideales revolucionarios. Cuba era todavía una nación de oportunidades económicas limitadas y las elecciones que se acercaban podían expulsar a los titulares de turno del poder. El gobierno de Grau amplió el presupuesto para consolidar el control de su partido y aumentó los gastos discrecionales. Por ejemplo, en 1943, el Ministerio de Educación recibió la asignación de 15 000 pesos al mes para pagar los salarios de maestros que aún no tenían plaza asignada. Tres años más tarde, el mismo propósito requería, ostensiblemente, más de un millón de pesos. Cuando Grau abandonó el poder en 1948, el Ministerio de Educación manejaba cerca de 2 millones de pesos al mes para gastos discrecionales. Estos fondos, evidentemente, cubrían algo más que los subsidios de maestros desempleados.

La corrupción desenfrenada y la desilusión generalizada condujo a la formación de un nuevo partido político: dirigido por Eduardo Chibás, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) rompió con los auténticos en 1947 a causa de la corrupción, movilizó sectores importantes del electorado, sobre todo de clase media, y adoptó un programa de reformas políticas y económicas. Dentro de la democracia representativa, los ortodoxos expresaban los sentimientos del nacionalismo radical y Chibás, con sus programas de radio semanales en los que denunciaba la corrupción con gran dureza, definió la esencia del nuevo partido. Su consigna, «vergüenza contra dinero», identificó con mayor rapidez a los ortodoxos que otros programas políticos que llamaban a la diversificación, la industrialización y la defensa de la soberanía nacional. Al igual que el PSP y la CTC bajo la dirección comunista, el Partido Ortodoxo desafiaba la vieja lógica. Sin

embargo, el personalismo dejaba una marca indeleble en él y, como la mayoría de los partidos políticos en Cuba, no iba más allá de lo que representaba la personalidad que lo dirigía.

En 1948, con el apoyo de casi el 46% del electorado, los auténticos se mantuvieron en la presidencia.²³ Carlos Prío entró en el cargo sin el entusiasmo, o los temores, que habían dado la bienvenida a Grau en 1944. Los auténticos habían aprobado medidas populares tales como el control de los alquileres, la protección contra el desalojo de los campesinos, incrementos de salarios y realización de obras públicas; pero el aumento de la corrupción y el fracaso en cuanto a aliviar el desempleo y la inflación habían empañado considerablemente su popularidad. Por otra parte, las clases económicas veían a Prío con menor suspicacia, pues su labor como ministro del Trabajo durante el gobierno de Grau, cuando los comunistas fueron expulsados de la CTC, había elevado su credibilidad a los ojos de los capitalistas cubanos. De hecho, poco después de iniciar su período presidencial, Prío pronunció un discurso ante una conferencia patrocinada por la ANIC y la Cámara de Comercio, que apaciguó los últimos temores de las clases económicas: el nuevo Banco Nacional no decretaría controles sobre las divisas, ni la devaluación de la moneda. También aseguró que su política de intervenciones en las empresas y de aumentos de salarios sería más «razonable». En un esfuerzo por borrar la imagen de una Cuba que rechazaba al capital norteamericano, el presidente repitió lo mismo en Nueva York un mes después, ante el Consejo Azucarero Cubano-Americano.

El incremento en el número de intervenciones y la creciente proporción de los salarios en relación con el ingreso nacional durante el segundo mandato auténtico fueron, en cierta medida, engañosos con respecto a la dirección que de hecho tomaban las relaciones entre la clase trabajadora y los patronos. Los auténticos querían retener el control de los sindicatos y ampliaron sus concesiones a los obreros para fortalecer así a la nueva dirección. Pero el hecho de que el gobierno bajo Prío recurriera a la intervención estatal con más frecuencia que bajo Grau no indicaba necesariamente una situación más favorable para los obreros. Las clases económicas comenzaron a aplaudir la intervención del Estado, con el fin de convencer al gobierno de que los altos costos de la mano de obra estaban arruinando la economía. Muchos negocios que debían hacerle frente a la bancarota comenzaron a considerar la intervención como la oportunidad de hacerse eficientes sin correr riesgos sociales o políticos. Si el gobierno quería que una compañía continuase en activo, los funcionarios del Estado tendrían que imponer un acuerdo a los trabajadores. Bajo el gobierno de Prío, mientras los

salarios continuaban aumentando, la promulgación de regulaciones que defendían a la fuerza de trabajo declinó ligeramente, y los decretos ejecutivos disminuyeron de modo significativo. También se redujeron las apelaciones judiciales en los procesos por despidos y solo uno de cada dos casos se decidía ahora a favor del sindicato.²⁴

A fines de los años 40 y principios de los 50, el aumento de la violencia también contribuyó a debilitar el gobierno de Prío y el funcionamiento de la democracia representativa. Grupos de acción rivales operaban con impunidad. Después de los años 30, cuando no pocos responsables de la represión machadista evadieron la justicia, se formaron esos grupos para perseguirlos. En los años 40, hacía ya tiempo que habían abandonado sus objetivos políticos y se habían convertido en bandas dedicadas a defender su territorio y saldar cuentas entre ellas. Bajo el gobierno de Prío, la amplitud y frecuencia de sus acciones aumentaron de modo significativo. No resulta, pues, sorprendente que, a principios de los años 50, la población se tornase cada vez más desengañada y temerosa. Era un ambiente propicio a un golpe de Estado, y así ocurrió el 10 de marzo de 1952, cuando Fulgencio Batista tomó, una vez más, tomó las riendas del poder. Si bien para entonces el apoyo popular a Prío había decrecido de manera notable, la ciudadanía se sintió abatida en lo más profundo por la defenestración de la Constitución de 1940, y la bandera de su restauración fue izada unánimemente por la oposición a la dictadura durante los años 50.

Notas

1. Juan Pérez de la Riva, «Los recursos humanos de Cuba al comenzar el siglo: inmigración, economía y nacionalidad (1899-1906)», en *Anuario de estudios cubanos: la república neocolonial*, v. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 11-44; y «Cuba y la migración antillana, 1900-1931», en *Anuario de estudios cubanos la república neocolonial*, v. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, pp. 5-75.
2. Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Under the Platt Amendment*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1986.
3. Dana G. Munro, *The United States and the Caribbean Republics, 1921-1933*, Princeton University Press, Princeton, 1974.
4. Justo Carrillo, *Cuba 1933: estudiantes, yanquis y soldados*, University of Miami, Coral Gables, 1985.
5. Foreign Policy Association, *Problemas de la nueva Cuba*, J. J. Little and Ives, Nueva York, 1935; Charles A. Thomson, «The Cuban Revolution: Fall of Machado», *Foreign Policy Reports*, n. 11, 18 de diciembre de 1935, pp. 250-60, y «The Cuban Revolution: Reform and Reaction», *Foreign Policy Reports*, n. 11, 1 de enero de 1936, pp. 262-76.
6. Plan Trienal de Cuba, Cultural, La Habana, 1938.

7. Jorge I. Domínguez., *Cuba: Order and Revolution*, Harvard University Press, Cambridge, 1978, p. 89.
8. International Bank for Reconstruction and Development, *Report on Cuba*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1951, pp. 393-4.
9. Enrique J. Guiral, «Orientación de la legislación social para el desarrollo de la economía cubana: proyecciones de la reglamentación estatal del trabajo en una economía basada en la empresa libre», en *Conferencia para el progreso de la economía nacional*, Cámara de Comercio y Asociación Nacional de Industriales de Cuba, eds., La Habana, 1949, p. 128.
10. Raúl Cepero Bonilla, *Escritos económicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 45.
11. Durante los años 40, Batista, Grau y Prío hicieron uso máximo de sus poderes ejecutivos, de forma tal que, respectivamente, la proporción entre legislaciones y decretos presidenciales y del Congreso, era de 1 a 57, 1 a 70, y de 1 a 26, de los cuales el 13 %, el 18% y el 17% de los segundos, estaban relacionados con lo laboral. Véase Jorge I. Domínguez, ob. cit., pp. 81-8.
12. Enrique J. Guiral, ob. cit., pp. 124-26; Francisco Fernández Plá, «Política social apropiada para el fomento de la producción nacional», en *Conferencia para el progreso de la economía nacional*, ob. cit., p. 158.
13. *El Mundo*, 7 de mayo de 1947, p. 20.
14. *Diario de la Marina*, 13 de febrero de 1945, p. 11.
15. Blas Roca y Lázaro Peña, *La colaboración entre obreros y patronos*, Ediciones Sociales, La Habana, 1945.
16. *El Mundo*, 5 de febrero, 9 de abril, 14 de mayo, y 28 de mayo de 1946, pp. 10, 19, 21, 19, y 19-21, respectivamente.
17. Office of Strategic Services, *The Political Significance and Influence of the Labor Movement in Latin America. A Preliminary Survey*. Cuba, Washington DC, 1945.
18. *El Mundo*, 3 de febrero de 1946, p. 1.
19. Véase U.S. Department of Commerce, *Investment in Cuba*, Washington DC, 1955, p. 19, para las intervenciones. Calculé el crecimiento de los salarios en relación con el ingreso nacional, sobre la base de la información ofrecida en Banco Nacional de Cuba, *Memoria, 1949-1950*, Editorial Lex, La Habana, 1951, pp. 64 y 68, y *Memoria, 1958-1959*, pp. 95-6.
20. Enrique J. Guiral, ob. cit., p. 126.
21. Jorge I. Domínguez, ob. cit., pp. 102-7.
22. Charles A. Page, «The Development of Organized Labor In Cuba», tesis doctoral, University of California, Berkeley, 1952, p. 112.
23. William S. Stokes, «The "Cuban Revolution" and the Presidential Elections of 1948», *Hispanic American Historical Review*, n. 31, febrero de 1951, p. 74.
24. Jorge I. Domínguez, ob. cit., pp. 81 y 88-9.

Batista: contrarrevolución y reformismo. 1933-1945

José A. Tabares del Real

Profesor. Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz.

Fulgencio Batista y Zaldívar desempeñó un protagonismo cardinal en el proceso histórico cubano durante el cuarto de siglo que transcurrió entre el 4 de septiembre de 1933 y el Primero de enero de 1959. Los objetivos supremos y los hilos conductores de su trayectoria fueron la satisfacción de sus ambiciones de poder, de promoción social, de dinero y de reconocimiento público. Para saciar su codicia, respetó muy pocas cosas. Ningún valor o principio ético, moral o político rigió de manera permanente su quehacer. Promovió programas y proyectos políticos y los sustituyó por otros diametralmente diferentes cuando estimó convenían a sus intereses personales. Gracias a ello, la vida pública de Fulgencio Batista se dividió en disímiles etapas vinculadas entre sí por el denominador común de sus apetencias espurias. El saldo fue fructífero para él y nefasto para la nación y el pueblo cubanos.

¿Rubén Zaldívar o Fulgencio Batista?

Rubén Zaldívar nació a principios del siglo xx en la mayor miseria, en un bohío en la zona rural de Banes,

una de las regiones más pobres y subdesarrolladas de la Isla. Fruto de una unión extramatrimonial, duradera y estable, el protagonista de esta historia sufrió desde bien temprano el doble estigma de ser hijo natural y mestizo. El padre, Belisario Batista, le negó su apellido y lo maltrató desde niño. En su infancia y adolescencia trabajó como mensajero y vendedor ambulante. Estudió la enseñanza primaria en una escuela pública local y la concluyó, gracias a una beca, en el colegio Los Amigos, de la denominación protestante cuáquera, donde aprendió inglés.

En 1914 murió su madre, Carmela Zaldívar, quien lo trató siempre con amor. Entonces él abandonó Banes, a donde solo regresaría ocasional y brevemente. Durante años, se desempeñó en diversas ocupaciones marginales. Fue proxeneta, agente de la lotería ilegal, obrero agrícola y sirviente de los soldados en cuarteles de varias localidades del norte de Oriente y Camagüey. En 1919, obtuvo un puesto en la compañía ferroviaria The Cuban Railroad Co. En 1921, satisfizo su sueño de enrolarse en el ejército.¹ En ese mismo año —al amparo de un Decreto Ley para registrar legalmente a quienes no lo estaban—, se autoinscribió en el Juzgado

Municipal de Banes como Fulgencio Batista y Zaldívar, hijo de Belisario y Carmela, nacido en Banes el 16 de enero de 1901. Poco después, el ejército lo trasladó a la ciudad de La Habana, en la cual, entre 1921 y 1933, se haría taquígrafo y mecanógrafo, impartiría clases en la academia San Mario a los soldados y a hijos de oficiales, crió y vendió pollos, prestó dinero regularmente con alto interés a sus compañeros de armas y ganó el tercer premio en la Lotería Nacional, lo que le permitió comprarse un automóvil. En 1926, se casó con Elisa Godínez, con la que tuvo, en el curso de los años, tres hijos.

En 1927 fue ascendido a cabo y en 1928 obtuvo por oposición una plaza de sargento taquígrafo en la fortaleza de La Cabaña. Poco después ocupó un cargo similar en el campamento de Columbia, a las órdenes del teniente fiscal del distrito, Ricardo Gómez, uno de los jefes del servicio secreto de la dictadura machadista. En virtud de sus funciones en el tribunal militar de Columbia, donde eran juzgados los enemigos del régimen, Batista se relacionó con dirigentes de la oposición; abogados como Carlos M. Palma y Fernando del Busto, periodistas, y otras personalidades. De ese modo conoció mejor la situación y el quehacer político neocolonial. Estrechó relaciones con algunos «sargentos políticos», conocidos desde 1921-25, cuando estuvo destacado en la finca del entonces presidente Alfredo Zayas.²

Durante esos años trabó amistad con Pablo Rodríguez Silverio, presidente del Club de sargentos, cabos y alistados de Columbia, y organizador de los homenajes públicos periódicos de esa institución a Gerardo Machado. También estrechó relaciones con los sargentos José Eleuterio Pedraza, Ignacio Galíndez, José López Migoya y Jaime Mariné, y con el soldado Mario Alonso Hernández.³

Un paso decisivo en su carrera política sería su ingreso, en 1932, en el ramal siete de la organización insurreccional, celular y secreta ABC. Sus funciones militares le permitieron ofrecer información valiosa, que el ABC compartió con el Directorio Estudiantil Universitario de 1930 (DEU).⁴ De acuerdo con los testimonios de la época, Batista era, por aquellos años, un hombre de mediana estatura, fornido, de tez cobriza, pelo lacio negro y figura atractiva. Nunca escatimaba esfuerzos para su superación y era un lector apasionado de libros de Historia, Geografía, Economía, Derecho y Ciencias sociales. Era inteligente, desenvuelto, emprendedor, tenaz, audaz, ambicioso y amoral. Se decía «indio», «blanco», o mestizo de esas razas. Creía, de una manera supersticiosa, en el espiritismo y la Santería, y se había inventado un origen y un nombre falsos. En años posteriores, compraría una genealogía.

nobiliaria «certificada» por un mercader español y ascendería socialmente robando sin medida el tesoro público, pero jamás se libraría de los traumas que lo atormentaban desde la infancia.

El movimiento reformista del 4 de septiembre

El 12 de agosto de 1933, la dictadura de Gerardo Machado fue derrocada. El embajador norteamericano Benjamin Sumner Welles, la alta oficialidad castrense, el ABC, Unión Nacionalista, y otras instancias políticas reaccionarias estuvieron de acuerdo en instalar a Carlos Manuel de Céspedes como presidente provisional, frustrando de ese modo el proceso revolucionario. El primer Partido Comunista de Cuba, Antonio Guiteras y su Unión Revolucionaria, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), el ABC Radical, el ejército de Pro Ley y Justicia, los trotskistas y otras fuerzas revolucionarias o reformistas prosiguieron sin tregua la insurrección. El gobierno se desenvolvió en medio de fuertes contradicciones internas, y la Isla se sumió en el caos.

En esa situación nacional se desarrollaron simultánea e independientemente tres conspiraciones militares: una la integraron jóvenes oficiales de bajo rango, y se vinculó con el Directorio Estudiantil Universitario; otra nucleó a altos oficiales, ajenos al círculo íntimo de Machado, y tuvo como jefe al ex presidente Mario García Menocal, y la tercera, que fue la triunfadora, la promovieron un puñado de sargentos, cabos y soldados.⁵

El complot de las clases fue iniciado por Pablo Rodríguez Silverio y Fulgencio Batista, quien fungió como secretario administrativo. Pronto se les sumaron Pedraza, López Migoya, Galíndez, Mariné, Antonio Santana y Mario Alonso Hernández. Los iniciadores crearon la Junta de Defensa o Unión Militar Revolucionaria, llamada también la Junta de los Ocho, la cual asumió la dirección colectiva de la conjura.⁶

Durante la quincena anterior a la sublevación, el ABC rechazó la invitación de Batista para unirse al complot castrense; sin embargo, los sargentos obtuvieron el respaldo de destacadas personalidades, como el periodista y luchador antimachadista, Sergio Carbó, los dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario, Willy Barrientos, Pepelín Leyva y Rubén de León, y el jefe del ABC Radical, Oscar de la Torre. Mario Alonso Hernández y Antonio Santana, miembros de Unión Revolucionaria, obtuvieron el concurso de Antonio Guiteras y el del Ejército de Pro Ley y Justicia. La Junta de los Ocho elaboró un programa de demandas corporativas y otro político.

El primero incluyó el cumplimiento estricto de la ley que posibilitaba el ascenso de los sargentos a tenientes, la mejora de los salarios, el vestuario y la comida de los soldados, la supresión de los servicios personales a los jefes, y la depuración de los oficiales machadistas, entre otras. Las demandas políticas se basaban en el programa del Directorio Estudiantil Universitario del 22 de agosto de 1933 y fueron recogidas en un documento que Batista y Pablo Rodríguez intentaron transmitir, infructuosamente, por una radioemisora, y que fue publicado más tarde por Carbó.

El 25 de agosto de 1933, Batista, designado por el Club de sargentos, cabos y alistados, pronunció por vez primera un discurso público, en la despedida del duelo del sargento Miguel Ángel Hernández, torturado y asesinado por las fuerzas represivas de Machado. En esa ocasión, explicó el programa político de la Junta de los Ocho, llamó a derrocar al gobierno y abandonó presuroso el Cementerio de Colón, atemorizado, al parecer, por sus propias palabras.

En los días anteriores a la sedición, la Junta de los Ocho celebró varias reuniones en la Gran Logia Masónica, en el Club de alistados y en la propia casa de Batista, e incorporó al complot a sus homólogos de los principales cuarteles del Ejército y la Marina del país. Estos movimientos eran conocidos en las altas esferas militares. Los tenientes Tomás Regalado y Rafael Galeano habían informado, con suficiente antelación, al Estado Mayor del Ejército acerca de la conspiración, pero esa jefatura no les dio crédito o restó importancia a las denuncias.

El 2 de septiembre, el alto mando del Ejército autorizó la solicitud de Pablo Rodríguez para celebrar el día 4 una reunión de sargentos, cabos y soldados en Columbia, pero le ordenó al capitán Mario Torres Menier que asistiese a ella como observador. La disposición del alto mando militar no fue lo suficientemente disuasiva como para evitar la sublevación. Una vez reunidos los sargentos, cabos y soldados de la guarnición de Columbia, convirtieron el encuentro autorizado en una asonada castrense. Se apoderaron del campamento, destituyeron y expulsaron a la oficialidad, arrestaron a los pocos que resistieron, asumieron el mando de todas las unidades y obtuvieron la inmediata subordinación de las clases y soldados del resto de la Isla.

Fulgencio Batista —espoleado en algunos momentos por Mario Alonso Hernández— fue el protagonista principal de la insubordinación de los rangos inferiores. Dirigió la asamblea, arengó reiteradamente a la tropa, tomó las decisiones principales, dio órdenes a sus homólogos de toda la nación y persuadió a Pablo Rodríguez, a Pedraza y a Mario Alfonso para que se trasladaran a Matanzas,

Las Villas y Pinar del Río, respectivamente, a los efectos de garantizar la victoria de la conjura en los cuarteles de esas provincias. A partir de las 11 de la noche de ese día, sin la presencia inconveniente de los tres conjurados, a los que instó a dirigir la rebelión en el interior, Batista negoció —en nombre de los amotinados— con los dirigentes del DEU, el ABC Radical y Pro Ley y Justicia, así como con Sergio Carbó y otras personalidades que fueron llegando a Columbia. Prohibió entrar a Jorge Vivó, César Vilar y otros líderes comunistas que lo intentaron. El resultado de las deliberaciones entre los aforados sediciosos y los civiles subversivos, fue la Agrupación Revolucionaria de Cuba, que asumió el poder absoluto y emitió la «Proclama al Pueblo de Cuba», suscrita por 18 civiles y un solo militar, quien calzó su firma con el título de «Sargento Jefe de todas las Fuerzas Armadas de la República». En la proclama se anunciaba el surgimiento de la Agrupación, integrada por las organizaciones antimachadistas presentes en Columbia y la Junta de los Ocho. Señaló que esta asumía el poder y nombraría y supervisaría el gobierno y todas las autoridades del país. Implantó una presidencia colegiada, exaltó la democracia representativa, y se pronunció a favor de los derechos civiles, laborales y sociales de las masas y por el «restablecimiento del verdadero orden y de la auténtica justicia». A la vez, anunció «el respeto estricto de las deudas y compromisos internacionales de la República» y garantizó las propiedades de los nacionales y los extranjeros. La proclama advertía que los machadistas serían juzgados por tribunales especiales y prometía convocar una Asamblea Constituyente. En resumen, reprodujo en lo fundamental el programa reformista y populista del DEU.

El mismo 5 de septiembre, Batista ordenó publicar y leer en todas las unidades militares otra proclama firmada únicamente por él, como «Sargento Jefe de todas las Fuerzas Armadas de la República», en la que enfatizó el papel decisivo de los militares en la rebelión y repitió algunos aspectos del manifiesto de la Agrupación. Esa declaración fue antecedida por su «Orden general número 1, a todos los aforados», donde informaba que la dirección del pronunciamiento militar estaba integrada por Fulgencio Batista, como «jefe del Movimiento», Pablo Rodríguez, Jefe del Puesto; Ignacio Galíndez, «Ayudante del Jefe», Manuel López Migoya, «Ayudante del Puesto»; y 16 militares más incluido el director de la banda de música. Ese día, el jefe castrense se apresuró a rendir pleitesía a la representación diplomática de Washington: visitó la embajada estadounidense y le ofreció a Benjamin Sumner Welles las garantías necesarias a los intereses

yanquis en Cuba. A su regreso a Columbia, después de dar tan importante paso, el «jefe del movimiento» ofreció una conferencia a la prensa nacional y extranjera en la que destacó de nuevo el papel de los militares en sublevación y su condición de líder.

Al regresar a La Habana, Pablo Rodríguez, Pedraza y Mario Alfonso le cuestionaron inmediatamente el haber sustituido la jefatura colectiva de la Junta de los Ocho por la suya personal. Batista argumentó entonces que la dinámica de los acontecimientos lo obligó a asumir responsabilidades, y prometió que el mando se rotaría anualmente entre los Ocho. Según Pablo Rodríguez, cuando poco después le exigió «cumplir este compromiso, logró expulsarlo del Ejército, una vez que Mario lo hizo, en 1934, lo mandó a matar. A Pedraza, poco inteligente y repudiado por los soldados por despótico, lo manejó hábilmente».⁷

Durante los días siguientes, la Agrupación Revolucionaria de Cuba pasó a denominarse Junta Civil Militar o Junta de Columbia, y quedó integrada por los miembros de la Junta de los Ocho, los civiles firmantes del Manifiesto del 4 de septiembre y algunos revolucionarios, entre ellos Antonio Guiteras. Entre la Junta y el Gobierno surgió una dualidad de poderes que subsistiría durante el Gobierno de los Cien Días.

La Agrupación o Junta destituyó el gobierno de Céspedes, implantó una presidencia colegiada —la Pentarquía— con funciones ejecutivas y legislativas y se autofacultó para nombrar y supervisar al gobierno y a todas las autoridades.⁸

La Pentarquía sobrevivió hasta el 10 de septiembre de 1933. Fue víctima de sus contradicciones internas, de la incompreensión y la oposición de gran parte del pueblo, del aislamiento internacional y de la hostilidad norteamericana. Naufragó el 8 de septiembre, cuando Sergio Carbó ascendió a Batista a coronel sin consultar a los demás pentarcas. El 10 de septiembre, a propuesta del Directorio Estudiantil Universitario, la Junta designó a Ramón Grau San Martín presidente de la República.

El Movimiento del 4 de septiembre de 1933 fue un golpe mortal para la República oligárquica existente en Cuba desde 1902. Por vez primera, una fuerza política triunfó, no solo sin la anuencia previa, sino a espaldas y a contrapelo de los designios yanquis. Los partidos tradicionales y sus dirigentes perdieron su hegemonía y pasaron a depender de los vencedores del 4 de septiembre. Las Fuerzas Armadas —bastión fundamental del sistema neocolonial— comenzaron a sufrir un profundo proceso de reorganización y modernización y se convirtieron en protagonistas políticas de primer nivel. Las clases medias, la pequeña burguesía, el estudiantado y otros sectores urbanos alcanzaron un papel político superior al de la década

de los años 20. Las demandas a favor de la reforma o de la destrucción del sistema colonial se multiplicaron y consolidaron. Batista, Grau, Guiteras, Carlos Prío Socarrás, Eduardo Chibás y otras figuras claves en el pronunciamiento ascendieron a los lugares cimeros de la vida nacional.

El Gobierno de los Cien Días, el coronel Batista y la contrarrevolución

El llamado Gobierno de los Cien Días, presidido por Ramón Grau San Martín, inició su mandato el 10 de septiembre de 1933, bajo la tutela de la Junta de Columbia.⁹ La nueva administración se dividió inmediatamente en tres tendencias antagónicas. La reformista, encabezada por Grau, pugnó por aplicar el programa que anunció la Agrupación Revolucionaria de Cuba (ARC), el 4 de septiembre; la revolucionaria, liderada por Antonio Guiteras, Secretario de Gobernación, Guerra y Marina, se empeñó en implementar el programa de la ARC y en crear las condiciones para convertir en socialista el proceso en curso; y la derechista, dirigida por Batista, quien rechazó ocupar la Secretaría de Guerra y Marina y prefirió quedarse al frente de las Fuerzas Armadas, desde donde trabajó para frenar las reformas democráticas, restablecer el orden social y laboral neocolonial, y concertar una alianza estratégica y mutuamente beneficiosa con el imperialismo y la oligarquía.

Grau tuvo su base de apoyo en el DEU de 1930, pero este se disolvió el 4 de noviembre de 1933; Chibás y otros de sus dirigentes, y parte del estudiantado, pasaron a la oposición. Batista fue respaldado por la mayoría de los nuevos jefes castrenses y de los aforados, por el ABC Radical, por figuras influyentes como José M. Casanova —dirigente de los hacendados azucareros—, José I. Rivero —vocero de la oligarquía—, Ramón Vasconcelos y otros ex machadistas, y el liderazgo de los numerosos comerciantes medios y pequeños. Pactó en corto tiempo con el ABC, la oligarquía, la alta burguesía y los partidos tradicionales. Guiteras contó con el apoyo Unión Revolucionaria; de los militares septembristas Pablo Rodríguez, Mario Alfonso Hernández, Antonio Santana, Ángel Echevarría y Agustín Erice; de una parte de la nueva oficialidad naval; del Ejército Pro Ley y Justicia; de un segmento del estudiantado; de personalidades como José M. Irizarri y Ángel Giraudy; del minúsculo Partido Bolchevique Leninista (trotskista); de la Federación Obrera de La Habana y de algunos sindicatos, como el de Trabajadores de Plantas Eléctricas.

Después del 4 de septiembre, los efectos pavorosos de la gran crisis económica de 1929 y de la Tarifa Hawley-Smoot continuaron azotando la Isla, y la anarquía imperante desde las postrimerías de la tiranía de Machado aumentó de modo sustancial. Los Estados Unidos actuaron pública y continuamente para derribar al nuevo gobierno, no lo reconocieron y promovieron su aislamiento internacional. Internamente, la antigua oficialidad, la aviación militar, la policía de la capital, el ABC, Unión Nacionalista, los menocalistas, los partidarios de Miguel Mariano Gómez, la oligarquía, la mayoría de la burguesía, el primer Partido Comunista de Cuba y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), combatieron sin tregua al régimen.

Las fuerzas de Batista —secundadas por los parciales de Guiteras— derrotaron a la vieja oficialidad en el combate del Hotel Nacional, el 2 de octubre de 1933, y vencieron la sublevación de la aviación militar, la policía de La Habana, el ABC y los menocalistas, el 7 y 8 de noviembre del mismo año. En ambas ocasiones, los soldados asesinaron a varios de los prisioneros. Además, el Ejército reprimió ferozmente a los obreros que habían ocupado numerosos centrales azucareros y creado soviets en algunos de ellos, a la ola de huelgas que desató en todo el país la CNOC, a los miles de participantes en el entierro de las cenizas de Mella —autorizado por el gobierno— y a los comunistas.

El gobierno, en virtud de la conjunción del reformismo de Grau con el radicalismo de Guiteras, promulgó un grupo de leyes democráticas, sociales y populares. Por orden del Secretario de Gobernación se intervinieron tres centrales azucareros norteamericanos y la empresa yanqui Compañía Cubana de Electricidad. Esas medidas tuvieron poco o ningún efecto práctico, debido al desorden existente en la Isla, pero incidieron profundamente, a mediano y largo plazos, en la conciencia política, la mentalidad y las expectativas de las masas. Además, en diciembre de 1933 la delegación cubana a la Conferencia Panamericana de Montevideo, encabezada por el guiterista Ángel Alberto Giraudy, realizó una labor destacada en la aprobación, por ese cónclave, del principio de no intervención de un Estado en los asuntos internos de otro.

Entre sus muchos actos agresivos contra el Gobierno de los Cien Días, Washington desplegó en aguas cubanas 29 buques de guerra comandados por el almirante Charles Freeman, jefe de su flota del Caribe, y el 24 de noviembre de 1933, el presidente Franklin D. Roosevelt emitió la Declaración de Warm Springs, que ofrecía al gobierno que sustituyera al de Grau negociar un nuevo tratado permanente de

relaciones —o sea, derogar la Enmienda Platt— y un nuevo convenio comercial bilateral.

Las derrotas de sus socios preferidos —la alta oficialidad del Ejército y la oligarquía— obligaron al imperialismo a aceptar, con decreciente renuencia, la alianza estratégica que le ofrecía Batista. El flamante coronel dio el primer paso en ese camino cuando visitó a Sumner Welles en la mañana del 5 de septiembre de 1933. Días después, apenas se sintió con suficiente poder, comenzó a reprimir implacable y continuamente al movimiento obrero, a los comunistas y a toda expresión de rebeldía popular. El 4 de octubre, solo un mes después del pronunciamiento de la Junta de los Ocho, Welles efectuó su quinta entrevista con Batista e informó al Departamento de Estado:

Le dije que en mi criterio él era el único individuo que representaba hoy la autoridad en Cuba. Le añadí que eso era debido, en parte, al hecho de que parecía tener, en gran medida, el leal apoyo de las tropas y, en parte, a la acción determinada y decidida de las tropas en La Habana y, en menor grado, en otras ciudades contra los comunistas y los elementos de la extrema radical. Esto, le dije, ha agrupado en apoyo suyo a la gran mayoría de los intereses comerciales y financieros de Cuba, que busca protección y quienes solo pueden encontrar esa protección en él.¹⁰

A continuación, Welles instó persuasivamente a su nuevo adepto a «ordenar al Ejército que desalojase de todos centrales azucareros a cualquier individuo, que no sean los empleados a quienes los administradores quisieran conservar, y a impedir el acceso y ordenar la expulsión de la República de todos los agitadores y comunistas extranjeros». También lo indujo a que promoviese una «solución razonable [...] un gobierno que tenga la confianza de todos». De acuerdo con el embajador, Fulgencio Batista asintió del modo más enfático.¹¹

El jefe del Ejército cumplió estrictamente todas las sugerencias de Welles, incluso las referidas a la sucesión del presidente Grau. Así, el embajador norteamericano pudo reportar el 7 de octubre que «Batista me ha mandado decir esta noche que está de acuerdo plenamente con Mendieta como Presidente provisional, con un Gabinete de hombres prominentes y una asamblea legislativa integrada por representantes de las facciones políticas, del trabajo, el comercio, las finanzas y la Universidad». Dos días después era el coronel quien pedía al diplomático yanqui que «se obligue a Mendieta a aceptar la Presidencia provisional».¹²

En los planes de Washington y Batista se interpusieron las dudas, vacilaciones y torpezas de Carlos Mendieta, empeñado en obtener la conformidad de los dirigentes del DEU. Welles trató

de convencerlo de que esa avenencia era innecesaria y le ofreció encarcelar a los principales líderes del Directorio.

Benjamin Sumner Welles regresó definitivamente a su país el 13 de diciembre de 1933. Su sustituto, Jefferson Caffery, llegó a Cuba el 18 del propio mes y se enfrascó de inmediato en la conducción de la conspiración. El 4 de enero de 1934, mientras desesperaba a Caffery y a Batista con sus indecisiones, Mendieta dirigió una carta pública a Grau, exigiéndole la renuncia y calificando al gobierno en los peores términos. Veinticuatro horas después —posiblemente para ganar la aquiescencia de Washington en cuanto a su candidatura presidencial en el futuro— el primer mandatario respondió que estaba dispuesto a dimitir, si ello favorecía la equidad en los comicios para la Asamblea Constituyente que la administración había convocado.

Prosiguiendo el alud de cables con que informaba a Washington sobre sus actividades, Caffery calificó al régimen, el 10 de enero, de «ineficiente, inepto, e impopular entre las mejores clases del país». Destacó también que Grau seguía mendigando el reconocimiento diplomático yanqui, sugirió la posibilidad de una «intervención armada de los Estados Unidos» e informó que se reuniría esa misma noche «de nuevo con Grau y Batista, por invitación de ellos. Se me ha dicho que harán proposiciones de cambios en el gobierno».¹³

El 11 de enero, el embajador comunicó a sus superiores que en su reunión de la noche anterior con Batista y Grau no se habían alcanzado los resultados apetecidos, pero que el presidente había reiterado su disposición de renunciar. El 13 del mismo mes, Caffery notificó: «Anoche Batista decidió que las cosas iban tan mal que debía forzar a Grau a renunciar de inmediato, pero sus amigos le aconsejaron que no actuase en forma precipitada. Batista verá a Mendieta esta noche para discutir la posibilidad de formar un nuevo gobierno. han decidido que Mendieta o Costales Latatú asuma la presidencia».¹⁴

El domingo 14 de enero, el emisario yanqui detalló en dos despachos los trajines de Batista y Mendieta, y en la madrugada del 15 reportó que «Batista ha estado (y está aún) celebrando una junta de oficiales en el campamento de Columbia, para discutir la situación».¹⁵

Al terminar su reunión con los jefes militares, Fulgencio Batista reunió, en el propio campamento, a Grau con los miembros militares de la Junta y con una parte de los integrantes civiles de ella. Seguidamente se entrevistaron, en el Palacio Presidencial, el primer mandatario y varios miembros civiles de la Junta. Como resultado de todas esas conversaciones,

Ramón Grau San Martín renunció y Carlos Hevia fue designado presidente de la República. El 18 de enero, la oposición de Unión Nacionalista y de otros sectores obligó a Hevia a dimitir, a pesar de haber recibido el respaldo público norteamericano frente a la infructuosa huelga general que convocó Guiterras contra los golpistas. Manuel Márquez Sterling sustituyó a Hevia, durante pocas horas, y convocó a un «colegio electoral de emergencia» —integrado por agentes políticos de los intereses neocoloniales— que nombró a Carlos Mendieta Montefur presidente. El 15 de enero de 1934, el Ejército había atacado a una multitud de ciudadanos inermes que protestaban frente al Palacio Presidencial por la destitución de Grau y causó varios muertos y entre 15 y 20 heridos. El 18 de enero, Batista declaró en una alocución pública que el golpe de Estado que acababa de promover favorecía los mejores intereses nacionales:

Lo primero que nos importa decirles ahora es que los cambios que hemos seguido no fueron trazados arbitrariamente por el capricho ni la ambición [...] Si hoy acatamos la abrumadora realidad de las verdaderas masas estables y fundamentales del país no creemos hacer nada más. La figura esclarecida del Coronel Carlos Mendieta es garantía tan sólida y prestigiosa de seriedad y grandeza de alma, que no podía haber culminado en mejor intérprete el programa del 4 de septiembre, respetado y acatado por este prócer cubano con las firmes seguridades que ha puesto en todos los actos de su vida inmaculada.¹⁶

Después de esos elogios al presidente que acababa de imponer, y de otras manifestaciones, el nuevo hombre fuerte concluyó subrayando el papel autónomo y decisivo que se habían autoconcedido, bajo su mando, las Fuerzas Armadas:

Entre tanto, solo a título de cubanos, administran la nación los que se echan sobre sus hombros la dura carga patriótica, que se aligera por el alto espíritu puesto a contribución de la honrosa demanda, y por el respaldo permanente que a los fueros de la revolución les dan las Fuerzas Armadas, sin que los hombres ni los nombres puedan ahogar, porque por encima de todas las limitaciones debemos tener, como tenemos, la clara noción del sagrado depósito de un programa que es nuestra única bandera y nuestra suprema aspiración.¹⁷

El 23 de enero de 1934, cinco días después de su instauración, la nueva Administración fue reconocida por los Estados Unidos.

El golpe de Estado de enero de 1934 posibilitó a Batista excluir de la Junta de Columbia a los civiles que habían sido miembros de ella hasta entonces. El Coronel se convirtió en el árbitro supremo de los destinos de la Isla, aunque se vio forzado a obtener

el visto bueno de la Junta a todas sus decisiones importantes y convivir con la tenaz oposición, en esta, de la minoría encabezaba José Eleuterio Pedraza.

El fin de la Revolución y la ascensión del hombre fuerte

La administración de Mendieta se autodenominó «Gobierno de concentración nacional» para resaltar el hecho de estar integrada por una coalición de partidos políticos. historiadores y cronistas la bautizaron como el «Gobierno Caffery-Batista-Mendieta», la «primera dictadura de Batista», y de otras maneras.¹⁸

El régimen fue apoyado por el imperialismo, las Fuerzas Armadas, la oligarquía, gran parte de la burguesía alta y media, la numerosa pequeña burguesía de origen español, la jerarquía católica, el Partido Unión Nacionalista, varios pequeños partidos reaccionarios y el Partido Liberal, cuya proscripción —por haber respaldado a Machado— fue anulada por Batista. Menocal, Miguel Mariano Gómez y sus respectivos seguidores apoyaron o no esa administración de modo coyuntural.

El ABC formó parte del gobierno, pero por su ambición de poder lo acusó de débil, y se unió a la oposición en junio de 1934. La Asociación Nacional de Industriales, la pequeña burguesía criolla, el claustro universitario, muchos intelectuales e importantes medios de comunicación como Bohemia, lo respaldaron y, al cabo de pocos meses, se sumaron a sus adversarios.

Desde su creación, el gobierno se propuso aplastar el proceso revolucionario iniciado en 1930 y restablecer el orden social y laboral neocolonial; reordenar las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos y consolidar las posiciones de los nuevos jefes castrenses, las Fuerzas Armadas y sus aliados civiles.

Las relaciones cubano-norteamericanas fueron reorganizadas en 1934, mediante un Tratado Permanente de Relaciones y uno de Reciprocidad Comercial. El primero, que se firmó el 29 de mayo 1934, derogó la Enmienda Platt; ratificó la existencia de —por tiempo ilimitado— de la Base Naval de Guantánamo y su ampliación; estipuló algunas disposiciones sanitarias y refrendó la validez de «todos los actos realizados en Cuba por los Estados Unidos durante su ocupación militar de la isla [...] y que todos los derechos adquiridos en virtud de esos actos serán mantenidos y protegidos». La abrogación de la Enmienda Platt satisfizo un trascendental objetivo, por el que había luchado heroicamente el pueblo cubano durante muchísimos años, y confirmó la política del «buen vecino», que comprometió a los

Estados Unidos a no ocupar militarmente ningún país latinoamericano. Washington logró con habilidad modernizar los ejércitos de la subregión y convertirlos en guardianes eficaces del orden neocolonial.

El Convenio de Reciprocidad comercial suscrito el 24 de agosto de 1934 sustituyó al de 1903, y fue aún más lesivo a Cuba que aquel.¹⁹ El principal, y probablemente único beneficio arancelario para Cuba, fue el otorgado al azúcar. Pero, por otra parte, en 1934, Washington estableció unilateralmente un sistema de cuotas que limitó las ventas de azúcar cubano a la Unión, a niveles inferiores a los de 1930.²⁰

Por añadidura, para favorecer a los sectores más ricos, el régimen —con la activa participación personal de Batista— implementó el fortalecimiento de la creación de una serie de organismos paraestatales, integrados por representantes del gobierno y de los principales capitalistas de sus ramas respectivas, para dirigir y controlar las actividades azucareras, tabacaleras, cafetaleras, de transporte, etc.

La primera dictadura de Batista impuso un nutrido y coherente grupo de leyes que pretendieron legitimar la represión implacable de toda disensión y entronizó un nuevo y terrible mal, el militarismo. La piedra angular del entramado leguleyo fueron las Constituciones de febrero de 1934 y junio de 1935, que consagraron el modo capitalista de producción; restringieron los derechos y garantías individuales y políticos; aprobaron el fuero militar y el estatus privilegiado de los institutos castrenses; carecieron de contenido social; otorgaron al Presidente la facultad de designar, controlar y cambiar todas las autoridades; y unificaron en el poder ejecutivo las funciones constituyentistas, legislativas y ejecutivas.

Los Decretos-leyes represivos otorgaron a la Secretaría de Trabajo autoridad inapelable para legalizar o no los sindicatos obreros y las huelgas; negaron esos derechos a los trabajadores de la administración pública y —bajo pena de expulsión del país— a los extranjeros; prohibieron los movimientos huelguísticos en los «servicios de alumbrado, gas, agua, farmacéutico, de asistencia médica, correos, telégrafos, teléfonos, extinción de incendios y transporte»; crearon bolsas de trabajo para controlar el movimiento de la fuerza laboral; dieron potestad a las autoridades para nombrar y despedir —a discreción— a los funcionarios y empleados públicos, y dispusieron la prisión provisional —con exclusión de fianza— de 30 a 180 días y multas de 50 hasta 500 pesos, a quienes violasen cualquiera de esas normas.

El Decreto-Ley 838 estableció la pena de muerte a quienes perjudicasen la marcha normal de cualquier aspecto de la zafra azucarera. El 51, modificado y ampliado por el 292, definió como «delitos contra la

estabilidad de la República» el intento de cambiar la forma existente de gobierno por «cualquier medio que no sea la reforma legal de la Ley Constitucional por la Convención Constituyente», y realizar propaganda u otras tareas para ello; la indisciplina y la conspiración en las Fuerzas Armadas; la tenencia ilegal de explosivos, armamentos y otros pertrechos de guerra; la infracción de la legislación vigente sobre huelgas y asociaciones obreras; la violencia, la coacción o la amenaza con fines políticos, etc. Se crearon Tribunales de Urgencia, cuyas decisiones eran inapelables. Se estableció la pena de muerte «por matar en atentado, sabotaje o terrorismo», y por provocar explosiones en «edificio público, lugar habitado o donde corriesen riesgos las personas o resultaren daños para las cosas». Se estipuló el encarcelamiento en Isla de Pinos por «huelga, manifestación ilícita, injuria a los poderes y funcionarios públicos, exigencia en grupos irrumpiendo en oficinas públicas»; a los que «se nieguen a cumplir resoluciones que afecten a clases determinantes» y a quienes «resistieren colectivamente y en forma descompuesta las órdenes dadas».²¹

La Junta de Columbia conservó y ejerció todas las facultades y prerrogativas que el movimiento del 4 de septiembre había dado a la Agrupación Revolucionaria de Cuba, lo que consolidó la dualidad de poderes.

Las leyes constitucionales de 1934 y 1935 establecieron un mecanismo especial para juzgar los delitos y faltas que cometiesen los aforados. El Ejército Nacional fue disuelto y sustituido por el Ejército Constitucional, e igual cambio se produjo en la Marina; y los cuerpos municipales de policía, fueron unificados en una Policía Nacional, sujeta al Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Ese conjunto de medidas facilitó la implantación de nuevos reglamentos, y las depuraciones, las altas y las promociones de personal por Batista y sus adláteres. Se aumentaron los salarios y se creó un sistema de jubilaciones y de seguridad social de los aforados. Los sargentos con veinte años de servicio y ocho en el cargo fueron ascendidos automáticamente a subtenientes, y se aumentaron las posibilidades de promoción hasta el grado de capitán.

El número de soldados, marinos y policías fue acrecentado y se trajeron especialistas norteamericanos para asesorar el empleo de las grandes cantidades de armamento, equipos para la represión y otros medios que se adquirieron. Los cuarteles, el vestuario, y la alimentación de los aforados fueron mejorados notablemente.

Pablo Rodríguez fue expulsado del Ejército el 26 de marzo de 1934 y Mario Alfonso Hernández

asesinado, por orden de Batista, el 21 de agosto. Los sargentos septembristas Ángel Echevarría y Agustín Erice fueron encarcelados, al igual que los oficiales del crucero *Cuba*, que se amotinó. Todos los citados, y otros militares, marinos y policías, conspiraban con Guiteras. Además, el Jefe de la Marina de Guerra, Salvador Menéndez Villoch, fue sujeto a arresto domiciliario y sustituido por Ángel Aurelio González, aliado de Pedraza.

No faltaron conflictos entre los sectores militar y civil del régimen.²² No obstante, Batista se convirtió en una potencia política, y en la encarnación, la voluntad y el vocero máximo de la dictadura. Decidió y dijo la última palabra sobre los hechos y las políticas principales. Sirvan de ejemplo sus declaraciones:

[D]ebo informarles que todo marcha perfectamente bien, que el Presidente se encuentra muy atareado en la reorganización de su Gabinete y que al terminarla nos encontraremos satisfechos de las personalidades que lo integran.²³

O la siguiente:

Así también los obreros serán dignos de toda nuestra consideración, cuando tanto estudiantes como obreros se produzcan en sus campos fértiles dentro de la sana vida nacional. Pero el Ejército no guardará consideraciones de ninguna clase, ni de raza ni de posición, cuando estos elementos se produzcan como perturbadores de la paz pública.²⁴

Durante todo el año 1934, el primer Partido Comunista de Cuba, los seguidores de Guiteras —nucleados primero en la TNT y después en la Organización Revolucionaria Antimperialista Joven Cuba, de propósitos estratégicos socialistas—, el movimiento estudiantil y el obrero, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) —fundado el 8 de febrero de 1934, con Grau como líder—, y otras fuerzas, a las que se sumó en junio el ABC, combatieron sin tregua al régimen.

El aparato represivo de la dictadura respondió con extrema crueldad y violencia perenne a sus adversarios, superando con creces los enormes poderes represivos que le concedía la legislación vigente. Mató, apaleó, torturó, encarceló, desterró y obligó a exiliarse a miles de personas. En el primer trimestre de 1935, el duelo entre el gobierno y la mayoría de los cubanos alcanzó su clímax. En marzo de ese año, se desencadenó la Huelga General Revolucionaria, con participación del pueblo, acción conjunta y de eficacia diversa de toda la oposición, y carente de apoyo armado. El imperialismo y todos los intereses económicos, sociales y políticos neocolonialistas, apoyaron al régimen. La dictadura decretó el estado de guerra y el toque de queda, autorizó a sus esbirros a matar impunemente y a discreción, y arrestó, torturó y asesinó a cientos de ciudadanos. La huelga comenzó

el 6 de marzo y fue finalmente derrotada el día 14. Caffery calificó de «benigna» la feroz represión que, por orden de Batista, dirigió Pedraza en persona.

El 8 de mayo, cuando se disponía a viajar a México, junto con un grupo de compañeros, para preparar una expedición armada, desembarcar en la antigua provincia de Oriente e iniciar una guerra de guerrillas rural y urbana, cayó combatiendo, víctima de una traición, Antonio Guiteras.²⁵ El fracaso de la huelga de marzo y la muerte de Guiteras pusieron fin al proceso revolucionario que comenzó en 1930.

La represión no mermó un ápice durante los meses siguientes. La Universidad y los planteles públicos de enseñanza media fueron clausurados por tiempo indefinido, el movimiento obrero fue perseguido con saña extrema, los asesinatos políticos continuaron, las cárceles se abarrotaron, millares de personas fueron cesanteadas y miles tuvieron que ir al exilio. La oposición ilegal persistió, hasta 1937, en sus propósitos de derrocar al gobierno, pese a que ya no había condiciones propicias para ello; intentó repetidamente, sin éxito, lograr la unidad, y no consiguió sus fines subversivos.

En el segundo semestre de 1935, la dictadura, la oligarquía y sus agentes políticos estimaron que la situación estaba madura para legitimar su poder mediante unas elecciones generales. El proceso comicial condujo a profundas divergencias entre Miguel Mariano Gómez y Mario García Menocal. Tanto Batista —consciente de que no le sería fácil convivir con Menocal, si este resultara electo— como Mendieta, apoyaron a Gómez. Después de muchos tejes y manejes, que incluyeron el desconocimiento oficial de una sentencia del Tribunal Superior Electoral y el acatamiento del dictamen de un «experto» yanqui, se convocó a elecciones generales el 10 de enero de 1936. A los efectos de garantizar la participación de Menocal en los comicios y ofrecer una imagen pública de neutralidad, Batista obligó a Mendieta a renunciar el 10 de diciembre de 1935, y propició su sustitución por José A. Barnet, titular de la Secretaría de Estado. Resultaron electos Miguel Mariano Gómez y Federico Laredo Bru como Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente, los miembros correspondientes del Congreso y las autoridades provinciales y municipales.

Durante el quinquenio siguiente, la mayoría de los elegidos en todas las instancias, salvo Miguel Mariano Gómez, se plegarían, por oportunismo o por temor, a la voluntad de Batista.

En la primera dictadura del hombre fuerte de Columbus, la corrupción administrativa, social y política superó con creces todos los niveles previos. El dictador y los altos jefes castrenses se hicieron millonarios, la mayoría de los mandos intermedios y

muchos de los cuadros de base de las Fuerzas Armadas se enriquecieron, innumerables aforados percibieron numerosos ingresos ilícitos. Muchos funcionarios civiles de la administración y no pocos del poder judicial se beneficiaron de las prácticas delictivas en boga.²⁶

Un arquitecto del neocolonialismo

Durante los años 1934 y 1935, Batista contribuyó sensiblemente a reestructurar el régimen neocolonial en varios de sus aspectos fundamentales y a protegerlo frente a los peligros revolucionarios y reformistas que lo amenazaban. Entre 1936 y 1940, actividades a favor de una apertura democrática coadyuvaron de modo decisivo a consolidar el sistema. La democratización —en la medida en que hizo un poco más equitativo y tolerable el sistema— fue consecuencia de la conjunción de un grupo de factores, fuerzas e intereses sociales, políticos —del gobierno, de la oposición legal e ilegal— y económicos. No fue —como afirman algunos autores o se deduce de lo que dicen otros— fruto del poder unipersonal o del voluntarismo de Batista, ni de supuestas presiones de Washington.²⁷

Después de la derrota del proceso revolucionario de 1930 a 1935, el reformismo democrático y populista que tuvo presencia en dicho proceso pasó a hegemonizar la conciencia social, la mentalidad, los sentimientos y las expectativas de la mayoría del pueblo. Este fenómeno —junto con varios otros, como las políticas de la Internacional Comunista a partir de 1935— llevaron gradualmente a todas las corrientes políticas cubanas, desde el Partido Liberal hasta los comunistas, a promover programas reformistas y a luchar por la primacía de tesis de esa índole en una Asamblea Constituyente y en una nueva Constitución. En esos años, los partidos tradicionales fracasaron en sus intentos de legitimar, por vía electoral, la victoria contrarrevolucionaria de 1935, pero sus jefes y cuadros no renunciaron a tener un espacio político futuro. La oposición ilegal no tuvo éxito en sus planes subversivos y se vio ante el peligro de vegetar indefinidamente en la clandestinidad, con el riesgo de agotarse. Por último, todas las tendencias políticas y la sociedad civil repudiaban el militarismo. En el plano económico, las relaciones de producción y el normal funcionamiento de las actividades empresariales requerían el fin de las provisionalidades arbitrarias, vigentes desde 1928, y la consagración constitucional consensuada de muchas de las novedades incorporadas al quehacer público a partir del decenio de 1930. Por otra parte, los institutos armados habían sido modernizados e inspiraban confianza al imperialismo y a la oligarquía, como garantes del neocoloniaje; pero necesitaban que

sus jefes y los cambios ocurridos fuesen legitimados y que se restableciese la armonía entre ellos y el resto de la sociedad.

Fulgencio Batista deseaba librarse de la tutela de la Junta de Columbia y de la oposición en ella de Pedraza y su grupo; gobernar directamente al país, sin intermediarios que, como Mendieta, terminaban dándole dolores de cabeza; consolidar el apoyo estadounidense a su persona y a sus planes; ampliar su base de apoyo político; y satisfacer su ansia —de origen traumático— de popularidad y reconocimiento social.

La solidaridad popular masiva con la causa española y la gesta de más de un millar de voluntarios internacionalistas cubanos en la guerra civil, las políticas del presidente mexicano Lázaro Cárdenas y las de Franklin D. Roosevelt, el ascenso del reformismo democrático y populista en América Latina, las resoluciones de la Internacional Comunista, el repudio del pueblo de Cuba a las agresiones de las naciones del Eje a Etiopía y a China, y a la partición de Checoslovaquia, el pacto entre Stalin y Hitler, el ataque de la URSS a Finlandia, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y otros acontecimientos internacionales, influyeron extraordinariamente en la Isla.²⁸

Durante el breve mandato de José A. Barnet se dieron, a instancias de Batista, los primeros pasos en la transición. Entre febrero y mayo de 1936, se crearon el sistema de escuelas cívico-militares y su unidad principal, el Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua, para un millar de alumnos; el Servicio Técnico de Salubridad Pública; la Corporación Nacional de Asistencia Social; el Consejo Nacional de Tuberculosis, y otras instituciones. Todas esas entidades fueron subordinadas directamente al Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, quien fue autorizado para contratar maestros, médicos, dentistas, veterinarios y otros servicios profesionales; a administrar las instituciones y emplear en ellas personal militar.

Posteriormente, la ley de 18 de agosto de 1936 agrupó los organismos señalados en un Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, supeditado también a la jefatura máxima castrense, y dispuso además que las Secretarías correspondientes del gobierno tuviesen únicamente funciones de asesoría técnica sobre esas instituciones. El plan social del Ejército tuvo como paradigma la política del Nuevo Trato del presidente Roosevelt.

José Eleuterio Pedraza no tardaría en repudiar la nueva orientación social del Ejército. En 1937, el plan incluía además del Instituto Cívico Militar, unas mil escuelas de un aula, para 60 niños campesinos en cada una; otras 120 de dos aulas, con cerca de

mil docentes. Prestaba además servicios gratuitos de salud, veterinaria y asistencia técnica a los campesinos. El Consejo Nacional de Tuberculosis realizó campañas sobre cómo prevenir y curar ese mal, hizo un censo nacional de enfermos, operó dispensarios especializados, construyó el hospital «Ambrosio Grillo» en El Cobre, Oriente; y comenzó la fabricación de uno enorme en Topes de Collantes, Sierra del Escambray. La Corporación Nacional de Asistencia Pública y el Servicio Técnico de Salubridad Pública establecieron varios hospitales, dispensarios, creches infantiles y hogares de ancianos; repartieron gratuitamente ropas y víveres, y desarrollaron campañas propagandísticas sobre la higiene y la salud.

En 1938, el Congreso aprobaría otras dos entidades del plan social del Ejército: el Patronato del Censo de Orientación Infantil y el Servicio Cultural de Radiodifusión. El Patronato tuvo las tareas de prevenir y combatir la delincuencia juvenil, administrar reclusorios y reformatorios de menores y, paradójicamente, operar los hogares de veteranos de la independencia. El Servicio Cultural de Radiodifusión distribuyó de forma gratuita más de un millar de receptores a los campesinos y operó la radioemisora CMZ, con sede en Columbia, para orientar a los ejecutores del plan social y transmitir programas culturales.

En agosto de 1937, Batista englobó todas esas y otras actividades en un plan de desarrollo económico y social, llamado a realizarse, según él, en tres años. El Plan Trienal, ampliamente propagandizado, estuvo plagado de imprecisiones, careció del financiamiento mínimo necesario y — pese a los esfuerzos del gobierno y de los minúsculos sindicatos oficialistas— no recibió el apoyo del pueblo. En mayo de 1938, Batista anunció la continuación del Plan, pero en realidad lo hizo fue abandonarlo.

En el quehacer social de Batista, la Ley de Coordinación Azucarera, aprobada por el Congreso en agosto de 1937, tuvo un lugar relevante. Logró evitar la proletarización y la marginalización que amenazaban a la mayoría de los colonos azucareros, medios y pequeños; favoreció la permanencia de ellos en los predios que cultivaban; garantizó la molienda de un porcentaje de sus cañas y les aseguró ingresos bajos, pero estables. Además, vinculó los salarios de los obreros agrícolas al precio del azúcar, lo que les permitió ganar el mínimo necesario para vivir y percibir un modesto paso de avance en la indefensión jurídica que padecían. Dicha ley, sin embargo, frenaba el desarrollo técnico y estimulaba el cultivo extensivo, pues fijó el pago de la caña en proporción inversa a su rendimiento en azúcar.

La política social de Batista se aplicó solo parcialmente y durante corto tiempo, creó nuevos

campos para el enriquecimiento delictivo de sus ejecutores, y no se propuso incidir o modificar la negativa coyuntura económica ni las estructuras esenciales de la neocolonia. Su principal resultado fue que contribuyó a mejorar la imagen pública y la posición política de Batista.

El 20 de mayo de 1936, Miguel Mariano Gómez asumió la presidencia de la nación. Su personalidad fuerte y aristocrática, así como sus convicciones democrático-burguesas, civilistas y liberales clásicas, eran antagónicas con las de Batista, propulsor del militarismo y de la intervención estatal en la economía. En diciembre de 1936, tras varios duelos, el conflicto entre Gómez y el caudillo militar llegó a su clímax.²⁹ El 24 de ese mes, la mayoría parlamentaria, adicta a Batista, lo declaró culpable de «coaccionar a los congresistas y de interferir el libre funcionamiento del Congreso», y lo destituyó.

Federico Laredo Bru, quien ocupó la silla presidencial hasta el 10 de octubre de 1940, colaboró estrechamente con Batista y se convirtió en uno de sus principales consejeros. La victoria sobre Gómez fue un hecho trascendental en la carrera política de Batista, quien se supo entonces lo suficientemente poderoso como para prescindir de la Junta de Columbia y no volver a reunirla jamás. Entre 1937 y 1940, la apertura democrática se desarrolló con creciente dinamismo y consenso, aunque no estuvo exenta de dificultades y tropiezos. En enero de 1937, se restableció la autonomía universitaria, se posibilitó el retorno a clases de los estudiantes de los planteles estatales y se permitió el libre funcionamiento de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y de las asociaciones de estudiantes de la enseñanza media. El renacimiento del movimiento estudiantil fue tarado, sin embargo, por la promoción gubernamental del gangsterismo político (bonchismo) en su seno, a fin de controlarlo.

En diciembre de ese año, una amnistía general liberó a los presos políticos, permitió el regreso de los exiliados y viabilizó el desenvolvimiento de las libertades democráticas y de todas las organizaciones políticas. Se suspendieron, de facto, las trabas a las actividades del movimiento obrero; se celebró un Congreso Nacional Campesino, que se pronunció a favor de la reforma agraria y de otras medidas progresistas; se dispuso la rebaja de los alquileres de las viviendas urbanas y se dieron garantías a sus inquilinos contra el desalojo arbitrario; se estableció el seguro de maternidad; se concedió a los médicos un salario mínimo mensual; se promulgó la Ley de coordinación azucarera, etc.

En 1938, el entonces Partido Comunista de Cuba fue legalizado por primera vez en sus trece años de vida; se fundió con el Partido Unión Revolucionaria —el que había utilizado como cobertura legal— y

adoptó el nombre de Partido Unión Revolucionaria Comunista (PURC). También fueron legalizados el PRC (Auténtico) y otros partidos, y se avanzó en el proceso de convocar una Asamblea Constituyente.

Desde el segundo semestre de 1935, los comunistas cubanos venían intentando infructuosamente pactar con otras fuerzas opositoras —en particular con el PRC (Auténtico)— a fin de cumplir las resoluciones de la Internacional Comunista de crear frentes populares antifascistas en todas las naciones. El propósito de coaligarse con organizaciones políticas que no eran enemigas del capitalismo, y la hegemonía que alcanzó en el pueblo el reformismo democrático-burgués, condujeron gradualmente a los comunistas criollos a enarbolar un programa reformista y a predicar el socialismo como meta para un futuro lejano e imprevisible. El fracaso de las gestiones pactistas con el resto de la oposición y la coincidencia de su postura reformista con la que adoptó Batista desde 1936, llevaron al PURC a aliarse políticamente con el jefe castrense, en 1938. Tal entente, que duró hasta fines de 1944, permitió a los comunistas cubanos difundir con amplitud su versión del marxismo; obtener democráticamente la dirigencia del movimiento obrero y lograr importantes beneficios económicos para el proletariado; además de ganar algunos espacios y cargos políticos electivos. La alianza, implementada acriticamente por los comunistas criollos, motivó la desertión de algunos de sus cuadros destacados, y a la larga les resultó desfavorable, pues no fue comprendida por la mayoría del pueblo, debido a los antecedentes dictatoriales de Batista.

En noviembre de 1938, Batista visitó los Estados Unidos, invitado a los festejos por el xx aniversario del fin de la Primera Guerra Mundial; allí se entrevistó con Franklin D. Roosevelt y con importantes dirigentes políticos y militares yanquis, y fue ostentosamente agasajado por la oligarquía financiera norteamericana. A su regreso, las Fuerzas Armadas y los partidos que lo apoyaban —Liberal, Unión Nacionalista, Unión Revolucionaria Comunista y Nacional Revolucionario (Realista) organizaron una bienvenida popular en su honor.

El 6 de diciembre renunció a la jefatura de las Fuerzas Armadas y a su condición de militar.³⁰ hizo nombrar como sustituto a su rival José Eleuterio Pedraza, pues este «es bruto, los soldados lo odian por el despotismo con que los ha tratado siempre; si intenta darnos un golpe, la tropa no lo seguirá».³¹

En febrero de 1939, realizó una visita oficial a México, donde se entrevistó varias veces con el presidente Lázaro Cárdenas y con su ya sabido sucesor Manuel Ávila Camacho; habló en el Congreso mexicano y en los actos que le organizaron Vicente Lombardo Toledano y el movimiento obrero azteca;

y fue objeto de otros homenajes. Al retornar a La Habana fue recibido de modo similar a cuando volvió de los Estados Unidos.

Un mes antes, del 23 al 28, se había celebrado el Congreso Constituyente de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) que eligió como su Secretario General al prestigioso comunista Lázaro Peña y a otros marxistas para la mayoría de sus puestos claves.

Después de superar los pocos escollos aún pendientes, el 15 de noviembre de 1939 se efectuaron los comicios para elegir los 76 delegados a una Asamblea Constituyente. Esta se desarrolló entre el 9 de febrero y el 8 de junio de 1940. La casi totalidad de los delegados sostuvo posiciones reformistas y democráticas, con matices diferenciadores. Eduardo Chibás y los seis delegados comunistas asumieron las más radicales. La mayoría de las divergencias fueron conciliadas, y las más profundas trasladadas a leyes complementarias que debía aprobar, en el futuro, el Congreso de la República.

La Carta Magna de 1940 fue firmada en Guáimaro, Camagüey —donde se había elaborado, en 1869, la primera Constitución cubana— el primero de julio. Fue promulgada, el 5 del propio mes, en la escalinata del Capitolio Nacional y entró en vigor el 10 de octubre de 1940. Fue valorada, en Cuba e internacionalmente, como una de las más progresistas de su época. Era de carácter capitalista, democrático-burgués, con amplio y profundo contenido social. Sus virtudes la convirtieron inmediatamente en un programa político y en una bandera de lucha del pueblo cubano.

Aquellos años 40

El 14 de julio de 1940 se realizaron elecciones generales. La Coalición Socialista Democrática (CSD), formada por los partidos Liberal, Unión Nacionalista, Demócrata Republicano, Conjunto Nacional Democrático, Nacional Revolucionario (Realista), Popular Cubano y Unión Revolucionaria Comunista, postuló a Fulgencio Batista, para Presidente, y a Gustavo Cuervo Rubio, para Vicepresidente de la República. El Bloque Opositor (BO), integrado por los partidos Revolucionario Cubano (Auténtico), ABC y Acción Republicana, llevó a Ramón Grau San Martín y a Carlos E. de la Cruz como candidatos.

Ambos contendientes prometieron aplicar fielmente la Constitución de 1940, desarrollar y diversificar la economía, elevar el nivel y la calidad de vida del pueblo, mantener estrechos lazos con Washington sin menoscabar la soberanía nacional, y luchar contra el nazismo, el fascismo y el falangismo. La CSD exaltó a Batista y su papel en la apertura

democrática, mientras que la oposición resaltó sus crímenes en 1934 y 1935, así como la corrupción gubernamental. El Bloque atribuyó a Grau las leyes que promulgó el Gobierno de los Cien Días y, además, juró combatir el «comunismo extranjerizante».

Batista y Cuervo Rubio resultaron electos debido a los sufragios que obtuvieron limpiamente y a los que ganaron gracias a las maquinarias y los métodos inescrupulosos de los partidos tradicionales de la CSD, y a las coacciones castrenses, los fraudes, y el voto indirecto.³²

La CSD obtuvo amplia mayoría en las dos cámaras del Congreso y ganó los seis gobiernos provinciales y la mayor parte de las alcaldías municipales. El PURC eligió 10 representantes, un alcalde y 80 concejales municipales, pese al hostigamiento que sufría desde su fundación. Por el BO, el PRC (Auténtico) fue el partido con más sufragios y eligió 39 representantes. El ABC resultó muy debilitado, y los partidos Agrario Nacional, Popular Cubano y Nacional Revolucionario desaparecieron.

Batista ascendió a la presidencia de la nación el 10 de octubre de 1940. El régimen constitucional se consolidó definitivamente con el rápido aplastamiento del intento de golpe de Estado que encabezaron, el 4 de febrero de 1941, el Jefe del Ejército, José Eleuterio Pedraza, el de la Marina de Guerra, Ángel Aurelio González, y el de la Policía Nacional, Bernardo García.

La Segunda Guerra Mundial y, desde luego, la política norteamericana con respecto a ella, fueron determinantes en la situación de Cuba y en el quehacer de Batista entonces. Entre el primero de septiembre de 1939 —fecha en que comenzó la contienda— y el 7 de diciembre de 1941, momento en que los Estados Unidos entraron a ella,³³ la política cubana se basó en la ejecución de los acuerdos militares impuestos por Washington en las cuatro Conferencias Panamericanas efectuadas entre 1936 y 1940, o sea, en una neutralidad crecientemente favorable hacia Inglaterra y en el aumento gradual de la hostilidad hacia las potencias del Eje y la minoría de fascistas y falangistas criollos. La economía nacional fue golpeada con severidad entonces por la pérdida de los mercados europeos y la desarticulación del tráfico interoceánico.

Una vez en guerra, a Cuba se le asignó la misión de colaborar en la defensa de los mares y el espacio aéreo aledaños, mantener el orden interno, y «suministrar a precios no especulativos» —léase bajos—, el azúcar, el tabaco, los minerales y otras mercancías a los Estados Unidos.³⁴ Estos deberes se convirtieron en el eje de la política del país. Para garantizar su cumplimiento, se firmaron convenios bilaterales secretos que otorgaron a los Estados Unidos —mientras durase la guerra—

facultades omnímodas en muchos aspectos capitales de la vida cubana.³⁵

Tales pactos dispusieron el suministro a Cuba de armamentos por valor de 7,2 millones de dólares en el marco de la Ley de Préstamos y Arriendos estadounidense; el establecimiento de bases aéreas yanquis en las proximidades de San Antonio de los Baños, provincia de La Habana, y en San Julián, Pinar del Río; la ampliación de la base naval de Guantánamo y el establecimiento de «destacamentos de costa de personal del ejército o la marina de los Estados Unidos, en puntos estratégicos a lo largo del litoral cubano». Incluían también la construcción de los alojamientos necesarios y facilidades de todo tipo para el personal militar, e instalaciones de equipos de detección, patrullaje y vigilancia de las costas. Debían crearse «aeropuertos adicionales» y mejorarse los existentes para utilizarlos en cooperación con los Estados Unidos. En ese contexto se establecería una misión naval norteamericana en Cuba, y un servicio militar general con asesoría estadounidense y se subordinarían los buques cubanos a los jefes de las fronteras marítimas de la Marina de Guerra yanqui. Como colaboración con el Federal Bureau of Investigation (FBI) contra los agentes del Eje, se realizaría la fotografía y el mapeo de la Isla por los norteamericanos. De todas esas concesiones se aprovechó con creces el gobierno de los Estados Unidos.³⁶

Los términos de intercambio derivados de la Segunda Guerra Mundial rigieron hasta 1947. En el curso de esos años, Cuba efectuó ventas a los Estados Unidos con un 22% de pérdidas con respecto a los precios del mercado mundial y experimentó enormes mermas en el pago de las mercancías yanquis en sus aduanas.³⁷ Durante el conflicto, el valor de las inversiones estadounidenses en la Isla creció en un 12%, fundamentalmente en la extracción de níquel más cobalto y otros minerales. Sin embargo, desdeñando la colaboración de Cuba en la guerra, Washington tachó de «hostiles» los propósitos de varios empresarios cubanos de aumentar el cultivo de arroz y de fabricar barcos mercantes, y amenazó al gobierno de Batista con tomar «fuertes represalias» si toleraba estas actividades.³⁸ Durante el conflicto, el volumen de las exportaciones cubanas de azúcar, minerales, tabaco y otros productos, se multiplicó. Las importaciones descendieron y la balanza comercial tuvo saldos muy positivos, por lo que, en 1945, Cuba tenía —pese a las imposiciones estadounidenses— una reserva superior a 500 millones de dólares.

Las exigencias estadounidenses, las realidades emanadas de la propia contienda desabastecimiento por caída de las importaciones, inflación, auge del

mercado negro y sus criterios sobre la necesidad de que el Estado rigiese algunos aspectos de la economía, definieron la política de Batista. El gobierno reguló la actividad azucarera y de otras muchas ramas, implantó nuevos instrumentos fiscales y administrativos, e intervino celosamente en las relaciones obrero-patronales. Creó la Oficina de Regulación de Precios y Abastecimiento (ORBA), para normar y controlar el comercio interior y combatir el mercado negro, el agio y la especulación; la Agencia de Importaciones y Exportaciones, para regular algunos aspectos del comercio exterior; la Comisión Marítima Cubana, para intervenir en las operaciones marítimas y alentar el desarrollo de una flota mercante nacional; la Oficina de Intervención de la Propiedad Enemiga, con el objeto de confiscar y administrar los bienes de los países —y de sus ciudadanos— que estaban en guerra con Cuba. La Junta Nacional de Agricultura prohibió desalojar a los campesinos de sus tierras durante la conflagración, ordenó el cultivo obligatorio de muchos productos y controló su distribución y precios, mientras que la Junta Nacional de Economía de Guerra debía asesorar y coordinar varias actividades económicas.

Violando la Constitución y sin consultar al Congreso, el régimen prorrogó anualmente los presupuestos públicos, y los incrementó creando fondos especiales. Otra medida notable fue la Ley de Reforma Tributaria, de 1943, que gravó con impuestos directos los ingresos personales, las ganancias empresariales y la exportación de capitales. Esa ley convirtió a los sectores pudientes en contribuyentes del Presupuesto Nacional, por vez primera en la historia de la República.

La política gubernamental propició el desarrollo de un peculiar capitalismo de Estado neocolonial, subdesarrollado, plagado de duplicidades y contradicciones entre sus instituciones y normas, burocrático, con alto nivel de empleomanía, dominado por las clases más ricas y por el clientelismo, ajeno a todo control democrático parlamentario, y carcomido por la corrupción. También florecieron entonces muchas pequeñas empresas artesanales, que suplieron parcialmente el déficit de productos extranjeros, y que desaparecerían en la posguerra, al recuperar su monto las compras a los Estados Unidos.

La Administración internó en virtuales campos de concentración, y decomisó sus bienes, a los ciudadanos de las naciones del Eje que no hubiesen demostrado ser antifascistas,³⁹ prohibió las comunicaciones y negocios con los países enemigos y sus ciudadanos; implantó el Servicio Militar General y el Voluntario, desarticuló las organizaciones nazis, fascistas y falangistas que había en Cuba; descubrió a muchos agentes secretos enemigos y fusiló a Heinz Lunning,

uno de los jefes del Servicio de Inteligencia alemán en el Caribe.

Los submarinos alemanes hundieron cuatro barcos mercantes cubanos, en los que murieron numerosos tripulantes; y la Marina de Guerra de Cuba hundi6, en 1943, al submarino nazi U-176, gracias a la pericia de Norberto Collado, futuro piloto del *Granma*. Muchos cubanos lucharon como voluntarios en los ej6rcitos aliados, entre ellos, Aldo Viv6 y Enrique Vilar, quienes murieron peleando en el Ej6rcito Sovi6tico; Juan R6os Montenegro, piloto de la Real Fuerza A6rea Brit6nica; Ren6 Vallejo, futuro Comandante del Ej6rcito Rebelde, el pintor Julio Girona y Emilio Tro, combatientes en el Ej6rcito norteamericano.

La reorganizaci6n de las Fuerzas Armadas sirvi6 de pretexto para ascender al Coronel (r) Fulgencio Batista a Mayor General (r).

El 9 de marzo de 1943, se cre6 un «Gabinete de Guerra » o de «Unidad Nacional» con el objetivo de unir a todos los partidos en el esfuerzo b6lico. El opositor ABC form6 parte de 6l, mientras el PRC (Aut6ntico) no lo hizo, debido a su cr6nico anticomunismo.

El Frente Nacional Antifascista, organizaci6n de masas no gubernamental, fue fundado el 8 de junio de 1941 presidido por 6ngel Alberto Giraudy, quien hab6a sido uno de los lugartenientes de Guiteras. El frente aglutin6 a destacadas personalidades y a miles de ciudadanos, y recaud6 importantes donaciones del pueblo para los Aliados. Existieron tambi6n varias peque1as agrupaciones que ofrecieron su solidaridad 6nicamente a los Estados Unidos.

La Confederaci6n de Trabajadores de Cuba (CTC) fue reconocida jur6dicamente en 1943. En 1942, la organizaci6n ya ten6a m6s de 220 000 miembros, publicaba regularmente una revista, contaba con 790 organizaciones afiliadas y 38 revistas sindicales mensuales. A fin de no perjudicar la colaboraci6n econ6mica a la guerra, la CTC decidi6 utilizar el derecho de huelga solo en casos extremos, lo que no encontr6 eco entre los capitalistas, empe1ados en obtener, sin cortapisas, las m6ximas ganancias. Pese a la postura patronal, el movimiento obrero —dirigido por comunistas electos democr6ticamente— obtuvo, entre 1940 y 1944, aumentos salariales por 464 millones de pesos, la elevaci6n del salario m6nimo, la semana laboral de 44 horas, con pago de 48, y otras conquistas que compensaron parcialmente el alza del costo de la vida. El cumplimiento de su compromiso con Washington de mantener sin quiebras la paz en la Isla, oblig6 al gobierno a resolver a favor del proletariado la mayor6a de los conflictos laborales.

La Federaci6n Estudiantil Universitaria (FEU) y el resto del movimiento estudiantil estaban afectados,

desde 1937, por el gangsterismo pol6tico mercenario (bonche), manipulado por Batista y sus segundones.⁴⁰ Pese a sus lacras, el movimiento estudiantil apoy6 la lucha antifascista y denunci6 timidamente la corrupci6n reinante en Cuba.

La escasez y la inflaci6n provocadas por la guerra, las pr6rrogas del presupuesto p6blico, la adici6n de una loter6a diaria a la semanal, el bonchismo y las pr6cticas corruptas tradicionales, propiciaron la conversi6n de Batista en millonario y el enriquecimiento de la mayor6a de sus colaboradores civiles y militares, adem6s de la obtenci6n de grandes ganancias ilegales por los capitalistas que negociaban con la Administraci6n. Los comunistas fueron los 6nicos colaboradores del r6gimen que no participaron de la corrupci6n imperante, lo que tuvo que ser reconocido incluso por sus m6s fervientes enemigos.

En el primer semestre de 1944, el desgaste pol6tico del gobierno era enorme. Los problemas derivados de la guerra, el servilismo ante Washington, la no aprobaci6n de las leyes complementarias de la Constituci6n, la corrupci6n, el gansterismo, y las expectativas democr6ticas que las consignas b6licas de los Aliados alentaban en las masas, incid6an en su contra. El descontento popular condujo a la aplastante victoria de la candidatura opositora de Ram6n Grau San Mart6n, para presidente, y Ra6l de C6rdenas para la vicepresidencia de la Rep6blica, en las elecciones del primero de junio de 1944. Grau, l6der del PRC (A), obtuvo 202 602 votos m6s que el candidato gubernamental Carlos Saladrigas. En el resultado favorable a Grau hay que incluir los 270 223 sufragios alcanzados por el reaccionario Partido Republicano (PR). El PRC (A), al aliarse con el PR, obtuvo el benepl6cito de las clases pudientes criollas. De ese modo, tranquiliz6 los temores que su ret6rica y el recuerdo de su labor presidencial en 1933 produc6an en los imperialistas. Adem6s, el voto directo hacia los candidatos a la presidencia y la vicepresidencia, que se ejerci6 entonces por primera vez en Cuba, fue decisivo en el triunfo de la oposici6n.⁴¹ Las garant6as que Batista dio a Washington de no alterar la paz interna en la Isla durante la guerra, la mentalidad democr6tica reinante en el mundo y los deseos del caudillo de Columbia de ganar popularidad y prestigio con vistas a su futura nueva elecci6n como presidente, fueron determinantes en la aceptaci6n gubernamental de la derrota de Saladrigas.

La presidencia constitucional de Batista finaliz6 el 10 de octubre de 1944. El saldo de su actuaci6n p6blica entre 1933 y 1944 fue nefasto. En su lado positivo, hay que apuntar la institucionalizaci6n democr6tico-burguesa y las importantes reformas y beneficios sociales y laborales que llev6 a cabo,

fundamentalmente en las zonas urbanas, entre las cuales ganó, poco a poco, apoyo a partir de 1936. En su aspecto negativo, el aplastamiento feroz y criminal del proceso revolucionario de 1930 a 1935; el incremento de la dominación norteamericana sobre la Isla; la multiplicación geométrica de la corrupción política, administrativa y social; la persistencia de las malas condiciones de vida de la mayoría de los cubanos, pese a las mejoras que tuvieron lugar en relación con la situación anterior; la implantación y promoción del gangsterismo político y, en conclusión, la continuación y crecimiento del sistema de dominio neocolonial sobre la Isla.

Ocho años después, en 1952, Batista impuso de nuevo un régimen dictatorial que superó con creces sus atroces crímenes pasados, antes de ser derrotado por la Revolución liderada por Fidel Castro.

Notas

1. Para estudiar la vida de Fulgencio Batista entre 1901 y 1933 hemos utilizado entrevistas realizadas a siete personas que lo conocieron entonces, el Registro personal 1482 Fulgencio Batista, del Ejército Constitucional, el Expediente Personal Rubén Zaldívar, The Cuban Railroad Co., documentos sobre el colegio Los Amigos, de Banes; Edmund A. Chester, *Un sargento llamado Batista*, Editorial Arocha, La Habana, s/ f; Raúl Acosta Rubio, *Batista, reportaje histórico*, Benito Acosta Ramenu, La Habana, 1943; Ricardo Adam Silva, *La gran mentira. 4 de septiembre de 1933*, Lex, La Habana, 1947; Louis A. Pérez Jr., *On Becoming Cuban*, University of North Carolina Press, 1999; Fulgencio Batista, *La Revolución del 4 de Septiembre*, manuscrito inédito (archivo del autor) y otras fuentes.
2. Entre las personas con las que Batista entró en contacto estuvieron los abogados Carlos M. Palma Valdés y Fernando del Busto; los dirigentes estudiantiles Carlos Prío Socarrás, José (Pepelín) Leyva y Pedro Vizcaino Urquiaga; los abecedarios Manuel Martí, Ramón O. Hermida y Oscar de la Torre; los miembros de Unión Nacionalista, Roberto Méndez Peñate y Justo Luis del Pozo; el periodista Juan Luis Martin, etc.
3. Pablo Rodríguez Silverio, entrevista con el autor.
4. Pedro Vizcaino Urquiaga, entrevista con el autor, José (Pepelín) Leyva, entrevista con el autor.
5. Como fuentes sobre el Movimiento del 4 de septiembre de 1933 hemos utilizado los registros del Ejército Constitucional correspondientes a sus jefes. Pablo Rodríguez, *El 4 de septiembre*, testimonio escrito, inédito, archivo del autor; Fulgencio Batista, ob. cit., Justo Carrillo, *Cuba 1933: Students, Yankees and Soldiers*, Transaction Publishers, New Brunswick y Londres, 1994; José A. Tabares del Real, *Guiteras*, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, y *La Revolución del 30: sus dos últimos años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, Edmund A. Chester, ob. cit.; Raúl Acosta Rubio y Ricardo Adam Silva, ob. cit., las entrevistas del autor con once protagonistas civiles y militares de ese hecho, y otras fuentes.
6. Los antecedentes machadistas públicos de Pablo Rodríguez frenaban mucho su protagonismo en el complot, a pesar de la popularidad de que gozaba entre las tropas. Los antecedentes abecedarios de Batista, la facilidad tenía que trasladarse de un para cuartel a otro, por ser el único de los ocho que poseía un automóvil, y el discurso que pronunció en el sepelio del sargento Miguel Ángel Hernández, favorecieron grandemente su autoridad entre los conjurados.
7. Pablo Rodríguez, entrevista con el autor.
8. Los miembros de la Pentarquía fueron: Ramón Grau San Martín, profesor universitario de Medicina, a cargo de las Secretarías de Sanidad e Instrucción Pública; Guillermo Portela, catedrático universitario también, Secretario de Estado y de Justicia; José M. Irizarri, abogado y economista, al frente de las Secretarías de Obras Públicas, Comercio y Trabajo; Sergio Carbó, periodista, al frente de Gobernación, Guerra y Marina; y Porfirio Franco, banquero, responsabilizado con la Secretaría de hacienda.
9. Para más información sobre el Gobierno de los Cien Días, véase Pablo Rodríguez, ob. cit.; Justo Carrillo, ob. cit.; José A. Tabares del Real, *Guiteras*, ob. cit., y *La Revolución del 30...*, ob. cit.; Raúl Acosta Rubio, ob. cit.; Ricardo Adam Silva, ob. cit.
10. «Benjamin Sumner Welles al Departamento de Estado», 4 de octubre de 1933, citado por el autor en su obra *La Revolución del 30...*, ob. cit., p. 166.
11. Ibidem.
12. Ibidem, pp. 166-7.
13. «Caffery al Departamento de Estado», en ibidem, pp. 170-1.
14. Ibidem, p. 172.
15. Ibidem, p. 174.
16. Ibidem, p. 183.
17. Ibidem.
18. Para un análisis detallado del gobierno de Mendieta véase, José A. Tabares, *La Revolución del 30...*, ob. cit.
19. El Tratado de 1934 obligó a sus firmantes a no fijar cuotas limitativas de las ventas de ningún producto, salvo el azúcar y el tabaco, estableció descuentos entre el 20% y el 50% del arancel yanqui para 35 mercancías cubanas y del 20% al 60% de las tarifas de Cuba a más de 600 productos norteamericanos; redujo la libertad de ambas partes para alterar sus respectivos aranceles; impuso una reforma arancelaria a la Isla, etc.
20. Además, el imperialismo obligó, en 1935, al gobierno de Mendieta a denunciar los tratados comerciales de Cuba con Japón y Portugal, y a incrementar sustancialmente los tributos aduanales a los textiles japoneses. Como resultado de esas y de otras imposiciones yanquis, la participación de Cuba en el consumo estadounidense de azúcar —que fue de 45,4% en 1921 y de 51,9% en 1929—, descendió a 29,37%, en 1934, y a 29,59%, en 1959; mientras que la participación norteamericana en las importaciones cubanas creció del 56%, en 1934, al 75%, en 1958. Para más detalles sobre el comercio entre Cuba y los Estados Unidos véase Oscar Zanetti, *Los cautivos de la Reciprocidad*, Ediciones ENPES, La Habana, 1989.
21. El 9 de abril de 1935 se restringieron aún más las libertades democrático- burguesas; el 30 de ese mes se decretó la condena a muerte a quienes tomaran parte en secuestros. Antes y después de abril de 1935, se pusieron en vigor muchos otros preceptos represivos.

22. Como el acaecido en junio de 1934 cuando la policía allanó la residencia de Menocal, y el que había conducido, dos meses antes, al suicidio de Roberto Méndez Peñate, miembro del Consejo de Secretarios, alto dirigente de Unión Nacionalista y amigo de Mendieta.

23. Fulgencio Batista, Declaraciones en el periódico *El País*, La Habana, 7 de julio de 1934.

24. Fulgencio Batista, Declaraciones en *Diario de la Marina*, La Habana, 16 de septiembre de 1934.

25. Para más detalles sobre la huelga de marzo de 1935 y sobre los propósitos de Guiteras y su caída, véase José A. Tabares, *La Revolución del 30...*, ob. cit., p. 316; y Guiteras, ob. cit., pp. 434-519.

26. Sobre el enriquecimiento de las autoridades militares y civiles cubanas, entre 1934 y 1959, mediante el robo de fondos públicos, la lotería nacional, el contrabando, el patronazgo del juego ilícito, la prostitución, etc., véase Dennis Eisenberg, Uri Dan y Eli Landau, *Meyer Lansky, Mogul of the Mob*, Paddington Press Ltd., Nueva York y Londres, 1979; Pedro Luis Padrón, *¿Qué República era aquella!*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Enrique Cirules, *El imperio de La Habana*, Casa de las Américas, La Habana, 1993; José Suarez Núñez, *El gran culpable*, Caracas, 1963; Ricardo Adam Silva, ob. cit.; G. Alonso y E. Vignier, *La corrupción política y administrativa en Cuba. 1944-1952*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Varios, *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, 1998.

27. Durante la misma época en que ocurrió en Cuba la apertura democrática, Washington respaldó totalmente cruentas tiranías en República Dominicana, Nicaragua, Honduras, El Salvador y otras naciones. Además, en los innumerables documentos oficiales norteamericanos de esos años, desclasificados posteriormente, no existe indicio alguno de presiones yanquis a favor de esa apertura, aunque sí claras señales de simpatía neutral hacia ella, cosa muy diferente de las supuestas y no probadas presiones.

28. Sobre la apertura democrática véase, Varios, *Historia de la nación cubana*, t. VIII, Editorial Historia de la Nación Cubana S. A., La Habana, 1950; Mario Riera, *Cuba política*, Ed. Lex, La Habana, 1955; Varios, *Historia de Cuba. La neocolonia...*, ob. cit.; Fulgencio Batista, *¿Revolución social o política reformista?*, Prensa Indoamericana, La Habana, 1944.

29. Miguel Mariano Gómez vetó una ley, aprobada por el Congreso, que gravaba con un impuesto de nueve centavos cada saco de azúcar, para financiar los planes sociales del Ejército. La Junta de Columbia se reunió en Guane, Pinar del Río, con los restantes altos jefes castrenses y exigió el derrocamiento del primer mandatario.

30. Hay que señalar que Batista, pese a su enorme fortuna mal habida, cobró de modo puntual, hasta diciembre de 1958, su modesta jubilación como militar, conjuntamente con sus salarios como presidente o senador, y su retiro como congresista.

31. Conferencia de Batista a Carlos M. Palma, transmitida por este último al autor.

32. El voto indirecto obligaba a votar en una sola boleta electoral por los candidatos a la presidencia, la vicepresidencia, el Congreso, etc., lo que favorecería las corruptas y bien organizadas maquinarias electorales de los partidos tradicionales integrantes de la CSD.

33. Como resultado del ataque nipón a la base naval de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, los Estados Unidos se vieron

involucrados en el conflicto contra los países del Eje, y el 11 de ese mes Cuba les declaró la guerra.

34. De la tercera Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados Americanos, en marzo de 1942, celebrada en Río de Janeiro, surgió la Junta Interamericana de Defensa — con sede en Washington y presidencia estadounidense— para coordinar y dirigir a las Fuerzas Armadas del continente. La Junta definió y distribuyó también las tareas de defensa que le debían corresponder a cada nación.

35. Las copias originales de estos convenios se hallan en el Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba.

36. Con vistas a satisfacer sus necesidades bélicas, Washington suspendió la cuota azucarera y de otras mercancías e hizo grandes compras de azúcar, minerales y tabaco. A esos efectos, creó la Defense Supplies Corp. —convertida luego en la Commodity Credit Corp.— para obligar a sus suministradores a vender a precios muy inferiores a los del mercado. En eso consistía precisamente lo que se llamó «la contribución al esfuerzo de guerra de los Aliados».

37. En diciembre de 1941, Cuba y la Unión Norteamericana suscribieron un nuevo Acuerdo Suplementario al Tratado de Reciprocidad Comercial de 1934. De ese modo, se aumentaron muchos de los descuentos arancelarios previos y se concedieron otros adicionales a 38 productos estadounidenses. En cambio, solo 17 productos de Cuba fueron favorecidos, procedentes, en su mayoría, de minas explotadas por compañías norteamericanas. Entre 1935 y 1939, los Estados Unidos habían adquirido el 77,95% de las exportaciones cubanas y en 1944, el 89,13%. En el lustro anterior, la Isla compró en la Unión el 67,5% de sus importaciones y en 1944 el 80,92%. Para más información véase *República de Cuba, Ministerio de Hacienda, Comercio Exterior 1935-39 a 1944*, Imprenta P. Fernández y Cia., La Habana, 1946; y Oscar Zanetti, ob. cit.

38. Debe subrayarse que los fletes de los buques mercantes estadounidenses se incrementaron de modo sustancial debido al empleo de la mayoría de ellos para los fines bélicos y a las actividades de los submarinos alemanes. Además, la Isla importaba de los Estados Unidos grandes cantidades de arroz y otros productos que podía elaborar.

39. Al aplicar esta medida, las autoridades cometieron muchos abusos, y numerosos funcionarios —incluyendo al propio Batista— se apropiaron ilegalmente de cuantiosos bienes de esos extranjeros.

40. En 1942, el bonchismo cometió uno de sus más horrendos crímenes, el asesinato del destacado revolucionario y profesor universitario Ramiro Valdés Daussá.

41. Sobre las elecciones generales de 1944, véase Varios, *Historia de la nación cubana*, ob. cit., t. VIII y IX; Varios, *Historia de Cuba. La neocolonia...*, ob. cit.

© TEMAS, 2001.

La emigración y la crisis estructural de la República. 1946-1958

Lisandro Pérez

Sociólogo. Instituto de Investigaciones Cubanas (CRI) de la Universidad Internacional de la Florida.

Una de las repetidas «verdades» que circula, por lo menos por esta orilla floricana del Estrecho, es que Cuba nunca fue «país de emigración». La aseveración se fundamenta en un concepto limitado a la migración laboral, motivada estrictamente por razones económicas, según el modelo de las europeas hacia este hemisferio a principios del siglo xx y de las más contemporáneas, procedentes de países menos desarrollados, que van hacia Europa y Norteamérica. La historia de la emigración cubana, desde el siglo xix hasta el presente, se percibe como una manifestación de las condiciones o trastornos políticos en la Isla, que obligaron a personas a abandonar el país y crearon una serie de «destierros» o «exilios», como usualmente nos referimos a esas emigraciones.

Esa interpretación de la historia migratoria cubana como una serie de «destierros» con móviles políticos, tiene una cierta base en la realidad objetiva, sobre todo si nos limitamos al flujo más importante: el que se ha encaminado a los Estados Unidos. Podemos empezar con el que, según se argumenta, fue el primer cubano (es decir, con una identidad criolla) notable que vivió

gran parte de su vida allí: Félix Varela y Morales. Llegó a Nueva York desde Gibraltar, en 1823, literalmente fugado de España. Y aunque nunca pensó, ni eligió, quedarse en suelo extranjero el resto de su vida, así fue. Muchos de los exiliados independentistas de 1868 en adelante —incluyendo a Francisco Vicente Aguilera y José Martí—, también vivieron casi el resto de sus vidas en los Estados Unidos.

Se puede argumentar que las migraciones a las comunidades tabacaleras de la Florida también respondían a factores de orden político, aun cuando muchos de los migrantes eran trabajadores que iban a Tampa y Cayo Hueso a ocupar plazas en la creciente industria. El establecimiento de esas fábricas y comunidades en la Florida era el resultado de las condiciones en las cuales se encontraba la Isla durante las gestas independentistas, e inclusive la emigración de su figura más influyente, Vicente Martínez Ybor, fue también una fuga de la persecución española.

Durante las primeras décadas de la República hasta la Segunda Guerra Mundial —período durante el cual merma la emigración y ocurre el retorno de muchos tabaqueros a La Habana—, entre aquellos que van a

los Estados Unidos se incluyen figuras notables de los mundos intelectuales, musicales y deportivos, quienes viajan de forma temporal para avanzar en sus carreras profesionales.

La caracterización de «exilio» para la emigración cubana llega a su máxima expresión en los años posteriores al triunfo de la Revolución. Si bien es difícil separar las motivaciones políticas y las económicas, sobre todo en los que han emigrado en años más recientes, es indiscutible que fue la transformación política radical de las instituciones del país, el factor que inició, a partir de 1960, una emigración con características muy disímiles a una migración laboral, especialmente en sus primeras etapas. Además, esa emigración ha mantenido una definición de sí misma como «exilio», y rechaza cualquier intento de caracterizarla como «inmigración»; es decir, niega que migró atraída por la vida en el exterior, sino que fue «empujada» por las condiciones políticas imperantes en la Isla.

Podríamos aceptar, aun reconociendo que es plenamente discutible, la conclusión de que en la historia de la emigración cubana han predominado los «destierros» o «exilios», y que el cubano, por lo general, no ha emigrado, primordialmente, en búsqueda de oportunidades laborales. Sin embargo, este trabajo se centra en una emigración que desafía ese patrón histórico y representa una excepción notable al precepto de que Cuba «nunca ha sido país de emigración». Se trata de un importante, aunque poco estudiado, flujo hacia los Estados Unidos durante los años del ocaso de la República.

Las escasas referencias a esta emigración la caracterizan como otro «destierro» más, impulsado por las condiciones políticas existentes durante la dictadura de Fulgencio Batista. Sin duda, ese gobierno creó un verdadero exilio, sobre todo en Nueva York, cuyo activismo político figuró de modo prominente en la lucha revolucionaria. Esa caracterización ignora que años antes del 10 de marzo de 1952 ya se había puesto en marcha una emigración que alcanzó niveles muy notables.

Los datos que demuestran la importancia de esa emigración se encuentran en dos fuentes fundamentales: los resultados de los censos demográficos de los Estados Unidos y los reportes estadísticos de la agencia de inmigración de ese país.¹ Tomemos primero las cifras censales, que sabemos subestiman el flujo migratorio, ya que solo representan una enumeración (nunca completa, claro) durante un período de tiempo limitado, y no necesariamente la totalidad. En 1940, se contaron unas 18 000 personas nacidas en Cuba con residencia en los Estados Unidos. Esta es casi exactamente la misma cifra que se encuentra en el censo anterior, el de

1930. En 1920, el número de cubanos en los Estados Unidos oscilaba alrededor de 15 000. Es decir, entre 1920 y 1940 no aumenta de modo notable la población nacida en Cuba residente en los Estados Unidos. Sin embargo, esa cifra se dispara en un 78% en la próxima década, y llega a 32 000 en el censo de 1950, dos años antes del cuartelazo.

Los datos que provienen de la agencia de inmigración de los Estados Unidos se refieren solo a aquellas personas que, al entrar a ese país, declararon su intención de residir permanentemente en él y fueron admitidas como «inmigrantes». En el quinquenio que comprende los años 1946 a 1950, entraron 10 807 cubanos, cifra que representa un aumento del 132% sobre el quinquenio anterior (1941-45). La inmigración cubana no había alcanzado tales niveles desde 1916-20, cuando entraron 10 728, y empezaba a mermar el flujo «tabacalero» a la Florida. Es cierto que esos niveles son modestos, pero representaban el inicio de una tendencia migratoria que aumentaría en los años posteriores. De 1951 a 1955 la cifra vuelve a más que duplicarse (110%) al entrar 22 759 personas en ese período. Ese número representaba, hasta ese momento, el quinquenio de mayor migración cubana a los Estados Unidos en la historia, por encima de los niveles alcanzados durante el auge de las comunidades tabacaleras de la Florida.

Se podría argumentar que el inicio del gobierno de Batista determinó ese aumento en la emigración cubana de 1951 a 1955. Pero si vemos los niveles que ya venían desarrollándose antes del 10 de marzo, sería más correcto decir que el cuartelazo agudiza, en el orden político, una crisis mucho más amplia que se venía sintiendo con creciente peso en las instituciones sociales y económicas del país. La crisis se profundiza con el tiempo, y ya a partir de 1956, unida a un recrudecimiento en la represión, se encuentra en pleno apogeo. En solo tres años —1956, 1957 y 1958— entran a los Estados Unidos, como inmigrantes, 40 267 cubanos, lo que casi duplica de nuevo los cinco años anteriores.

Si bien esa emigración en los albores del triunfo de la Revolución pudiera ser situada entre los «destierros» o «exilios» históricos, no debemos olvidar sus orígenes en un proceso que respondía a la creciente crisis estructural de la República, fenómeno ya ampliamente estudiado por otros.² Pero se necesitan más investigaciones para entender mejor esta emigración, sobre todo con respecto a su inserción en la economía norteamericana. Existen algunas evidencias fragmentarias que apoyan la hipótesis de que se inicia como un flujo migratorio en el cual, especialmente de 1946 a 1955, predomina, de parte de algunos sectores

[Si] Cuba hubiera permanecido con un sistema económico y político parecido al de otros países de América Latina, no es difícil especular que los niveles de emigración podrían haber alcanzado —y quizás hasta superado— los de estos últimos cuarenta años.

de la población cubana, la búsqueda de mejores condiciones económicas que las de la Isla en ese período.

La primera evidencia la vemos en el destino de la migración. Aunque las principales figuras políticas y de la élite de la época iban, más bien, a la Florida, como lo hicieron, entre otros, Fulgencio Batista y Carlos Prío Socarrás, el grueso del movimiento migratorio se establecía en Nueva York. En esa ciudad se encontraban las oportunidades laborales, como lo demostraba la notable migración puertorriqueña durante esos mismos años, la que se concentró casi exclusivamente en esa ciudad. Ya para el censo de 1950, el 46% de las personas nacidas en Cuba residentes en los Estados Unidos vivía en Nueva York, casi el doble del número de cubanos que se encontraba en la Florida.

Otra evidencia del carácter laboral de la emigración durante esos años se encuentra en un dato algo inesperado, que surge de las cifras migratorias de los Estados Unidos. Entre los años 1946 y 1948, se hace un desglose por sexo de los inmigrantes. Entre los cubanos no predominan los hombres, sino las mujeres. La tasa de masculinidad llega al nivel más bajo en la historia de la migración cubana hasta ese momento: 87 hombres por cada 100 mujeres. No es probable que esa emigración femenina haya respondido a móviles políticos, sino más bien a una búsqueda de mejores oportunidades. Jorge Ibarra Cuesta le dedica toda una sección de su libro sobre la República a «la marginación social de la mujer», destaca la lentitud de su incorporación a la fuerza laboral durante las seis décadas de la República. La mujer cubana permanecía «recluida en el estrecho ámbito del hogar».³ Los indiscutibles avances en la igualdad legal para la mujer que se alcanzaron en las décadas de los 30 y los 40 pudieron haber servido para alzar las aspiraciones económicas de la mujer, más allá de lo que le era realmente permitido. Esa contradicción entre las expectativas y las realidades siempre crea un campo fértil para la emigración.

Una última evidencia sobre el carácter laboral de este flujo migratorio se encuentra en los textos literarios. Aunque poco se ha escrito por los historiadores y sociólogos sobre esta migración, dos escritores de ficción, de origen cubano, han centrado muchas de sus

novelas, cuentos y obras de teatro en la presencia cubana en los Estados Unidos durante la República. En las obras de Oscar Hijuelos y José Yglesias predomina un ámbito fuertemente proletario, de familias de clase trabajadora, que luchan en los Estados Unidos bajo difíciles circunstancias para forjar una vida mejor que la que habían dejado en Cuba, pero siempre con añoranza por el calor de su Isla. Quizás la obra más representativa es la primera novela de Hijuelos, *Our House in the Last World*, no tan conocida como la posterior *The Mambo Kings Play Songs of Love*, pero de mayor interés sociológico.⁴ Narrada en primera persona, y quizás autobiográfica, la novela cuenta la historia de una humilde familia cubana que llega a Nueva York a finales de los 40 y se establece en un creciente barrio pobre, poblado de cubanos y puertorriqueños, en el West Side de Manhattan.

Aunque en este ensayo se presentan los pocos datos que están fácilmente disponibles, con el propósito de enfocar una emigración poco estudiada, pero bastante singular en la historia migratoria cubana, sin duda existen más informaciones, datos y archivos, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, que esperan al investigador decidido a escarbar más allá de la superficie. Y sería importante hacerlo, ya que el estudio de esta emigración tendría importantes implicaciones. Enriquecería, por ejemplo, nuestro entendimiento de esa creciente crisis estructural de la República, si supiéramos más a fondo las características de los emigrantes y su procedencia regional, social y económica.

Esta migración es también importante para aquellos que suelen entrar en el interesante campo de la especulación histórica. Por lo general, los países latinoamericanos no eran «países de emigración», sobre todo a los Estados Unidos, durante el período de 1946 a 1958 (con la excepción de México y Puerto Rico, por razones particulares). El hecho de que Cuba ya demostraba cierta tendencia a la emigración laboral durante esos años finales de la República, nos hace pensar sobre otra posible y alternativa experiencia cubana en términos migratorios a partir de 1959, y sobre todo después de 1965, fecha que marca el principio de la masiva migración laboral hacia los

Lisandro Pérez

Estados Unidos procedente de América Latina y Asia. Si la historia cubana posterior al 9 de marzo de 1952, hubiera sido otra, y no se hubieran desencadenado los eventos que desembocaron en el triunfo y consolidación de la Revolución, y como resultado Cuba hubiera permanecido con un sistema económico y político parecido al de otros países de América Latina, no es difícil especular que los niveles de emigración podrían haber alcanzado —y quizás hasta superado— los de estos últimos cuarenta años. Naturalmente, hubiera sido una emigración dentro de un contexto muy disímil, y con características muy distintas a la emigración que, en efecto, sucedió a partir de 1960.

Notas

1. Los datos censales provienen de los reportes de los censos decenales correspondientes a los años de 1900 a 1960 (U.S. Bureau of the Census). Los datos de inmigración provienen de las siguientes fuentes: Commissioner-General of Immigration, Annual Report, U.S. Government Printing Office, Washington, D.C., ediciones para cada año de 1908 a 1932; y U.S. Department of Justice, Immigration

and Naturalization Service, Annual Report (mimeo, ediciones para cada año de 1942 a 1958).

2. Véase, por ejemplo, Jorge Ibarra Cuesta, *Cuba, 1898-1958: Estructura y procesos sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995; Louis A. Pérez, Jr., *Cuba: Between Reform and Revolution*, cap. 10, Oxford University Press, Nueva York, 1988; Marifeli Pérez-Stable, *The Cuban Revolution: Origins, Course, and Legacy*, cap. 2, Oxford University Press, Nueva York, 1993; y Jorge I. Domínguez, *Cuba: Order and Revolution*, cap. 4, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1978.

3. Jorge Ibarra Cuesta, ob. cit., pp. 162-3.

4. Oscar Hijuelos, *Our House in the Last World*, Persea Books, Nueva York, 1983; y *The Mambo Kings Play Songs of Love*, Farrar, Straus, Giroux, Nueva York, 1989.

© ~~TRÉMIAS~~, 2001.

Observaciones sobre el Estado y la Revolución en Cuba. 1920-1940

Robert Whitney

Profesor. Universidad de New Brunswick, Saint John, Canadá.

Entre el decenio de los años 20 y principios de los 40, las presiones combinadas de la movilización de masas, la revolución, la crisis económica y la amenaza de intervención de los Estados Unidos obligaron a los políticos cubanos, de todo el espectro ideológico, a aceptar a las clases populares como un factor en la política nacional e internacional.¹ En 1920, una pequeña y poderosa oligarquía tenía una gran ascendencia sobre la política nacional, y la idea de que el Estado pudiera ser «popular» constituía una maldición para los grupos hegemónicos. Sin embargo, a principios del decenio de los 30, la protesta social de las clases populares se hizo tan general que los mecanismos de control político y social establecidos dejaron de funcionar. En aquel momento, la forma de incorporar a «las masas» al proceso político, en modo alguno resultaba evidente. Una cosa era que las élites políticas reconocieran que los sectores populares constituían una fuerza que era menester tomar en cuenta, y otra muy distinta crear instituciones políticas y discursos nuevos capaces de utilizar esa energía. En el verano de 1933, antes de que fuera posible acostumbrarse a la idea de «las

masas» como agentes políticos, en Cuba estalló una revolución social.

Durante los ocho años que precedieron a 1933, Cuba había estado gobernada por Gerardo Machado y Morales. Entre 1925 y 1930, el gobierno de Machado no enfrentó una oposición seria. Hacia 1929, sin embargo, la crisis económica provocada por la depresión mundial lanzó al caos el orden económico y político establecido. Todas las facciones de la élite cubana se veían, cada vez más, sitiadas por fuerzas sociales que se encontraban fuera de los círculos políticos tradicionales. Antes de 1933, la policía o la guardia rural apenas prestaban atención a un ocasional desfile estudiantil o una huelga obrera. Desde fines del decenio de los 90, en el siglo XIX, hasta el de los 20, la población cubana estaba demasiado fragmentada —social y económicamente— como para significar una amenaza sostenida a la élite gobernante. A principios de 1933, la intensidad de la protesta popular había alcanzado niveles sin precedentes. Machado estaba cada vez más aislado de los demás sectores de la élite política, y la crisis económica y la inquietud laboral desafiaban el orden político y social.

Con la revolución de 1933, las movilizaciones obreras y campesinas llevaron a los jóvenes y relativamente inexpertos revolucionarios al poder estatal. Entre septiembre de 1933 y enero de 1934, una coalición poco delimitada de activistas radicales, estudiantes, intelectuales de clase media y militares de baja graduación descontentos, formó un Gobierno Revolucionario Provisional. Esta coalición estaba dirigida por un popular profesor universitario, el doctor Ramón Grau San Martín. El gobierno de Grau prometió una «Cuba nueva» con justicia social para todas las clases y la abrogación de la Enmienda Platt.² Aunque los dirigentes revolucionarios deseaban el reconocimiento diplomático de Washington, consideraban que su legitimidad se basaba en la rebelión popular que los había llevado al poder y no dependía de la aprobación del Departamento de Estado de los Estados Unidos. A ese fin, durante el otoño de 1933 el gobierno decretó una serie de reformas drásticas. La Enmienda Platt se abrogó unilateralmente y todos los partidos políticos del machadato se disolvieron. El Gobierno Provisional concedió autonomía a la Universidad, las mujeres obtuvieron el derecho al voto, se decretó la jornada de ocho horas, se estableció salario mínimo para los cortadores de caña y se promovió el arbitraje obligatorio. El gobierno creó el Ministerio del Trabajo y se promulgó una ley que establecía que el 50% de los trabajadores de la agricultura, el comercio y la industria debían ser ciudadanos cubanos. El régimen de Grau fijó como prioridad la reforma agraria, y prometió a los campesinos el título legal de sus tierras. Por primera vez en la historia de Cuba, el país era gobernado por personas que no negociaban las condiciones del poder político con España (antes de 1898) o con los Estados Unidos (después).

El Gobierno Provisional sobrevivió hasta enero de 1934, cuando fue derrocado por otra coalición opositora, igualmente poco delimitada, de civiles derechistas y elementos militares. El movimiento, dirigido por un joven sargento, Fulgencio Batista y Zaldívar, tuvo el apoyo del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Muchos cubanos de la época pensaron que el país volvería a los métodos tradicionales de dominio estatal. Antes —siempre que la lucha por el poder se les iba de las manos—, los diplomáticos estadounidenses gestionaban una solución de avenencia entre las facciones en conflicto. No había indicios de que esta vez las cosas fueran diferentes.

Sin embargo, después de 1933, Cuba fue un país muy distinto de lo que había sido unos pocos años antes. Las experiencias de la lucha revolucionaria y las movilizaciones de masas habían pasado a ser parte del paisaje político cubano. La revolución de 1933 politizó a la sociedad cubana en formas fundamentalmente

nuevas. Entre 1934 y 1940, surgió un nuevo consenso político y económico basado en principios autoritarios y reformistas. Después de la revolución de 1933, la mayoría de los grupos políticos de Cuba —de la extrema derecha a los comunistas— llegó a la conclusión de que un Estado nuevo y moderno debía intervenir en la sociedad a fin de modernizar las estructuras políticas y económicas del país. Este impulso reformista culminó en 1940, cuando una nueva Constitución proclamó la democracia política, los derechos de los trabajadores urbanos y rurales, la limitación de la superficie de las plantaciones azucareras y la necesidad de la intervención estatal sistemática en la economía, al tiempo que preservaba el papel supremo de la propiedad privada.³ Irónicamente, muchas de las demandas de 1933 se convirtieron en edictos constitucionales en 1940. La Constitución de 1940 significó un reconocimiento colectivo de la élite económica y política, las clases populares, el ejército dirigido por Batista y los Estados Unidos, de que deseaban vivir juntos, por mucho que les desagradara. Aunque Cuba tuvo varios presidentes civiles entre 1935 y 1940, era evidente que «el hombre fuerte [Batista] gobernaba a Cuba mientras las sombras revoloteaban a su alrededor, en el escenario político».⁴ Luego de controlar la política cubana, entre bambalinas, durante siete años, Batista pasó a presidente de Cuba en 1940. El joven comandante en jefe fue explícito acerca de su papel en el proceso político cubano después de 1933:

Muchos quieren olvidar que soy el jefe de una revolución social constructiva, y me ven como un mero guardián del orden público. Mi idea del orden es la de un arquitecto, en lugar de un policía. El verdadero orden es como un edificio simétrico —no requiere apuntalamiento para mantenerlo en su posición.⁵

El tema no era tanto si podía implementar políticas corporativas, sino cómo y cuándo podría poner en práctica sus ideas. Batista supervisó la transición del país de su dictadura militar en 1934, a la democracia constitucional nominal, en 1940.

Movilización de masas y cambio político

La revolución de 1933 socavó las instituciones y estructuras coercitivas del Estado oligárquico. Sigo a Lawrence Whitehead en su definición de «Estado oligárquico» como aquel «en que la autoridad pública existente está en general al servicio de un sector limitado de la población que deriva su coherencia de diversas fuentes no estatales de poder social, como la propiedad de la tierra, la estirpe familiar o una posición ventajosa en el comercio y las finanzas internacionales».⁶ Para los fines del presente estudio, dentro del contexto cubano,

la «oligarquía» sería la élite política y azucarera cubana y no los capitalistas extranjeros residentes en la Isla. El término oligarquía pudiera dar la impresión de que este grupo era homogéneo desde el punto de vista social y que estaba claramente separado de los sectores «no oligárquicos». En modo alguno esto era así, y debemos ver con precaución a las oligarquías como clase social o como categoría histórica abstracta. Los plantadores azucareros, los capitalistas urbanos en gran escala, los comerciantes importadores y exportadores, los banqueros, los políticos profesionales, los que detentaban regional o localmente el poder, y los oficiales de alta graduación en el ejército, tenían intereses precisos y cada uno de ellos solía promover políticas que no concordaban con los intereses de los demás miembros de la clase dominante; ni siquiera con los Estados Unidos. En gran parte de los estudios que tratan sobre las élites políticas latinoamericanas, existe la tendencia a juntar todos estos grupos, como si fuesen miembros de una clase social con intereses comunes.

A pesar de estas diferencias internas, existentes dentro de las clases altas de Cuba, utilizaré el término «oligarquía» y «poder oligárquico» como conceptos ampliamente descriptivos que contrastan con la política del Estado moderno. El poder oligárquico en Cuba no tenía base nacional. Lo que hacía oligárquico al Estado era que los grupos dominantes recurrieran a líneas de sangre y lazos de familia —reales o ficticios— como fuente de su condición y autoridad. Por lo tanto, el poder político no se centraba en ningún grupo o institución particular; más bien se repartía en una compleja jerarquía de redes nacionales, regionales y locales, de caciques y caudillos. El poder de estos dependía de su capacidad de brindar a sus seguidores acceso a los ingresos estatales y de distribuir recursos locales, tanto humanos como materiales. En otras palabras, el poder oligárquico era, a un tiempo, «económico» y «extraeconómico». Económico, en el sentido de que los caudillos y caciques poseían tierra y capital y solían ser muy empresariales. Su poder era también extraeconómico porque su capacidad de distribuir riqueza, empleos, tierra, acceso al mercado y cargos políticos, se derivaba de un cuidadoso cultivo de la autoridad personal, la reputación y la lealtad. En Cuba, eso significaba que los dirigentes políticos necesitaban mantener una relación estrecha con las empresas azucareras —casi todas bajo control extranjero—, porque la economía azucarera generaba la mayoría de los ingresos estatales y no estatales. Aunque si bien después de 1898 a la élite política y económica cubana se le negaba el control directo de la mayor parte de la producción de la riqueza nacional, también los caciques y caudillos que se encontraban en las diversas capas de la sociedad política demostraron ser muy

Observaciones sobre el Estado y la Revolución en Cuba. 1920-1940.

eficaces en la redistribución de la riqueza para obtener ganancias económicas e influencia política. En contraste con la naturaleza difusa del poder oligárquico, la idea del «Estado moderno» descansaba en el principio de que los dirigentes estatales debían movilizar a toda la población para la causa nacional. Mientras el poder oligárquico era arbitrario, el Estado moderno existía para aplicar y legitimar los principios de la democracia y la independencia. El estatus privilegiado de nación se fusionó —y se hizo idéntico— con la idea del Estado. Este se convirtió en patrimonio colectivo de la sociedad. Estos eran los principales sentimientos en que se basaba el consenso constitucional de 1940.

El argumento principal del presente estudio es que la transición del gobierno oligárquico al Estado moderno se produjo principalmente por la movilización de las clases populares contra el capitalismo oligárquico. Sin dudas, el Estado moderno en Cuba, como en muchos otros países coloniales, nunca tuvo bases fuertes. Aunque es cierto que el consenso constitucional de 1940 reflejó un cambio importante en la cultura política cubana, seguía siendo resultado de un conjunto singular de sucesos nacionales e internacionales. Los factores combinados de la depresión económica mundial del decenio de los 30, la inminente guerra en Europa, el alza del frente popular antifascista, el crecimiento de movimientos populistas y corporatistas de izquierda y derecha en el mundo, y la propia revolución cubana de 1933, fijaron los términos de la formación del Estado en Cuba entre 1930 y 1940. Después de 1940, sin embargo, el auge económico de guerra y posguerra, la derrota del fascismo y el surgimiento de la geopolítica de Guerra fría, redefinieron el carácter del discurso y la práctica políticos en Cuba y en el resto de América Latina. En las décadas de los 40 y los 50, el populismo de tendencia izquierdista de los 30 cedió su lugar a un conservadurismo anticomunista. Pronto el gangsterismo, la violencia y la corrupción fueron instrumentos políticos mucho más eficaces que los idealistas estatutos de la Constitución. A pesar de este desalentador resultado, hubo un amplio consenso popular en el sentido de que era necesario establecer un «Estado moderno» en Cuba. Entre los decenios de los 20 y los 40, los políticos y activistas estaban implacablemente divididos en torno a lo que significaba un poder estatal «popular» y uno «moderno». La participación de las masas y la democracia significaban cosas distintas para las diferentes personas. Pero ningún político —no importa su ubicación en el espectro nacional—, podía pasar por alto la poderosa idea de que un Estado moderno debía producir una Cuba nueva y democrática. El caudillismo y el caciquismo continuaban infestando la política cubana, pero ya no

eran los únicos mecanismos a disposición de los cubanos. La política partidista, las concentraciones de masas, las campañas electorales y la legitimidad constitucional también eran de importancia.

En el sentido más amplio, pues, lo que cambió entre 1920 y 1940 fue la cultura política cubana. Asumo el término «cultura política» en sentido antropológico y no en la forma en que lo utilizaron los teóricos de la modernización. Para la escuela de la modernización —y cabría añadir para los neoliberales de hoy—, la cultura política tiene que ver con valores, creencias y tradiciones más bien abstractos, que influyen negativa o positivamente en la capacidad de las personas para alcanzar «valores cívicos» democráticos liberales (modernos), o una «sociedad civil» de igual tipo. De lo que se infiere, implícita o explícitamente, que algunas sociedades «poseen» una cultura política superior a otras y que los puntos de referencia para ser «moderno», «democrático» y «políticamente culto» son los valores políticos capitalistas occidentales. En cambio, considero que la cultura política tiene que ver con la capacidad y el poder de conferir significados a las cosas, personas, relaciones sociales de producción e ideas, dentro de contextos históricos y luchas sociales concretas. En otras palabras, la cultura política no se define, de modo exclusivo, por su relación con el Estado moderno, ni —como suele darse a entender—, constituye una categoría políticamente neutra o inherentemente positiva. Tiene que ver con los recuerdos, luchas y valores colectivos vivientes, de los grupos sociales que crean sus propias identidades y significados políticos no solo para oponerse a los discursos y prácticas dominantes, sino para crear otras formas de vida. Usar el Estado moderno como norma a través de la cual medir la cultura política, pasa por alto la realidad de que existe una completa gama de prácticas y discursos humanos que la realidad material del poder estatal no abarca. Siguiendo a E. P. Thompson, veo las luchas sociales y culturales como elementos que definen el proceso de formación de clase y Estado; la cultura política tiene que ver con la forma en que las personas comprenden el sentido de estas luchas.⁷ La importancia del consenso constitucional de 1940 consistió en que representó un intento de comprender el sentido del equilibrio del poder en Cuba, luego de 1933.

La agitación de fines del decenio de los 20 y principios de los 30 alcanzó un punto culminante con la revolución de 1933. Los historiadores casi siempre ven esos sucesos como parte de la «larga revolución» de Cuba por la independencia y la justicia social.⁸ Esta larga revolución «comenzó» en 1868-1878 y 1895-1898 con las guerras contra España por la independencia; continuó con la revolución «frustrada» de 1933, y «culminó» con la revolución de 1959. Los

estudiosos sustentan diversas opiniones en lo tocante a cómo la revolución de 1933 se adecua a este proceso histórico más amplio, pero existe un consenso general de que fue importante por haber puesto en marcha un proceso político que, en última instancia —¿tal vez inevitablemente?—, conduciría a la victoria de Fidel Castro.

Un grupo de historiadores ve a 1933 como una revolución democrática-liberal frustrada, que, de haber alcanzado resultados positivos, habría evitado la revolución socialista, más radical, de 1959. Grau no era un político radical. Por el contrario, la prensa cubana solía llamarlo «el Roosevelt de Cuba» porque deseaba una «Cuba nueva», controlada por cubanos y no por capitalistas foráneos. Aunque eran profundamente nacionalistas, Grau y sus seguidores distaban mucho de oponerse a los Estados Unidos. Sin embargo, eran anti-intervencionistas. Desde la perspectiva de muchos nacionalistas cubanos, podía establecerse una distinción clara entre los avariciosos «consorcios» capitalistas de Wall Street y el liberalismo «imparcial» del New Deal del presidente Franklin Delano Roosevelt. Desde que se produjo la intervención estadounidense en Cuba, en 1898, los «consorcios» de las grandes empresas azucareras, bancos, empresas terratenientes y otros intereses privados hicieron en la Isla, más o menos, lo que desearon. A principios de 1933, sin embargo, el recién electo presidente de los Estados Unidos prometió que su país sería un «buen vecino» y respetaría la soberanía de los países latinoamericanos. Este cambio de dirección de los que, en los Estados Unidos, conducían la política pareció un buen augurio para el futuro de Cuba. Grau y quienes lo apoyaban admiraban muchas cosas en las políticas sociales de patrocinio estatal del gobierno del New Deal, y no vieron razón para que los Estados Unidos negaran su reconocimiento al nuevo gobierno del país. De modo que cuando el gobierno norteamericano no reconoció a Grau, y el representante especial, Sumner Wells, apoyó el golpe de Batista, pareció como si los «consorcios» determinaran una vez más la política estadounidense hacia Cuba. El optimismo reformista quedó aplastado. Otra de las causas que condujeron al desplome del régimen revolucionario fue que carecía de un partido político capaz de canalizar el apoyo popular en forma eficaz. La lucha entre facciones, y la indecisión, socavaban la capacidad del gobierno. Al propio tiempo, el Partido Comunista y sus cuadros sindicales se le oponían de modo vehemente. Mientras tanto, Batista reorganizaba el ejército, sin estar sometido al control del gabinete. El gobierno era un castillo de naipes a punto de desplomarse.

La perspectiva explícita o implícita de estos historiadores es que la derrota de 1933 «frustró» los

La tendencia de los historiadores de ver a Batista exclusivamente como contrarrevolucionario [...] ha oscurecido las bases en que se sustentó su fase populista de 1937 a 1940 y, diría yo, el porqué Cuba se convirtió en una democracia oficial en 1940.

sentimientos nacionalistas cubanos y que, en la década de los 50, Fidel Castro explotó este sentimiento de frustración. Por ejemplo, en el capítulo final de su libro sobre la revolución de 1933, Luis Aguilar considera «evidente» el vínculo entre 1933 y 1959. Después de la frustración que produjeron los corruptos y violentos decenios de los 40 y los 50, Fidel Castro «habló del modo que la gente deseaba oír»; a principios de los 60, sin embargo, cambió el rumbo y llevó a Cuba en una dirección «inesperada» y «trágica». Ramón Bonachea y Marta San Martín inician su libro sobre la insurrección cubana de 1952 a 1959 diciendo que la generación de los años 50 tenía, en esencia, la misma ideología que la frustrada generación del 30, pero que esta vez Fidel Castro y sus seguidores eran más decididos y estaban mejor guiados. Del mismo modo, Andrés Suárez afirma que el éxito alcanzado por Fidel Castro puede explicarse por la forma en que manipuló la «atmósfera de frustración trágica» que databa desde la derrota de 1934. El éxito rebelde no sería, por tanto, obra propia, sino resultado de la incapacidad de los cubanos de mentalidad reformista para alcanzar la victoria, en 1933 y después.⁹

Una posición bastante cercana, en lo tocante a los sucesos de 1933, hace mayor hincapié en la incapacidad o resistencia de los Estados Unidos para comprender sus implicaciones. De haber apoyado al gobierno moderado de Grau, la historia posterior de Cuba pudo haber tomado un giro bien distinto. La política estadounidense, sin embargo, estaba encerrada en la visión miope de mantener a toda costa la estabilidad en Cuba. Aun cuando Grau y su Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), (PRC-A), se hicieron notablemente más moderados después de 1933, los diplomáticos norteamericanos consideraban que no podían confiar plenamente en ellos para mantener el orden y proteger los intereses de la Unión. A pesar de la abrogación de la Enmienda Platt, en 1934, la soberanía cubana continuó limitada por la hegemonía norteamericana. Aunque este problema no era nada nuevo, luego de las dramáticas revueltas de 1933 los cubanos, en general, eran mucho más hostiles a la intervención yanqui en sus asuntos internos. La política estadounidense debió haberse adaptado al nacionalismo cubano, pero no lo hizo. Esta incapacidad de adaptación de Washington

significó la inevitabilidad de un nuevo enfrentamiento entre las fuerzas insurgentes del nacionalismo cubano y los Estados Unidos. Un joven, Fidel Castro, asumiría el desafío en 1952.¹⁰

Otro grupo de historiadores no ve la revolución de 1959 como resultado negativo o trágico de los fracasos de 1933. Más bien interpretan aquellos sucesos como una «prerrevolución» o un «prólogo», de signo positivo, de la actual Revolución cubana. La revolución de 1933 se convierte así en una suerte de ensayo de la de 1959, incluso cuando entonces no existían las condiciones «objetivas» y «subjetivas» para la victoria. Según esta perspectiva, en 1933 el equilibrio de las fuerzas sociales y de clase no era propicio «objetivamente» para el éxito de una revolución social (y socialista); «subjetivamente» los radicales de 1933 estaban demasiado divididos entre sí y eran inmaduros desde un punto de vista ideológico como para desarrollar una estrategia política clara de toma del poder. Como resultado, el deseo de liberación nacional del pueblo cubano no pudo concretarse en ese momento. Gran parte de estos escritos, sobre todo los realizados por estudiosos cubanos, pone en contraste la debilidad política de los radicales de 1933 con la dirección de Fidel Castro en el decenio de los 50. La incapacidad de la revolución del 33 demostró que la reforma del sistema neocolonial era imposible y que solo la revolución socialista podía traer a Cuba la libertad. El caos político y la corrupción existentes en Cuba entre 1933 y 1959 eran, por tanto, síntomas de la crisis no resuelta del dominio neocolonial. La línea de 1933 a 1959 es directa y los sucesos de 1933 se convierten en parte de la descripción histórica de 1959.¹¹

Aunque esta breve visión de las publicaciones sobre el tema no hace justicia a las importantes observaciones de otros autores y a la sutileza de sus interpretaciones, todo lo escrito sobre la revolución de 1933 comparte la idea central de que su importancia se encuentra, en gran medida, relacionada con lo ocurrido (o con lo que dejó de ocurrir) en la década de los 50. En general, no veo nada erróneo en esa posición: si el propósito es comprender los orígenes de la revolución de 1959, debemos aceptar el legado de 1933. Mi objetivo, sin embargo, es distinto. Parto de un punto anterior —la coyuntura política y económica de 1920— y utilizo un

resultado distinto y más cercano: el consenso constitucional de 1940. Es importante reconocer que la selección de resultados históricos determina la forma en que construimos nuestra descripción; al hacerlo, la secuencia y la importancia relativa de los acontecimientos cambia de modo significativo. Obtenemos una apreciación más elevada de cómo las personas vieron cambiar su país, en formas más concretas e inmediatas. El hecho de que en el decenio de los 50 los cubanos consideraran traicionadas sus esperanzas y expectativas políticas nos dice poco de cómo surgieron y se fomentaron estos sentimientos. Si nos centramos demasiado en los fracasos y desilusiones del período de 1933 a 1940, corremos el riesgo de subestimar lo que cambió en Cuba entre 1920 y 1940. Concluyo la descripción en 1940 porque, en lo adelante, comienza una nueva fase en la historia política de Cuba. Entre 1940 y 1959, los adversarios políticos y la generación joven radicalizada pudieron usar como armas ideológicas, unos contra otros, los edictos y principios constitucionales, y se atacarían mutuamente de modo constante por traicionar las aspiraciones populares del pasado decenio; pero no lo hacían para derrocar el Estado moderno, sino más bien para mejorarlo y hacerlo más representativo de la voluntad popular.

Es importante señalar que, en años recientes, se han producido avances notables en la historiografía. Por ejemplo, la investigación sobre las complejidades de la movilización obrera y campesina, antes y después de 1933, ha arrojado más luz sobre la forma en que la actividad política popular engarzaba al capitalismo cubano y al imperialismo estadounidense en nuevas formas cualitativas y cuantitativas. Del mismo modo, los historiadores y especialistas en ciencias sociales que escriben sobre el proceso de la formación del Estado en América Latina han realizado observaciones importantes sobre las conexiones entre la insurrección popular y las bases sociales e históricas del poder político. Los estudiosos ven al Estado, cada vez más, como un conjunto de instituciones cosificadas, situadas «por encima de la sociedad» y las revoluciones como una serie de «sucesos» dramáticos que socavan el poder estatal. En lugar de ello, los Estados y las revoluciones deben estudiarse como procesos contruidos social e históricamente, a través de los cuales las personas luchan por asuntos de poder político, económico y cultural. Esta forma de ver al Estado —y cabría añadir a la política y la cultura en general—, procura evitar su reducción (y de la política y la cultura) a determinantes económicos, análisis simplistas de clase o modelos teleológicos de desarrollo social y económico.

El Estado y la Revolución, 1920 a 1940

En resumen, entre 1920 y 1940, la práctica del poder estatal y las formas de resistencia popular a ese poder habían tomado direcciones nuevas. Para el tercer decenio del siglo xx, el Estado oligárquico se encontraba debilitado por la movilización popular «desde abajo» y por la insistencia de las clases medias en ser incluidas en la vida política del país. En muchos sentidos, sin embargo, antes de la década de los años 30 el Estado cubano no necesitaba ser fuerte: era la hegemonía estadounidense, ejercitada por medio de la Enmienda Platt, lo que garantizaba, en última instancia, el orden político y la estabilidad económica. La clase política cubana aceptó este arreglo y utilizaba el espacio político y económico a su disposición para obtener riqueza y poder. En otras palabras, antes de 1933 no había razones apremiantes para la existencia del Estado-nación cubano.

Algo que se desprende claramente de este estudio es que el mecanismo de gobierno oligárquico demostró ser muy eficaz en el mantenimiento del control sobre una población social y económicamente inestable. El gobierno oligárquico se basaba en la fragmentación del poder político en una sociedad mayoritariamente agraria. Aunque es cierto que los niveles superiores del Estado oligárquico se derrumbaron con notable rapidez a principios de 1933, el caciquismo y el caudillismo siguieron siendo muy fuertes, sobre todo en el campo. Se necesita más investigación sobre la forma en que funcionaron en Cuba. Los historiadores de España han señalado que el caciquismo era un fenómeno moderno que evolucionó durante la primera mitad del siglo xix. Típicamente, los caciques no eran parte de la oligarquía establecida; más bien constituían una nueva élite política, cuya influencia dependía de sus vínculos con el Estado central y el sector rural. Los caciques eran intermediarios entre las comunidades locales y las maquinarias políticas nacionales. En Cuba, el caciquismo evolucionó con especial fuerza después de la guerra de 1895 a 1898. Al igual que ocurrió con el de España, las redes personalistas de dependencia y patronazgo funcionaron como formas temporales de control social, dentro del contexto de la rápida destrucción de las relaciones sociales agrarias precapitalistas y el surgimiento de una fuerza laboral asalariada. Entre 1880 y 1930, los cubanos presenciaron la abolición gradual de la esclavitud, la destrucción de miles de comunidades y hogares campesinos, debido a la expansión de los latifundios, la evolución de la producción azucarera en colonias y la importación de cientos de miles de trabajadores emigrantes. Estos cambios en la vida y el trabajo en las regiones rurales de Cuba significaron que la mayoría de las personas no eran campesinas

ni proletarias, sino una combinación muy inestable de ambas. Sobre todo después de las muy cruentas guerras de independencia de la segunda mitad del siglo XIX, muchas personas pobres y desplazadas necesitaban algo de seguridad. Las empresas azucareras que invirtieron en Cuba después de 1898 aprovecharon la vulnerabilidad de la población: pagaban salarios bajos, imponían largas jornadas laborales y les negaban a los trabajadores el derecho de organizar sindicatos. Al propio tiempo, los capitalistas cubanos y extranjeros no tenían que preocuparse por la intromisión de las autoridades estatales de La Habana.

Fue en este contexto que se desarrollaron el Estado oligárquico, el caciquismo y el caudillismo. Los políticos necesitaban intermediarios que garantizaran votos durante las elecciones, y los terratenientes precisaban establecer el control sobre la fuerza laboral. A fin de solucionar estos problemas, los políticos y los gerentes de empresas buscaban personas que tuvieran influencia sobre las poblaciones rurales. Estas personas solían ser veteranos de las guerras de independencia que usaban su posición dentro de las comunidades rurales para brindar a sus seguidores tierras, empleos, crédito y acceso a círculos más amplios de «amigos», los cuales pudieran ayudar en momentos difíciles, que siempre se presentaban.

Antes de 1930, la rebelión política era sofocada por esta red de caudillismo y caciquismo. Este fue el caso de la rebelión de Veteranos y Patriotas, de 1923 a 1924. El Movimiento de Veteranos, sin dudas, reflejaba las crecientes contradicciones del Estado oligárquico, pero sería necesaria una crisis mucho más dramática para socavar su poder. Esta crisis se produjo en 1929, cuando el sistema mundial de comercio se desplomó. Para principios de la década de los años 30, las movilizaciones de masas, la revolución, la crisis económica y la amenaza de intervención de los Estados Unidos generaron amplias demandas para un país nuevo y democrático y un Estado-nación cubano.

Como hemos visto, hubo poco acuerdo en cuanto al tipo de Estado que debía sustituir al gobierno oligárquico. Es comprensible la falta de consenso dentro de los grupos antioligárquicos: las movilizaciones de masas y la crisis económica alimentaban la fertilidad ambigua de la política nacionalista radical. La energía insurgente de las clases populares y los sectores medios había cambiado la forma y el contenido de la práctica y el discurso políticos. Luego de 1933, los políticos cubanos tuvieron que tomar en cuenta con seriedad las preocupaciones supuestamente «no políticas» y «no nacionales» de los sectores populares. Para comprender el sentido de la insurgencia de las masas, los líderes políticos cubanos desarrollaron opuestas visiones de la forma en que el futuro Estado debía representar a los

Observaciones sobre el Estado y la Revolución en Cuba. 1920-1940.

cubanos. Estas concepciones podrían ser más o menos incluyentes o excluyentes, en dependencia de qué sectores «del pueblo» se consideraran más representativos de la nación.

Los grupos que, con cierta timidez, decían representar «al pueblo» se habían lanzado a la política de masas con poca o ninguna experiencia sobre la forma de canalizar las demandas populares, a fin de convertirlas en estrategias eficaces y en estructuras organizativas. La política había irrumpido en las regiones rurales de Cuba sin incitación de los estudiantes, los comunistas, los sindicalistas o los nacionalistas radicales. A fines de 1933, cuando las supuestas vanguardias de la lucha popular se encontraron con el poder estatal en las manos, no tenían los medios para dirigir o controlar al propio pueblo que decían representar. Esta debilidad también explica por qué, en enero de 1934, la coalición de Grau pudo ser echada a un lado con tanta facilidad por Fulgencio Batista y su ejército y policía reorganizados. También tomó por sorpresa a la oligarquía un militar de bajo rango, procedente de las capas populares, con ideas propias sobre la forma de gobernar a Cuba. Las clases políticas tradicionales se vieron obligadas a aceptar al impredecible Batista como «arquitecto» de una solución política posterior a la revolución.

Lo que podemos aprender de la experiencia cubana en estos años críticos es la forma en que un individuo poco convincente —Fulgencio Batista—, fijó las condiciones para la formación del Estado en Cuba, entre 1933 y 1940. El sargento convertido en coronel, joven y poco educado, logró reprimir, ganar, equilibrar y neutralizar a grupos tan dispares como los políticos tradicionales, los intereses azucareros, los sindicatos, los comunistas, los nacionalistas radicales y los Estados Unidos. Batista fue lo suficientemente astuto como para comprender que la política cubana nunca sería la misma después de 1933 y que la «paz social» y la «democracia» dependían de la incorporación al proceso político de las ahora «disciplinadas» clases populares. Sin embargo, también fue lo suficientemente tortuoso como para apropiarse del legado de la revolución del 33 para sus propios fines políticos. Esto explica por qué Batista realizó una alianza con el Partido Comunista y por qué permitió la formación de la Confederación de Trabajadores de Cuba. Mientras tanto, logró mantener desequilibrados a su principal competidor político, Ramón Grau San Martín y a los auténticos, así como a las empresas azucareras, mientras aplicaba su proyecto populista. También fue sorprendente cómo el joven coronel logró confundir a los todopoderosos Estados Unidos sin oponerse a sus líneas estratégicas en Cuba y en la región en general. Todo lo escrito sobre la Cuba del siglo XX tiende a centrarse en explicar por qué se

Los cubanos habían luchado durante años para que el Estado tomara en serio sus demandas y derechos y, aunque en retrospectiva sabemos que se les negaron sus expectativas, se habían sembrado las semillas de una transformación *posible*, e incluso más radical de la sociedad cubana.

produjo la revolución de 1959. Suele pasarse por encima de estos notables aspectos de su historia, con poca o ninguna interpretación de cómo o por qué la política cubana evolucionó del modo en que lo hizo.

Bajo el ojo avizor de Batista, el Estado redistribuyó la riqueza tomada de las utilidades capitalistas y la usó para pagar sus políticas sociales. Para el decenio de los 40, la «demagogia redistribucionista» del populismo cubano estaba acompañada por algunas reformas reales, aunque modestas. Ya en 1937, la Embajada británica había observado que

en los centrales, las huelgas de 1933 y 1934 habían dado impulso a un movimiento que hasta el momento se había desarrollado con gran lentitud en la agricultura. La mayoría de los centrales reconocen ahora a los sindicatos de trabajadores y aceptan tratar con ellos. Estos últimos han logrado aumentos salariales y mejoras de las condiciones, y muchas empresas han llegado a firmar contratos que instituyen la contratación rigurosa solo de trabajadores sindicalizados.¹²

Solo un decenio después, un informe estadounidense se quejaba de que «lo que comenzó como un movimiento razonable, por el reconocimiento de derechos laborales justos en los años que precedieron a la promulgación de la Constitución de Cuba de 1940, se ha convertido en una pirámide de excesos que amenaza con liquidar muchos de los bienes productivos del país».¹³ Otro documento estadounidense, dirigido a hombres de negocios que deseaban invertir en Cuba, decía lo mismo:

Los años que siguieron a 1933 presenciaron la creciente influencia del movimiento laboral en la vida política de Cuba. Los gobiernos posteriores, que procuraron apoyar activamente a los trabajadores, promulgaron mucha legislación avanzada. No fue hasta la década de los 40, sin embargo, que toda la maquinaria oficial se colocó a favor de la fuerza laboral.¹⁴

Por supuesto, constituye una exageración decir que «toda la maquinaria oficial» estaba a favor de la fuerza laboral. Cuba era un refugio seguro del capital estadounidense, por muchas que fueran las quejas que los inversionistas tuvieran sobre la influencia de los trabajadores sindicalizados. Pero también era cierto que los capitalistas extranjeros no actuaban ya con la impunidad total que lo habían hecho antes de 1933. La Constitución de 1940 representó un arreglo político

que reflejó un nuevo equilibrio de poder en el país y los capitalistas extranjeros tendrían que adaptarse a esta nueva realidad. La importancia del consenso de 1940 —como la historia posterior nos permite conocer—, no se encuentra en lo que en realidad se logró, sino más bien en lo que se prometió y sobre todo en por qué fue necesario hacer esas promesas.

La tendencia de los historiadores de ver a Batista exclusivamente como contrarrevolucionario —sobre todo a la luz de la revolución de 1959— ha oscurecido las bases en que se sustentó su fase populista de 1937 a 1940 y, diría yo, el porqué Cuba se convirtió en una democracia oficial en 1940. Batista se vio como líder de la revolución de 1933 y aunque es claro que ponemos en duda sus credenciales revolucionarias, no debemos subestimar el hecho de que Batista era el resultado de una conmoción revolucionaria, y que él se veía como tal. Le encantaba leer biografías políticas y uno de sus héroes era Napoleón Bonaparte; no sabemos si se veía como el Napoleón cubano, pero sí que consideraba que era responsabilidad suya, su «destino», poner «orden» al «caos» revolucionario. Batista era hábil a la hora de reclutar aliados y atender sus preocupaciones, mientras preparaba las condiciones para ascender a la presidencia en 1940. Por primera vez en la historia de Cuba, se incorporaban segmentos importantes de las clases populares —lo desearan o no—, al «dominio público» organizado por el Estado. El breve gobierno de Grau había intentado atender las aspiraciones públicas y llevar la democracia a Cuba, pero sería Batista, y no Grau, quien, después de 1933, se convertiría en el «arquitecto» del Estado.

En un reciente artículo sobre el populismo en América Latina, Alan Knight calificó a Batista, en la década de los años 30, de «populista resbaloso».¹⁵ Esta descripción es adecuada, y la mayoría de los escritos sobre Batista en esta etapa la comparten. El «carácter resbaloso» del coronel —diría yo— no se debía tan solo a su conocida tendencia a desconfiar prácticamente de todos los que lo rodeaban y de enarbolar cualquier idea que sirviera a sus fines inmediatos, sino también a los «resbalosos» tiempos en que vivió. Batista comprendió que, después de 1933, la práctica y el discurso políticos necesitaban reflejar preocupaciones y necesidades «populares». Comprendía también que,

debido a que la vida económica y social de Cuba estaba tan dominada por los Estados Unidos bajo Franklin D. Roosevelt tendría que hacer parecer que Cuba evolucionaba hacia la democracia. El problema central era cómo, y bajo la autoridad de quién, se establecería la «democracia». Batista y Cuba no tenían el mismo poder de negociación económica y política que Lázaro Cárdenas y su México; el dirigente cubano tendría que andar con mayor cuidado en sus tratos con los estadounidenses. Lo que a fines del decenio de los 30 muchos latinoamericanos percibían, cada vez con mayor claridad, era que a pesar de la retórica de Buena Vecindad, los Estados Unidos no permitirían que el significado de la democracia se utilizara contra sus intereses estratégicos. No podía confiarse en que los indóciles pueblos del sur establecieran una democracia propia, y tenían que ser mantenidos bajo el ojo avizor (y los fusiles) de dictadores fiables, al menos hasta que el pueblo estuviese dispuesto a asumir un comportamiento político «responsable». Batista comprendió y aceptó esta lógica, del mismo modo que era muy consciente de que, luego de la revolución de 1933, los cubanos no podían ser gobernados del mismo modo. Por lo tanto, entre 1934 y 1940, él fue, a un tiempo, dictador, aliado de los Estados Unidos, populista y nacionalista; y mantuvo a cubanos y norteamericanos preguntándose cuál sería su siguiente movimiento. Al hacerlo tan bien, Batista robó la iniciativa política a los demócratas, comunistas, nacionalistas radicales y políticos tradicionales. Dada la confusión política y económica de esos tiempos, es difícil imaginar cómo cualquier líder hubiera podido lograr una proeza tal sin ser bien resbaloso.

La política cubana, pues, había cambiado mucho y permanecido igual. La corrupción y la violencia seguirían dominando la escena política; pero después de 1933, los sectores populares estaban menos atemorizados, tenían nuevos recuerdos y tradiciones de lucha y poseían nuevas formas de práctica política. Los cubanos habían experimentado muchas penurias y derrotas, y algunas victorias. La clase obrera y los cubanos pobres seguían siendo espectadores, mientras las élites políticas luchaban por el acceso al Estado, pero la idea de que este debía ser «popular» y representar a todo el país estaba ahora implantada en la cultura política cubana. El día antes de que el gobierno Mendieta-Batista recibiera el reconocimiento de los Estados Unidos, Grau abordó un barco con destino a México. Su partida, sin embargo, fue diferente que la de cualquier otro presidente en la historia del país. El 29 de enero, Grant Watson, de la Embajada británica, describió así la escena del muelle:

Una multitud de sus simpatizantes se reunieron en el muelle y mientras la embarcación navegaba por el puerto,

corrieron a su lado. Pertenecían a las clases más pobres y eran muy entusiastas. Consideraban al doctor como su campeón. Había estado en su cargo solo cuatro meses y medio, y sin embargo había hecho reformas, algunas de las cuales perdurarían. Los estudiosos de la historia recordarán su período debido al gran cambio que sobrevino en Cuba. El imperio de los magnates del azúcar resultó conmovido, en cualquier caso, por el presidente —y quizás para siempre.¹⁶

La visión de Watson era notable, dado que pocas personas apreciaron el significado histórico de aquellos caóticos meses de 1933. Todas las reformas importantes del régimen de Grau fueron, de hecho, implementadas por los gobiernos futuros, incluyendo el régimen represivo de Mendieta-Batista, de 1934-35. Indudablemente, estas reformas no fueron implementadas de la forma en que las intentó Grau, y la estabilidad en Cuba no se logró por largo tiempo.

El país había llegado a un estado de agotamiento político y pasarían otros seis años antes de que existiera en Cuba algo que recordara la paz social. En verdad, un gran cambio había llegado a Cuba. Los cubanos habían luchado durante años para que el Estado tomara en serio sus demandas y derechos y, aunque en retrospectiva sabemos que se les negaron sus expectativas, se habían sembrado las semillas de una transformación posible, e incluso más radical de la sociedad cubana. En qué grado ese objetivo se materializaría dentro de la cultura política cubana, y quién lo aprovecharía, es tema de otra fase de la historia de Cuba.

El arreglo político de 1940 se erigía, por tanto, sobre cimientos endebles. Se produjo por una combinación concreta de sucesos internos (la crisis del gobierno oligárquico y la revolución de 1933) y sucesos externos (la depresión y la Segunda Guerra Mundial). Las condiciones favorables de tiempos de guerra brindaron a los productores cubanos un mercado azucarero estable entre 1939 y 1945. Las realidades políticas y económicas de la depresión, así como la creciente amenaza de la guerra mundial, obligaron a los Estados Unidos a brindar mayor acceso de mercado al azúcar cubano. A pesar de las incertidumbres de la política regional e internacional, el ambiente inversionista en Cuba alcanzó 1 500 millones de dólares; en 1933 había disminuido a apenas 300 millones, pero en 1937 las inversiones estadounidenses habían alcanzado casi dos veces el monto original.¹⁷ La producción azucarera interna de los Estados Unidos era insuficiente para la demanda de tiempos de guerra, y Filipinas, el principal competidor de Cuba, estaba demasiado lejos. Mientras duró la amenaza de guerra, Cuba tuvo garantizado un mercado estable para su azúcar. Disminuyeron los aranceles y los precios mejoraron. En palabras de Jules Benjamin, «la industria azucarera de la Isla debió cambiar

de subproducción obligada a una producción máxima para la guerra».¹⁸ La oligarquía cubana hacía mucho clamaba por un tratado azucarero permanente con los Estados Unidos, pero lo más que pudo obtener fue un acuerdo excepcional en condiciones de guerra.

Como consecuencia de este comercio, los ingresos permitieron a la élite cubana tolerar —y pagar a regañadientes— las intrusas políticas estatistas de Batista. Las condiciones de guerra brindaron a este el espacio político para promover su propio tipo de populismo. La forma que tomó se debió a que el liberalismo del New Deal de Roosevelt y la política del Buen Vecino no contemplaban con buenos ojos las dictaduras militares manifiestas, sobre todo en Cuba. La principal publicación de la industria azucarera cubana, *La Revista Semanal Azucarera*, resumió la situación diciendo que «en un mundo en dificultades en que prima la lucha social, sería difícil recalcar en demasía la importancia que para los Estados Unidos representa tener de vecino un país democrático y razonablemente próspero, donde se desconocen todos los “ismos” surgidos de la pobreza extrema».¹⁹ Estas palabras se escribieron en marzo de 1939, y gracias a que contó con un mercado azucarero estable en los Estados Unidos, Cuba fue sin dudas un «país razonablemente próspero» durante los cinco años siguientes.

Los crecientes ingresos, gracias a las ventas de azúcar en el decenio de 1940, significaron que los diversos gobiernos cubanos tuvieron medios financieros para encerrar a muchos sindicalistas y activistas de izquierda dentro de la irresistible red del clientelismo estatal. Las organizaciones de masas debieron aprovechar el espacio político que se había abierto entre 1937 y 1945 para obtener mejores salarios, mejores condiciones de trabajo, derecho a organizarse y a lograr empleos e ingresos estatales. La capacidad de los dirigentes sindicales e izquierdistas de atender a estas demandas de la base dependía de su acceso al Estado, y entre 1934 y 1944, ello significaba el acceso a Batista. La credibilidad política dependía de la capacidad del dirigente de negociar de modo positivo las condiciones del compromiso entre el Estado y los que lo apoyaban. Después de 1938, el Partido Comunista y muchos dirigentes sindicales entraron en estas negociaciones. Los sindicatos obtuvieron reconocimiento legal, los convenios colectivos se hicieron más amplios, los salarios mejoraron y hubo más seguridad en el empleo para algunos trabajadores. Los líderes sindicales e izquierdistas pudieron haber rechazado la tentación del patrocinio estatal, pero hacerlo significaría no obtener nada para sus seguidores de base. La memoria política de la revolución de 1933 era demasiado poderosa para que se pudiera hacer caso omiso de ella, y los trabajadores necesitaban algo a cambio, después de

tantos sacrificios y penurias. La única opción era el aislamiento y la ineficacia políticos. Irónicamente, la izquierda cubana —lo que de ella quedaba— ganó acceso al Estado solo después de su derrota y marginación. El apoyo del Partido Comunista a Batista pudiera haber hecho parecer la derrota como una victoria; pero era Batista quien mantenía la iniciativa política, no los comunistas ni sus cuadros sindicales.

Con el final de la guerra mundial y el regreso a condiciones inseguras de mercado, el consenso político batistiano se deshizo enseguida. Sin una fuente estable y lucrativa de ingresos estatales provenientes del mercado estadounidense de tiempos de guerra, las bases económicas del populismo cubano cayeron y la fragilidad de la pax batistiana se hizo evidente. Después de 1944, el discurso político cubano mantuvo su forma populista, pero el Estado ya no poseía los recursos, ni la credibilidad política, para manejar con eficacia la estrategia populista de acumulación de capital. En lo adelante, el espacio político y económico que existió entre 1937 y 1944 se redujo a un ritmo alarmante, sobre todo para quienes eran socios menores del consenso populista, como los comunistas y los sindicalistas. La política de Guerra fría no admitía alianzas estatales con comunistas. Luego de 1944, los antiguos aliados en el proceso de formación del Estado lucharon literalmente por sus decrecientes recursos. Cortado el cordón umbilical del Estado, a algunos sectores políticos se les dificultaba sobrevivir sin su patrocinio. Cuando, en 1944, fueron electos Ramón Grau San Martín y los auténticos, las justificaciones populistas para la inclusión de los sectores populares en las redes de patrocinio estatal ya no enmascaraban la realidad de flagrante corrupción y política electoralista. Para el decenio de los 50, esta situación llegó a provocar otra crisis dentro de la sociedad cubana. La escena estaba lista para un conjunto distinto de contradicciones políticas y económicas, que culminaría en una situación revolucionaria nueva.

Después de 1948, un tipo distinto de crisis hizo presa de Cuba. Durante los últimos años de la década de los 40 y en los 50, el debate estuvo guiado por un sentimiento generalizado de que los políticos corruptos habían «traicionado» y manipulado cínicamente los sentimientos y expectativas populares de 1933-1940. Se les consideraba no solo parásitos que vivían de las instituciones estatales —lo que no era nuevo para los cubanos—, sino que, después de 1940, se les veía también como violadores del patrimonio colectivo, que pertenecía a toda la nación. El consenso de 1940 demostró ser demasiado frágil y las estructuras estatales demasiado débiles para apropiarse por completo de la memoria colectiva de los diversos grupos sociales que habían luchado dura y largamente para cambiar

sus condiciones de existencia. Sin embargo, lo que hizo de los debates posteriores a la Constitución de 1940 algo más que pura verborrea retórica, fue que los principios constitucionales podían interpretarse, y fueron interpretados, en formas potencialmente radicales. Los auténticos de Grau sintieron los efectos de esa presión popular en 1948, Eduardo Chibás y sus seguidores se separaron para formar el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en un intento de recobrar los «verdaderos» ideales de 1933 y 1940. En gran medida, este fue el contenido de las luchas de fines de la década de los 40 y de los 50. El «edificio simétrico» que Batista tanto contribuyó a construir demostró ser demasiado frágil, y llegaría el momento en que se desplomaría a su alrededor.

Notas

1. Los términos clases populares y clases económicas eran utilizados comúnmente por periodistas, políticos y comentaristas sociales para describir los dos grupos sociales de Cuba en los primeros cuarenta años del siglo. Las clases populares comprendían a todos los sectores que no fueran la élite política y las clases azucarera, comercial e industrial. Estaban compuestas por los asalariados urbanos y rurales, los campesinos, los grupos de clase media inferior de estudiantes, empleados públicos y trabajadores de pequeños comercios. Las clases económicas estaban compuestas por los políticos profesionales que dominaban los partidos políticos tradicionales (liberales, conservadores y miembros del Partido Popular), así como por dueños de ingenios, colonos e intereses bancarios y comerciales cubanos y españoles residentes. Para los fines de este trabajo, usaré el término clases populares en el sentido expuesto. Como veremos en las páginas siguientes, si la identidad de clase se define según la relación que se guarde con los medios de producción, entre 1900 y 1940 en Cuba esta identidad era muy inestable. El desempleo o subempleo de masas, combinado con la importación en gran escala de trabajo inmigrante, contribuyeron a socavar cualquier identidad de clase estable o de largo plazo. Para un análisis académico de los sectores populares, o «el pueblo» o «lo popular», véase Guillermo O'Donnell, «Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy», en David Collier, ed., *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, Princeton, 1979, pp. 288-291.
2. Véase Louis A. Pérez, «Cuba under the Platt Amendment», *The War of 1898*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998, pp. 32-35.
3. El texto completo en inglés de la Constitución de 1940 puede encontrarse en Russell H. Fitzgibbon, *The Constitutions of the Americas*, University of Chicago Press, Chicago, 1948, pp. 226-96.
4. Rene Rayneri, «Colonel Batista and Cuba's Future», *Current History*, n. 50, abril de 1939, p. 51.
5. Fulgencio Batista, citado en *The Havana Post*, 23 de junio de 1937, p. 10.

Observaciones sobre el Estado y la Revolución en Cuba. 1920-1940.

6. Laurence Whitehead, «State Organization in Latin America Since 1930», en Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, v. VI, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 9.
7. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage Books, Nueva York, 1963, pp. 8-12.
8. Para ejemplos, véanse Denis B. Wood, «The Long Revolution: Class Relations and Political Conflict In Cuba, 1868-1968», *Science and Society*, a. 34, n. 1, Nueva York, primavera de 1970; Luis Aguilar, *Cuba 1933: Prologue to Revolution*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1972; Robin Blackburn, «Prologue to the Cuban Revolution», *New Left Review*, n. 12, Londres, octubre de 1963; Ramón Eduardo Ruiz, *Cuba: the Making of a Revolution*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1968.
9. Véase Luis Aguilar, ob. cit.; Ramón Bonachea y Marta San Martín, *The Cuban Insurrection, 1952-1959*, Transaction Books, New Brunswick, 1974; Andrés Suárez, *Cuba, Castro and Communism, 1959-1966*, MIT Press, Cambridge, 1967; Jaime Suchlicki, *Cuba, from Columbus to Castro*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1974.
10. Véase Jules Benjamin, *The United States and Cuba: Hegemony and Dependent Development, 1880-1934*, Pittsburgh University Press, Pittsburgh, 1977; y *The United States and the Origins of the Cuban Revolution: An Empire of Liberty in the Age of National Liberation*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
11. Véanse David Raby, *The Cuban Pre-Revolution of 1933: An Analysis*, Institute of Latin American Studies, Glasgow, 1975; Lionel Soto, *La revolución del 33*, 3 t., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977; José Tabares del Real, *La revolución del 30: sus dos últimos años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973. El ejemplo más reciente de esta perspectiva se encuentra en Jorge Ibarra, *Prologue to Revolution, Cuba, 1898-1958*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1998, sobre todo en el capítulo 11.
12. «Mr. Rees to Mr. Eden», La Habana, 20 de febrero de 1937, Enclosure Document 21, «The Labour Situation In Cuba and the British West Indies», PRO/FO/A/1864/65/14.
13. Banco Nacional de Reconstrucción y Fomento, *Report on Cuba*, Washington DC, 1951, p. 138.
14. Departamento de Comercio de los Estados Unidos, *Investment in Cuba*, United States Government Printing Office, 1951, p. 21.
15. Alan Knight, «Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico», *Journal of Latin American Studies*, n. 30, Londres, mayo de 1998, p. 231.
16. «Mr. Grant Watson to Sir John Simon», La Habana, 29 de enero de 1934, PRO/FO/A/1127/29/14, n. 13, (confidencial).
17. *Revista Semanal Azucarera*, Editorial de la Bolsa, 1945, p. 59.
18. Jules Benjamin, *The United States and the Origins of the Cuban Revolution*, ob. cit., p. 100.
19. *Revista Semanal Azucarera*, ob. cit.

© ~~THE HAVANA~~, 2001.

Cartograma de las ideas filosóficas en la República

Joaquín Santana Castillo

Profesor. Universidad de La Habana.

Resultaba habitual escuchar en boca de quienes fueron sus alumnos, que el destacado filósofo alemán Ernst Bloch solía iniciar su curso sobre Historia de la Filosofía con la idea de un viaje por diferentes parajes del conocimiento. No es entonces sorprendente que el autor de *El principio esperanza*, obra monumental concebida como un himno a los mejores sueños de la humanidad, haya retomado el recurso del viaje para conducirnos, como por encanto, por distintas estaciones del pensamiento y el espíritu.

Confieso que —salvando las distancias entre realidades tan distintas como la europea y la cubana— esta idea del viaje resulta más que sugerente para estudiar, desde una perspectiva histórica, las tendencias del pensamiento cubano y su evolución durante los casi 57 años de República burguesa. Pero emprender un recorrido por los escabrosos senderos de las tendencias intelectuales e ideológicas no marxistas más significativas para el desarrollo de la cultura y la conciencia nacionales, en los años de vida de la República mediatizada, entraña siempre el riesgo de hacer valoraciones absolutas o esquemáticas sobre el papel desempeñado por los portadores materiales de

esas tendencias: los pensadores. Sobre todo, porque esta excursión por las ideas en la Cuba neocolonial tiene lugar a 40 años de su disolución efectiva por medio de una revolución triunfante que logró, por primera vez en nuestra historia, la soberanía plena de la nación e instauró niveles de igualdad y justicia social, insospechados hasta ese momento, en el territorio insular.

La situación presente condiciona los juicios y valoraciones que se hacen de ese pasado. De hecho, ningún análisis serio y objetivo puede obviar la dependencia económica de la Isla y la real subordinación política de los diferentes gobiernos a los dictados imperiales del poderoso vecino del norte. Si a esto se suma la tentación de resaltar los males de la politiquería al uso, la corrupción, el latrocinio, el abandono y desprotección de importantes sectores de la población que se encontraban reducidos a la miseria —o en el mejor de los casos, a la pobreza extrema—, el analfabetismo, la carencia de un verdadero sistema de salud pública y seguridad social, etc; la imagen del período neocolonial es abrumadoramente negativa.

Sin embargo, el presente no es resultado de un acto divino de creación ex nihilo. Lo contemporáneo hunde

sus raíces en el pasado, pues fue en él donde se engendró buena parte de los procesos de carácter objetivo o espiritual que la sociedad actual experimenta. La cultura de un pueblo y los desarrollos o deformaciones económicas que una nación enfrenta son, en su mayor parte, fruto de un tiempo histórico muy anterior al momento actual. Las estructuras económicas, las mentalidades y las manifestaciones ideológicas, políticas y culturales de una sociedad concreta son hijas de diferentes tiempos históricos que se mueven desde la coyuntura e historia inmediata hasta la de larga duración. Esta episteme permite enfrentar, con una perspectiva más amplia, el estudio de un período tan complejo como el de la República burguesa, con lo cual los elementos de positividad presentes en su decursar histórico no permanecen en la sombra.

Un estudio exhaustivo de esta compleja y contradictoria etapa de nuestra historia excedería las posibilidades de este trabajo, que se reduce a valorar y analizar la producción intelectual realizada durante la última década, acerca de las ideas y la filosofía en la República burguesa. Pero antes de adentrarnos en tal problemática, me parece necesaria —como primera estación de viaje— una caracterización general de las contradicciones que permearon la situación de la Isla durante esos años.

Elementos contradictorios de la República burguesa

Comparada con la independencia y soberanía plena alcanzada por la nación después de enero de 1959, la República que nace aquel 20 de mayo de 1902, emerge lastrada por una disposición foránea de carácter imperial, al serle impuesta por los Estados Unidos la Enmienda Platt. Una percepción de mayor amplitud en el tiempo histórico y que considere, por tanto, el anterior estatus del país, debe al menos reconocer que esta República amañada significaba, sin embargo, un paso de avance en comparación con la condición colonial a la que estaba sometida la Isla por España, incluido el tímido y tardío ensayo de gobierno autonómico. A esto se suma la necesidad de diferenciar el grado de sujeción y subordinación de los distintos gobiernos con respecto a los dictados imperiales del poderoso vecino norteño. La dependencia política está presente en los sucesivos equipos o gabinetes de gobierno, como resultado de la debilidad estructural de la economía cubana y su sometimiento a la industria y mercado norteamericanos; pero su grado varía desde la sumisión casi gratuita hasta la obediencia forzada por diferentes mecanismos de presión. Baste recordar que una figura como José Miguel Gómez no era del total agrado de

Washington,¹ que el gobierno provisional nacido del movimiento del 4 de septiembre, presidido por Ramón Grau San Martín, con Antonio Guiterras en su ala izquierda, enfrentó la hostilidad y el no reconocimiento de la administración de F. D. Roosevelt,² y que los gobiernos auténticos, dada la presión de las masas y su proyección programática hacia un mayor nivel de soberanía, entraron en algunas contradicciones, si bien no esenciales, con el gobierno de los Estados Unidos.³

Aunque, en 1898, la intervención norteamericana en la guerra frustró la posible victoria de los independentistas contra la metrópoli española, la lucha del Ejército Libertador y la presencia de una fuerte conciencia nacional favorable a la independencia en la mayoría de la población, no pudo ser ignorada por los Estados Unidos. A diferencia de lo ocurrido con Puerto Rico, al gobierno norteamericano no le fue posible imponerle a la mayor de las Antillas el estatus colonial que sí instauró en la hermana nación, con lo cual alcanzaría, en gran medida, sus objetivos en el Caribe. Desde luego, junto al factor independentista presente en la Isla habría que considerar otros elementos; entre ellos, el compromiso contraído por el presidente William Mc Kinley y el Congreso norteamericano, ante su pueblo y el mundo, en la conocida Joint Resolution,⁴ el ensayo de nuevos métodos de dominación colonial, razones de política doméstica, las perspectivas que se le abrían al naciente imperialismo en la región del Pacífico, y otros.

El nacimiento de la República burguesa en 1902 marca el inicio de un nuevo período en nuestra historia. Sin embargo, este momento de ruptura con la etapa colonial hace olvidar las continuidades con ese pasado. Estas se aprecian tanto en la deformada estructura económica, con su creciente dependencia del mercado norteamericano, como en las tendencias de lo que hoy en día llamaríamos sociedad civil y que aparecen en la sociedad insular en las últimas décadas del XIX.⁵ Continuidades y rupturas que con su interna y complementaria relación signarán el decursar de la vida republicana.

A partir del establecimiento de la República burguesa se produce un proceso de crecimiento económico y de modernización en el país. Las tendencias cosmopolitas de nuestra insularidad, presentes ya en los siglos anteriores, se acentúan. Se inicia un proceso complejo y contradictorio de modernidad desmedrada, que no modificó en lo fundamental la deformada estructura económica de latifundios y monoproducción, pero que favoreció el tímido incremento de una burguesía e industria nacionales en otros sectores económicos. De manera paulatina, y a lo largo de esos años, se fueron introduciendo en el país los avances de la ciencia y la técnica que mejoraban las condiciones de

la vida urbana, acortaban las distancias y perfeccionaban las comunicaciones. Innovaciones técnicas como el alumbrado público, la radio, el automóvil, la aviación, el cinematógrafo, hasta llegar a la muy moderna televisión, cambiaban el entorno insular y hacían de Cuba una de las primeras naciones de América Latina en introducir y aplicar estos símbolos de modernidad. También se produjo un incremento demográfico, ya fuese debido al proceso natural de un índice mayor de nacimientos de la población nativa, como a oleadas migratorias, sobre todo procedentes de España, que alcanzaron cifras significativas en las tres primeras décadas del siglo xx.⁶ Este aumento poblacional determinó un crecimiento urbano, sobre todo en La Habana, donde aparecieron nuevas zonas y repartos residenciales que convirtieron la capital de Cuba en una de las ciudades de mayor atractivo de la región, debido a la diversidad y entrecruzamiento de estilos arquitectónicos. La vida cultural experimentó avances con la aparición de nuevos teatros y cines, la creación de instituciones culturales y revistas especializadas. La académica se amplió con dos nuevas universidades: a la de La Habana se sumaron la de Oriente y la de Las Villas, en las décadas de los 40 y los 50, respectivamente.

La sociedad cubana de la República neocolonial se caracterizaba por enormes diferencias entre los diversos sectores y clases sociales. Cuba estaba marcada por abismales contrastes y la existencia de masas marginadas. A la opulencia y ostentación de los grupos más pudientes de la burguesía, con sus lujosas casonas en los repartos residenciales, se oponían los barrios marginales, tan parecidos a las famosas villas-miseria que «adornan» hoy el paisaje urbano en las más importantes ciudades latinoamericanas.

Cada uno de estos elementos —vistos de manera general en las páginas precedentes— conformaron la atmósfera espiritual en que se desarrolló el pensamiento filosófico, político y social del período republicano burgués de nuestra historia. Todo el pensamiento de esta época está condicionado por la situación nacional y por las preocupaciones en torno a la necesidad y capacidad del cubano para acceder a una vida moderna y verdaderamente independiente. Ello dio origen a una producción intelectual que reforzó o construyó parte de los mitos de nuestra ideología política y filosófica, e hizo notables contribuciones a la cultura nacional. No abundan los estudios contemporáneos que de manera sistemática aborden como una totalidad el significado de esta producción para el desarrollo de nuestra conciencia e identidad nacionales ni el papel desempeñado por la inteligencia en este esfuerzo. Afortunadamente, en los últimos años han aparecido algunos trabajos que se consagran al

estudio de las ideas y sirven de punto de partida para futuros análisis y valoraciones.

Aproximación historiográfica a la producción más reciente sobre las ideas durante la República burguesa

No resulta empresa fácil intentar el trazado de las principales direcciones y tendencias del pensamiento cubano. Este se ha movido, históricamente, al menos en dos direcciones: una reflexiona sobre la realidad de su época, y aspira a la actualización del pensamiento en relación con el internacional. Es la tarea que cumplieron José Agustín Caballero en el siglo xviii y Félix Varela, José de la Luz y Caballero y Enrique José Varona, entre otros, en el xix. La otra dirección se dedica a historiar el desarrollo de las ideas en el país. Desde el punto de vista histórico-filosófico se cuenta con los trabajos precursores de Antonio Bachiller y Morales, José Manuel Mestre, Enrique Piñeyro, José Ignacio Rodríguez, Varona y Manuel Sanguily, quienes, a lo largo del siglo xix, reflejarían la producción intelectual colonial, ya sea como valoración general de las ideas y su evolución, o como estudios de corte biográfico.

Durante la República burguesa se mantienen estas dos direcciones. Varona continúa en su papel de mentor, en las décadas iniciales del xx; posteriormente la reflexión se diversifica y amplía con los trabajos de Jorge Mañach, Medardo Vitier, Fernando Llés, Roberto Agramonte, y las figuras principales de la Sociedad Cubana de Filosofía, como Humberto Piñera Llera y Rafael García Bárcena. De interés resulta también la labor de José Lezama Lima, pues su obra trasciende lo estrictamente literario y alcanza dimensiones estético-filosóficas. Ya en este período el marxismo comienza a ganar cierta importancia por la paulatina influencia que ejerce en medios intelectuales y por el diálogo y contrapunto que autores marxistas de la talla de Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Raúl Roa, sostienen con las ideas dominantes en la Isla.

Desde el punto de vista de la historización de las ideas y la filosofía en Cuba, sobresalen los trabajos de Medardo Vitier, iniciador de los estudios del pensamiento cubano en esta centuria y su sistematizador más importante, con una rica producción en torno al período colonial. A esta se suman, entre otros, los escritos de Raimundo Menocal, Jorge Mañach, Roberto Agramonte, Manuel I. Mesa Rodríguez, Humberto Piñera Llera, Elías Entralgo, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello, quienes reflejaron —ya sea por el estudio puntual de un pensador (Varela, Luz, Varona, Martí) o por sus apreciaciones epocales—, la riqueza y diversidad

del pensamiento cubano, fundamentalmente el decimonónico. Una mención especial merece la Biblioteca de Autores Cubanos, auspiciada por la Universidad de La Habana, bajo la dirección de Roberto Agramonte, que se dedicó a publicar la obra de nuestros principales pensadores del XIX.

Tras la victoria del 59, y con la proclamación del carácter socialista de la Revolución, el marxismo devino hegemónico y la filosofía no marxista desapareció virtualmente del panorama intelectual de la nación. Se iniciaba un complejo proceso dentro de las ideas marxistas en el país, con diferentes etapas y tendencias, que se prolonga hasta nuestros días. Como consecuencia de la influencia del marxismo soviético, y debido a una lectura dogmática de nuestro pasado filosófico, pierden fuerza los estudios sobre el pensamiento cubano. No obstante, Carlos Rafael Rodríguez, Juan Marinello y Raúl Roa mantuvieron su continuidad, a los que se sumaron después los trabajos de Isabel Monal, Eduardo Torres Cuevas, Ana Cairo, Pablo Guadarrama, Zaira Rodríguez, Olivia Miranda, y otros. La mayor parte de lo publicado giró en torno a las figuras y los pensadores cubanos más importantes del siglo XIX. También los estudios sobre José Martí y el significado de su pensamiento y obra alcanzaron una mayor dimensión y organicidad. Una contribución importante al respecto la constituyó la creación del Centro de Estudios Martianos.

La relación puede hacerse más extensa, sin que esto signifique que no existan sensibles ausencias en la historia del pensamiento en Cuba. Estas se hacen más evidentes al incursionar en el devenir de las ideas y la filosofía durante la República mediatizada. Tal vez esto se explique por la mayor dificultad que entraña valorar con objetividad una tendencia o un pensador determinados, en la medida en se encuentren más cercanos a nuestra contemporaneidad. En ocasiones, se genera en el investigador la sensación de adentrarse en un campo minado, lo que favorece el ejercicio de la autocensura.

Por fortuna, en los últimos años han sido publicados en la Isla estudios que incluyen, total o parcialmente, el período de la República mediatizada y que introducen alguna manifestación del pensamiento, o analizan la obra y significado de un pensador. En mi opinión, merecen mencionarse entre otros, la edición cubana, en 1995, del libro de Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral*. Para una historia de la eticidad cubana,⁷ publicado en México casi veinte años atrás; el ensayo «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach», de Jorge Luis Arcos, premiado por la revista *Temas* en 1999;⁸ el prólogo del mismo autor a una selección de ensayos de Mañach,⁹ y el texto *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, obra colectiva bajo la dirección y redacción final de Pablo

Guadarrama y Miguel Rojas,¹⁰ que cuenta con una versión anterior, editada por la Universidad de Toluca, México, en 1995.

A Cintio Vitier le corresponde el mérito indiscutible de haber escrito dos de las obras más significativas en cuanto a la búsqueda y definición de nuestra identidad cultural. Me refiero a *Lo cubano en la poesía* (1958) y la antes mencionada —que por los años 70 fue conocida solo por ciertos círculos intelectuales en Cuba. A mi juicio, ese texto puede considerarse como un homenaje de Cintio a la obra de su padre Medardo Vitier y, tal vez, como una respuesta teórica a la Nota introductoria a las ideas y la Filosofía en Cuba.¹¹

Con *Ese sol del mundo moral...*, Cintio Vitier continúa la senda trazada por su padre y profundiza en las raíces éticas del pensamiento cubano. La segunda parte de este libro, titulada «De la seudorrepublica a la revolución», está dirigida al análisis del contenido ético de las manifestaciones intelectuales y políticas a lo largo de la etapa. Dado que Vitier centra su estudio en el carácter emancipatorio de lo moral, el problema de la eticidad deviene hilo conductor que enlaza las problemáticas afrontadas por el pensamiento en el período colonial y neocolonial.

Es precisamente la aseveración de la centralidad de lo ético-emancipatorio, en el decursar de las ideas en Cuba, lo que le sirve de pretexto a Rafael Rojas para proponer como alternativa la reconstrucción histórica de lo que él considera la otra tradición de la racionalidad: «la tradición discursiva de la ética instrumental».¹² Si la primera estaba representada por Varela, Luz, Martí, etc.; la segunda podía rastrear en las posiciones de Francisco de Arango, Saco y Varona. Con ello, se inició una polémica que fue recogida por las revistas *Casa de las Américas* y *La Gaceta de Cuba*.¹³ No es mi propósito reproducir en estas páginas los argumentos utilizados, pero como los ecos de la polémica llegan a nuestros días, debido a que Rojas ha profundizado su tesis en su libro *Isla sin fin: contribución a la crítica del nacionalismo cubano*, publicado en Miami en 1998, convendría retomar algunos de los presupuestos teóricos usados por el autor, en tanto estos sustentan su discurso.

1) El punto de partida de Rafael Rojas es que «la cultura moderna desde el siglo XVIII se había desplegado dentro de la perpetua tensión entre una racionalidad moral emancipatoria y otra racionalidad moral instrumental».¹⁴ Tesis que, de acuerdo con Rojas, fue demostrada y desarrollada por Theodore W. Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, y que se convirtió en el eje reflexivo de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. No cabe la menor duda de que el problema de la racionalidad instrumental en la sociedad moderna es central para Adorno y Horkheimer, figuras principales de la primera

Todo el pensamiento de esta época está condicionado por la situación nacional y por las preocupaciones en torno a la necesidad y capacidad del cubano para acceder a una vida moderna y verdaderamente independiente.

generación de aquella escuela. Sin embargo, una lectura más cuidadosa me hace dudar de que ambos pensadores sostengan la tesis de la existencia de una racionalidad moral instrumental. Para ellos, una de las principales carencias de la razón instrumental se encuentra precisamente en el factor moral. En el prólogo de la obra, escrito en Los Ángeles, California, en mayo de 1944, sus autores señalan, en relación con la segunda parte del libro («Excurs II: Juliette oder Aufklärung und Moral»), dedicada a analizar el pensamiento de Kant, Sade y Nietzsche, que el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza por un sujeto autónomo culmina en un efecto contrario, al predominar sobre el individuo ciertas fuerzas ciegas, objetivas, «naturales». Esta tendencia le allana el camino a todas las contradicciones del pensamiento burgués, sobre todo a las de la moralidad rigurosa y las de la amoralidad absoluta.¹⁵ Pretender entonces rastrear la eticidad de la razón instrumental en Cuba puede resultar un contrasentido.

Sería conveniente aclarar que Adorno y Horkheimer no reducen la Ilustración a una determinada época histórica, sino que la identifican con el proceso en cuyo transcurso el hombre somete o intenta someter bajo su dominio a las fuerzas ciegas de la naturaleza, incluida la sociedad como una extensión de ella. Bajo este prisma, la Ilustración se inicia virtualmente con la aparición de los antiguos mitos y se extiende hasta la contemporaneidad. El iluminismo que tiene lugar en el siglo XVIII es solo una fase más desarrollada de este proceso. Pero la Ilustración, cuya intención es liberar al hombre, emanciparlo de las fuerzas ciegas de la naturaleza y la sociedad, lleva dentro de su seno los gérmenes de su contrario y se debate en una interna y compleja dialéctica. Se propone liberar, y esclaviza; aspira a alcanzar el progreso, y este se torna en retroceso y barbarie; pretende el predominio de la razón, y llega a lo irracional. Adorno, Horkheimer, y más tarde Marcuse, no identificaban exclusivamente el predominio de la razón instrumental a mediados del siglo XX con el mercado, el consumo, la ciudad, la propiedad y todas las estructuras alienantes del capitalismo.¹⁶ A estas unían —creo que de manera esencial— el carácter instrumental que habían adquirido la ciencia y la técnica, las cuales, de instrumentos de desenajenación y liberación del hombre, habían devenido mecanismos

de su sometimiento al ser usadas, por ejemplo, en una industria cultural manipuladora de las masas, que había degradado la Ilustración en ideología, entendida esta última como un reflejo tergiversado y manipulado de la realidad. No solo el capitalismo con sus manifestaciones políticas, como el liberalismo —tan del agrado de Rojas—, sino también el stalinismo, se hallaban regidos por esa engañosa instrumentalidad de la razón que alejaba al hombre de su desalienación efectiva.

2) Al trazar una línea teleológica de continuidad entre Arango, Saco y Varona, Rojas olvida las marcadas diferencias existentes entre estos pensadores. No se trata de las lógicas divergencias que se presentan entre hombres de distintas generaciones, sino de la diversidad de sus enfoques al proyectar la modernización de la Isla. Mientras Arango y Parreño, desde una postura ilustrada, proyectaba una modernización basada en el incremento de la producción azucarera, la trata negrera y la esclavitud, Saco abogaba —al igual que Varela y José de la Luz y Caballero— por la abolición de esta denigrante y onerosa forma de explotación. En cuanto a Enrique José Varona, resulta siempre conveniente precisar de qué Varona se está hablando, pues este destacado pensador cubano no fue solo un hombre del período colonial; también desempeñó un significativo papel en las primeras décadas de vida republicana. Es cierto que Varona, principal figura del positivismo en Cuba, ocupó la Secretaría de Educación durante el gobierno interventor norteamericano y que fue vicepresidente durante el gobierno conservador de Mario García Menocal, cargo al que renunció por diferencias con este. Pero él transitó del positivismo al escepticismo creador, y se convirtió en mentor de la juventud cubana, a la que supo alentar en la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado.¹⁷

3) La novísima tesis de Rojas sobre la tensionalidad entre dos tradiciones en el pensamiento cubano, remeda las ideas que muchos años antes expusiera Raimundo Menocal en *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*, obra en dos volúmenes, publicada en 1947.¹⁸ Menocal establece una dicotomía absoluta entre separatismo y reformismo. El primero se mostraba intransigente con España, se guiaba por el instinto, sin razonar cuidadosamente sobre las perspectivas del porvenir. Formado, en su mayor parte, por quienes carecían de

bienes de fortuna, se proponía administrar y disfrutar de una riqueza que no había contribuido a producir. El reformismo estaba integrado por cubanos reflexivos, imbuidos de un racionalismo práctico, escépticos respecto a la capacidad del pueblo para regirse democráticamente y pensaban con cuidado en las consecuencias que habría de provocar una independencia que ellos consideraban prematura, conseguida con la intervención de las clases inferiores.

Es cierto que la tesis de Rojas introduce nuevos elementos y se enriquece con la propuesta de una mirada desde la problemática del debate de la modernidad, pero el núcleo de sus ideas es semejante a la propuesta de Raimundo Menocal. En la mencionada obra de este autor puede leerse:

Mientras que los separatistas querían conseguir la independencia nacional de cualquier forma, aunque después viniera el caos social, los reformistas propugnaban sustraerse del poder colonial de una forma evolutiva, por etapas, con la finalidad de que el país no padeciera trastornos violentos y fuese regido por sus figuras más capacitadas y responsables. Además, estaban seguros de que la insurrección habría de significar, inevitablemente, la ingerencia [sic] americana en los asuntos cubanos, problema este que Saco preveía y que quería evitar a todo trance. Martí abogaba también por la independencia cubana sin limitaciones, pero lo abstracto de sus ideas y concepciones no le permitía observar la fatalidad real de las consecuencias inevitables.¹⁹

Si la mencionada obra de Cintio Vitier y el debate que suscita, tienen como objeto una temática vista en su evolución histórica, el estudio de uno de los más importantes intelectuales de esta etapa ocupa la atención de otro estudioso contemporáneo. A Jorge Luis Arcos le debemos, entre otras contribuciones, el rescate, valeroso y necesario, de una figura compleja y contradictoria como la de Jorge Mañach. Arcos señala, con razón, que Mañach fue el ensayista paradigmático de la República «desustanciada» —como acostumbró a llamarla este destacado pensador, anticipándose a los epítetos de mediatizada o neocolonial. Arcos escribe:

Por muchas razones fue Mañach el pensador, el ensayista, el hombre público, el académico emblemático de la República. Nace en 1898, año de la Guerra hispano-cubano-norteamericana, que propició la mediación estadounidense en la independencia de Cuba y el primer ensayo, en nuestra América, de una república neocolonial, y muere en 1961, luego del triunfo de la Revolución cubana, el primer ensayo, en América, de una revolución socialista, desencantado de su orientación marxista-leninista. Toda su obra y su pensamiento tuvieron un centro cordial: su desvelo por lo que él mismo llamó «la Nación que nos falta», título de un libro que pensó escribir y pudiera presidir el de su obra toda.²⁰

Pero la controvertida figura de Mañach es recogida también por otros autores, aunque estos no se propongan —como en el caso de Arcos— concentrar

su estudio en este ensayista mayor. En el mencionado texto, *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, se dedica un epígrafe a valorar parte de la producción intelectual de Mañach y se hace referencia a ella en otras de sus partes. El propósito del libro es brindar un panorama general, lo más completo posible, de las tendencias filosófico-ideológicas no marxistas presentes durante la República neocolonial. No existe, hasta la fecha, ningún otro volumen que haya abarcado a tantos pensadores para tratar de dar una imagen del movimiento de las ideas en ese período histórico. En esta generalización radica su principal mérito y a la vez su limitación más notable.

Fruto de una investigación acuciosa por parte de un equipo de profesores de la Universidad Central de Las Villas, la obra ofrece al lector una información inicial, de primera mano, sobre diferentes pensadores —se hayan dedicado o no a incursionar en las problemáticas estrictamente filosóficas— y las principales corrientes filosóficas e ideológicas presentes en la Isla. No obstante la amplitud de la relación, se excluyen figuras que merecerían un lugar en ella, como Raimundo Menocal y Manuel Márquez Sterling, personalidad esta última de importancia en las dos primeras décadas de vida republicana. Al respecto, pudiera alegarse que este no era propiamente un filósofo, pero tampoco lo eran otros que sí aparecen en el texto, como los historiadores Ramiro Guerra y Enrique Roig de Leuchsenring o los espiritistas Julio Gálvez y Salvador Molina, salvando desde luego la enorme distancia intelectual que media entre unos y otros, y que favorece sin discusión a los primeros.

Tal vez incida en lo impreciso del criterio de selección la no definición de qué entender por pensamiento filosófico en Cuba. Otro problema que se detecta es el tratamiento un tanto simple, descriptivo, y en ocasiones esquemático, de algunas personalidades estudiadas o corrientes filosófico-ideológicas. Al margen de estos señalamientos, es necesario reconocer que estamos ante una obra precursora, hacedora de caminos que facilitan el recorrido por el complejo y contradictorio mundo de las ideas en la Cuba neocolonial.

A este universo del pensamiento y la inteligencia cubanos le es propia la diversidad de enfoques y tendencias. De hecho, las preocupaciones en torno a la modernidad y la capacidad o incapacidad de los cubanos para acceder y desenvolverse dentro de sus parámetros, las cuestiones relativas a la identidad, los defectos y virtudes del ser nacional, y el deber ser del país —vistos desde diferentes prismas: político, moral, eugenésico, social—, constituyeron parte del inventario de problemas que fueron abordados tanto por los grandes pensadores cubanos —Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Rubén Martínez Villena

y Julio Antonio Mella, entre otros—, como por autores menores al estilo de Cristóbal de la Guardia, José Sixto de Sola y Mario Guiral Moreno. En definitiva, expresado en términos más generales: Cuba, su soberanía y posible destino devino punto nodal del horizonte reflexivo de varias generaciones de intelectuales cubanos y sus estudios constituyen estaciones principales de todo recorrido por la historia de las ideas en la Isla.

Cartograma de las ideas en la República burguesa

El estudioso de las ideas se mueve siempre en un terreno escabroso y lleno de obstáculos, máxime cuando no existen antecedentes. Hasta cierto punto, quien se adentra en el territorio del pensamiento para estudiarlo e investigarlo se asemeja al cartógrafo que expresa mediante puntos, líneas y zonas coloreadas sobre un mapa, hechos de una misma naturaleza. Se sobrentiende que el historiador de las ideas o de la filosofía no utiliza tales instrumentos. Más bien construye una carta imaginaria sobre la que traza las corrientes ideológicas, las tendencias filosófico-políticas, los problemas objeto de reflexión y debate y, fundamentalmente, las concepciones de los pensadores. Todo ello con el propósito de proporcionar un cuadro lo más exacto posible de las ideas y su movimiento histórico.

Este cuadro se halla bastante incompleto en lo que respecta al conjunto de ideas prevalecientes a lo largo de la República neocolonial. El trazado de las corrientes ideológicas, políticas y filosóficas que caracterizan el período, se encuentra realizado desde una perspectiva general, no exenta, en ocasiones, de cierto punto de vista dogmático, que presenta una débil capacidad explicativa cuando se intenta aplicarlo a los pensadores y, muy especialmente, a aquellos que se distinguen por la complejidad y contradictoriedad de sus ideas y conducta cívica. Así, por ejemplo, en la Selección de lecturas de pensamiento político cubano II, editada por la Universidad de La Habana en 1985,²¹ se clasificaba al pensamiento político de las dos primeras décadas del siglo xx en tres grandes vertientes:

1. Pensamiento democrático y patriótico revolucionario (Salvador Cisneros Betancourt, Manuel Sanguily, Enrique José Varona y Julio César Gandarilla).
2. Pensamiento liberal burgués con una orientación reaccionaria y antinacional (Raimundo Cabrera, Manuel Márquez Sterling, Rafael Martínez Ortiz).
3. Pensamiento democrático-popular y socialista (Diego Vicente Tejera, Carlos Baliño).²²

Otro ejemplo que tener en cuenta es el que aparece en el ya mencionado texto *El pensamiento filosófico en Cuba...*, cuando al referirse a la definición ideológica y líneas filosóficas a partir de los años 20, dice:

Así quedaron definidas en el plano ideológico dos líneas en el pensamiento filosófico burgués cubano durante la República neocolonial:

1. Una línea francamente reaccionaria, profundamente anticomunista, que se hizo más recalcitrante después del fracaso de la revolución del 30, y que expresaba los intereses del bloque burgués terrateniente. Esta línea fue la predominante durante las últimas décadas de la seudorrepública. En ella se destacaron Jorge Mañach, Luis A. Baralt, Humberto Piñera Llera, Roberto Agramonte, Mercedes y Rosaura García Tudurí, etcétera.
2. Una línea progresista que continuó la tradición filosófica cubana anterior y trató de mantenerla viva. Esta línea representaba las frustradas aspiraciones del sector más radical de la burguesía nacional y el sector patriótico de la pequeña burguesía, que se vieron incapacitados de realizar los sueños democráticos y liberales añorados por el pensamiento burgués decimonónico, debido a la penetración imperialista. En este pequeño grupo de intelectuales se destacaron Fernando Llés, Medardo Vitier, Justo Nicola, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro y Juan I. Jiménez-Grullón.²³

Es un hecho que, siempre que se clasifica y ordena, se produce una cierta esquematización o simplificación que borra los matices y posturas intermedias entre las líneas ideológicas y los propios pensadores. Por eso pienso que, al hacerlo, debe evitarse toda proyección reduccionista que provoque cuestionamientos ulteriores. El análisis realizado en el primer ejemplo en torno a las corrientes ideopolíticas y la inclusión, en cada una de ellas, de figuras de la vida intelectual y política del país en las dos primeras décadas del siglo xx, despierta en el estudioso avezado más de una interrogante.

La primera es una pregunta que cae por su propio peso. ¿Existe o no un pensamiento conservador en Cuba, en este período? Es cierto que se habla de una corriente reaccionaria y antinacional; pero se le cataloga como liberal-burguesa. Opino que en la República neocolonial existió un pensamiento conservador, y que algunas de las figuras incluidas en esta selección dentro del liberalismo burgués militaron, en realidad, en las filas del conservadurismo.

Una segunda cuestión se refiere a si el pensamiento democrático y patriótico revolucionario no es también liberal. En mi criterio, tanto esta corriente como la denominada como tal, se insertan en el pensamiento liberal. Por lo regular, se piensa que el liberalismo burgués se comporta como un todo homogéneo, cuando en realidad en él se han presentado posiciones disímiles. Junto al económico, se encontraba un liberalismo político, cuyo diapasón le permitió moverse entre los extremos, para acercarse en unas ocasiones al conservadurismo y, en otras, a las posiciones

El trazado de las corrientes ideológicas, políticas y filosóficas que caracterizan el período, se encuentra realizado desde una perspectiva general, no exenta, en ocasiones, de cierto punto de vista dogmático, que presenta una débil capacidad explicativa cuando se intenta aplicarlo a los pensadores y, muy especialmente, a aquellos que se distinguen por la complejidad y contradictoriedad de sus ideas y conducta cívica.

revolucionarias más radicales. Ello encuentra una explicación a partir de los presupuestos filosóficos que le servían de fuente nutricia.

En el pensamiento filosófico burgués moderno existen, al menos, dos tradiciones que influyen en el liberalismo político decimonónico y de las primeras décadas de siglo xx. Una, toma al hombre como ser egoísta, y hace de esa condición el fundamento de las relaciones humanas. Para esta tradición, el hombre es un ser imperfecto e incorregible. Piensa que la democracia es el menor de los males posibles, y por eso tiene grandes puntos de contacto con las posiciones conservadoras. La otra, de franca inspiración ilustrada, no niega el egoísmo, pero entiende al hombre como ser perfectible, al considerar la bondad como elemento intrínseco a su naturaleza. Inspirada en el mito del buen salvaje, se preocupa por el papel de la educación como medio para perfeccionar al hombre y el funcionamiento social. La sociedad, para ella, se rige por el contrato social basado en el respeto a la libertad, igualdad y solidaridad humana; derechos naturales que son considerados desde una perspectiva abstracta. Estos puntos de vista la acercan a posiciones políticas más democráticas y radicales.

Una última reflexión sobre la Selección..., que también es válida para el texto sobre El pensamiento filosófico en Cuba..., se refiere a la calificación del pensamiento de determinadas figuras como reaccionario, y su inclusión lógica en esa corriente. Intelectuales como Manuel Márquez Sterling, Mañach o Roberto Agramonte eran portadores de un pensamiento rico, complejo y controvertido, poco susceptible de ser enmarcado en una u otra tendencia por medio de determinados reduccionismos ideológicos.

Es bastante cuestionable la ubicación de Márquez Sterling en un liberalismo reaccionario y antinacional. No pretendo negar su elitismo —dado su culto a la platónica creencia del intelectual como gobernante ideal—, ni hacer de él un paladín del antimperialismo; pero su posición no era propiamente proimperialista, pues sostenía el criterio de oponer la virtud doméstica

a la injerencia extraña, tesis sustentada por la mayor parte de la intelectualidad insular en las dos primeras décadas del siglo xx. Márquez Sterling apelaba a la educación del pueblo, resaltaba la importancia de la regeneración moral, y fustigaba la política corrupta de los partidos tradicionales. Este liberalismo ilustrado contribuyó también al desarrollo del sentimiento y la conciencia nacionales. En *Doctrina de la República* escribe:

Sin duda nuestro noble pueblo atraviesa un período singular de su evolución republicana. Es casi el mismo pueblo de la colonia. Los nuevos hábitos de la República tropiezan aún con los viejos hábitos del cautiverio. La esclavitud le irrita pero no le sorprende. Cuando la esclavitud le cause al mismo tiempo sorpresa e irritación será más fácil gobernarlo que desgobernarlo.²⁴

Ese civilismo se hace más evidente cuando en la mencionada obra leemos:

El gran partido político del porvenir, en Cuba, ha de ser el que se oponga a la corriente y el espíritu del privilegio; y ha de constituirse como una urgente necesidad reparadora; y ha de sostenerlo, impulsarlo, engrandecerlo, frente a esa visión de abusos e injusticias, de fraudes y despotismo que lleva en los ojos, a modo de resignación, el pueblo cubano.²⁵

En cuanto a Roberto Agramonte y Jorge Mañach es conveniente hacer algunas precisiones, pues con su actividad y obra no solo enriquecieron el conocimiento filosófico, sino que fueron más allá, al realizar una notable contribución a la cultura nacional. Es imposible negar que ambos estuvieron marcados por el anticomunismo, tendencia que suscribía una buena parte de la sociedad e intelectualidad cubana antes del 59, y que solo la capacidad política de Fidel Castro pudo revertir. El rechazo al marxismo de esos dos pensadores los condujo, con posterioridad a la radicalización del proceso revolucionario, a abandonar el país. Sin embargo, este comportamiento no debe llevarnos a descalificar por completo su producción y estigmatizarla como esencialmente reaccionaria y antinacional, pues en sus escritos se encuentran un conjunto de reflexiones valiosas alrededor de las ideas, la cultura y la filosofía en Cuba.

Agramonte y Mañach aspiraban a una República burguesa, liberal, democrática, con soberanía plena. Puede pensarse que fueron los representantes ideológicos de un sector social inexistente en el país: la burguesía nacionalista. Digo nacionalista y no nacional, dadas las diferencias entre una y otra. Cuba contó con una burguesía nacional que, a despecho de sus homólogas de México, Argentina y Brasil, no generó en ciertos sectores dentro de su seno un movimiento auténticamente nacionalista. La burguesía cubana nunca pudo cortar el cordón umbilical que la ataba al capital norteamericano, de ahí que no pudiera desarrollar una industria nacional y, por consiguiente, alcanzar mayores cuotas de independencia económica y soberanía.

En la Cuba neocolonial, el nacionalismo tuvo sus exponentes más importantes en las clases trabajadoras y en sectores radicales de la pequeña burguesía. También se encontraba en las buenas intenciones de distintos sectores medios y de la intelectualidad. Lo trágico en personalidades como Agramonte y Mañach es que, por prejuicios de carácter clasista y por su anticomunismo, abjuraron del proceso revolucionario, mediante el cual se logró la dignidad nacional a que aspiraban, al alcanzar niveles de independencia y soberanía desconocidos hasta ese momento.

Agramonte se dio a conocer en la vida pública nacional por sus críticas a las concepciones antidemocráticas y reaccionarias de Alberto Lamar Schweyer, quien en *Biología de la democracia*²⁶ defendía la dictadura de Machado desde el prisma de la eugenesia. Este sostenía, desde un punto de vista biologizante, la superioridad de la raza blanca, la única que por sus condiciones intelectuales y su capacidad podía evitar la anarquía y el desorden social. Los gobiernos fuertes y dictatoriales eran los apropiados para naciones como Cuba, con un porcentaje significativo de población mestiza y negra.

La perspectiva eugenésica de Lamar formaba parte de una tendencia socialdarwinista que, siguiendo patrones discursivos continentales, se había insertado en el clima intelectual cubano desde principios de siglo. La crítica o defensa de determinados rasgos del cubano desde una perspectiva biologizante puede rastrearse en la producción intelectual de la época.²⁷ En *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*,²⁸ Agramonte mostró el carácter seudocientífico de las concepciones lamarianas y puso punto final a los debates de corte eugenésico, al evidenciar la irreductibilidad de lo social a lo biológico. Pero su crítica fue más allá, pues patentizó también la inconsistencia de las ideas, de origen nietzscheano, de Lamar en torno al papel del superhombre en la historia. El joven profesor de la Universidad de La Habana demostró que las grandes

personalidades pueden influir grandemente en un acontecimiento histórico, pero no crearlo.²⁹

La contribución de Agramonte a la educación y cultura nacionales trasciende las aportaciones que hace en *La biología contra la democracia*. Profesor titular de Sociología General y Filosofía Moral, sustituyó a Varona en la Cátedra de Ciencias Filosóficas. Escribió una *Introducción a la Sociología* y un *Tratado de Sociología General*. Fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y más tarde Rector de la Universidad de La Habana. Asumió la dirección del Partido Ortodoxo después de la muerte de Eduardo Chibás y llegó a participar en el primer gabinete ministerial después del triunfo revolucionario de enero de 1959. Pero más que por su labor en la Sociología o por su actividad de dirección, debe resaltarse su papel en la conservación y divulgación de la producción filosófica cubana del siglo XIX. Su actividad al frente de la Biblioteca de Autores Cubanos coadyuvó al rescate de una conciencia patriótica, que había encontrado su mejor expresión en nuestra filosofía decimonónica. Agramonte, al igual que Medardo Vitier, colocó las investigaciones histórico-filosóficas al nivel de las más avanzadas del continente, y dio pasos precursores en la búsqueda de una filosofía propia.

Mucho más compleja y controvertida que la figura de Roberto Agramonte, se nos presenta la de Jorge Mañach. Como hombre público, participó en la Protesta de los Trece y en el Grupo Minorista. Se opuso a la dictadura de Machado desde las filas del contradictorio y derechista ABC, y contribuyó al establecimiento de la Constitución del 40. Se manifestó en contra del golpe de Estado de Batista y firmó un manifiesto de solicitud de amnistía para los asaltantes al cuartel Moncada en 1953. Dio muestras de simpatía por el Movimiento 26 de Julio y por Fidel Castro. El triunfo revolucionario lo contentó grandemente, pero —como ya se apuntó— desencantado con el rumbo socialista que se estaba produciendo en el proceso revolucionario, y movido por su anticomunismo, abandonó la Isla en 1960.

A lo largo de más de cuatro décadas, Mañach se distinguió por su actividad intelectual. Fue profesor titular de la Universidad de La Habana, fundador y director de la Universidad del Aire, miembro de la Academia Nacional de Arte y Letras, de la de Historia de Cuba y de la Cubana de la Lengua. Se distinguió como brillante ensayista, con una obra rica y polémica que apareció en revistas como *Avance*, *Social* y *Bohemia*. Entre sus principales obras se destacan: *La crisis de la alta cultura en Cuba*, *Indagación del choteo*, *Martí*, *el Apóstol*, *Historia y estilo* y *Para una filosofía de la vida* y otros ensayos.

No es posible realizar aquí un análisis de los aportes de estas obras al patrimonio cultural de la nación. No obstante, me parece necesario mencionar que obras

como Martí, el Apóstol, llegaron a los más diversos sectores de la población y enriquecieron el conocimiento sobre el Maestro y sus posturas antimperialistas. Un ensayo como «Indagación del choteo» supera la connotación exclusivamente negativa que esta manifestación tenía en la obra de Fernando Ortiz y se adentra en un estudio psicoanalítico y social del cubano, que muestra rasgos del ser nacional. En su estudio, Mañach reconocía que el choteo estaba pronto a desaparecer como rasgo del carácter cubano. Cabe preguntarse si en realidad se esfumó de nuestros hábitos de conducta y nuestra cultura, o si sufrió una metamorfosis que espera por nuevos estudios. Con esta obra, Mañach se adelanta a análisis similares que —como El perfil del hombre y la cultura en México, de Samuel Ramos— exploraban el complejo mundo de lo autóctono y la universalidad filosófica de lo identitario.

Algunas valoraciones finales

Es sorprendente cómo, desde fines de los años 20, se está produciendo en el país un complejo movimiento intelectual que se dedica a estudiar, desde diferentes perspectivas, los rasgos definitorios de nuestro ser nacional. Se comienza a construir una filosofía de la identidad y la autoctonía que, como quería Luz y Caballero, fuese tan sofía como lo fue para los griegos. También se desarrolla una importante corriente que, al historiar las ideas en Cuba, recupera para la cultura nacional el significado e importancia de la obra de Varela, Luz, Saco, Varona y Martí, y propicia la consolidación de nuestra conciencia patriótica.

Tal vez por ello siempre me han resultado contraproducentes las tesis sobre un vacío filosófico casi absoluto en las primeras décadas del siglo xx, o la inexistencia de filosofía en la Cuba republicana hasta la aparición de la Sociedad Cubana de Filosofía, en los años 40; ideas sustentadas por Medardo Vitier y Humberto Piñera Llera, respectivamente. Ambos tendrían razón si la filosofía quedara reducida a la construcción de grandes sistemas especulativos, pero si por filosofía, en esta parte del hemisferio, se entiende no solo lo metafísico y especulativo, sino una reflexión más centrada en nuestras necesidades y autoconocimiento, y enfocada hacia la problemática de los valores, la ética, la política, y lo sociocultural, las tesis expuestas anteriormente carecerían de fundamento sólido. Una definición de la filosofía que precisa el Nuevo mundo fue ofrecida, casi cien años atrás, por el argentino Juan Bautista Alberdi, cuando en «Ideas para un curso de filosofía contemporánea» escribía:

Nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades. Pues según estas necesidades ¿cuáles son los problemas que la América está llamada a establecer y resolver en estos momentos? Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político: son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano.

De aquí que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto; ardiente y profética en sus instintos; sintética y orgánica en su método; positiva y realista en sus proceder; republicana en su espíritu y destinos.³⁰

Los pensadores más importantes de la Cuba neocolonial, tal vez sin proponérselo de manera consciente, sentaron pautas para una tal filosofía. Al darse a la tarea de conocer nuestra realidad, penetraron en los rasgos de nuestra idiosincrasia, rescataron nuestras raíces históricas y culturales, denunciaron la corrupción administrativa y la dependencia económica y política, y soñaron con una República libre, democrática y con determinados niveles de equidad y justicia social.

Es cierto que la representación que cada uno de ellos se hizo, respondía a motivaciones ideológico-clasistas, y estas posibilitan ubicarlos en las consabidas posturas de derecha, centro e izquierda. Pienso que, siempre que sea factible, se debe evitar la clasificación simplista y favorecer el análisis casuístico, pues solo este nos preserva del error y el esquematismo. Tal vez una posible solución consista en identificar a los pensadores con los proyectos sociales que estos representan, y cómo se insertan en los problemas que se debaten y en las coyunturas discursivas.

Del entusiasmo inicial por la construcción de una nación moderna, proyectada hacia un proceso descolonizador que vio en los Estados Unidos un referente de progreso y desarrollo científico-técnico (constatable en la obra del todavía positivista Enrique José Varona y del joven Fernando Ortiz, entre otros autores), se pasa al discurso de la frustración republicana. Buen ejemplo de esto se encuentra en el escepticismo de Varona y la sensación de decadencia y frustración presente en la obra de José Antonio Ramos, Roque E. Garrigó, y otros. El surgimiento del Grupo Minorista y la aparición de revistas como Avance y Bimestre Cubana, junto a la reaparición, bajo la dirección de Fernando Ortiz, de la Sociedad Económica de Amigos del País y la renovación de los estudios históricos, con Ramiro Guerra, Enrique Roig de Leuchsenring, y otros, crearon un clima intelectual, bajo el principio de «despertar de la conciencia nacional».

Esta atmósfera, unida a diversos factores políticos, profundizó el antimperialismo que se venía gestando entre diferentes sectores de la población, y desembocó en la revolución antimachadista primero, y en las luchas en torno a la constituyente del 40, después. Fue en los

marcos de este contexto que emergió con fuerza en la arena política e intelectual de la nación una corriente procedente de las filas de las clases trabajadoras, que desempeñó un importante papel en la lucha contra la tiranía de Machado y a favor de reivindicaciones populares, democráticas y antimperialistas: el marxismo. Su irrupción, presidida por el ejemplo luminoso de Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella, dio un nuevo sentido a la filosofía y a las ideas en Cuba.

Notas

1. Colectivo de autores, *Historia de Cuba, La neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, Instituto de Historia de Cuba. Editora Política, La Habana, 1998, cap. II, pp. 84-5.
2. Véase Francisca López, Oscar Loyola y Arnaldo Silva, *Cuba y su Historia, Gente Nueva*, La Habana, 1998, p. 182.
3. *Ibidem*, p. 197.
4. *Ibidem*, p. 108.
5. María del Carmen Barcia, «La vía reformista en Cuba: de la sociedad a la política», en *Cien años de independencia en Cuba, II Simposio Cuba-Alemania, mesa redonda, Neue Folge*, n. 14, v. II, Eichstatt, 1999, pp. 164-85.
6. Consuelo Naranjo, «La emigración española a Iberoamérica desde 1880 a 1930. Análisis cuantitativo», en *Poblamiento y nacionalidad. Nuestra común historia*, Aula de Cultura Iberoamericana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994, pp. 116-27.
7. Cintio Vitier, *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, Ediciones Unión, La Habana, 1995.
8. Jorge Luis Arcos, «Pensamiento y estilo en Jorge Mañach», *Temas*, n. 16-17, octubre de 1998-junio de 1999, La Habana, pp. 205-211.
9. Jorge Luis Arcos, «Prólogo», *Ensayos de Jorge Mañach*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999, p. XI.
10. Pablo Guadarrama y Miguel Rojas, *El pensamiento filosófico en Cuba en el siglo XX: 1900-1960*, Editorial Félix Varela, La Habana, 1998, pp. 72-3.
11. Edición conjunta de las obras de Medardo Vitier, *Las ideas en Cuba y La filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, 1970. En ella, los editores califican el trabajo como descriptivo, tanto de la época como de los autores y tendencias. Consideran que las valoraciones de las figuras no se avenían, en gran medida, a los puntos de vista de las investigaciones más recientes de nuestra historia, y las ceñían a criterios éticos abstractos, más que a políticos, sin tener en cuenta el trasfondo de la época y la lucha contra el dominio español.
12. Rafael Rojas, «La otra moral de la teleología cubana», *Casa de las Américas*, n. 194, enero-marzo de 1994, pp. 85-95.
13. La polémica apareció en el citado número de *Casa de las Américas* y tuvo cierta continuidad en *La Gaceta de Cuba*, n. 1, enero-febrero de 1996.
14. Rafael Rojas, *ob. cit.*, p. 85.
15. Theodore W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Editorial Reclam, Leipzig, 1989, pp. 9-15.
16. Rafael Rojas, *ob. cit.*, p. 85.
17. Joaquín Santana, «Las ideas en Cuba al cese del dominio colonial. Una aproximación crítica», en *En torno al 98. Nuestra común historia*, Aula de Cultura Iberoamericana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, pp. 73-82.
18. Raimundo Menocal, *Origen y desarrollo del pensamiento cubano*, Editorial Lex, La Habana, 1947, pp. 7-8.
19. *Ibidem*, prólogo al segundo volumen, pp. 7-8.
20. Jorge Luis Arcos, *ob. cit.*, p. XI.
21. Miriam Fernández, *Selección de lecturas de pensamiento político cubano II*, Universidad de La Habana, 1985, pp. 8, 289 y 485.
22. *Ibidem*.
23. Pablo Guadarrama y Miguel Rojas, *ob. cit.*
24. Manuel Márquez Sterling, *Doctrina de la República*, La Habana, 1930, p. 43.
25. *Ibidem*, p. 143.
26. Alberto Lamar Schwyer, *Biología de la democracia (Ensayo de sociología americana)*, Editorial Minerva, La Habana, 1927.
27. Por ejemplo: Cristóbal de la Guardia, *Estudio sobre el carácter cubano*; José Sixto de Sola, *El pesimismo cubano*; Mario Guiral Moreno, *Aspectos censurables del carácter del cubano*; Enrique Gay Galbó, *El cubano, avestruz del trópico*; junto a Francisco Figueras, *Cuba y su evolución colonial*; Roque E. Garrigó, *La convulsión cubana*; José Antonio Ramos, *Manual del perfecto fulanista*. El joven Fernando Ortiz, así como Enrique José Varona y Manuel Márquez Sterling, desarrollaron un discurso de la cubanidad negativa que contenía elementos biologizantes.
28. Roberto Agramonte, *La biología contra la democracia. Ensayo de solución americana*, La Habana, 1927, pp. 98-102.
29. *Ibidem*.
30. Juan Bautista Alberdi, «Ideas para un curso de filosofía contemporánea», en *Ideas en torno a Latinoamérica*, UNAM., México, D.F., 1986, p. 150.

La sociología en Cuba hasta 1959: un panorama

Rolando Zamora

Sociólogo. (1948-1997).

Aun cuando la investigación sociológica comenzó en Cuba hace apenas cien años,¹ tiene, sin embargo, antecedentes en las obras de algunos pensadores filosóficos o estudiosos de problemas socio-culturales, de finales del siglo XVIII y la mitad inicial del XIX.

En primer término, debe citarse al presbítero José Agustín Caballero (1762-1835), profesor de Filosofía y Teología del Seminario de San Carlos y San Ambrosio, quien trabajó por la reforma de la enseñanza en contra del escolasticismo —entonces en boga—, e introdujo el análisis crítico y la experimentación. Representante típico del Siglo de las Luces, se destacó por su actividad múltiple: colaborador en la prensa periódica, decano de la Facultad de Teología de la Universidad de La Habana, asesor del gobierno de don Luis de las Casas y profesor universitario. Su obra más reconocida es el libro *Philosophia electiva* (1797), donde expuso

su tesis de edificar la ciudad del porvenir a base, entre otras cosas, del fomento de la vida social cubana y cuyo análisis

de la realidad social, especialmente su actitud [...] frente al veneno de la esclavitud, su énfasis en el valor de lo público como modo de normar la civilización cubana [...], le convierten en un precursor de la ciencia de la sociedad.²

Tuvo tres discípulos destacados, el sacerdote Félix Varela (1787-1853), José Antonio Saco (1797-1879) y el pedagogo José de la Luz y Caballero (1800-1862), los cuales deben ser estudiados para determinar su influencia en este período formativo de un pensamiento sociológico cubano. En el caso de Luz, cabe destacar su *Impugnación a las doctrinas filosóficas de Víctor Cousin* (1840), donde trata de aplicar el método de las ciencias naturales a los estudios de la sociedad, «sentando como máxima de sociología aplicada evitar antes que curar».³

Andrés Poey (1826-1914) se dedicó también a la labor sociológica, en especial en su libro *M. Littré et Auguste Comte* (1880). Medardo Vitier menciona la existencia de otro libro suyo, titulado *Le positivisme* (París, 1876), donde «expuso la doctrina de A. Comte».⁴

Ya en el siglo XX aumentan las publicaciones y la enseñanza de la sociología. A continuación, mencionaremos en forma de breves fichas, algunas figuras identificadas.

Temas agradece a Maritza García Alonso, compañera del destacado investigador Rolando Zamora, prematuramente desaparecido, este texto suyo inédito que nos satisface poder publicar.

Enrique Lluria Despau (1862-1925), médico interesado en la problemática sociológica, desde el punto de vista de la izquierda radical de su época. Fue fundador del Partido Socialista Español junto con Pablo Iglesias, y escribió los libros *El medio social y la perfectibilidad de la salud* (1898), *Evolución superorgánica. (La Naturaleza y el problema social)* (1905), que constituye, para algunos, su obra cumbre, y *Humanidad del porvenir* (1906); todos ellos considerados hoy como rarezas bibliográficas.

Fernando Llés y Berdayes (1883-1949), notable conferencista y ensayista en temas filosóficos, quien se mantuvo fuera de los medios académicos y fue miembro del Grupo Minorista, escribió los ensayos *Individualismo, socialismo y comunismo. Los problemas de la conciencia contemporánea* (1932) y *El individuo, la sociedad y el Estado* (1932); su prosa, de gran valor estilístico, y el juicio creativo que lo caracterizaron le hicieron expresar a Medardo Vitier: «Cuando se produzca la sedimentación histórica de esta primera mitad del siglo en Cuba, habrá que examinar el pensamiento de Fernando Llés».⁵

Jorge Roa Reyes (1887-1947), nombrado en 1934 profesor de Estadísticas en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, fue autor de *En el surco de dos razas: estudio sobre la influencia de dos civilizaciones, la inglesa y la española, en Cuba e Hispanoamérica* (1929), y *Biología social. Investigaciones comparadas de Estadística social* (1939). Pérez de la Riva opinó que este último libro «así como otras publicaciones suyas, merecen recordarse».⁶

Alberto Lamar Schweyer (1902-1942), publicó el polémico texto *Biología de la democracia (Ensayo de sociología americana)* (1927), en defensa del régimen machadista y de las dictaduras en Latinoamérica —lo que le valió la expulsión del Grupo Minorista— y, poco después, *La crisis del patriotismo (Una teoría de las inmigraciones)* (1929).

A mediados de los años 30, ya se ha ido creando un grupo de especialistas que, por primera vez en Cuba, van a dedicarse profesionalmente, y no de forma ocasional, a la sociología en el campo académico, impartiendo clases en la segunda enseñanza y la Universidad. Esos docentes son hoy casi desconocidos: Francisco Domenech Vinajeras, profesor titular del Instituto de La Habana, quien redactó varios escritos, en un período que abarca tres décadas: *El concepto materialista en la Historia de Cuba* (1915), *Ciencia y sociedad* (1935), *Tres vidas y una época* (Pablo Lafargue, Diego V. Tejera, Enrique Lluria (1941), e *Introducción a la sociología* (1946). Martín Rodríguez Vivanco, catedrático de sociología Pedagógica en la Escuela de Educación de la Universidad de La Habana, quien preparó una *Introducción a la sociología pedagógica* (segunda edición, 1937); Miguel Belaúnde San Pedro, Profesor titular y jefe de la Cátedra de Introducción a la Filosofía, Lógica y

Sociología del Instituto del Vedado, autor de un libro de texto para el bachillerato: *La sociología en la segunda enseñanza* (1945); Armando García Mendoza, catedrático de Sociología en el Instituto del Vedado, que publicó el primer tomo de un *Manual de sociología* (1949). Está aun por hacerse un estudio sobre la enseñanza de la sociología en esa época, y su influencia sobre el alumnado.

La investigación social en Cuba ha estado, casi hasta hoy, desarticulada, por la magnitud de las cuestiones por analizar, los hechos característicos y las explicaciones que dar. Se trata de una problemática virgen en muchos sentidos. En este campo todos hacían de todo y la especialización era una quimera. Las fronteras difusas entre los objetos de estudio de la etnología, el folklore, la antropología y la sociología, son aquí mucho más imprecisas por la manera en que ellas han ido desarrollándose en la práctica. Tal fue el caso de Fernando Ortiz.

No debemos pasar por alto, en el balance de los estudios sociológicos, la obra de Lydia Cabrera (1899-1991), iniciada desde la década de los 30 y que, más allá de cualquier clasificación formal, produjo numerosos libros, uno de ellos antológico —*El Monte* (1954)—, esencial para entender una buena parte de la religiosidad del cubano. Es un texto con valor literario, resultado de años de indagación directa con los creyentes.

Solo es en la década de los 50 cuando la sociología adquiere un carácter profesional en lo que respecta a la investigación empírica, a partir del surgimiento de agencias especializadas en surveys, estudios de mercado, etc., como apoyo a las campañas publicitarias para la comercialización de productos y servicios. En ese contexto, es destacable la labor de Raúl Gutiérrez Serrano (1910-1986), profesor universitario y de la Enseñanza Media Superior desde 1934, quien fue uno de los directores de una reconocida empresa publicitaria y del Instituto Cubano de Opinión Pública y Psicología Aplicada. Con el equipo de investigadores de esa institución efectuó, en 1960, un estudio sobre el lenguaje activo y pasivo del analfabeto, que sirvió para fundamentar metodológicamente la Campaña Nacional de Alfabetización (1961). Esa encuesta, con una muestra de 5 000 casos, fue procesada con equipos IBM y tuvo por objetivo obtener información sobre las quinientas palabras más pronunciadas, y el mismo número de las más escuchadas (mediante la radio y las conversaciones), y dar así elementos para preparar una cartilla de alfabetización ajustada a los requerimientos de los adultos.

El financiamiento de investigaciones sociales por instituciones no gubernamentales era excepcional

entonces, por lo que es de subrayar la labor realizada, antes de 1959, por la Agrupación Católica Universitaria, que dio a conocer los resultados de varias encuestas sociodemográficas. Estos fueron estudios pioneros por la complejidad del trabajo de campo y su extensión territorial, y contribuyeron a que la sociología dejara de ser una profesión de gabinete y saliera a palpar los problemas en el terreno, con otros métodos, además de la observación y la entrevista profunda, usuales en la obra de Fernando Ortiz y Lydia Cabrera.

Hubo otros sociólogos destacados, desde fines del siglo XIX hasta mediados del XX: Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Elías Entralgo, Roberto Agramonte y Raúl Roa. Pertenecientes a generaciones diferentes, todos tenían, en mayor o menor medida, algo en común: eran intelectuales que, desde profesiones afines, incursionaron en el análisis sociológico de los procesos sociales cubanos; pero no fueron sociólogos en el sentido estricto del término. La falta de dedicación, a tiempo completo, se debía a que una buena parte de su vida activa fue consumida por la política (con la excepción de Entralgo), las tareas docentes y otras labores del pensamiento (crítica literaria, periodismo, abogacía).

Los sociólogos más destacados antes de 1959

Estos autores están enmarcados en tres generaciones.⁷ Enrique José Varona forma parte de la integrada por los intelectuales nacidos entre 1850 y 1879, quienes comienzan a producir su obra con posterioridad a la Guerra de los Diez años (1868-1878). Fernando Ortiz se ubica en la generación siguiente, nacida entre 1880 y 1901, que surge a la luz pública después de la instauración de la República burguesa, en cuya institucionalización participa. Elías Entralgo, Roberto Agramonte y Raúl Roa son miembros de la primera generación republicana —los nacidos entre 1902 y 1929. Se suman a la vida política y cultural durante las luchas antimachadistas o inmediatamente después de la caída de la dictadura, como parte de una actitud crítica respecto a la semicolonía; y están activos hasta el triunfo revolucionario.

No abundaremos en sus experiencias y tareas generacionales, pero es importante precisar que elaboraron sus escritos sociológicos durante un período crucial de la historia de Cuba que, si bien no es largo en la vida de un país (alrededor de 70 años), estuvo cargado de significaciones sociales, dentro de un convulso proceso político que nos hace pasar de la última colonia española a la primera revolución socialista en América.

Varona

Enrique José Varona y Pera (1849-1933) fue una de las figuras de la cultura cubana de relieve continental. En su larga vida, se destacó por sus actividades políticas e intelectuales. Fue poeta, filósofo, pedagogo, orador, ensayista, profesor universitario, director del periódico *Patria* (1895-1897), vicepresidente de la República (1913-1917) y, ya muy anciano, opositor connotado de la dictadura machadista (1925-1933), lo que le valió ser reconocido, por la juventud universitaria, como Maestro.

Hombre de su época, con una existencia dominada por tantas inquietudes, trabajó de forma más o menos incidental sobre problemas de índole sociológica, que revertía como arma de lucha política, en una parábola que va desde *El bandolerismo* (1888), contra el colonialismo español, hasta *El imperialismo a la luz de la sociología* (1905), enfrentado al semicolonialismo yanqui.

Medardo Vitier ha señalado la filiación positivista de Varona, pero reconociendo que «no construye sistema como pensador. Por ese lado de las cosas, no pertenece al positivismo de Comte».⁸ Al contrario, realizó una fuerte crítica a la sociología comtiana; de esa corriente filosófica «no queda, pues, en Varona, más que la actitud antimetafísica del primer período en la vida del profesor francés».⁹ Vitier comenta, además, la influencia que recibió Varona del positivismo evolucionista, pero también en este caso fue «evolucionista con distinguo», pues «el sistema de Spencer, pese a su pretensa positividad, se colorea de metafísica»;¹⁰ de lo cual concluye que el positivismo varoniano estaba «mucho más adherido a la tradición del empirismo inglés y a los positivistas ingleses del siglo XIX, que al positivismo francés».¹¹

Cabe señalar que Varona conoció la obra de Marx, pero, por una incompreensión muy común en aquella época, la consideró como «la exageración de un hecho cierto».¹² Es por ello que, aunque en su labor sociológica admite la importancia de los factores económicos, no les dio un empleo consecuente en la explicación del desarrollo social. En resumen, Vitier lo reconoce como sociólogo, «pero sus ideas van por la vertiente realista. No se demora tanto en los principios generales de la sociología como en su aplicación a hechos de la vida cubana», y valora su «capacidad para manejar a la vez vastas explicaciones de la historia y sucesos concretos».¹³ Aquella parte de sus escritos más conocidos (artículos, ensayos, conferencias) vinculados con los estudios humanos son los que relacionamos a continuación: *El positivismo* (1878), *La metafísica en la Universidad* (1879), *La evolución psicológica* (1879), *El bandolerismo* (1888), *La psicología como ciencia experimental* (1894), *El imperialismo a*

la luz de la sociología (1905), Curso de Psicología (1905) y El imperialismo yanqui en Cuba (1921).

Impulsor y divulgador de las investigaciones sociales, participó activamente como miembro de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (1877-1891), donde presentó, en julio de 1878, el primer proyecto de encuesta conocido en nuestro país, mediante un cuestionario que debía ser llenado por los maestros de escuelas para niños negros,¹⁴ destinado a indagar los antecedentes étnicos, el grado de inteligencia y las cualidades de carácter de estos alumnos, y cuyo diseño se basó en el Cuestionario de Psicología Antropológica, elaborado por el doctor Letourneau, en 1877.

Al fundamentar su propuesta de estudio ante los demás miembros de la Sociedad, el acta de la reunión hace constar que Varona se refirió a «el gran campo de investigación que le ofrecían la coexistencia en un mismo territorio y el cruzamiento de diversas razas, haciendo así fructuoso para la ciencia un hecho tan lamentable en la esfera social» y, acto seguido, hace una crítica de la teoría racista del francés José Arturo Gobineau, y expresa que

harto sabidas eran [...] las diversas teorías que aún están en pugna con motivo del cruzamiento; teorías de importancia suma, como que miran nada menos que a resolver el grave problema del contacto de las razas y la ascensión en la escala de la cultura de las inferiores. Recordó brevemente la exagerada doctrina de Mr. Gobineau, según la cual todo cruzamiento es funesto a la raza superior, sin que por eso sea provechoso a la inferior; y le opuso la teoría más racional, a su sentir, que asevera que la mezcla de dos razas desiguales tiende a eliminar la inferior, trayendo poco a poco sus descendientes a la masa común de la superior.¹⁵

Reconocía, no obstante, que ambas posiciones teóricas tenían un mismo punto débil, al «faltarles un abundante sedimento de hechos observados y clasificados». ¹⁶ Y es por la falta de datos empíricos, que avalaran su punto de vista, que propuso la realización de esta investigación sociológica concreta.

Es de notar que, con esta polémica, Varona comenzó el tratamiento de un problema básico para la identidad nacional: el mestizaje racial y cultural. Aun cuando aceptó el prejuicio, corriente en la época, de considerar la existencia de razas superiores e inferiores, defendió la posibilidad de integración social de los africanos traídos por la fuerza a Cuba, en un momento en que el país apenas acababa de salir de la esclavitud negra, y estaban vivas las aprensiones que estimuló el gobierno colonial para separar los dos grupos raciales más importantes. El problema abordado mediante la encuesta era por ello lícito entonces y aún es de cierta actualidad. Continuó siendo tratado, con preferencia, por otros investigadores, en particular Ortiz y Entralgo, con una perspectiva más profunda, debido a las experiencias científicas y políticas acumuladas.

El artículo titulado «El bandolerismo, reacción necesaria», fue publicado por Varona en Revista Cubana, en 1888; era esa una temática de gran relevancia para la época, por lo generalizado de tal hecho en nuestros campos. Redactado en una prosa clara y elegante, su primera parte es una breve introducción teórica del problema que, partiendo del concepto de cooperación, como principio básico para la constitución y desarrollo de cualquier sociedad, reconoce que cuando está dirigida a «fines anormales es, por lo menos, un caso de regresión, y siempre un caso patológico»,¹⁷ lo cual produce un retraso en la evolución de los pueblos. Concluye diciendo que

[d]onde quiera que aparezca una sociedad para hacer mal [...] la explicación del fenómeno ha de buscarse en las condiciones sociales del pueblo en que se produzca. Estamos en presencia de un fenómeno sociológico. Quiere esto decir que estudiando los caracteres normales de la evolución social, será como podremos determinar las causas de la aparición del fenómeno anormal». ¹⁸

Fue precisamente tal estudio el que pretendió realizar Varona, empleando para ello el análisis documental de fuentes históricas y las estadísticas oficiales del gobierno colonial.

Basándose en esta información, expuso las premisas que consideró condicionantes en el surgimiento del bandolerismo en Cuba: prácticas similares en España, desde las guerras de reconquista hasta el propio siglo XIX; los excesos cometidos por los españoles en la conquista y colonización en América; la cuantiosa emigración de delincuentes peninsulares durante el período colonial; las crueldades típicas de la esclavitud negra; la práctica generalizada de los juegos de azar; la venalidad administrativa de las autoridades coloniales a todos los niveles, y los abusos de poder y la violencia moral y física que trajo aparejada. En suma, lo que él mismo llamó por su nombre: «la explotación sin misericordia del hombre por el hombre». ¹⁹ Todas esas condiciones eran, según su criterio, las que dieron origen, y mantenían viva, la práctica del bandolerismo, como «respuesta necesaria» al estado de cosas reinante.

El imperialismo a la luz de la sociología es el texto de una conferencia pronunciada por Varona en 1905, en su cátedra universitaria. Su estilo se caracteriza por un sutil didactismo y una exposición demostrativa, en la que es perceptible el tono de la disertación académica. El método empleado en la investigación es el análisis documental de fuentes históricas y datos estadísticos. El objeto de estudio es la génesis del imperialismo y las posibles repercusiones de tal fenómeno socioeconómico sobre el desarrollo de Cuba, como nuevo Estado independiente.

Al inicio de su conferencia, Varona expresó su interés por tratar el tema no desde el punto de vista del político

Fernando Ortiz es el sociólogo cubano que ha hecho el aporte teórico más importante y original en este campo de las ciencias del hombre. Nos referimos al concepto de *transculturación*.

sino «a la luz de la sociología».²⁰ Caracterizó esa disciplina social como «una ciencia, cuya materia es antigua [...]; aunque sea nuevo su nombre, y nuevos sus procedimientos de investigación [...]; una ciencia que hoy ocupa el primer plano de las preocupaciones de los hombres de saber, y que va extendiendo cada vez más su radio de acción».²¹ Y agregó: «necesito tratar este problema dentro de los estrechos límites de una ciencia que ya posee sus métodos y su manera de investigar [...], necesario es que os diga que si bien por hallarse esta ciencia en su período de gestación, sería muy fácil encontrar contradictores a las más de las doctrinas que hoy asienta».²²

No obstante, considera que la argumentación que va a exponer estará basada en uno de los principios más aceptados, el de la integración o asimilación social, propio del positivismo organicista. O sea,

que tan pronto como se forma un grupo de hombres que constituyen sociedades, lo propio, lo característico y lo fundamental es que ese grupo tienda a aumentarse sucesivamente, a extenderse, a coordinarse, a desarrollar armónicamente sus fuerzas; y como consecuencia ineludible, a ocupar mayor extensión en el espacio.²³

Este principio lo presenta como de completa generalidad y expresión de un hecho natural, pues en «el crecimiento de un grupo humano, no vemos leyes distintas a las que presiden el crecimiento de un organismo individual».²⁴ En suma, el reconocimiento de la validez metodológica del darwinismo social le impide dar una respuesta a la problemática que plantea, desde la sociedad misma; llevándolo, por desestimar sus esencias económicas, a extender sus manifestaciones a épocas anteriores a la sociedad capitalista, negando el principio material, productivo, de ese concepto; aunque en otra parte de la conferencia comentó: «Las causas son de orden profundamente social, porque son de orden esencialmente económico».²⁵

Al hacer el análisis más detallado del funcionamiento del imperialismo, tanto en aspectos cuantitativos como cualitativos, toma el ejemplo de Inglaterra, y resalta que su expansión territorial se efectuó siempre en países que eran «la línea de menor resistencia».²⁶ Estos son los que hoy llamamos subdesarrollados, del Tercer mundo, que Varona denominó, sin mayores complejidades conceptuales, los «países tropicales».²⁷ Luego de analizar, en el caso inglés, las tres condiciones que considera

indispensables para que un país pueda convertirse en imperialista (crecimiento de la población, desarrollo económico y acumulación de capitales, y cultura mental superior), alerta a su joven auditorio, de forma vehemente, sobre el peligro que representa para Cuba la existencia de la nueva potencia imperialista, los Estados Unidos de América, llamándolo a actuar políticamente para que Cuba no fuera una línea de menor resistencia; aunque sin dar criterios de cómo hacerlo.

Fernando Ortiz

Comentar la obra enciclopédica de Fernando Ortiz Fernández (1881-1969), en unos pocos párrafos, es algo sencillamente temerario. No escaparon a su curiosidad múltiple muchas de las ciencias del hombre: criminología, musicología, sociología, historia, derecho, economía, antropología, arqueología, folklore, lingüística. La variedad de sus intereses intelectuales lo convirtieron en polígrafo y le valieron el título de Tercer Descubridor de Cuba, al decir de Juan Marinello.

Su obra le concedió gran prestigio desde las primeras décadas del presente siglo y fue reconocido, hacia la mitad de este, como «la figura más destacada en el estudio de la realidad cubana, aunque no desde el punto de vista estrictamente sociológico».²⁸ Mariano Rodríguez Solveira fue mucho más preciso, al expresar:

En su vasta y variada obra, dedicó Don Fernando su atención a las ciencias del hombre. Por eso su interés se centró en la sociología y la antropología social. Todos los temas que tocaba los trataba «como sociólogo». Este pensar [...] le da un denominador común a toda su obra, no importa cuán diversos fueran los temas que tratara. En la esencia de cada trabajo, de cada tesis, asomaba el sociólogo. En sus escritos sobre instrumentos musicales, sobre pintura o sobre política, etc., el juicio sociológico siempre estaba presente.²⁹

Esta labor, desplegada en algo más de sesenta años de su larga vida, encontró la cúspide en una decena de libros fundamentales para la cultura nacional: *Los negros brujos* (1906), *Los negros esclavos* (1916), *Historia de la Arqueología indocubana* (1922), *Catauro de cubanismos* (1923), *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), *La africanía de la música folklórica de Cuba* (1950), *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* (1951), *Los instrumentos de la*

música afrocubana (en cinco gruesos tomos, 1952-1955), Historia de una pelea cubana contra los demonios (1959); además de dos publicaciones póstumas: Nuevo catauro de cubanismos (1974) y Los negros curros (1986).

Ubicar teóricamente tan extensa obra no es fácil y todavía es asunto de discusión, pues Ortiz, según Julio Le Riverend, «rechazaba sistemáticamente toda disquisición sobre teoría, metodología y clasificación científica, fuera en el sentido de campos o disciplinas, fuera en cuanto a escuelas o tendencias».³⁰ Durante su trabajo investigativo echó mano a todos los elementos conceptuales que pudieran serle útiles. Comenzó por un temprano positivismo, influido por la escuela italiana de criminología, reflejado en sus estudios sobre la «mala vida» cubana, con Los negros brujos y culminó en su Proyecto de Código Criminal Cubano (1926), con prólogo de Enrico Ferri; pasó progresivamente a incorporar elementos del funcionalismo y el historicismo marxista, tomados los primeros de la escuela de Malinowsky, y los segundos del italiano Alfonso Asturaro, todo ello sin renegar por completo de su positivismo inicial. Se trató, más bien, de un enriquecimiento constante de su perspectiva conceptual, para estudiar con mayor objetividad la problemática específica de Cuba.

No obstante esa aparente despreocupación metodológica, hoy por hoy, Fernando Ortiz es el sociólogo cubano que ha hecho el aporte teórico más importante y original en este campo de las ciencias del hombre. Nos referimos al concepto de transculturación, que dio a conocer en su libro Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar, el más conocido, sin dudas, de todos los que escribió.³¹

El Contrapunteo... es un ensayo de regular amplitud, precedido por una elogiosa introducción de Bronislaw Malinowsky, y al que le siguen veinticinco capítulos adicionales, sobre las repercusiones culturales de ambos productos insulares, basados en información documental y acompañados de un conjunto de ilustraciones, que lo convierten en un trabajo de erudición impresionante. Por sus excelencias literarias este libro es uno de los clásicos de la ensayística cubana.

En la introducción, Malinowsky refiere sus relaciones intelectuales con Fernando Ortiz y «su obra sociológica»,³² a la cual califica de modelo. Ya desde la primera página, expone que Ortiz le expresó sus intenciones de utilizar un nuevo vocablo técnico: transculturación, «para reemplazar varias expresiones corrientes, tales como “cambio cultural”, “aculturación”, “difusión”, “migración u ósmosis de cultura” y otros análogos que él consideraba como de sentido imperfectamente expresivo».³³ Malinowsky, exiliado cultural él mismo, critica el concepto de aculturación, pues es

un vocablo etnocéntrico con una significación moral. El inmigrante tiene que «aculturarse» (to acculturate); así han de hacer también los indígenas, paganos e infieles, bárbaros o salvajes, que gozan del «beneficio» de estar sometidos a nuestra gran Cultura Occidental [...]. El «inculto» ha de recibir los beneficios de «nuestra cultura»; es «él» quien ha de cambiar para convertirse en «uno de nosotros».³⁴

Considera que tal enfoque del problema impide su real comprensión pues «una oleada cualquiera de inmigrantes [...] experimenta cambios en su cultura originaria; pero también provoca un cambio en la matriz de la cultura receptiva».³⁵ Explica a continuación cómo en sus trabajos se hace eco de esta perspectiva de análisis y expresa una «completa conformidad con Fernando Ortiz»³⁶ al respecto. Concluye que nuestro sabio

pertenece a esa escuela o tendencia de la ciencia social moderna que ahora se apellida con el nombre de «funcionalismo». Él se percata claramente de que los problemas económicos y ecológicos del trabajo y de la técnica son los fundamentales de las industrias aquí tratadas; pero el autor se da plena cuenta del hecho de que la psicología del fumar, la estética, las creencias y los sentimientos asociados con cada uno de los productos finales aquí tratados son factores importantes de su consumo, de su comercio y de su elaboración.³⁷

Es precisamente en los capítulos adicionales donde Don Fernando define el concepto de transculturación, aunque ya está presente en la forma de desarrollar su análisis, en el ensayo preliminar. Este es, al decir de Le Riverend, «uno de los pocos momentos en que [...] se expresa sobre los problemas generales de las ciencias sociales»,³⁸ y es el resultado de más de 30 años de trabajo y meditación sobre los temas cubanos que le apasionaron. Es una síntesis magistral de todas las tareas científicas que abordó, desde 1906, con sus trabajos sobre el «hampa afrocubana»; en suma, «un marco general de comprensión del pasado y el presente del gentío cubano, [...], una explicación documentada del medio histórico en que nutría sus raíces».³⁹

En el capítulo adicional, que tituló «Del fenómeno social de la “transculturación” y de su importancia para Cuba», expuso Ortiz de forma breve sus ideas. Reconoce el carácter de neologismo de la expresión y escribe que «nos atrevemos a proponerlo para que en la terminología sociológica pueda sustituir, en gran parte al menos, al vocablo aculturación»,⁴⁰ y resalta lo polémico del nuevo concepto, aun cuando considera que «transculturación es el vocablo más apropiado».⁴¹

La definición de transculturación que da Ortiz es aplicable por igual a todos los grupos humanos que se introdujeron o fueron introducidos en el melting pot cubano (europeos, africanos, chinos, indios y criollos continentales). Procede de tal forma porque entendía que ese concepto

expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque este no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial desculturación, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación [...]. En conjunto el proceso es una transculturación, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola.⁴²

De donde se deduce el carácter dialéctico del análisis de los fenómenos sociales propuestos por Ortiz, a partir de su experiencia en los estudios afrocubanos, que extiende como válido a todas las culturas, en mayor o menor grado, al agregar que esas «cuestiones de nomenclatura sociológica no son baladías para la mejor inteligencia de los fenómenos sociales [...] El concepto de transculturación es cardinal y elementalmente indispensable para comprender la historia de Cuba y, por análogas razones, la de toda América en general».⁴³

Una utilización práctica de tal perspectiva conceptual hace Don Fernando en el capítulo adicional, «De la transculturación del tabaco», en el cual expone la historia transcultural de ese producto, desde el valor ritual y mágico que le atribuían los indios americanos, hasta su integración como mercancía dentro de la moderna economía mundial. Es de notar que en esta parte del libro (donde analiza el tabaco y su expresión en los ritos, la economía, la literatura y otras expresiones superestructurales), reconoce el carácter determinante del factor económico para la definitiva transculturación en los usos de la hoja.

Visto así, comprendemos la actualidad y el sentido revolucionario del concepto de transculturación, pues al oponerlo conscientemente al enfoque neocolonial que provee la aculturación, aporta una perspectiva de liberación nacional para el Tercer mundo, dirigida a la defensa y revalorización de las culturas consideradas primitivas e inferiores por los poderes centrales; es una síntesis admirable de dos temas recurrentes en nuestros pensadores sociales: la identidad nacional y la influencia semicolonial del imperialismo.

Elías Entralgo

Elías Entralgo Vallina (1903-1966) se destacó por su larga y fructífera vida académica, vinculada a la Universidad de La Habana, sin la cual no es posible concebir su labor intelectual. Comenzó a trabajar allí en 1929 como profesor instructor de sociología, cargo al que renunció al año siguiente, como protesta contra la dictadura machadista. En 1934 se reintegra y ocupa las cátedras de Historia de Cuba y Sociología Cubana.

Al morir, era Decano de la Facultad de Humanidades. Su labor como promotor cultural fue significativa, y se destaca por ser el primer secretario de la Sociedad de Estudios Afrocubanos (1936) —fundada por Fernando Ortiz—, bibliotecario de la Sociedad Económica de Amigos del País y presidente de la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

Entre su bibliografía activa, también numerosa en temas históricos y literarios, pueden citarse los siguientes escritos vinculados con la sociología: *Esquema de sociografía indocubana* (1935), *El ideario de Varona en la filosofía social* (1937), *sociología cubana* (conferencias mimeografiadas para su cátedra universitaria, s/f), *Síntesis histórica de la cubanidad en los siglos XVI y XVII* (1944), *Períoca sociográfica de la cubanidad* (1947), *Historia social* (1952) —tomo IV de la *Historia de la nación cubana*—, *La liberación étnica cubana* (1953) y *Algunas facetas de Varona* (1965), que es una recopilación de sus conferencias sobre el ilustre pensador, entre 1934 y 1950.

Sus textos, donde predominan los artículos o conferencias, tienen un marcado carácter docente; en ellos, sus «aportes sobre la formación del carácter cubano son valiosos».⁴⁴ De acuerdo con Félix Lizaso, «la obra que de Entralgo conocemos no es [...] sino una mínima parte de lo que ha trabajado y algún día será dado a conocer»,⁴⁵ pues, debido a su probidad intelectual, que lo llevó a la búsqueda del dato preciso y la interpretación más esencial, «ha acometido empeños que no hemos visto terminados. Así, su estudio sobre el carácter cubano, que lo fue llevando por tantos atajos y dispersiones, hasta hacerle pensar que su obra necesitaba mayores investigaciones, nuevos estudios».⁴⁶ Todo esto nos hace considerar la posibilidad de que algunos de sus textos sociológicos de mayor madurez estén en archivos, fuera del conocimiento público, en espera de ser editados, como consecuencia de esa «insatisfacción consigo mismo, que sin duda a nosotros nos parece un poco excesiva».⁴⁷

En el plano filosófico fue clara su filiación no marxista. Era, no obstante, una personalidad vinculada con las izquierdas y con las tendencias más progresistas de la sociedad cubana; lo cual demostró en la posición que mantuvo ante la Revolución de 1959, integrándose a ella en una ingente tarea de promoción cultural y de formación de una nueva generación de profesionales universitarios. Él mismo expresó: «no somos católicos ni comunistas, pero nacimos en la cubanidad y debemos sentir la cubanía».⁴⁸

Su apreciación crítica de la política corrompida de la República burguesa, lo llevó a aislarse de la lucha partidista y a expresar conceptos tales como:

La política de partido es propia de los viejos por ser actividad endiablada y diabólica. Ser político es pasarse de picao, saber más de la cuenta, y no hay que olvidar que más sabe el

Es así que heredamos del período prerrevolucionario una sociología raquítica, con algunas contribuciones notables, en especial de Varona y Ortiz, dentro de la cual hubo muy pocos aportes desde una perspectiva marxista.

diablo por viejo que por diablo [...]. Si algún día se informan de que figuro en un partido político les autorizo a pensar que estoy viejo; y si se enteran de que me he muerto de más de ochenta años sin militar en ningún bando de esos, es que nunca dejé de ser espiritualmente joven.⁴⁹

Bien mirado, esta es una posición política muy determinada, de abstención y automarginación ante la inmoralidad gubernativa; de ello nos informa usando un estilo expositivo que podríamos calificar de auténtico choteo.

Ciertamente, en un fragmento tan pequeño como el antes citado, pueden notarse las características esenciales de la prosa de Entralgo: un lenguaje discursivo refinado, pero no ajeno a los cubanismos, que a veces casi llega a lo coloquial callejero. Al valorarlo, Félix Lizaso, destacó la importancia de lo analítico en sus textos: «Más que la brillantez formal, lo que sobresale [...] es el vigor del juicio, siempre asistido por la razón cuando no por el aporte documental».⁵⁰

El ensayo *Períoca sociográfica de la cubanidad* está dividido en tres secciones y tiene una extensión de algo más de 26 cuartillas. Como su propio título indica, se trata de un sumario de ideas que Entralgo deseaba desarrollar, más extensamente, con posterioridad. Es por esa aspiración sintética que el texto «tiende a apartarse, con simplicidad y sencillez, de rigurosas complicaciones técnicas» y, por lo tanto, «no es de sociología, sino de sociografía».⁵¹

En la primera sección, Entralgo expresa sus objetivos, y define qué entiende por sociografía y cubanidad. Partiendo de lo poco que se había discutido teóricamente sobre los contenidos de la sociografía, expone las opiniones de Von Wiese y Tönnies sobre sus funciones, sin citar fuentes. La primera función es «describir monográficamente algunos sectores de la vida social, sobre todo los pequeños, más apropiados para una observación concienzuda»; y la segunda, «la de estudiar territorios determinados, con sus habitantes, o sea, los países con sus gentes».⁵² Y a renglón seguido agrega que

ha sido un sociólogo de nuestra América el que ha precisado y sistematizado la disciplina sociográfica: Hostos [...]. Sin

separarla de la sociología, ni negarle su esencial carácter descriptivo, la concibió como fundamentalmente analítica, y quiso que sus reproducciones [...] tuvieran la exactitud de verdaderas fotografías. Tales retratos de los estados sociales podrían tomarse —según él— en la generalidad de la vida humana o en la particularidad del modo de vivir singulares.⁵³

Por último define, de forma un tanto indeterminada, el concepto de cubanidad: «el pedazo social humano que ha evolucionado sobre el territorio de la isla de Cuba».⁵⁴

La segunda sección del ensayo ocupa la casi totalidad de este, y en él expone una apreciación de las variaciones en la estructura clasista de la sociedad cubana, desde la época colonial hasta bien entrada la República burguesa.

Su análisis se basa en cuatro esquemas de la estructura social cubana, con un enfoque diacrónico: el primero a principios del siglo XIX; el segundo, en vísperas del comienzo de la Guerra de los Diez años (1868); el tercero, en el momento previo a la Guerra de Independencia (1895); y el último, válido para un período algo dilatado, que va entre 1930 y 1947, aproximadamente.

En estos esquemas emplea el concepto de clases sociales, pero de un modo restringido. Ello le impide llegar a un análisis esencial de su dinámica, pues aplica, en este punto, algunos criterios condicionantes (raciales, económicos y de determinismo geográfico), desde una perspectiva ecléctica, en la cual van alternándose el psicologismo y el economicismo.

Su interés por el estudio de la cubanidad se remonta al choque de culturas. Parte de la época precolombina hasta la década de 1940, sin aplicar la perspectiva transcultural propuesta por Ortiz unos años antes. Esto lo lleva, mediante un inconsciente eurocentrismo, a calificar peyorativamente de «primitivas» o «salvajes» a las culturas indias y negras, y concluye con afirmaciones insostenibles, tales como las de conceptualizar el carácter de los indocubanos como proclive a «el misoneísmo, la indolencia propensa a la lujuria»,⁵⁵ prejuicio ya rebatido convincentemente por Ortiz en su conferencia «La holgazanería de los indios» (1934). El análisis que hace de las condiciones sociales durante el siglo XIX no excede al realizado por Varona cuando criticó el colonialismo español en *El bandolerismo*. Por todo ello, el ensayo es muy inferior a los de Varona y Ortiz, en

especial el de este último, cuyo enfoque culturalista es más desprejuiciado e integral.

No obstante, las conclusiones político-sociales que Entralgo extrae de esas premisas son notables por su enfoque crítico. Como resultado del análisis del último esquema, describe así la política cubana:

El aparato estatal tenido como patrimonio exclusivo de las oligarquías políticas turnantes en el gobierno, que manejan la cosa pública como res privada [...] De acuerdo con este concepto, casi todos los dirigentes [...] y no pocos los dirigidos del grupo político que ocupa el poder público, deben enriquecerse con los ingresos del erario [...] Como para llegar al empleo oficial no se requiere ninguna capacidad técnica en la inmensa mayoría de los casos, sino militancia activa a favor de la tendencia política triunfante [...], o a veces ni eso, pues basta tan solo con tener influencia ante sus jefes, aunque se pertenezca al bando contrario o no se esté afiliado a ninguno; el burócrata o militar, lejos de advertir por parte alguna la misión integral del Estado, lo que tienen muy cerca, constantemente, es el movimiento unilateral de los politiqueros que gobiernan.⁵⁶

De esa forma tan cruda planteó problemas que, bajo diversas modalidades, han estado permeando la práctica civil durante toda la vida republicana, y que todavía hoy esperan por un estudio: el «socialismo», el clientelismo político, el individualismo, la falta de profesionalidad, resumidos en esa visión «a corto plazo» que ha marcado a la clase política.

En un conjunto de conferencias que —bajo el título de sociología cubana— Entralgo dictó en su cátedra de la Universidad de La Habana, durante esa misma década, retomó los mismos esquemas de la estructura social. Refiriéndose a la sociología en nuestro país, expresó:

[L]a sociología cubana —que está naciendo— hay que contemplarla con los mimos y cuidados de todo lo que acaba de nacer [...] Otros pueblos, que por haber obtenido su independencia antes que el nuestro, se encuentran en un más alto grado de madurez política, cuentan ya con libros en que se estudia su sociología nacional. Tal es el caso de Bolivia con la obra de Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*; tal es el caso de la Sociología argentina de José Ingenieros; tal es el caso de los Estudios de la sociología venezolana, por Pedro M. Arcaya.⁵⁷

Esta evaluación del estado de la sociología en Cuba, a fines de la década de 1940, confirma su espíritu autocrítico, y es mucho más realista que la efectuada por Roberto Agramonte.

Roberto Agramonte

Roberto Agramonte Pichardo (1904-1997) se destacó inicialmente en el ensayo literario, y sus principales obras sociológicas son las siguientes: *La biología contra la democracia* (1925), donde impugna las ideas reaccionarias y promachadistas de Lamar

Schweyer; dos escritos sobre Enrique José Varona: *La obra filosófica y La obra político-social* (1937); *Los indios de Cuba, Aspectos sociológicos* (1938); *Introducción a la Sociología* (1944), libro de texto destinado a la enseñanza preuniversitaria, donde resume los contenidos de otro libro suyo, *Sociología* (1940), tratado de dos tomos que preparó para la cátedra que desempeñaba en la Universidad de La Habana; *Sociología de la Universidad* (1948); Mendieta y Núñez y su magisterio sociológico (1961), como parte de una colección de trabajos dedicados a la obra de ese sociólogo mexicano; *Estudios de sociología contemporánea* (1963), una serie de ensayos donde comenta los aportes de sobresalientes sociólogos del siglo xx, como Dilthey, Max Weber y Mannheim, entre otros.

Se destacó tanto en la vida académica como en la política del país. Desde 1926, a los veintidós años, era profesor titular de sociología y Filosofía Moral de la Universidad de La Habana. Posteriormente, lo fue de otras de Centro y Norteamérica y, a partir de 1960, de la Universidad de Puerto Rico. En la Universidad habanera ocupó, además, los cargos de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y Vicerrector. Como profesor de sociología —ya en la década de los 40— Entralgo lo reconocía como «jefe natural de estas materias en nuestra Universidad».⁵⁸ Fue miembro de la alta dirigencia del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), candidato a la presidencia de la República por esa organización (1952); embajador de Cuba en México (1946), y ministro de Relaciones Exteriores del primer gabinete del Gobierno Revolucionario (1959).

Miembro fundador de la Asociación Internacional de sociología, presentó en el congreso celebrado en Oslo, una ponencia donde caracterizó a la sociología cubana de entonces de la siguiente forma:

En general somos afectos a la sociología norteamericana, por su proyección empírica y factual, a la escuela objetiva francesa de Durkheim y Lévy Brühl, a la sociología sistemática de Wiese, Simmel, Vierkandt y Max Weber. Aunamos los métodos empíricos de investigación, en la sociología aplicada, el método fenomenológico buscando el ser de los objetos sociales, trascendentes a la conciencia, a virtud de la reflexión inmanente y de la reducción eidética.⁵⁹

De más está decir que Agramonte dio aquí una imagen idílica de lo hecho por nuestros investigadores: en realidad, la labor de ellos era mucho más modesta que el protocolo de intenciones antes citado; en cambio sí expresó sus propias preferencias que, hasta donde sabemos, tampoco llevó a la práctica.

Su obra más difundida fue el tratado que tituló *sociología*, tanto por el número de ediciones que tuvo entre 1940 y 1949, como por su función como libro de texto por el cual estudiaron muchos alumnos universitarios; en él quedó claramente reflejado su eclecticismo conceptual, tanto en la forma como en el

contenido del libro. Haremos un comentario general de los primeros tres capítulos: «La sociedad», «El hombre y la sociedad» y «Entidades sociales», de donde podremos extraer algunos elementos caracterizadores de su pensamiento sociológico.

En primer término, llama la atención su perspectiva psicologista, presente en todo el texto, unida a una concepción universalista del objeto de estudio de la sociología, que impide percibir lo que ciertamente de universal tiene la sociedad cubana; ello no es más que una muestra de la influencia de la sociología yanqui en los medios académicos habaneros. Afirmó que la sociedad «es la humanidad, el conjunto de todos los seres humanos que moran en el haz de la Tierra, anudando relaciones recíprocas [...] ha sido concebida, pues, como una especie de pueblo único, con existencia perdurable». ⁶⁰ Y agrega, después de referirse a algunos ejemplos de sistemas naturales (átomos, bosques): «Pero falta algo en esos cosmos o conjuntos anteriores: falta el elemento interpsicológico determinante de las relaciones recíprocas. Ese elemento interpsicológico lo encontramos en la sociedad». ⁶¹ En suma, «el mundo social está constituido por seres que deciden sus actos a virtud de las operaciones de su conciencia o espíritu», que es «el centro de toda referencia en las ciencias que denominamos humanas, sociales o culturales». ⁶²

El darwinismo social también está presente en la concepción de Agramonte. Tal postura organicista lo hace reconocer que las relaciones entre individuos diversos forman «el tejido de la sociedad», ⁶³ y lo conducen a un naturalismo que nos deja perplejos, por lo indefendible: «la sociedad es un hecho natural, no artificial. El hombre, por naturaleza, desea vivir en sociedad, es un animal social». ⁶⁴ De este modo obvia las particularidades del hecho social, solo concebible como entidad autónoma con respecto a la naturaleza.

La conclusión lógica de tales presupuestos es postular la existencia de una armonía funcional en la sociedad y negar, por lo tanto, la lucha de clases o cualquier otra manifestación contradictoria, disfuncional; perspectiva que vinculó a un voluntarismo ya entonces en entredicho. Así, afirmó que el hombre «a diferencia del animal, posee libertad o autonomía existencial, que consiste en que el espíritu sea el centro de su propia existencia, frente a los lazos y prisión de lo orgánico». ⁶⁵ Esta posición respondió a la ideología de la burguesía reformista cubana, en alza política en la década de los años 40, después de liquidar el proceso revolucionario surgido como oposición a la dictadura machadista, y dista mucho de la sostenida por otros contemporáneos suyos, como fueron los casos de Entralgo y Roa, de severa crítica a una sociedad donde la «autonomía existencial» era escandalosamente tronchada, mediante

el fraude electoral, la presión ideológica o, simplemente, la violencia física.

Este libro se destaca por una prosa estructurada de modo muy confuso y carente de estilo, con un uso excesivo de citas, de las cuales casi nunca especifica las fuentes, por lo cual sorprenden los elogios que le dedicaron incluso investigadores con prestigio internacional, como Fairchild y Medina Hechevarría, y que Agramonte tuvo el cuidado de imprimir en la página final. No obstante, sus deficiencias mayores van más allá de lo propiamente formal; sustentó un conjunto de concepciones que hoy resultan anticuadas y lejanas de la realidad social del país. Son, en fin, representativas de una clase social, cuyo proyecto político reformista fracasó después de suscitar grandes esperanzas.

Raúl Roa

Raúl Roa García (1907-1982) entró en la historia de Cuba, más que como sociólogo, por su temprana y constante labor política. Estuvo vinculado al movimiento revolucionario estudiantil en la Universidad de La Habana, enfrentándose al régimen machadista, por lo cual sufrió prisión entre 1931 y 1933; fue fundador del Directorio Estudiantil Universitario (1930) y del Ala Izquierda Estudiantil (1931), y tuvo que exiliarse en 1935. Desencantado de los resultados de la Revolución del 30, se distanció de la política, pero su posición revolucionaria y antimperialista, iniciada en la mitad de la década de los años 20, llegó a su culminación en su trabajo en favor de la Revolución socialista, de la que fue ministro de Relaciones Exteriores (1959-1976), miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (1965) y Vicepresidente de la Asamblea Nacional (1976).

Fue alumno ayudante en la cátedra de sociología (1928-1929) y profesor titular de Historia de las Doctrinas Sociales y de Filosofía Social en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, donde ocupó el cargo de Vicedecano y, después, de Decano; también trabajó como profesor de sociología en la Escuela Libre de La Habana (1939). Se doctoró en Derecho Civil y Público (1934), en la Universidad habanera; cursó estudios de posgrado en la Universidad de Columbia y en la New School for Social Research, de Nueva York; becado de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para estudiar los fundamentos y proyecciones económico-político-sociales del New Deal (1945-1946). Mucho más tarde, Raúl Gutiérrez y él fueron los únicos Doctores en Ciencias Sociológicas (1981), categoría académica honorífica conferida por el gobierno cubano por única vez en ese año.

Su obra literaria fue amplia. Sus artículos y ensayos, transidos de un lenguaje peculiar y cubanísimo, constituyen un testimonio de la Revolución del 30 y de los años posteriores a ella, así como un arma de combate por los intereses populares y contra el status quo. Sus escritos sociológicos más notables están vinculados al trabajo profesoral en la cátedra universitaria: *Panorama de la Historia de las doctrinas sociales* (1944), *Historia de las doctrinas sociales* (1949), *Problemas sociales* (1959).

Es precisamente del libro de texto *Historia de las doctrinas sociales* que haremos algunos comentarios; en específico, de los dos primeros capítulos: «El problema del método en las ciencias sociales» y «Génesis, carácter y objetivo de las doctrinas sociales».

La perspectiva teórica marxista de la que parte Roa para efectuar el análisis del pensamiento social puede constatar desde las primeras páginas, cuando afirma que «la existencia histórica de la sociedad, la realidad objetiva que es»,⁶⁶ representa el objeto de estudio de las ciencias sociales, las cuales

describen, explican, comparan y comprenden los vínculos concretos y los procesos efectivos que se derivan de la producción, circulación, consumo y distribución de bienes, de la regulación extrínseca de la conducta del hombre y de su comportamiento colectivo, de la organización de la sociedad en clases distintas, de las formas y fuentes del poder político, del progreso técnico, institucional y cultural, de la objetivación del pensamiento en usos y costumbres, en concepciones religiosas, en sistemas filosóficos, en obras de arte.⁶⁷

Aún más, al concebirlo «aisladamente, el individuo es una abstracción»,⁶⁸ una «robinsonada» que tanto Marx criticó, pues la sociedad «se caracteriza por ser vida entre y con otros, en efectiva interdependencia material y espiritual y dentro de un complejo concreto y cambiante de intereses, relaciones, formas, apetencias y valores».⁶⁹

La comprensión de lo social parte así de un concepto del hombre más complejo que el psicologista de la obra de Agramonte, y reconoce «la doble dimensión en que se expresa y concreta la vida del hombre» que es «parejamente, acontecer orgánico y acontecer social»,⁷⁰ lo cual es característico de la duplicidad existencial del ser humano, que «no es un ente aparte de la naturaleza, aunque lo parezca, ni tampoco pura naturaleza. [...] La dualidad en que se expresa y concreta su existencia no niega ni contradice la unidad sustantiva que es».⁷¹

Para completar el concepto de sociedad, Roa expuso también algunos criterios sobre el papel desempeñado en ella por las clases sociales, luego de reconocer su condicionamiento material:

La clase social se diferencia de la profesión, del estamento y de la casta, por ser, primordialmente, una relación

económica; aparece como una subdivisión de una formación social más vasta que la engloba y genera. No está fundada ni sobre la religión, ni sobre la sangre, ni sobre el honor. Es un complejo objetivo-subjetivo que surge de vínculos de carácter material.⁷²

Abundando más sobre esto, agrega:

La posición que cada una de estas clases ocupa en el proceso de producción y distribución de los bienes y valores condiciona sus intereses propios y diferenciales [...] es una interdependencia pugnaz, tensa como el arco de una flecha a punto de disparar. Conviven en un equilibrio inestable.⁷³

Roa, además, expone el aporte de Carlos Marx a esta conceptualización revolucionaria, al afirmar que su mérito «consiste en haber concebido las clases sociales como producto de las condiciones materiales de existencia, y haber postulado su desaparición histórica a través de una dictadura transicional del proletariado».⁷⁴

Esa forma de ver las cosas le permitió sustentar una crítica al positivismo organicista en sociología, el cual trató, desacertadamente, de aplicar por analogía, los logros y el método de las ciencias de la naturaleza al estudio de la sociedad humana. Al respecto, Roa consideraba que la «confusión creada, como consecuencia del predominio del método naturalista en un ámbito gnoseológico que trascendía su sistema conceptual, se tradujo en una crisis profunda en el pensamiento sociológico».⁷⁵

La solución de tal contradicción él la encontraba en el reconocimiento de un método propio para las ciencias del hombre, al considerarlas también como un objeto propio muy peculiar. Ese método científico en las ciencias sociales «se caracteriza, en razón de la textura de su objeto, por ser un método histórico».⁷⁶ Pero no uno cualquiera, sino uno que posee, además, la característica de ser dialéctico, pues

[cada] hecho o fenómeno social tiene un momento determinado de nacimiento y se da en una circunstancia concreta [...] Nada es inmutable en este mundo. Todo está en él [...] haciéndose y deshaciéndose, integrándose y desintegrándose, afirmándose y negándose. El ser y el devenir constituyen así fases recíprocamente condicionadas de un mismo proceso real y temporal, en el que todo fluye del pasado y va hacia el futuro, en el que todo es sustantiva y estructuralmente histórico.⁷⁷

Ello no niega la incidencia de la naturaleza sobre los sistemas sociales y su constante interacción.

Para realizar las investigaciones sociológicas concretas, Roa comprendió la necesidad de guardar un correcto equilibrio entre los aspectos metódicos y conceptuales en el trabajo sociológico. De ahí que expresara «nada más perjudicial que este empirismo a secas. El proceso de búsqueda y acarreo debe estar presidido por un criterio directriz, que ponga orden, claridad y sentido en los datos y en los hechos obtenidos. Este papel corresponde a la teoría».⁷⁸

Puede afirmarse el carácter comprometido de esta sociología, dirigida, más que a estudios académicos o empíricos, a la práctica de la política dentro de una u otra tendencias, pero generalmente desde posiciones progresistas o francamente revolucionarias, con la perspectiva teórica de un espontáneo historicismo.

Como puede deducirse del análisis de esos párrafos —entresacados de un libro en el cual cita y comenta con frecuencia a Comte, Mannheim, Tönnies, entre otros destacados sociólogos burgueses—, Roa, mantenía una postura claramente marxista —sin hacer gala de ello ni utilizar la fraseología dogmática al uso— desde una posición académica, pues no militaba en el Partido Comunista. Es visible aquí una prosa elegante y precisa, apropiada a su objetivo como texto docente, un tanto distinta a la que empleó en la tribuna o en el artículo de corte polémico.

Balance de la sociología prerrevolucionaria

Es bien conocido que la sociología no surgió como ciencia revolucionaria. Ella se manifestó en la cultura burguesa bastante después de consolidarse el poder político de la clase que le dio origen; por eso Comte la concibió como herramienta científica para el perfeccionamiento de la sociedad capitalista y, aunque preconizaba su estudio global —idea retomada más tarde por Weber—, fue imponiéndose en la práctica profesional el estudio fragmentario, por áreas específicas de problemas, como vía idónea para no cuestionar de conjunto la formación socioeconómica originaria y hacerla más aprehensible en el plano empírico, y así mejorarla parcialmente mediante oportunos reajustes funcionales. El objetivo principal era, en definitiva, lograr una mayor estabilidad y eficiencia del sistema, considerado por principio como el más natural y perfecto.

Pero ella llevaba en sí el germen de su propia negación, como ciencia burguesa, como resultado de la relación dialéctica entre lo global y lo particular en la problemática objeto de estudio. Esa realidad implica aceptar la existencia de problemas macrosociológicos, destinados al trabajo de la llamada sociología general, y problemas microsociológicos, tratados por las sociologías especiales, surgidas paulatinamente al calor de las demandas sociales más exclusivas, y muchas de ellas todavía en niveles de evolución muy incompletos.

Aun así, la sociología tiene como virtud y desgracia el ser una ciencia más general en sus contenidos y

extrema en su posible utilidad: o su practicidad es menos evidente, o permite su aplicación transformadora para cuestionar un sistema social en bloque. Siempre que se desea poner en crisis una problemática social específica, la vía más segura es replantearla en sus términos más generales (valga decir, sociológicos). Por eso, la sociología ha sido, en muchas ocasiones, una ciencia para la crítica objetiva, y la clase dominante busca dos tipos de salida en relación con ella: la asimila a su aparato conceptual o, simplemente, la suprime o ignora. Decidirse por la primera alternativa implica que hay que tener algo con qué hacerlo en los planos ideológico y científico.

La burguesía dependiente criolla, emasculada por su servilismo al capital yanqui, no pudo encontrar en la obra de Agramonte y sus congéneres material suficiente para incorporar la sociología en un sistema categorial y mucho menos crear una escuela cubana en esta disciplina. La segunda opción es mucho más fácil de instrumentar, pero puede ser, a la larga, más peligrosa y contraproducente, pues no es más que una variante de la conocida política del avestruz que, al generalizarla a otros planos de la vida social, la llevó a su suicidio como clase.

En resumen, la sociología es una ciencia que puede servir para demostrar convincentemente que el rey va desnudo; de ahí su función ideológica y partidista tan marcada, contraria a cualquier neutralidad axiológica.

El concepto de transculturación y sus implicaciones para entender la convivencia social en un sentido igualitario, por ejemplo, debió exasperar a la burguesía cubana que prefería la teoría de Sánchez de Fuentes (1874-1944) sobre el origen indígena de nuestra música popular, defendida aún en los años 40 del siglo xx, antes de aceptar el papel determinante del negro en este campo. Como resultado de ese estado de la conciencia social, Fernando Ortiz debió enfrentar, en primer término, la incompreensión de los negros. Al respecto decía: «No gustaba que yo publicara esos temas, pero no se me combatía en concreto. "¿Qué se traerá este blanquito?", oí yo decir más de una vez a mis espaldas»;⁷⁹ pero a continuación señalaba que la crítica más acerba provenía de la clase burguesa:

Un liberal dijo: «¡Este doctor es un vivo que quiere halagar a los negros para que le den los votos!». Un conservador, mulato pasado por más señas añadió: «¡Este liberal está haciendo un grave daño a Cuba, despertando las cosas de la esclavitud!». No faltó señorona encopetada diciendo que yo solía correrme a los bembés atraído por las hijas de la Virgen de Regla más que por los cultos a la Madre del Agua.⁸⁰

En fin, la sociología puede ser una ciencia cuestionadora por excelencia, pues tiene que ser crítica en lo grande, porque no le es fácil ser práctica en lo pequeño. Por eso nunca interesó a la clase dominante en casi sesenta años de República burguesa: ¿Para qué develar científicamente los errores y horrores cotidianos?, los cuales afortunadamente, sí eran percibidos por la conciencia popular.

Es así que heredamos del período prerrevolucionario una sociología raquítica, con algunas contribuciones notables, en especial de Varona y Ortiz, dentro de la cual hubo muy pocos aportes desde una perspectiva marxista.

No obstante, en sentido general puede afirmarse que, antes de 1960, ya existían dos problemáticas de estudio bien explicitadas en la sociología, a saber: la definición conceptual de los elementos característicos de la formación socioeconómica cubana, o sea, la indagación y el encuentro con la cultura nacional mestiza, que ya habíamos reconquistado mediante la lucha revolucionaria en las guerras contra el colonialismo español, estableciendo una sociología de la cultura, investigando nuestras relaciones internas como sociedad autónoma y mediante la búsqueda de la identidad nacional; y, en segundo término, la vinculación de la sociedad cubana con el imperialismo yanqui, surgida como nueva potencia dominadora a fines del siglo XIX y que conformó, según sus intereses estratégicos, la República burguesa semicolonial, valorada a través de una sociología política que atendió los aspectos de las relaciones socioeconómicas con los Estados Unidos y el resto del mundo. De ahí que puede afirmarse el carácter comprometido de esta sociología, dirigida, más que a estudios académicos o empíricos, a la práctica de la política dentro de una u otra tendencias, pero generalmente desde posiciones progresistas o francamente revolucionarias, con la perspectiva teórica de un espontáneo historicismo, lo que la coloca, en mayor o menor grado, como un instrumento de apoyo a la lucha de las vanguardias políticas del pueblo cubano.

Notas

1. Una síntesis del desarrollo de la sociología en Cuba hasta comienzos de la década de 1950, interpretada desde el punto de vista de Roberto Agramonte, puede consultarse en Carlos Echanove Trujillo, *La sociología en Hispanoamérica*, Imprenta Universitaria, La Habana, 1953.

2. Carlos Echanove, ob. cit., p. 88.
3. *Ibidem*.
4. Medardo Vitier, *Las ideas y la filosofía en Cuba*, Editorial de Ciencias sociales, La Habana, 1970, p. 472.
5. *Ibidem*, p. 477.
6. Juan Pérez de la Riva, *Los demógrafos de la dependencia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 13.
7. Los criterios aquí expuestos sobre la periodización generacional fueron tomados de José Antonio Portuondo, *La Historia y las generaciones*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
8. Medardo Vitier, ob. cit., p. 239.
9. *Ibidem*, p. 238.
10. *Ibidem*, p. 240.
11. *Ibidem*, p. 472.
12. *Ibidem*, p. 238.
13. *Ibidem*, p. 422.
14. Una exposición resumida de este proyecto y las discusiones al respecto puede consultarse en Manuel Rivero de la Calle, comp., *Actas de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1966, pp. 42, 45-47, 54, 60-61, 70, 79, 175, 176, 181. El cuestionario propuesto por Varona y algunos otros datos interesantes sobre los resultados de la encuesta se encuentran en *Boletín de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, t. 1, 1879, pp. 110 y ss.
15. Manuel Rivero de la Calle, ob. cit., p. 45.
16. *Ibidem*.
17. Enrique J. Varona, «El bandolerismo. Reacción necesaria», en José A. Fernández de Castro, comp., *Varona*, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F., 1943, p. 69.
18. *Ibidem*.
19. *Ibidem*, p. 80.
20. Enrique J. Varona, «El imperialismo a la luz de la sociología», en Salvador Bueno, comp., *Los mejores ensayistas cubanos*, Segundo Festival del Libro Cubano, Imprenta Torres Aguirre, S.A., Lima, 1960, p. 13.
21. *Ibidem*.
22. *Ibidem*, p. 13-14.
23. *Ibidem*, p. 14.
24. *Ibidem*.
25. *Ibidem*, p. 22.
26. *Ibidem*, p. 17.
27. *Ibidem*, p. 21.
28. Carlos Echanove, ob. cit., p. 89.
29. Mariano Rodríguez Solveira, Prólogo a la segunda edición de Fernando Ortiz, *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 12.
30. Julio Le Riverend, «Ortiz y sus contrapunteos», en Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, p. XIX..

Rolando Zamora

31. De acuerdo con los propósitos expositivos de este texto, solo comentaremos el concepto de transculturación de forma extractada; un estudio detallado sobre el tema puede verse en Diana Iznaga, *Transculturación* en Fernando Ortiz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
32. Bronislaw Malinowsky, «Introducción», en Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. XXXI.
33. *Ibidem*, p. XXXII.
34. *Ibidem*.
35. *Ibidem*, p. XXXII-XXXIII.
36. *Ibidem*, p. XXXIV.
37. *Ibidem*, p. XXXVI.
38. Julio Le Riverend, ob. cit., p. XXIII.
39. *Ibidem*, p. XIV.
40. Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. 86.
41. *Ibidem*.
42. *Ibidem*, p. 90.
43. *Ibidem*.
44. Carlos Echanove, ob. cit., p. 91.
45. Félix Lizaso, «Palabras iniciales», en Elías Entralgo, *Algunas facetas de Varona*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1965, p. 216.
46. *Ibidem*, p. 217.
47. *Ibidem*.
48. Elías Entralgo, *Lecturas y estudios*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1962, p. 187.
49. *Ibidem*, p. 186.
50. Félix Lizaso, ob. cit., p. 216.
51. Elías Entralgo, ob. cit., p. 119.
52. *Ibidem*.
53. *Ibidem*.
54. *Ibidem*, p. 120.
55. *Ibidem*, p. 123.
56. *Ibidem*, p. 137.
57. Elías Entralgo, *Sociología cubana*, ejemplar mimeografiado, La Habana, s/f, p. 1.
58. *Ibidem*, p. 3.
59. Carlos Echanove, ob. cit., p. 93.
60. Roberto Agramonte, *Sociología*, t. 1, sexta edición, Publicaciones Cultural S.A., La Habana, 1949, p. 3.
61. *Ibidem*, pp. 3-4.
62. *Ibidem*, p. 10.
63. *Ibidem*, p. 5.
64. *Ibidem*, p. 33.
65. *Ibidem*, p. 24.
66. Raúl Roa, *Historia de las doctrinas sociales*, t. 1, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1949, p. 3.
67. *Ibidem*, p. 4.
68. *Ibidem*, p. 3.
69. *Ibidem*, p. 11.
70. *Ibidem*, p. 2.
71. *Ibidem*, p. 6.
72. *Ibidem*, p. 16.
73. *Ibidem*, p. 17.
74. *Ibidem*, p. 16.
75. *Ibidem*, p. 4.
76. *Ibidem*, p. 6.
77. *Ibidem*, p. 7.
78. *Ibidem*, pp. 8-9.
79. Fernando Ortiz, *Contrapunteo...*, ob. cit., p. 183.
80. Fernando Ortiz, «Por la integración cubana de blancos y negros», *Órbita de Fernando Ortiz*, UNEAC, La Habana, 1973, pp. 183-4.

© **TEMAS**, 2001.

La Habana republicana: seis décadas de desarrollo urbano en la capital de Cuba

Eduardo Luis Rodríguez

Arquitecto e historiador. Revista Arquitectura Cuba.

Cuando el primero de enero de 1899 el General español Adolfo Jiménez Castellanos cedía su puesto al frente de Cuba al Mayor General John R. Brooke, no solo estaba traspasando el mando de la Isla a los Estados Unidos, sino que también estaba adelantando en un año el arribo al país del nuevo siglo, equiparado simbólicamente con la llegada definitiva de una modernidad renovada. Así quedaba sellada la tendencia a tratar de ir delante de los tiempos, que marcaría las próximas décadas del acontecer nacional, en un esfuerzo ilusorio, pero reconfortante, por tratar de olvidar el pasado y borrar el atraso que significaban cuatro siglos de dominación colonial. No solo los cubanos eran conscientes de esto, sino también los norteamericanos, quienes desempeñaron a cabalidad su papel renovador al introducir en el país cuanto adelanto científico y técnico fue posible.¹ De ese modo, se consolidaba una influencia iniciada años atrás, que se desarrollaría en el futuro hasta llegar a ser un componente esencial en la historia nacional.

Si bien durante el siglo XIX se habían producido considerables mejoras, estas no eran suficientes para considerar como buena la situación de la Isla,

particularmente después de una guerra en la que ambas partes habían sufrido un considerable desgaste: la agricultura se había deteriorado, la economía se encontraba estancada y las necesidades mínimas generales de la mayoría de la población estaban insatisfechas. El gobierno español había promovido desde los años 20 de ese siglo, la inmigración extranjera, ya de por sí considerable, a la que se había unido la intensa corriente migratoria del campo a la ciudad, más los campesinos que habían permanecido en esta luego de la reconcentración ordenada por Valeriano Weyler.² Esta gran cantidad de nuevos residentes en las ciudades —y en particular en La Habana— agudizaba la precaria situación en todo sentido, pero también constituía una considerable mano de obra, lista para emprender la reconstrucción.

Pocos meses después de que el General Leonard Wood asumiera el gobierno del país en sustitución de Brooke, ya se habían consolidado los profundos cambios estructurales y organizativos que permitirían poner en marcha la renovación económica y física por tanto tiempo esperada. El énfasis inicial fue puesto en los servicios de salud y educación, por lo que se

construyeron nuevos hospitales y escuelas, y otros se renovaron. El gobierno norteamericano —igual que antes el español— abrió las puertas a la inmigración, así como al establecimiento de gran cantidad de inversionistas extranjeros, en especial a la banca estadounidense, que permitió el financiamiento de muchos negocios, y a las compañías constructoras, que desempeñaron un papel esencial en la reconstrucción y en la introducción de nuevas tecnologías de avanzada.

Además del acondicionamiento de las redes técnicas y viales, desde el primer momento la construcción de la Avenida del Golfo o Malecón fue considerada como algo imprescindible no solo desde el punto de vista funcional, sino para lograr un cambio de imagen en la ciudad.³ Esto había sido percibido desde el siglo anterior por los gobernantes españoles, quienes encargaron al ingeniero militar Francisco de Albear un proyecto de paseo cuyas complejidades constructivas y alto costo sentenciaron su destino al olvido. El pragmatismo norteamericano lograría lo que no hizo la sensible creatividad de Albear. El proyecto de Malecón, realizado por los ingenieros Mead y Whitney, era poco más que una obra de ingeniería —compleja estructural y constructivamente—, pero de diseño muy simple, del que incluso se eliminaron durante la ejecución las únicas concesiones estéticas que hacían: unas luminarias de cierto sabor colonial colocadas sobre el muro y una franja continua de arbolado en la acera opuesta. Sin ellas, el proyecto quedó reducido a un muro de contención en perenne batalla contra la tierra, no contra el mar: este demostró tempranamente su capacidad para desbordarlo con periodicidad e intensidad alarmantes. Sin embargo, la riqueza paisajística del lugar es tal, que rápidamente se convirtió en la fachada por excelencia de la ciudad, en su valor visual más ponderado.

Las obras se realizaron solamente en unos pocos cientos de metros en dirección oeste y a partir del Castillo de la Punta, en cuya explanada se construyó una glorieta diseñada por Charles B. Brun, arquitecto de origen francés radicado en Nueva York, quien poco después construiría otras importantes obras en Cuba. Esta glorieta, de clásica apariencia, albergaba a las bandas musicales en sus retretas vespertinas y marcaba simultáneamente el comienzo —o el fin— del Malecón y del Paseo del Prado, también mejorado como parte del plan de obras del gobierno interventor. El Malecón quedaría así definido en su tramo inicial y preparado para las sucesivas ampliaciones —todas siguiendo el diseño original— que llevarían a cabo los gobiernos siguientes hasta alcanzar el límite del río Almendares, con hitos significativos en esta trayectoria, tales como el monumento a Antonio Maceo, héroe de las guerras de independencia, emplazado en 1916 en el parque del

mismo nombre, según diseño del italiano Doménico Boni. Años después fueron demolidas tanto la glorieta al inicio del recorrido como la pérgola del parque, proyectada por Francisco Centurión, las cuales eran componentes de importancia en el sistema monumental y de cualificación urbana desarrollado en estas décadas, y cuya culminación —tardía cronológicamente, pero adecuada conceptualmente— fue el monumento al general y presidente de la República José Miguel Gómez —realizado por otro italiano, Giovanni Nicolini—, una especie de reducción a escala caribeña del monumento italiano a Víctor Emanuel II. Los trazados de la calle G o Avenida de los Presidentes, donde se emplazó, y de la cercana Paseo o Avenida de los Alcaldes, databan del siglo anterior, cuando se urbanizó El Vedado, pero no fue hasta comienzos de los años 20 del siglo pasado, que se acondicionaron con pavimento, jardinería y algunas estatuas de personajes de la historia y la política cubanas.⁴

El mejoramiento del Prado se completó con una serie de espléndidas residencias resultado, en la mayoría de los casos, de remodelaciones de casas coloniales cuya discreción neoclásica se sustituyó con la profusión decorativa de moda, sobre todo en las fachadas, ampliadas en altura y con nuevos portales. Estos se convirtieron en un tema favorito por aquellos años, aunque su presencia era recomendada desde la promulgación de las Ordenanzas de la Construcción en 1861. El ímpetu constructivo del momento fue propicio para insistir en la conveniencia del uso público de los portales, y a tal fin el Ayuntamiento dictó una resolución en 1899 para ceder gratuitamente a los propietarios de casas en el Prado el terreno necesario para avanzar con portales, con la condición de que estos fueran para la circulación pública. Asimismo, en 1907 se acordó indemnizar a los propietarios obligados a construir portales en determinadas vías. Tal decisión se tomó a partir de las conclusiones de la comisión que analizó el asunto, y sentenció:

La Comisión entiende que puede admitirse en autoridad de cosa juzgada la conveniencia pública de los portales o soportales en estos climas, destinados como están a albergar al transeúnte de los rigores del sol de los trópicos y de la inclemencia de nuestras lluvias de régimen torrencial. Los beneficios que al procomún prestan los portales se estiman tan evidentes que la Comisión no titubea al recomendar su adopción en toda la latitud que pueda dárseles dentro de las leyes de la estética y buena urbanización y sujetándolos a los planos que para el ornato y mejora de la ciudad apruebe el Ayuntamiento.⁵

Resoluciones como esta fueron el origen de la proliferación casi al infinito de columnas, en cantidad tal que motivó la caracterización de La Habana como «la ciudad de las columnas», hecha por el novelista Alejo Carpentier en su ensayo del mismo nombre. Tal certeza

denominativa no se cumplía, sin embargo, con la exagerada afirmación de que se podía avanzar por kilómetros bajo techo: desde el momento de la terminación de los primeros portales comenzó la batalla entre el dominio público y el privado, y muchos de los espacios originalmente destinados al tránsito colectivo se convirtieron en cotos familiares.

El impacto urbano de las nuevas construcciones en las tres primeras décadas del siglo xx fue muy fuerte en las zonas tradicionales. Si antes eran las torres de las iglesias las que sobresalían del entramado colonial, ahora se comenzaban a producir interesantes superposiciones de lenguajes estilísticos, e incluso hubo zonas que adquirieron una identidad que, en alguna medida, oponía una nueva monumentalidad al sencillo ambiente urbano colonial, de proporciones más humanas. El área del Ring de La Habana, anteriormente ocupada por las murallas y urbanizada como reparto a partir de 1865, asimiló sin dificultades intervenciones para las que estaba preparada, pero en algunas calles las nuevas presencias edilicias fueron más impuestas que deseadas, aunque el resultado final añadiera siempre un nuevo interés a la ya de por sí rica espacialidad habanera. Otras intervenciones mucho menos ambiciosas produjeron ambientes urbanos muy atractivos a nivel comunitario, como el conjunto de viviendas para obreros financiados por Pedro Gómez Mena, de indudable sabor andaluz y acogedora escala, proyectado por Roberto Agüero y construido en 1926.

Este conjunto, compuesto por varias tiras continuas de viviendas de dos plantas, se encuentra entre las calles Desagüe, Plasencia, Retiro y Peñalver, en Centro Habana. En general, la vivienda obrera no fue preocupación principal de ningún gobierno republicano. Solamente tres experiencias de mayor significación y resultados parcialmente valiosos fueron ejecutados: el barrio obrero de Pogolotti, realizado por el gobierno de José Miguel Gómez entre 1910 y 1912; la urbanización Lutgardita, promovida por Gerardo Machado y construida en 1929 según diseño de Govantes y Cabarrocas; y el Barrio Obrero de Luyanó, incluido en el Plan de Obras de Ramón Grau San Martín y ejecutado hacia 1948 por la Secretaría de Obras Públicas.

La progresiva recuperación económica, el sostenido crecimiento demográfico, la mejoría del transporte con la introducción del automóvil en 1898 y del tranvía eléctrico en 1901, así como la relativa seguridad que poseían las inversiones en bienes raíces, motivó la proliferación de nuevos repartos hacia el sur y el este de la ciudad en forma totalmente anárquica, dada la ausencia de un plan maestro de crecimiento urbano y los desmedidos intereses especulativos. La depauperación social y ambiental del Cerro motivaron

el ascenso de El Vedado en la preferencia de los nuevos ricos, y se inició en él un proceso de compactación y cambio de imagen que culminaría en los años 20. La ciudad, confinada en su desarrollo norte entre la bahía y el río Almendares, comenzó a necesitar expandirse más allá de sus límites naturales.

Desde la primera década del siglo xx se habían iniciado estudios para facilitar el acceso —y por consiguiente, la urbanización— de los extensos terrenos ubicados al este, al otro lado de la bahía. Propuestas como las de los ingenieros Diego Lombillo Clark y Leopoldo Freyre de Andrade fueron frenadas por las dificultades técnicas que implicaba tal empresa. Más racional y fácil resultaba superar cómodamente el río Almendares y continuar la tendencia de crecimiento hacia el oeste que había caracterizado desde siempre la expansión de la ciudad. En esa zona, al otro lado del río, se produjeron las tres experiencias urbanísticas más interesantes y novedosas del momento: los repartos Miramar, Country Club Park y La Playa.

Miramar fue el primero de ellos, y ganó poco a poco el favor de muchos de los que contaban con capital suficiente para comprar un solar en esa privilegiada zona, inmediata al río y al litoral, cercana a la ciudad, pero a la vez segregada de ella y de sus problemas. La urbanización fue promovida, entre otros, por Ramón González de Mendoza y José Luis Rodríguez, y en su concepción participó el importante arquitecto Leonardo Morales, poco después de terminar sus estudios en la Universidad de Columbia. Su prolongada estancia en Nueva York quizás explique la evidente referencia del trazado de las calles de Miramar al de Manhattan, con sus manzanas rectangulares. Incluso la forma alargada del terreno colindante con el mar y el río y terminado en un apéndice —la Puntilla—, recuerda, con enorme diferencia de escala, a la famosa isla neoyorquina. El reparto, aprobado en 1911, pero cuyo auge comenzó hacia 1918, se compone de una retícula rectangular uniforme de cuatro avenidas longitudinales y 19 calles transversales, todas arboladas, enmarcando 54 manzanas de aproximadamente 200 por 100 metros. Una de las avenidas, la Quinta, está entre las más hermosas de la ciudad. En su proyección y mobiliario urbano participó también el afamado arquitecto norteamericano John H. Duncan —autor de la tumba del general Grant, entre otras relevantes obras—, quien colaboró con Morales en algunos proyectos. A pesar de la considerable calidad ambiental del reparto, en él se cometió un grave error urbanístico de consecuencias muy negativas para La Habana. Con posterioridad a su desarrollo inicial, en sus promotores primó el afán especulativo y de lucro, por encima de una concepción unitaria de la ciudad que hubiera permitido la continuación del Malecón hacia el oeste,

para otorgarle así a la zona la cualificación excepcional de poseer un extraordinario balcón marítimo. Pero se prefirió parcelar y vender también los terrenos adyacentes al mar, de modo que este es hoy apreciable solo de manera intermitente.

La novedad del Country Club Park, por su parte, consistió en ser el reparto que introdujo en Cuba la configuración en retícula irregular sinuosa influida por la ciudad-jardín de Ebenezer Howard, de cuyas teorías se extrapolaron nociones que condujeron a un aspecto campestre o rural, con predominio de la vegetación sobre lo construido. Otros elementos claves de la concepción de Howard, como el carácter autosustentable de sus comunidades, fueron obviados con toda lógica, puesto que el reparto fue concebido para los sectores de mayor poder económico de la sociedad, como lo reafirman las generosas dimensiones de las supermanzanas (algunas llegan a tener 400 por 200 metros) y de las parcelas, de 2 500 m² como promedio. La calidad ambiental del lugar es excepcional, pero no compensa cierto sentido de desorden y desorientación inherente a este tipo de configuración pintoresquista, que también debe mucho a la obra de Frederick Law Olmsted y, en menor medida, a la de John Nolen. La urbanización, de 21 manzanas y 543 parcelas, fue diseñada en 1914 por el arquitecto paisajista norteamericano Sheffield A. Arnold, de Boston, y el financiamiento provino de la Havana Country Club Park Investment Company, uno de cuyos principales accionistas era Frederick Snare, presidente de la Snare & Triest Construction Company. Además de la inusual amplitud y de la extraordinaria profusión de árboles y jardines, el reparto se beneficia de la inclusión de un lago cuyas riberas eran de acceso comunitario, concebidas como parque. Otra área para este fin se proveía en las cercanías, donde también se hallaban los campos de golf del Country Club of Havana. Estos elementos hicieron de esta la urbanización más exclusiva de la ciudad, en la que se construyó la mayoría de las mansiones más lujosas del país.⁶ La presencia de otras funciones, además de la residencial, hubiera aportado mayor riqueza compositiva al Country Club Park, a costa de sacrificar algo de la privacidad y el elitismo que lo distinguen.

Con un sentido más integrador fue concebido el reparto llamado Parque de Diversiones y Residencias de la Playa de Marianao, aprobado en 1916. La intención de sus promotores, los abogados Carlos Miguel de Céspedes y José Manuel Cortina, fue la de crear una especie de resort que compitiera con los más famosos del mundo, y en la prensa de entonces abundan las alusiones en este sentido a Niza, San Sebastián, Mónaco o Newport. Los ingenieros Santiago Rodríguez y Eduardo Prats concibieron una

estructuración similar a la del Country Club, pero en menor escala y menos sinuosa. La gran avenida Habana, continuación de la Quinta Avenida de Miramar, seccionaba en dos el área de la urbanización. Hacia el norte y colindando con el mar, una ensenada y un pequeño lago, se emplazaba una extensa zona recreativa con parques de diversiones, áreas verdes, glorietas, balnearios, un funicular, un teatro y dos hoteles, el mayor de ellos proyectado por el norteamericano Robert Oldrine. Al otro lado de la avenida se ubicaba la zona de grandes residencias concebidas solo para veraneo, lo que contradice la inclusión en el sector de una escuela. También se reservaba un área para una iglesia y otra para un casino. Elementos de importancia eran, además, un hipódromo y el proyectado, pero aún no construido, edificio del Havana Yacht Club. Todos los edificios que se fueran a construir en el lugar debían ser aprobados por una comisión técnica encargada de garantizar la calidad y coherencia entre sí de los proyectos.

A pesar de tal interés y de la, a veces, excesiva propaganda realizada, el proyecto fue un fracaso total. La alta burguesía prefirió invertir en residencias particulares en el Country Club Park, en lugar de hacerlo en la insegura y todavía incipiente industria del turismo, sometida a las irregularidades de la moda. La crisis económica nacional de 1920 y 1921 eliminó cualquier esperanza de éxito que aún tuvieran los promotores del reparto. Solamente se ejecutó, casi en su totalidad, el sistema vial, y entre 1919 y 1920 se construyeron el casino y algunas pocas residencias-modelo, obras diseñadas por el arquitecto mexicano Rafael Goyeneche, jefe técnico de esta aventura urbana, quien luego de estudiar en Bélgica introdujo aquí, en estas y otras construcciones, abundantes evocaciones europeas.

El arquitecto francés Georges Turck, contratado para realizar el proyecto paisajístico general y los interiores de las edificaciones, no tuvo oportunidad de comenzar su labor. En cambio, otro francés contratado años más tarde por el propio Carlos Miguel de Céspedes —ahora Secretario de Obras Públicas del gobierno de Gerardo Machado—, desarrolló una intensa actividad proyectual, aunque no vio construido casi ninguno de sus diseños. En sus tres prolongadas estancias en La Habana entre diciembre de 1925 y marzo de 1930, Jean Claude Nicolas Forestier realizó aproximadamente treinta anteproyectos, todos dentro de una concepción a lo Haussmann, que pretendía el afrancesamiento monumental de la ciudad, que se iba ya convirtiendo en la capital más importante del Caribe. La importancia de Forestier en Cuba ha sido muy exagerada en los últimos años, en consonancia con el redescubrimiento y reconocimiento internacional de su figura, hecho que ha minimizado la apreciación de lo traumáticas que hubieran resultado algunas

intervenciones propuestas por él, principalmente la apertura de una red de grandes bulevares rectilíneos superimpuesta en el tejido de la ciudad, incluida la ampliación de la calle Teniente Rey, en el centro histórico. Pero aún más inapropiada resulta la concepción general de su propuesta de un Sistema de Avenidas y Parques que, si bien dotaría a La Habana de abundantes áreas verdes y eficientes avenidas, lo hacía con una rigidez y frialdad que hubieran afectado para siempre la identidad tropical de la ciudad. No obstante, sus propuestas se correspondían con las teorías y el gusto del momento, e incluso varios autores cubanos (Ramón Meza, Raúl Otero, Enrique J. Montouliou y Pedro Martínez Inclán, entre otros), habían realizado planes directores de similar intencionalidad, aunque de menores proporciones. La elección de Forestier en detrimento de estos profesionales para ejecutar el importante plan concebido por el Secretario de Obras Públicas, a fin de dar a la ciudad una imagen de gran capital —europea, no latinoamericana—, encuentra su explicación en el razonamiento, de lógica implacable, de que siempre es preferible tener un original en lugar de una copia.

Carlos Miguel de Céspedes, «el dinámico», «el Haussmann cubano», fracasó en esta ocasión como en la anterior. La mayoría de los proyectos de Forestier requerían un largo proceso de adecuación y terminación hasta su fase ejecutiva. Solo unos pocos, entre ellos la Avenida de las Misiones y la remodelación del Paseo del Prado, fueron construidos. La crisis económica internacional de 1929 puso fin a los sueños megalómanos de Machado y de Céspedes, y al año siguiente se dictó una ley derogando la de 1925, que establecía la ejecución del ambicioso Plan de Obras Públicas y del Plan de Ensanche y Embellecimiento que motivó la contratación de Forestier.⁷ Los críticos años posteriores a esta experiencia implantarían concepciones más racionales y más adecuadas a la realidad nacional.

Aunque en estas décadas continúa la temprana tendencia hacia la construcción de edificios de oficinas y bancos, son los hoteles (Sevilla y Nacional), los clubes sociales (Havana Yacht Club y Vedado Tennis Club), los palacios de las sociedades regionales españolas (Centro Gallego y Centro Asturiano), y las sedes gubernamentales (la Cámara de Representantes y el Palacio Presidencial), los que definen tempranamente las principales tendencias tipológicas. Entre tanto edificio notable por su diseño y su fuerte incidencia urbana, sobresale, sin duda alguna, el Capitolio Nacional, una de las obras más importantes construidas en Cuba en cualquier época. Con frecuencia menospreciado por críticos radicales que aducen un excesivo parecido con el de Washington, es en realidad una excelente obra que sigue una pauta tipológica trazada con anterioridad;

algo muy normal en la práctica arquitectónica de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, período en el que se construyeron los capitolios de muchos estados norteamericanos y varios en América Latina, y salvo pocas excepciones, todos asimilaron en mayor o menor medida la influencia del de Washington.

Las obras del Capitolio Nacional fueron ejecutadas entre 1926 y 1929 por la firma Purdy & Henderson, según un diseño arquitectónico derivado de las diversas propuestas de varios arquitectos, entre ellos, Félix Cabarrocas y Mario Románach (padre), Govantes y Cabarrocas, y Raúl Otero. La imagen final es sumamente monumental y bien proporcionada. La fachada principal, de piedra de capellanía, se extiende por más de 200 metros hasta culminar, a ambos extremos, en los hemiciclos dedicados al Senado y la Cámara de Representantes. Resulta extraordinario el pórtico de entrada con sus enormes columnas jónicas y las elegantes logias que, emplazadas a cada lado, reinterpretan con una nueva dimensión los tradicionales portales de la ciudad. La cúpula, de casi 92 metros de altura, se remata con una linterna en forma de diminuto templo, del cual se proyectaban por las noches cinco rayos de luz en representación de las cinco puntas de la estrella de la bandera cubana. En el interior resulta particularmente extraordinario el Salón de los Pasos Perdidos que, con su techo casetonado y sus pisos de mármoles de variados colores, se desarrolla a ambos lados de la rotonda central que funciona como vestíbulo, y en la que se emplazó un diamante para señalar el inicio de la carretera central. Una vez terminado, el Capitolio habanero fue calificado por la prensa, no exenta de cierto fervor nacionalista, como uno de los edificios más bellos del mundo.

En términos de arquitectura, las obras de carácter público construidas en gran cantidad entre 1900 y 1930 cambiaron para siempre, con su jerarquía puntual y su presencia monumental, el aspecto de La Habana. Fueron estos los años en los que se cubrió de capiteles y cornisas, guirnaldas y florones, cúpulas y balaustradas, entre otros elementos cuya dócil aceptación y extensión sin precedentes confirman el carácter ecléctico de la ciudad sobre su tantas veces pretendido barroquismo.

La repercusión en Cuba de la crisis económica mundial de 1929 y su posterior período de depresión se reflejó en la disminución del crecimiento de las ciudades y en particular de La Habana, cuya evolución en las primeras décadas del siglo XX había sido vertiginosa. Los años 30 transcurrieron con un ritmo lento que fue acelerándose hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se produjo nuevamente un florecimiento económico, por los altos precios del azúcar. El año 1945 marca —a la vez que el final de la guerra— el inicio de un período de auge arquitectónico

y urbanístico; su efecto sobre la ciudad fue de magnitudes sin precedentes, sobre todo en términos cuantitativos.⁸

Los factores que en épocas anteriores habían sido determinantes en la evolución urbana (recuperación económica, crecimiento demográfico, construcción de viales y carreteras, mejoramiento de los medios de transporte, además de un incipiente desarrollo industrial), reiteraron ahora, con ímpetu desbordado, su incidencia en la ciudad, en la que abundaban los terrenos yermos de propiedad particular y faltaban los mecanismos de control adecuados para ordenar su aprovechamiento en operaciones inmobiliarias, de modo que una multitud desordenada de nuevos repartos, casi siempre de mediocre concepción, desbordó los límites del territorio urbanizado y reforzó el eje de crecimiento suroeste, principalmente. El sector constructivo se sumaba así, una vez más, a la carrera en pos de la modernidad avanzada que, como continuación del mismo sentir colectivo de principios de siglo, se había apoderado de la sociedad cubana. En virtud de tal espíritu de avanzada, y también de la inevitable emulación entre industriales y comerciantes, se introducían con asombrosa frecuencia desde los más banales adelantos para la cocina hasta las tecnologías ya imprescindibles para la construcción.

Las comunicaciones con el oeste se mejoraron notablemente con la terminación en 1953 y 1959 de dos túneles bajo el río Almendares, y esto propició la rápida aceptación de algunos nuevos repartos: el Habana-Biltmore, proyectado por el ingeniero Ignacio Pérez en 1947, se convirtió en los años 50 en una zona residencial privilegiada. Pero las distancias que recorrer, ya considerables, hicieron resurgir poco a poco el interés en urbanizar áreas más céntricas, y así surgió el reparto Nuevo Vedado, diseñado por el ingeniero Juan Granados en 1949, y Santa Catalina, que introducía novedosas soluciones, concebido por el arquitecto Emilio del Junco en 1957. Como resultado de este interés renovado por las zonas céntricas y de la promulgación de la Ley de Propiedad Horizontal en 1952, se produjo la proliferación de torres de apartamentos de lujo en la zona a todo lo largo de El Vedado, muchas de ellas cercanas al mar y con extraordinaria vista. Los diseños, en cambio, eran de poco interés y repetían piso a piso la misma solución de planta con balcones en voladizo que los hacían parecer, al decir de algunos críticos, grandes escaparates con todas las gavetas abiertas. Evidentemente, el interés de los arquitectos se concentró en solucionar el aspecto estructural de estos semirrascacielos que, a la vez que demostraban la capacidad técnica y constructiva alcanzada, también producían un fuerte impacto sobre el perfil de la ciudad y su funcionamiento. Entre todos

se destaca el Focsa (Fomento de Obras y Construcciones, S.A.), proyectado por Ernesto Gómez Sampera, que planteaba la autonomía absoluta del nuevo tipo de vivienda en altura, con todos los servicios necesarios en el basamento, y que al momento de su terminación, en 1956, era uno de los edificios de estructura de hormigón armado mayores del mundo.

Mientras las zonas más antiguas de la ciudad se depauperaban progresivamente con la recurrente conversión de los antiguos palacios señoriales en casas de vecindad, la presencia conjunta de algunos notables edificios de oficinas y servicios en el área de La Rampa manifestó, en la década de los 50, una tendencia hacia la creación de un nuevo centro de ciudad, con características mixtas de polo administrativo y recreativo, que se consolidó años después.

El desarrollo hacia el este, largamente deseado, fue al fin incentivado con la construcción del túnel bajo la bahía, diseñado y terminado, en 1958, por la compañía francesa Société des Grands Travaux de Marseille, notable obra de ingeniería que permitió eliminar el prolongado recorrido, antes necesario, para acceder a los repartos Santa María del Mar y Guanabo, entre otros. El túnel promovió no solo el auge de los repartos existentes, sino también la realización de propuestas para la total urbanización de ese territorio, en gran parte virgen. La firma norteamericana Skidmore, Owings & Merrill no llegó a completar el proyecto que se le solicitó, pero sí lo hizo el destacado arquitecto milanés Franco Albini, cuya concepción planteaba una doble hilera de altas torres bordeando la vía principal y un centro urbano compacto, con exclusión de los automóviles.

Aunque fue la iniciativa privada la principal protagonista de la explosión constructiva que tuvo lugar desde la segunda mitad de los años 40 y durante todos los 50, también el sector estatal participó en ella. Cada nuevo gobernante intentó asumir un programa de obras públicas mayor que el anterior, en una competencia que indudablemente beneficiaba a la ciudad. Ramón Grau San Martín, junto a otras muchas obras realizadas entre 1944 y 1948, promovió la construcción del Barrio Obrero de Luyanó; Carlos Prío Socarrás priorizó la ejecución de carreteras y autopistas, entre ellas la terminación de la Vía Blanca, y planificó la realización —por primera vez en Cuba— de una exposición universal que debía desarrollarse en 1952 en los terrenos al este de la ciudad. Fulgencio Batista, luego de tomar el poder en ese año mediante un golpe de Estado, nombró en 1955 como Ministro de Obras Públicas al arquitecto Nicolás Arroyo, quien, a diferencia de sus predecesores (José San Martín, Manuel Febles Valdés), era un destacado profesional, con experiencia en el diseño y una exitosa práctica privada. Su vinculación desde años atrás con la vanguardia nacional y extranjera

lo colocaba en una posición ventajosa para integrar en sus planes a otros importantes arquitectos. Si las obras ejecutadas por los gobiernos anteriores adolecían, en general, de un mutismo expresivo que las banalizaba, ahora por primera vez se alcanzarían regularmente altos niveles de diseño capaces de identificar y destacar los edificios promovidos por el Estado. De entre un conjunto de realizaciones significativas (escuelas, hospitales, oficinas) sobresalen el Palacio de los Deportes (hoy Ciudad Deportiva) y el Teatro Nacional, ambos diseñados por la firma Arroyo y Menéndez.

Sin embargo, el propio desarrollo de la ciudad también acrecentaba problemas y conflictos anteriores. La falta de programas de realización de viviendas económicas había agravado considerablemente el ya enorme déficit habitacional,⁹ lo que a su vez había incidido en la proliferación de solares, ciudadelas y barrios insalubres. Ya se sentían dificultades con el abasto de agua en algunas zonas y con cierta frecuencia se producían congestiones viales. La inexistencia de grandes parques y zonas de arbolado era alarmante en relación con la extensión de la urbe y su población, así como la carencia o insuficiencia de algunos servicios básicos. De consecuencias más graves era la ausencia de un plan maestro que coordinara, regulara y definiera el crecimiento de la capital y propusiera soluciones a sus problemas.

Uno de los temas más discutidos durante este período fue, precisamente, la planificación integral, por la que clamaban muchos profesionales desde tiempo atrás y cuya perentoria necesidad se evidenció en el Forum de la Plaza Cívica, auspiciado en 1953 por el Colegio de Arquitectos. Desde 1938 se había convocado a un concurso internacional para la realización de un monumento a José Martí, considerado, por la profundidad de su pensamiento, la figura esencial de la Guerra de Independencia. El lugar escogido era la llamada Loma de los Catalanes, que los planes directores de Enrique J. Montoulieu, en 1922, y sobre todo, Jean Claude Nicolas Forestier, en 1926, habían señalado como el lugar idóneo para la ubicación del centro cívico de la ciudad, en el que debía establecerse una zona de grandes parques y edificios administrativos.¹⁰ En 1939, se dio el fallo del jurado, el cual no encontró entre los 47 diseños concursantes ninguno adecuado para representar la figura de Martí. Así comenzaba un largo y fraudulento proceso, que incluyó la celebración de otros tres concursos y la terminación del monumento casi veinte años después, según el proyecto de un equipo liderado por Enrique Luis Varela y el francés Jean Labatut, antiguo integrante del equipo original de Forestier.

La celebración del centenario martiano en 1953 había hecho retomar los planes de construcción del

monumento y de la llamada Plaza Cívica o Plaza de la República, de la que Varela fue nombrado coordinador. Es en estas circunstancias que se produce la sustitución del proyecto del arquitecto Aquiles Maza y el escultor Juan José Sicre, que había resultado vencedor en el último concurso, por el de Varela y su equipo. Las protestas que esta decisión ocasionó, además de los cuestionamientos sobre el emplazamiento que se venían haciendo, provocaron la celebración del Forum con el objetivo de arribar a conclusiones y recomendaciones que se harían llegar al gobierno. Luego de varios días de extensas presentaciones y debates, no exentos de acritud, se evidenciaron los turbios manejos en el proceso de selección del monumento; la concepción anacrónica de este y de algunos edificios concebidos en su derredor; el diseño inapropiado del conjunto y de la plaza, que en su versión final, no construida, seguiría un trazado axial inspirado en el mall de Washington D.C., sin olvidar el espejo de agua para lograr el reflejo de la versión cubana del obelisco americano; la desmedida especulación que, mediante la parcelación y venta de solares, había reducido el área de la plaza a menos de un tercio de la original; y, sobre todo, la ausencia total de planificación que había motivado algunos de los errores cometidos. Se cuestionaba el emplazamiento de la plaza y monumento en este lugar como consecuencia de los dictados de Forestier, a quien la vanguardia de arquitectos y estudiantes criticó duramente llamándolo «buen jardinero, pero no urbanista».¹¹ Por último, también se evidenció que, a pesar de las conclusiones, se continuaría la construcción de la plaza y el monumento sin cambio alguno.

El proyecto, que era una de las empresas constructivas de mayores dimensiones de toda la historia republicana, se convirtió en uno de los conjuntos más deficientes desde el punto de vista de su diseño urbano, carente, en lo absoluto, de una concepción rectora y unitaria que integrara sus diversos componentes de forma armónica. Los edificios circundantes aparentan estar en sus ubicaciones por azar; la enorme mole del Palacio de Justicia (actual Palacio de la Revolución) obstruye la visibilidad hacia una de las fachadas del monumento, finalmente convertido en un híbrido entre la torre de reminiscencias art deco, de Varela, y la estatua de Martí hecha por Sicre, extraída del proyecto original. El edificio del Tribunal de Cuentas (hoy Ministerio del Interior), el del Ministerio de Comunicaciones, el de la Renta de la Lotería (Junta Central de Planificación) y el Teatro Nacional, de los arquitectos Aquiles Capablanca, Ernesto Gómez Sampera, Lorenzo Gómez Fantoli y Arroyo y Menéndez, respectivamente, son de moderada y acertada concepción, mientras que el Palacio de Justicia, de José Pérez Benitoa, la Biblioteca Nacional,

de Govantes y Cabarrocas, y la sede del Banco de Fomento Agrícola e Industrial (Ministerio de Economía y Planificación), de la misma firma, son anacrónicamente monumentales. Por último, toda el área quedó sin conexión lógica con su entorno inmediato. La pavimentación en terrazas, los estanques y la vegetación nunca fueron realizados, y el pretendido homenaje a Martí se redujo a una ardiente explanada con algunos edificios incapaces de dialogar entre sí, y un obelisco que adquirió rápidamente el mote despectivo de «La Raspadura».

El resultado positivo del evento fue incentivar los esfuerzos hasta lograr la creación de la Junta Nacional de Planificación, en 1955.¹² Este había sido un paso largamente reclamado por todos los profesionales vinculados a la ciudad, entre ellos los agrupados en el Patronato Pro Urbanismo, fundado en 1942, y Pedro Martínez Inclán, quien en su Carta de La Habana, de 1950, situaba la necesidad de un Ministerio de Urbanismo como única vía para lograr la planificación integral de la ciudad.¹³

Una vez más se recurrió a un destacado profesional extranjero para la confección de las partes más importantes de la empresa: en el propio año 1955 se contrató al catalán Josep Lluís Sert, una de las figuras de mayor relevancia de la arquitectura moderna internacional, para dirigir el plan de La Habana. Sert se había establecido en los Estados Unidos, era Decano de la Harvard Graduate School of Design, y había fundado, en 1945, junto a Paul Lester Wiener y Paul Schulz, la firma especializada en urbanismo Town Planning Associates, que ya había realizado varios proyectos de envergadura en América Latina. Su primera visita a Cuba databa de 1939, y a partir de entonces mantuvo relaciones regulares con los profesionales cubanos miembros de la Agrupación Tectónica de Expresión Contemporánea (ATEC), el capítulo cubano de Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM). En particular, su amistad con Romañach y otros arquitectos de vanguardia había condicionado su estancia en Cuba entre 1953 y 1954, durante la que proyectó la urbanización Quinta Palatino, un hotel y cabañas turísticas en Isla de Pinos, así como varios conjuntos de viviendas apropiados para el clima del país, todos basados en la reiteración del patio.

En los siguientes tres años Sert trabajó junto a varios profesionales cubanos en la confección de un plan piloto, el primero realizado en Cuba con una base científica y un nivel de profundidad considerable, reflejado en la calidad y abundancia de estudios detallados. Se contemplaba el desarrollo de la ciudad a cincuenta años, y un crecimiento poblacional de hasta tres millones de habitantes, clasificados en sectores de

baja, media y alta densidad, con varios centros cívicos de funciones complementarias distribuidos por el territorio y conectados por una red vial con niveles jerárquicos, y la inclusión de un tren subterráneo. Se planeaba, asimismo, un sistema de espacios abiertos y de zonas recreativas culturales, además de la localización de zonas productivas, industriales, comerciales y bancarias.

El plan se basaba, esencialmente, en los criterios de zonificación que entonces enarbolaban los principales arquitectos modernos con énfasis casi místico, y en la temprana y visionaria comprensión de la importancia del turismo para el país. Sus mayores virtudes radicaban en la consideración total del territorio de la Gran Habana o Habana Metropolitana, que integraba a la ciudad tradicional los territorios de Marianao, Guanabacoa, Regla y Santiago de las Vegas; en la confección de una base documental completa y exhaustiva, tanto de inventarios como de propuestas; en la regulación zonal del crecimiento de la ciudad, proponiendo sectores específicos para ello y limitando otros; en la concepción policéntrica del territorio, y en la creación de un sistema de áreas verdes ramificado y expandido, sin enormes manchas puntuales.

Sus deficiencias fundamentales eran dos. Por una parte no llegaba a proponer regulaciones arquitectónicas y urbanas específicas por zonas, aunque es de presumir que estas se elaborarían con posterioridad. Su segundo error partía de la típica iconoclasia moderna hacia las preexistencias ambientales, en un momento en el que aún la conservación y restauración monumental no era tema prioritario, y sí la modernización de las ciudades. Los puntos críticos del Plan Piloto de Sert se relacionaban, en su mayoría, con este aspecto. En La Habana Vieja seleccionaba un grupo relativamente reducido de edificaciones «con valor arqueológico» y proponía su conservación. El resto no recibía un tratamiento específico y aunque muchas obras valiosas no sufrían ninguna transformación, varios extraordinarios ejemplares de la arquitectura colonial se perdían por las demoliciones necesarias para ampliar algunas vías y para ubicar una descomunal zona bancaria en el mismo centro del núcleo histórico. Otras estrategias propuestas, como el clareo interior de las manzanas para conseguir áreas de vegetación y parqueo, eran más aceptables y aún hoy se estudia su factibilidad.

La ubicación de una isla artificial con funciones recreativas en una concavidad del litoral ha sido muy criticada, aunque en realidad tal propuesta era consecuente con prácticas y proyectos anteriormente realizados en La Habana, y no significaba una transformación traumática de los valores del territorio. En cambio, el emplazamiento de su proyecto de Palacio Presidencial al otro lado de la bahía y entre las fortalezas

del Morro y la Cabaña, resultaba poco menos que absurdo, al eliminar la enorme potencialidad del lugar como la mejor zona de la ciudad para ubicar un parque de acceso público aprovechando sus valores históricos y paisajísticos y su conformación como un palco natural para contemplar la ciudad. Tal decisión obedecía principalmente a la necesidad de extraer la residencia presidencial del área conflictiva y de difícil control donde se encontraba, y es lamentable también por la excepcional calidad del proyecto, que hubiera sido más notable en una ubicación más lógica. Si treinta años atrás las ideas de Forestier se concretaron, al menos parcialmente, el plan de Sert no pasó de la etapa de diseño y propuesta: la implementación fue suspendida con el triunfo de la Revolución en 1959.¹⁴

El desarrollo urbano y arquitectónico durante las seis décadas republicanas previas había conformado para entonces una ciudad extraordinaria, con un área consolidada en el siglo xx mucho más extensa que la correspondiente a los cuatro siglos de dominación colonial, y de indudable valor patrimonial, el cual todavía hoy no es suficientemente reconocido y protegido.

Notas

1. La intención del gobierno interventor norteamericano de hacer evidente su superioridad respecto al anterior sistema colonial, se constata por el trabajo de diversos fotógrafos contratados a tal fin, con el encargo de ilustrar gráficamente el estado de atraso existente y el efecto de las recientes medidas renovadoras. Véase, al respecto, Miguel A. Bretos, «Imaging Cuba under the American Flag: Charles Edward Doty in Havana, 1899-1902», *The Journal of Decorative and Propaganda Arts*, Miami Beach, 1996, pp 83-103.

2. La llamada «reconcentración» consistió en una ley dictada por el Capitán General Valeriano Weyler el 21 de octubre de 1896. En virtud de ella, todos los campesinos debían pasar a vivir en ciudades con el objetivo de eliminar las fuentes de suministros del ejército mambí.

3. Leonard Wood concedió tanta importancia al Malecón que llegó a afirmar que el valor de los futuros gobiernos de la Isla se podría medir por sus esfuerzos en continuar su construcción.

4. La Avenida G debió irse completando con estatuas de los presidentes del país, y Paseo con otras de los alcaldes de la ciudad. Esto solo se realizó parcialmente, y algunas de ellas, como las de José Miguel Gómez y Tomás Estrada Palma, fueron derribadas con posterioridad al triunfo de la Revolución en 1959. Recientemente y bajo el patrocinio y la ejecución de la Oficina del Historiador de la Ciudad, ha sido restituida a su lugar la del primero, en lo que constituye un meritorio gesto de restauración histórica y urbana.

5. Tomado de *La Gaceta Oficial*, La Habana, 12 de julio de 1906, p. 4.

6. Actualmente toda la zona del antiguo Country Club Park, llamada ahora Cubanacán, está dedicada a usos diplomáticos, protocolares y oficiales.

7. La primera experiencia de Forestier relacionada con Cuba data de 1918, cuando el gobierno de Mario García Menocal le solicitó

un proyecto de parque en los alrededores del castillo de la Punta. Forestier lo hizo desde París sin visitar el lugar, y resultó inadecuado desde el punto de vista de la circulación vial. Carlos Miguel de Céspedes lo contrató no por este antecedente, que parecía desconocer, sino a sugerencia del Ministro de Bellas Artes de Francia, a quien había pedido el nombre de un profesional de ese país para encargarle el estudio del desarrollo futuro de La Habana.

8. Entre 1920 y 1957 se construyeron en La Habana aproximadamente 95 nuevos repartos y más de 60 en Marianao. En 1950, el presupuesto de obras inscritas en el Colegio de Arquitectos era de casi 46 millones de pesos, mientras que, en 1955, había subido a 55 millones. Datos tomados del artículo de Armando Maribona, «El fantástico crecimiento de la propiedad urbana en la Gran Habana», *Diario de la Marina*, La Habana, 15 de septiembre de 1957, p. 21.

9. El Ministro de Obras Públicas, Manuel Febles Valdés, estimaba en 20 000 el déficit anual de viviendas en 1949. *Arquitectura*, marzo de 1949, p. 25.

10. Aunque se ha afirmado en ocasiones que también la propuesta de plan director de Pedro Martínez Inclán planteaba la creación de un centro en la Loma de los Catalanes, en realidad la destinaba a un gran parque, y proponía consolidar el centro administrativo en la zona tradicional alrededor del Parque Central. Véase Pedro Martínez Inclán, *La Habana actual*. Estudio de la capital de Cuba desde el punto de vista de la arquitectura de ciudades, La Habana, P. Fernández y Cía, 1925.

11. En el Forum de la Plaza Cívica fueron comunes los ataques contra Forestier. Se insistió, no sin razón, en «el mito de un señor académico francés que estuvo hace muchos años [...] y quien, sin haber estudiado un verdadero plano regulador, señaló este lugar para la ubicación de un centro cívico». Reynaldo Estévez, «El Forum del Colegio de Arquitectos sobre la Plaza Cívica y el Monumento a Martí», *Espacio*, La Habana, mayo-junio de 1953, pp. 36-47.

12. La Junta, que tenía carácter de organismo asesor y consultivo, poseía como objetivo fundamental la elaboración del plan regulador nacional y de los planes reguladores regionales. Su director era Nicolás Arroyo, también Ministro de Obras Públicas, y su directiva quedó integrada por Eduardo Montoullieu como jefe del Plan Nacional; Mario Romañach, del de La Habana; Nicolás Quintana, de los de Varadero y Trinidad; y Jorge Mantilla, del de Isla de Pinos.

13. La llamada Carta de La Habana consiste en una serie de análisis y propuestas para la ciudad, que su autor redactó en el espíritu de la Carta de Atenas, del grupo CIAM. Véase Pedro Martínez Inclán, *Código de Urbanismo*. Carta de Atenas. Carta de La Habana, La Habana, P. Fernández y Cía, 1950.

14. No obstante, se continuó por algunos años la confección de planes que prestaban poca atención a la conservación del patrimonio construido. Uno de ellos proponía la construcción de un Centro Financiero Internacional en la zona del Ring, para lo cual se demolerían casi todas las edificaciones entre las calles Prado y Monserrate, desde el Parque Central hacia el mar, y se sustituirían por modernas torres de oficinas emplazadas en amplios jardines. Afortunadamente, no fue realizado.

La música cubana en la República

María Teresa Linares

Musicóloga. Fundación Fernando Ortiz.

Tras varias centurias de conquista y colonización, al comenzar el siglo xx el pueblo cubano había integrado en sus modos de sonar elementos de estilo de la música de aquellos pobladores que formaron parte integral de su nacionalidad. Eran elementos estructurales, tímbricos, orales, que por un proceso de transculturación iban conformando géneros con caracteres nacionales, que aparecían en todos los estratos de la población, utilizados para las más diversas funciones.

Así encontramos mucha música de un ambiente rural o suburbano, en el que los distintos modos de uso, comoailable o cantable, se aprendían por tradición oral, de manera que hoy resulta difícil recordar o reconocer cómo eran aquellos cantos o bailes primigenios mencionados en la literatura costumbrista, porque a nadie se le ocurrió escribir una partitura de ellos. En una sociedad dividida en clases, se les restaba la importancia que merecieron a los elementos más apegados a la base del pueblo y que despertaron la curiosidad de viajeros y cronistas.

La música del ambiente urbano, con funciones más específicas, comenzó a editarse a principios del siglo

xix, y se distribuía en pequeñas partituras para voz y piano o para piano solo, que se vendían en separatas o como regalo a los suscriptores, en revistas de pequeñas editoras con poca circulación y duración.

La otra música —un tanto elitista—, la de los pobladores de algún nivel, tenía como público el que asistía a las ceremonias religiosas en las iglesias, a las veladas de salón de las familias de rango social, o a los teatros elegantes; diferenciándose de la de pequeñas «escuelitas o academias de baile» y de los tablados de los barrios, sobre todo los cercanos a los muelles. Se distinguía una música de otra por el uso, función y ambiente en el que se desarrollara.

Los músicos de las orquestas —numerosas en ocasiones—, participaban en fiestas elegantes o en las «de la gentualla», en saraos oficiales o en las solemnidades de la iglesia. Del mismo modo, cuando visitaba el país una compañía de ópera o de zarzuela, se utilizaban estas mismas orquestas con la adición de algunos instrumentos. Eran las llamadas «orquestas típicas», de metales, con dos clarinetes en si bemol, una flauta de cinco llaves, un cornetín, un trombón de pistones, un figle, dos violines, un contrabajo, timbales y percusión cubana.

De manera que, al inicio del siglo xx, había una gran cantidad de géneros de música para distintos usos y ambientes, reconocidos internacionalmente, sobre todo los relacionados con la «madre patria», hacia donde habían regresado géneros cristalizados —como la habanera y el punto de La Habana— cuando no los anteriores fandango, petenera, chacona y zarabanda. Aquellos cantos de ida y vuelta, también sufrieron transculturaciones en ambas orillas y definieron características propias.

La tradición oral, así como la transmisión directa por la lectura de partituras, había permitido una verdadera promoción y auge de la música cubana, y fueron los medios masivos —primero el disco y luego la radio— sus iniciales divulgadores en América Latina, los Estados Unidos, España y otros países europeos. Durante todo el siglo xx se produce un amplio y constante proceso de transculturación en la música cubana, con un auge y expansión inusitados del nuevo producto cultural obtenido.

No es un hecho fortuito que se estableciera en La Habana la primera agencia distribuidora de discos para Latinoamérica. Desde 1906, comenzaron a grabar en cilindros y discos, las mejores orquestas de danzón —aquellas que habían participado en conciertos, bailes y ceremonias religiosas—, tiples, tenores, cómicos del teatro, trovadores, cantadores campesinos, bandas militares, solistas instrumentales. Por ello esta música se distribuyó y se conoció de inmediato fuera de nuestras fronteras.

Ya en la década de los años 20 se había enriquecido nuestra música con cambios importantes; principalmente de la antigua orquesta de metales a la charanga francesa —piano, dos violines, flauta de cinco llaves, pailitas, guayo, contrabajo— para ejecutar los danzones. Se iniciaban los sextetos de son, en los que participaron muchos de los autores e intérpretes de la canción popular. En esa década, los sextetos Habanero, de Occidente y Nacional produjeron un verdadero y explosivo auge del género, que se expandió a través del disco y de las giras a otros países, hasta llegar a exposiciones internacionales, como la de Sevilla, en 1929, donde el Sexteto Nacional obtuvo un premio con un son del compositor-trovador Rosendo Ruiz Suárez, y se conoció el más famoso son de Ignacio Piñero: Suavecito. Se habían introducido también los conjuntos de jazz band que procedían de los Estados Unidos y se adoptaron rápidamente sus estilos de canto y baile, timbres y estructuras, que dejaron su huella en nuestra música.

La música del teatro lírico —casi siempre las arias y romanzas de zarzuelas cubanas cantadas por solistas acompañados al piano—, también tuvo su gran momento. En 1922, se iniciaron los Conciertos de

Música Típica Cubana, inaugurados por Eduardo Sánchez de Fuentes (La Habana, 1874-1944), y continuados después por Ernesto Lecuona.

Sánchez de Fuentes había compuesto, en 1892, la mundialmente famosa habanera Tú. Fue discípulo de Ignacio Cervantes y de Carlos Anckermann. Se graduó de abogado, escribió críticas de conciertos, numerosas canciones, muchas de ellas en el ritmo de habanera. Asistió a eventos internacionales con Alejandro García Caturla y Gonzalo Roig. Fue presidente de la Academia de Artes y Letras. Escribió cuatro óperas, un oratorio y un ballet. Su interés expreso fue elevar la música cubana al nivel erudito del concierto, pero negó los valores de la tradicional.

Ernesto Lecuona (1895-1963) fue el más conocido y famoso compositor cubano del siglo xx. Como gran intérprete, su obra pianística es lo más significativo de su producción, pero quizás lo que más lo distingue es su aporte al teatro lírico. Había estudiado piano con su hermana Ernestina Lecuona, y luego con Peyrellade, Joaquín Nin y Hubert de Blanck, en cuyo conservatorio se graduó con medalla de oro. Como concertista ejecutó obras de los grandes compositores universales y, en la primera presentación de la Orquesta Sinfónica de La Habana, interpretó el Concierto para piano y orquesta, de Saint Saëns. En esta época grababa discos con sus obras o acompañando a cantantes líricos. También grabó rollos para los autopianos mecánicos —que estaban de moda—, y creó su propia fábrica y empresa editora. Ernesto Lecuona fue promotor de varias actividades musicales. Por una parte, la zarzuela cubana; por otra, los conciertos, en los que estrenaba sus obras y dirigía la orquesta. Cada cantante que él promovía, estrenaba piezas suyas, especialmente escritas para la ocasión. En más de cincuenta años, compuso cerca de novecientas obras y presentó a los más importantes artistas cubanos y extranjeros.

Al hacerse cargo de los Conciertos de Música Típica Cubana, inició y promovió en ellos a gran cantidad de intérpretes importantes, como Rita Montaner (1900-1956), con la cual estrenó muchas de sus obras; Tomasita Núñez, Edelmira de Zayas, Caridad Suárez, Zoraida Marrero, Maruja González, Nena Palmas, Dorita O' Siel, Emilio Medrano, Miguel de Grandy, Panchito Naya, Sarita Escarpenter, María de los Ángeles Santana y Esther Borja, «la más fiel intérprete de sus obras», según afirmara el propio Lecuona; Luisa María Morales, Martha Pérez, Esther Valdés, Margarita Díaz, Ana Menéndez, María Ruiz, Gladys Puig, Carmela de León y otros. El maestro compuso ocho zarzuelas cubanas, entre las que se destacan María la O, Rosa la China, Lola Cruz y El cafetal. Las décadas del 20 al 60 tuvieron en el teatro lírico cubano, como máximo exponente, a este importante autor, que estimuló

también la obra de Gonzalo Roig (1890-1970), Eliseo Grenet (1893-1950), Moisés Simons (1890-1945), Rodrigo Prats (1909-1980) y otros autores líricos. El estreno de muchas obras de estos destacados compositores, como Cecilia Valdés, de Roig, Niña Rita, de Grenet-Lecuona, Amalia Batista, de Prats, se sumó a la presencia de profesores de canto y directores de orquesta, la creación de dos orquestas sinfónicas, las audiciones de obras importantes del repertorio internacional y la fundación de patronatos y sociedades musicales que auspiciaban la contratación de artistas famosos y la promoción de los nacionales.

En 1919, llegaron a La Habana María Muñoz de Quevedo (1886-1947) y Amadeo Roldán (1900-1939). Ellos, junto con Alejandro García Caturla (1902-1940) y César Pérez Sentenat (1896-1973), además de otros músicos de formación europea, crearon la Sociedad de Música Contemporánea, con la que se inicia un movimiento hacia la vanguardia musical cubana, que se unía a las corrientes literaria y plástica, y al afrocubanismo, nacientes en la intelectualidad de la Isla. También tomaron parte en los movimientos ideológicos y políticos, como el Grupo Minorista, y se sumaron a las ideas llegadas desde Europa, que recién descubría a África. Fue este el momento de la poesía de Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, José Zacarías Tallet; de la pintura de Víctor Manuel y Carlos Enríquez, y de las investigaciones sociológicas y etnográficas de Fernando Ortiz.

María Muñoz de Quevedo fundó la Sociedad Coral de La Habana y la revista *Musicalia* —la mejor de América Latina en aquel momento. Ambas instituciones tuvieron una gran repercusión, por el alto nivel de su labor. También contribuyó a la expansión del movimiento coral con la creación de otros coros y la formación de profesores instructores. Amadeo Roldán pasó de la Orquesta Sinfónica —que había creado con Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona— a la Orquesta Filarmónica, fundada por Pedro San Juan, español radicado en la Isla. Con esta orquesta y coro se escuchó por primera vez en Cuba la Novena Sinfonía de Beethoven, dirigida por Roldán, a la que siguieron los estrenos de obras contemporáneas suyas y de Alejandro García Caturla, Manuel de Falla, Igor Strawinsky, Nicolai Sloninsky, Darius Milhaud, Maurice Ravel, Gian F. Malipiero, Francis Poulenc y Erik Satie. Para esta orquesta se contrataron solistas y directores muy importantes, que dieron lugar a una época de auge de la música sinfónico-coral del repertorio internacional y de la producción de nuestros autores. Fue el inicio de la vanguardia, y de la promoción y divulgación de la música de alto nivel. Se logró el establecimiento de escuelas y la formación de profesores de canto e instrumentos, por lo cual

podieron destacarse artistas cubanos que luego desarrollarían la vida musical nacional.

Dos sociedades femeninas tuvieron mucho que ver en el apoyo económico a este movimiento cultural: el Lyceum Lawn and Tennis Club, de La Habana y la Sociedad Pro Arte Musical. El primero auspiciaba conferencias y cursos en los que se exponían las nuevas corrientes; también exposiciones de fotos y obras plásticas de los artistas contemporáneos. La segunda alcanzó tal importancia que llegó a edificar un coliseo, el teatro Auditorium, hoy Amadeo Roldán, en el que se fundó una escuela de ballet, que por muchos años fue dirigida por profesores y coreógrafos extranjeros hasta la incorporación de Fernando, Alberto y Alicia Alonso, quienes crearon el Ballet Nacional y la Escuela Cubana de Ballet. También una escuela de guitarra —que dio lugar luego a la Sociedad Guitarrística de Cuba y a la Escuela Cubana de Guitarra— iniciada por Clara Romero de Nicola y su hijo Isaac Nicola, y la revista musical *Pro Arte*, que contiene la historia musical de la Sociedad en sus más de cuarenta años de existencia, y artículos y ensayos sobre la actividad musical cubana. Se ofrecieron cursos y conferencias por artistas y compositores famosos; se contrataron intérpretes y grupos reconocidos mundialmente, que en ocasiones visitaron otras provincias del país. Esta fue también una etapa de alto nivel artístico.

Fallecidos Amadeo Roldán, en 1939, y Alejandro García Caturla, en 1940, la continuidad del movimiento musical de vanguardia se debió a la creación, en 1942, del Grupo de Renovación Musical, integrado por los alumnos de la cátedra de Composición que había creado Roldán en el Conservatorio Municipal de Música de La Habana. El profesor y compositor catalán José Ardévol —radicado en Cuba— lo sustituyó. Tenía una formación cultural muy amplia y organizó el Grupo, al que ofreció clases de Historia, Armonía, Formas y Análisis Musical y Contrapunto, además de una orientación estética hacia la vanguardia que incluyó audiciones, apreciación estética de la literatura, la plástica, y en general, las tendencias y estilos contemporáneos. De aquel grupo surgieron compositores como Harold Gramatges —hoy Premio Iberoamericano de la Música Tomás Luis de Victoria, y profesor de varias generaciones de compositores cubanos—, Julián Orbón, Edgardo Martín, Juan Antonio Cámara, Serafín Pro, Gisela Hernández, Dolores Torres, Virginia Fleites, Enrique Berver, Hilario González, Argeliers León, Francisco Formell y otros músicos e intérpretes. Todos se destacaron no solo por su obra compositiva, sino también por otras actividades como la interpretación, la docencia, la dirección de coros, la musicología, la historiografía, y llenan un espacio vital en la música contemporánea cubana.

La Universidad de La Habana abrió, en 1942, la Escuela de Verano, en la que impartió los cursos de Música Folklórica la profesora María Muñoz de Quevedo, y los cursos de Etnografía, Fernando Ortiz. Argeliers León fue discípulo de ellos, y luego continuó, con María Teresa Linares, como profesor de folklore. Otros profesores fueron el doctor Gaspar Agüero y José Ardévol.

Mientras tanto, el son, el danzón y la canción tradicional, que fueron géneros fundamentales en el desarrollo de la música popular, seguían su acelerada evolución, mientras otros perdían vigencia y desaparecían.

Se habían conocido estilos que venían desde principios del siglo XIX, como la habanera, que expresaba el lirismo de aquel momento en el que se debatían las ideas patrióticas; y la guaracha, que recogía imágenes de la vida cotidiana con un sentido humorístico. La canción, propiamente dicha, la clave, la guajira y la criolla, y algún otro estilo con reminiscencias europeas como berceuses y fantasías, llenaron aquel siglo, en dos direcciones: la canción cultista, cercana al lied, y la popular, cantada por trovadores, a dúo de voces y guitarras. En los inicios del siglo XX, esta forma popular era la más extendida en todas las poblaciones, con núcleos fundamentales en Santiago de Cuba y Sancti Spiritus, además de Camagüey, Trinidad, Santa Clara y Matanzas.

En los primeros años del siglo, motivados por la crisis económica como consecuencia de la Guerra de independencia, emigraron hacia la ciudad de La Habana gran cantidad de trovadores como Sindo Garay, Manuel Corona, Patricio Ballagas y Rosendo Ruiz. Ellos solían reunirse con otros cantadores en tertulias donde interpretaban y analizaban sus creaciones.

Los medios de vida de aquellos músicos eran precarios, por lo que muchos se dedicaban a oficios manuales durante el día para, de noche, realizar sus actividades artísticas. Algunos eran sastres, barberos, tabaqueros. Por lo general, no conocían la música técnicamente y se transmitían fórmulas, modos de hacer, de ejecutar, textos o ideas. Muchas veces la fuente de inspiración era una hermosa mujer, a quien su admirador quería regalarle una canción, y pagaba a uno de estos creadores para que se la dedicara. El mundo de esta música era el ambiente familiar, el barrio, el cine silente, las peñas, las serenatas; de manera que ningún cantador podía depender de una actividad tan inestable. Asombrosamente, fueron cientos los cantadores y muchas más las canciones creadas. Solo María Teresa Vera, y su segundo, Rafael Zequeira, por ejemplo, grabaron entre 1916 y 1925 más de cien discos sencillos, de un amplio repertorio que incluyó canciones, habaneras, criollas, boleros, bambucos, sones, guarachas, claves ñañigas, guajiras y rumbas, de autores

como Patricio Ballagas, Sindo Garay, Manuel Corona, Ignacio Piñero, Rosendo Ruiz, Alberto Villalón, Graciano Gómez y otros.

Los programas de cine silente de aquellos momentos nos muestran el repertorio, los trovadores que tomaban parte, los precios de las entradas y los «homenajes» que se realizaban para recaudar fondos en beneficio de algún trovador o autor necesitado. Esto era muy frecuente, por las razones de inestabilidad económica que hemos señalado antes.

Al irrumpir el son en La Habana, hacia 1920, se organizó el Sexteto Habanero, con Guillermo Castillo, guitarra y director; Carlos Godínez, tres; «el Chino» Inciarte, bongó; Gerardo Martínez, voz prima y claves; Felipe Neri Cabrera, maracas; Antonio Bacallao, botija, que más tarde fue sustituida primero por la marímbula y después por el contrabajo. Este conjunto, que tenía determinadas jerarquías por instrumentos, organizados en bandas o franjas sonoras, llenaba todas las funciones armónicas y rítmicas. Eran las voces las que llevaban la melodía, que inicialmente era un motivo fijo alternante con otro improvisado, al cual se le incluían cuartetos (reginas) improvisadas o memorizadas, y también décimas. En La Habana, el son adquirió una nueva forma, consistente en una parte cantada al inicio, y luego la alternante o montuno, con un aire más rápido.

Al propagarse aceleradamente esta combinación, se organizó una gran cantidad de sextetos de son, en los que participaron muchos de los trovadores. María Teresa Vera fundó con Ignacio Piñero y Miguelito García, el Sexteto de Occidente; Alfredo Boloña (tresero) fundó otro; más tarde Piñero con Juan de la Cruz y Bienvenido León (dúo de trovadores), junto con Alberto Villalón (autor), crearon el Sexteto Nacional.

Es importante señalar que a partir de estos y otros conjuntos, el repertorio de sones se incrementó con los distintos estilos de canción que ellos habían cantado, llevados al ritmo del son y sumándole un montuno. Así, muchas canciones con un ritmo definido, como el bolero, la criolla y la guaracha, se convirtieron en bolero-son, criolla-son, guaracha-son, etc., con lo que la función cantable de aquellas pasó a laailable de este.

A partir de estos préstamos, primero en el danzón y luego de los tipos de canción, este género ha estado presente en todos los cambios de estilos, fusiones, innovaciones, que han trascendido como línea evolutiva de aquel germen integral de la músicaailable cubana —el primitivo son— hasta los estilos más actuales, como la salsa.

El conjunto jazz band que se introdujo en Cuba para ejecutar la música norteamericana, relacionó de nuevo a la música cubana con los instrumentos que habían sido eliminados de la orquesta típica de danzón, con la incorporación de saxos, guitarra, banjo y batería. Muy

pronto comenzó a ejecutar música cubana y pasodobles, que alternaban con los fox-trot, el charleston, y más tarde el swing y otros estilos más modernos. Este conjunto, quizás por la influencia de las grandes orquestas norteamericanas que ejecutaban música cubana muy estilizada —al estilo de Xavier Cugat—, comenzó a utilizar en sus repertorios rumbas y congas «de salón», eliminando los tambores, cajones o instrumentos, utilizados en sus fases más primarias y populares. El incremento de sus repertorios incluyó boleros, guarachas, sones montunos y las antes dichas congas y rumbas.

Estas orquestas se nutrían de músicos técnicamente cultivados, instrumentistas virtuosos y orquestadores que realizaban arreglos a géneros cubanos de moda. Por esa vía, el jazz band contó con pianistas como Anselmo Sacasas, Armando Oréfiche, Pedro Jústiz («Peruchín»), «Bebo» Valdés, Joseíto González; y trompetistas y trombonistas como Manolo Castro, Alejandro «el Negro» Vivar, «Chico» O'Farrill, «El Guajiro» Mirabal, Generoso Jiménez; saxofonistas como Osvaldo Rodríguez, Emilio Osvaldo Peñalver y Armando Romeu; percusionistas como Guillermo Barreto, «Tata» Güines y «Changuito». Con músicos como estos, las características del jazz band fueron cambiando hasta llegar a castellanizar el nombre, como en la Banda Gigante, de Benny Moré.

Por su parte, el danzón había producido un cambio tímbrico de su orquesta, y además incluyó fragmentos virtuosistas de los instrumentos que llevaban el peso armónico y melódico, como el piano y la flauta. El primero que incluyó fragmentos solistas en el piano fue Antonio María Romeu, que había ejecutado danzones para piano, güiro y pailillas en el café La Diana. Después incorporó en su repertorio el danzón La flauta mágica, para que su flautista, Francisco Delabart, luciera sus facultades. Aquellos instrumentistas —entre ellos, Antonio Arcaño, Belisario López y Richard Egües, flautistas; Neno González, Rubén González y Guillermo Rubalcaba, pianistas— llevaron el danzón a niveles que pueden considerarse hoy piezas de concierto.

Desde la aparición de la orquesta charanga, en los primeros años del siglo —como las que fundaron «Papaíto» Torroella, Antonio María Romeu y «Tata» Pereira—, y con la inclusión de un montuno de son en la tercera parte del danzón, por José Urfé, cristalizó la estructura que ha quedado como danzón clásico. Este varió a partir de innovaciones introducidas en la estructura; se suprimieron partes y repeticiones, y se modificó el ritmo básico del montuno, incorporando en él algunos coros. A este nuevo estilo, revolucionario en su momento, se le llamó «Nuevo ritmo» para diferenciarlo del anterior.

El ejemplo más conocido, que resulta hoy emblemático, fue el danzón Mambo, de Orestes López, estrenado en 1939 por la Orquesta de Antonio Arcaño, en la que participaban otros músicos importantes que se sumaron a este nuevo estilo, como Félix Reina, Antonio Sánchez, Miguel Valdés y Elisardo Aroche. En ella tocaba el contrabajo Israel López, hermano de Orestes; la paila la interpretaba Ulpiano Estrada. Todos eran excelentes músicos y compositores, lo que permitió consolidar este movimiento en orquestas de danzoneros que aceptaban aquellas sonoridades novedosas. Por otra parte, elementos de la canción norteamericana se habían asumido por otro grupo de jóvenes que, reunidos en peñas, crean y cantan; buscaban nuevas formas de tañer la guitarra, con acordes alterados y aumentados, con nuevos textos intimistas, que se «decían», más que cantarse. La influencia llegó al nombre de «cantar con feeling», y fueron sus precursores José Antonio Méndez, César Portillo de la Luz, Níco Rojas y Luis Yáñez.

Coincidentemente con el «nuevo ritmo» y el filin, se había desarrollado otra vez el bolero cantable, por autores que, al mismo tiempo, eran repertoristas de grupos armónicos y de cantantes solistas. Se mantenía el estilo bolero-son introducido por Miguel Matamoros veinte años antes; las orquestas tradicionales de danzón, que conservaban un cantante para ejecutar boleros, canciones, etc., en tiempo de danzón, y los llamados conjuntos de son, como el de Arsenio Rodríguez con Miguelito Cuní, el Conjunto Casino, con Roberto Espí y Roberto Faz, y la Sonora Matancera, con Bienvenido Granda y Celia Cruz. Las jazz bands tenían cantantes que ejecutaban boleros, guarachas, guajiras. La Riverside, con Tito Gómez; la Orquesta Casino de la Playa con Miguelito Valdés y la Orquesta de Julio Cueva con Manuel Licea «Puntillita», entre otras.

Todo este panorama ocurría en las décadas de los 40 y los 50, cuando la radio había alcanzado un alto nivel, con emisoras que tenían estudios en los cuales se realizaban grabaciones de artistas nacionales y extranjeros. Para su trabajo, los repertoristas-compositores como Aida Diestro, Isolina Carrillo, Rafael Somavilla, hacían arreglos instrumentales. La radio organizó una orquesta sinfónica que acompañó a los cantantes líricos y los cancioneros de toda esta etapa y alcanzó mayor desarrollo después de 1950 al iniciarse la televisión.

Orlando de la Rosa había organizado un cuarteto de voces, que él mismo acompañaba, con Elena Burke, Omara Portuondo, Roberto Barceló y Aurelio Reynoso. Facundo Rivero dirigió el Conjunto Siboney, en el que participaron Isolina Carrillo y Marcelino Guerra. Los dúos, tríos y cuartetos armónicos ocuparon un período amplio, se destacaron el dúo Hermanas Martí y el trío de las Hermanas Lago, el trío Taicuba, el cuarteto

D' Aida, el de Orlando de la Rosa, Los Modernistas y el de Meme Solís.

Todo este movimiento cancionístico se reflejó en otras ciudades latinoamericanas, pues la música que se elaboraba para cubrir las necesidades de la radio en todas las capitales tenía características homogéneas, por su carácter cosmopolita. Eran muy semejantes los estilos de Agustín Lara, María Grever y Chelo Velázquez (mexicanos), Pedro Flores, Rafael Hernández y Bobby Capó (puertorriqueños), u Osvaldo Farrés, Pedro Junco, Bobby Collazo, Julio Gutiérrez, Orlando de la Rosa (cubanos), que interpretaban igualmente Pedro Vargas (mexicano), Lucho Gatica (chileno), Alfredo Sadel (venezolano), como Olga Guillot, Fernando Albuerno, Blanca Rosa Gil o José Antonio Méndez, Elena Burke, Omara Portuondo, Martha Justiniani, y tantos otros artistas cubanos que se dedicaron a esta variedad de la cancionística.

La radio y la televisión fueron los medios que propiciaron el desarrollo de una serie de cambios en la proyección de la música cubana. Los músicos que integraban las jazz bands, conjuntos de son, orquestas danzoneras con el nuevo ritmo, asistían a bailes populares y oficiales, participaban en pequeños cabarés o clubes nocturnos, y «academias de baile» o bailables en los jardines de las cervecerías que aún existían. En esos lugares se reunía la juventud, siempre en demanda de lo más novedoso, y así se habían trasladado elementos del nuevo ritmo del danzón a otros grupos que introducían variantes. La Orquesta Aragón, que había surgido en Cienfuegos en 1939, la Orquesta América, la Banda Gigante de Benny Moré —luego de que este regresara de México, donde participó en la Orquesta de Pérez Prado—, estaban en la cima de la preferencia cuando comenzó a extenderse en Cuba la moda del mambo, una variante de aquel danzón Mambo, de Orestes López, que influyó en toda la etapa del nuevo ritmo hasta iniciarse, con Enrique Jorrín y la Orquesta América, el auge del chachachá.

Desde antes, los hermanos López habían compuesto cientos de nuevos danzones. Enrique Jorrín había creado, para la Orquesta Hermanos Contreras, los danzones *Lo que sea*, *varón*, y *Central Constancia*. Rafael Lay y Richard Egües, Félix Reina y Antonio Sánchez —entre otros— también componían danzones para las sociedades en donde amenizaban los bailables. El repertorio era muy extenso, y en aquellos bailes alternaban conjuntos de son y jazz band, por lo que era conocido por todos.

Se afianzó la costumbre de armar un pequeño grupo con los instrumentos básicos para que varios solistas realizaran variaciones sobre un tema. El grupo tenía piano o bajo (o ambos), batería, guitarra eléctrica y percusión cubana. A estos grupos se les llamó combos,

como abstracción de la palabra *combination*, y efectivamente, combinaban las improvisaciones de cada solista con la base armónica y rítmica, a la manera de los *jam sessions* que estaban en la moda internacional. Para esta actividad se requería de solistas virtuosos, y los había. Frank Emilio Flynn había organizado el grupo *Loquibambia Swing*, con José Antonio Méndez, y, más tarde, crea el grupo *Los Amigos*. Otro grupo, fundado por el trompetista «Chico» O' Farrill, integra a «Tata» Güines e Israel López; los hermanos Peñalver, en los saxos; Richard Egües, en la flauta; Generoso Jiménez, en el trombón; «Peruchín», Rafael Somavilla o «Bebo» Valdés, en el piano. Muchos de los combos eran acompañados por cantantes de filin u otros solistas, pero lo fundamental era reunir virtuosos para lucir sus habilidades en una «descarga». Con el tiempo, fueron sumándose instrumentistas en nuevos conjuntos, reducidos a quintetos o ampliados al formato de orquesta. Armando Romeu organizó la *Orquesta Cubana de Música Moderna* y «Chucho» Valdés, su Quinteto y el grupo *Irakere*, ya a principios de los años 70.

Con el triunfo de la Revolución se revisaron los planes de enseñanza y se reorganizaron los conservatorios de música. Más adelante, se organizó el *Movimiento Nacional de Aficionados* y las brigadas que llevarían a toda la nación conciertos de música, además de obras de teatro y de danza. El Departamento de Folklore realizó presentaciones de espectáculos de origen afrocubano con practicantes de las religiones yoruba, conga y los grupos *abakuá*.

De estos departamentos surgieron instituciones y se independizaron la *Orquesta Sinfónica* y el *Coro Nacional*. El entonces Consejo Nacional de Cultura regía los destinos de la música a través de una *Dirección Nacional* que atendió a artistas y grupos, a la enseñanza artística y a los programas nacionales, no solo de superación, sino de promoción de la música y los intérpretes.

La importancia que alcanzó la creación de las escuelas de arte y su sistema nacional se comprueba hoy en la calidad que alcanzaron sus miles de graduados en música. Hay escuelas de nivel primario, medio profesional y superior, de categoría universitaria. De manera que los graduados, luego de quince años de estudios y prácticas, conciertos, concursos nacionales e internacionales, llegan a la culminación de sus carreras con un altísimo nivel técnico y teórico que otorga a la música cubana el reconocimiento y promoción que ha alcanzado en el mundo.

El melodrama en el cine cubano de la República

Nery Sellera

Profesora. Universidad de La Habana.

El melodrama cinematográfico cubano hunde sus raíces en el período del cine silente y por tanto —a pesar de que la mayoría de la producción filmica de la época ha desaparecido— debemos referirnos a ella si queremos profundizar en el estudio de este género en la Isla.

A esta primera dificultad se añade el hecho de que es sumamente difícil hacer demasiadas generalizaciones en torno a un cine que no alcanzó los niveles de desarrollo logrados en otros países de América Latina. Sin embargo, es curioso observar cómo existen antecedentes, en una fecha tan temprana como la primera década del siglo xx, de un esfuerzo por organizar un entendimiento de la realidad a través de las imágenes cinematográficas y legitimar modos de ser, vivencias rurales y costumbristas, o exaltación de figuras patrióticas de la entonces recién finalizada Guerra de independencia.

Este esfuerzo estará presente, principalmente, en la obra de Enrique Díaz Quesada y los productores y empresarios Santos y Artigas, quienes dominaron el panorama cinematográfico nacional hasta los años 20.¹

El melodrama se había convertido ya por estos años en el gran seductor y, al igual que en los demás países del área, el género a través del cual se podía llegar mejor a ese público que, noche a noche, acudía a los cines. Díaz Quesada también lo utilizó, al trabajar temas como el de la mujer cubana y su papel en las luchas independentistas (*La manigua o la mujer cubana*, 1914, la más taquillera de todas las películas silentes nacionales), o el romántico y fatal amorío rural; el melodrama estaba presente en la forma de contar, afianzado en el gusto del público por sus historias.

Un ejemplo de lo que decimos es el argumento de *La zafra o Sangre y azúcar*, estrenada el 19 de mayo de 1919:

Un joven pobre se enamora de la hija del hombre que arruinó a su familia al adueñarse de las propiedades que tenían al partir a la guerra del 95. La familia de la joven se opone a las relaciones por la diferencia social existente y casan a la muchacha con un norteamericano por intereses económicos relacionados con el negocio azucarero. Ella, aunque casada, vuelve a verse con su gran amor. Por este motivo el joven —que trabaja en un ingenio propiedad del padre de su amada, aunque desconoce este elemento— riñe con ese individuo, y cae al trapiche en la trifulca. Perece triturado y la sangre del muerto se mezcla con el azúcar

—de ahí el título de *La zafra* o *Sangre y azúcar*— en tanto su homicida enloquece a causa de los remordimientos de conciencia.²

Nótese cómo, a pesar de que la presencia sentimental es el elemento predominante, el fondo de este cine es el clima social reinante en la Isla a principios de siglo, lo que lo hace cercano a la experiencia vivencial de la gente, y al reflejo de la historia nacional. En este período, el melodrama cubano posee una doble dimensión —como bien señala Julie Amiot—: social y sentimental, que perderá un poco más tarde.³

La cristalización del melodrama: factores confluyentes

El melodrama es parte esencial en la obra de otro director importante en esta etapa, Ramón Peón, quien desde muy joven se dedicó de lleno al cine, primero como camarógrafo de noticieros en los Estados Unidos y, ya en Cuba, filmando anuncios comerciales en forma de pequeñas comedias. Sobrevoló *La Habana* y tomó las primeras vistas aéreas de la ciudad. Según Agramonte y Castillo, «entre 1920 y 1930, Peón se ubica como la persona que más cine realiza en Cuba al rodar once películas de ficción de un total de 39 producidas en el período, lo cual representa el 28% del total».⁴

Es cierto que la mayor parte de este cine se caracteriza por argumentos banales, sin grandes ambiciones, pero que le sirvieron para adquirir un oficio y una profesionalidad que pocos cineastas alcanzaron en la Isla. Esta evolución se advierte notablemente en *La virgen de la Caridad* (1930), melodrama rural considerado un clásico del cine mudo cubano y uno de los mejores realizados en aquella etapa en toda América Latina.

No falta en la película ninguno de los ingredientes del género: la pareja de enamorados de distinta clase social, el rufián rico dispuesto a todo con tal de separarlos, la amenaza de un desalojo y, por supuesto, el milagro que evita, en el último instante, que este se haga realidad.

Con estos ingredientes se las arregló Peón para realizar —gracias al dominio técnico del lenguaje cinematográfico— una película sencilla, pero armoniosa, lo suficientemente melodramática como para enternecer, pero sin la trama enrevesada y las truculencias de algunos de sus filmes posteriores rodados en México, lugar de refugio para no pocos cubanos (actores, directores, técnicos, etc.) que en nuestro país no encontraban espacio para hacer cine.

En la primera etapa de su carrera mexicana (1931-1937), filma alrededor de dieciséis largometrajes, que abarcan todo el amplio espectro del melodrama: desde

Sagrario (1933), de complicado argumento sobre la historia de un obrero que va a la cárcel por un crimen cometido accidentalmente, y acepta que su esposa trabaje con un médico del cual se hace amante y quien, además, se enamora de su hija; hasta el patriótico, con tintes biográficos, *Sor Juana Inés de la Cruz* (1935), pasando por los de corte maternal, como *No basta ser madre* (1937).

Según Juan Bustillo Oro en su *Vida cinematográfica*, ya en *Sagrario* «Peón no solo se había ceñido al presupuesto, sino que ahorró un buen pico, cosa imposible para el resto de los directores».⁵ Todos estos elementos ayudaron a consolidar la leyenda del director más prolífero de la época en México. A pesar de su éxito, no se olvidó de Cuba y a ella regresó en 1937.

En la Isla, el cine no podía tener un aspecto más desconsolador. Entre el clima de frustración política que reinaba en el país, la complejidad de la técnica del cine sonoro —inaccesible para muchos productores— y la ausencia de mercados que hicieran rentable las películas, se había estancado aún más la poca producción nacional, hasta el punto de que no se había realizado ningún largometraje sonoro.

Es en este año 1937, precisamente, cuando va producirse en la Isla un fenómeno sociocultural que dará inicio a una relación muy peculiar y significativa entre la radio, el público y el cine. En la radio cubana se comienza a transmitir un serial, escrito especialmente para el medio (recordemos que en Argentina ese espacio lo llenaron los radioteatros, adaptaciones radiofónicas de teatro popular), llamado *La serpiente roja*, que tiene como protagonista al detective chino Chan Li Po, cuyas aventuras van a resultar tan populares que serán transmitidas durante diez largos años. Su autor fue el santiaguero Félix B. Cagnet, personaje singular y controvertido de la vida cultural cubana, quien también escribió seriales terroríficos como *El grito de la lechuza* y *La mujer de la cara pálida*, y que ganaría fama mundial cuando, en 1948, saliera al aire su ya clásico *El derecho de nacer*.

Este gusto por el oír contar se había enraizado en Cuba a finales del siglo XIX en los talleres de las tabaquerías; práctica que, según Fernando Ortiz,⁶ es introducida primeramente en las galeras de *El Arsenal* de *La Habana*, donde los presos trabajaban torciendo tabaco y como cigarreros. De la cárcel pasará a las tabaquerías de Azcárate y Partagás. Por medio del lector de tabaquería se introdujeron, en este singular escenario cultural, relatos folletinescos, que emigrarían más tarde al nuevo espacio radial, en forma de radionovelas. A partir de 1936, convivirán ambas vías hasta que «la máquina venza al lector de tabaqueros por medio de la radiofonía».⁷

Surge de esta manera el fenómeno de las dramatizaciones escritas para la radio, medio expresivo donde realmente se desarrolló el melodrama cubano, lo que hizo posible, entre otras cosas, que las radionovelas se extendieran por toda América Latina hasta convertir a la Isla en su primera exportadora, en la década de los 50. Si la industria del cine no llegó a consolidarse en nuestro país, no sucedió lo mismo con la radio, que alcanzó en este período un poder enorme. El peruano Mario Vargas Llosa lo reflejó muy bien en su novela *La tía Julia y el escribidor*:

Siempre había tenido curiosidad por saber qué plumas manufacturaban estos seriales que entretenían las tardes de mi abuela, esas historias con las que solía darme de oídos donde mi tía Laura, mi tía Olga, mi tía Gaby o en las casas de mis numerosas primas, cuando iba a visitarlas.

Sospechaba la importancia que tenían esas novelas, de modo que quedé muy sorprendido cuando me enteré que los Genaros no las compraban en México o en Argentina sino en Cuba. Las producía la CMQ, una especie de imperio de la radio y la televisión sobre el que reinaba Goar Mestre...⁸

Es a la radio entonces —contrariamente a lo que sucedió en Argentina—, a donde el cine cubano se vuelve buscando el argumento de su primer largometraje sonoro. Es con la radionovela que tendrá que competir, sin demasiadas ventajas. Así nace *La serpiente roja* (1937), el primer largometraje sonoro cubano, dirigido por Ernesto Caparrós, aprovechando el impacto de la transmisión radial para garantizar su éxito en la pantalla. El cine se nutre, una vez más, del folletín, a partir de aquí mediado por la radio.

Peón, que no ha olvidado su antiguo anhelo de fomentar la industria cinematográfica cubana, dirige sus esfuerzos, ya en nuestro país, a la formación de la empresa Películas Cubanas S.A. (PECUSA), e inmediatamente comienza a filmar.⁹ De las tres películas que rueda en los dos años que estará en Cuba, sucedió en *La Habana*, *Una aventura peligrosa* y *Romance del palmar*, esta última fue la más exitosa.

Estrenado en diciembre de 1938, este melodrama tiene como actriz protagónica a Rita Montaner, una de las artistas más populares del país, quizás el único gran mito del cine cubano anterior al 59. Rita va a interpretar a una guajirita linda e ingenua que es seducida por un habanero perteneciente a la burguesía citadina. Este logra —después de vencer la resistencia de la joven— llevársela para *La Habana*, donde la obliga a cantar en un cabaret de lujo. La desengañada muchacha encuentra consuelo a su tragedia en un cantante, compañero de trabajo, que la defiende del villano y en el que halla el verdadero amor. Al final de la película y después de salvar varios obstáculos, ese amor resulta vencedor y la redime para que pueda volver casada al hogar campesino que había abandonado.

En el filme van a estar presentes varios elementos que resulta interesante señalar. En primer lugar, aparece una constante en el melodrama cubano pre-revolucionario: el campo —lo puro, lo ingenuo, pero también lo pobre, lo atrasado— en contraposición a la ciudad —lo malvado, lo sucio, pero también lo poderoso— en una dicotomía que encontraremos también en muchas de las películas de la época, realizadas en América Latina. Igualmente encontramos aquí el elemento humorístico, dado por la presencia de Garrido y Piñeiro, dos actores muy populares en los escenarios cubanos, quienes interpretaron sus arquetípicos personajes, el negrito y el gallego.

La música tuvo una función básica en el filme: canciones populares como *El Manisero*, y otras compuestas especialmente por músicos de la talla de Ernesto Lecuona, Gonzalo Roig y Bola de Nieve (hasta Félix B. Cagnet escribió la letra del bolero *Te odio*), hicieron de la película un gran éxito de público, tanto en Cuba como en otros países donde se exhibió.

Al regresar por un breve tiempo a Cuba, en 1951, Ramón Peón volverá a dirigir a Rita Montaner en *La renegada* (1951) y *La única* (1952). La primera, protagonizada por Yadira Jiménez, es la melodramática historia de una mujer que, calumniada injustamente por todo el pueblo, debe luchar por conservar el amor del único hombre que confió en ella, aun a costa de las relaciones con su propio hijo.

Uno de los elementos más importantes que conforman los melodramas —y en general las películas cubanas de la época— y que los hermana con el género en Latinoamérica es la música y su escenario casi habitual, el cabaré.

El bolero, esa melodía que surge en la Isla alrededor de 1885-1886, y que se expande por toda América Latina como una gran ola de fascinación y deseo, se encargará de llenar las películas de una lírica del goce, largo proceso de seducción, de sensualidad, reciprocidad acompañada por el ritual ineludible del centro de gravedad de los cuerpos.¹⁰

Esta música, que tuvo su figura representativa en el mexicano Agustín Lara, y en el melodrama su mejor enclave, tiene también en la mujer perdida, la prostituta, una de las musas que alimentan sus estrofas. De ahí la clara intencionalidad erótico-sexual, que tiene en Ninón Sevilla y María Antonieta Pons sus máximos exponentes. Varias de las películas de la época teatralizan el contenido de las canciones de Lara y estremecen a la audiencia con una audacia increíble:

Vende caro tu amor, aventurera,
da el precio del dolor a tu pasado
y aquel que de tu boca la miel quiera,
que pague con brillantes tu pecado.

«Aventurera»

El estudio del melodrama y su historia reviste una importancia significativa a la hora de comprender su funcionamiento social en el contexto de la cultura popular, que en nuestro país tiene la misma fuerza que en toda América Latina.

Desde la pantalla de cine cantaron y/o bailaron las principales actrices y vedettes cubanas, desde Rosita Fornés y Rita Montaner, María de los Ángeles Santana y Blanquita Amaro, y un largo etcétera, en el que habría que incluir a María Antonieta Pons, Alicia Rico y Ninón Sevilla.

Muchos de los escenarios desde donde actuaron estas divas fueron las pistas de los cabarés. Antro de perdición, ámbito excluido de la tertulia doméstica, pero parte de la vida nocturna y extrafamiliar, lugar de leyenda en el marco de la ciudad que se vuelve cosmopolita y se moderniza, el cabaré significó el destino inevitable de toda rumbera.

Carlos Monsiváis pone al descubierto la secreta química que se produce entre el escenario y la vedette cuando describe su entrada a la pista:

Y la rumbera Ninón Sevilla cruza con lentitud la pista del cabaret, en plena posesión de su sexualidad, una sexualidad intensa, la inmovible sexualidad de quien se adueña de un estilo, no de conjurar sino de refrendar el coito, de sustentar el amor dándoles a las «ganancias locas» un ritmo culminante e indescifrable, una forma transparente que al mismo tiempo es abstracción y consumación, el deseo ya localizado y especificado...¹¹

La fórmula taquillera: gánsters, cabareteras y guajiros

La relación del cine cubano con Juan Orol, personalidad pintoresca y controvertida, se produjo en 1938, cuando viajó a La Habana procedente de México, donde ya había realizado una buena cantidad de filmes. Desde muy temprano había comenzado una vida errabunda y aventurera que terminará por conformar su personalidad y marcará su cine: de España a Cuba, de Cuba a México, vuelta otra vez a la Isla, regreso nuevamente a México y entre viaje y viaje un sinnúmero de oficios y empleos, entre ellos el de corredor de autos, pitcher de beisbol, boxeador, actor de teatro, etc.,

De la noche a la mañana se convirtió en un productor solvente: fundó la Aspa Film, y con el argumento de Sagrario bajo el brazo, contrató a Ramón Peón para que la dirigiera. La película fue un éxito de

taquilla (costó 32 000 pesos y recaudó más de 90 000), lo que impulsó su carrera. A partir de este momento, escribiría la mayoría de sus argumentos y se convertiría en director y actor de casi todos sus filmes. Fue famoso por sus melodramas maternales, pero también por la violencia de sus gánsters y el fuerte contenido sexual introducido por las protagonistas, musas cubanas a las que fue descubriendo en sus viajes a la Isla, para producir mucho más barato y al margen de los sindicatos. Estas actrices se convirtieron, bajo sus órdenes, en las cabareteras cinematográficas más famosas de América Latina.

En ese año —1938— Orol realiza *Siboney*, una mezcla de tropicalismo y luchas por la independencia contra el colonialismo español; lo mejor que se le ocurrió para ganarse a las autoridades cubanas. La película «se dividía en dos partes, diferentes solo en apariencia: una romántica y otra épica, pero lo melodramático dominaba todo el relato, y el protagonista participaba en la lucha independentista solo porque había sido abandonado por su joven amada».¹²

En 1945, comienzan a surgir proyectos de coproducciones con México y, luego de algunos intentos frustrados, es Juan Orol quien entra en negociaciones con productores cubanos de la Continental Films para realizar *Embrujo antillano* (1945), dirigida por Geza P. Polaty y en la que el mismo Orol figuró como consejero de realización. Protagonizado por María Antonieta Pons (sería el último trabajo en común), Blanquita Amaro y Ramón Armengol, el melodrama —un triángulo amoroso en un ambiente rural tabacalero— se convirtió así en la primera coproducción cubano-mexicana, pero fue un fracaso de crítica y público, y no fue estrenada en México hasta dos años después.

En 1946, Orol filma nuevamente en Cuba otra coproducción, *El amor de mi bohío* —en la cual fungía como director, guionista y actor, al lado de Yadirá Jiménez—; un melodrama rural con guajirita transformada en vedette y en la que se aprovecha la popularidad de la canción de Julio Brito que da nombre a la película.

Hay que esperar a 1952 para que se reanude la intervención de Orol en el cine cubano. Ese mismo año filma *Sandra* (La mujer de fuego), en la que «el momento en que Rosa Carmina bailaba sus sicalípticas rumbas vestida con una especie de negligée ante un conjunto de deseosos peones, era casi glorioso».¹³

También realiza en Cuba, a finales del 53, *El sindicato del crimen*, melodrama de bajos fondos al que seguirá *La mesera del café del puerto* (1954), del que se asegura se llegó a llamar popularmente *La mesera coja del café del puerto*, dado el defecto en la pierna de la protagonista; *El farol en la ventana* (1955), en la que comienza su carrera la nueva musa, Mary Esquivel; y *Thaimí, la hija del pescador* (1958), melodrama tropical con pintores enamorados de nativas, según el argumento de Caridad Bravo Adams, escritora cubana de radionovelas, de enorme éxito en México.

Fue la última película que realizó en Cuba este fenómeno de la cultura de masas que se llamó Juan Orol, quizás el primer ejemplo latinoamericano de la influencia de un medio —en este caso el cine— en la creación de una personalidad artística.¹⁴

El melodrama en los 50

Sin dudas, una de las mejores películas filmadas en estos años en Cuba fue *Casta de roble* (1953), dirigida por Manuel Alonso. Figura controvertida del ámbito cinematográfico cubano, se había vinculado al mundo del cine como administrador de varias salas (Campoamor, Encanto, Alcázar, etc.) y realizado, en 1937, el primer dibujo animado sonoro cubano, *Napoleón, el faraón de los sinsabores*. En 1940, fundó el noticiero *La noticia del día*, de contenido sensacionalista, más tarde el *Noticiero Cinematográfico Cubano* CMQ - *El Crisol*, y el *Noticiero Nacional*, el que —asociado indistintamente a otras empresas— logró mantenerse sin interrupción durante dos décadas.¹⁵

Siguiendo la política de comprar los medios de producción (equipos, estudios) a las empresas que quebraban, y controlar, en connivencia con los gobiernos de turno, la película virgen, Manuel Alonso intentó monopolizar la producción de cine en Cuba.¹⁶

Este había producido y realizado, desde 1943, algunos documentales y cortos, además de tres largometrajes de ficción entre los que se destacan los que se consideran las mejores producciones de todo el cine cubano pre-revolucionario: *Siete muertes a plazo fijo* (1950), un bien cuidado filme policíaco, y la ya mencionada *Casta de roble*, melodrama rural protagonizado por David Silva y Xonia Benguría, y donde actúan también Ángel Espasande, Paco Alfonso,

Ricardo Dantés, Agustín Campos y Antonia Valdés, entre otros.

El filme —que basó su argumento alrededor de los avatares de una pareja de campesinos—, contenía implícitamente algunos elementos de denuncia social muy bien imbricados en la trama. Filmada en el valle de Viñales, toda la belleza del lugar queda resaltada por la fotografía del español Alfredo Fraile, uno de los mejores aportes al filme, junto con las actuaciones y los diálogos, así como la música de Félix Guerrero. La película, totalmente procesada en los Estados Unidos, fue realizada con un gran cuidado técnico y artístico.

Al triunfo de la Revolución, Alonso abandonó el país, sin terminar su proyecto de adaptación de la novela *Leonela*, de Nicolás Heredia. Con él se cierra una etapa del cine cubano, en la que intervinieron decenas de personas que trataron de lograr, con su entusiasmo y amor por el medio, el desarrollo de una industria demasiado lejos de su alcance.

En Cuba, como en la mayoría de los países de América Latina, el cine pudo ser la columna vertebral del proceso de formación de la cultura popular, pero este proceso se vio muy mediatizado por varias circunstancias que se derivan de lo anteriormente expuesto. En primer lugar, la frustración de la revolución del 33 afectó la evaluación de una cultura nacional popular que ya tenía sus exponentes en la poesía de Nicolás Guillén, José Zacarías Tallet o Regino Pedroso, la música de Alejandro García Caturla o Amadeo Roldán, etc. Los diferentes gobiernos de turno, poco o nada interesados en la cultura popular, en la cual el cine formaría parte del imaginario en el que se reconociesen las masas, no se permitieron conceder estímulos que fortalecieran el desarrollo cinematográfico.

En segundo lugar, el hecho de que, ya en la década de los años 20, los norteamericanos terminaran por apoderarse de la distribución y la exhibición de películas en la Isla, hecho que culminó con el total control por parte de las grandes empresas yanquis. A esto se une la complejidad técnica que representó la incorporación del sonido y el no contar con una infraestructura que hiciese posible la creación de una industria de cine cubana.

Finalmente, otra circunstancia negativa fue el abandono, por parte de directores y productores, de las míticas nacionales, con una tendencia cada vez más fuerte a la imitación del cine norteamericano y el acatamiento de las recetas del melodrama mexicano y argentino.

Habría que esperar a 1959 y la fundación del ICAIC para que una nueva etapa se abriera para el cine cubano, en la que este cumpla con su función de instaurar los

dispositivos que permitan a la gente reconocerse en el lenguaje cinematográfico.

Conclusiones

Al igual que en toda Latinoamérica, el melodrama fue abandonado al inicio de los años 60, cuando tomó auge el cine de autor y comienza el movimiento del llamado nuevo cine latinoamericano. Aún hoy no son muchos los realizadores decididos a retomarlo en nuestro país.

El estudio del melodrama y su historia reviste una importancia significativa a la hora de comprender su funcionamiento social en el contexto de la cultura popular, que en nuestro país tiene la misma fuerza que en toda América Latina. Concebirlo como un género enajenante, que solo contribuye al entretenimiento y alienación de las masas sin ningún valor cultural, es mirarlo desde un punto de vista sesgado y reduccionista. Se olvida así que el melodrama formó y forma parte de la cotidianidad humana, o para decirlo con palabras de Jesús Martín Barbero, «el melodrama toca la vida cotidiana, enchufa con ella no solo como su contraparte o su sustituto, sino como algo de lo que está hecha, pues, como ella, vive del tiempo de la recurrencia y la anacronía y es espacio de constitución de identidades primordiales».¹⁷

En América Latina, incluida Cuba, no existe imaginario colectivo que no esté permeado por el melodrama: el tango en Argentina, todo el cine mexicano, el bolero cubano, para no hablar de las radionovelas y las telenovelas, que son las claves a través de las cuales se ha mirado y entendido la vida en nuestro continente, y múltiples han sido los usos que se les ha dado. El melodrama es parte esencial —gústenos o no— de nuestra historia.

Notas

1. Díaz Quesada había comenzado su carrera en 1906, con un documental sobre un parque de diversiones (El parque de Palatino). En 1910 se une a Santos y Artigas y funda una sociedad anónima (Santos, Artigas y Quesada, S.A.). Con ellos trabajó hasta 1919 cuando, ante la competencia incontrolable y desigual de las compañías norteamericanas, decidieron disolverse. A su muerte, en 1923, el cineasta había realizado veinte documentales y dieciséis cintas de ficción, lo que constituye un testimonio artístico, que va desde la cultura criolla hasta la nacional-popular.

2. Raúl Rodríguez, *El cine silente en Cuba*, Letras Cubanas, La Habana, 1992, p.101.

3. Julie Amiot, *Le mélodrame cubain*, documento inédito.

4. Arturo Agramonte y Luciano Castillo, «El cine como fiebre: Ramón Peón», *La Gaceta de Cuba*, n. 5, La Habana, septiembre-octubre de 1997, p. 2.

5. Juan Bustillo Oro, *Vida cinematográfica*, Cineteca Nacional, México D.F., 1984, p. 99.

6. Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Ariel, Barcelona, 1973.

7. *Ibidem*, p. 126.

8. Mario Vargas Llosa, *La tía Julia y el escribidor*, Seix Barral, Barcelona, 1977, pp. 13-4.

9. Peón funda la productora con una inversión de \$350 000 y con ella se filmaron seis películas de ficción antes de que quebrara en 1940: *Romance del palmar* y *Sucedió en La Habana*, dirigidas por el propio Peón, *Cancionero cubano*, *Estampas habaneras*, *Mi tía de América* y *La última melodía*.

10. Iris Zavala, «De héroes y heroínas en lo imaginario social: el discurso amoroso del bolero», *Casa de las Américas*, n. 179, La Habana, marzo-abril de 1990.

11. Carlos Monsivais, *Amor perdido*, Era, México D.F., 1986, p. 73.

12. Eduardo de la Vega, Juan Orol, *Universidad de Guadalajara*, Guadalajara, 1987. p. 37.

13. Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano*, Era, México D.F., 1973, p. 119.

14. A lo largo de todos estos años se realizaron gran cantidad de melodramas más, algunos de ellos también en coproducción con México: *La mujer que se vendió* (1954), de Agustín P. Delgado, basado en la novela radial *El precio de una vida*, de Félix B. Caignet; *Frente al pecado de ayer* (1954), de Juan J. Ortega, con Sarita Montiel en el papel de una guajirita barnizada; *Ángeles de la calle* (1953), dirigida también por Agustín P. Delgado, melodrama sobre niños marginales, producido por Caignet; *Yambaó* (1957), dirigida por Alfredo B. Crevenna, un proyecto ambicioso filmado en colores y con la actuación de Ninón Sevilla, entre otros.

15. María Eulalia Douglas, *La tienda negra. El cine en Cuba (1897-1990)*, Cinemateca de Cuba, La Habana, 1996.

16. Fue nombrado, en 1951, director del Patronato para el Fomento de la Industria Cinematográfica Cubana, entidad creada por el gobierno de Carlos Prío Socarrás y que recibió, mediante distintos sorteos de lotería, aportes cuantiosos. Esta entidad fue intervenida, en 1952, por el gobierno de Batista, quien nombró a Manuel Alonso presidente del Instituto Nacional para el Fomento de la Industria Cinematográfica Cubana (INFIC), en 1955.

17. Jesús Martín Barbero, *Televisión y melodrama*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992, pp. 27-8.

Para una geografía del teatro

Graziella Pogolotti

Profesora. Universidad de La Habana.

El acosado arrastra su miedo a través de la ciudad. En una de sus momentáneas paradas, desde un costado de la Universidad, escucha los lamentos de una tragedia griega. El personaje de Alejo Carpentier no sabe todavía que su destino, esa muerte a la que quiere escapar, se encuentra en otro teatro, el no muy distante Auditorium.

En los tiempos de El acoso, la Universidad estaba en frontera entre dos mundos, el de la ciudad antigua y el de la modernidad republicana de El Vedado. La ciudad antigua había sido el ámbito tradicional de los grandes edificios teatrales, los de Caruso y Sara Bernhardt y también los del vernáculo. Pero la construcción del Auditorium, con su escenario que acogía representaciones dramáticas, musicales y, algo más tarde, las de ballet, indicaba que el meridiano de la cultura empezaba a trasladarse. Residencial y recreativo, con su aristocrático Tennis Club y sus populares baños de Carneado, atravesado por lentos y apacibles tranvías, El Vedado empezaba a ser sitio propicio para las nuevas instituciones culturales.

El desnudo diseño funcional del Lyceum evidenciaba un continuado empeño por conquistar la modernidad y un intento de conciliación entre los propósitos culturales y el pragmatismo en cuanto a las vías de financiamiento y la sistematicidad en las acciones concretas. Heredero de una tradición feminista, quiso dar cauce a cierta vocación social que había venido madurando desde los años de las luchas antimachadistas. Encontraba su apoyatura en un sector de la clase media integrado por mujeres profesionales, activas en el campo laboral. Ciclos de conferencias, inauguración de muestras de la vanguardia artística, una biblioteca pública de autores contemporáneos, compartían los locales con la asistencia social, el deporte y las clases de idiomas.

Así iban transcurriendo los primeros cuarenta años del convulso siglo xx. Con una línea imaginaria podía trazarse el circuito que unía el Auditorium y el Lyceum, dos centros solitarios y, sin embargo, irradiantes. En la misma zona, a una cuadra apenas del Lyceum, el grupo ADAD iba a encontrar albergue. Una vez al mes, un público devoto —el mismo que asistía a las

funciones de Teatro Universitario— acudía puntualmente a lo que constituía, a la vez, estreno y representación única.

Rodeados por una escenografía corpórea, los actores incorporaban textos de Ibsen, de Bernard Shaw o de Tennessee Williams. La otra vertiente del repertorio, la de los clásicos, grecolatinos o españoles, había encontrado sitio adecuado entre los pórticos de la Universidad.

El persistente movimiento hacia el oeste de los barrios residenciales empezaba a arrastrar también, en la misma dirección, al centro comercial y financiero. El avión sustituía al pausado viaje marítimo. El aeropuerto era una invitación a la aventura, todavía no impregnada de cotidianidad. Para subir las escalerillas que conducían al cielo, las mujeres estrenaban vestuarios y requerían para la ocasión una prenda ya olvidada, el sombrero o, quizás, la pamea. Así se despedían sonrientes de los numerosos familiares y amigos concentrados en la terraza del aeropuerto. Estaban bien distantes todavía de los tiempos del blue jeans y las sandalias... La boutique empezaba a reemplazar a la tradicional tienda por departamentos.

Cines de estreno, cabarés, cafeterías, restaurantes, artículos de lujo, alternaban con bancos, agencias de viaje y de automóviles, transnacionales petroleras en la zona de La Rampa, volcada hacia el Malecón, lo que facilitaba el rápido movimiento de los vehículos. Allí estaba el emporio de la radio y después de la televisión. En unas pocas cuerdas se concentraba la imagen simbólica de la modernidad, una Nueva York a escala minúscula, dependiente y provinciana. Las demandas del consumo hacían olvidar el sabroso confort de los moribundos cafés de la Habana Vieja. Más allá del cine, el imperio de la visualidad se imponía en las revistas ilustradas a la manera de los seguidores de Cartier-Bresson.

A la vuelta de los 50, en la microcosmópolis, en la microzona rosa, irrumpió de repente el teatro. Cuenta la leyenda que el fenómeno se produjo a partir del éxito inesperado de Chela Castro en *La ramera respetuosa*, de Sartre. Sin transgredir el moralismo convencional, sin romper los límites establecidos, esa obra jugaba, cuidadosamente, a la provocación.

El teatro redescubría su valor comercial. Dotadas de aire acondicionado, de cómodas butacas, empezaron a surgir pequeñas salitas que lograban cubrir gastos elementales con un repertorio que no producía conmociones o, siquiera, sobresaltos. Todo estaba previsto para un desenlace conciliador, en un set de buen gusto. De acuerdo con el entorno, fue también una minie explosión teatral. Movidos por el

incentivo de conquistar un público y de recuperar para el teatro el espacio de la cotidianidad, muchos artistas renunciaron a sus ambiciones de otros tiempos, impelidos también, en muchas ocasiones, por circunstancias adversas. Así, Paco Alfonso había visto frustradas sus posibilidades de continuar las búsquedas a favor de un teatro popular, y mantuvo en El Sótano un proyecto de mero entretenimiento.

Porque La Rampa pretendía ser un territorio donde el día se entregara a los negocios, y bajo la luz artificial de las noches dominara la recreación.

Creo en esa pequeña bola de nieve amasada amorosamente que se echa a rodar y crece hasta convertirse en alud, hasta cambiar para todos el modo de mirar las cosas. Por esos mismos años, en París, había asistido yo, deslumbrada, en un espacio al margen de los circuitos habituales, a la puesta en escena de una obra desconocida de un autor que apenas empezaba a nombrarse. Era *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett. Poco después de haber nacido en ese minúsculo Théâtre de Babilone, sería marca y punto de referencia de toda una época. Si pudo desarrollarse una vertiente comercial de la vida teatral en la zona de El Vedado fue porque, con entrega y sacrificio, desde la Universidad y desde ADAD, se habían ido formando actores, se habían modificado conceptos de puesta en escena, y se constituyó, con todo ello, un grupo de fieles espectadores.

En el Parque Central, la lumínica bañista Jantzen seguía repitiendo hasta el infinito, desde el trampolín, su salto perfecto. Los espectadores la contemplaban, seguros de que no habría errores ni sorpresas. Por el Prado cruzaban caminantes ansiosos por respirar el aire fresco del mar, mientras algún que otro vendedor de marihuana esperaba su presa. Al llegar la noche, cada vez más silenciosa, la ciudad iba muriendo. En los límites de esa zona crepuscular, había encontrado refugio un sector más experimental del teatro. Muy cerca de allí, en un tiempo que ya parecía otro, La Comedia y el Payret, Alhambra y el Martí habían dominado el mundo del espectáculo.

Los tres gordos, papá, mamá y el joven hijo, ocupaban la fila delantera e interferían la visión integral del escenario. Pero, en cambio ofrecían la oportunidad excepcional de un doble espectáculo, lo que hubiera satisfecho, sin dudas, a Eugenio Ionesco, el autor del texto. Las palabras del diálogo caían como pedradas sobre el público con una violencia creciente. Los gordos se inquietaban, se revolvían en la butaca, no podían contener la violencia de sus ademanes. Se convertían en participes involuntarios de la puesta en escena. Era el estreno, en Prado 260, la sala de Adela

En unas pocas cuadras se concentraba la imagen simbólica de la modernidad, una Nueva York a escala minúscula, dependiente y provinciana. Las demandas del consumo hacían olvidar el sabroso confort de los moribundos cafés de la Habana Vieja. Más allá del cine, el imperio de la visualidad se imponía.

Escartín, de La soprano calva, donde el dramaturgo Rolando Ferrer desempeñaba el papel de bombero.

El bajo costo de los alquileres en la ciudad deteriorada favorecía la presencia del teatro de vanguardia y el paulatino crecimiento de un público devoto, capaz de compartir con los actores el calor del verano y de resistir la dureza de las butacas. Los teatristas iban madurando en la rigurosa artesanía del oficio.

Después de haber estrenado Calígula, de Albert Camus, en la sala de estar del piso alto del Círculo Republicano Español, Francisco Morín se instaló con su grupo Prometeo, Prado abajo, cerca del mausoleo a los estudiantes de medicina, fusilados durante la Guerra grande. Allí, en funciones regulares, dio a conocer un repertorio contemporáneo, básicamente de la escena europea, aunque retomara también, en un montaje de larga repercusión, la Electra Garrigó de Virgilio Piñera.

La concepción del espectáculo subrayaba la cubanía y el tono paródico del texto original; el juego contrapuntístico entre el autoritario molde clásico y la subversión democratizante de una representación donde la gestualidad subraya el sentido de la palabra. La tendencia a la esterilización ponía el acento en un trabajo orientado a la exteriorización expresiva de los sucesos. En medio de la precariedad material, Prometeo logró reunir excelentes elencos. Ante un público escaso, la entrega de los intérpretes era total. Cuentan que en una ocasión alguien se dirigió desde el proscenio al distinguido público. En la penumbra del lunetario, una voz solitaria respondió: mi nombre es Oscar. Al cabo, Oscar los convidó a una taza de café con leche. Si el público era escaso, también faltaban con frecuencia los críticos establecidos, aquellos que dominaban las páginas dedicadas al cine y el teatro en los grandes periódicos, llenas de anuncios pagados por las empresas distribuidoras de películas. A ellas estaban concedidas todas las prioridades. Tampoco podía faltar la función del Patronato del Teatro, en su sala Talía, que tenía rango de acontecimiento social. Entre los fieles de la vanguardia despuntaba una

generación emergente, movida por una similar voluntad renovadora.

Para garantizar la estabilidad de su propio proyecto, el actor Adolfo de Luis decidió aventurarse en la búsqueda de una solución intermedia. Eje fundamental de La Habana del centro, a lo largo de unas pocas cuadras, entre perfumes dulzones, Galiano bullía en la efervescencia diurna de las tiendas por departamentos. Al caer la noche, paseantes silenciosas recorrían la zona para contemplar en las vitrinas el espectáculo de las cosas que no estaban a su alcance. Sucesor de El Encanto en el gusto chic, el América había sido desplazado por los cines de El Vedado: Radiocentro —junto al pujante consorcio de los medios masivos— y La Rampa. En unos altos cerca de la iglesia de Monserrate, instaló Adolfo de Luis su grupo Atelier. Con cubierta de cartulina amarilla y papel cromado, el programa contenía breves reseñas del autor y la obra, así como fotos del reparto. El arreglo del local implicó algunas inversiones. Sin hacer muchas concesiones, la selección del repertorio combinaba textos novedosos a la vez que asequibles, con algunos más complejos, transgresores en el plano de la escritura y en las intenciones. Así ocurrió con el trabajoso estreno de La boda, de Virgilio Piñera. La concepción realista del director, estudioso de Stanislavski, resultaba algo incongruente respecto a la perspectiva absurda y paródica del escritor. El estreno fue desconcertante para casi todos. A pesar de su austeridad, la empresa era incosteable. Y una noche, el teatrista escapó con sus bártulos a cuestras. Dejaba a los acreedores el escenario, la utilería y las butacas.

Otra vez, en La Habana del centro, en la calle Neptuno, se reunían los fundadores de Teatro Estudio. A través de las búsquedas que les precedieron, los participantes habían acumulado una significativa experiencia. Advirtieron las insuficiencias. La práctica de la escena se entrelazaba con el desarrollo de la teoría. Desde la renovación de los 40, se había formulado la preocupación por vincular el pensamiento y la acción. Surgió la revista Prometeo, con su espacio dedicado a la crítica y sus textos sobre

temas de historia del teatro. Su objetivo implícito se limitaba al deseo de divulgar, de establecer un determinado sistema de referencias. Sin embargo, había llegado la hora del *metteur en scène*. Despuntó a fines del siglo XIX con André Antoine y se reafirmó con Stanislavski y con todos aquellos que modularon la escena en los años subsiguientes. La formación del actor y el sentido de la representación se habían modificado a partir de la Segunda Guerra Mundial. El vínculo entre teatro y sociedad adquirió importancia capital y, con ello, la necesidad de reconquistar un público dominado por el cine, mediante una lectura actualizada de clásicos y contemporáneos. Los artistas no se limitaban a montar un espectáculo. Diseñaban una estrategia integral. Actor, Vicente Revuelta se había desempeñado con éxito en las tablas. Cumplió su etapa de aprendizaje en Europa. Utilizó, para la reflexión teórica, el espacio de *Nuestro Tiempo*. De lo acumulado en esa intensa etapa, nació el célebre manifiesto de Teatro Estudio. La concepción artística se imbricaba estrechamente con una visión del mundo convertida en patrimonio de todos los participantes. En ella entraba también el conocimiento de la realidad nacional; el rigor en la elaboración del lenguaje artístico se unía a la aguzada conciencia de su papel social. No tuvo Teatro Estudio su propio espacio para la representación. En 1959, tuvo un breve instante de tránsito cuando estrenó, al costado de la ciudad vieja,

en el Palacio de Bellas Artes. *El alma buena de Se-Chuan*. Bertold Brecht, que ya algunos habían leído por entonces, sorprendió en el escenario. Luego, otro paso por la periferia, en Mariano.

En esos días, se iba transformando El Vedado. Su rostro —su forma externa, diría— era el mismo; pero su contenido, su función social, se modificaba. Desgajado del comercio, la creación de nuevas instituciones reafirmaba su carácter de centro cultural.

Los teatros se concentraron en un territorio relativamente estrecho. Cristalizó una experiencia acumulada a través de años de entrega, de búsquedas y de sacrificio. Las distintas tendencias forjaron su propia estética.

Y se habían sentado las bases de una ética de voluntariosa dedicación al artesanal trabajo cotidiano, de reflexión sobre el sentido de la relación con el destinatario, de respeto a ese momento sagrado, irreplicable de la función, del debate y la complicidad de cada noche.

©  2001.

El último juego

Roberto González Echevarría

Profesor. Universidad de Yale.

—¿Quién es el mejor manager en realidad,

Luque o Mike González?

—Creo que son iguales.

Ernest Hemingway,

El viejo y el mar

La madrugada era fresca y clara en La Habana el martes 25 de febrero de 1947. El viento alejaba las altas nubes de las lluvias del día anterior mientras un resplandor dorado comenzaba a revelar el horizonte de la ciudad. Los vendedores de periódicos rompían el silencio con sus gritos; las botellas de leche tintineaban en las aceras ante las puertas de los clientes al ser depositadas por los lecheros, quienes completaban sus rondas. Apenas comenzaba a escucharse el estruendo de los ómnibus y el estrépito de los tranvías. Pronto, como impelidos por un repentino apremio migratorio, miles de personas los abordarían, uniéndose a los que iban a pie o en carros. Se dirigirían al Gran Stadium de

La Habana, el nuevo parque de beisbol no lejano del centro, hacia el sur. Esa tarde se produciría el final más dramático de los casi setenta años de historia de la Liga Cubana, en un juego que —aunque nadie aún lo sabía— sería el más importante que se hubiera realizado hasta el momento en la Isla, tal vez el último de tal envergadura.

En Santos Suárez, un barrio de clase media de La Habana, que se había desarrollado sobre todo en los años 20 en un estilo que recordaba a California, un hombre de treinta años se disponía a desayunar. Quería llegar temprano al estadio para encontrar asiento o simplemente para poder entrar. Su hijo de tres años comenzó a suplicar que lo llevaran al juego. No le hicieron caso; por eso ahora debo reconstruir lo que ocurrió aquella tarde. Mi padre (y tocayo) me contaría después —cuando yo todavía seguía desconsolado y le reprochaba no haberme llevado al juego con él—, que a media mañana había encontrado las gradas ya bastante llenas (para el juego de las 3 de la tarde) y la atmósfera carnavalesca era rasgada por los gritos de quienes hacían las primera apuestas. (En el parque se permitió esta práctica hasta el fin del deporte profesional

Versión de un capítulo del libro *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball* (Oxford University Press, Nueva York, 1999), enviada especialmente por el autor para este número de Temas.

en Cuba). Cuando comenzó el juego —me contaba, insinuando lo peligroso que habría sido todo aquello para mí, a edad tan temprana—, los espectadores estaban en el terreno, separados de los jugadores por sogas, mientras otros, más intrépidos, habían subido por docenas a las torres del alumbrado.

Febrero es un mes fabuloso en el Caribe, una suerte de primavera repentina, sobre todo para quienes han sufrido el frío glacial del Norte y su deprimente oscuridad. Hay un aire fresco, relajante, y una claridad suave, que disfrutan sobre todo los nativos, quienes sufren todos los años los días húmedos, abrasadores, del verano. Una tarde de febrero en La Habana es perfecta para un juego de pelota y la de hoy sería memorable. Quienes se apresuraban en llegar al estadio sabían que el juego decidiría el campeonato de 1946-1947 a favor de uno de los dos enconados rivales, los Rojos del Habana y los Azules del Almendares; los dos managers más reverenciados de la historia del beisbol profesional cubano se enfrentarían por primera vez en un juego en que se arriesgaba todo, y la excitante contienda que estaba a punto de terminar marcaba el final de la temporada más exitosa de la Liga Cubana, en la que se había llenado repetidamente el recién estrenado estadio que nada tenía que envidiar a los de grandes ligas. Una vez que llegaran allí, los fanáticos descubrirían que el lanzador del Almendares, Max Lanier —que había derrotado al Habana solo cuarenta y ocho horas antes— iba a subir de nuevo al montículo para intentar una rara hazaña de resistencia y voluntad. Lo que no podían saber ni siquiera los fanáticos más conocedores era que el juego de esa tarde estaba plagado de augurios para el beisbol cubano y era una batalla crucial en una guerra más amplia en la que participaban el beisbol organizado de los Estados Unidos, el de la Liga Mexicana y el caribeño en general. La Liga Mexicana había desafiado al monopolio de talentos del beisbol estadounidense, y la inminente integración racial en las grandes ligas iba a cambiar para siempre los lazos tradicionales que existían entre la Liga Cubana y las Ligas Negras. La inquietud laboral entre los jugadores y el surgimiento de una liga rival en Cuba, que retaba al circuito profesional establecido, habían creado algo de inestabilidad, y la independencia relativa de que disfrutaba la Liga Cubana en relación con el beisbol estadounidense estaba a punto de terminar. Nunca más jugarían las figuras establecidas de las ligas mayores en la pelota cubana y las estrellas del país serían esporádicamente amonestadas por eso en el futuro. De hecho, a algunas estrellas cubanas se les prohibiría jugar en Cuba, como sanción por haber jugado en México. Otros hechos, todavía desconocidos, hijos del azar, fueron que nunca más el Habana y el Almendares se verían enfrentados en una contienda como esta y nunca

los patriarcas del beisbol cubano, Miguel Ángel González y Adolfo Luque, volverían a chocar en un encuentro tan trascendental como el que se iba a producir en el Gran Stadium.

Quiso el destino que el juego de la tarde del 25 de febrero fuera presenciado por algunos de los protagonistas de las históricas luchas que se desarrollaban en aquel momento en el beisbol organizado. Los Dodgers de Brooklyn, dirigidos por el irascible Leo Durocher y el pomposo Branch Rickey, habían aterrizado en La Habana el día 20 para comenzar su entrenamiento de primavera en el nuevo Gran Stadium. Con ellos venía la seductora Laraine Day, la actriz con quien se había casado Durocher después de un escándalo que había recibido gran publicidad, y Jackie Robinson, quien acababa de poner fin a una fabulosa primera temporada en el beisbol organizado como miembro de los Royals de Montreal, el equipo de los Dodgers en la Liga Internacional. Rickey, que había preparado con cuidado la entrada de Robinson en el beisbol organizado, había escogido La Habana para este entrenamiento de primavera, especialmente crucial, debido a que las relaciones raciales en esa ciudad eran menos restrictivas. Además, no era esta la primera vez que los Dodgers venían a La Habana a entrenar y disfrutar de su clima primaveral. Desde principios de los años 40, La Habana había sido un lugar favorito de entrenamiento y solo se había abandonado a causa de las restricciones que la guerra impuso a los viajes. Los Dodgers pronto serían noticia cuando Durocher, a quien se vio con algunos tahures en el Gran Stadium durante un juego de exhibición contra los Yankees de Nueva York, fue suspendido por el Comisionado A. B. Chandler («Happy»)¹.

Se anticipaba que Robinson pronto pasaría de los Royals a los Dodgers, rompiendo oficialmente, de ese modo, la barrera de color en el beisbol moderno de Grandes Ligas. La presencia de Robinson en La Habana no podía ser más significativa para la pelota profesional cubana. Su contratación, el año anterior, fue uno de los varios cambios importantes en el deporte que harían de la temporada de la Liga Cubana de 1946-1947 el fin de una era y el comienzo de otra. Con Robinson y el pequeño número de negros que entró en el beisbol organizado en el decenio siguiente, las Ligas Negras —una de las principales fuentes de talento de la Liga Cubana— entraron en una declinación lenta, pero irreversible, que hizo peligrar las carreras de muchos jugadores negros, ya maduros, que no fueron contratados por las Ligas mayores ni por las menores. En un nivel estrictamente comercial, la integración racial del beisbol organizado fue uno de la serie de movimientos monopolistas de las Grandes Ligas que

afectarían profundamente la pelota profesional en Cuba y en otros lugares del Caribe, México y América Central y del Sur.

Otro factor conexo fue el surgimiento de la Liga Mexicana bajo la dirección de Jorge Pasquel, que amenazaba el control absoluto que los dueños de equipos en los Estados Unidos tenían sobre sus jugadores. Cuba y México disfrutaban las recompensas del auge económico de posguerra, así como de una plétora de jugadores buenos; mientras que en los Estados Unidos, los veteranos de guerra llenaban los listados de los equipos de las Ligas mayores y menores. La disponibilidad de tanto talento, capaz de desbordarse a ligas no regidas por el beisbol organizado, dio origen a un conflicto de largo alcance en el que finalmente prevalecieron los más fuertes intereses estadounidenses. La temporada de 1946-1947 de la Liga Cubana reflejó esta lucha, la cual culminó a principios del verano con un acuerdo oficial entre el beisbol cubano y el estadounidense. Este pacto cambió la naturaleza de la Liga Cubana hasta su deceso en 1961, como consecuencia de la revolución dirigida por Fidel Castro. Pero en La Habana, y en toda Cuba, y de hecho en buena parte del Caribe y de América Central, a donde llegaban las transmisiones radiales, el centro de atención este martes 25 de febrero era el juego de esa tarde entre el Habana y el Almendares en el Gran Stadium, no los Dodgers ni los problemas del beisbol estadounidense.

El nuevo estadio, ubicado en el Cerro, en un tiempo una aristocrática barriada de La Habana, pero ahora un barrio popular, era el símbolo más tangible de los recientes cambios ocurridos en el beisbol profesional cubano. La nueva instalación daba cabida a más de treinta mil personas, mientras que La Tropical (el gran estadio de la cervecería Tropical), donde la Liga había jugado desde principios de los años 30, solo acogía unas quince mil. Y lo que es más importante, La Tropical, como se le llama al parque en Cuba, era parte de los jardines de una cervecería que incluía salones de baile y otras atracciones, y pertenecía al viejo dinero cubano. La cervecería era propiedad de Don Julio Blanco Herrera, un patriarca deportivo que había construido el estadio para que Cuba pudiera servir de anfitrión a los Juegos Centroamericanos de 1930. El ambiente bucólico y los enormes espacios necesarios para acomodar el campo y pista y otros deportes hacían de La Tropical una bella arena deportiva, pero no era posible ampliarlo sin cambiar por completo su carácter. El nuevo estadio, por otra parte, fue construido por Roberto Maduro, «Bobby», y Miguel Suárez, «Miguelito», descendientes ambos de nuevas familias millonarias, cuyo dinero procedía de los seguros y tenían fuertes vínculos con intereses estadounidenses. El hecho

de que la Liga abandonara La Tropical por el Gran Stadium del Cerro fue un importante desafío comercial que no quedó sin respuesta: se formó otra liga, que recibió el nombre de Liga de la Federación, financiada principalmente por Don Julio y que competía en talento (nacional y extranjero) con la establecida. Operó en el viejo parque en la temporada de 1946-1947.

El paso de La Tropical al Gran Stadium fue reflejo de la estabilidad que Cuba disfrutó durante la Segunda Guerra Mundial, así como de la mayor cercanía a los Estados Unidos que este conflicto produjo. La guerra aumentó los precios y la demanda del azúcar y el ejército norteamericano instaló bases aéreas en la Isla, construyó o reconstruyó aeropuertos en Camagüey, Cienfuegos y San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, y mantuvo efectivos en instalaciones estratégicas como las minas de níquel de Nicaro. Batista había sido electo para la presidencia apoyado por una coalición que incluía a los comunistas. Batista se cubrió con un manto democrático al entregar el poder pacíficamente a su sucesor y rival, el Dr. Ramón Grau San Martín, en 1944. Julio Blanco Herrera, que había disfrutado del favor de Batista, se encontraba ahora buscando el de Grau cuando la Liga Cubana abandonaba su parque y su patrocinio.

Todo esto bullía bajo la superficie cuando el país completo hacía una pausa para la épica contienda entre el Habana y el Almendares. Por la mañana temprano, los Dodgers realizarían ligeros ejercicios en el Gran Stadium, la mayoría de ellos probablemente al margen del frenesí partidista que los rodeaba y de la importancia del juego que se desarrollaría esa tarde en ese mismo terreno. Al romper el alba del 25 de febrero, Max Lanier —quien sería el protagonista de ese drama vespertino y que en un tiempo, cuando lanzaba para los Cardenales, había sido el tormento de los Dodgers de Durocher— se movía en su apartamento. Muchos años después me diría que no le intimidaba la importancia del juego, que no lo tocaba verdaderamente la rivalidad entre el Habana y el Almendares, que era algo solo cubano. Por todas partes había maletas semiempacadas; Lanier tenía boletos para el vuelo nocturno. Regresaría a la Florida y a su familia, en Saint Petersburg, cualquiera que fuera el resultado del juego. Dejaría el duelo o los festejos a los demás. La temporada beisbolera de Lanier había sido crucial por razones mucho más importantes para él que un simple juego en tierra extraña. Lo había hecho salir no solo del beisbol organizado, sino también de los Estados Unidos. Como uno de los más notorios jugadores de las mayores que «saltaron» a la Liga Mexicana, al regresar a casa lo consideraban como a un traidor. Había sido un jugador verdaderamente destacado de las Grandes Ligas, había lanzado en dos Series Mundiales, y en 1946 había ganado seis juegos

seguidos antes de decidir abandonar a los Cardenales y aceptar el ofrecimiento de Pasquel. El domingo, Lanier había ganado un juego de vida o muerte contra el Habana, que puso al equipo Almendares en posición de empate con los Rojos. El lunes, Almendares logró medio juego de ventaja en un encuentro plagado de difíciles decisiones estratégicas sobre las que los fanáticos discutirían durante los siguientes decenios. El juego del martes decidiría el campeonato.

La batalla que se anticipaba enfrentaba a los que la frenética prensa nacional, con característica licencia hiperbólica, llamaba «los eternos rivales»: los Rojos o Leones del Habana y los Azules o Alacranes del Almendares. En los términos relativos de la breve historia del béisbol, la exageración de los excitados cronistas y narradores deportivos no era en realidad demasiado desmedida. Los equipos que se enfrentaban esa tarde eran más viejos que la mayoría de los de las Grandes Ligas: los Rojos del Habana y los Azules del Almendares existían desde el decenio de 1860 y habían comenzado a jugar uno contra el otro regularmente desde 1878, cuando se fundó la Liga Cubana, veinte años antes de que Cuba fuera independiente de España. La temporada de 1946-1947 los había visto batallar con triunfos y fracasos: los Rojos habían prevalecido desde mediados de temporada y los Azules se habían apresurado a alcanzarlos al final, mientras Cienfuegos y Marianao, equipos con pocas posibilidades de ganar, ofrecían buena competencia a ambos y participaban también en los juegos cruciales. Los cuatro equipos no solo eran de alta calidad, sino que estaban llenos de jugadores cubanos legendarios cuyas carreras se remontaban a los años 20. Había también muchos jugadores estadounidenses, mexicanos y hasta un venezolano. La temporada de Cuba había sido la mejor del Caribe en aquella ocasión.

Como en todas las batallas épicas, Habana y Almendares, con seguidores a los que no hace justicia la palabra «fanático», estaban dirigidos por dos héroes de proporciones gigantescas, dos de los patriarcas del béisbol cubano moderno. El Habana era comandado desde 1938 nada menos que por Miguel Ángel «Mike» González, graduado del Gas House Gang de los Cardenales. El Almendares, que llevaba el nombre de un río de la capital, tenía el mayor número de seguidores en el país y en toda la cuenca del Caribe por medio de las transmisiones radiales. Era dirigido por Adolfo Luque, a quien los norteamericanos llamaban «Havana Perfecto» o «The Pride of Havana» (nombre de un tabaco habano, por supuesto), y los cubanos «Papá Montero» (un bailarín folklórico y proxeneta afrocubano). En 1923, Luque había ganado 27 juegos para los Rojos del Cincinnati y, entre 1918 y 1935, 194

juegos para ellos, los Gigantes de Nueva York y los Dodgers de Brooklyn.

Las carreras de González y Luque se remontaban a los primeros años del siglo y se entrelazaban con la historia moderna de la Liga Cubana. Luque era conocido por su temperamento explosivo y lengua cáustica, así como por su estilo de lanzar. Se decía que iba armado, incluso con su uniforme, y era un poco bebedor y parrandero. Luque vivía al día. Miguel Ángel, de poco bateo pero notable receptor defensivo, era una persona tranquila, estudiosa, con buen sentido para los negocios; terminó de dueño del Habana y con una fortuna considerable. Era un hombre delgado con orejas paradas y, en su juventud, parecía un Stan Laurel de mayor tamaño que el que hacía pareja con Oliver Hardy. Por lo alto y enjuto lo llamaban «Pan de Flauta» o «Canillitas», tal vez debido a que tenía las piernas delgadas o probablemente porque caminaba como Charles Chaplin, a quien daban ese nombre.

En la mañana del 25 de febrero, Luque y Miguel Ángel todavía no habían conformado sus alineaciones. Ambos debían realizar decisiones cruciales en lo tocante al lanzador. Todavía se escuchaban en las gradas fuertes debates, por decisiones tomadas los dos días anteriores. El resbalón de los Rojos y la pérdida del juego del lunes había hecho de Miguel Ángel el chivo expiatorio, pero una victoria podía redimirlo y el Habana había ganado con tanta frecuencia en la temporada, que una victoria más podía ser posible. Al Almendares, por otra parte, le había costado mucho llegar a ese día. Sus dos ases zurdos, Agapito Mayor y Lanier, estaban agotados. El «Triple Feo», como le decían a Mayor, había vencido al Habana el día anterior. ¿Quién abriría el juego? Un examen de la temporada mostraría las opciones que encaraban ambos patriarcas del béisbol cubano cuando se enfrentaban en la tarde del 25 de febrero de 1947, y las fuerzas más amplias que contribuyeron a conformar el resultado de la temporada.

La Liga mexicana

En la primavera y el verano de 1946 habían circulado noticias de que Jorge Pasquel intentaba mejorar la Liga Mexicana contratando a estrellas cubanas de las Grandes Ligas. La Liga Mexicana existía desde los años 30 y en México se había jugado pelota desde el siglo XIX. Pero a fines de ese decenio y principios de los 40, la Liga Mexicana había comenzado a atraer a un número creciente de jugadores negros estadounidenses, así como a cubanos de todos los colores, y a otros latinoamericanos. Con estos reclutados y los jugadores locales, era un circuito bastante fuerte y representaba una opción para los jugadores que no se

En un nivel estrictamente comercial, la integración racial del beisbol organizado fue uno de la serie de movimientos monopolistas de las Grandes Ligas que afectarían profundamente la pelota profesional en Cuba y en otros lugares del Caribe, México y América Central y del Sur.

sentían cómodos en los Estados Unidos. Había sobre todo cubanos, puertorriqueños, venezolanos y dominicanos negros, pero también unos pocos blancos de esos países. La mayoría de los jugadores eran, sin duda, negros norteamericanos y cubanos.

Lo que Pasquel intentaba hacer era mejorar la calidad del juego contratando a jugadores estadounidenses de las grandes ligas y elevar la imagen del beisbol mexicano robando el mayor número posible de nombres de brillo. Como presidente y prácticamente zar de la Liga, llenó a los equipos de talentos, logró que otras personas invirtieran en los locales e incluso importó de Cuba a los árbitros Raúl Atán («El Chino»), y Amado Maestri.² Pasquel iba de un lado a otro exhibiendo literalmente fajos de billetes ante las estrellas estadounidenses e incluso le envió un cheque en blanco, firmado, a Bob Feller. Sus maniobras no dejaron de atraer la atención hacia su persona y hacia la Liga Mexicana, sobre todo cuando unos pocos de los jugadores norteamericanos decidieron tomar el dinero, rompiendo con ello los contratos con sus equipos y con el beisbol organizado de los Estados Unidos.

Jorge Pasquel, que había jugado en la Liga Mexicana y la había dirigido durante breve tiempo, era un multimillonario con gustos costosos, que disfrutaba de la vida y sentía un profundo orgullo nacionalista. En un mercado capitalista, la cuestión era tener dinero y él y sus hermanos tenían mucho. Hasta donde he podido confirmar, los Pasquel controlaban la aduana de México y recibían una tajada de todas las importaciones. Pero Pasquel no tomó en cuenta que su nacionalismo tenía una fuerte contrapartida en los Estados Unidos, donde muchos propietarios de equipos consideraban que el juego les pertenecía. El beisbol era, al fin y al cabo, el juego nacional y parte del patrimonio del país. Pasquel tampoco tomó en cuenta el racismo y el desprecio generalizado que había en los Estados Unidos hacia todo lo mexicano.

No es sorprendente que Pasquel lograra sus mayores triunfos en sonsacar a los jugadores de calidad de los Cardenales de Saint Louis: además de Lanier, el lanzador Fred Martin y el prometedor fildeador Lou Klein también se habían ido al Sur. En los años 30, bajo la dirección de Branch Rickey, los Cardenales habían sido el primer equipo en crear un «sistema» compuesto por

muchos equipos de ligas menores en que cientos de jugadores bregaban por salarios muy bajos, con poca esperanza de llegar a las mayores. También fue de los Cardenales que Pasquel recibió el tipo de respuesta que buscaba. Desafiando a otros magnates del beisbol, Sam Breadon, propietario de ese club, tomó un avión a México para hacerle a Pasquel una visita de cortesía. Fueron juntos a un juego y los fotografiaron en el estadio. El mexicano estaba recibiendo el respeto del que se consideraba acreedor. En una entrevista realizada en el otoño de 1946, Pasquel proclamó que el Sr. Breadon era un caballero y que, por lo tanto, no se metería con los Cardenales, pero que seguiría detrás de los jugadores de todos los demás equipos.³

El beisbol organizado reaccionó al desafío mexicano con un ataque de xenofobia proteccionista: prohibió que todos los jugadores que firmaran con Pasquel jugaran en el país durante cinco años y amenazó a quienquiera que negociara con él. Pasquel persistió mostrando fajos de dólares a los jugadores, quienes los tomaban y se encaminaban a México. Aparte de los tres cardenales, los Dodgers perdieron a Mickey Owen, a la estrella puertorriqueña Luis Rodríguez Olmo y al jardinero canadiense Roland Gladu. A los Gigantes les dieron duro, pues se quedaron sin los cubanos Napoleón Reyes y Adrián Zabala, además de Sal Maglie, Roy Zimmerman, George Hausmann, Danny Gardella, Ace Adams y Harry Feldman. El Filadelfia perdió al cubano René Monteagudo y los Rojos al lanzador, también cubano, Tomás de la Cruz. El Cleveland, al receptor Jim Steiner; los Atléticos, al jardinero cubano Roberto Estalella; el Detroit, a Murray Franklin y los Medias Blancas, a Alejandro Carrasquel. Los Senadores perdieron al bateador cubano Roberto Ortiz y los Browns a Vern Stephens. Pero estos eran solo jugadores de los listados de grandes ligas. Muchos otros, como Hayworth y Mayor, que estaban en las menores, fueron también a México, por no mencionar a muchos jugadores de las Ligas Negras.

Para los negros estadounidenses el atractivo de la Liga Mexicana era evidente. En México eran celebridades a escala nacional, los trataban como a iguales y tenían acceso a todo. Puede que adaptarse a la lengua, la comida y la cultura en general les resultara difícil, pero la sensación de libertad y reconocimiento

debe haber sido estimulante. Para los jugadores cubanos, blancos y negros, el atractivo era aún mayor. Allí no tenían que sufrir discriminación alguna y no tenían el obstáculo de la lengua. En el caso de los cubanos negros, era mejor que estar en casa, porque, salvo tal vez en los niveles más altos de la sociedad, los negros disfrutaban en México de una igualdad desconocida en Cuba: no podían rechazarlos en algunos hoteles, clubes, restaurantes o bares, como solían hacerlo en Cuba. Varios prominentes peloteros negros cubanos no solo jugaron, sino que se asentaron allí y se casaron con mexicanas: Santos Amaro, Pedro Orta, Avelino Cañizares y Héctor Rodríguez, entre otros.⁴

Los cubanos blancos también disfrutaron México; muchos escucharon el llamado de Pasquel y rompieron sus contratos con el beisbol organizado. El atractivo de México para los jugadores no estadounidenses es un factor que no suele tomarse en cuenta al evaluar la reacción del beisbol organizado a las «incursiones» de Pasquel. La Liga Mexicana atrajo a muchos latinoamericanos que tenían contratos en los Estados Unidos. La mayoría de ellos, como Agapito Mayor, Sandalio Consuegra y Andrés Fleitas, eran cubanos; pero había también puertorriqueños y venezolanos. Por no mencionar, por supuesto, que era más que probable que cualquier talento mexicano en desarrollo permaneciera en casa. Al principio de la temporada de la Liga Cubana 1946-1947, los mejores peloteros latinoamericanos se encontraban en equipos mexicanos y fueron a La Habana ese invierno. No pocos estaban haciendo más dinero de ese modo que muchos de las mayores, y bastante más del que podían haber esperado en las menores. El beisbol organizado no solo estaba en peligro de perder a sus propias estrellas, sino también a la creciente cantera de latinos, especialmente rica, ahora que se permitía que negros latinoamericanos —como Orestes Miñoso— firmaran con los equipos de Grandes Ligas.

El otro estadio

Pasquel también provocó problemas políticos en la pelota cubana, que se exacerbó con el paso de La Tropical al Gran Stadium del Cerro. Julio Blanco Herrera quedó sin beisbol profesional en su conocido parque y eso no le agradaba. Se cuenta que los propietarios y arrendadores de equipos de la Liga Cubana le pidieron al viejo, dada la excelente asistencia a los juegos durante los años de guerra, que mejorara La Tropical o ellos construirían un estadio nuevo. Se dice que Don Julio respondió que nadie iba «a construirle un estadio» o algo parecido y, además, que no cambiaría su parque. Ante esto, Suárez y Maduro, ayudados por el mágico

promotor Emilio de Armas, formaron una corporación y construyeron un estadio nuevo en un año. De todos modos, como gesto de reconciliación, ofrecieron a la cervecería La Tropical derechos exclusivos para vender su producto en el Gran Stadium. Quijotesca mente, Don Julio se negó a ello, por lo que la pizarra del nuevo parque tenía enormes anuncios de la cerveza Hatuey, su rival, y fue construida por la Compañía Bacardí. Dado este estado de cosas y los temores de peloteros que no querían asociarse con los que habían jugado en la liga de Pasquel, Don Julio convino en ayudar a organizar y financiar otra, la Liga de la Federación, que jugaría en La Tropical.

Durante el gobierno de Batista, se había fundado la Dirección (o Federación) Nacional General de Deportes y Educación Física y se escogió para dirigirla a su asociado, el Coronel Jaime Mariné. Cuando terminó el período presidencial de Batista, en 1944, y Grau San Martín asumió la presidencia, nombró a Luis Orlando Rodríguez para el cargo de Mariné. Luis Orlando era lo opuesto del coronel; de hecho, había sido un opositor de Batista, buscado por la policía.

Aunque Grau, un antiguo revolucionario envejecido, lo nombró para el cargo, apenas asignó presupuesto a la Federación. Pero Luis Orlando era un político nato y un hombre de relaciones públicas. Julio Blanco Herrera puso a su disposición fondos de concesiones y empresas ganados en la última temporada de beisbol de La Tropical, que resultó muy lucrativa, y este los usó para iniciar el nuevo proyecto. La Liga de la Federación Nacional de Educación Física y Deportes, o simplemente la Liga de la Federación, operaría como una cooperativa y las ganancias se compartirían equitativamente entre los jugadores. Este plan pronto fracasó cuando, para competir con la Liga Cubana, se ofreció a los jugadores estadounidenses Ray «Talúa» Dandridge y Booker McDaniels, lo que los reporteros del momento llamaron «salarios fabulosos». Ambos abandonaron el Marianao en el Gran Stadium para jugar en La Tropical, lo que provocó un escándalo, y la rivalidad entre ambas ligas se hizo desagradable.

La lucha política se intensificó cuando se presentaron al Congreso de Cuba dos leyes opuestas sobre el tema. Una, evidentemente redactada por quienes favorecían a la Federación, asignaría a esa organización un presupuesto de \$700 000 y facultades para reglamentar el beisbol profesional. La ley opuesta crearía el cargo de comisionado de beisbol, pero sin vínculos con la Federación. Al final, el único dinero que el gobierno asignó a Luis Orlando Rodríguez fue un pequeño estipendio tomado de los ingresos de la lotería nacional. A pesar del dinero que le había dado Don Julio, sus prerrogativas eran limitadas, como pronto se hizo evidente cuando intentó suspender al lanzador Pedro

«Natilla» Jiménez, por no cumplir su contrato con la Liga de la Federación. La Liga Cubana, en la que jugaba por el Habana, respondió que no reconocía la jurisdicción de la Federación, y Jiménez se mantuvo activo en su equipo sin que se le molestara.

Irónicamente, la Federación y la Liga que promovió, luchaban contra el monopolio de la Liga Cubana defendiendo uno mucho mayor: el del beisbol organizado de los Estados Unidos. Los equipos de La Tropical contrataban peloteros que no tuvieran conexiones con México, mientras la mayoría de los del Gran Stadium habían jugado o dirigido allí. Maduro, Suárez y Miguel Ángel González, todos los cuales tenían fuertes vínculos con el beisbol organizado, le facilitaban el juego a Pasquel al intentar mantener la independencia de la Liga Cubana. La confusión era suprema. Tal vez para mantener a sus jugadores en línea, la Liga Cubana anunció que estaba a punto de aumentar el número de estadounidenses que cada equipo podía tener, lo que provocó el pánico entre los cubanos, que temieron perder sus empleos. Esta acción sacó a la luz la necesidad de sindicalizarse. Tomás de la Cruz y Napoleón Reyes tomaron la iniciativa y crearon, oficial y jurídicamente, la Asociación Nacional de Peloteros Profesionales de Cuba. Al principio dijeron que se trataría, sobre todo, de una organización social; pero esto no engañó a los propietarios, quienes de inmediato aceptaron una serie de demandas sobre salarios y condiciones de trabajo. Otro gesto de apaciguamiento fue fijar la fecha para un juego, a fines de enero de 1947, en el Gran Stadium entre «Los mejores del Habana» y «Los mejores del Almendares» —ambos seleccionados por los fanáticos— cuyas ganancias irían a la Asociación. Resultó ser de un enorme éxito, sobre todo cuando Luque y Miguel Ángel jugaron en la última entrada; un acontecimiento «histórico», según lo llamó la prensa. Aunque a «Papá Montero» le conectaron un jit, de todos modos jugadores en activo, a los que Luque les doblaba la edad, no hicieron carreras en la entrada.

Para fines de ese enero, Luque y Miguel Ángel estaban enfrascados en una enconada lucha por el campeonato de la Liga Cubana, y el Habana comenzaba a caer de la posición cimera.

Federación vs. Liga Cubana

A pesar de todas sus dificultades, el campeonato de la Liga de la Federación tuvo bastante éxito y atacó a la Liga Cubana en su flanco más débil: que todos los equipos de esta jugaban exclusivamente en La Habana. Incluso el Cienfuegos, llamado como una ciudad del centro-sur de la Isla, jugaba siempre en el Gran Stadium.

La temporada de la Federación comenzó con tres equipos: los Havana Reds (con nombre en inglés para evitar problemas jurídicos); el Oriente (con uniformes azules, por lo que se jugaba con la rivalidad entre el Habana y el Almendares), que tenía base en Santiago de Cuba, en el extremo oriental de la Isla; y el Matanzas. En diciembre, la Liga añadió el Camagüey, para una «segunda vuelta», y anunció planes para que el equipo ganador fuera a un playoff con su contraparte de otro campeonato profesional que se jugaba en la provincia de Oriente. Esta liga estaba compuesta por cuatro equipos: Contramaestre, Santiago, Holguín y Camagüey. Los planes no fructificaron, pero el campeonato oriental continuó desarrollándose durante enero. Y aunque la inclusión del equipo de Camagüey en la Liga de la Federación atrajo a muchos fanáticos a los juegos que se desarrollaron en la capital provincial de ese nombre, el experimento duró poco y terminó con acritud, cuando los peloteros se negaron a salir al terreno para un doble encuentro, si no se les pagaba con antelación. Pero el que resultó ser un verdadero éxito fue el equipo de Matanzas, que jugaba en el «histórico» Palmar del Junco, el parque donde supuestamente se jugó pelota por primera vez en Cuba. Guiado por Silvio García, quien dirigía, lanzaba y jugaba el campo corto, el equipo actuó muy bien y atrajo a entusiastas multitudes.

La nueva Liga estaba compuesta principalmente por jugadores cubanos pertenecientes a equipos del beisbol organizado de los Estados Unidos y tenían —con razón— que jugar con norteamericanos —a quienes el Comisionado Chandler había excluido durante cinco años— pusiera en peligro sus carreras. Este era el caso del receptor Fermín Guerra, que pertenecía a los Senadores y en el invierno había sido cambiado a los Atléticos del Filadelfia; Gilberto Torres, jardinero y lanzador de los Senadores; y el primera base Regino Otero, que jugaba con Los Ángeles, en la Liga de la Costa del Pacífico. Otros que tenían contratos, pero en las ligas menores, eran Ángel Fleitas (hermano de Andrés, que pertenecía a los Senadores), José Antonio «Tony» Zardón, Luis «Witto» Alomá, y Manuel «El Chino» Hidalgo, todos también de los Senadores. Los dos mayores atractivos de este campeonato fueron Julio «Jiqui» Moreno —que llevaba el sobrenombre de una madera dura cubana y que, cuando jugaba para el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, estaba entre los mejores lanzadores aficionados de la historia de Cuba—, y Conrado Marrero, quien es considerado el mejor lanzador aficionado de todos los tiempos. Marrero se inició en el beisbol profesional con el Oriente y tuvo una gran temporada. En los años 40, con la posible excepción de Roberto Ortiz, no hubo pelotero más popular en Cuba que Marrero, cuya inteligencia, control y vasto

repertorio de lanzamientos hicieron de él el más exitoso lanzador de la historia del beisbol aficionado en Cuba, en aquella época. Era un poco regordete y de estatura inferior a la media, de brazos cortos y manos pequeñas; parecía alguien disfrazado de pelotero y no un jugador de verdad; más un bodeguero o un campesino español que un atleta. En 1946, ya contaba con veinticinco años de edad, pero tuvo una larga y distinguida carrera en la Liga Cubana con el Almendares, y en la Liga Americana con los Senadores.⁵ Él y otros «saltaron» a la Liga Cubana cuando la de la Federación terminó en enero de 1947.

Pero el campeonato que cautivaba la atención de todos era el de la Liga Cubana en el Cerro. Además del Habana y el Almendares, los otros dos equipos eran los Elefantes del Cienfuegos, que representaban a la ciudad más hermosa de la costa sur de Cuba, conocida como «La Perla del Sur», y los Tigres de Marianao, que representaban a un municipio situado junto a La Habana, donde se encuentra el estadio de La Tropical. El Cienfuegos —que comandado por Luque había ganado el campeonato de 1945-1946—, durante 1946-1947 estuvo dirigido por el mejor jugador cubano de todos los tiempos, Martín Dihigo, «El Maestro» o «El Inmortal», que aparece consagrado en tres salones de la fama: el de los Estados Unidos, el de México y el de Cuba. Lanzador aplastante, que había sido estrella de las Ligas Negras de los Estados Unidos, era también un destacado bateador y podía jugar cualquier posición. Hubo una temporada en que fue, al mismo tiempo, el mejor lanzador y el mejor bateador de la Liga Mexicana. Dihigo era un negro alto, con un físico parecido al de Dave Winfield hoy, pero con la agilidad y gracia de movimientos de un Roberto Clemente, e igual de orgulloso. Hombre de talento verdaderamente excepcional, y no solo en asuntos de pelota, sobresalía donde quiera que jugaba, y era —y es— una figura reverenciada en Cuba. La historia de Dihigo, junto con la de González y la de Luque, es parte de la edad de oro del beisbol cubano, era de héroes y titanes. En la temporada de 1946-1947 todavía se mantenía activo y lanzó algunos juegos.

El Marianao fue dirigido, durante casi toda la temporada, por otro patriarca, Armando Marsans, en un tiempo un excelente jardinero y uno de los primeros cubanos que jugó en las grandes ligas, con los Rojos del Cincinnati. En el verano de 1946, Marsans, líder callado y eficaz, había dirigido a los poderosos Alijadores de Tampico de la Liga Mexicana, y muchos de sus jugadores lo siguieron al Marianao. Los cuatro equipos cubanos estaban compuestos por la crema del beisbol cubano, así como por parte del mejor talento de las Ligas Negras de los Estados Unidos, la Liga

Mexicana y los jugadores más prominentes del beisbol organizado de los Estados Unidos que habían firmado con Pasquel.

El Habana tenía a Leonard «Lennox» Pearson, en la primera base, un bateador derecho grande, poderoso de los Águilas de Newark; Hank «Machine Gun» Thompson, de los Monarcas de Kansas y luego de los Gigantes de Nueva York, estaba en el campo corto. Lou Klein, que había pasado de los Cardenales de Saint Louis a México, cubría tercera. Era un sólido bateador derecho y favorito en Cuba. Heberto Blanco, un negro cubano de los New York Cubans (de las Ligas Negras) y de la Liga Mexicana, estaba en segunda. Algunos lo consideran el mejor jugador cubano de esa posición en todos los tiempos. Su hermano Carlos era jardinero de reserva. En los jardines, el Habana tenía al popular Pedro «Perico» Formental, en el central, un bateador zurdo cubano de los Medias Rojas de Memphis, de la Liga Negra, y también sobresaliente en la Liga Mexicana. Henry Kimbro, otro bateador zurdo, aunque lanzaba con la derecha, de los Gigantes de Élite de Baltimore, también jugaba el central o cualquier otra posición en los jardines. Alberto «Sagüita» Hernández, un cubano negro que bateaba por encima de 300 en la Liga Mexicana, cubría el jardín izquierdo y bateaba a la derecha. René Monteagudo, zurdo, uno de los muchos cubanos contratados por los Senadores de Washington en los años 30 y 40 (cuando se fue para México, sin embargo, era propiedad del Filadelfia), también jugaba en los jardines. Detrás del plato, el Habana tenía al seguro Salvador Hernández, que en 1943-1944 había servido de receptor en ochenta y cuatro juegos de los Cachorros de Chicago antes de pasar a México. Su reserva era Raúl Navarro, también cubano, que el año anterior había jugado para el San Luis de la Liga Mexicana. Ambos bateaban a la derecha. Podía decirse que el equipo de lanzadores del Habana era el mejor de la Liga cuando abrió la temporada. Lo dirigía un zurdo veterano, bajito y corpulento, que se destacó en los Cuban Stars en los primeros tiempos de La Liga Nacional Negra. Se llamaba Manuel García, pero se le conocía como «Cocaína», «Coca» o «La Droga» por su capacidad de marear a los bateadores con sus bolas lentas; también porque el suyo era uno de los nombres más corrientes del país y, lo que era todavía peor, el de uno de los más notorios bandidos de Cuba en el siglo XIX. En la temporada de 1946-1947 ganó siete juegos seguidos antes de perder el primero. Era también un bateador poderoso y podía jugar los jardines. El principal lanzador derecho del Habana era Fred Martin, un cardenal que había pasado a México con Lanier; lo seguía Lázaro Medina, un cubano que jugaba con los Clowns de Cincinnati-Indianapolis en las Ligas Negras y con Tampico en la Liga Mexicana. El Habana estaba

cargado de lanzadores. Tenía también a Natilla Jiménez, estrella cubana de las ligas aficionadas; James «Jim» Lamarque, un majestuoso zurdo de los Monarcas de Kansas; el excéntrico Terris McDuffie, derecho veterano de las Ligas Negras. De niño, me gustaba tanto el sonido de su nombre que se lo puse a mi perro.

El Almendares de Luque era fuerte en todas las posiciones y más. Los Azules tenían a John «Buck» O'Neill, de los Monarcas de Kansas, en primera; con Lázaro «El Príncipe de Belén» Salazar, de reserva. Este era una superestrella cubana, ya maduro, y también era un excelente lanzador. Ambos eran zurdos. En segunda estaba George «La Ardilla» Hausmann, de los Gigantes de Nueva York y del Torreón en la Liga Mexicana. En tercera, el Almendares tenía uno de los mejores tercera base de todos los tiempos, Héctor Rodríguez, que había jugado en México el verano anterior, pero que acabaría jugando para los Medias Blancas de Chicago. En el campo corto, Luque tenía a Avelino Cañizares, un cubano negro que jugaba para los Buckeyes de Cleveland en las Ligas Negras, y junto a Hausmann en el Torreón. El receptor era Andrés Fleitas, de los Gigantes de Jersey City y luego del Monterrey, en la Liga Mexicana. Había tenido una distinguida carrera en Cuba jugando para el Hershey y para el equipo nacional cubano. Era un fuerte bateador derecho que en 1946-1947 estuvo a punto de ganar el título de bateo. En el jardín izquierdo, el Almendares tenía a Santos «El Canguro» Amaro, un fuerte bateador con un cañón como brazo. Era una estrella con más de diez años en la liga y una gran carrera en México —adonde se asentó y tuvo un hijo, Rubén, que jugó con los Yankees y quien a su vez tuvo un hijo, Santos, que juega con el Filadelfia. Amaro era un hombre grande con habilidades de superestrella, pero en estos momentos era un veterano en declinación. El jardín central se encontraba en las capaces manos de Lloyd «Pops» Davenport, que jugó para varios equipos de las Ligas Negras y era famoso por su bateo y espectacular defensa, aunque apenas tenía cinco pies y cinco pulgadas de estatura. El jardín derecho estaba patrullado por uno de los favoritos del beisbol cubano, Roberto Ortiz, «El Gigante del Central Senado», un bateador derecho de seis pies y tres pulgadas de estatura con un brazo tan poderoso que los Senadores de Washington intentaron hacerlo lanzador. Ortiz jugó también en México, donde sus bien medidos disparos se convirtieron en leyenda y donde todavía se le recuerda con cariño. Además de Lanier, Mayor y Salazar, el Almendares tenía un grupo impresionante de lanzadores que incluía a dos muy importantes de la Liga Negra: Jonas Donald Gaines, de los Gigantes de Élite de Baltimore, y Gentry Jessup, un lanzador de bolas rápidas y de gran estatura, de los Gigantes Americanos de Chicago. Como si esto no bastara,

Luque también contaba con Tomás de la Cruz, que en 1944 había ganado nueve juegos para los Rojos del Cincinnati, tenía más de diez años de experiencia en la Liga y se estaba haciendo un lugar en México con los Rojos de Ciudad México; y a Jorge Comellas, otro veterano con más de diez años en la Liga, conocido como «El Curveador» por razones evidentes. Por último, como ya vimos, el Almendares tuvo en el último mes de la temporada a Conrado Marrero, «El Guajiro de Laberinto». Con Lanier, Mayor, de la Cruz, Salazar, Jessup, Comellas, Marrero y Gaines, Luque tenía un grupo en posición de ganar en cualquier liga.

Cienfuegos y Marianao también tenían equipos impresionantes. El año anterior, el Cienfuegos, dirigido por Luque, había ganado el campeonato que se había desarrollado en La Tropical. En 1946-1947, perdió a dos de sus principales jugadores hacia la liga rival, que jugaba en el viejo estadio: el torpedero Silvio García, de quien se dice que fue el mejor, y Regino «Reggie» Otero, el primera base más elegante y eficaz de Cuba. Otero desarrolló una sólida carrera en la Liga de la Costa del Pacífico y una actuación larga y destacada como manager y entrenador en Cuba y en las grandes ligas. Pero Cienfuegos todavía tenía al jardinero Alejandro Crespo, cuya carrera en las Ligas Negras se remontaba a los Cuban Stars. Era un hombre de gran poder y habilidad defensiva y algunos lo consideraban uno de los mejores peloteros cubanos de todos los tiempos. Otro jardinero era Pedro Pagés, conocido por «El Gamo» por su velocidad en el terreno. También en los jardines estaban Roy Zimmerman, de los Gigantes de Nueva York y la Liga Mexicana, y Danny Gardella, quien había saltado a México desde los Gigantes. En primera o tercera base, Dihigo tenía a Napoleón «Nap» Reyes, de los Gigantes de Nueva York, quien había tenido una notable carrera como aficionado jugando por la Universidad de La Habana y también había ido a México. Conrado Pérez compartía la tercera con Napoleón Heredia, quien había jugado con los Cuban Stars y con los New York Cubans, pero que recientemente había estado en Puebla, México. El mexicano Vinicio García cubría en segunda. Detrás del home se encontraba el resistente Rafael Noble, receptor de los New York Cubans y, por último, de los Gigantes de Nueva York. Pero, preocupado por la defensa de Noble, el Cienfuegos también había importado al receptor Myron «Red» Hayworth, que también se encontraba en México. En el montículo, aparte de sí mismo, Dihigo tenía a Luis «Lefty» Tiant, uno de los mejores lanzadores cubanos de todos los tiempos, que, al igual que su manager, ya era veterano, de unos cuarenta y tantos años (fue su hijo, del mismo nombre, quien llegó a estrella en las mayores). Pero estaban también Max Manning y Sal Maglie. El primero era un lanzador

de primera línea de los Águilas de Newark y el segundo, uno de los que habían saltado a la Liga Mexicana. Maglie había lanzado el año anterior para el Cienfuegos, con Luque, quien le enseñó su intimidante estilo de lanzamiento. El equipo se completaba con jugadores como Adrián Zabala, un rápido zurdo cubano que lanzó un poco para los Gigantes y tuvo una buena actuación en México, y Alejandro «Patón» Carrasquel, el venezolano que tuvo una carrera bastante distinguida con los Senadores de Washington. Patón fue el primer suramericano que jugó en las Grandes Ligas.

El Marianao de Marsans se parecía mucho a sus Alijadores de Tampico en la Liga Mexicana. Roberto «Beto» Avila —quien ganaría el campeonato de bateo de la Liga Americana en 1954, jugando por los Indios de Cleveland— cubría la segunda. El campo corto era de Murray Franklin, otro de los estadounidenses que había pasado a México; en la primera estaba el poderoso mexicano Ángel Castro; en la tercera, Orestes Miñoso, estrella de las Ligas Negras y luego de las mayores. En los jardines, Marsans tenía a Antonio «Tony» Castaño, con una larga carrera como jugador y manager en Cuba y había sido campeón de bateo de la Liga Cubana; Roberto Estalella («El Tarzán» o «Bobby»), que jugaba para Washington, los Browns de Saint Louis y los Atléticos de Filadelfia, y era bajito y robusto; famoso por su fuerza y constitución, de ahí su apodo; y Jesús «Chanquilón» Díaz, otro mexicano con poder y una larga carrera en su patria. Entre sus reservas, Marsans tenía a Lorenzo «Chiquitín» Cabrera, un corpulento negro cubano que jugaba primera para los New York Cubans, y a Francisco Campos, muy joven entonces, pero que luego llegaría a los Senadores de Washington. El receptor era Gilberto «El Chino» Valdivia. Entre los lanzadores estaban Jesús «Cochihuala» Valenzuela, una estrella mexicana; Sandalio «Potrerillo» Consuegra, favorito como jugador aficionado del Deportivo Matanzas y quien ocuparía el primer lugar en bateo de la Liga Americana cuando estaba con los Medias Blancas de Chicago; Oliverio «Baby» Ortiz, hermano de Roberto, que en 1944 había lanzado durante algún tiempo para los Senadores de Washington; Booker McDaniels, quien se había destacado en los Monarcas de Kansas y en México; y Aristónico Correoso, quien haría una modesta carrera en Cuba y México. Al comenzar la temporada, Marsans tuvo también a Max Lanier, quien lanzó en forma ineficiente y fue cambiado al Almendares en diciembre por el receptor veterano de las Ligas Negras, Lloyd Basset.

Los estrechos vínculos de la Liga Cubana con la Liga Mexicana en 1946-1947 eran evidentes: Dihigo, Marsans y Luque eran managers en México, al igual que Salazar, quien también jugaba, por supuesto. Con

Hausmann y Cañizares, el Almendares tenía intacta la combinación de dobleplei del Torreón, y el Marianao tenía gran parte del Tampico, con Carrasquel, Chanquilón Díaz, Cochihuala Valenzuela, Ángel Castro y Beto Avila. El receptor del Almendares, Fleitas, jugaba también esa posición en el Monterrey. Además, algunos de los más famosos jugadores de los que habían saltado a México estaban también en Cuba: Lanier, Gardella, Maglie, Hausmann, Martin y Klein. Como vimos, la asociación de la Liga Cubana con México había conducido a la fundación de la Liga de la Federación, pero en general la Liga Cubana conservó a los jugadores de mayor calidad de Cuba, México, las Ligas Negras y el beisbol organizado estadounidense. Tenía tradición y mucho más dinero detrás que la Liga de la Federación, por no mencionar un estadio más grande y acabado de estrenar.

Un campeonato memorable

Pero lo que hacían las demás ligas, en Cuba o en otra parte, estaba muy lejos de las mentes de los frenéticos fanáticos cubanos, según iba acercándose la hora del juego, ese martes 25 de febrero. Lo que estaba en el aire era el súbito ascenso del Almendares al campeonato en las últimas semanas, que lo puso a la altura del Habana, equipo que había dominado la temporada prácticamente desde su inicio.

En las primeras semanas de la temporada, Almendares y Habana siguieron ganando, mientras que Cienfuegos no podía salir del bajón. Pero esas primeras semanas de la Liga Cubana podían ser engañosas, porque muchas veces un buen número de los jugadores importados no había llegado y, cuando lo hacía, necesitaba un tiempo para ponerse en forma y adaptarse a sus compañeros de equipo.

Lo que pareció claro desde el principio fue que el zurdo veterano Cocaína García se encontraba en plena forma, aunque cumplía (al menos) cuarenta y uno en la temporada. El gordito García, un negro de cara muy redonda y disposición alegre, medía 5,8 de estatura. La carrera de Cocaína en la Liga Cubana había comenzado con el Almendares en la temporada de 1926-1927. Jugaba con los Cuban Stars en las Ligas Negras y también en Venezuela y México. En 1945, ganó dieciocho juegos para el Tampico y en 1946, catorce para el mismo equipo. Cocaína, que era un peligroso bateador también (era zurdo) había jugado para los fabulosos equipos de Santa Clara en los años 30 de la Liga Cubana, junto con estrellas como Joshua Gibson. En 1942-1943, cuando ganó diez juegos y perdió solo tres para el Habana, era el mejor lanzador de la Liga Cubana. En noviembre y diciembre de 1946, siguió

Los cuatro equipos cubanos estaban compuestos por la crema del beisbol cubano, así como por parte del mejor talento de las Ligas Negras de los Estados Unidos, la Liga Mexicana y los jugadores más prominentes del beisbol organizado de los Estados Unidos.

ganando, ayudado por los batazos de Thompson, Pearson, Klein —que enseguida se puso en forma— y el sorprendente Sagüita Hernández. Con el apoyo de Cocaína, Fred Martin y Lázaro Medina, en diciembre el Habana avanzaba.

Después de sus primeros éxitos, el Almendares de Luque entró en un slump, en diciembre. Comellas, de la Cruz y Jessup lanzaban bien, pero Tanner, Mayor y Salazar flojeaban. El receptor Andrés Fleitas quemaba la pelota, al igual que Hausmann y Amaro, pero Cañizares no producía y Roberto Ortiz, aunque bateaba con fuerza, promediaba unos 260 y jugaba erráticamente en el terreno. El «Gigante del Central Senado» estaba con los nervios de punta y en un juego de fines de noviembre se lió en una pelea a puñetazos con Hayworth y Gibson, de la batería del Cienfuegos, porque, después de haber bateado un cuadrangular, lo habían golpeado dos veces cuando estaba al bate. ¿Había ordenado «El Inmortal» Dihigo que así se hiciera? Es probable.

El Habana, por otra parte, ganaba sin mucha ayuda de Formental, que se consideraba en baja. Bateador zurdo de promedio y poder, «Perico 300», como le decían, era un hombre carismático y campechano de Báguanos, Oriente. Formental, un mulato oscuro de bigote como una línea de lápiz, vestía llamativamente y era aficionado a las peleas de gallos, lo que le ganaba la simpatía de los machistas cubanos. De hecho, parecía la quintesencia del criollo: era valiente, mujeriego y se decía que llevaba siempre encima una pistola. Jugaba con elegancia y sus espectaculares fildeos en el jardín central eran frecuentes, aunque también era proclive a dejar caer bolas fáciles. Aunque comenzó en el Cienfuegos, pasó a ser un jugador regular del Habana. Era un hombre corpulento de cinco pies diez pulgadas, casi doscientas libras, y podía darle muy lejos a la pelota. Pero en el otoño de 1946, estaba en baja.

Por suerte para Miguel Ángel, el Habana tenía a Sagüita Hernández, Kimbro, Jimmy Bell y Monteagudo; y, sobre todo, a Cocaína, Martin, Medina y Lamarque. Martin y Medina, junto con McDuffie —cuando no estaba lastimado—, eran cruciales, por ser derechos, para contener el poder de la batería derecha del Almendares (Amaro, Fleitas, Ortiz, Héctor

Rodríguez). De hecho, es evidente que el Almendares contrató al veterano Buck O'Neill para apuntalar su escuadra de bateadores zurdos una vez que estuvo claro que Lázaro Salazar estaba terminado como bateador y principalmente sería pitcher.

El 6 de noviembre, los diarios informaron de la muerte, el día anterior, de Alejandro Oms, «El Caballero», quien había sido un querido jardinero. Enfermo y menesteroso, acababa de regresar del extranjero, tal vez de Venezuela, donde es probable que todavía intentara jugar. Debía de haber tenido solo unos cincuenta años al morir. Luque lo había mantenido, por lástima, en el Cienfuegos el año anterior y había sido ponchado por Fred Martin en su última vez al bate en la Liga Cubana. Un negro delgado de la provincia de Las Villas, era conocido por sus exquisitas maneras y por no levantar nunca la voz —virtud verdaderamente rara entre los cubanos—, de ahí su apodo. Oms fue una de las estrellas de la edad de oro del beisbol cubano de los 20. En 1928-1929 y 1929-1930, encabezó la Liga Cubana con promedios de 432 y 380, respectivamente. Era miembro de los Cuban Stars, con los que viajó por los Estados Unidos. Lanzaba y bateaba a la zurda y parece haber sido un bateador de líneas, a la manera de Rod Carew, aunque tenía mucho mayor poder. Era también un excelente jardinero que recorría los vastos terrenos del Almendares Park y La Tropical. Su única debilidad era un brazo mediocre. La desaparición de El Caballero, en la temporada de 1946-1947, fue otro indicio de que ese campeonato marcaba el final de una era y el comienzo de otra. Su muerte en la pobreza y el olvido probablemente fuera uno de los factores que incitaron a los jugadores a sindicalizarse.

La muerte de Oms no fue la única relacionada con el beisbol cubano en la temporada de 1946-1947. El 20 de enero de 1947, Josh Gibson murió en Pittsburgh. Tenía solo unos cuarenta años. El gran receptor y jonronero negro era un favorito en Cuba, donde había dado el mayor batazo que se había visto jamás en la Isla. Oms y Gibson murieron en la pobreza, precisamente en los años en que se borraba la línea de color en el beisbol organizado. ¿Cómo habrían sido sus carreras de haber nacido quince años después? ¿Qué

salarios recibirían hoy Oms y Gibson? En una temporada llena de sucesos significativos, estas dos muertes fueron agudos recordatorios de la brevedad y fragilidad de la grandeza del beisbol y del daño irreparable que hizo el racismo a talentosos jugadores negros cubanos y estadounidenses.

El Habana subió al primer lugar cuando noviembre pasaba a diciembre. Los Leones jugaban con buena suerte, como no cesaban de proclamar los fanáticos de los otros tres equipos, sobre todo los almendaristas. Por ejemplo, Sagüita Hernández, quien siempre bateaba para 300 en el Puebla, de la Liga Mexicana, asestó una serie de dramáticos cuadrangulares que dieron victorias al Habana. En Cuba, salvo en la temporada de 1939-1940, cuando bateó para 347, Sagüita había sido un jugador modesto. En 1946-1947, los fanáticos hostiles al Habana lo apodaron «La Vaca Lechera», porque en Cuba la leche se asocia a la buena suerte. Para mediados de diciembre, cuando se acercaban los días festivos, el Habana tenía tres y medio juegos de ventaja. Cocaína tenía 4 y 0, Martín 3 y 2, Natilla Jiménez 4 y 1 y Medina 4 y 2. Thompson bateaba para 337, Klein para 325 y Sagüita para 319. Mientras tanto, Lanier estaba con solo 1 ganado y 2 perdidos en el Marianao.

El 19 de diciembre apareció en los diarios la noticia de que Lanier había sido cambiado al Almendares por Lloyd Basset, un receptor. El regular del Marianao, Chino Valdivia, se había lesionado, y el equipo tuvo incluso que recurrir al lanzador Aristónico Correoso como receptor durante unas entradas. Pero el cambio parece demasiado desigual, sobre todo con vistas a lo que ocurrió después, y lo hace a uno pensar. ¿Acaso no pudo el Marianao importar a otro receptor? Es probable que hubiera podido ponerse en forma con rapidez suficiente para servir de ayuda.

Sin embargo, es difícil no creer que la Liga necesitaba que el Almendares fuera más competitivo, ahora que el Habana parecía listo para alzarse con el campeonato, y que Lanier necesitaba un elenco mejor para exhibir su talento. Por otra parte, dos de las derrotas de Lanier habían sido contra el Habana. La renuncia de Armando Marsans a la dirección del Marianao hace más firmes las sospechas. ¿Acaso protestaba por el cambio? Lo substituyó un respetado manager de la liga aficionada, Tomás «Pipo» de la Noval. De todos modos, Lanier perdió su primer juego con el Almendares, aunque solo le permitió una carrera y cinco jits al Cienfuegos. En Nochebuena, que se celebra tradicionalmente en Cuba el 24 de diciembre, el Habana tenía una ventaja de cuatro juegos y Cocaína estaba invicto con 6 y 0. Esa noche, el puerco asado y el arroz con frijoles negros debieron de haberles sabido bien a todos los habanistas.

Para fines de diciembre, en la serie individual entre Habana y Almendares, los Rojos habían ganado seis y

los Azules cuatro. Martín tenía 4 y 1 contra el Almendares; Mayor, 2 y 2 contra el Habana y Jessup, 2 y 1. Curiosamente, Cocaína no tenía decisiones contra los Alacranes, ya que Miguel Ángel no lo ponía a lanzar porque el ataque del Almendares era predominantemente derecho. La eficacia de los Azules contra los zurdos era algo probado; tal vez, por la marca de 0 y 2 de Lamarque contra ellos. Como pronto se verá, todo esto aclara un poco el final de la temporada, sobre todo si añadimos que la batería zurda del Habana (Thompson, Kimbro, Formental) era vulnerable a los lanzadores de su mano.

Para enero, los equipos de la Liga Cubana estaban asentados y el asunto de ganar el campeonato se hacía más estratégico e intenso. Para entonces, las fortalezas y debilidades estaban evaluadas, los jugadores extranjeros habían dado resultado o no, y se habían mantenido o enviado de regreso. Los veteranos peloteros cubanos también habían demostrado si todavía eran capaces de producir lo que antes. Se hacía evidente, por ejemplo, que Dihigo y Tiant, gloriosos guerreros de antaño, estaban en su última temporada como jugadores en activo. Entre la cosecha de novatos, Miñoso seguía exhibiendo su clase. (El inmisericorde público cubano rara vez permitía que los novatos se desarrollaran en la temporada de invierno, a no ser que fueran verdaderamente excepcionales). Ese año, como la Liga de la Federación terminó a principios de enero, los equipos de la Liga Cubana tomaron algunos jugadores en la segunda mitad. El Almendares, como ya vimos, contrató a Marrero, aunque no se convirtió en factor decisivo, y el Habana a José «Cocoliso» Torres. Aparte de estos cambios, y de las inevitables lesiones y dolores en los brazos, en enero los equipos estaban ajustados.

En diciembre, el Almendares había jugado para un mísero 312, mientras que el Habana se encontraba en 705. Pero aún había tiempo, seguían diciendo los almendaristas; casi dos meses y, debido al reducido número de equipos, los contendientes tendrían que enfrentarse con frecuencia. Los almendaristas en modo alguno habían abandonado la esperanza, aunque Cocaína comenzó el año volviendo a ganar para alcanzar la marca sin precedentes de 7 y 0. Lo que estaba lanzando era, sin dudas, una droga poderosa.

En enero, el Habana siguió ganando, pero Almendares comenzó a cobrar impulso con ayuda de Lanier, un revitalizado Salazar, y Mayor. El 5 de enero, por ejemplo, Lanier venció al Habana 6 a 1, con Natilla Jiménez como su oponente. Seis días después, derrotó al Cienfuegos por el mismo margen. Pero el 15 de enero Cocaína elevó su marca a 9 y 1 —al fin había perdido uno— al vencer también al Cienfuegos, con solo cuatro jits permitidos. Para entonces, Almendares

estaba acercándose al primer lugar y Sergio Varona, un almendarista furibundo que escribía para *El Mundo*, observaba que quedaban nueve juegos entre Habana y Almendares, de modo que todavía había tiempo. Es probable que Varona esperara cambiar la dirección del viento con sus propias palabras. El 17, Lanier venció de nuevo al Habana, esta vez 9 a 1, con seis jits. Era su tercera victoria consecutiva.

La suerte del Habana pareció estar en baja cuando a Cocaína le dio neumonía —primeramente se dijo que había muerto— y no podría jugar en largo tiempo. Pero como para equilibrar las cosas, la tercera base del Almendares, Héctor Rodríguez, sufrió una herida profunda, y el primer informe fue que no jugaría al menos en un mes. Sin embargo, la gravedad de la condición de ambos jugadores se había exagerado mucho. Cocaína se recuperó enseguida y perdió un solo turno y Rodríguez estuvo de vuelta en dos semanas, lo que fue objeto de una protesta oficial del Habana, que aducía que cuando un jugador se incluía en la lista de incapacitados no podía reintegrarse hasta un mes después. La Liga no hizo caso de la protesta, que pareció un gesto de desesperación de Miguel Ángel, y Rodríguez siguió jugando. Cocaína regresó, pero solo ganó 1, después perdió 2, y terminó con 10 y 3. Puede ser que la neumonía lo debilitara un poco, pero es más probable que se debiera a haber estado lanzando el año entero sin descanso.

Para fines de enero, el Almendares estaba a 2 y medio juegos del Habana, que parecía sufrir falta de lanzadores. Hubo una prueba seria en un juego de viernes por la noche, el 24 de enero, que enfrentó de nuevo a «los eternos rivales». Luque escogió a Lanier a causa de sus tres victorias ese mes, dos de ellas contra los Rojos. Miguel Ángel tenía un grupo débil —Medina presentaba problemas en el brazo— y le irritaba la imposibilidad de poner zurdos contra el Almendares. Tenía a Martin, pero no podía usarlo todos los días y no le gustaba oponerlo a Lanier y disminuir sus posibilidades de ganar. Siguió la vieja máxima del beisbol de no tirar al mejor lanzador contra su igual del otro equipo, para aumentar la posibilidad de que el mejor del propio ganara. Agapito Mayor atribuye el resultado de la temporada a la tozudez de Miguel Ángel en ese sentido, y al hecho de que él había vencido siempre a Martin, frustrando la estrategia. De modo que, en este caso, Miguel Ángel se volvió a Terris McDuffie, un poco payaso y temperamental, por no mencionar que entrado en años. Pero McDuffie había estado mejorando últimamente y venció a Lanier 4 a 2 en un juego que constituyó una guerra entre los dos lanzadores que por poco provoca un disturbio. Almendares se encontró, de pronto, 3 y medio juegos detrás otra vez. El Habana, con Martin lanzando magistralmente y McDuffie ganando otra vez,

comenzó a parecer el seguro vencedor. La victoria de McDuffie el 24 de enero, casi un mes antes del juego decisivo de la temporada, dominó casi todo febrero. Según el ansioso conteo de Varona, quedaban ahora siete juegos entre los Leones y los Alacranes, sin contar varios juegos cruciales con Cienfuegos y Marianao, cuyo verdadero esfuerzo por ganar era calibrado de cerca por todos.

La vulnerabilidad del Habana ante los zurdos —no solo Lanier y Mayor— se hizo evidente el último día de enero, cuando el fuerte zurdo del Cienfuegos, Adrián Zabala, los derrotó por quinta vez en la temporada. Pero el Habana estaba muy lejos de haber muerto y el 2 de febrero venció a Lázaro Salazar, del Almendares, con lo que le complicó los asuntos a Luque. Este fue un juego que pudo haber lanzado Lanier, pero este había ido a St. Petersburg, en la Florida, para estar junto a su familia. Varona y otros almendaristas aullaron, y lo criticaron por sus frecuentes viajes a casa durante la temporada, pero el Almendares explicó que la esposa estaba gravemente enferma. Lanier me dijo que iba a la Florida a comprar comida para hacer desayunos verdaderamente norteamericanos. En Cuba algunos comenzaron a llamarlo «El Piloto» por sus frecuentes vuelos. Estoy seguro de que, a pesar de las explicaciones del equipo, al fiero Luque no le agradaban las ausencias de Lanier, y la derrota de Salazar frente al Habana debió haberle dejado un regusto amargo en la boca. Entonces, el 4 de febrero, el Marianao venció a Comellas y Almendares volvió a caer seis juegos detrás del Habana, cuando quedaban solo veinte días de temporada.

La marcha del Almendares hacia el título comenzó al día siguiente, cuando ganó un doble juego con los veteranos cubanos Agapito Mayor y Tomás de la Cruz en la lomita. Mayor estaba en su mejor momento y permitió solo una carrera a pesar de los ocho jits del Cienfuegos. En el segundo juego, de la Cruz derrotó, con ayuda de Gaines, a los Elefantes de Dihigo 7 a 2, con cuadrangular de Roberto Ortiz, quien impondría una marca en la temporada con once. Cienfuegos cayó también ante el Habana el 7 de febrero. Pero febrero era el mes del Almendares.

Desde el 5 hasta el 22 de febrero, Almendares ganó diez y perdió solo uno, ante Sandalio Consuegra, del Marianao, el día 16. Desde el 2 de febrero, Mayor había ganado cuatro juegos cruciales seguidos, y permitido solo dos jits en treinta y seis entradas. Luego del juego del 18, había lanzado veinte entradas seguidas sin permitir un batazo. Según me dijo: «Este bobo que ves aquí sentado ganó siete de los doce últimos juegos». El 21, Salazar abrió, pero le hicieron cuatro carreras. Comellas puso fin a la ofensiva, pero Mayor entró, lanzó las tres últimas entradas y se alzó con la victoria,

cuando Almendares vino de abajo para terminar 6 a 4. Era el noveno juego que ganaba Agapito.

El sábado 22, al Almendares le quedaban tres partidos con el Habana, que ahora tenía solo uno y medio juego de ventaja. Los dos primeros se realizarían el domingo 23 y el lunes 24 (que en Cuba es día feriado por conmemorarse el inicio de la Guerra de Independencia, en 1895). Para llegar al juego decisivo, el martes 25, Almendares tenía que ganar el domingo y el lunes, lo que significaba, por supuesto, que para ser campeones tenían que ganar tres veces seguidas. Si el Habana ganaba el domingo y se ponía a 2 y medio juegos de distancia, Almendares tendría que ganar el lunes y el martes y depender de que Cienfuegos venciera al Habana en el último juego de la temporada, el miércoles, lo que daría lugar a un enfrentamiento de desempate. Lo mismo ocurriría si Habana perdía el domingo, pero ganaba el lunes. Incluso si vencía el martes, Almendares tendría que esperar al juego del Cienfuegos y entonces también ganar el de desempate. Pero si Almendares triunfaba el domingo y el lunes, llegaría al martes con medio juego de ventaja y a punto de ganar el campeonato.

Luque logró reservar a sus zurdos, Mayor, Lanier y Salazar, para la serie crucial. Salazar y Mayor habían lanzado solo cuatro y tres entradas, respectivamente, el 21. Lanier estaba descansado, pues había vencido al Habana el 15. Papá Montero tenía también a sus derechos: Jessup, Gaines y Comellas. Sin embargo, por ahora, Luque y tal vez todo el mundo sabían que lo que dañaba al Habana eran los zurdos, porque neutralizaban a Kimbro, Formental y Thompson. Klein y Pearson eran las únicas amenazas derechas del Habana, aunque el segunda base Heberto Blanco, Cocoliso Torres y Jimmy Bell brindaban alguna protección desde la derecha, por no mencionar a Sagüita y a Salvador Hernández.

Los lanzadores de Miguel Ángel eran un problema, porque Almendares era esencialmente un equipo de derechos, como hemos visto. El principal lanzador del Habana durante la temporada había sido, sin discusión, Cocaína García, ya en 10 y 3, y Miguel Ángel no deseaba poner a un zurdo contra el Almendares. El Habana, sin embargo, tenía cuatro derechos: Natilla Jiménez, Fred Martin, Lázaro Medina y Terris McDuffie. Parece que Medina se había recuperado de algunos problemas en el brazo y también que, a pesar de sus recientes victorias, Miguel Ángel no tenía confianza en McDuffie. Martin, con 9 y 7, era su caballo de batalla y su carta de triunfo y Natilla había lanzado bien y exhibía 6 y 2. Almendares mostraba ímpetu, pero tenía en su contra la ley de los promedios. ¿Cuánto tiempo podían estar jugando a ese ritmo? El Habana estaba en declive, pero contaba

con Klein y Thompson, dos de los primeros bateadores, y con lanzadores de primera como Cocaína y Martin.

El domingo, Miguel Ángel abrió con Natilla Jiménez, pensando probablemente guardar a Martin para un juego más decisivo, si perdía. La ventaja de uno y medio juegos, le permitía ese lujo. Además, por las causas ya mencionadas, no deseaba usar a Martin contra Lanier, a quien consideraba el mejor del Almendares. (Por supuesto, hay quien dice: usa hoy a tu mejor lanzador, porque mañana el juego puede suspenderse por lluvia). Lanier estuvo magistral y venció al Habana 4 a 2. No había dudas de quiénes lanzarían al día siguiente por ambos equipos. Serían Martin por el Habana y Mayor por el Almendares.

El 24 fue un día lluvioso, pero esa tarde hubiera hecho falta un huracán para posponer el crucial juego entre Habana y Almendares, que sería muy fiero y en el que Luque y Miguel Ángel tendrían difíciles decisiones tácticas que tomar. Para Luque, la primera de importancia tenía que ver con el receptor. Ese día húmedo, lluvioso, Fleitas llegó con catarro, tal vez con fiebre. Me dijo que el entrenador le había dado un trago de coñac, y que Luque lo sacó de la alineación sin decir palabra.

Mayor estaba en buen momento y solo permitió al Habana una carrera, con cuatro jits, mientras que a Martin le anotaron dos carreras, con siete hits. Una carrera se debió a la astucia de Luque y la otra fue resultado de una mala decisión de Miguel Ángel. La primera anotación del Almendares se produjo en la cuarta entrada, luego de varias oportunidades fallidas. Davenport recibió base por bolas y Luque intentó llevarlo a segunda con toque de bola de Ortiz. El beisbol cubano se jugaba (y se juega) apegado a las reglas, rememorando la era del dead ball y de los parques de dimensiones imponentes. Se esperaba que incluso un jonronero tocara la bola. Pero Ortiz falló y, cuando se le permitió batear de verdad, lo hizo a las profundidades del jardín central donde Formental recibió sin problemas la pelota. Llegó Amaro a batear y Davenport se robó la segunda, cuando Martin lanzó un cambio de velocidad, que le dificultó a Salvador Hernández el tiro para sacar al corredor. Varona y los demás comentaristas deportivos pensaron que Luque se había robado las señas o que su experiencia le había dicho que esto era lo que sucedería. En cualquier caso, Amaro bateó un jit al izquierdo y Davenport le dio la primera carrera al Almendares. Algunos comentaristas se han preguntado por qué Davenport, un hombre insignificante, resultaba rentable. Esta es la respuesta. Luque quería un segundo primer bate en la alineación para lograr precisamente este tipo de jugada. Con un bateador de fuerza antes de Amaro, quien ya para ese tiempo era lento, esta jugada no habría sido posible.

Almendares hizo la carrera decisiva en la séptima entrada en un juego que perseguiría a Miguel Ángel y tendría a los fanáticos discutiendo hasta hoy. En su obsesión por poner a bateadores derechos contra los atormentadores zurdos azules, envió a Carlos Blanco a batear por Bell en la séptima entrada. Aunque falló, el manager del Habana decidió dejar a Carlos en la posición de Bell, el jardín derecho, aunque este era jugador de cuadro. Al fin y al cabo, como los bateadores del Almendares eran casi todos derechos, era improbable que Carlos tuviera que fildear. Al final de la entrada, los Rojos pagarían por esto. Hausmann abrió con un jit detrás de segunda y luego vendría el receptor, Andrés Fleitas, que había tenido una temporada sensacional al bate (terminó con 315). Bateó de línea hacia Carlos Blanco en el jardín derecho. Este, que para comenzar estaba jugando demasiado adentro, corrió hacia adelante y, cuando intentó retroceder, era demasiado tarde. La bola rodó hasta la cerca para un triple y Hausmann entró. Mayor todavía no había permitido carreras, así que el Habana estaba, de repente, dos carreras por debajo y con solo dos entradas por jugar.

El estilo de dirección más agresivo de Luque vencía la estrategia muy conservadora y trabajosa de Miguel Ángel. Esto se hizo evidente en la última entrada. En el octavo, el Habana se acercó a una carrera cuando Heberto Blanco bateó un triple a los jardines, entre el central y el izquierdo, y Pablo García, un derecho que bateaba por Formental, lanzó un largo fly a Davenport con lo que hubo anotación. Entonces, en la última entrada, Pearson abrió con su segundo jit y Thompson fue al plato. Es cierto que Thompson había aflojado un poco, pero todavía se encontraba en 320, con cuatro jonrones, pero Miguel Ángel quiso que intentara un toque de bola. Mayor saltó sobre la bola y tiró con calma a segunda para forzar a Pearson, que no corría mucho. El intento de sacrificio parece inconcebible, a no ser que Miguel Ángel considerara que Thompson estaba indefenso ante Mayor, y en ese caso debió haberlo sacado. Al final del juego, Kimbro, que sustituía a Formental, bateó un difícil roletazo hacia O'Neill, que solo pudo sacar out en primera, mientras Thompson llegaba a segunda con la posible carrera de empate. Mayor le lanzó con cuidado a Salvador Hernández y le dio la base por bolas para nivelar las fuerzas (Salvador no era buen corredor); pero también había puesto en el terreno la carrera de ventaja. De todos modos, el Almendares podía darse ese lujo porque sería el último en batear. No importó: Mayor indujo al bateador emergente Cocoliso Torres a batear un foul que Fleitas atrapó cerca del box para el último out. Era la décima victoria de Agapito Mayor y colocaba al Almendares en primer lugar por medio juego. Los fanáticos

tomaron el terreno por asalto y los almendaristas de toda Cuba celebraron enloquecidamente el triunfo. Al día siguiente habría un juego importante si no volvía a llover. El pronóstico era alentador.

¿Pero quién lanzaría al otro día? Había rumores de que Lanier volvería a lanzar por Almendares con cuarenta y ocho horas de descanso y que Miguel Ángel volvería a su as Cocaína García, que estaba descansado y listo.

Lo más dramático del martes 25 fue la elección de los lanzadores. Luque tenía frescos a todos sus derechos (Comellas, de la Cruz, Gaines, Jessup y Marrero), al igual que Miguel Ángel (McDuffie, Medina e incluso Natilla), por no mencionar a su mejor zurdo, Cocaína. Agapito Mayor, fiel a su carácter batallador, se ofreció a lanzar sin haber descansado. Pero el manager tuvo otra idea. Al principio se rumoró que lanzaría Tomás de la Cruz, pero Luque no lo escogió y el lanzador nunca se lo perdonaría. Entonces —me contó Fausto Miranda, quien estuvo presente—, el doctor Julio Sanguily le dijo a Luque que le preocupaba haber oído que Lanier abriría con un solo día de descanso. Según Miranda, «el Orgullo de La Habana» se encolerizó: «Doctor, usted tal vez sea un médico del carajo, pero en pelota es un comemierda». La convicción de Luque persuadió a los dueños del Almendares, quienes le ofrecieron a Lanier una prima de 1 000 dólares por lanzar. Lanier aceptó, con la condición de que, de ser necesario, Agapito Mayor fuera su primer relevo. El anuncio, esa mañana, de que Lanier, a quien ahora llamaban admirativamente «El Monstruo» por su resistencia poco común, ocuparía el montículo por el Almendares provocó ondas de nerviosos comentarios entre la multitud que comenzaba a reunirse y movió a los apostadores, que gritaban sus ofertas por las gradas. Miguel Ángel se aferró a su teoría y escogió al derecho Medina en lugar de a Cocaína. Parece que en aquella época se le tenía en alta estima a Medina, porque entre los participantes que he entrevistado, ninguno expresó haberse sorprendido por la elección, aunque en retrospectiva esta me parece desconcertante. Es cierto que tenía 5 ganados y 2 perdidos en la temporada, y que había obtenido 15 triunfos para el Tampico en la Liga Mexicana, ¿pero qué hay de Lamarque y de Cocaína, aunque fueran zurdos? Lo cierto es que Almendares no había bateado mucho en los dos juegos anteriores y tal vez Miguel Ángel considerara correcta su teoría: que el problema del Habana estaba en el bateo. Hizo un cambio imprevisto en la alineación al poner en el jardín central a Kimbro, en lugar de Formental. Ambos eran bateadores zurdos, pero Kimbro era mejor en la defensa. El domingo, Formental había dado un solo jit en cuatro turnos al bate contra Lanier, y el lunes se fue en blanco en tres turnos, contra Mayor. Pero Miguel

Ángel no hizo nada contra Sagüita, bateador derecho, que no había bateado nada en ocho turnos al bate, en ambos juegos. El Almendares, que era el primero en salir al terreno en el enfrentamiento final, salió con los mismos jugadores en las mismas posiciones y en el mismo orden al bate que en los dos juegos anteriores. Seguramente, Luque pensó que no había por qué realizar cambios si había tenido éxito.

Las dos fuerzas, las dos tradiciones, el rojo y el azul, estaban a punto de chocar. La tradición de los Azules del Almendares se remontaba a la década de 1860. La historia de los Rojos del Habana también se encontraba en los orígenes de la Liga Cubana. ¿Se había llegado a asociar estos colores con dos deidades sincréticas afrocubanas? El rojo, la fogosa Santa Bárbara o Changó, con su larga espada al costado, contra la azul Ochún,⁶ la Virgen de la Caridad del Cobre, la virgen mulata y patrona de la Isla. ¿Se alineaban los devotos de estas poderosas figuras por el color ritual o se cruzaban las líneas de color, por decirlo así, cuando se ofrecían oraciones e incluso sacrificios indistintamente a una o a la otra? La fe y la liturgia sincréticas afrocubanas, como la música, habían estado uniendo poco a poco a la sociedad cubana en un movimiento que iba de abajo a arriba, de los descendientes de los antiguos esclavos a los de los antiguos amos. Muchos de los jugadores con los cuales hablé, blancos y negros, tenían contacto con la Santería, el manto general de creencias populares en Cuba, que combina las doctrinas católica y africana. Se dice que algunos jugadores eran santeros u oficiantes de algún tipo y que muchos habían sido iniciados. Fermín Guerra, un blanco descendiente de isleños, era santero, según su compañero de equipo de muchos años, Agapito Mayor; y el propio Guerra me dijo que se había hecho el santo. ¿Fue este último juego una guerra entre santeros, un ritual para purgar los muchos conflictos de la sociedad cubana? ¿Sería el perdedor el cordero del sacrificio?

Contenida la multitud en el terreno, Lanier se encaminó al montículo. Aunque era veterano de Series Mundiales y de las luchas por los campeonatos de Grandes Ligas, debe haberle impresionado el fervor y el delirio de las gradas y los alrededores del estadio. Pero Lanier era y sigue siendo una persona tranquila, serena, y en 1946-47 estaba en su mejor forma. Manejó al Habana ponchando a todos los hombres que fueron al bate después de un jit, como si estuviera esforzándose solo lo necesario. Los Leones batearon solo seis jits y anotaron sus dos carreras en el octavo con un sencillo de Klein que picó mal, voló sobre la cabeza de Cañizares y rodó muy lentamente hasta Davenport en el jardín central. Pero para ese momento el juego estaba prácticamente decidido. Almendares había anotado una carrera en el segundo, tres en el tercero y cinco en el

octavo, que tuvieron el efecto de desmoralizar a los contrarios. Hausmann bateó cuatro jits, Fleitas dos y el veterano Amaro otros dos. Para el octavo, ya hacía mucho que Medina había salido, de modo que Almendares hizo las cinco carreras contra sus sucesores, Natilla Jiménez y Lamarque. Armando Roche cerró. En el noveno, el Habana, luchando todavía, puso a dos hombres en bases con dos outs, y Miguel Ángel mandó de nuevo a Cocoliso como bateador emergente. Con el público de pie y arrojando objetos al aire, Lanier lo ponchó para terminar el juego. La multitud se lanzó al terreno, mientras que la policía, alertada por Luque, intentó escoltar a Lanier hasta el dogout. Llegó a duras penas, rodeado por almendaristas que lo adoraban y apostadores a los que su hazaña había reportado ganancias. El Monstruo me dijo, casi cincuenta años después, que para cuando entró en el dogout los apostadores agradecidos le habían metido 1 500 dólares en los bolsillos. Luego, cuando abandonaba el estadio, otros fanáticos excitados intentaron arrancarle parte de la ropa para guardarla como reliquia o recuerdo. «Cuando fui a buscar el taxi me arrancaron la chaqueta. Querían guardar pedazos y dejé que se la llevaran. Corrí hacia adentro y trajeron el taxi hasta debajo de las gradas. Monté y tres camiones me siguieron hasta el apartamento donde vivía».

Una multitud cantaba y gritaba dentro y fuera del estadio. Un fanático vestido como una mariposa azul bailaba frenéticamente en los jardines, como tratando de echarse a volar. Un grupo de almendaristas corrió hasta el jardín central, bajó la bandera del Cienfuegos e izó una enorme bandera del Almendares. En las calles, comparsas y cuadrillas de bailarines llevaban enormes alacranes y en ventanas y balcones ondeaban banderas azules. Hubo un simulacro de entierro de un león y se produjeron algunas peleas a puñetazos. Ernesto Azúa, que escribía para *Avance*, informó que se había visto a un grupo de fanáticos correr hacia el Paseo del Prado para colocar un cubo enorme en la cabeza de uno de los leones que adornan la elegante avenida. Miguel Ángel se abrió paso entre los fanáticos mientras corría hacia la seguridad del dogout, y evadía a quienes lo acosaban con preguntas, balbuceando: «Así es la pelota, así es el deporte...».⁷

El hombre de Santos Suárez, un habanista, tuvo que hacer a pie la mitad del camino hasta su casa. Los autobuses y tranvías estaban repletos de fanáticos excitados y agotados. Recuerda que había fuegos artificiales en el estadio y sus alrededores y en la ciudad parecía reinar el caos. Carmelo Mesa Lago, hoy un distinguido economista de la Universidad de Pittsburgh, y también habanista, me dijo que oyó el último out en la escalera del portal de su casa. Se dio vuelta, corrió por la casa, saltó una cerca y desapareció, para no tener que

ver al niño de la casa de al lado, que era almendarista. Dice haber regresado al anochecer.

Esa noche, la celebración continuó en la capital y en toda Cuba. El consejo municipal de la ciudad de Caibarién, en la provincia de Las Villas, emitió una declaración oficial haciendo hijo ilustre a Agapito Mayor y fijó la fecha para una celebración.

Al día siguiente, Cienfuegos venció al Habana 8 a 3, aunque Klein bateó un jonrón y Formental un triple. Para ese momento, Lanier ya estaba en casa, en su pacífico San Petersburg, Florida, una comunidad de retiro que debió parecerle otro planeta al cansado lanzador. Se había asentado allí porque era el lugar de entrenamiento de primavera de los Cardenales de Saint Louis, el equipo que había abandonado para ir a México. Ni ese año, ni en el futuro inmediato, entrenaría con ellos. Había logrado su más memorable hazaña en Cuba, en donde se le recordaría por siempre; pero en su propio país era un paria, víctima de las guerras del beisbol de 1946-47.

En la mañana del 26, antes del último juego de la Liga Cubana y con los asientos en su mayoría desocupados, los Dodgers jugaron en el Gran Stadium del Cerro. El sonido de la pelota, al dar en el bate, se escuchaba con fuerza en el parque callado, vacío.

Notas

1. Durocher había venido a La Habana por primera vez en los años 30 como miembro del Gas House Gang (los Cardenales de Saint Louis) y, luego, en 1941, como manager de los Dodgers, cuando montó una famosa protesta en un juego de entrenamiento con una selección cubana, celebrado en La Tropical. El legendario árbitro cubano Amado Maestri lo echó del juego y estuvo a punto de ser reducido con más fuerza por miembros de la Guardia Rural de Cuba, cuando intentó resistirse. Batista, en aquellos momentos presidente, se encontraba allí. Pensó que las payasadas de Durocher eran parte del juego y preguntó si al día siguiente repetiría el número. Leo, como era de esperar, se había aficionado a la vida nocturna de La Habana y al lujoso Hotel Nacional en el que se hospedaba el equipo. Los casinos le resultaban de interés especial y es probable

que entrara en contacto con los desagradables personajes cuya presencia en el Gran Stadium fue motivo de su suspensión. Por supuesto, en el hotel en sí no hubo garito hasta los años 50, pero Leo encontró dónde se jugaba en La Habana.

2. Pasquel buscaba que su liga fuera respetable, pero la propia volubilidad de su carácter en ocasiones se interpuso. Por ejemplo, saltó al terreno para intervenir en una disputa en que participaba Maestri, pero el árbitro cubano, que tenía como modelo la imagen de su admirado Bill Klein, lo sacó y se negó a permitir que el juego continuara hasta que se fuera. Pasquel lo hizo, pero Maestri se marchó al día siguiente y regresó a Cuba luego de recoger su paga. Pasquel también irritó a muchos jugadores moviéndolos de un equipo a otro.

3. La entrevista de Luis Orlando Rodríguez a Pasquel se incluyó en un artículo de Ernesto Azúa publicado en *El Mundo*, La Habana, 27 de octubre de 1946, p. 30, titulado «Pasquel continuará este invierno la guerra, firmando jugadores de las Grandes Ligas».

4. Tanto Amaro como Orta tuvieron hijos que llegaron a las mayores.

5. Conrado Marrero vive aún. Tanto él como Martín Dihigo fueron seleccionados —mediante una encuesta popular realizada recientemente— entre los mejores atletas del siglo xx. [N. de la R.]

6. El autor se confunde al conferirle a Ochún el color azul, que corresponde en realidad a Yemayá, o la Virgen de Regla [N. de la R.]

7. En una entrevista realizada al segunda base del Habana, Heberto Blanco, el 29 de septiembre de 1998, en el solar en que vive en La Habana, se ofreció otra versión de la caída de los Leones. Luego de rendir homenaje a Miguel Ángel González, a quien dice reverenciar como maestro, Blanco indicó, vacilante y cuidadosamente, que el manager de los Rojos había dejado que el equipo perdiera, al no colocar a Martín como lanzador en los momentos apropiados, a fin de que el campeonato se hiciera más interesante y rentable. Blanco, un hombre correcto, pensativo, que invocó la frase de Ortega y Gasset de que el hombre era «yo y mis circunstancias» para excusar a González, reconoció también que en la fatídica jugada sobre el jit de Fleitas, su hermano Carlos sencillamente había jugado mal. «La tореó», dijo.

© **TRINIDAD**, 2001.

Controversia

Venturas y desventuras de la narrativa cubana actual

Denia García Ronda
Raúl Aguiar
Arturo Arango
Elizabeth Díaz
Daniel García Santos
Miguel Mejides
Héctor Prieto
Rogelio Rodríguez Coronel
Yania Suárez Calleyro

Denia García Ronda (moderadora): Muy a principios de los años 80, Ambrosio Fornet realizó un «pronóstico» de la narrativa en esa década que se iniciaba, y que sería básica en la recuperación del cuento y la novela —después del *impas* de los 70—, cuya riqueza indudablemente se mantuvo en la última década del siglo xx cubano. Los 90, sin embargo, fueron testigos de acontecimientos que marcaron de una u otra forma la literatura toda, y en el caso específico de la narrativa, provocó cambios en todos los aspectos de su realización. Desde la escritura —temas, asuntos, tendencias— hasta el proceso editorial y la recepción.

En los últimos años, se percibe un interés especial —y no solo en Cuba— por la narrativa cubana actual. Se le dedican antologías, estudios críticos, talleres, conferencias, mesas redondas, tesis de grado, etc. Muchos de los nombres de sus autores se unen, en la apreciación crítica y en el interés editorial, a los de Alejo Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante, Virgilio Piñera y otros, que hasta hace poco representaban, casi exclusivamente, la narrativa cubana.

Como es lógico suponer, las opiniones sobre sus valores discursivos, temáticos; su posible carácter novedoso, sus relaciones con la tradición literaria cubana, y con el contexto social inmediato, no siempre coinciden y algunas veces son polares.

En esta mesa redonda que ha convocado la revista *Temas*, nos interesa provocar en ustedes un cambio de impresiones sobre estos aspectos y, además, sobre los factores de producción, difusión y recepción de la narrativa cubana actual. Es decir, verla no solo desde un punto de vista estrictamente artístico-literario, sino tomando en cuenta todos los elementos del sistema que la hacen posible.

Creo que pudiéramos empezar por su caracterización. Cómo ven ustedes la

narrativa que se escribe hoy en Cuba en relación con el discurso narrativo de las décadas precedentes; si consideran que hay una «narrativa de los 90», o si, con las variantes individuales y circunstanciales lógicas, continúa lo que se estaba haciendo en los 80; si creen ustedes que han influido en ella las diversas teorías y procedimientos en boga —por ejemplo, los de la posmodernidad—, si son los más jóvenes los que marcan la pauta de la producción narrativa actual o, como en los 80, hay diversas promociones que están conformando el perfil narrativo cubano del momento.

Y, volviendo a Ambrosio, quizás podamos intentar un pronóstico para el siglo que comienza.

Raúl Aguiar: Podría empezar a hablar a partir de lo que se llama nueva cuentística cubana, que se puede ampliar a toda la narrativa desde los 80. Puedo deslindar tres grandes zonas —prefiero hablar de zonas que de generaciones, de acuerdo a sus presupuestos ideotemáticos, aunque es difícil escapar del término.

Una primera zona sería la de los 80, donde estarían figuras tan conocidas hoy como Arturo Arango, Francisco López Sacha, Reinaldo Montero, y otros, nacidos en su mayoría años antes del triunfo de la Revolución. Esa zona actualmente está dominando el campo literario, en todos los sentidos, o sea en los puestos claves, jerarquizados de ese campo.

La diferencia fundamental que veo con la zona de los 90, se produce en relación con la narrativa de los primeros años de esta década. Ahora no veo tanta diferencia. Si el llamado quinquenio gris se basó en una casi ausencia de conflictos en el discurso narrativo, los escritores de principios de los 80 comenzaron a desarrollar conflictos no solo individuales, sino también de tipo social y familiar.

A nosotros como generación posterior —yo me considero de la zona de los 90, aunque mi obra comenzó a ser conocida a finales de los años 80— nos parecía que la narrativa hecha por los escritores de los 80 era bastante inocente, que los personajes eran muy románticos, respecto a determinadas temáticas sociales que, de alguna manera, no se desarrollaban.

Los dos puntos básicos de la generación de los 80 los encuentro en los llamados «cuentos de adolescentes», que tratan de las becas, los problemas educacionales que afrontaba la sociedad en aquellos momentos, y también un poco de narración histórica, tanto sobre la guerra de independencia como —de una manera mucho más individualizada— de los conflictos de los primeros años de la Revolución cubana.

En la zona de los 90 ya hay una nueva función y otros temas; los jóvenes no son tan inocentes, ya no solo se circunscriben a la problemática del amor (el primer amor), o a las becas en el campo, sino que se va a otros sectores poco abordados por la narrativa anterior, como podrían ser los jóvenes marginales, o la guerra de Angola, asuntos que si bien habían sido tocados antes, era de una manera bastante oficialista, y ahora se les veía la otra cara a todos estos conflictos.

En estos momentos, veo los comienzos de una nueva generación o zona literaria. No sé si se le llamará después Generación del 2000, o de los primeros diez años del siglo XXI, o de los primeros cinco años, o quién sabe.

Siempre entre una zona generacional y otra, hay puentes. Quizás entre la generación de los 80 y los 90 fue Carlos Calcines, con «Los otros héroes» y Sergio Cevedo con sus noveletas, como por ejemplo *Rapsodia bohemia*, *Los tenis*, *La larga noche de un día difícil*, que ya apuntaban determinados aspectos que se iban a desarrollar en los 90. Ahora hay dos escritores que acaban de surgir hace pocos años, y ya tienen libros publicados: Ana Lidia Vega, y Michel Perdomo, en los que ya van apuntando los que considero serán los rasgos fundamentales de esta nueva generación que se avecina.

¿Cuáles son estos aspectos? Superar el carácter testimonial que aún tenían muchos de los cuentos de los 90, un mayor énfasis en el enfoque femenino, que faltaba un poco en la generación nuestra, y, en general, una mirada más al individuo que al conflicto social; puede ser un individuo marginal, por ejemplo, con muy poca interacción social.

También creo que habrá un mayor interés en lo fantástico, surrealista o de ciencia ficción, o una indefinición entre lo real y lo imaginario. Todo eso veo que viene ahora, y que la generación de los 90 no tenía en esa medida.

Denia García Ronda: ¿Tú te refieres particularmente al cuento?

Raúl Aguiar: También a la novela. Actualmente hay bastante desarrollo de la novela. Pero los autores de mi generación y la de los 80, empezaron principalmente por el cuento. Creo que es lógico: por lo general, un joven comienza escribiendo cuentos (no es mi caso, yo, como excepción, comencé escribiendo novelas), quizás porque es la manera más fácil de ser publicado a través de antologías o en revistas.

Denia García Ronda: Aquí tenemos dos representantes de esa potencial «Generación del 2000»: Yania y Héctor. Sería bueno conocer sus opiniones sobre la periodización que propone Raúl Aguiar y, sobre todo, qué esperan ustedes de su propia generación en cuanto a la evolución de la narrativa.

Yania Suárez Calleyro: A mí me parece —lo que voy a decir es, quizás, un atrevimiento; predecir el futuro es precisamente uno de los retos de la crítica, aunque voy a referirme más bien a algunas circunstancias, no a condicionantes extraliterarias, que si bien no me interesan demasiado, aquí se han mencionado— que es probable que el influjo del quinquenio —o la década— gris tenga menos interés literario para los nuevos textos; me parece que su presencia será (o es) menor, en comparación con los textos anteriores, claro. Entreveo un esquema —que debe ser falso, como todos los esquemas—: cualquier gesto violento, extraliterario, aplicado al cauce «natural» de la literatura, o de la cultura en general, genera una reacción, para compensar, para restaurar el equilibrio. El quinquenio gris es ya el emblema de un gesto que quiso regular desde fuera el curso cultural. La reacción ante este gesto comienza a inicios del 80 y va aumentando dramáticamente hasta la década de los 90. En la narrativa, a estas fases corresponden las primeras obras de los «nuevos» y los «novísimos». Y no estoy ejecutando un enfoque sociologista, afirmo esto apoyándome en los asuntos de las obras y en el propio testimonio de los autores, que revelan que el «trauma» cultural fue un centro de atención significativo, que efectivamente establecieron un diálogo explícito con el momento cultural anterior.

Finalmente hubo una apertura estilística y temática en los 90, que se pareció un poco a la vanguardia, pero que está ahí. ¿Qué le vamos a hacer? Quizás este haya sido el clímax de la respuesta, de la reacción, y quizás ahora los autores no se interesen tanto —o se interesen de otra manera, ya bastante recuperada la balanza— por el referente cultural de los 70. Por lo menos, ya no existen definitivamente recelos formales, ya se exorcizaron algunos fantasmas, y en este panorama comienza la narrativa de finales de los 90, y también la de la «nueva generación» que sospecha Raúl, y que, sospecho, me incluye.

Denia García Ronda: ¿Y los editores qué dicen?

Elizabeth Díaz: Coincido con Raúl en varios puntos. Cuando yo preparaba una conferencia sobre el cuento cubano después del 59, estuve consultando a los críticos que se han dedicado a estudiar esto, Arturo Arango, López Sacha, Salvador Redonet, y otros más, y me percaté de que todos periodizaban la narrativa cubana por décadas. Creo que es un fenómeno muy curioso: la narrativa de los 60, de los 70, de los 80 y de los 90. Independientemente de que sea válida o no esa periodización, yo veo la narrativa cubana después del 59 como un proceso continuado. Por supuesto, hay un retroceso en los años 70, que sin embargo produjo algunos libros interesantes —porque eran personas que ya estaban escribiendo desde antes, y que no se ajustaron a la censura, ni a la autocensura que hubo en esos años— y a pesar de que se habla de un «quinquenio gris» —también se habló de una «década oscura»— se publicaron algunas obras importantes en ese período; recordemos *El hilo y la cuerda*, en 1974, de

Onelio Jorge Cardoso o *Los lagartos no comen queso*, de Gustavo Eguren, publicado en 1975. Rafael Soler, que inicia la nueva visión de los jóvenes en la narrativa cubana, publica en 1975 *Campamento de artillería*, y en 1976 *Noche de pájaros*. Claro, hubo mucha producción adocenada, que trataba temas muy manidos, desde una perspectiva muy superficial, sin conflictos.

En los años 60, sobre todo a partir de 1966 —cuando aparece *Los años duros*, de Jesús Díaz— se había producido la explosión de la narrativa cubana con temas revolucionarios, sobre la guerra que acababa de ocurrir, y también, en la generación de escritores ya establecidos, los temas de la pérdida de aquel mundo burgués, de cómo insertarse en una nueva sociedad; junto con líneas temáticas ya trazadas anteriormente como el fantástico o el absurdo. En los 70 ocurrió todo eso que ya se ha dicho. A partir de los 80, yo veo un ascenso sostenido de la literatura cubana hacia una mayor libertad de expresión formal y temática. Es un proceso que, efectivamente, arrancó en los 80 y que sigue ininterrumpido hasta este momento; o sea, que hablar de una generación o zona en los 80 y de otra en los 90, quizás les sirva un poco a los estudiosos, desde un punto de vista metodológico, pero yo lo veo realmente como un proceso continuado.

Claro que en los 90 se aprecia una libertad temática mayor que en los 80; se habla de cualquier tema, con una libertad formal tremenda, de experimentación inclusive; pero no pienso que esto tenga mucho que ver para definir otra generación, porque también se experimentó en los 80, y, por otra parte, si bien en algunos está muy marcada esta experimentación, en otros se maneja el mismo lenguaje que se ha utilizado en la narrativa desde siempre, aunque quizás con un espectro temático mayor: no hay temor en abordar ningún tema, sobre todo de la cotidianidad; temas que realmente están incidiendo en la vida de cada ser humano de este país, de hoy; que importan a la gente, que están en el centro de sus vidas.

Desde mi experiencia editorial, puedo decirles que la cantidad de originales de narrativa que llegan a Letras Cubanas es increíble; hay una producción sorprendente de narrativa en cantidad y en calidad. No creo que en ningún otro período de la historia de la literatura cubana, y desde el 59 para acá, se haya producido tanto, por lo menos que se haya estado escribiendo tanto como en estos momentos.

Miguel Mejides: A mí las profecías me resultan mal. Pero voy a intentarlo como otros lo han hecho en esta mesa. Pienso los próximos diez años —lo mido en términos de diez años por nuestra obsesión cabalística— como un espacio de tiempo en que interactuarán todas las generaciones que ejercen en el oficio de escribir. La inocencia, la ingenuidad, también han muerto. Cada vez más, nuestros narradores escarbarán en sus fiestas, convites divinos o bailes con diablos, pero que harán que la vida no sea una historia oficial y sí la historia de los sentimientos de los hombres. Estaremos obligados a explorar una realidad mucho más vasta que la de los discursos y dogmas, que la decadencia y simplificación de la cultura. Revelaremos nuestras ignorancias, socavaremos nuestros conocimientos, actualizaremos nuestros inventarios de misterios, acentuaremos la perplejidad, la duda humana de nuestras certezas parciales con la totalidad trémula e inquietante de la vida. Haremos de la locura algo que difumine el matiz disyuntivo de la realidad y la ficción. Venceremos las nuevas censuras universales y privatizadas, cerraremos las puertas al realismo ramplón con su intención ingenua y lírica. Escribiremos con la intención de acelerar la existencia, sin importarnos la posteridad, porque la posteridad, hace mucho, dejó de existir.

Rogelio Rodríguez Coronel: Yo creo que el enfoque de Aguiar es un tanto histórico-literario. Me parece interesante, pero a veces se conjuga con la voluntad y las ansias, de cada grupo que emerge, de descubrir su propio espacio y diferenciarse; por eso Elizabeth no nota esa compartimentación en zonas, que desde el punto de vista descriptivo puede ser interesante, pero efectivamente se trata de un proceso.

Yo creo lo siguiente: estamos demasiado empeñados en limitar, en determinado momento, una producción literaria, y yo sospecho que ese proceso puede tener estancamientos, puede ser como un río al que le ponen determinados diques; pero a la larga vuelve a su cauce. Hay demandas, necesidades expresivas, experiencias que se van acumulando, y que pueden ser detenidas —como ocurrió en la década de los 70, que se quiso transformar el código, imponer un código distinto—, pero a la larga no va a resultar. Si nosotros hacemos una relectura de textos fundamentales de la década de los 60, por ejemplo, vamos a ver que no se impone ningún modo; o sea, que muchas de las cosas que hoy encontramos como gran novedad, eran propuestas ya existentes en los 60, tanto en la cuentística como en la novelística. Hubo, efectivamente, un período que frustró el orgánico desarrollo de ese proceso, de esa literatura, y que luego, a partir de los 80, reacondicionó determinados *links*, como se diría en informática, hacia los 60.

Ese proceso ha estado caracterizado siempre por las búsquedas de una renovación. Elizabeth decía de una experimentación. Yo diría que siempre ha habido un desafío enorme para el escritor cubano, que no lo afronta de la misma manera que narradores de otras latitudes: encontrar un lenguaje inédito en circunstancias inéditas o, a veces, en circunstancias en que, por lo pronto, las condicionantes no son similares a las que puedan ocurrir en otro contexto. En el caso del escritor cubano, ese reto es, sobre todo, de carácter estético; de ahí son las tentativas, las exploraciones y experimentaciones que se pueden ver en los últimos 40 años, excepto en ese período de parálisis, cuando, por razones extraliterarias, hubo un freno, que se convertiría en un freno en el interior del propio escritor.

La producción literaria que se hace en los 90, con todas las dificultades, está aprovechando una orientación de la narrativa cubana que ya era perceptible en los 80 —sobre todo en sus finales—: eso que llamamos el «espacio de libertad», que no es otra cosa que lo que permite que el individuo se coloque nuevamente en el centro de su producción literaria.

Si analizamos la narrativa anterior, vemos que el individuo, el personaje, por ejemplo, creado en la narrativa general —en el cuento, en la novela— era un personaje que llevaba un conflicto externo a sí; él lo interiorizaba, pero estaba dialogando con su contexto, y este era, en última instancia, el protagonista. El personaje era el deudor, el partícipe o la víctima de ese contexto, pero los debates internos de ese sujeto eran soslayados, minimizados o simplemente reacondicionados en función, precisamente, de ese marco de referencia en que se desenvolvía.

Creo que es hacia finales de los 80 —por lo menos en la novela se ve muy claramente— cuando se vuelve a tratar al ser humano en su introspección. Comienzan los personajes a preguntarse ¿qué he sido yo?, ¿qué soy yo en este tiempo transcurrido?, ¿a dónde me han conducido los acontecimientos, a mí como individuo?, ¿dónde estoy parado?; es decir, se le otorga un carácter antropocéntrico a la narrativa.

A partir de eso, prácticamente ya se están creando las bases para todo el desarrollo posterior, no solo en cuanto a temas inusuales hasta entonces, sino también a observar cómo se desenvuelve este sujeto en condiciones marginales. ¿Qué quiero decir con condiciones marginales? Un estado límite, un estado otro, no contextual, no insertado en el que ha fijado el propio código literario a través de su tradición.

Situar a un personaje, digamos, cercano a las drogas, o dentro de un margen ilícito, es precisamente sustraerlo del centro. Tratarlo en ese contexto llamado marginal no es simplemente situarlo en él, sino despojarlo del otro, para crear una nueva situación donde es posible un rango mayor de soltura, donde el código concebido para el contexto anterior deja de funcionar y, por lo tanto, ese personaje está en capacidad, de acuerdo con su situación narrativa, de expresar su mundo interior y sus conflictos, no determinados por el contexto ya codificado en la narrativa anterior.

Es decir, que la búsqueda de esas áreas llamadas marginales es más bien un desplazamiento hacia el individuo, no tanto hacia las áreas sociales marginales, sino

fundamentalmente hacia esos estados límites. Si se tratara de esas zonas sociales marginales, se tendría que producir una ruptura de enorme envergadura y trascendencia en otros planos —que creo no les interesa a los narradores—; es decir, una ruptura político-ideológica que no le interesa al escritor.

Ahora bien, yo creo que en este proceso también se ha ganado una enorme experiencia literaria; hay una mayor preocupación por la palabra, una conciencia estética acerca de la palabra; se tiene conciencia de que se está escribiendo dentro de un discurso artístico-literario, y no dentro de uno testimonial, de referencia, o de dar noticias. Puede estar la inmediatez, la referencialidad, pero no es el objetivo de la escritura; sino precisamente esa conciencia de la palabra, del discurso artístico-literario. Creo que, en buena medida, eso ocurre por una ganancia que ha tenido el escritor joven, y es que ha ganado una educación, una formación; ha tenido un amor por la lectura; o sea, se le han creado hábitos de lectura —esto es cierto, aunque parezca un comercial. Esos escritores están en capacidad de tener una conciencia estética porque, de alguna manera, se les ha propiciado. Es decir, el contexto, la Revolución, el propio sistema educacional, las instituciones culturales —funcionen bien, regular o mal— han creado, indudablemente, una atmósfera que propicia que exista, y que se pueda desarrollar, una conciencia estética.

Esto se me hace claro, si lo comparo con otros contextos. Por ejemplo, yo trabajé como jurado en un concurso de novelas centroamericanas, y uno de los problemas que vi en esas novelas, es que el escritor podía tener mucho talento, pero le faltaba conciencia estética, formación estética. Evidentemente, hay escritores de Nicaragua, Guatemala, El Salvador, etc., que tienen talento, incluso hay quienes han viajado y se han instruido; pero uno ve que les falta referencialidad, les falta una densidad cultural que no han recibido en su medio. El escritor en Cuba la tuvo antes, de alguna manera, pero en élites, en pequeños grupos. Ahora la tiene propiciada ya a nivel social, general.

Daniel García Santos: Mi punto de vista como editor —los editores somos críticos, quizás no ejercemos la crítica desde la perspectiva académica; pero sí la hacemos fundamentada en criterios de valoración literaria— es que resulta importante, metodológicamente hablando, tener una visión de la literatura por generaciones o promociones; pero esto no debe llevarnos a no verla —en este caso a la narrativa— como un proceso, como bien decía Elizabeth anteriormente. Creo que en la narrativa de los 90 se pueden ver, efectivamente, elementos de continuidad con respecto a la literatura cubana posterior a 1959; porque, entre otras cosas, ahí están actuando, no solamente las generaciones que han surgido ahora, al calor de las últimas transformaciones de la Revolución, sino también las anteriores.

Se ha producido un fenómeno de convergencia de generaciones, en cuyas obras se traduce una mirada nueva, o renovadora, de la sociedad cubana. En esa década confluyen diferentes puntos de vistas, diferentes tendencias. Me parece que es importante tener esto en cuenta para una caracterización de la literatura actual, y no subdividirla demasiado; porque eso nos puede impedir ver la integralidad del fenómeno literario como realmente se produjo en la década de los 90 y en la que comienza.

Es cierto que en los últimos años se ha manifestado un cambio en la narrativa cubana, que yo definiría, utilizando una metáfora marxista, como de continuidad-ruptura: hay una continuidad respecto al discurso anterior, y a la vez, una ruptura en cuanto a los puntos de vista y también, incluso, a determinadas técnicas literarias. Me parece que ello está condicionado, en primer lugar, por las transformaciones sin precedentes que se producen en Cuba en los 90; transformaciones económicas y sociales muy bruscas, que suceden, además, inmediatamente después de un período bastante controvertido, que se derivaba de los efectos negativos del llamado quinquenio gris. La década de los 80 fue un período bastante complejo, desde el punto de vista político y literario, e inmediatamente después sucede un cambio tremendo,

que repercute directamente en generaciones que se criaron dentro de los patrones del socialismo.

Hay un dato que Fidel usó en uno de sus discursos y que me resultó realmente muy esclarecedor. Decía que siete millones de cubanos habían nacido después del triunfo de la Revolución. Lo que significa que, en estos momentos, esta es una sociedad nueva; no es la del 59; la gente se ha renovado y, por lo tanto, estas generaciones que han crecido dentro de los patrones, las contradicciones y los beneficios del socialismo, tienen, por supuesto, una mirada distinta y son los que están marcando, de alguna manera, esta narrativa. También autores de otras generaciones están traduciendo esas nuevas circunstancias, porque igualmente están involucrados en ellas.

Yania Suárez Calleyro: Aunque es un procedimiento común para abordar la literatura, a mí no me interesa mucho el enfoque socio-histórico. Me parece que en última instancia las contingencias pueden darles algunas características a las obras, pero no condicionar ni definir el misterioso valor literario.

Miguel Mejides: Los sentimientos solo pueden estremecer, pero jamás comprenderse. Pienso en un viaje de conjunto al Limbo, único lugar del universo en que se habla el lenguaje de lo que Ortega y Gasset llamó el proyecto esencial, que no es más que la consagración de nuestras existencias a ser los guardianes del misterio —misterio que muy bien nombró Yania—, y así evitar que nos callen, nos censuren, nos olviden.

Rogelio Rodríguez Coronel: En cuanto a ese misterio de la literatura, quizás tengan razón, pero creo que sí hay elementos que condicionan un discurso en un momento dado. Además de lo que se ha dicho hasta ahora, esos cambios que se aprecian en la narrativa actual están también condicionados, por una parte, por un diálogo frecuente, provechoso, creo yo, con la literatura que se escribe fuera del país; cosa que no es nada nueva, claro. El sistema cultural cubano, como sabemos, es abierto, y ha estado en diálogo, desde el siglo XIX y aun antes, con las producciones de otras latitudes. A través de ese diálogo, sin embargo, pueden inocularse, como un virus informático, determinadas tendencias, determinadas modas, cuya aprehensión y reciclaje semántico, con respecto a nuestra realidad pueden producir verdaderos Frankenstein, verdaderos desastres. Me estoy refiriendo concretamente al realismo sucio —el llamado *dirty realism*—, que no es una corriente privativa de la literatura cubana; es algo que está en toda Latinoamérica, y no es otra cosa que un hipernaturalismo que se está entronizando, a veces de modo gratuito. Creo que es la más formalista de las distintas tendencias que nos han estado llegando en las últimas décadas.

No niego que en otros contextos pudiera tener utilidad. Puede ser aprovechado para las denuncias de las torturas, de las violaciones sexuales; para tratar aspectos de las guerrillas en El Salvador, o lo que ha ocurrido con los desaparecidos en América Latina y en otras latitudes. Pero en el caso de Cuba —donde no hay desaparecidos, donde no hay esas torturas terribles, donde no hay esas situaciones que hace falta sacar a la luz pública en otros países— ese hiperrealismo se convierte prácticamente en un juego formal. No porque no haya cosas que denunciar, tremendas y terribles, lo que pasa es que esas cosas se producen o se desarrollan en zonas del interior del individuo: las repercusiones y los conflictos que tiene el individuo en su conciencia, a partir de la doble moral, de la esquizofrenia económica del país, de una serie de elementos que no están en otras sociedades. Al tener el virus informático del *dirty realism*, eso se convierte en una especie de bodrio, que no funciona a nivel del mundo narrativo en que se está creando.

Denia García Ronda: ¿Tú ves eso como un peligro para la obra de los más jóvenes o para la narrativa cubana actual, en general?

Rogelio Rodríguez Coronel: Bueno, un escritor con un talento excepcional puede hacer cualquier cosa; hay que partir de esa base; pero lo cierto es que ese hipernaturalismo se está practicando como una especie de tendencia gratuita, porque no está justificada

literariamente en el mundo narrativo.

Creo que esa es una de las asechanzas fundamentales de la más joven narrativa. Pero no digo joven en el sentido de la edad del escritor, sino de la narrativa que se está produciendo ahora mismo; puede ser joven o viejo el escritor. El realismo sucio es una nueva tendencia que se está incubando y desarrollándose algo; y creo que, en primer lugar, no es funcional, y en segundo, que es tremendamente naturalista, hipernaturalista; hay un regodeo formal, gratuito, en lo escatológico. Se supone que sea un ataque a tabúes o a miradas adocenadas en torno a la realidad, al sexo, a la violencia, que mucho debe, por supuesto, a la influencia de determinado cine, a las películas llamadas «de sexo y violencia».

Raúl Aguiar: No quiero romper lanzas a favor del realismo sucio, porque no es el objetivo de esta mesa redonda, pero muchas veces confundimos formas y estilos con los temas, las circunstancias y la angustia de escribir.

Arturo Arango: El hecho de que el realismo sucio, hipernaturalista, pueda ser un hallazgo valiosísimo en una pieza, y resulte un bodrio, facilista y mercantil, en muchas otras, no basta para desacreditarlo.

Rogelio Rodríguez Coronel: Echando a un lado el realismo sucio, la narrativa última que, repito, puede ser producida por viejos o jóvenes, tiene aspectos bien importantes que traen un rango, creo yo, de mayor libertad en cuanto a la expresión, al tratamiento de una serie de asuntos considerados tabúes; o, por ejemplo, el universo femenino, o el tema gay.

Son asuntos que emergen con fuerza, con interés, porque son zonas que efectivamente deben ser tratadas, forman parte también de una labor educativa de la sociedad: el respeto al otro, el distinto, el diferente; lo que hace que la gente sea más auténtica, que por lo menos pueda, paulatinamente, reconocer su autenticidad, su identidad.

El tema, por ejemplo, de la doble moral, engendrada por nuestra propia sociedad, no por otra; aunque no sea privativa de ella. No es privativa de la sociedad socialista en construcción; es algo que acecha al individuo desde que se enajenó, prácticamente desde que abandonó la comunidad primitiva. Esta temática se relaciona con los problemas del poder, del estatus, de las relaciones personales, interpersonales, etc.; pero en estas circunstancias nuestras, que son climáticas, se revela de particular modo. Es una de las temáticas que, desde el punto de vista del debate social, es válido que la narrativa aborde, y así muchos otros temas que pudiéramos ir repasando.

Daniel García Santos: Creo que lo que ha dicho Rogelio se manifiesta, sobre todo, en los narradores más jóvenes. Su narrativa está directamente relacionada con el entorno que ellos han vivido, con las contradicciones que están experimentando, con las circunstancias peculiares de nuestra sociedad; por cuanto el referente de la sociedad anterior, digamos el referente capitalista, para ellos está bastante lejos. Ya no es como en los años 60: el contraste, la polémica o la violencia entre una sociedad que se destruía y otra que iba surgiendo; tampoco se viven en esta época las contradicciones de clases tan violentamente como sucedía en los 60 y los 70. Lo que se está produciendo es un balance, una reflexión en cuanto a las contradicciones de la propia sociedad socialista, en la cual han nacido, se han criado y se han desenvuelto esos siete millones de cubanos, y eso tiene, por supuesto, una traducción, directa o indirecta, en la narrativa de los 90.

Prácticamente toda la literatura que evaluamos en nuestra editorial tiene esta huella; es una reflexión crítica, en la mayoría de los casos —usando diversos recursos literarios— sobre la realidad que rodea al escritor de esa década. Esta reflexión crítica contamina la literatura de generaciones anteriores, que viven en el mismo contexto. Me estoy leyendo una novela muy interesante de un escritor nacido en la década de los 50, que es perfectamente equiparable a una que pudiera estar haciendo un joven

nacido en los 60 o en los 70, por su preocupación ante los problemas morales y sociales, ante situaciones de conflicto que subyacen o que están vigentes en la realidad cubana contemporánea.

Los escritores más jóvenes tienden a mirar estas situaciones de una manera bastante aguda. Creo que es una narrativa muy vital; la situación económica que la ha condicionado, aunque tiene consecuencias negativas, tiene también efectos bastante positivos. Por ejemplo, las limitaciones en las posibilidades de publicación, la mayor agudeza que los editores hemos tenido que aplicar en la selección de originales para publicar, y la influencia que comenzó a ejercer, como alternativa, el circuito internacional del libro, conformaron un ambiente incentivador para la creación. Fue una especie de reto que inspiró tremendamente el talento del movimiento autoral cubano. Es notable la inteligencia y la destreza artística con que los exponentes más sólidos de esta generación de los 90 han asumido los condicionamientos económicos y sociales que les han tocado vivir. Claro, ello es consecuencia también —como decía Rogelio— de todo un proceso de formación que viene desde los inicios de la Revolución, de todo un sistema de educación, de enseñanza artística, etc.

Yania Suárez Calleyro: Rogelio describió un proceso que se ha llevado a cabo de los 60 hasta los 90; proceso sobre todo de ruptura; yo no diría de continuidad y ruptura, como sugirió Daniel, sino de acción-reacción. Me parece que como resultado de estas respuestas hay un futuro menos experimental en la narrativa cubana. Recién acabo de terminar una antología de cuentos de los nacidos a partir del 70 —esa fecha es convencional, no marca el fin estricto ni el comienzo estricto de ninguna generación— y una de las características que veo es que hay un rescate de los modos tradicionales de hacer y una separación de las circunstancias inmediatas. Eso a mí no me dice demasiado en cuanto a deber ser, pero evidentemente son cuentos menos testimoniales.

Rogelio Rodríguez Coronel: Decía Pepe Rodríguez Feo que la narrativa de los primeros años de la Revolución era un exorcismo. El escritor que había nacido antes, que había vivido en otra sociedad, que había sido formado por ella, de pronto se ve inmerso en un cambio total en el que se incluían los valores. Ese escritor tenía que exorcizar aquellos demonios; pero el problema era que los exorcizaba sí, pero se quedaba sin ninguno, y algún demonio tiene que tener el escritor. Yo creo que lo que ocurre después es que ya los autores han sido capaces de crearse unos demonios coherentes con la nueva sociedad. Es decir, que los escritores nacidos o formados después, y que han vivido todas las tensiones, todas las contradicciones, y —aunque a veces no han sido conscientes de ellos— de todos los beneficios, que no reparamos en ellos hasta que los perdemos, como ocurrió en el Período especial, por ejemplo. El escritor crea sus nuevos demonios, por lo tanto no tiene que exorcizar nada, ni tiene que hacer una loa de nada, puesto que sus demonios son coherentes y naturales con su propia vida.

Denia García Ronda: ¿Cómo creen ustedes que ha reaccionado la recepción, incluyendo la especializada, a esos cambios temáticos y estilísticos a los que se han referido?

Arturo Arango: Creo que hay un estancamiento ostensible de la crítica sobre esa narrativa. Hablo de un ejercicio del pensamiento que cree espacios de conocimiento (de saber acerca de las obras en cuestión, y acerca de los ámbitos sobre los que esas obras se desbordan), y que establezca también jerarquizaciones. Salvo honrosísimas excepciones, los críticos de narrativa (o las personas que sistemáticamente ofrecen sus criterios sobre el género, en los numerosísimos coloquios, encuentros y mesas redondas que agobian nuestra vida cultural) son los mismos narradores. Para no hablar de sí mismos (modestia obliga), o para no declarar excesivamente simpatías o antipatías (y no provocar más enemistades de las que ya se tiene, que siempre son muchas) se habla desde una óptica generacional, o grupal. O contra una óptica

generacional, o grupal. Ello no está necesariamente mal, salvo por dos fenómenos subsecuentes: se habla siempre en términos generales, y se ficcionaliza el estado y el decursar mismo de la narrativa.

Las obras literarias las escriben personas, no grupos. Sin embargo, aún hoy, cuando la mayoría de los que ejercen su juicio, pretendidamente en nombre de la crítica, pertenecemos a las generaciones que ya han alcanzado la madurez, que han establecido sus poéticas (incluyo aquí, por supuesto, a los llamados novísimos, cuya juventud ya comienza a ser una formulación retórica), se reiteran los análisis generacionales, historicistas, y se olvida por completo al autor, y, peor aún, a la obra específica. Poco de lo que se dice sobre mi misma generación podría caracterizar a textos tan diversos entre sí como *Tuyo es el reino*, *El vuelo del gato* y *Perversiones en el Prado*, y no porque estas obras no tengan mucho en común, sino porque lo que se dice no corresponde con lo que ha ocurrido en los 90 con las obras de Abilio Estévez, Abel Prieto y Miguel Mejides. Incluso, la manera como se caracteriza a nuestra generación en los 80 tampoco sirve mucho para ellos tres, cuyos mundos narrativos no se acercaron nunca a lo que hoy se suele establecer como paradigmático de aquel momento.

Una generación lo es por el gesto con que trata de imponerse, por ciertos ideales estéticos, a veces ideológicos, a veces políticos, casi siempre éticos, bajo los cuales sus miembros se unen en busca de un espacio en el espectro de la cultura de un país (ediciones, promoción, etc.). Pero casi nunca lo es desde la coralidad de sus obras. Lo que he dicho para Abel, Abilio y Mejides valdría para Alberto Garrido, Ena Lucía Portela y Ronaldo Menéndez.

Miguel Mejides: Los narradores no tienen quién les escriba. Muchas son las veces que los propios narradores hacen la crítica, y eso no es nada bueno. La crítica nacional de continuo cae —cuando de Pascua a San Juan se ejerce— en las normativas, como si al ejercer la crítica redactaran un libro de sagradas comidas. Es tristísimo que en medio de una explosión de libros de cuentos y novelas, no haya la suficiente fuerza de una crítica especializada. No hablo de notas y apostillas, hablo de una CRÍTICA, así con mayúsculas. Cuestión esta que también influye en los jurados literarios, que a veces premian libros inmerecidamente. Insisto, la literatura es algo serio, y como tal hay que tomarla. Debemos recordar que la ética es parte inseparable de nuestro oficio, así como jerarquizar a nuestros autores. Así volvemos a la mendicidad crítica.

Elizabeth Díaz: Quiero referirme a la recepción de la narrativa, no específicamente a la crítica. En los primeros años 90 yo sentía que había un rechazo de los lectores a esta literatura por el alto grado de experimentación que tenía. Muchas personas, incluso con un nivel educacional alto, hasta universitario, y otras cercanas a la literatura por afición, me decían que no entendían esa narrativa, o que no les interesaba, porque les gustaba la literatura que les contara algo y este tipo de narrativa no lo hacía. Esto, como dije antes, tenía que ver con la experimentación que en ese momento se estaba produciendo, por ejemplo, en los novísimos que estaban siendo publicados en revistas y en algunas antologías.

Creo que ese momento pasó, incluso para los novísimos. Está el caso de Ronaldo Menéndez, que creo es paradigmático. En su novela, que ganó el premio Casa de las Américas, ya se ve una forma de hacer diferente a lo que hacía anteriormente, que muchas veces eran viñetas, ni siquiera cuentos. Hay como una sedimentación, como si ya se hubieran encontrado las «palabras» para las nuevas realidades que se pretende narrar, los «modos» de narrar.

Miguel Mejides: Aquí se ha nombrado el Quinquenio Gris. Yo no voy a ahondar en eso. Simplemente decir que entre las muchas cosas que se intentaron hacer —y aún hoy aparece uno que otro intolerante trasnochado—, la más pecaminosa fue la supresión de lo imaginario. En aquella época parecía escucharse a Shakespeare: —No duermas más, Macbeth ha asesinado el sueño, el inocente sueño...

Tarea nuestra en el futuro inmediato será la defensa de lo imaginario. Y ya no solo en lo local. Este mundo globalizado y neoliberal cada vez nos pondrá más a prueba. Ya la censura en ese mundo no es estatal, es la privatización de la censura, la compra de las editoriales, canales televisivos, Internet, por grandes consorcios. La vulgaridad, la cultura solo como mercancía, los *mass media*, están royendo las bases culturales de la humanidad. Y nosotros, queramos o no, estamos insertándonos en ese mundo.

Denia García Ronda: Es evidente que en las décadas anteriores, hasta bien entrados los 80, la narrativa cubana se volcó hacia el país. Salvo muy contadas excepciones, desde el espacio fabular hasta la producción de sentidos eran cubanos. ¿Se mantiene actualmente esa tendencia? ¿Cómo se relaciona nuestra narrativa más contemporánea con la galopante internacionalización de la información y de las manifestaciones culturales?

Daniel García Santos: Considero que la cubana es una narrativa que, en lo esencial, se concentra más en los problemas de la existencia, de la identidad humana. Incluso el hecho de que se hayan limitado las posibilidades de publicación en Cuba, y que los autores hayan intentado insertarse, como alternativa, en los circuitos editoriales internacionales, los han llevado a contrastarse con esas otras literaturas, con esos otros patrones. En algunos casos esto ha traído como consecuencia algunas concesiones al mercado; pero creo que el contraste ha sido a la larga positivo, puesto que les ha permitido trascender el ámbito estrecho en que pudiéramos habernos movido en este sentido, y asimilar las preocupaciones, los temas y los mecanismos dentro de los que se mueve la literatura en sentido general. Hay autores que han logrado colocarse en esos circuitos con títulos de alto nivel literario.

Por estas razones, la narrativa cubana en estos momentos está interpretando preocupaciones más universales, que emanan de lo particular. Es decir, va diluyendo la problemática local, nacional, en temas y aspiraciones más universales. De ahí la trascendencia que han alcanzado algunos de estos autores. Creo que Rogelio tiene mucha razón en decir que esta narrativa tiene al hombre como centro, que introspecciona la personalidad, la identidad humana que desborda hacia el contexto social. Esto le ha dado una gran madurez a la literatura.

A veces he recordado, relacionándolo con la narrativa de los 90, lo que sucedía en la plástica de los 80, que la respuesta ante una realidad inmediata, contingente, realmente muy fuerte, se convertía, en algunos casos, en usos de códigos demasiado directos, desde una crítica poco elaborada, con signos muy directos, y temas coyunturales, efímeros. Esas obras, si no lograban tener una elaboración formal que las respaldara, una vez que pasara esa circunstancia, también pasaban junto con ella. En el caso de la narrativa, quizás en un momento hubo muchos elementos circunstanciales, pero creo que esto se está superando y se va más a las esencias. A mí me llegaron textos muy interesantes, que a partir de una introspección en el ser humano dentro de su desenvolvimiento en zonas de nuestra realidad nacional, logran calar en valores universales. Esos textos, en muchos de los casos, se van a sedimentar, y aportarán valores no solamente humanos, sino también literarios, porque también se ha producido una maduración tremenda del oficio de escribir. Se están superando determinados mecanismos de experimentación que, de alguna manera, eran coyunturales, para lograr recursos estilísticos de gran madurez. No quiero decir que esto sea algo absoluto, por supuesto, porque el tiempo siempre arriesga equivocaciones; pero hoy por hoy, la narrativa cubana tiende a convertirse en un género de mayor importancia, repercusión y trascendencia, en relación con otros, por ejemplo la poesía, que tradicionalmente ha sido muy cultivada en el país. En el futuro la narrativa va a ser un género de gran relevancia. Ya de hecho lo es.

Arturo Arango: Es posible que la narrativa sea el género más vital de la literatura cubana de hoy mismo. Si no es el más vital, al menos sí estoy seguro de que es el

más visible, el que goza de mayor difusión y de un mayor número de lectores, en Cuba y en el extranjero, y al que se le dedica mayor atención, incluso en los círculos especializados. Cabría preguntarse si ese desplazamiento de la poesía por la narrativa no es ya un efecto del mercado sobre nuestra cultura.

Yania Suárez Calleyro: Emilio Ichikawa dijo una vez que se está llevando a cabo una nueva Ilustración cubana. Yo no sería tan categórica, ni tan apologética, pero me parece que sí, que hay una concientización, una avidez de saber, y una apertura también a la información, por oportunidades como el acceso a Internet y otros fenómenos internacionales, que también van a ser importantes. Creo que eso va a influir en que las diferencias y los diálogos entre generaciones no van a ser tan delimitables. Creo que va a haber una confluencia entre ellas. Por ejemplo, Raúl citaba a Ana Lidia y a Michael Perdomo como puentes hacia lo que llamó hipotéticamente «generación del 2000»; a mí me parece que también en la producción de Ronaldo Menéndez es evidente que ocurrió un cambio estilístico, y ello se percibe igualmente en la producción de casi todos los novísimos. Ya pasó el momento del grito, el momento de la literatura de la crisis que se escribió a finales de los 80 y principios de los 90. Creo que ese cambio se aprecia también en «los nuevos».

En cuanto a lo que decía Daniel, sobre los valores universales, para mí no están ligados al localismo o al universalismo. Valores universales puede tener la obra de Faulkner, que se sitúa en un espacio bastante provinciano, y la de Kafka, que no tiene espacio.

Rogelio Rodríguez Coronel: Estoy de acuerdo con Yania en cuanto a la relación entre lo universal y lo local. Nada puede ser más local que la llanura manchega, y de ahí surgió *Don Quijote*. Ahora bien, el problema es, ¿cuáles son los valores que se están debatiendo en el seno de un texto? Yo creo que una literatura, para que sea literatura, tiene, por supuesto, que estar bien escrita, bien construida; pero lo que hace que sea trascendente, es precisamente los valores que debate en su seno.

En ese sentido no me queda ningún tipo de preocupación en cuanto a la nueva narrativa, o como se le quiera llamar a la que se está produciendo ahora en Cuba; porque, aun en su aparente amoralidad, es profundamente ética. Eso es un signo que caracteriza esa literatura; es un signo perceptible, que viene precisamente de la coherencia de los demonios de que había hablado antes, con la formación y con el mundo en que han vivido los escritores. Ese signo ético profundo —que a veces se niega, se trata de ocultar de alguna manera, de que no sea visible— está, sin embargo, presente en ese discurso. Es algo, además, intergeneracional; no es privativo de una promoción o de una generación. Es un rasgo distintivo de la narrativa cubana actual.

Denia García Ronda: El hecho de ver la narrativa cubana como un proceso en desarrollo (y ya sabemos que el desarrollo nunca es lineal y sin conflictos), en lo que casi todos han coincidido, nos permite abordar un aspecto muy vinculado con esa idea de proceso: la relación de la novela y el cuento actuales con el discurso narrativo cubano de todos los tiempos. ¿Cuál creen ustedes que sea la actitud ideológica de los narradores del momento hacia los del pasado? ¿Esa acción-reacción de que se habló implica parricidios, iconoclasias, o se reconocen influencias o seguimientos de determinadas figuras gigantes de la narrativa cubana?

Rogelio Rodríguez Coronel: Hubo una vez un escritor que dijo que el grave problema para la narrativa cubana en general, era la existencia de José Lezama Lima y Alejo Carpentier en ella —creo que incluía a Cabrera Infante, y se pudiera incorporar también a Virgilio Piñera. Recuerdo que utilizaba una metáfora boxística; decía que había que «noquear» a esos escritores, y que mientras no se noquearan no se iba a salir a flote. Lo decía en el sentido de que eran modelos estimulantes, pero al mismo tiempo paralizantes; por eso precisamente había que rebasarlos, había que

noquearlos. Retomando esa metáfora boxística vemos que los cuatro contendientes, pesos completos, serían Lezama, Carpentier, Cabrera Infante y Virgilio Piñera. Creo que esto es bastante interesante y que son los narradores que nos acompañan los que pudieran referirse a esto.

Miguel Mejides: Yo no creo en generaciones, grupos, segmentos, ni en progenituras. No creo en que los últimos serán los primeros, ni que los primeros sean últimos. Solo creo en la literatura hecha por cualquier criatura con sensibilidad y talento, sin distinciones de edad, sexo, filiaciones. Jamás me he sentido de un grupo o generación o zonas, porque en el mapa universal de la literatura nada de eso existe. No creo en las simplezas de construir el glosario de quién fue el aventajado que narró primero una mano venusiana que en la temblorosa oscuridad de un cine descubrió el primario murmullo genital, o la jerarquía del inicial pelo que hizo su aparición en un pubis inocente. No creo en los profetas creadores actuales de escuelas fundativas y repiten clamores de manuales. Creo en la ética, en el estado de los sentimientos que trasmite el escritor. Creo en la valentía para contar lo intocable, esa categoría que ronda siempre el deber en la labor literaria que se respete. Creo en esa juventud de espíritu que posee un poema de Reina María Rodríguez, o el sutil desempeño de artesana de las maravillas que Dios le ha brindado a Ena Lucía Portela, o la gracia de Ronael para describir ese espacio de lo intocable. Creo en *El vuelo del gato*, y en *La noche del aguafiestas*; creo en la literatura.

Héctor Prieto: Creo que los escritores jóvenes sí buscan este tipo de referencia, a pesar de querer constantemente encontrar algo nuevo, de encender la chispita propia para lograr la luz. Yo conozco muchos narradores nuevos que leen este tipo de literatura y tratan de encontrar la fórmula de su propia escritura a través de ellos.

Raúl Aguiar: Hace unos años fui a un encuentro de narradores, creo que fue en Matanzas: un gran maratón de lecturas, donde me parecía que el 80% de los novísimos que leían sus textos, estaban en la onda barroca o neobarroca, como se le llama ahora; o sea, como Sarduy, como Carpentier o como el mismo Lezama. Indudablemente, en Cuba hay una gran influencia del barroco en la literatura, de la narrativa del *boom*... los grandes maestros a los cuales nos queremos parecer en ese sentido; sin embargo, es cierto que hace años que muchos de estos «alumnos» se quedan en la forma barroca de contar, sin estar contando nada. Ese era el peor defecto que yo les veía a muchos de los textos en aquel encuentro. Había, a lo mejor, una gran técnica narrativa, equiparable en la forma a Carpentier, a Lezama, pero en el sustrato lo que nos estaban diciendo no era nada que interesara de verdad.

En este mismo encuentro hubo dos muchachos, de los más jóvenes, que leyeron unos cuentos de factura convencional, pero que sí tenían cosas que contar, e impactaron muchísimo, más que todos los que habían exhibido toda esa técnica. Hay que ver hasta qué punto uno debe beber de esas influencias, y hasta qué punto la influencia puede transmitir eso tan inaprensible que es la trascendencia de una obra, la esencia en sí, la angustia de escribir, esa cosa que nos permite compactarnos con el lector, con otros escritores, y hasta con uno mismo.

En ese sentido, a mí me han influido, no solo Carpentier, no solo Lezama, sino todos los grandes escritores que me he leído, de todos los países del mundo. Entonces, si me preguntan sobre mis influencias, yo —al contrario de muchos grupos de narradores y de poetas— no podría decir que Lezama Lima influyó directamente en mi obra; sí podría decirlo de Carpentier; pero es que también Cortázar, Salinger, el mismo Bukovski, el del realismo sucio, me influyeron también.

Héctor Prieto: Creo que también está el peligro de escapar, a toda conciencia de este tipo de influencias. Entonces se va al otro extremo: uno empieza a experimentar de cualquier forma y manera y no está diciendo nada tampoco. Supuestamente te metes en un mundo interior tremendo, y al final escribes historias cansonas, en la búsqueda

de la experimentación y la originalidad. Y en eso viene otro y escribe una historia muy simple, pero que dice muchísimas cosas. Sin embargo, creo que los extremos siempre son malos. En un momento, los modelos funcionan, si no te dejas anular por ellos.

Rogelio Rodríguez Coronel: Creo entender que la tendencia, en ese sentido, sería la recuperación de la narratividad.

Raúl Aguiar: Sí, pero con una aclaración. Se ha hablado de que los textos de ahora no tienen casi experimentación. No lo creo. La experimentación se aprecia en las novelas actuales. El caso, por ejemplo, de Curbelo, las mismas obras de Garrido, son grandes experimentaciones, aunque en otro sentido, sin perder la narratividad, sin perder la coherencia, diciendo cosas. ¿Qué pasaba un poco antes? Quizás sí había textos que casi no se podían leer como novelas o cuentos. Eran textos con otro tipo de experimentación, con una apuesta ya al propio concepto de literatura, que las hacía bastante difíciles y, en ese sentido, sí perdían un poco de coherencia, un poco de narratividad; pero eso no significa que ahora no se esté experimentando, posiblemente se está experimentando más que antes.

Daniel García Santos: Efectivamente, en la narrativa se están cociendo muchas fórmulas estilísticas, pero te das cuenta de que hay una vuelta al oficio del narrador, y que hay una conciencia mucho más madura en relación con la especificidad de la literatura; se ha ganado en narratividad y en calidad.

Arturo Arango: Lamentablemente, volvemos a estar ante el peligro de las generalizaciones. El gesto paródico, la disolución de la estructura dramática, la desaparición de los núcleos anecdóticos pueden ser extraordinarios en una obra y fallidos en otra. Pero incluso si ello fuera extraordinario en la mayoría y fallido solo en las excepciones, eso no indicaría que se trata de *el camino* de la narrativa cubana, y que las obras que no cumplan esos requisitos deberían ser desestimadas.

Rogelio Rodríguez Coronel: Hay quien dice que los escritores jóvenes tienen un grave problema, que es el hecho de que se leen solamente entre sí, o sea, que son una familia endogámica.

Denia García Ronda: Quizás eso tenga que ver con la disminución del número de receptores. Si no puede socializarse con efectividad la literatura —en este caso, la narrativa— si se cierra el círculo de lectores, se puede llegar al absurdo de que los escritores se lean entre sí, y no haya un público lector suficiente, como si lo hubo en la década de los 60, e incluso en los 70.

Rogelio Rodríguez Coronel: Eso es cierto, pero yo voy más allá, en el sentido de que no quieren miembros fuera del clan; por lo tanto uno se lee al otro y ya queda clausurado. Esa es una manera de oponerse, es una manera de ruptura. Es como si dijeran; basta ya de Carpentier, de tanta verborrea y tanta bobería, basta ya de Lezama con todo su atrabiliario discurso, basta ya de digerir sus locuras. Eso cierra la posibilidad del diálogo con los clásicos y con la tradición inmediata. Algunos me han dicho eso; y entonces están leyéndose entre ellos mismos. Es un fenómeno que está ocurriendo, según tengo entendido.

Yania Suárez Calleyro: A mi me parece que en alguna medida, eso debe estar pasando. Se ha hecho referencia a ese fenómeno varias veces. Ya casi es un lugar común; o sea, que algo de verdad tiene que haber en ese criterio. Me parece que, en parte, esto ha sido propiciado por cierta crítica que, en momentos difíciles, y justificada como estrategia, ha circunscrito los paradigmas a fenómenos locales, temporal y espacialmente muy cercanos. Los novísimos se comparan con los nuevos; los nuevos se comparan con los de cinco años atrás. Eso que dice Rogelio quizás tenga algo de verdad, pero me parece una posición bastante tonta no leer a los que nos precedieron.

Lezama, Virgilio, Carpentier, Eliseo, etc., para mí justifican la literatura cubana en el xx. Mi percepción personal es que eso de que los jóvenes lean solo sus propios textos, no es tanto así, pero si se ha convertido en un dicho, quiere decir que algo trae de verdad, quizás un ápice.

Arturo Arango: La misma corralidad de ideales de que hablaba antes contribuye también a una lectura teleológica del pasado: todo cuanto se ha escrito hasta hoy ha sucedido para que yo esté aquí. Yo resumo, niego: fundaré. Esa lectura teleológica implica una ficcionalización: he trazado una línea que llega hasta mí (hasta nosotros) y es preciso acomodar a ella todo lo que la incomode (y casi siempre lo que la incomoda es muchísimo). Es una actitud legítima a los veinte años, cuando se busca ese espacio, y todas las exclusiones, todas las agresividades estarían permitidas. A los treinticinco comienza a ser patética. A los cincuenta, ridícula. Y si esa es la actitud que predomina en las voces que pretenden hablar en nombre de la narrativa cubana contemporánea, entonces ya es deformante.

Rogelio Rodríguez Coronel: Si me permiten quisiera hacer una pregunta. Siempre ha habido una literatura *underground*, de esos escritores que, de alguna manera, se consideran «malditos» por algunas instancias; por ejemplo, Reinaldo Arenas, Cabrera Infante, Severo Sarduy antes de morir. ¿En qué medida los jóvenes escritores han empezado a leerlos y se sienten más cercanos a ese tipo de literatura que a los clásicos cubanos?

Raúl Aguiar: Nos estamos circunscribiendo a los escritores cubanos, tanto los del exilio como los de dentro de Cuba, los llamados *masters* del *main stream*; pero eso no es todo. Nosotros leemos y recibimos influencia de toda la literatura, sea cubana o extranjera. En el caso de la cubana, yo particularmente y el grupo que me rodea no establecemos diferencia alguna entre la calidad literaria de Guillermo Cabrera Infante o Reinaldo Arenas, por un lado, Severo Sarduy, por otro lado, y los de dentro de Cuba, Lezama Lima, Virgilio Piñera o Alejo Carpentier. Nos parecen todos figuras cimeras de la literatura cubana; algunos dentro del *boom*, otros en el *posboom*; algunos dentro del barroco, algunos en el neobarroco; pero de todas formas hemos recibido influencias de ellos, como mismo hemos recibido influencias de otros muchos escritores de varias partes del mundo.

Fue a finales de los 80 cuando comenzó a entrar en Cuba la literatura que se había escrito en el exilio, pero no solo esta literatura. Recuerdo que los posmodernos, como se le llamaba a la gente del grupo Diáspora, de Sánchez Mejías, comenzaron a importar a Cuba textos acerca de teoría crítica posmoderna. Posiblemente haya entrado en la academia desde afuera, desde lo que estaban haciendo estos críticos tan jóvenes. También desde dentro, claro, por Redonet y Maggie Mateo, entre otros; pero realmente aquí no se publicaba nada sobre ese tema. Eso fue importado también como *underground*, por libros recibidos personalmente. Y a los que los manejaban los llamaban de élites. ¿Por qué? Porque hablaban otro lenguaje ya, estaban conceptualizando el arte, estaban teorizando sobre sus propias escrituras. Quizás ahí es donde yo veo un punto de ruptura total entre esa generación y la anterior, por eso hablo de diferencias bien marcadas, por lo menos con respecto a este grupo en específico. Este mismo cuestionamiento de lo que es escribir, de lo que es ser escritor, de lo que es la literatura, llevó a todas aquellas experimentaciones, que considero muy válidas.

Rogelio Rodríguez Coronel: Me interesa muchísimo esa relación que ha apuntado Aguiar entre la teoría y la creación artística. Antes un escritor podía ser, a la vez, un teórico; pero su práctica artística no se veía directamente relacionada con posturas teóricas, o con un conocimiento teórico. Henry James podía escribir su opinión sobre la novela; pero su práctica no venía dada porque se hubiera leído el prólogo a *La introducción a la historia de la literatura inglesa* de Hipolito Taine.

Parece ser que con el auge de la teoría literaria, y la actualización de los estudios

teórico-literarios, sobre todo en las universidades y en algunas publicaciones como *Criterios*, el autor joven tiene una formación teórica mayor que la que podría haber tenido un escritor con anterioridad. En aquel momento, algunos la tenían de una manera libresca, no sistematizada. Evidentemente, los escritores jóvenes, muchos de ellos egresados de las universidades, tienen una formación teórica. Durante toda la historia de la literatura, la práctica artística ha generado una teoría. Me pregunto en qué medida se ha invertido el proceso, si estamos asistiendo, desde los años 70 para acá, a una inversión donde la práctica teórica está influyendo en la escritura.

Denia García Ronda: ¿La narrativa como aplicación de la teoría?

Yania Suárez Calleyro: Creo que hay una mayor conciencia teórica, pero me parece que aplicar la teoría —que es tan diversa y contradictoria en sí misma que se convierte casi en otra literatura— es más difícil que escribir un cuento, y no creo que sea muy válido el procedimiento, al menos para mí. Sin embargo, sí ha existido en el xx, después de la llegada de los formalistas a la tierra, una contaminación entre los dos campos (el teórico y el literario). Diría más, la teoría se ha legitimado (aunque nadie sepa mucho para qué sirve), y los escritores han coqueteado con la teoría, eso está claro. Ahora, por ejemplo, circula en el mundo la tontería de lo «políticamente correcto», discurso este que muchos escritores han asumido alegremente. Para mí eso es un ejemplo claro del espacio que ha ganado la obra de los teóricos sobre la poética de los escritores. Y en mi opinión eso es lamentable, pero es probable que yo sea muy anticuada.

Raúl Aguiar: No creo que sea mayor esa autoconciencia escritural, que es como yo le llamaría a eso. Es sencillamente distinta. Si se ponen a leer todas las revistas *Unión* y *La Gaceta*, verán que tengo razón. Pienso que, en determinada época, coinciden la forma nueva de escribir con la autoconciencia escritural. En los 60-70, ¿cuáles eran las influencias? Sartre, que era un teórico que escribía al mismo tiempo que teorizaba. De alguna manera, casi siempre toda la influencia venía de Europa o de los Estados Unidos. Hemingway también teorizaba al mismo tiempo que escribía. Nosotros en el taller literario «Onelio Jorge Cardoso», que dirige Eduardo Heras León, analizamos las poéticas de diferentes escritores. Todos ellos teorizaban, en algún sentido, sobre su propia forma de hacer. Posiblemente en los 70 había toda una teoría crítica. Me cansé de leer, en las revistas de aquella época, artículos acerca del papel social del escritor; llegaban a la exageración del realismo socialista, «bajar la cultura a nivel de las masas», etc.; pero era una teoría, errónea o no, equivocada o no, tonta o no; era una teoría también. Por supuesto, esa época es el peor ejemplo, porque se empezó a dictaminar el tipo de literatura que se debía hacer. Para mí, la posmodernidad no es una concepción ideológica, sino sencillamente una condición que estamos viviendo todos actualmente, donde está la pluralidad de sentidos, el ir atrás para hacer algo nuevo de esta fusión, de todas estas mezclas, donde están todos los enfoques de áreas que eran consideradas minorías o marginadas en tiempos anteriores. De ahí surge toda la literatura del movimiento gay y del feminista, de las mujeres —que no tienen por qué pertenecer al movimiento feminista—; la literatura negra, la literatura rockera. Sencillamente, como estamos viviendo, en este tipo de condición posmoderna en la que se dan todos estos enfoques.

Rogelio Rodríguez Coronel: Esta narrativa que se está escribiendo ahora, en los 90, es de una diversidad de propuestas temáticas y estilísticas considerable. Eso me parece realmente fascinante, porque la riqueza de una literatura nacional está en su diversidad. En estos momentos no es perceptible una sola tendencia ideológica. Quizás de aquí a veinte años, cuando miremos con distancia estética, digamos: «en ese período la tendencia dominante era tal y más cual»; pero en la práctica literaria actual hay propuestas muy diversas. Lo cual también implica que se abren muchos espacios de diálogo dentro de la propia producción literaria. Me parece que eso es un signo muy promisorio, muy importante.

Daniel García Santos: Así es. Está la novela de tema histórico, la narrativa erótica, las obras que abordan la cotidianidad, la marginalidad, las paradojas de la existencia, el humor...

Rogelio Rodríguez Coronel: Un reciclaje de la novela policiaca...

Daniel García Santos: Hay de todo. Realmente hay una diversidad temática tremenda, que está ligada a una diversidad estilística también.

Denia García Ronda: Se sabe que en los últimos años ha habido una mayor llegada de mujeres a la literatura y especialmente a la narrativa, pero la proporción sigue siendo a favor del escritor hombre. A muchos —y muchas— esto no les preocupa, porque consideran que en la literatura no hay géneros. Otros —sobre todo otras— opinan lo contrario, y defienden la existencia de un discurso femenino. Me gustaría que se hablara un poco de sobre eso.

Elizabeth Díaz: Efectivamente, hay mucha mayor participación de las mujeres en la narrativa. Si en los años 60 se podían contar con los dedos de la mano, en los 90 hay una considerable cantidad de escritoras haciendo muy buena literatura. Son los años en que mayor número de escritoras ha publicado cuentos o novelas, desde el 59 a la fecha. Todavía no se pueden comparar cuantitativamente con los hombres que escriben cuentos y sobre todo novelas, pero la mujer está presente en la literatura, además, con una gran calidad y desde una mirada de mujer. Sé que hablar de discurso femenino o de literatura femenina es punto muy discutido, pero en los textos que yo he analizado se puede percibir, sin dudas, una voz de mujer, un punto de vista indudablemente femenino, se crea o no en la literatura de género.

Daniel García Santos: Quizás introduzca un criterio polémico, pero no creo que exista una narrativa femenina. El acceso de las mujeres al mundo literario depende, en mucho, de sus posibilidades, de su talento. Exactamente igual que los escritores hombres.

Rogelio Rodríguez Coronel: Yo pienso que la mujer en su literatura, aporta una óptica, una concepción del mundo desde el punto de vista de su entorno, etc.; pero esto no quiere decir que tengamos que dividir la literatura por el género o por cualquier otra condición de sus autores, porque entonces tendríamos que hablar de la literatura del negro, que también tiene su punto de vista; tendríamos que comenzar a fragmentar las tendencias. En cuanto a su proporción en la narrativa cubana, quizás no acceden tantas mujeres por razones históricas, por la discriminación. Eso es cierto y hay que reconocerlo; por ejemplo, a mí me gustaría que hubiera más mujeres escribiendo novelas. Apenas hay novelistas jóvenes. Ena Lucía Portela es casi una excepción dentro de la Isla. Por lo general las que escriben son autoras de otras generaciones, pienso en Martha Rojas, que es una periodista devenida novelista, en Mary Cruz, en Mirta Yáñez. En definitiva, tanto la mujer, como el negro, el chino, el minusválido, el gay, aportan sus puntos de vista a la literatura; pero no creo que la definan por esa condición, o que tengamos que subdividir la literatura por género, por color, por orientación...

Denia García Ronda: Ustedes han abundado sobre las características de la actual narrativa cubana, e incluso han apuntado asuntos que pudiéramos desarrollar ahora. Por ejemplo, acerca del diálogo creación-recepción y la función de los mediadores: la edición, la comercialización, la difusión, etc. En esto tiene un papel fundamental el mercado. Sería bueno oír sus opiniones sobre si la necesidad de participar en los circuitos editoriales extranjeros ha influido en un cambio temático o compositivo; si el escritor está pensando en un nuevo receptor —cubano o no— con valores, formación, cultura, diferentes al de las décadas anteriores. En fin, aspectos

extratextuales, pero que tienen un gran peso en el hecho literario.

Rogelio Rodríguez Coronel: En primer lugar, se supone que el receptor potencial del escritor cubano es el lector cubano. En los primeros años de los 90 se produjo también una esquizofrenia —como consecuencia de todo lo demás— en el sentido de que se producían las obras narrativas y no iban al lector cubano. Si usted no iba al lanzamiento —que se vendía en pesos en esos momentos—, inmediatamente el texto pasaba al circuito de divisas y usted se quedaba sin acceder a él, a no ser que se lo regalaran o lo buscara por otras vías.

Ya eso pasa cada vez menos, pero en los años 93-94 eso era así. Ahora hay mayores espacios; sigue ocurriendo en cierta medida la imposibilidad de adquirir los libros, pero por lo menos hay voluntad en las editoriales y en las comercializadoras, de que esto no siga ocurriendo. Nosotros, los cubanos, los que nos interesamos en el estudio del discurso narrativo cubano, tenemos que reconstruir esa narrativa a partir de las posibilidades de encontrar ahora esos textos, porque a muchos los conocemos de oídas. Otro problema es el de la obra que ganó un concurso en España, se publicó en España, y si el escritor no le regaló a usted un ejemplar, o un amigo que lo prestó, usted se quedó sin conocer un texto cubano, publicado en España, por las circunstancias nuestras.

Pero eso no niega que hay problemas de mercado, de la relación de la obra con el lector, a partir de la necesidad de divisas, a partir de la esquizofrenia económica; y hay problemas, efectivamente, por los cantos de sirenas del mercado, de los concursos, de las demandas que se hacen en otros países de textos de determinadas características, que también están imponiendo sus marcas en esa producción, por lo menos en ese circuito.

En todo esto, por supuesto, hay muchos elementos coyunturales y despreciables, otros van a dejar sus marcas, y nos queda por ver cómo evolucionarán; pero sí creo que hay que estar conscientes, sobre todo en la industria editorial, de que este es un fenómeno serio que hay que tomar en cuenta.

Miguel Mejides: Creo que estamos abocados a un cambio sustancial en nuestras editoriales. Hay que transformar las formas de hacer en ellas, la promoción, divulgación, y lo primordial: la distribución. En cualquier parte de este mundo, las editoriales son las que lanzan a los escritores, las que se ponen al habla con la crítica para estimularlas a que se escriba sobre el libro recién publicado con su sello. Son catedrales gestoras de todo lo referente a un lanzamiento, que no es el mero momento de presentación del libro, que es algo más científico, y más de marketing.

Pienso que nuestro país tiene excelentes editores, gente conocedora de su oficio, que sabe laborar, sugerir, enmendar, saben conducir al narrador a que su obra salga fortalecida. Pero también sé que viejas concepciones —que muchas veces rayan en el no-juicio— de antiguas empresas consolidadas, lastran la labor de ellos. Hay que modernizar ese penoso y largo proceso que es el dar a conocer un libro.

Raúl Aguiar: Me gusta mucho que se debata lo relacionado con el proceso completo de la narrativa, esto es: creación, edición, difusión y recepción. Cuando pienso en esta secuencia tengo la imagen de un embudo que se va estrechando muy rápidamente. La creación tumultuosa, la edición demorada, la difusión difusa y diluida, casi ninguna; y la recepción marcada por la comercialización dividida en dólares y en pesos cubanos. La que es en dólares no llega, sencillamente; es más, creo que casi ni se vende. La venta en pesos cubanos es bastante exigua, y, como ha dicho Rogelio, muchas veces tenemos que ir a los lanzamientos como único recurso para poder comprar un libro que sabemos que se va a vender después en dólares.

En cuanto a la edición voy a ampliar un poco más. Decía que era demorada; así es, a pesar de que ahora se ha aumentado la velocidad del proceso, en comparación con años anteriores. Indudablemente, no podemos competir con el mercado extranjero,

donde una editorial te publica un libro en tres meses. Aquí lo menos que se demoraría sería siete u ocho meses, esto si el libro es trascendente. Si se remite o no a un espacio concreto no importa, en ese sentido estamos bastante claros: si tu libro vale realmente, no importa que se publique ahora o dentro de cinco años. Solo que el escritor se queda esos cinco años mordiéndose las uñas y temblando.

Otro problema de la edición, lo digo como escritor, es que en Cuba no hay reediciones de libros, y menos de jóvenes. Solamente se reeditan libros de autores bastante legitimados, que se sabe que van a venderse en el mercado. Pienso en Lezama Lima, en Carpentier, José Martí, o textos políticos o de otra índole. Un solo ejemplo voy a poner: la antología de Salvador Redonet, *Los últimos serán los primeros*, tuvo una tirada pequeñísima, no se ha reeditado nunca, y es un libro que debería ser texto en la Facultad de Artes y Letras, por ejemplo.

Denia García Ronda: Lo es, aunque a los estudiantes les cuesta trabajo consultarlo.

Raúl Aguiar: Realmente hace falta una reedición. También los críticos lo piden a gritos, todos se refieren a ese libro, y por ejemplo yo, que soy de los cuentistas antologados en él, ni siquiera tengo el ejemplar que me correspondería como autor. Así sucede también con muchos otros escritores. La mayoría de las antologías que se están publicando ahora es para su venta en dólares.

En cuanto a la difusión, es la pata más coja que tiene el sistema editorial cubano, según mi criterio. Yo trabajo en promoción, y sé que la difusión necesita dinero para realizarse. Las grandes editoriales, en algunos países, gastan millones y millones de dólares para difundir y publicitar una obra determinada; por lo tanto, no estoy diciendo que se inviertan millones de dólares en eso; pero sí que se aligeren un poco los mecanismos, y que sean más efectivos. Si a una Feria del Libro en un país extranjero, yo mandó quince funcionarios y un solo escritor, por supuesto que no voy a vender tantos libros ni voy a promover la literatura cubana como si mandara cinco escritores, que dieran mayor interés.

En muchas Ferias internacionales, en el *stand* cubano hay cinco o seis personas que están ahí vendiendo libros, cobrando los libros que venden. No hacen una buena labor publicitaria acerca de esos mismos libros que están vendiendo. Creo que estos mecanismos se pueden y se deben mejorar.

En cuanto a la recepción de la narrativa ya abordé algunos puntos anteriormente. La recepción es necesariamente ínfima. Por solo citar un ejemplo: de la cantidad de librerías que había en La Habana, que vendían libros en pesos cubanos, creo que quedan tres o cuatro. Muchas se han convertido en librerías en divisas, que están vacías siempre o son escenarios del deporte cubano moderno, que es ir a ver las publicaciones y no comprarlas.

En relación con la difusión internacional, o sea, premios, concursos y todas estas cosas de las cuales ya se ha hablado algo, estoy completamente de acuerdo con lo que han dicho Daniel y Rogelio; o sea vienen a buscar textos específicos que deben tener contenidos específicos. Yo pienso que escribir para el lector cubano eminente también es otra concesión, como también escribir para el editor de *best sellers* capitalista que está buscando un modelo único de literatura cubana, es otra concesión. Claro, la buena literatura sale de todas maneras, y tenemos buenos ejemplos; el mismo *Tuyo es el reino*, de Abilio Estévez, es un buen libro aquí y donde quiera, como otros libros que han salido, como el de Atilio Caballero; o sea que hay libros que se cuelan, pero los mecanismos son un poco individualizados: yo tuve tal suerte, conocí tal concurso, conocí a tal editor que me publicó.

Cuba es en este momento una fuente de mano de obra literaria barata; aquí vienen algunos editores, recogen cuentos, pagan 50 dólares, y hacen una antología, y se embolsan las ganancias, cuando no pasan cosas peores. Podría decir nombres de estos *scouts* literarios super millonarios, que han hecho antologías y no han pagado un centavo, ni siquiera han sido capaces de mandar un ejemplar a los autores. Ejemplos

de esos hay bastantes.

Esto se complica también con el derecho que tiene el autor. Si no hay una institución que responda realmente a sus intereses en ese sentido, que lo defienda de esas estafas, de esos malos pagos; y que no comercialice adecuadamente su obra, entonces el escritor está en mucha desventaja con respecto a otros escritores.

Hay otra cuestión también. En cualquier país, un escritor que publica un libro es entrevistado en varios medios. Se le pide su opinión con respecto a determinados temas, no solo literarios sino también de tipo social; le dedican crónicas en los periódicos; o sea, se trabaja mucho con este escritor, a lo mejor por un concursito que ganó. En Cuba puedes encontrar a un escritor joven que tenga ya cuatro o cinco libros publicados y no pasa nada. A lo mejor lo invitan para que sea jurado, una vez al año, de un concurso en alguna provincia y ya.

Elizabeth Díaz: Yo, a este respecto, pienso que en cuanto a la promoción de la literatura cubana, tenemos mucho de qué quejarnos como decía Raúl. Creo que se puede hacer mucho más de lo que se hace. Recuerdo, por ejemplo, que a Alberto Guerra Naranjo, cuando ganó el Premio de cuento de *La Gaceta*, no se le pidió ninguna entrevista y no se le hizo ninguna promoción; él mismo tuvo que gestionársela, algo común a los escritores cubanos, y así numerosos casos.

Sin embargo, tampoco debemos perder la perspectiva; en nuestro país la cultura ocupa un lugar primordial. En otros países latinoamericanos, para poner un ejemplo cercano, esto no es así; o sea, la cultura es un reducido espacio al que van algunas personas, al que va una élite.

Yo acabo de regresar de un país latinoamericano y durante los primeros 15 días pensaba que no se hacía cultura en ese país, porque prácticamente no había promoción en los periódicos, ni en ningún medio. Había muchos anuncios de lo que se vendía en las galerías de tiendas, en los «moles», pero los espacios de cultura eran infinitamente pequeños, en relación con el mundo del consumo.

No perdamos la perspectiva respecto al mundo, porque creo que en nuestro país se le da una importancia grande a la cultura y dentro de esta, indudablemente, a la literatura. Eso, por supuesto, es perfectible, mucho más cuando tenemos los espacios para hacerlo, tenemos la concepción y, sobre todo, el conocimiento de la importancia que tiene la cultura para la vida del ser humano.

Miguel Mejides: Quisiera decir algunas cosas sobre la promoción internacional, la asistencia a ferias, y otras romerías por el estilo. Las ferias del libro de este mundo se han convertido en mercados en donde se compran derechos editoriales, y lo que prima es la ley del dinero. Francfort no es más que eso: detrás de los cortinajes de los infinitos expositores, lo que existe es el comercio y las palabras que hacen las compras y las ventas. No niego que es bueno para un escritor ir a las ferias, pero lo cierto es que en ellas no he visto más que empresarios y unos cuantos escribas que hemos hecho el papel más secundario y solitario del mundo. Así es Buenos Aires, en menor cuantía Guadalajara, Liber en España, y la Babel del papel y la letra impresa: Francfort. Allí se descubre lo que antes dije, y los vanidosos también descubren, entre los millones de volúmenes, que en el mundo de la literatura no somos más que unos enanos con ombligos provincianos. Es saludable también decir que mucho de la labor internacional la tiene que hacer el propio escritor, abrirse espacios con su osadía para la letra y la representación. No hay otro modo. Por mucho que nos ayuden las instituciones del aparato de la cultura, ellas no pueden representar a todos los escritores cubanos. Esa es una de sus grandes desventajas. Cualquier agencia tiene un grupo de escritores y con ellos trabaja. Escoge a esos escritores, nadie se los impone. Una agencia cubana está obligada a trabajar en un gran diapasón. Y creo que eso es imposible.

Héctor Prieto: Voy a hablar en nombre de los más jóvenes escritores que conozco, que son muchachos que tienen algunas obras publicadas en el país; pero que están

escribiendo, muchos de ellos, para un concurso específico, para un tipo de mercado específico, y a veces con la filosofía de esperar la gran oportunidad, cualquier cosa de este tipo que suceda, ganar un concurso, obtener un premio en metálico; simplemente están trabajando por poner un renglón más en el curriculum. Su preocupación mayor es cuándo llega la gran oportunidad y qué pueden hacer para que llegue.

Rogelio Rodríguez Coronel: Lo que dice Héctor es cierto y es preocupante, aunque ha existido desde la época de los griegos: el oportunista, el mercenario en cualquier arte u oficio. Siempre han existido y existen escritores mercenarios, que solo se salvan cuando tienen un gran talento; si no, quedan así, trabajando para ganar un concursito. Eso sencillamente hay que dejarlo a la vida, a sus vidas.

Hay un aspecto que a mí me interesa sobre el asunto del derecho de autor y las promociones. Me parece, y ustedes me van a rectificar si me equivoco, que la oficina o empresa del derecho de autor que existe parece ser más bien recaudadora que protectora de los derechos del escritor, ¿no es así?

En el mundo capitalista, yo no sé por qué, a no ser que usted sea un gran *best seller*, generalmente los editores andan en carros y viven en mansiones opulentas, y los escritores siguen a pie. Pero aquí estamos en un país socialista, donde se supone que se revierta esa relación. En el mundo capitalista, el escritor es uno de los individuos más explotados por la sociedad de consumo. Todos los editores, todas las oficinas recaudadoras de derechos de autor son los que se llevan la mayor tajada, y el individuo lo que obtiene es una miseria, a no ser que se convierta en una figura pública, y entonces gana mucho dinero, no por su obra literaria, sino por las conferencias que dicta, los cursos que lo invitan a dar; es decir, la promoción que se le hace. Entonces gana por esa vía, porque generalmente venden su obra con los derechos de autor.

En cuanto a lo que decía Aguiar sobre que Cuba está brindando mano de obra barata, es cierto. No hay protección para el autor cubano cuando alguien venga y le pida un cuento o una novela y lo publique fuera. Ese escritor está tan ansioso de publicar, sobre todo publicar donde se le conozca ampliamente, que entrega su obra y se producen estos resultados. Sencillamente se están robando la obra literaria, la producción intelectual. No hay una protección a la producción intelectual, como sí la hay ahora, por ejemplo, a la científica. Creo que hay que ir pensando en esa protección al derecho intelectual y que la agencia o la empresa, o lo que sea, se convierta más que en una oficina recaudadora, en una institución que proteja a los escritores y que además reembolsen adecuadamente a los escritores por su derechos.

Denia García Ronda: Bueno, yo creo que además de los perjuicios que todo eso puede causarles a los autores en su bolsillo, es importante el perjuicio que pueda ocasionar el mercado en las obras que se están escribiendo, a partir del cambio del lector ideal. Es impactante, por ejemplo, entrar a una librería española y ver la cantidad de libros (y no todos de autores cubanos) que tienen la palabra «Habana» en su título. Cuba, y en especial La Habana se han convertido en un gancho para vender en Europa. Y eso, a mi modo de ver, puede constituirse en una tentación para el autor cubano, que —consciente o inconscientemente— escribiría para un potencial lector europeo que busca una Habana específica en las obras que compra.

Rogelio Rodríguez Coronel: Creo que esas circunstancias editoriales de los años 90, de la que ya hemos hablado, introdujeron una escisión entre el autor y el receptor cubano, y rompió esa cadena, ese necesario diálogo. Eso trajo otro problema y es que el escritor comenzó a plantearse un modelo de lector no cubano, y hace esas concesiones al comercialismo. Ya sabemos, por ejemplo, que en determinadas zonas del extranjero, la fórmula, como un coctel, para que un cubano escriba una novela o un libro de cuentos, y se venda, es 75% de aspectos políticos (por supuesto, negativos, o al menos de crítica al proceso cubano), y 25% de sexo tropical. Entonces eso se publica y se vende.

Son fórmulas que ha establecido el mercado para el escritor cubano. ¿Usted quiere vender?, ¿usted quiere que una gran editorial le publique? Escriba primero una especie de crónica de su vida en Cuba, y mientras más terrible sea, mientras más dantesca, mejor. Entonces usted va a vender, no solamente esa, sino las que produzca después, y las que nosotros le vamos a publicar, si usted escribe esa.

Y así, varios de los nombres de los 90 surgieron a la palestra pública. Esto, por supuesto, son aberraciones circunstanciales, y por otra parte no son excesivamente graves, porque la literatura cubana como sistema cultural abierto, siempre ha dialogado con ese lector más universal. Esa, más que una característica, es una aberración de los 90; pero que no trasciende más allá de determinadas circunstancias, en la medida en que la conformación misma del sistema cultural cubano ha propiciado que el artista cubano, no solo el escritor, siempre dialogue con un lector más universal; es más, que ve al propio lector cubano inmerso en una madeja de relaciones culturales internacionales.

Por otra parte, nosotros hablamos de una serie de autores extranjeros con una facilidad enorme, como si fuéramos vecinos; eso no ocurre así en cualquier país; tenemos autores latinoamericanos que los consideramos nuestros, aunque no sean cubanos, y que viven en nuestro sistema cultural, en nuestra densidad cultural, como una referencia inmediata. Nuestra cultura ha sido así, no después del 59, desde antes de la Revolución, aun desde el siglo XIX. Por ejemplo, en 1862, circuló en Cuba, de inmediato, a los 6 meses de haber sido escrita, la famosa obra de Hipólito Taine *Introducción a la historia de la literatura inglesa*, donde está toda la poética del positivismo crítico. Se publicó en los Estados Unidos, y de inmediato circuló en La Habana. La actualización y el diálogo con otras culturas ha sido una manera de ser, una manera de vivir de la cultura cubana. El escritor, por lo tanto, tampoco está limitado a un lector circunstancialmente cubano y que sus referencias sean únicamente cubanas. Yo creo que también ha tenido esa posibilidad de diálogo, aun cuando su lector no fuera cubano.

Denia García Ronda: Quizás Daniel y Elizabeth, como editores, pudieran darnos una visión desde dentro de estos problemas del sistema editorial cubano.

Daniel García Santos: En todos estos años hemos vivido una tremenda tensión en el sistema editorial cubano, porque la crisis del Período especial fue realmente dramática para ese sector. De millones de ejemplares que se hacían, de los cientos de títulos que se publicaban en el año, de pronto pasamos —con seguridad ustedes lo recuerdan— a lo que se llamó la «época de la plaquetización», es decir, a hacer publicaciones ligeras, casi artesanales, rudimentarias, con papel reciclado, para garantizar un espacio mínimo para los escritores cubanos.

Por un lado hay un movimiento de creación vital, creciente, por otro, un lector preparado, con un nivel educacional significativo, que le permite ser receptor de esta literatura, y en el medio un sistema editorial muy afectado, descapitalizado y, hasta cierto punto, desorganizado en el tiempo, como consecuencia de la propia crisis. El hecho, incluso, de que se haya instaurado este mercado en divisas al que se hacía alusión antes, es una necesidad que hubo que asumir. Era la fórmula que permitía capitalizar, de alguna manera, el sistema del libro, que había sido anteriormente subvencionado por el Estado, y que de pronto se enfrentaba a la urgencia de encontrar fuentes de financiamiento, sin tener la organización, ni el mercado, ni la estructura óptima como para lograr una recuperación rápida. Por tanto se tomó esta medida, que fue controvertida, efectivamente. No hubo más remedio que publicar libros para el mercado en divisas, con el objetivo de que la recaudación se reinvirtiera en la producción de libros para el mercado nacional. Eso marcó la literatura por algunos años; todavía ese mercado en divisas tiene cierta importancia en las publicaciones literarias; creo que la va a ir perdiendo paulatinamente. Hay algunos textos específicos que, en efecto, se publican solo para ese mercado; pero tienen ese sentido de

retroalimentación económica. Fue y es una necesidad a la que no se le veía otra alternativa para ser solucionada.

Por otra parte, era muy difícil instrumentar una política de reimpresiones, porque, como había tan pocos recursos, preferíamos invertirlos en primeras ediciones; las ansias de nuestros escritores por publicar y nuestros propios fondos de originales así lo imponían.

También se produjo un éxodo de especialistas, de editores. Aquellas grandes editoriales llenas de editores, ya no existen, y eso, de alguna manera, incide en lo que Raúl decía acerca de las demoras en el proceso editorial. Tenemos, por un lado, una gran cantidad de títulos, y por otro, poco personal y recursos limitados. Esto complica bastante el proceso editorial. Gravita sobre los editores una gran presión de necesidades, de expectativas, y ello provoca que el mecanismo de edición sea bastante complejo y convulso en algunos casos. Nuestro sistema editorial es muy profesional, si lo comparamos con países de América Latina y del Caribe; somos uno de los países que pueden ostentar un sistema editorial propio, que responde a los intereses nacionales y con una capacidad de respuesta grande. La tendencia es ir fortaleciendo las funciones y objetivos culturales para los que fue creado, sin ignorar, por supuesto, los condicionamientos económicos, e ir privilegiando al lector cubano. Se han ido encontrando nuevas vías de financiamiento que permiten que el grueso de la producción vaya a su destino natural, que es el público cubano y, de alguna manera, desplegar gradualmente —al principio, de forma discreta— una política de reimpresiones, porque es cierto que en los últimos años hay un grupo de autores, de libros, que generaciones enteras no conocen. En estos momentos, se está en proceso de publicación de algunos de esos textos, para su reimpresión. Principalmente textos que han obtenido premios de la crítica, que han tenido determinada repercusión, y títulos clásicos de la literatura cubana contemporánea.

Otro problema que no se ha resuelto es el de las tiradas. Es por eso que la literatura que se publica apenas se ve. No es porque una parte la consume el mercado en divisas, sino porque las tiradas son insuficientes. Estamos haciendo, como promedio, tiradas de dos mil ejemplares, y esta cantidad en un país como el nuestro, donde todo el mundo consume libros, es poca. Se distribuye para su venta solamente una parte; otra se envía a bibliotecas, que es una forma de socializar el libro. Alrededor de 300 ejemplares de cada tirada se mandan a las bibliotecas, incluidas las nacionales y las principales bibliotecas de las provincias. Otra parte se utiliza para presentaciones, para los autores, etc. Al final, lo que realmente se vende es aproximadamente la mitad de la tirada. Esa es una de las tensiones que está sufriendo el escritor, porque su obra no está circulando en la misma medida en que él y el lector potencial anhelan.

Pero esto es algo que está en vías de solución. El sistema editorial cubano aún no se ha recuperado, aunque se están encontrando fórmulas que van aliviando la situación. Todavía nos determina la falta de recursos, la falta incluso de infraestructura y dificultades de organización. Uno de los retos que deberían enfrentar las editoriales es que la realidad ha ido transformándose con una velocidad tremenda, y no ha ocurrido de la misma manera con la estructura editorial, que considero superada. Estas tensiones, estos contrastes tendrán que ser solucionados. A la larga, se irán aliviando estos problemas, y, de hecho, apreció signos positivos en este sentido.

Una alternativa fue la creación desde hace algunos años, del Fondo de Desarrollo de la Educación y la Cultura, que otorga un monto de financiamiento importante para la publicación de libros dirigidos a la población. También el incremento del financiamiento con ese mismo fin por parte del Instituto Cubano del Libro. Además, la continuidad de los acuerdos de coedición entre entidades cubanas y extranjeras, y la labor que vienen desarrollando las editoriales provinciales y los Centros Provinciales del Libro y la Literatura.

En cuanto al estímulo a la creación, se cuenta con la consolidación del sistema de premios literarios que auspician las instituciones del país. De este sistema forman parte los premios que anualmente otorga la UNEAC en diversos géneros literarios,

los que convocan las provincias con alcance nacional, y últimamente la convocatoria a dos importantes premios: el Alejo Carpentier de Narrativa y el Nicolás Guillén de Poesía. Se suma a todo esto el concurso Pinos Nuevos que ya ha publicado a más de 250 autores, antes inéditos. Es una de las opciones para los escritores jóvenes.

Nos desenvolvemos en medio de limitaciones, pero con una clara perspectiva de que el sistema editorial se va paulatinamente recuperando y fortaleciendo su sentido cultural en función del lector cubano, y que la literatura y nuestros autores se beneficiarán cada vez más de esa recuperación.

Denia García Ronda: Quiero volver a la relación texto-lector, esta vez desde las motivaciones creativas de los escritores. ¿Cómo explican ustedes, los editores, esa aparente contradicción entre la extraordinaria cantidad de textos que llegan a la Editorial Letras Cubanas —según ha explicado Elizabeth— y estas dificultades de socialización de esas mismas obras? Con mil ejemplares que se distribuyen —muchos de ellos por dólares— necesariamente se ha disminuido muchísimo la capacidad lectora que tenía el público cubano, hace unos años. ¿Qué estimula a los narradores a entregar sus originales a la Editorial? ¿Qué los está motivando? ¿Cuál es realmente el motor de ese boom de producción narrativa en estos momentos? ¿Qué piensan ustedes acerca de la relación autor-lector en estos momentos?

Elizabeth Díaz: Yo voy a tratar de dar una explicación desde mi perspectiva, desde lo que yo supongo, de lo que he pensado al respecto. Lo que voy a decir puede parecer un poco panfletario, pero es lo que creo. Me parece que eso tiene que ver un poco con el Período especial.

Me explico: los escritores se acostumbraron a que lo importante era escribir; no importaba si se publicaba o no. Al final la obra iba a estar ahí y se iba a publicar en algún momento. Incluso creo que esta recepción que ahora hay de la literatura cubana —sobre todo de la narrativa— en el extranjero, tiene que ver también con el Período especial: los escritores comenzaron a buscar editores en el extranjero, al no haber posibilidades de publicación en Cuba. Se produjo entonces un fenómeno de acción y reacción, para usar el término de Yania: algunos editores extranjeros empezaron a interesarse por la narrativa cubana. Al principio eran los escritores los que buscaban editores en el extranjero; en este momento es al revés, o sea, hay editores extranjeros que están buscando la literatura cubana. Quizás se está magnificando un poco la recepción de la literatura cubana en Europa y en otras partes, pero sí se nota un mayor interés por parte de lectores extranjeros que los que había hace un tiempo y creo que tiene que ver con este fenómeno que acabo de decir.

Rogelio Rodríguez Coronel: A lo mejor en eso está influyendo también Compay Segundo, Buena Vista Social Club y otros fenómenos musicales.

Elizabeth Díaz: Claro, también eso. Creo que el fenómeno mundial que se está produciendo acerca de la cultura cubana abarca todas las manifestaciones artísticas. En un principio, fue la Revolución cubana, por sí misma, lo que motivó el interés del mundo entero por nuestro país. Ahora hay un gran interés por la música, por la pintura, y también por la literatura cubana, y no es raro que igual que una manifestación influye sobre otra, una sirva de promoción a otra.

Pero pienso que esto también tiene que ver con que ahora hay una explosión de creatividad de los autores cubanos. Yo estoy realmente asombrada. No hace tanto que trabajo en la Editorial Letras Cubanas, pero he estado relacionada con este medio desde hace años, y creo que este boom, que esta explosión que hay de entrega de originales a la Editorial no tiene comparación con años atrás, por supuesto que ha influido el hecho de que se empezaron a abrir espacios para publicar, o sea de prácticamente cero empezó a haber espacios para publicar, y aunque todavía no se compara con lo que había en la década dorada de los 80, sí ha habido una apertura enorme; hay una recuperación del mundo editorial que es notoria. No me refiero exclusivamente a las editoriales; sino también a las revistas. Hubo un momento en

que casi no había revistas, y ya hay otra vez un número impresionante de revistas, incluso electrónicas. O sea, creo que eso tiene que ver con todo esto; que se crea un ambiente que estimula la creación.

Por otra parte, a pesar de la reducción de las tiradas, hay una mayor recepción en estos momentos por parte del público de la narrativa que se está publicando. Claro, es una impresión; creo que esto es algo que debe ser investigado. Pero sospecho que, por lo menos, ha aumentado la recepción especializada. Tengo entendido que en las Universidades hay más Trabajos de Diploma sobre literatura cubana que antes. Recuerdo que en los años 70, y en los 80 se investigaba más la literatura latinoamericana, quizás respondiendo al fenómeno del boom. Me parece que en estos momentos el mayor interés en la narrativa cubana tiene que ver, según mi criterio, a que esta ha retomado su narratividad y ha centrado su interés en la problemática del ser que vive en estos momentos aquí, en este país, con sus conflictos vitales, y por lo tanto el lector se siente identificado con esa literatura.

Daniel García Santos: Creo que esta afluencia de originales a las editoriales se debe, sobre todo, al aumento paulatino de las posibilidades de publicación, a pesar de las dificultades de que hablé antes. A mí también me parece que los escritores siguieron escribiendo en los tiempos más difíciles; no se coartaron por el hecho de que apenas hubiera posibilidades de publicación. Escribían por exigencias intrínsecas al proceso de creación. Algunos lograron alternativas de publicación de sus obras en el extranjero.

Recuerdo, por ejemplo, que en los años 93-94, en pleno Período especial, en la UNEAC hicimos aquellos Anuarios de narrativa y de poesía; había que escribirles e insistir a los autores para que mandaran sus textos, porque la editorial no tenía prácticamente fondo de originales. Los escritores habían dejado de presentar sus obras, porque sabían que no se podían publicar.

Sin embargo, una vez que comenzó, aun discretamente, un nivel de recuperación del libro, los escritores recuperaron su confianza —o al menos una parte de ella— en las editoriales; y comenzaron a afluir los textos. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que Letras Cubanas, desde el año 95 hasta la fecha, viene publicando un promedio anual de setenta títulos, que es una cifra importante, aunque la edición se demore y la tirada sea pequeña. Hay un resultado, se publica; y eso debe ser un factor determinante de la afluencia de textos a las editoriales.

Elizabeth Díaz: Hay otro aspecto que contribuye a esto. Antes la capital acaparaba la mayor cantidad de escritores que escribían o que publicaban; en estos momentos se reparten por toda la Isla. Hay una cantidad de escritores en provincias tan importantes —a veces más— como los que viven en la capital. Esto es un fenómeno que tiene que ver con la educación, con la masividad de la cultura y con las posibilidades de publicación de sus obras. Creo que es importante decirlo porque, inclusive, antes de la Revolución, había muchos escritores de provincias, pero emigraban para la capital. En estos momentos se escribe desde la provincia, y creo que se debe al nivel cultural en todo el país.

Rogelio Rodríguez Coronel: Eso se ha estimulado mucho más cuando se empiezan a abrir las grandes editoriales en provincias.

Elizabeth Díaz: Exacto, a eso me iba a referir. Ahora, además de las impresoras y editoriales que ya existían por el país —que empezaron también en el Período especial a hacer plaquetes—, se está potenciando mucho más con editoriales que han surgido o van a surgir en las provincias. Prácticamente, cada municipio va a tener una pequeña editorial, con su imprenta y acceso a las nuevas tecnologías de computación.

Daniel García Santos: Esa esperanzadora aunque todavía no suficiente recuperación editorial, ya nos permite incluso, de manera todavía discreta, abrírnos a la literatura

cubana en un sentido amplio, no limitada al espacio geográfico. O sea, publicar también la literatura cubana que se hace en otros países, incluida la emigración. Tenemos que considerar nuestra literatura desde esa perspectiva. En nuestros planes editoriales estamos tratando de incluir algunos de estos escritores que han hecho su obra en el extranjero o la hicieron en Cuba y después la continuaron fuera; pero cuyos textos son importantes, y hay que conocerlos, rescatarlos, con la óptica de la vocación de auténtica política cultural de las instituciones cubanas. Algunos de esos títulos nunca se publicaron, otros se publicaron antes de la Revolución.

Quiero, además, recordar que Letras Cubanas no es la única editorial que publica literatura cubana. Ediciones Unión está haciendo un trabajo importante desde hace muchos años, y también las editoriales provinciales, que cuentan con sellos tan prestigiosos como Ediciones Capiro, Sed de Belleza, Vigía, la Editorial Oriente, etc. O sea, que los escritores van teniendo múltiples opciones para publicar.

Denia García Ronda: He oído opiniones contrarias en cuanto a la publicación de autores jóvenes y de los ya establecidos o de mayor edad. Conozco escritores jóvenes que dicen: «a nosotros nos cuesta muchísimo trabajo que se nos publique si no nos ganamos un premio», y por otra parte hay quien dice que se publica mayoritariamente a los jóvenes. Es decir, que si hacemos caso a esas opiniones, ¿a quiénes publican entonces?

Daniel García Santos: Tengo la percepción de que, si se trata de proporciones, los jóvenes, no solo los novísimos, son a los que más se está publicando. Y eso es lógico. Son las generaciones que están más activas; y, además, los premios, los concursos, tienden a potenciar la literatura más reciente. Antes cité el concurso Pinos Nuevos. Este concurso ha dado a conocer a más de 250 autores inéditos; claro, no necesariamente son jóvenes, también pueden ser autores de mayor edad; pero en lo que se refiere al acceso al panorama literario se pueden considerar autores nuevos los que publican en esa colección.

Elizabeth Díaz: Yo creo que Cuba es uno de los países donde más jóvenes publican porque, no perdamos la perspectiva, en cualquier parte del mundo es difícil publicar y si se es joven, muchísimo más. Yo recuerdo que, hace poco, un editor español que, precisamente, trataba de descubrir y promover nuevos talentos, hablaba de las dificultades de publicación en España, y no vamos a comparar la industria editorial española con la cubana, no hay comparación.

Raúl Aguiar: Sin embargo, publican. Debe haber actualmente cerca de 23 a 25 antologías de narradoras jóvenes cubanas, editadas en el extranjero. Es lo que decía antes, vienen mucho a Cuba buscando talentos, en este caso cuentos de escritoras jóvenes cubanas, porque se venden fácilmente.

Rogelio Rodríguez Coronel: Son criterios a veces extraliterarios, que responden al interés actual en las famosas minorías. Pero Elizabeth tiene razón, no es tan fácil publicar, aun en España, y ni se diga en América Latina. En los países latinoamericanos dedicarse a la literatura es prácticamente una actividad filantrópica.

Denia García Ronda: Por supuesto que los temas que hemos abordado no agotan la problemática de la narrativa cubana actual, pero estoy segura que pueden motivar la reflexión de los especialistas, creadores, editores y también del público lector de novelas y cuentos, cuya satisfacción es, en definitiva, el objetivo último de todo el proceso narrativo. Les doy las gracias, en nombre de *Temas*, a todos ustedes por su participación.

Participantes:

Denia García Ronda. Profesora. Facultad de Artes y Letras. Universidad de La Habana. Subdirectora de *Temas*.

Raúl Aguiar. Narrador. Instituto Cubano del Libro.

Arturo Arango. Narrador y ensayista. Editor de la revista *La Gaceta de Cuba*.

Elizabeth Díaz. Editora. Editorial Letras Cubanas. Instituto Cubano del Libro.

Daniel García. Editor. Director de la Editorial Letras Cubanas. Instituto Cubano del Libro.

Miguel Mejides. Narrador. Asesor en el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos.

Héctor Prieto. Narrador.

Rogelio Rodríguez Coronel. Profesor. Decano de la Facultad de Artes y Letras. Universidad de La Habana.

Yania Suárez. Narradora. Estudiante de Letras. Universidad de La Habana.

La ciencia y la cultura: las raíces culturales de la productividad

Agustín Lage Dávila

Investigador. Centro de Inmunología Molecular.

La ciencia y la cultura han sido dos frentes protagónicos de trabajo y lucha de la Revolución cubana. Durante cuarenta años los cubanos hemos luchado por desarrollar ambas; cada una en su ámbito. No ha sido un proceso guiado por la espontaneidad sino por la estrategia, el diseño de sistema, el esfuerzo organizado; en fin, la eficacia. Y puede hablarse de eficacia porque en la perspectiva de cuarenta años, a través de una compleja mezcla de aciertos y errores particulares, se dibuja la realidad de una transición, a partir de un país con 24% de analfabetos y 45% de escolarización primaria, hacia una nación con un nivel escolar de noveno grado, con la mayor densidad del mundo en instructores de arte, con un índice de científicos por habitante cercano al de las naciones más industrializadas, que crea y exporta productos de la biotecnología, varios de los cuales son únicos. Y todo esto en un tiempo histórico increíblemente corto.

¿Cómo se relaciona el desarrollo científico con el contexto cultural? Intuimos que existen estas relaciones. ¿Pero podremos describirlas de manera estructurada

y sistemática? ¿Nos puede ser útil esa descripción para potenciar las interacciones? ¿Tan claras como están nuestras especificidades culturales, pudieran estar algún día también nuestras especificidades en la creación científica?

Estas son las preguntas que motivan las reflexiones que siguen. Van escritas en el lenguaje directo y afirmativo de las proposiciones (casi un lenguaje de laboratorio) porque pretenden iniciar discusiones, no concluirlas. De lejos se verán como un edificio en construcción, lleno de andamios y ruidos, partes incompletas y piezas en desorden; y no como una obra bella rodeada de jardines; pero pienso que puede ser útil así, y eso es lo que importa —al menos por ahora.

La idea básica que emerge es que además de trabajar por el desarrollo de la ciencia y la cultura, debemos empeñarnos en su articulación, y que este proceso también necesita estrategia, diseño de sistema y esfuerzo organizado. La eficacia en este proceso integrador puede ser tremendamente potenciadora de lo que hemos hecho hasta ahora.

La ciencia y la cultura como formas del conocimiento

Las llamadas «ciencias empíricas» son una forma de conocimiento de la realidad. La cultura artística es otra.

Las ciencias empíricas son conocimiento racional, sistemático, exacto y verificable. Esas son sus virtudes. Pero, al mismo tiempo, son analíticas, parciales y reduccionistas. Esas son sus limitaciones. La cultura artística también es un reflejo de la realidad, que se expresa mediante imágenes; una conjunción de experiencia, imaginación, visión y habilidad para realizar inferencias de tipo no analítico.

En las ciencias empíricas hay un «método de adquisición de conocimientos» cuya estructura podemos identificar y describir. Este opera mediante un ciclo que se repite una y otra vez, y que parte de la identificación de un problema o enigma y de la formulación de una hipótesis para resolverlo. La hipótesis del científico es siempre un instrumento, una formulación de la posible solución del problema en términos claros, medibles y refutables.

De la hipótesis, suponiéndola cierta, se extraen sus predicciones y se llevan a términos operacionales, es decir, a variables medibles con un experimento. El científico prepara entonces el experimento, aislando esas variables de otras que pueden crear confusión, efectúa las mediciones y evalúa los datos —usualmente con procedimientos estadísticos—, para decidir si verifican o niegan la hipótesis inicial y si dicha hipótesis, en consecuencia, debe sostenerse para generar nuevas predicciones o cambiarse. Ahí se cierra el ciclo, y comienza el siguiente.

El proceso cognoscitivo por el cual la cultura —y en especial la cultura artística— capta la realidad no podemos describirlo aún con esa precisión, pero ello no quiere decir que no exista. Sabemos que intenta captar la realidad en su conjunto sin reducirla a componentes, con una aproximación más sintética que analítica. Pero sabemos muy poco más. El propio proceso de la creatividad ha eludido hasta ahora el análisis, por ser tan complejo como la propia realidad que intenta captar.

Esta dicotomía de aproximaciones cognoscitivas a la realidad es relativamente reciente. Nótese, por ejemplo, que por mucho tiempo, desde la antigüedad, la pintura fue considerada una disciplina de conocimiento acumulativo (como vemos hoy la ciencia) que avanzaba en su aproximación a la realidad a través de descubrimientos sucesivos. Aún durante el Renacimiento las ciencias y las artes no se veían como actividades intelectuales separadas, y muchos creadores se movían de un campo a otro (aunque sea Da Vinci el más conocido, no es el único) y el término «arte» se

La ciencia y la cultura: las raíces culturales de la productividad

aplicaba a la pintura y a la escultura, pero también a la tecnología.

El llamado método científico —que conocemos hoy como forma organizada y eficiente de obtención de conocimientos—, es una adquisición mucho más reciente, surgida del pensamiento europeo durante los últimos cuatro siglos. Casi nada, comparado con el tiempo en que nuestra especie ha existido sobre este planeta, dotada de capacidad de conocer y transmitir el conocimiento; es decir, de crear cultura.

El método científico como componente de la cultura general

La cultura es conocimiento socialmente adquirido y socialmente compartido y transmitido. El método científico es una adquisición de la cultura y como forma de conocimiento puede y debe estar al alcance de una proporción cada vez mayor de los seres humanos, algún día de todos.

También fue así con la capacidad de leer y escribir: en una época fue privativa de una fracción pequeña de la sociedad y de algunas sociedades. Hoy, impulsada por su valor funcional para la economía, la capacidad de leer y escribir se ha extendido a muchos —en Cuba, a todos. ¿Podría suceder lo mismo con el método científico?

No me refiero aquí a la universalización del beneficio de los resultados de la investigación científica (que también hay que garantizar), sino a la universalización, como componente de la cultura general, del proceso de organización de la interacción cognoscitiva con la realidad que constituye el método científico. Se trata de una forma de pensar que no es la única, pero sí útil en muchas circunstancias.

En el pensamiento de José Martí encontramos esta idea: «Lo que hace crecer el mundo no es el descubrir como está hecho, sino el esfuerzo de cada uno para descubrirlo».¹

Cualquier hombre pudiera interpretar su realidad concreta identificando las variables principales que determinan los fenómenos que le interesan (la salud de una comunidad, la productividad de un taller, el rendimiento escolar de un aula, la eficiencia de una cosecha, cualquier cosa) haciendo hipótesis sobre esas variables, coleccionando datos verificables y contrastando estos con las predicciones de las hipótesis.

Desde luego, este método no funciona para todo. De hecho, la ciencia, hasta ahora, ha explorado solo una pequeña parte de la realidad. Pero donde funcione, cualquier hombre debe poder usarla. También hay formas de conocimiento e ideas que no pueden transmitirse formalmente mediante el lenguaje oral o

escrito y que se transmiten mediante imágenes, tradiciones, ejemplos, actitudes, analogías, práctica concreta, etc. Pero bien nos hemos ocupado de universalizar el acceso a todo lo que puede transmitirse y aprenderse mediante la lectura y la escritura. Igualmente hemos invertido mucho esfuerzo en promover el acceso universal a la cultura artística. Quizás debamos plantearnos una nueva alfabetización en relación con el método científico. ¿Quimérico? No faltaron quienes usaron ese término en 1961, en vísperas de la campaña de alfabetización.

El uso de la palabra «alfabetización» no es casual: es una analogía que puede ser muy ilustrativa de la idea que se intenta transmitir. Hoy la mayoría de las personas entiende por «alfabetización» la adquisición de capacidad para leer y escribir, pero pudiéramos intentar ver más allá de esa interpretación, como la adquisición de capacidad para utilizar los medios más eficientes de captación y transmisión de conocimientos; que hoy son la lectura y la escritura, pero que pronto pueden no limitarse a estos.

El método científico de pensamiento puede universalizarse mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora. Muchos asocian la investigación científica con laboratorios llenos de complejos instrumentos, pero estos son solo las herramientas con las que coleccionamos datos de la realidad. La verdadera innovación cultural está en el proceso intelectual de identificación de los datos necesarios, su forma de organización y de interpretación, y este proceso es bastante independiente de la instrumentación. La literatura científica está llena de ejemplos de estudios poco rigurosos usando complejos instrumentos y de joyas de rigor metodológico y descubrimientos a partir de observaciones sencillas.

Este método de pensamiento y de comunicación entre la gente es la real adquisición de la cultura. Y los fenómenos culturales son masivos, o no son culturales.

La alfabetización universal potenció mucho la productividad de la fuerza de trabajo ¿Quién sabe las fuerzas productivas que podrían liberarse como consecuencia de la extensión del uso del método científico?

Se ha hecho casi un lugar común la reiteración de la idea de que, en los tiempos actuales, la ciencia forma parte de las fuerzas productivas. Pero ha sido hasta ahora menos evidente lo que es una consecuencia directa de esa afirmación y es que la ciencia debe también formar parte de la cultura general, de la gestión intelectual cotidiana de cada vez más y más individuos.

La implementación concreta de este concepto tiene enormes implicaciones prácticas para quienes dirigen la actividad científica y la educación. Para empezar, nos enfrenta a una contradicción entre la creciente

especialización, sofisticación y costo de la investigación científica; y la aspiración —y necesidad— de extender en la sociedad la comprensión y el uso del método científico. ¿Cómo se resuelve esto? No creo que nadie tenga recetas escritas; pero corresponde a la actual generación de científicos y dirigentes encontrar la entraña creadora que, como todas, tiene esta contradicción; y usarla como motor del desarrollo.

La ciencia y la cultura se aproximan entre sí

En la primera parte tratamos la ciencia y la cultura como dos formas de adquisición de conocimiento: la primera, analítica, sistemática, reduccionista; la segunda, intuitiva, sintética, holística. Una aproximación más cercana nos las muestra como los polos de un continuo, dado por la complejidad creciente de los fenómenos y la cantidad de variables que intervienen.

El método científico funciona cuando los fenómenos pueden ser descritos en términos de pocas variables protagónicas. Generalmente, cuando el número de variables aumenta se pierde capacidad predictiva y se recurre a la intuición. Hay que reconocer con humildad que nuestro pensamiento es incapaz de manipular racionalmente algo más que un pequeño grupo de variables. Podemos manejar muchos factores simultáneos de manera inconsciente o intuitiva, pero no de forma sistemática y consciente. La consecuencia es que, cuando intentamos acercarnos, con métodos científicos, a problemas intrínsecamente complejos (la eficiencia de los sistemas económicos, los cambios en el medio ambiente, el surgimiento de valores éticos, la epidemiología de los trastornos psiquiátricos, los determinantes de la capacidad del pensamiento abstracto, la regulación del sistema inmune, la dinámica de las poblaciones, y pudiera añadir muchos más), tendemos a concretar el análisis en tres o cuatro factores y a ignorar el resto, o tratarlos como «variables de confusión», cuando es posible que en el resto o en las interacciones de varias variables esté lo más importante. Muchos de estos sistemas complejos han sido el espacio natural de la intuición creativa, la visión de conjunto, la capacidad de síntesis. También ha sido el espacio donde con más frecuencia se ha desconfiado del método científico y de sus conclusiones.

Esta situación, sin embargo, está cambiando, en gran parte como consecuencia de la revolución de la informática y la computación; se desarrollan aceleradamente métodos de enfoque de sistema que intentan una visión total, no fragmentaria, de la complejidad, como complemento (no necesariamente contraposición) del pensamiento cartesiano, que

privilegia el análisis de componentes en detrimento del contexto.

Tales métodos están permitiendo cada vez más introducir pensamiento racional, sistemático, exacto, verificable, y predictivo, en el tratamiento de problemas complejos, hasta ahora solo accesibles a la intuición. De estos procedimientos surge el concepto de «propiedades emergentes», características de los sistemas complejos, y que no son trazables como consecuencia de ninguno de sus componentes por separado. De ahí va surgiendo también una nueva noción de causalidad que deja la causalidad mecánica con la que hemos operado hasta hoy como un caso particular aplicable a situaciones límites o a casos ideales.

La cultura también se aproxima, desde su orilla, acumulando conocimiento sobre las regularidades que la historia muestra en el surgimiento, la penetración social, la prevalencia y el cambio de las maneras de pensar.

¿En qué punto se encontrarán? Nadie lo sabe, pero es seguro que ciencia y cultura caminan al encuentro y probablemente ya sea más útil tratarlas como facetas de un mismo fenómeno que como fenómenos separados. Es otra idea que tiene consecuencias prácticas, en función del propósito organizado de incrementar las capacidades cognoscitivas de las colectividades humanas.

Las determinantes culturales de la productividad científica

Otro simplismo muy extendido presenta la investigación científica como algo absolutamente objetivo, extracultural, supranacional. Pero esto es solo la mitad de la verdad, porque el carácter objetivo de la ciencia es cierto para sus resultados, que son aplicables universalmente, pero no para el proceso por el cual se obtienen. Es un proceso social con enormes condicionantes culturales.

Podemos eliminar la poliomielitis en África usando la vacuna que se inventó en los Estados Unidos y se perfeccionó en la URSS, o vacunar en China o en Irán con la vacuna antimeningitis obtenida en Cuba, pero el complejo proceso social mediante el cual se realiza la búsqueda de conocimientos es mucho más difícil de trasplantar de una cultura a otra, y en ello radica quizás el fracaso de muchos intentos imitativos de «sembrar ciencia».

Se puede hacer ciencia en todas partes; pero se hace de manera diferente. ¿Se contradice esta idea con la estructuración racional del método científico? Más bien se complementa.

Nótese que la rigurosa sistematización del método científico (hipótesis, variables, mediciones, inferencia estadística) se refiere a la forma en que se responden, pero no a la manera en que las preguntas científicas se formulan. Esto último es intuición, creatividad, pensamiento no estructurable.

Ningún científico puede explorar todos los caminos posibles en el campo en que trabaja; sino que debe escoger un problema. Tampoco puede hacer todos los experimentos posibles para abordar el problema que seleccionó; hay que escoger, y para esto no hay reglas. Esta selección depende de lo que se ha llamado «conocimiento tácito», adquirido a través de la práctica y que no puede expresarse de manera explícita.

En última instancia, los científicos son trabajadores con habilidades para tres tareas: medir un fenómeno (y sus componentes), evaluar y descubrir asociaciones entre un fenómeno y otro, y evaluar el impacto de intervenciones humanas sobre el mundo real. Ahora, entre todo lo posible, ¿qué fenómeno resulta más significativo describir? ¿Qué componentes hay que medir para descubrir algo? ¿Qué asociaciones merecen ser exploradas? ¿Cuáles intervenciones tienen mayor posibilidad de impacto?

Para la productividad del trabajo científico, la pertinencia (fertilidad) de esta formulación de problemas es lo más importante. Para encontrar las respuestas adecuadas a las preguntas existe un método, para encontrar las preguntas significativas no. Lo esencial del descubrimiento es hallar la pregunta adecuada; su respuesta está generalmente accesible.

Enseguida se hará evidente la influencia cultural en este proceso. La elección del camino es una cuestión de valores, que no puede decidirse solamente a partir de razonamientos lógicos, deductivos.

Esta parte creativa, intuitiva, de la gestión intelectual del científico es intrínsecamente probabilística: se pueden crear condiciones que aumenten la probabilidad de aparición de nuevas ideas, pero no predecir, ni menos programar, su aparición. «El método potencia el talento, pero no lo sustituye» escribía Descartes. El camino original, la pregunta imaginativa, la conexión de piezas de conocimiento distantes, la exploración de lo no obvio, es el espacio propio del pequeño colectivo científico, audaz, innovador, creativo.

Una vez que ha surgido una idea que puede ser buena, comienza una segunda parte del proceso: la evaluación de esa idea, cuyo método ha sido descrito, estructurado y sistematizado. Esta parte es un proceso determinista en el que las etapas se articulan según una disciplina de rigor metodológico, en la cual la comunidad científica ha sido educada, y podemos predecir, con bastante aproximación, cuándo tendremos las respuestas. Funciona aquí algo análogo a la

«economía de escala» en la producción; que en la industria farmacéutica, por ejemplo, se expresaría mediante muchos químicos obteniendo moléculas, muchos biólogos ensayando, procedimientos automatizados, análisis de datos asistidos por computadoras, etc. Este es el espacio de las grandes organizaciones de investigación científica; las «fábricas» de descubrimientos. Aquí conocemos mejor cómo funciona el sistema, pero la estructura cognoscitiva de la primera etapa del proceso (el surgimiento de la «buena idea») ha sido mucho menos estudiada. Esa primera etapa es la que más se articula con los otros componentes del espacio cultural en el que trabaja el científico: su representación de la realidad, sus sistemas de valores éticos y estéticos, la impronta de la praxis anterior, la suya, la de su generación, la de su nación.

Debemos ahora mencionar otro aspecto de la labor científica de innegables conexiones culturales: se trata de la motivación. Quienes han investigado a los propios investigadores, han buscado evidencias de cocientes de inteligencia superiores a los de individuos de otras profesiones: no las han encontrado. Las particularidades del científico dedicado están, eso sí, en la esfera de la motivación. Esa motivación, que lo hace poner en tensión sostenidamente, tenazmente, obstinadamente sus normales recursos intelectuales, y movilizarlos una y otra vez por encima de cada frustración. Hace falta una especial percepción del mundo, de su lugar en él, del sentido de la vida y del valor de los deberes, para un esfuerzo de esa envergadura. ¿Y qué es la cultura, sino la síntesis de todo eso?

Una vez más, se trata de una reflexión que puede parecer abstracta, pero que tiene enormes consecuencias prácticas: trabajemos sobre la motivación de quienes portan talento, y veremos los resultados. También es un mandato martiano. En una de sus cartas puede leerse que «ha de tenderse a desenvolver todo el hombre, y no un lado de él».²

Desarrollar la motivación; correcto. Pero, ¿motivación sobre qué? ¿Debe estar motivado el científico por la necesidad de conocer? Seguramente. ¿Lo mueve el afán de aportar al caudal de conocimientos de la humanidad? Con certeza que sí. ¿Es suficiente esta motivación? Afirmamos que no lo es. Quizás fuese motivación suficiente hace doscientos años, o cien, pero no en la época actual.

La investigación científica es una tarea social; la hacen las colectividades humanas a través de determinados individuos, no a la inversa (como algunos aún la describen, por cierto). Siempre fue así, aunque quizás fuera menos evidente ese carácter social de la labor científica en el siglo XVIII. Pero en la época actual, los crecientes nexos de la ciencia con la economía, el bienestar material, la educación, la cultura artística, la

ética, la salud, hacen evidentes, en la vida real cotidiana, el carácter de la ciencia no como obra aislada, válida en sí misma; sino como parte de una obra social de mayor envergadura. Hacemos ciencia como parte y aporte de un proyecto de sociedad, de una visión de cómo deben ser las cosas; como expresión de compromiso con un futuro que sabemos que la ciencia, ella sola, no es capaz de construir. Los científicos lo saben, aunque quizás muchos no se den cuenta de que lo saben.

Ninguna «curiosidad de conocimiento», por muy necesaria que sea, puede ser más motivante para el esfuerzo del científico que la comprensión consciente de su participación en la materialización de un proyecto de sociedad humana. Ninguna expresión más completa puede tener la libertad del científico que la conciencia de esta necesidad.

Reforcemos esto con acciones concretas.

En la prédica de José Martí hay una alta valorización de la ciencia para la construcción de la sociedad que él vislumbraba y diseñaba. «La ciencia debe erigirse como la religión de la nueva época»,³ escribía, y a María Mantilla le dijo en una carta esta expresión de síntesis de la ciencia y la cultura: «Donde yo encuentro poesía mayor, es en los libros de ciencia».⁴ Pero a partir de esta valorización, el ideario martiano sobre la ciencia es una clara señal de alerta a nuestros pueblos, de advertencia, aquí también, de los peligros que veía: el peligro de no saber asimilar la ciencia universal, de no vincular la ciencia con la práctica social, el peligro de convertirla en una función de élites.

Igualmente intuía el error de reducir la noción de creatividad científica a la rigurosa aplicación del «método», en detrimento de su componente de imaginación creativa, culturalmente condicionado, y nos decía que «toda ciencia empieza en la imaginación y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de adivinar y componer»;⁵ y que «la imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole, para que vea lo que investiga».⁶

El triángulo ciencia-cultura-economía

Después de comentar sobre los nexos crecientes entre la ciencia y la cultura, completemos el triángulo con los nexos de ambas con la economía, en el sentido de la reproducción ampliada de la vida material.

Nos adentramos en la era de la «economía guiada por el conocimiento», se ha dicho y repetido. Con esta expresión se quiere captar un conjunto de tendencias tales como la reducción del tiempo de obsolescencia de los productos que se comercian y, por tanto, la creciente necesidad de renovarlos, es decir, de innovar; el aumento del componente «conocimiento» (valor de

la tecnología, know-how, calificación de la fuerza de trabajo) en el costo de los productos, en comparación con el costo de los materiales componentes (nótese el peso del componente «conocimiento» en el costo de producción de un medicamento nuevo o una computadora); el incremento del comercio de «bienes intangibles» (patentes, tecnologías, derechos de marca, consultorías, proyectos, etc.); el reforzamiento de los sistemas de protección de propiedad intelectual; y otras. Como veremos más adelante, algunos de estos procesos se relacionan con uno más profundo, que es un cambio en la forma en que el capitalismo garantiza la apropiación privada de los resultados del trabajo social. Estos procesos están presentes en todos los sectores de la producción y los servicios, pero son más evidentes en algunos sectores llamados «de alta tecnología», caracterizados por altos costos de su mano de obra calificada y del proceso de investigación-desarrollo permanente que demandan: se trata de la biotecnología, la fabricación de computadoras, la industria del software, los sistemas de producción automatizados, la industria farmacéutica, las telecomunicaciones, los polímeros y plásticos de alta tecnología, los nuevos materiales, la industria aeroespacial, la microelectrónica y otros. En estos sectores se hacen fuertes las naciones industrializadas, mientras que «exportan» a otras las tecnologías de «la ola anterior».

Lo que está realmente ocurriendo en aquellos sectores de alta tecnología es un corrimiento del centro de gravedad de la competitividad, situado antes en la capacidad tecnológica de aplicar el conocimiento disponible; y que se sitúa ahora cada vez más en la capacidad de generar conocimiento nuevo.

Es un asunto de velocidades relativas: mientras era lenta la implementación práctica del conocimiento, esta velocidad fue el factor determinante de todo el proceso. Pero en una época en que los conocimientos se aplican a la producción casi instantáneamente, el factor determinante, y la ventaja competitiva, está en la generación de conocimientos.

Las transacciones económicas siempre han sido, en última instancia, transacciones culturales. Se cambian los recursos (la capacidad adquisitiva) del comprador, por la capacidad que tiene el que vende de «resolver un problema». La mercancía es el elemento material que media la transacción. Lo que está sucediendo últimamente es que, siendo la transformación del conocimiento en producto tan expedita, el objeto de la transacción económica es el conocimiento mismo. Y a medida que empezamos a ver la transacción económica de esta manera, surge una nueva visión de la empresa, que la define como «una suma de conocimientos» articulados para un propósito

específico. Esto puede parecer exagerado, privativo de casos particulares, futurista, y todo lo que se quiera decir; pero esa es la tendencia.

En su ensayo sobre la nueva economía titulado «La tercera ola», Alvin Toffler llegó a la conclusión de que: «en la civilización de la tercera ola, la materia prima más básica de todas es la información; incluyendo a la imaginación».⁷

Así, la viabilidad a largo plazo de los sistemas económicos (a nivel de empresa, de nación, o de grupo regional de naciones), se relaciona con la capacidad de generación de conocimiento que estos puedan instalar y mantener.

¿Cómo influye la capacidad de investigación científica en la viabilidad económica de las naciones? ¿Cómo influye la cultura en la motivación y la capacidad creativa del sistema de ciencia y técnica, y de la producción misma? ¿Qué mecanismos económicos pueden sostener eficientemente el desarrollo de la ciencia y de la cultura? ¿Cómo, en fin, pueden potenciarse recíprocamente las tres? Otra vez, hay más preguntas que respuestas; pero ya hemos visto que lo esencial es encontrar las buenas preguntas, y estas radican en el centro del triángulo que forman la ciencia, la cultura y la economía.

Hacia una nueva teoría de las ventajas competitivas

Hace varios años se publicó un libro que influyó mucho en el pensamiento económico.⁸ Se exponía en él una teoría según la cual la interacción de diferentes factores, iba conformando para cada nación un área de «ventaja competitiva» para la producción, en determinados sectores, y para otras naciones en otros sectores. Tal es el caso de la elaboración de productos químicos en Alemania, farmacéuticos y servicios financieros en Suiza, camiones pesados y equipos de minería en Suecia, ordenadores y software en Norteamérica, maquinaria de envasado en Italia, electrónica de consumo en Japón. Cada nación debería encontrar su zona de ventaja competitiva y explotarla al máximo, sin pretender competir en todos los sectores. El análisis de Porter se concentraba en las ventajas competitivas para la producción de bienes y servicios.

Ahora bien, si las predicciones de la sección precedente son correctas, ¿qué sucederá cuando el principal determinante de la eficiencia económica sea la capacidad de generación de conocimientos? ¿Existen «ventajas competitivas» para la generación de conocimientos? Esta es la pregunta central y más importante de todo este conjunto de ideas; la que haríamos si se nos permitiese hacer solamente una.

[Debemos] estimular [...] la circulación del conocimiento dentro de la sociedad y la recombinación entre diferentes campos de la creación científica y cultural. Cada vez que se nos crea un «compartimiento estanco», nos hace daño y retrasa nuestro desarrollo.

La visión de la ciencia como fenómeno racional, objetivo, extra-cultural y supranacional de acumulación lineal de conocimientos, respondería negativamente a la pregunta, y concluiría que la ciencia se hace igual en todas partes, en función de la inversión de recursos humanos y materiales que se haga en ella.

No comparto esta visión, en primer lugar porque la considero equivocada; pero además, porque ofrece muy pocas oportunidades a los países pequeños en lucha por su desarrollo. La visión como alternativa de la ciencia como un componente del complejo proceso de aprehensión y representación de la realidad, integrado con muchos otros componentes de la cultura, nos sugiere que sí, que podemos encontrar áreas de ventaja en la producción de conocimientos, aun para las naciones de menor desarrollo.

La conclusión que se desprende obviamente de este razonamiento es que, si las ventajas competitivas existen, ellas se encuentran en el campo de la cultura de las naciones. Tales ventajas dependerán del sistema de ideas, imágenes, valores e influencias sociales que la cultura construya para cada individuo y para cada colectivo de individuos que practica la ciencia, o que utiliza creadoramente sus resultados; y que le aporte motivación, audacia, tenacidad, puntos de referencia en la propia tradición cultural y científica nacional, conocimiento tácito, analogías con situaciones cercanas en que basar la creatividad, enfoques alternativos a los mismos problemas que investigan otros colectivos científicos; articulaciones con otros sectores de la actividad social de donde extraer problemas e ideas, o por donde aplicar eficazmente los resultados y muchos otros factores que pudiéramos seguir enumerando.

No se trata de hacer, aquí y ahora, el esfuerzo de identificación de todos los determinantes culturales de la productividad científica, en particular aquellos que pueden ser más fértiles en el contexto sociocultural cubano. Esto debe ser tarea de mucha gente, y quizás tome mucho tiempo. Se trata por ahora solamente de exponer la idea central de que los principales factores determinantes de la productividad científica hay que buscarlos fuera del sector que tradicionalmente hemos llamado de «ciencia y técnica»; y que ellos dependen del

contexto cultural e ideológico dentro del cual la ciencia opera.

Es necesario reiterar que la teoría se hace para extraer sus consecuencias prácticas; y la consecuencia de esta idea es que debemos reforzar, con diseño estratégico y acciones concretas, las ricas influencias que el acervo cultural (incluyendo el político-ideológico) acumulado históricamente en Cuba puede ejercer sobre el sector científico. Se trata, además, de un proceso en las dos direcciones: la práctica de la investigación científica es ya en nuestro país una parte no pequeña de la práctica social. Ella debe hacer su aporte también a la cultura cubana, y quienes están a cargo de realizar y/o conducir lo principal del trabajo cultural, tienen por delante una tarea importante en captar, reflejar, expresar y en fin integrar a la cultura espiritual y artística cubana esta parte emergente de nuestra realidad. Será, sin dudas, un intercambio muy enriquecedor.

Nacionalidad y universalidad en el trabajo científico

Ciencia y soberanía se influyen mutuamente. En un artículo anterior argumentamos cómo, en las próximas décadas, la capacidad autónoma de creación y aplicación social de nuevo conocimiento será cada vez más un requisito indispensable de la viabilidad económica (y en última instancia política) de las naciones.⁹ Hasta que el planeta no sea realmente la Patria comunista de la humanidad, la contradicción explotación vs. defensa de la soberanía continuará operando, y las batallas se librarán precisamente en los campos más determinantes para la reproducción ampliada de la vida material. En una época lo decisivo fue el acceso a las rutas de comercio; luego el acceso a las fuentes de materia prima; después la propiedad de las instalaciones industriales; y más recientemente, la protección de los mercados y el acceso a las tecnologías. Es de prever que la generación y control del conocimiento sea el nuevo campo de batalla donde el capitalismo exprese su condición de generador de hostilidad entre los hombres. En este campo habrá que luchar, expropiar, redistribuir y vencer.

Así sirve el desarrollo científico a la causa de la soberanía nacional.

En el presente trabajo, tratamos el mismo problema en la dirección inversa, es decir, la necesidad de una sólida identidad y cultura nacional (y de la identificación con ella de los científicos) para que el propio trabajo científico pueda ser productivo. Siempre hemos sabido de la necesidad de una cultura nacional, una literatura nacional e incluso un carácter nacional del proceso educativo. En la esfera de la ciencia, para muchos, las cosas han estado menos claras y no ha faltado quien haya caído en la trampa de la «universalidad», mal interpretada como pérdida de las raíces.

A medida que profundizamos en el estudio de los nexos entre la ciencia y la cultura, se hace evidente que también en la ciencia el aporte universal solo es posible a partir de las raíces nacionales. La creación científica es una tarea de los colectivos humanos, no solo de los individuos; y el nivel de integración, comunicación y funcionalidad de los colectivos también forma parte de la eficiencia. Las propias «intuiciones» de los científicos no son realmente individuales (aunque alguien siempre las exprese primero), sino producto de una compleja interacción de imágenes y analogías compartidas por un grupo; su riqueza no puede reducirse al intercambio de piezas racionales de información verificable.

Por último, en este punto es necesario precisar — para muchos será evidente— que esta insistencia en la importancia de hacer ciencia desde cada cultura y en integración con ella, no parte solamente del ideal de defensa de la soberanía nacional (que contiene en sí poderosas razones éticas), sino también de la convicción de que es esta la mejor manera de aportar al conocimiento científico universal.

La concentración geográfica de la ciencia en pocos países (actualmente los países que conforman el 75% de la humanidad tienen menos del 25% de los científicos) y la estandarización de sus procedimientos y juicios de valor no beneficia a nadie; ni siquiera a los países más desarrollados. En última instancia, acabará por empobrecer la creatividad. Y es que el conocimiento avanza no solo por aparición de piezas completamente nuevas, sino por «recombinación de conocimientos» y de aproximaciones al mismo problema, que contienen en sí una fuente de innovación.

En su obra clásica de filosofía de las ciencias, Thomas Kuhn explicaba cómo la llamada «ciencia normal» funciona dentro del contexto de un conjunto de ideas compartidas por una comunidad científica (los «paradigmas») y cómo la acumulación de anomalías no previstas por los paradigmas va condicionando la sustitución de estos.¹⁰ La sensibilidad de las comunidades científicas a los problemas posibles, el sistema de valores

que les da importancia, la capacidad de percepción y reacción a las anomalías, la elección entre paradigmas en competencia, son fenómenos culturales complejos que no son susceptibles de análisis con los propios criterios de la ciencia normal. La diversidad de estos enfoques es lo que debemos buscar; no su estandarización.

La colisión del capitalismo con el futuro

¿Es compatible el capitalismo con la economía basada en el conocimiento?

Impera en la mayor parte del mundo un sistema (ya viejo) de relaciones entre los hombres basado en la propiedad privada sobre los medios de producción. Esta defensa de la propiedad es más intensa mientras más fundamentales sean los medios de producción. Estos medios se convierten en capital y este se acumula y se amplía con la apropiación también privada de la plusvalía que genera el trabajo social. Así funciona el sistema.

¿Que pasará cuando el factor fundamental de la producción sea el conocimiento y la capacidad de creación de conocimiento? ¿Es esto apropiable?

Para enfrentar este desafío, los ideólogos del capitalismo han inventado el concepto de «propiedad intelectual» (las patentes, las marcas, los secretos industriales, etc.) y acaban de imponer al mundo su reconocimiento universal en los acuerdos Trade Related Intellectual Property (TRIP), consecuencia de la última «Ronda Uruguay» del acuerdo GATT; y ahí está la Organización Mundial de Comercio para vigilar su aplicación. Es como imponer el reconocimiento de la «propiedad privada sobre el conocimiento», precisamente el producto cuyo origen social es más claramente evidente. Y ya estamos presenciando la multiplicación de los conflictos, en el área de la biotecnología, de la informática, de los recursos de la biodiversidad y en otras muchas, porque, sencillamente, el sistema no funciona. Nadie puede «poseer» todo lo necesario para fabricar conocimiento. Este es un producto de la cultura.

La lógica del sistema de patentes es la del «retorno de la inversión», un intento de aplicar las leyes del mercado a los productos de la investigación científica. Y en la medida que se hagan más evidentes, como sucederá, los nexos de la productividad científica con el acervo cultural, ¿a quién debe retornar la inversión en la creación de cultura?

El sistema productivo de la economía del conocimiento tendrá una cantidad enorme de «externalidades económicas», factores sociales

determinadores de la productividad que la empresa utiliza sin pagar por ellos. De hecho, serán lo que hoy consideramos «externalidades complementarias» (el conocimiento disponible, la preparación de la gente, la motivación, el entorno social, etc.) el factor principal de la competitividad.

Estos conflictos que vemos en la aplicación del sistema de patentes a los sectores de alta tecnología nos están indicando que lo que falla no es el sistema de patentes en sí, sino el sistema más amplio de propiedad de los medios y apropiación del producto del trabajo, que le dio origen. En la medida en que la productividad dependa más de productos sociales inapropiables como el conocimiento y la cultura, se hará más evidente y aguda la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación.

Lo estamos viendo ya en los conflictos de propiedad intelectual que proliferan en la biotecnología (es el área que conozco mejor, pero hay ejemplos de otros campos), que en muchos casos tienen el efecto de posponer la implementación de los resultados de la investigación, limitar el acceso a los productos, disuadir del inicio de proyectos de investigación que tengan potencialmente conflicto de propiedad, aumentar los costos de inversión en la creación de capacidad científica, disparar los gastos en servicios no productivos y otros.

El sistema de privatización del conocimiento no solo es injusto e inhumano, sino también infuncional; y terminará siendo un sistema de relaciones que frene el desarrollo de las fuerzas productivas.

Leamos otra vez a Carlos Marx. El capitalismo chocará con el futuro. Quedaría por discutir aquí lo que tenemos que hacer para acelerar la colisión. Pero ello es materia de otro artículo, y probablemente de otros autores.

Qué hacer

Utilizo el título de una obra de Lenin para recordarnos siempre, entre nosotros mismos, que los análisis no se hacen como monumentos a contemplar, sino como herramientas a utilizar. En términos prácticos, ¿a dónde nos conducen estas reflexiones sobre los nexos entre la ciencia, la cultura y la economía?

- Ante todo, la necesidad de seguir profundizando en este tema para identificar y potenciar los elementos de la cultura cubana que pueden tener mayor impacto en la creatividad científica, la capacidad de innovación, la recombinación de conocimientos entre áreas diferentes, la circulación y penetración del conocimiento dentro de la sociedad y su

transformación en aplicaciones; y hacer explícito todo hallazgo en esta indagación.

- A seguir formando cuadros científicos. La ventaja competitiva está en la gente; en su calidad, pero también en su cantidad. Con los datos publicados de diferentes naciones puede construirse una línea casi recta de correlación entre el número de científicos por habitante y el Producto Interno Bruto. Cuba se separa de esta línea, al tener el PIB percapita similar al de América Latina, pero una cifra de científicos e ingenieros cercana a la de Europa y cuatro veces superior a la de países de similar PIB. Esta «desviación» no es una que haya que rectificar, sino más bien que amplificar, siempre que sea económicamente sostenible. Las sociedades dirigidas por el mercado no pueden sostener este desacoplamiento entre el PIB actual y la inversión en recursos humanos para el futuro; la sociedad socialista cubana, sí.
- A prepararnos para negociaciones económicas internacionales cada vez más basadas en activos intangibles (proyectos en curso, patentes, cuadros, contexto social, tecnologías, trabajo pretérito, etc.). La construcción de costos y precios sobre estos activos es muy compleja, aun desde su propia teoría; y también lo son las negociaciones que los involucran. Tenemos que formar más especialistas en los aspectos económicos y jurídicos de este tipo de negociación.
- A continuar estudiando (ya hay compañeros capaces ocupándose de esto) las especificidades de la experiencia del desarrollo científico-técnico cubano. Hemos incorporado elementos de muchos modelos: del CNRS francés, de la Academia de Ciencias de la URSS, de las empresas biotecnológicas norteamericanas y otros; y esto no es malo («Injértese en nuestras repúblicas el mundo...», decía Martí) pero cada uno de estos modelos de organización y desarrollo tienen raíces en las culturas que los originaron. La síntesis, en el crisol cultural cubano, es lo que buscamos ahora. Por supuesto, la propia vida la está haciendo, pero también necesitamos quien la analice, la estructure y la explique.
- A estimular, de forma activa y programada, la circulación del conocimiento dentro de la sociedad y la recombinación entre diferentes campos de la creación científica y cultural. Cada vez que se nos crea un «compartimiento estanco», nos hace daño y retrasa nuestro desarrollo. El valor del conocimiento radica tanto en su volumen como en la intensidad de su circulación.
- A intensificar la formación ideológica y cultural de nuestros científicos; y preparar cada vez mejor un hombre que no solo sabe lo que hace, sino por qué y para qué lo hace; y qué relaciones tiene su trabajo

con la labor de muchos otros; que haga suya la herencia de ideas y valores que entrega nuestra historia; que comprenda su mundo, para ayudar mejor, a partir de este y a través de este, a todo el mundo.

- A muchas cosas más que no se hacen evidentes en una primera aproximación al tema, pero que surgirán sin duda de la discusión.

No se trata ahora de escribir un plan de tareas con fecha de cumplimiento y responsable; pero sí he querido dejar señalado cómo las preocupaciones pudieran transformarse en «ocupaciones».

Todo esto es muy complejo y difícil. La dinámica interna del capitalismo ha introducido a la humanidad en una absurda carrera de concentración de riquezas y marginación de personas, que nadie sabe a dónde va a conducir, ni si habrá en el planeta suficiente conciencia y valores morales acumulados para revertir el proceso. Pero hay que enfrentarse a eso, con valor y con ideas, aunque pueda parecer imposible.

En una sesión del parlamento cubano en julio de 1998, anoté esta frase de una intervención de Fidel Castro, con la que quiero concluir este trabajo: «Una Revolución es una lucha contra lo imposible; y lo posible se alcanza siempre luchando contra lo imposible».¹¹

Notas

1. José Martí, Obras Completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
2. Ibidem.
3. Ibidem.
4. Ibidem.
5. Ibidem.
6. Ibidem.
7. Alvin Toffler, *The Third Wave*, Pan Books Ltd., Londres, 1981. (subrayado mío. A.L.D.)
8. M. E. Porter, *La ventaja competitiva de las naciones*, Javier Vergara Editor S.A., Buenos Aires, 1991.
9. Agustín Lage, *Ciencia y soberanía: los retos y las oportunidades*, Compilador Sela, 1995.
10. Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, University of Chicago Press, Chicago, 1962.
11. Fidel Castro, *Ciencia, tecnología y sociedad*, Editora Política, La Habana, 1991.

© **TEMAS**, 2001.